



DIARIO DE VIAJE

«Conserva las cartas en las que te doy detalles de los países que recorro y la gente que los puebla. Debes de tener un paquete enorme, y guardarlas todas sería engorroso e inútil. Conserva únicamente las que puedan servirme de recordatorio para escribir un libro de viajes; las otras, aquellas en las que teuento que padezco una enterocolitis o que me he quedado sin un céntimo, tienen un interés muy momentáneo, de modo que quémalas. Pero las que contienen aunque sea un detalle mínimo de los países y sus habitantes, o de las aventuras personales que he vivido en ellos, te lo ruego, guárdalas por incómodo que pueda resultar...»

Orientalista y exploradora, Alexandra David-Néel demuestra en *Diario de viaje* el talento de una verdadera escritora al describir sus experiencias: sus expediciones a la India y China en los años veinte y treinta, sus hallazgos, sus sorprendentes descubrimientos, sus reacciones ante las costumbres locales y su adaptación a las formas y los modos de vida orientales. Pero, al mismo tiempo, esta obra es un diario íntimo, un libro de reflexiones compuesto por las cartas que la autora envió a su marido a lo largo de tres décadas, las más fascinantes de su centenaria vida.

FNAC - 03
210101010132

19/12/01
3000053



DAVID-NEEL, ALÉXANDRA
DIARIO DE UN VIAJE

Precio editor 17,43 € 2.900 Pts.

PRECIO MINIMO GARANTIZADO

16 56 €

2.755 Pts.

2.900 ptas. 17,43

ISBN 84-406-9146-7



9 788440 691460

A. DAVID-NÉEL

— biblioteca —
GRANDES VIAJEROS



DIARIO DE VIAJE



DIARIO DE VIAJE

CARTAS DESDE LA INDIA, CHINA Y TÍBET

ALEXANDRA DAVID-NÉEL



— biblioteca —
GRANDES VIAJEROS



Alexandra David-Néel (1868-1969) tuvo que esperar más de cuarenta años para hacer realidad su fabuloso sueño: convertirse en exploradora y recorrer el mundo. Ella sería la primera francesa en entrar en Lasa en 1924. Las cartas que componen este *Diario de viaje* comienzan en 1904 y finalizan en 1941, año de la muerte de su destinatario, Philippe Néel. Alexandra David-Néel no volvió a Europa hasta fines de 1945 o principios de 1946, concluyendo así más de tres décadas de estancia en Asia. Tenía entonces setenta y ocho años.

Donde las piedras son dioses,
Norman Lewis

Más allá de las pirámides,
Douglas Kennedy

Tras los pasos de Marco Polo,
William Dalrymple

La reina del desierto,
Janet Wallach

En los confines del mundo,
Lawerence Millman

Querida Nicaragua,
Anna Cortadas

Rumbo a Tombuctú,
Mark Jenkins

Mi viejo y el mar,
Hays & Hays

Desde el lago del Cielo,
Vikram Seth

El descenso del Amazonas,
Joe Kane

A China en bicicleta,
Gabriel Pernau

Fantasmas balcánicos,
Robert D. Kaplan

China para hipocondríacos,
José Ovejero
Premio Grandes Viajeros 1998

Hacia rutas salvajes,
Jon Krakauer

Un sendero entre las nubes,
Nicholas Crane

Mal de altura,
Jon Krakauer

Viaje al futuro del imperio,
Robert Kaplan

Fronteras,
Charles Nicholl

La aventura de Malaspina,

Alexandra
DAVID-NÉEL

Diario de viaje

Cartas desde la India, China y Tíbet

— biblioteca —
GRANDES VIAJEROS

Alexandra
DAVID-NÉEL

Diario de viaje

Cartas desde la India, China y Tíbet

Traducción de Teresu Clavel

Título original: *Journal de voyage I y Journal de voyage II*

Traducción: Teresu Clavel

1.ª edición: mayo 1999

Para *Journal de voyage I*: © Librairie Plon, 1975

Para *Journal de voyage II*: © Librairie Plon, 1976

© Ediciones B, S.A., 1999

Bailea, 84 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.es

Printed in Spain

ISBN: 84-406-9146-7

Depósito legal: B. 19.424-1999

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.

Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

DAVID-NEEL

Últimas novedades

*A la familia Néel,
en muestra de respeto y agradecimiento.*

PRÓLOGO

«... Conserva las cartas en las que te doy detalles de los países que recorro y la gente que los puebla. Debes de tener un paquete enorme, y guardarlas todas sería engorroso e inútil. Conserva únicamente las que puedan servirme de recordatorio para escribir un libro de viajes; las otras, aquellas en las que te cuento que padezco una enterocolitis o que me he quedado sin un céntimo, tienen un interés muy momentáneo, de modo que quémalas. Pero las que contienen aunque sea un detalle mínimo de los países y sus habitantes, o de las aventuras personales que he vivido en ellos, te lo ruego, guárdalas por incómodo que pueda resultar [...] Mis únicas notas son lo que te escribo, así que comprenderás su importancia para reavivar mis recuerdos y rememorar cosas que no he llegado a escribir, pero que acudirán a mi memoria por su relación con las que te he descrito...»

Este párrafo ha sido extraído de una carta que Alexandra David-Néel, exploradora, escritora y orientalista, dirigió el 23 de enero de 1920 desde el monasterio de Kum-Bum (al noreste del Tibet, en la provincia china de Qinghai) a su marido, Philippe Néel, sin cuya generosidad Alexandra jamás habría podido satisfacer su pasión por los viajes.

Esta correspondencia comienza en 1904 y finaliza en 1941, año de la muerte de Philippe Néel pero no del regreso de la autora, ya que hasta fines de 1945 o principios de 1946 ésta no volvió a Europa, poniendo fin así a más de treinta años de estancia en Asia. Alexandra David-Néel tenía entonces setenta y ocho años.

Resulta muy difícil dar fechas exactas relativas a sus primeros viajes, aunque rememorando y contando con entusiasmo sus primeras escapadas —tenía dos, cinco, quince y diecisiete años— me dijo que había visitado Ceilán y la India aproximadamente a los veintidós años, gracias a una herencia que le dejara su madrina.

Así pues, dado que su nacimiento tuvo lugar en Saint-Mandé el 24 de octubre de 1868, fue hacia 1891 cuando efectuó su primer gran viaje.

En su libro *La India en que viví*, Alexandra David-Néel describe admirablemente la atracción que ejerce sobre ella este gran país que, al parecer recorrió durante un año y desde el cual vuelve a Francia con la firme determinación de regresar.

Una vez en París, empieza sus estudios en la Sorbona y en la Escuela de Lenguas Orientales, a la vez que realiza estudios musicales y liricos.

Algunas de sus composiciones se editaron e incluso fue candidata al Premio de Roma.

Su padre, Louis David, que vivía de rentas en Bélgica, adonde había sido exiliado junto con Victor Hugo tras el golpe de Estado de 1851, realiza unas inversiones desafortunadas en bolsa y, al parecer, Alexandra se ve obligada a trabajar para ganarse la vida. Interpreta en diferentes teatros varios papeles, entre ellos el de *Manon* en la obra homónima de Massenet. Es un hecho probado que el propio Massenet, en una carta, le da las gracias por haber interpretado tan bien dicho papel. En los archivos de Digne se conserva la correspondencia dirigida por el compositor a A. David-Néel entre el 14 de junio de 1896 y el 22 de octubre de 1897, y numerosas cartas de eminentes personalidades de Francia, de otros países europeos y de Asia, así como las de su padre, que nos informan de que en 1895 y a principios de 1896 tiene, con el seudónimo de *Mademoiselle Myrial*, «el empleo de primera cantante de ópera cómica» en los teatros de Haiphong y Hanoi.

Finalizada esta gira por Tonkin, regresa a Francia, probablemente en la primavera de 1896, y vuelve a ponerse en contacto con diferentes compositores, como demuestran una vez más las cartas de Massenet.

En noviembre de 1899 parte hacia Grecia con objeto de actuar en la Ópera de Atenas, y el 24 de julio de 1900 se traslada a Marsella, desde donde escribe a sus padres antes de embarcar rumbo a Túnez, donde tiene un contrato.

En 1902 acepta la dirección artística del Casino de Túnez. Vive en La Goleta.

En 1903, Alexandra está de nuevo en Francia. Abandona definitivamente el teatro y trabaja de periodista. Escribe en revistas inglesas y francesas, entre ellas *La Fronde*.

En mayo del mismo año inicia un viaje de estudios por España y les pide a sus padres que le escriban a lista de correos a Argel.

A fines de junio de 1903 vuelve a estar en La Goleta, y en una carta dirigida a sus padres expresa su deseo de quedarse en Túnez. Continúa realizando trabajos periodísticos y empieza a escribir libros sobre

temas orientales. El 4 de agosto de 1904 se casa con Philippe Néel, nacido el 18 de febrero de 1861 en Alais (Gard), ingeniero jefe de la Compañía de Ferrocarril Bona-Guelma, domiciliado en Túnez y perteneciente a una noble y antigua familia.

Ésta es la enumeración, muy sucinta e incompleta, de los viajes efectuados por Alexandra David-Néel antes de 1904.

La siguiente conversación, que reproduzco con la mayor fidelidad posible, explica cómo llegó a mis manos este gigantesco «diario de viaje» que permitirá a los lectores descubrir y seguir a un ser fuera de lo común durante los años más cautivadores de su vida. Yo era la secretaria de Alexandra, en Digne, desde hacía diez años. Dieciocho días antes de morir, me dice de sopetón:

—¿Te das cuenta, Tortuga?* Vinimos a Samten Dzong** hace más de diez años para trabajar y poner orden..., pero luego... me dio pereza..., y a ti también..., y no hemos hecho casi nada. Y ahora es el final, voy a morir.

—Pero ¿por qué dice eso, señora? No está enferma.

—Sí, sí, voy a morir. Como decía mi padre, «eso se nota». Y el caso es que aún tenía que escribir varios libros. Aunque sólo fuera con la correspondencia, ya sabes, las tres maletas llenas de cartas que guardaste en mi cuarto de baño hace unos meses, sólo con eso tenía material para dos libros. Pero ahora ya es demasiado tarde...

Alexandra, muy tranquila, mira con cierta ironía las pilas de cartas que le escriben desde todo el mundo y que esperan respuesta, los periódicos y las revistas que se amontonan tras haber sido leídos de cabo a rabo, todos sus libros y también el manuscrito que quedará inconcluso. Este es todo el decorado que nos rodea.

El silencio se vuelve cada vez más pesado.

—Señora, esas cartas que le preocupan —digo timidamente—, ¿aceptaría confiármelas? ¿No le parece que yo podría leerlas y seleccionar lo que probablemente sería susceptible de interesar a sus lectores?

—Pero, Tortuga..., compréndelo..., esas cartas van dirigidas a mi marido y...

—Lo comprendo perfectamente, señora, sin duda hay pasajes muy íntimos que...

—Y también hablo de asuntos...

—Se trata de cosas absolutamente normales entre esposos. Pero si le prometiera leer esas cartas con el mayor respeto y el más profundo cariño, y publicar tan sólo lo que guarda relación con sus viajes..., por

* Sobre nombre afectuoso con el que me llamaba A. David-Néel. Véase *10 ans avec Alexandra David-Néel*, Plon.

** En tibetano, Fortaleza de la Meditación, nombre de la villa de A. David-Néel en Digne.

que usted siempre me ha dicho que era fundamentalmente su «diario de viaje»...

Alexandra se queda pensativa. Entonces, en un tono más firme, vuelvo a preguntarle:

—Entonces, señora, ¿confía en mí? ¿Puedo leer esas cartas? ¿Me autoriza a...?

Comprendiendo súbitamente mi indiscreción y, sobre todo, mi vanidad, no llego a terminar esta frase.

Pero Alexandra pone fin al diálogo respondiendo con voz todavía firme y expresión resuelta:

—Confío en ti. Haz buen uso de ellas.

Unos días más tarde, el 8 de septiembre de 1969 a las tres de la madrugada, Alexandra David-Néel emprendía su último gran viaje. Iba a cumplir ciento un años. El 1 de julio de 1970, animada por el doctor Romieu—legatario universal de Alexandra y en aquella época alcalde de la ciudad de Digne—y por el profesor Gabriel Monod-Herzen—ejecutor testamentario—, abrí por fin aquellas tres maletas y, pese a que la tarea me exigía un terrible esfuerzo, me decidí a explorar su contenido.

Una vez abiertas las maletas, el gigantesco puzzle que encontré en su interior me hizo suponer que Alexandra había escrito sus libros sin consultar «sus notas». Hay que reconocer que tenía una memoria extraordinaria, salvo para las fechas. Cuando se le reprochaba que no las precisara en sus obras, replicaba: «Las fechas no me interesan; sólo cuentan los hechos.»

Me puse a leer, aunque debería decir «devorar», aquellas páginas escritas sin ánimo de que fueran publicadas, sino simplemente dirigidas a un amigo fiel, el único ser del mundo para el que Alexandra no tuvo secretos. A él se lo dijo todo, se lo contó todo, y yo, que había vivido con ella más de diez años, al leerlas fui descubriendo, anonadada, a aquella mujer.

Sus angustias y desesperaciones aparecen expresadas con una franqueza sorprendente. En cuanto a sus reminiscencias del pasado, nos ayudan a comprenderla mejor al tiempo que despiertan un sentimiento de pena. En esos miles de cartas fluyen torrentes de ideas, de impresiones, de proyectos y de descripciones que entusiasmarán a los amantes de la naturaleza, de la filosofía o de las aventuras. A algunos quizás les irrite su «orgullo desmesurado», pero nadie permanecerá impasible ante el relato de esta vida intrépida motivada por su afición al estudio, tanto étnico como filosófico y religioso. La mujer que yo había conocido en sus últimos años, toda ella rigor, despotismo y autoritarismo, adquiría con esta lectura una nueva dimensión.

¡Qué lástima que la muerte de Philippe hubiera puesto punto final

a ese relato de aventuras, a toda esa filosofía a menudo expresada en condiciones difíciles pero a veces surgida de una experiencia real!

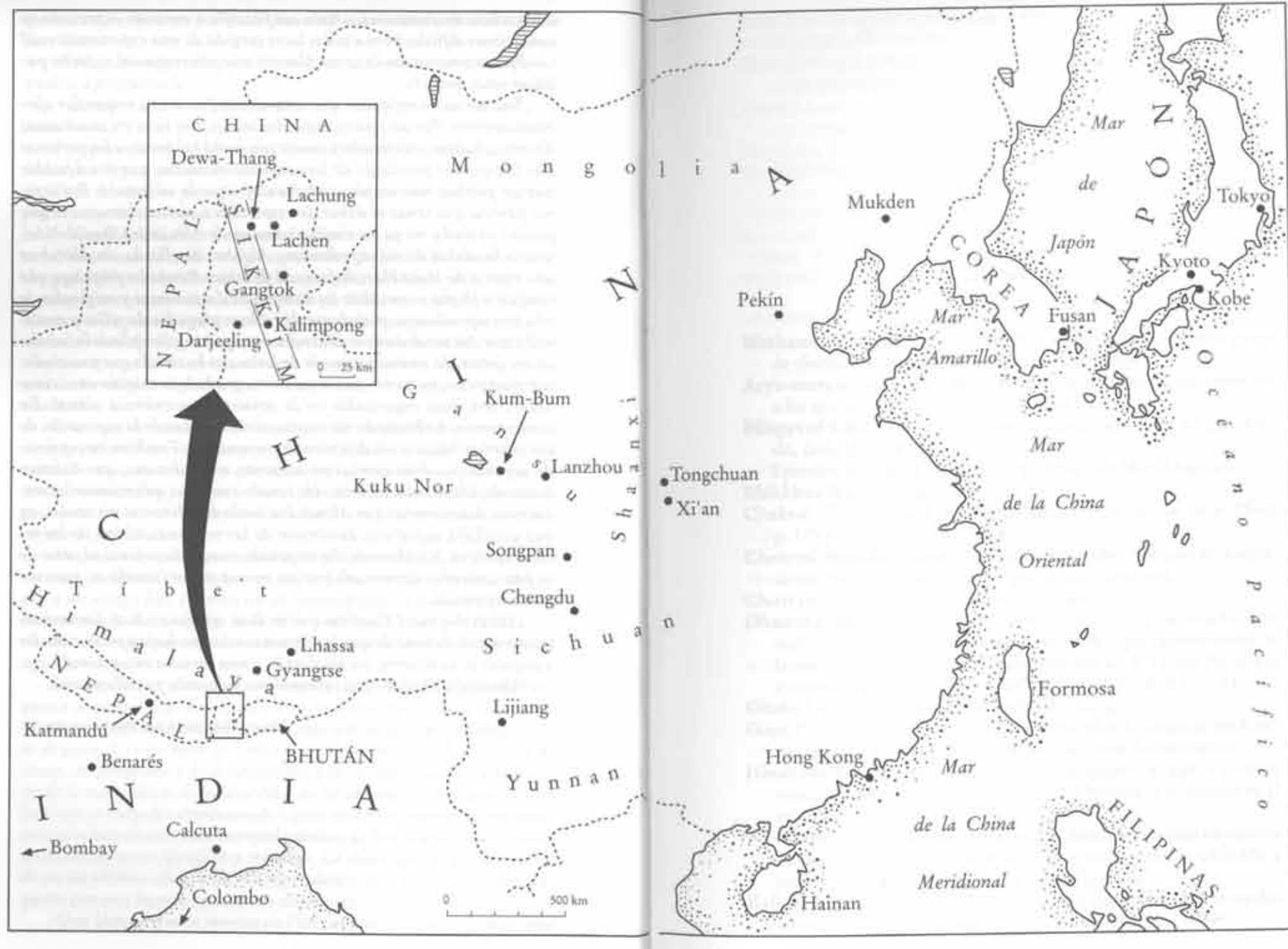
Fue entonces cuando se me planteó este interrogante: «¿Debo publicar estas cartas?»

Tras meses de reflexión, dos razones me llevaron a responder afirmativamente. Por una parte, aquellos textos, tan ricos en enseñanzas diversas, habían interesado y cautivado hasta tal punto a las personas que tuvieron el privilegio de leer algunos extractos, que era deseable que un público más amplio pudiera disfrutar de su lectura. Por otra, me parecía que tenía el deber de responder a ciertos detractores que ponían en duda, no ya los viajes y estudios de Alexandra David-Néel, sino la finalidad de sus expediciones. Algunos de ellos la consideraban una especie de Mata Hari disfrazada de lama. A éstos les propongo que vengan a Digne a consultar los numerosos documentos y originales de esta correspondencia; podrán ver los sobres plagados de sellos y matasellos que Alexandra envió desde distintos países y completar la lectura de sus cartas, de un buen número de las cuales he tenido que prescindir, con gran pesar, ya que su publicación integra habría exigido unos cinco volúmenes, cosa impensable en la coyuntura económica actual. En consecuencia, he limitado mi manuscrito abreviando la exposición de sus miserias físicas y sus dificultades pecuniarias. También he suprimido algunas palabras escritas en sánscrito o en tibetano, que habrían suscitado dificultades técnicas. He tenido asimismo que resumir las minuciosas descripciones que Alexandra hacia de diferentes viviendas, en que detallaba superficie, dimensión de las ventanas, altura de los techos, etcétera. No obstante, he respetado escrupulosamente el curso de su pensamiento, alimentado por sus concepciones filosóficas, pues me parecía esencial.

¿He hecho bien? Confieso que no lo sé, que ya no lo sé. Sin embargo me siento dichosa de que las circunstancias me hayan permitido dar a conocer a sus lectores, y a los demás, a una persona excepcional:

Alexandra David-Néel tal como era y escrita por ella misma.

MARIE-MADELEINE PEYRONNET



GLOSARIO

Matham: Monasterio hindú; no debe confundirse con *ashram*, grupo de discípulos reunidos en torno a un instructor.

Arya-marga: La vía de los arios, es decir, de los nobles, por oposición a los que son ajenos a la sabiduría hindú.

Bhagavad Gita: Uno de los textos más conocidos de la religión hindú, dedicado al yoga.

Episodio de la epopeya de «la gran India» (el Mahabharata).

Bhikkhu: Monje budista.

Chakra: Círculo (véase A. David-Néel, *L'Inde où j'ai vécu*, Plon, p. 175 y ss.).

Chenresi-Avalokitesvara: Chenresi es el nombre tibetano del bodhisattva Avalokitesvara, el Señor que está en nosotros.

Chutram: Santuario de los templos hindúes.

Dhammapada: Forma parte de la literatura canónica sagrada de la escuela budista del sur, a la que se puede considerar representante de la doctrina budista original. Nota extraída de A. David-Néel, *Les enseignements secrets des bouddhistes tibétains*, Adyar, p. 93.

Ghats: Escaleras situadas en las orillas del Ganges.

Gopi: Pastoras de rebaños de vacas, compañeras de juego de Sri Krishna; son un símbolo de las bellezas radiantes de la naturaleza.

Hinayana y mahayana: Literalmente, «pequeño vehículo» y «gran vehículo», dos de los tres aspectos del budismo; el tercero es el vehículo tántrico.

El hinayana establece las reglas que se deben seguir para obtener la liberación individual, mientras que el mahayana las extiende a toda la creación, a semejanza de los bodhisattva.

Kali: Aspecto terrible de la Madre universal, que triunfa sobre los demonios y protege a quienes aspiran a la liberación.

Krisna: Rey del norte de la India, una de las encarnaciones de Visnú.

Mahabharata: «La Gran India», epopeya semilegendaria que establece las bases de la sociedad hindú y de su historia; el episodio más conocido es el *Bhagavad Gita* (El canto del Bienaventurado).

Mahadeva: El «Gran Dios», nombre de Siva.

Mahavira: Literalmente, «Gran Héroe».

Mandalas: Figuras geométricas.

Mantra: Fórmula que supuestamente produce efectos casi mágicos en el espíritu o la materia.

Mantram: Breve invocación considerada vehículo de un poder espiritual.

Maya: La ilusión según la cual creemos que los objetos están separados realmente, cuando tan sólo nuestra ignorancia nos hace diferenciarlos dentro de la unidad universal.

Moksa: Estado de liberación de todos los vínculos de la manifestación cósmica.

Parabrahm: Lo divino, neutro, supremo, inexplicable.

Parinirvana: Perfección del nirvana, que se obtiene después de la muerte del cuerpo.

Raja-yoga: La más conocida de las formas del yoga, expuesta por Patañjali en sus *Yogasutra*.

Rama: Héroe de la epopeya del *Ramayana* y una de las reencarnaciones de Visnú.

Sallasutta: Plegaria en honor de los difuntos.

Samadhi: Estado de concentración profunda, acompañado de pérdida de conciencia del mundo exterior.

Sankaracharya: «El maestro Sankara», fundador de la filosofía vedanta (realización del Veda) en el siglo IX.

Sannyasin: El que ha renunciado al mundo y se ha convertido en un religioso errante.

Siddhipurusha: Hombre que ha adquirido poderes supranormales mediante el yoga.

Siva: Una de las personas de la divinidad, destructor y renovador, patrón de los ascetas y de los yoguis.

Sri Ramakrisna Paramahamsa: Santo y yogui bengali de fama mundial, uno de cuyos discípulos fue el también célebre Vivekananda.

Swami: Religioso.

Tantras: Obras sánscritas sobre doctrinas místicas y ceremonias rituales.

Upanisad: Compendio de la enseñanza de un maestro espiritual.

Vaisnava: Devoto de Visnú.

Veda: Los textos más antiguos de la religión hindú.

Vedanta: «La realización del Veda», doctrina predicada por el maestro Sankara.

Vetalas: Vampiros que frecuentan los cementerios y se alimentan de cadáveres (véase A. David-Néel, *L'Inde où j'ai vécu*, Plon, p. 290).

Visnú: Una de las tres divinidades mayores del hinduismo, que expresa el principio de la evolución creadora universal.

Visnuista: Miembro de una comunidad de adoradores de Visnú.

Vivekananda: Principal discípulo de Sri Ramakrisna y fundador de la orden religiosa de este nombre, cuyo programa se basa en el vedanta.

Yajnavalka y Arthabaya: Dos héroes de la epopeya del Mahabharata.

Yogui: El que practica alguna de las formas del yoga.

Vizille, Isère, 11 de agosto de 1904

[...] El otro día miramos mal los horarios de trenes; no pude enlazar con ninguno que llevara a La Mure y he tenido que hacer noche en Saint-Georges-de-Commiers, adonde, por lo demás, llegué a las ocho y cuarto de la tarde. Esta mañana he salido de allí a las cinco y doce minutos en dirección a La Mure. Un trayecto interesante, aunque en definitiva no más que la gran línea Veynes-Grenoble. He renunciado a ir a Bourg-d'Oisans por el puerto de Ormon; han suprimido el servicio y he vuelto a Vizille en coche. Un día triste: tormenta, granizo, aguacero; he tenido que comprarme unos botines en Vizille, que está hecho un auténtico barrizal. Sopla un viento endemoniado, el cielo está negro y... ya echo de menos la soleada Mousmé* y la tierra calcinada de África. Me aburro espantosamente. ¿Estaré hastiada...? El paisaje me parece mediocre. Sin duda alguna este estado de ánimo taciturno se debe en cierta medida al cansancio. Estoy impaciente por encontrar un agujero donde descansar y estar tranquila. Te añoro, amigo mío, y mucho, me sorprende descubrirlo... ¡Ah, la costumbre! Aunque, ¿no sigue habiendo entre nosotros algo más que costumbre?... Salgo de nuevo a las siete y media para Bourg-d'Oisans. [...]

Paris, 27 de septiembre de 1904

[...] Mouchy,** no estés triste, no mires el futuro con recelo, trabaja con alegría en nuestro nuevo *home*, que será una casa de reposo y de paz para ambos.

* Nombre que A. David-Néel utilizaba para referirse a las diferentes viviendas que ocupó en La Goleta, en las afueras de Túnez.

** Diminutivo de *mamamouchi*, sobrenombre con el que A. David-Néel llamaba a su marido. [Se trata de una alta dignidad turca, inventada por Molière en *El burgués gentilhombre*. (N. de la T.)]

Querido, me he convertido en un triste pingajo y me avergüenzo de mí misma. En otros tiempos toda la vida sentimental me era absolutamente indiferente. Apenas se me ocurría afligirme por la indiferencia que me demostraba mi madre y no buscaba otro afecto. Te lo aseguro, ¡soy una auténtica piltrafa! Tú has tenido una niñez, has jugado, has sido feliz de acuerdo con tu edad; has disfrutado de tu juventud, la has dirigido a tu voluntad hacia los placeres elegidos por ti... Yo no he tenido nada, tan sólo un orgullo que era mi refugio, que lo suplía todo. Y ahora que se ha derrumbado miserablemente, me encuentro perdida en medio de una multitud extraña que va, viene, se precipita hacia objetivos que no comprendo en absoluto, empujada por móviles que me repugnan. ¿De qué planeta soy? De éste no, desde luego, ¡me siento demasiado a disgusto en él! El otro día, en Bruselas, fui casi en peregrinaje a un convento de carmelitas situado tiempo atrás en pleno campo... Los campos y los jardines han desaparecido de sus alrededores, la ciudad ha avanzado hasta allí. Muy cerca vi una muestra de las estupideces que berrean Mayol o Paulin en los conciertos de París; carniceros, pescaderos, cabarets... completaban el decorado. ¿Dónde estaba la avenida desierta que yo había recorrido, mística, con los ojos alzados hacia el pequeño campanario de la capilla del monasterio? ¡Recordé la ciudad elevándose en torno a la colonia de Paphouec! El interior de la capilla me pareció decepcionante: blanco, desnudo, muy pobre, muy austero; como seguramente los donativos piadosos ahora deben de abundar, la han pintado a la italiana, en un estilo rococó horrible... Las devotas de la vecindad han instalado reclinatorios tapizados de terciopelo, los muros están cubiertos de exvotos; en este asilo de la virginidad, una cínica tuvo la osadía de rezar para pedir un hijo, y las antiestéticas monjitas la dejaron expresar crudamente en una placa de mármol su agradecimiento por haber tenido un alumbramiento feliz... Cerré los ojos.

Mouchy, pobrecito mío, en vez de darte ánimos lo veo todo negro. Te lo había advertido: no soy guapa, no soy alegre, no soy una mujer, no es posible divertirse a mi lado... ¿Por qué insististe, por qué te empecinaste? Tú que ensalzabas el amor, que te jactabas de conducirme hacia él pese a mi encogimiento de hombros, ¿por qué no has tenido un poco para mí? Lo has tenido para tantos otros...

Aquí acabo; voy a ir a la oficina de correos y luego me pondré a trabajar. Escríbeme una carta larga y no te aflijas, amigo mío. A pesar de mi desastroso estado de ánimo, tengo plena confianza en lo que nos depara el futuro. No te alejes de mí, Mouchy, deja que tu espíritu y tus pensamientos se acerquen al pequeño Moumi* perdido en las

brumas de París, en las brumas de su alma demasiado susceptible. Acortaré cuanto pueda mi estancia aquí y ya verás qué bien estaremos los dos en la nueva y amplia Mousmé. Me apetece ponerle un nombre especial a la nueva vivienda, un nombre sánscrito, y convertirla en un pequeño *matham*. Esa idea me atrae..., una fantasía... La fantasía sólo sirve... [...]

París, 3 de octubre de 1904

Ayer te escribí una carta larga y triste. Me encontraba en un estado de ánimo depresivo y la brevíssima nota que acompañaba tu envío me había apenado. Los correos son tan escasos y tú me enviabas apenas cuatro líneas... Esta mañana he recibido otra carta, tampoco muy larga pero mejor. Tienes que comprenderlo, amigo mío, esa felicidad que deseas, que yo deseo tan ardientemente como tú, tan sólo podremos alcanzarla rompiendo por completo con los hábitos pasados, que nos han hecho tan desdichados. Mouchy, ya no se trata de repetirme voy hacia ti, soy todo tuyo, y luego estar en realidad a cien leguas de mí; es preciso, si tu deseo te empuja a hacerlo, porque esas cosas no admiten coacciones, que vengas realmente hacia mí y haya una intimidad total. Únicamente con esa condición podremos tener un verdadero hogar y no limitarnos a dormir en la misma tienda de campaña, como dos extraños a quienes las vicisitudes del viaje unen por unos días. Por mi parte, lo deseo sinceramente. Por encima de todo, ya ves, me horrozan los dramas, la poesía nebulosa, las elegías lacrimógenas... Sufrir es absurdo y feo. Todo sufrimiento es desorden... Es preferible adaptarse a las cosas o destruirlas que derramar lágrimas inútiles. Si lo he hecho ha sido porque estaba enferma, porque todavía lo estoy. Pero confío en recuperar el equilibrio físico, me esfuerzo en conseguirlo. Si logro deshacerme de la insoportable humillación que sufro por haberme dejado engañar, por haber alimentado ideas comunes, banales, por haber caído en la trampa ridícula en la que caen los mediocres, si logro volver a ponerme en pie ante mí misma, extraer de esos días miserables un verdadero provecho, una mayor actividad intelectual..., si al兼zo este resultado, estaré curada, y ya verás, Mouchy, como para ser feliz no es necesario tener una compañera anodina, sentimental y sin voluntad. Junto a esa apatía que la masa vulgar toma por la expresión de la dicha, está la dicha activa, que actúa con más fuerza y más eficacia. Mouchy, me siento muy sola aquí, muy sola física y espiritualmente, ¿quieres venir? ¿Te atrae la idea?... Formamos un matrimonio singular; nos casamos más por malicia que por ternura. Fue una locura, sin duda, pero ya está hecha. La verdadera sabiduría sería organizar ahora nuestra vida en consecuencia, tal como puede ser apropiada para unos seres de nuestro temperamento. Tú no eres el compañero de mis

* Diminutivo de Mousmé, sobrenombre con el que Philippe Néel llamaba a su mujer.

sueños, y yo quizás soy menos aún la mujer que habrías necesitado... Pero ¿qué adelantariamos lamentándonos de esta constatación? Con buena voluntad e inteligencia se remedian muchas cosas. ¡La casa de los pilotos era una ruina en un solar cuando la tomaste! Y mírala ahora, pimpante en medio de su oasis... Es un ejemplo y una enseñanza, amigo mío; lo que fuimos capaces de hacer con la materia bruta, repítámoslo con la materia más sutil de nuestras almas, demasiado jóvenes para caer en la desesperación. La naturaleza nos ayudará, el árbol corrado reverdece mientras quede un poco de vida en sus raíces. [...]

Paris, 7 de octubre de 1904

[...] He leído algunas obras de Rachilde (la mujer del director del *Mercure*). En general son raras, muy rebuscadas, muy trabajadas, pero hay en ellas un talento verdadero y, bien mirado, se comprende que critique tanto a sus colegas. Tu carta ha llegado justo a punto para darme un poco de ánimo. Desgraciadamente, amigo mío, las horas negras volverán, no faltarán en esta nueva batalla que voy a librarr. Es terrible ir completamente sola a una ciudad inmensa para ganarse el pan. Tú no sabes lo que es eso, Mouchy, porque al acabar los estudios enseguida encontraste un acomodo. Era muy precario, lo admito, pero te evitó patear la calle. Y luego has permanecido en tu concha viviendo cada día un poco mejor, sin tener que hacer otra cosa para conseguirlo que tu trabajo, tu oficio... ¡Ay, amigo mío, si tú hubieses recorrido el camino que he recorrido yo,* no habrías padecido una neurastenia, no, sino diez neurastenias acumuladas! Yo era fuerte, pero el desgaste deja sus huellas, a veces demasiadas, y eso me asusta. Padezco trastornos cerebrales que indican un gran cansancio... ¿Adónde voy? Ya iría siendo hora de que un poco de calma relativa, un poco de seguridad, me permitiese sosegarme, tomarme un descanso que me es absolutamente necesario, lo noto, para evitar una catástrofe. Bien, basta de hablar de estas miserias. No creas que me dejo llevar por la desesperación, esta mañana estoy rebosante de energía, cueste lo que cueste quiero mantenerme animada hasta el final de este último esfuerzo. ¡Después ya veremos!

* El señor David, padre de Alexandra David-Néel, que fue un brillante normalista, se dedicó unos años a la enseñanza, actividad que abandonó por el periodismo, y participó activamente en el golpe de Estado de 1851. Exiliado en Bélgica con Victor Hugo, de quien era amigo, vivía de sus rentas: acciones, obligaciones, rentas del Estado, etcétera. Como consecuencia de unas malas inversiones, la familia David tuvo que reducir gastos, y debido a esta circunstancia Alexandra David, que había realizado estudios líricos, interpretó varios papeles en diferentes teatros de Francia y otros países europeos, así como en Indochina. Tras haber finalizado un contrato en la Ópera de Atenas, abandonó esa carrera, que no era de su gusto, partió para Túnez a principios de siglo (1900) y allí conoció a Philippe Néel, con quien se casó el 4 de agosto de 1904.

[...] Puesto que hemos vuelto al asunto del «dinero», aprovecharé la ocasión para responder a lo que me dices acerca de la renta que quieras asegurarle a tu amiga. Haces muy bien en pensar en su futuro, es tu deber; este punto creo que no admite discusión. Queda la realización práctica del proyecto, que se puede llevar a cabo de distintas formas. Puesto que me expones la situación, me permitiré decirte lo que opino al respecto... Para acabar, una última cosa acerca de tu amiga... No le hables de su marcha, espera a que ella insista en este punto y no le tomes la palabra enseguida. Compréndeme, amigo mío: esa pobre mujer se encuentra en una situación penosa. Tú la has llevado a ella, y ella misma también, por su excesiva falta de previsión al abandonar su oficio para someterse a la dependencia de un hombre al que no la unía ningún vínculo y que, dadas nuestras encantadoras costumbres y la bonita educación que recibe la juventud, no podía sino acabar tratándola como tú lo has hecho. En fin, todo eso ha terminado: tú has sido egoísta y malo, ella se ha comportado como una tonta, y yo he sido cómplice de una acción que mis principios repreban; en este asunto ninguno de nosotros tiene las manos muy limpias. De nada sirve montar un drama, de nada sirve hacer más daño del que ya ha sido hecho. Evidentemente, tu amiga se siente ofendida, humillada por tu matrimonio... Lo primero que se le ocurre a cualquiera es vengarse o, si no, recuperar la dignidad, curar el amor propio herido... «Me voy», dice. Y cuando lo dice lo piensa de verdad, lo desea realmente... Luego los días pasan, el espíritu se sosiega y se advierten las dificultades. Ella ya no es joven; trabaja, sí, pero a su capricho, con la certeza de que tiene techo y comida asegurados. Una renta de cincuenta francos no da para comer, no la veo muy capaz de emprender nada, y me da la impresión de que la idea de servir, incluso como gobernanta, le repugna. Tiene su particular orgullo, como todos tenemos el nuestro, y el suyo me ha parecido singular. No sé, pero lleva cuidado para no sugerir a su vanidad una decisión que quizás ella no tomaría por propia iniciativa, que quizás teme y que, al tiempo que se repite que simplemente la retrasa, que no la descarta, dejaría caer en el olvido si, por decirlo de algún modo, no se la impusieran. ¿Me entiendes? [...] No te oculto que al deseo real que tengo de evitarle un sufrimiento mayor a tu pobre amiga se superpone un deseo más vivo aún de no privarte de los cuidados de una persona acostumbrada a ti y que, mejor que ninguna otra, sería capaz de ayudarme en la lucha que he decidido entablar contra todos tus males. No me refiero a pedirle que viva con nosotros, pues encontraría en ello un tema de reflexión demasiado penoso, pero seguramente nada impediría que escogiese una pequeña vivienda a su gusto. [...] Además, bajo ningún concepto quiero que te quedes solo o en manos de cualquier Ahmed; si ella se va, regresaré de inmediato.

Puesto que acepté cargar con un Aluch,^{**} debo anteponerlo a todo. Por cierto, como tenía la costumbre de ir a verla antes de iniciar mis viajes, no quiero que malinterprete el sentimiento que me ha inducido a no hacerlo en esta ocasión. Siendo tan reciente nuestra boda, temí apesadumbrarla, aunque tal vez me equivoqué. En cualquier caso, te ruego que se lo digas con la mayor delicadeza posible, y asegúrale que cuenta con toda mi simpatía.

Paris, 12 de octubre de 1904

[...] Me pides mi opinión sobre la nueva casa. ¡Pues no sé muy bien qué decirte! No puedo reprimir una sonrisa al pensar que las circunstancias me ofrecen precisamente el alojamiento ideal que siempre he soñado para un matrimonio: un jardín con dos viviendas. Ya desde muy joven esta distribución me parecía la más afortunada que quepa imaginar, y si más tarde no hice realidad mi idea fue tan sólo porque en los lugares donde mi profesión me obligaba a vivir no existían tales construcciones. Si: teniendo cada uno su choza, la libertad o, en un análisis más sutil, la posibilidad de libertad y en definitiva de soledad, vuelve más agradables los momentos que se pasan juntos, hace que uno los deseé y los prolongue con tanta más insistencia cuanto menos quiere que sean algo forzado, impuesto. Una choza separada que cada cual arregla a su capricho, donde uno recibe tranquilamente a quien le parece, sin temor de importunar o de aburrir a la persona con quien comparte la vida... Qué sabia concepción para temperamentos independientes y cómo llena de encanto la vida en común, que se convierte en una fuente de alegría, placer y ayuda mutua, en un reposo y un respaldo permanente al eliminar el aspecto de cárcel y cadenas que adquiere la presencia continua y obligada de otra persona. Bien, todo esto es cierto, pero ello no impide que, de presentármelo la oportunidad de hacer realidad mi ideal, con toda probabilidad la rechazaría. Generalmente, en la vida las cosas suceden así. Si gozaras de buena salud, te propondría que lo intentaras, pues estoy convencida de que, con tu carácter, este sistema sería el más indicado para ti. Pero estás un poco delicado, mi buen amigo, así que es preferible que me instale más cerca de ti para serte útil en algunas pequeñas cosas en caso de necesidad. [...]

Paris, 24 de octubre de 1904

[...] Sí, hoy es mi cumpleaños.^{**} A mí no me parece que los cumpleaños sean días muy idóneos para inspirar alegría, sobre todo cuan-

* «Cordero» en árabe. Según Alexandra, Philippe tenía el pelo rizado como el de un cordero.

** Alexandra David-Néel nació en Saint-Mandé el 24 de octubre de 1868. Así pues, aquel día cumplió treinta y seis años.

do se empieza a tener cierta edad y experiencia de la vida. Los católicos hacen bien en celebrar el día consagrado a su santo patrón; al menos esa fecha es inocente y no provoca ninguna consideración melancólica. El aniversario del nacimiento, en definitiva, no es más que la conmemoración de la broma siniestra que nos gastaron nuestros padres trayéndonos al mundo, un tema que no da muchos motivos para festejos. Como es natural, mis encantadores padres no han dado señales de vida. Ellos han olvidado la fecha funesta y, desde hace mucho tiempo, también han olvidado que tienen una hija.

¿Así que, amigo mío, consideras que haría bien en quedarme aquí hasta fin de año? Probablemente supones que entonces podrás recibirmé sin que ello provoque ningún trastorno. Sin duda haría mal en insistir. No hay que empeñarse en ayudar a la gente a su pesar y en contra de su voluntad. Es un error que cometan muchos. Sin embargo, cada cual sabe mejor que nadie lo que le conviene en el plano personal. Y aun cuando la conveniencia de uno no coincida en absoluto con la utilidad real y la razón, vale más que toda la felicidad del individuo, pues es la expresión de su deseo. Además, ¿qué son la utilidad real y la razón? Simples entidades metafísicas, y no todo el mundo se alimenta de semejantes quimeras.

[...] De modo que no volveré; ahora no dejarías de atribuir a mí regreso anticipado unos motivos muy diferentes de los que me decidirían a realizarlo: un afecto muy sincero y un deseo real de serte útil, de no abandonarte en una situación difícil que puede influir de forma perniciosa en tu salud.

[...] Muy triste, muy triste es todo esto, amigo mío; mi cumpleaños no es alegre, en realidad nunca lo ha sido, por más que me remonto al pasado, no veo sino un gran vacío a mi alrededor. Yo habría sido muy cariñosa contigo si no hubieras intentado de antemano rebajarme estúpidamente, burlarte de mí sin motivos, enredarme en un orden de ideas abyectas en el que nunca me había extraviado. Soy muy desgraciada, señor Néel. Usted que me prometía tanto sol, ¿por qué me ha sumido en la oscuridad?

24-10-1904. No quiero enviar, sin añadir unas palabras, una carta que tal vez te dejaría una sensación de tristeza que no te conviene.

Es poco filosófico reprochar al próximo el estado de ánimo en el que uno se encuentra y cuyo causante es sobre todo su propio organismo. Y, de haber contribuido otro a provocarlo, como factor determinante, ¿acaso gozaba ese otro de libertad para actuar de un modo distinto? Herencia, atavismo, educación, encadenamiento perpetuo de los efectos y las causas. Soy una mala budista por haberlo olvidado, y si te he entristecido, lo lamento. Dame tu mano, querido Mouchy, que la estrecharé con afecto.

París, 9 de noviembre de 1904

[...] ¡Ay, querido amigo!, ¿por qué no dispondré de una renta? Construiríamos un *home* acogedor en algún bonito rincón y yo me sumergiría hasta el cuello en mis estudios de orientalismo, que me apasionan cada vez más.

[...] Voy a comenzar una obra de divulgación sobre la filosofía hindú.

[...] Pocos días me separan de mi regreso. Esta vez, señor Mouchy, el que vuelve con usted es un Moumi definitivo. ¿No tiene un poco de miedo?... Ya verás como todas esas angustias que te atormentan desaparecen rápidamente con el beneficioso régimen que vas a seguir. Porque tendrás que ser muy obediente, ¿me oyes?, cuidarte como diga Moumi. La enfermedad es algo demasiado feo para dejar que viva en una casa bonita como la que tú me has construido. [...]

¿Debo mirar por la música? Vi a Ferdinand Hérold en casa de Rachilde y, a continuación, a la señora Hérold copiando a Polaire. Hay unas cuantas de ese estilo que interpretan el papel de Claudine,² que imitan a la tal Polaire, que resulta que es fea y no se parece en absoluto a los retratos oportunamente retocados que le hacen. ¿Sabes qué edad tiene? Pues cuarenta y dos cumplidos. Es la edad de la celebridad en París, incluso para representar el papel de jovencita pícara de dieciséis años.

[...] Hasta pronto, queridísimo mío. Tengo una gran curiosidad por ver la gran Mousmé. ¡Nos perderemos dentro! Siempre tuya, mi buen amigo. Pasaremos un grato invierno muy cerca el uno del otro, de espíritu y de corazón.

Paris, 11 de noviembre de 1904

[...] Por lo que se refiere a los otros motivos de tristeza que enumeras en tu carta, no vale la pena hablar de ellos, ¿no te parece? Eran nubarrones de Aluch somnoliento. Por favor, señor Mouchy, ¿en qué no soy su mujer? No te he obligado a darme un apellido. El que utilizo en mis relaciones literarias es un seudónimo, lo sabes tan bien como yo. Querido amigo, renunciaré a mi seudónimo si ello te complace. Lo que ocurre es que creo que eso puede resultarme perjudicial justo ahora que empiezo a ser conocida en un círculo reducido. Por otra parte, considero que para ti mismo, para tu posición y tus relaciones, es preferible que tu apellido no figure al final de los artículos que puedo verme abocada a escribir en periódicos e incluso en revistas. No todo el mundo tiene las mismas opiniones políticas y religiosas.

² Protagonista de una serie de novelas de Colette, publicadas en esa época. (N. de la T.)

Vale más que conserve una identidad absoluta y claramente distinta de la tuya. Que se sepa que tú no tienes nada que ver con lo que digo o escribo, e incluso que ninguna de las muchas personas que te rodean establezca relación alguna entre Alexandra Myrial, periodista y mujer de letras, y Philippe Néel, ingeniero de los Ferrocarriles.

Olvida, pues, todo eso y piensa que me sentiré muy dichosa de volver a verte, que te acogeré con los brazos abiertos y que te diré: ven, mi pobre Mouchy, ven si quieras, pobre Aluch que has encontrado demasiado tarde a una Mousmé demasiado vieja, intentemos construir con todos los trozos que hay en nosotros una felicidad en la que podamos encontrar el reposo. Intentemos comprendernos mutuamente. Amigo mío, si supieras el terror que me produce una existencia como la de mis padres: dos estatuas que, después de permanecer más de cincuenta años una frente a otra, siguen siendo tan desconocidas entre sí como el día de su primer encuentro, igualmente ajenas la una a la otra, sin ningún lazo espiritual ni sentimental. No, ¿verdad?, no es una vida así lo que nos espera; no la queremos, sabremos construirnos otra. [...]

Paris, 3 de diciembre de 1904

Esta mañana, al levantarme, me esperaba una carta de mi tío: mi padre se está muriendo. Tengo que ir a Bruselas, ¿no crees? Son las ocho. Tomaré el tren de las doce. Escribeme a la calle Faider, 105. Esto va a acabar con mi pobre cabeza. A pesar de todo, ya ves, es mi padre. ¿Cuándo regresaré? No lo sé; depende de cómo se desarrolle los acontecimientos en Bruselas. Tuya, Mouchy.

¿Te das cuenta? Mi presentimiento era correcto.

Bruselas, 7 de diciembre de 1904

[...] Esta noche no teuento nada más, el cansancio me embarulla las ideas, no hago más que subir y bajar escaleras desde esta mañana. Estoy desmoralizada. Me estoy idiotizando; mi cerebro, demasiado agotado, crea estúpidas ensañaciones de chiquilla. Lamento sinceramente no creer en alguna religión absurda en la que poder abismarme. Es una necesidad irresistible para los ojos demasiado clarividentes olvidar la monstruosidad de los demás y la de uno mismo contemplando una linterna mágica donde se paseen en procesión fantasmagórica. Ya no sé lo que digo. Buenas noches, señor Aluch.

Bruselas, 10 de diciembre de 1904

¿Hago bien manteniéndolo a diario al corriente de la situación?... No sé nada. Puesto que no conoce a mi padre, es evidente que las noticias sobre su estado de salud no pueden despertar ningún interés di-

recto en usted. Por este motivo sólo le hablo del asunto desde el punto de vista de la influencia que su enfermedad ejerce sobre mis proyectos, sobre mi regreso.

Me parece que voy a tener que dejar las cosas como están y emprender el camino hacia La Goleta.

Aquí me encuentro en la atmósfera más deprimente y nefasta que pueda haber para mis nervios enfermos. Todo el triste pasado revive para mí entre los muebles familiares, testigos de mi miserable juventud; y el futuro, que se me antoja demasiado parecido al pasado, portador de las mismas dificultades, me aflige mucho más.

De todas formas, es inútil seguir dándole vueltas a ese asunto; uno siempre es, en parte, el artífice de sus problemas. Me ha faltado valentía, dignidad. Me he dejado arrastrar cuando habría sido preciso que me irguiera y reanudara la lucha, con esa bravura íntima en el corazón sin la cual no hay verdadera alegría. No lo hice... y ahora pago mi debilidad, la pagaré durante mucho tiempo, sin duda siempre. La felicidad es para los valientes, ¡es de justicia!

Deseo sinceramente dedicarme a hacer que la vida sea posible entre nosotros. Tendrá que ayudarme. Ayudarme con franqueza e inteligencia, sin querer lo imposible, sin tratar de introducir en una unión llevada a cabo en unas circunstancias y con un estado de ánimo muy particulares, los hábitos de matrimonios iniciados bajo otros auspicios.

Le aseguro que he intentado volver ante usted como una extraña, considerarlo un desconocido y comenzar de nuevo la aventura apor- tando esta vez elementos mejores. ¡Qué locura!... El símbolo del matrimonio masónico es verdad: la varita de cristal rota no se puede reconstruir, y la confianza, la felicidad, la atracción del espíritu o del cuerpo son varitas de cristal muy frágiles. En mi vida no ha habido mucho espacio para la fantasía. Siempre la he evitado. En una ocasión cedi a ella, caminé sin escuchar los reproches de mi razón, unas circunstancias desplorables me ofrecieron una especie de excusa para avanzar por tal camino. No se puede volver atrás; el pasado es inexorable, impone el futuro, y para mí el futuro es el horrible pesar de mi vida hecha añicos y malgastada por caminos que no se ajustaban a mi deseo, que no eran fruto de mi libre albedrio...

¿Acaso le digo esto para atormentarlo, señor Néel? ¡Oh, no lo crea, por favor! Estoy lejos de albergar en el alma un ápice de maldad. Estoy muy débil, muy hundida, y me paso las noches llorando ante esos mismos muebles que presenciaron mis precoces desesperaciones de chiquilla. No, no crea que me complazco en darle pena, eso no ocupa ningún lugar en mis pensamientos..., ¡ninguno! ¡Dios mío! Yo también hubiera querido tener un compañero al que poder amar sin

reservas, que fuese otro yo en medio de la vida difícil y de los hombres indiferentes o agresivos. Los que me encontraban egoísta y sin corazón eran unos imbéciles. Yo no me prodigaba en sentimentalismos y sensiblerías, pero habría podido amar muchísimo a quien me hubiese parecido digno de ello, a quien me hubiese amado con la misma entrega.

Conformémonos. Yo acepto las tristezas, las dificultades inherentes a la...*

Bruselas, 24 de agosto de 1905

[...] De mi estancia aquí, ¿qué puedo decirte? Los sentimientos «afectuosos» que mi madre alberga hacia mí parecen haberse acentuado. Le soy más ajena que nunca, y por mi parte, noto que el poco apego que había podido conservar hacia ella ha desaparecido ante su cruel indiferencia. Todo lo mío le desagrada, al igual que le desagrada todo lo de mi padre. ¡Me parezco tanto a él! Me sorprende aquí, en este escenario de viejos muebles donde lo he visto vivir, repitiendo palabras y frases que él decía, gestos y actitudes que eran suyas. Mi madre, más que analizar conscientemente estas cosas, las percibe. Yo soy la hija del hombre que ella no amó, soy hija sólo de él, pese a la sangre con la que ella me dio vida y la leche con la que me alimentó. Soy un parásito (vaya, como mi tenía)** que ha crecido en su interior... Ahí tienes, amigo mío, lo que les espera a las mujeres imprudentes que buscan en la maternidad el consuelo de una unión inadecuada. A cierta edad las aristas de los caracteres se atenúan, la rigidez de los instintos y los sentimientos disminuye. Se han presenciado y recibido tantos golpes, se han tenido tantas experiencias amargas que el cansancio y la apatía reemplazan la combatividad de la juventud. Se dice: «Para qué?» y «¡Qué más da!», y se dice con desdén, con desprecio hacia uno mismo y los demás, o bien con una indulgencia triste, y se es paciente porque la miseria mental de aquellos con los que se trata tiene como contrapeso la miseria propia, los errores sútiles, las flaquezas del espíritu que los orgullosos se reprochan como si fueran una degradación y que en lo más profundo de sus almas constituyen un cruel remordimiento al que tal vez sólo la muerte ponga fin. Si, nosotros, los viejos, podemos establecer entre nosotros una paz relativa, pero ¿cómo no temer el contacto de las almas nuevas?... ¿Cómo renunciar a

* Falta el final de esta carta, así como muchas más probablemente escritas desde París, adonde Alexandra fue tras la muerte de su padre, acaecida el 20 de diciembre de 1904 a las 22.30.

** Alexandra David-Néel estaba siguiendo un tratamiento para eliminar una sordera que le causaba trastornos desde hacía varios años.

encarnar en el hijo que se ha traído al mundo el ideal humilde o altivo que uno se había propuesto y que casi siempre ha traicionado? ¿Y cómo soportar la espantosa idea de no poder exponer ante él la vida propia en su totalidad, sentimientos y actos, y de ver en su entusiasmo juvenil, en su rigurosa e implacable lógica, todavía no adormecida, juicios severos?... ¡Ah, queridísimo amigo, no ponga en duda que hay mucha sensatez, mucha previsión en mi voluntad de no ser madre! Las dificultades que nos crean nuestras diferencias de mentalidad se atenuarán cada vez más. Nos haremos a la idea de nuestra miseria recíproca y nos consolaremos de ello cuanto podamos. ¡Eso es sensatez!... Pero a mi hijo, a mi hija, a mí misma reviviendo lo que era antaño, usted no los comprendería ni los amaría. Sería la lucha, la triste lucha contra los propios hijos. Tal vez nacería en usted la indiferencia..., pero, ¿y yo? Soy demasiado consciente de qué clase de madre sería como para correr el riesgo de embarcarme en semejante terrible aventura. Mi hijo sería para mí el dios al que iría dirigida toda mi adoración. Sería mi única esperanza, y ya no viviría sino para verlo vivir la vida que yo no he vivido, para hacer realidad el ideal que yo no he alcanzado... Y seguramente eso no llegaría a suceder. Podría ocurrir que hubiese formado un cuerpo en el que estaría alojado un espíritu que no es el mío... La historia de mi madre, pero intensificada por toda la superioridad sensitiva e intelectual que yo poseo sobre esa pobre mujer, cuya decepción no ha sabido mudarse sino en rencor y maldad hacia el fruto inocente de su desengaño.

¡Una filosofía tremadamente pesimista! La estancia en Bruselas no me inspira otra. Regresaría encantada a nuestro retiro marítimo de La Goleta. [...]

Me han pedido que desarrolle en el próximo Congreso del Libre Pensamiento en París diversas consideraciones, de índole más bien etnográfica, sobre el origen de la moral laica que expuse en otra ocasión allí y que algunas personas recuerdan. El inconveniente está en que el Congreso se celebrará dentro de unos días, antes de que pueda haber acabado en Bruselas. He respondido que me sería imposible desplazarme en estas circunstancias, a no ser que recibiera una compensación económica suficiente que el Círculo, que ya envía a varios representantes con los gastos a su cargo, quizás no esté en situación de proporcionarme. Es una respuesta más honrada que un rechazo tajante. [...]

31 Amherst Road, Ealing, Londres, 15-8-1906

Querido Mouchy, esta mañana he recibido tu larga carta. El cartero me ha pedido 5 libras de sobretasa. Busca un papel más ligero para evitar estos dobles portes, pero sobre todo que no se te ocurra abre-

viar las cartas con el pretexto del peso; vale más que cambies de papel, ¿no?...

Amigo mío, me apena saber que te sientes tan confuso. No estás hecho para las grandes complicaciones y las excesivas sutilezas de sentimientos y razonamientos, que, por lo demás, son facultades poco deseables, útiles tan sólo para volver miserables a los que están dotados de ellas o, más bien, las padecen. Te bastaba una felicidad sencilla..., no la tienes por mi culpa, y eso es triste, muy triste. Me entristece tanto tu pesar como el mío. Los seres tienen derecho a la felicidad, si es que en esto se puede hablar de derechos. Quiero decir que buscan la felicidad por instinto del mismo modo que comen por instinto, pues ¿qué es la felicidad sino la satisfacción de una necesidad material o mental del organismo? Es absurdo considerar pernicioso que un ser busque la felicidad de la forma que corresponde a la madera de la que está hecho. Los viejos principios, la jerarquía de los pensamientos y los actos, toda la escala del Bien y del Mal sigue dominándonos demasiado, y los más libres de nosotros apenas podemos evitar juzgar los gestos de los demás según nuestro propio catálogo. Los dogmas, los deberes, el ideal, ¡qué fuente de torturas!... Queremos ser esto, queremos que los que nos rodean sean aquello, y ni uno mismo ni los demás se parecen al modelo soñado. Es una contradicción perpetua, y así como el animal, con tal de tener una ración suficiente de satisfacciones, se obstina en continuar su vida, nosotros continuamos viviendo carcomidos, devorados, afigidos por una decadencia ilusoria e insopportable para los demás...

Sí, tú hablas de parejas que avanzan por la vida apoyándose mutuamente; sin lugar a dudas es una utopía más de esas con las que nos llenan el cerebro en la juventud y tan irreal como los héroes simbólicos de las mitologías. ¿Dónde están tales personas, quién las ha visto? Hay almas serviles pasivamente apagadas a otras, seres que se sacrifican gustosamente, protectores atentos..., hay una gran variedad de actitudes animicas en el terreno de la «bondad»; pero la unión inteligente y fuerte de dos fuerzas y dos inteligencias, la amistad que funde a dos individuos en uno solo, que los sitúa uno frente a otro con el corazón y el alma desnudos, de manera que piensan juntos todos sus pensamientos, incluso los más oscuros, incluso los más bajos, olvidando que el otro es «otro» y viviendo ante él como ante uno mismo..., a ésos, ¿dónde los encuentras?

Tal era, sin embargo, mi sueño de amistad estrecha y elevada. Sin duda era más que humano, ya que los dioses se reservan el privilegio de colmar por entero el corazón de sus devotos y no permiten que el hombre encuentre en el hombre lo que necesita para saciar su alma.

Mouchy, te he importunado a menudo con mi eterno «¿por

qué?..., ¿por qué?...». ¿Crees que ignoro el porqué de tu conducta conmigo? Tal vez haya desentrañado mejor que tú mismo los sentimientos que te han impulsado a actuar. Lo que yo buscaba con mi pregunta, más que razones, era una tregua entre nosotros, un acercamiento de nuestros espíritus, una ocasión de que vinieras hacia mí. ¿Acaso somos tan distintos que eso es imposible, o bien los dioses que convertí en mis compañeros de juventud me reclaman para sí e impiden que alguien se acerque a mí?

¿Qué puedo hacer por ti, amigo mío? Todo me empuja a no dejarte por más tiempo. ¿Quieres que regrese de inmediato? Estoy dispuesta a hacerlo, y de todo corazón. No creas que no siento cariño por ti, querido. Si estuvieras aquí, yo también te abrazaría muy fuerte, buscando junto a ti un refugio en medio de mi angustia. No le haré ninguna confidencia a Margot,* pese a todas las atenciones que me dispensa. La paz me vendrá únicamente de ti, si debe proporcionármela un ser humano, y si no, ¡que los dioses decidan!

Ealing, 21-9-1906

Ayer estuve en Luzac y dejé lo que tengo hecho sobre Meh-ti** [...] No es que haya que esperar beneficios de este asunto; sé de sobra que no. Pero un libro de esta clase puede ser un primer jalón en el camino que desearía seguir. Dándome a conocer, puede abrirme más fácilmente las puertas de editoriales que publican «bibliotecas de divulgación», como Alcan y otras. Con este género también es posible obtener subvenciones del ministerio, y me gustaría preparar dos tratados atrayentes y bien escritos, destinados a la enseñanza superior y la gente de mundo: uno sobre las religiones y filosofías de Extremo Oriente, y otro sobre las de la India. ¡Hay tantos que escriben novelas!

[...] No te equivocas al pensarla, querido amigo, me produciría una gran alegría salir del atolladero en el que me encuentro desde que mi vida va a la deriva. La consecuencia de ello sería un gran sosiego espiritual, una satisfacción que cambiaría enormemente nuestra vida íntima y la haría mucho más fácil. Debes de desear, como yo, que por fin regrese. [...]

[...] No puedo evitar pensar en el asunto de mi libro y desear que salga bien. Tengo una necesidad perentoria de ganar una suma suficiente al año. Mi posición es muy precaria, y no estaba acostumbrada

* Margot es la amiga de infancia de Alexandra, quien acaba de instalarse en su casa para pasar algún tiempo a fin de perfeccionar sus conocimientos de inglés, idioma que le es indispensable para sus estudios orientalistas.

** Libro publicado originalmente por Luzac & Co. en Londres en 1907, fue reeditado por Plon, en 1970, con el título *En chine: L'amour universel et l'individualisme intégral, les maîtres Mo-tsé et Yang-tchou*.

a tal cosa, pues siempre había tenido las necesidades cubiertas. Sin saberlo, Mère y Margot han hurgado en la herida. Margot me ha preguntado cuánto dinero dedicabas a tus gastos. Yo le he dicho que no lo sabía, pero que sí sabía que eras muy ahorrativo, a veces, en mi opinión, demasiado. «¿Cómo que no lo sabes? ¿Es que no te enseña las cuentas?» Entonces le he dicho que estábamos casados en régimen de separación de bienes. [...]

Triste es el papel de la mujer servil a quien se le dan de una en una las monedas de veinte francos, que no puede gastar un céntimo sin que se sepa. Creo que hay que atribuirle la ligereza de tantas mujeres, el poco interés que ponen en las economías comunes. El dinero del marido no les pertenece, lo gastan sin pesar, regatean como sirvientas el precio de la carne o la mantequilla para comprarse una cinta o un frasco de perfume. Otras, las que no son coquetas, llenan en secreto una hucha, «sus ahorros», y ese pequeño capital, esa fortuna minúscula es lo que les preocupa. Yo creo que esa dependencia y esa hipocresía causan la desdicha de más de un matrimonio. No te diré que apruebo el sistema inverso, en el que el marido debe pedir dinero para sus gastos. Es una idiotez. Sin embargo, hay un matiz: al ser consciente el solicitante de que, después de todo, el dinero es suyo y dispondrá de él cuando le venga en gana, no se encuentra en una situación de tanta dependencia, de modo que la acepta por voluntad propia. Con todo, aborrezco ese espionaje mutuo. Lo que uno gana es suyo y tiene derecho a disponer de ello con las restricciones que se ha impuesto él mismo, como criar a los hijos, etcétera. De donde se deriva que las mujeres también deberían ganar dinero o que, como piden algunos reformistas, el trabajo doméstico debería estar remunerado. ¿Es justo que una mujer que ha cocinado para un hombre, le ha lavado los platos y zurcido la ropa se vaya con las manos vacías en caso de separación, cuando si hubiera realizado esos trabajos para extraños habría cobrado un salario y cuando, por otra parte, el hombre al que ha servido habría gastado por ese concepto (si hubiese recurrido a otros) mucho más de lo que le ha costado mantener a su mujer? Evidentemente, en este ámbito hay una gran laguna que es preciso llenar, sobre todo para la clase trabajadora. [...]

Londres, 23 de septiembre de 1906

Un cielo gris, nubes bajas, tristeza por doquier y un silencio de domingo inglés que armonizan con el aspecto pesado y dominador de las gruesas Biblias negras. Realmente es la lectura apropiada para esta tarde melancólica. A guisa de Biblia, yo tengo la larga carta que me escribiste el miércoles pasado y sobre la que medito desde anoche.

Ante todo, gracias por haberla escrito... es una prueba de buena voluntad que te agradezco. Pero ¡cuántos días miserables podrían haberse evitado si en otros tiempos hubieses demostrado simplemente eso!

Lunes por la mañana. He cedido al ambiente, a la tenaz y sorda insinuación de las cosas; anoche partí para el templo. ¡Un verdadero viaje! En mi última estancia, la iglesia francesa se hallaba en Tottenham Court Road. Tomé el tren subterráneo y fui a parar justo delante del antiguo local, ocupado ahora por una iglesia inglesa, donde se agolpaba una gran multitud y adonde querían hacerme entrar a mí también. Después di un paseo hasta Bloomsbury y monté en una imperial para volver a Ealing por el camino de los omnibus. Mucha animación, tipos curiosos dirigiendo *Sunday meetings* en las iglesias, cuyas puertas abiertas permitían en muchos casos ver el interior. Más que reconocimiento, en esas oficinas hay agitación. El cristianismo inglés tiene unas costumbres que huelen a *business* o a política; los evangelistas presentan el aspecto atareado y combativo de agentes comerciales o electorales.

[...] Esta mañana, el mismo cielo gris, la misma guata agobiante que difumina las cosas. ¿Cómo ha podido surgir de esta tierra un pueblo tan duro en la lucha? Parece más bien que uno va a disolverse poco a poco en esas brumas insidiosas. Es una atmósfera para almas y muebles *modern style*: lacado claro de tonalidades indefinidas y pesimismo a flor de piel. ¡*Mapple*, desvaimiento, abulia!

Volvamos a ti, a tu carta. Creo que está escrita con seriedad y sinceramente. El «tú» que pintas en ella se asemeja más a lo que eres realmente, me parece a mí, que el gnóstico de fin de siglo que quisiste que viera en ti, el intelectual esteta cuyas peores luchas no descomponen la sabia armonía de los pliegues de su túnica, que, en medio de las más groseras incitaciones del animal, puede conservar una sonrisa clara en unos labios inmutablemente desdeñosos, una elegante serenidad en un cerebro habitado por todas las indulgencias y todos los desprecios.

¿Te ha parecido que yo alcanzaba, al menos en parte, ese ideal que querías para acercarte a mí, para intentar mostrarte de la misma madera, o bien te animaba el espíritu de contradicción? Me dirás: «No he intentado nada de nada, tengo un alma muy burguesa, incapaz de todas esas sutilezas que tú despiertas constantemente.» Es muy posible, pero entonces me equivoqué por completo respecto a ti, te acepté como mi igual, si no superior, en materia de refinamiento, de sutileza. Creí que, en lo relativo al goce, hilabas muy fino, lo dotabas de quintaesencias cuya tenuidad te encantaba. Necesitaré tiempo para comprenderte de otro modo. Porque eres otro, en efecto. Decirte que no he sufrido por renunciar a las galopadas comunes que esperaba, en es-

tas tierras frágiles, sería mentir. Yo no tengo una alma burguesa, y el burguesismo de mis padres me ha hecho sufrir mucho.

Tu carta, tus explicaciones..., ¿debo interpretarlas como una prueba de que deseas satisfacerme, apartarme de la miserable obsesión que me corro, o como una conversión verdadera? ¿Adoptas ese tono conmigo para contentarme, o bien tus reflexiones te han llevado de forma natural a considerar absurdos los actos de tu pasado? [...] Si tuvieras un hijo, ¿desearías que llevara tu vida y tampoco harías por él lo que no supieron hacer tus padres por ti, es decir, educarlo para ser un hombre con cerebro y no un monigote?

No te dejes engañar por este tono que puede parecer el de un censor ridículo; yo me veo y me juzgo. Si bien la estupidez y la indignidad de la mayoría han hecho que me sienta muy orgullosa de mí misma frente a los hombres, cambio de tono en la intimidad de mi alma, y el publicano que permanecía en la puerta del templo sin atreverse a entrar y golpeándose el pecho era un monumento de orgullo a mi lado. Lo que pienso de ti está desprovisto de aspereza, de cólera. ¿Por qué han ido así las cosas? Te equivocas, sin embargo, cuando me dices que te miré caminar sin detenerte. ¿Recuerdas todas las cartas que te escribí y a las que respondías escabulléndote, todas las tentativas que hice de viva voz? [...] En aquel momento las cosas eran muy recientes y se podían moldear con más facilidad; ahora se han endurecido, petrificado, y nos rompemos las uñas, nos desgarramos la carne... [...]

Dios mío, Mouchy, no creas que quiero responder a tu carta con una maldad que no hay en la tuya.

Estoy disgustada, eso es todo; tú crees que la ausencia me calma, pero no hace sino exasperar todavía más mis pensamientos. No hablamos más de todo esto hoy, ¿de acuerdo? Seguiré pensando detenidamente en todo lo que me dices, y creo que me lo dices con el corazón en la mano.

¿Irnos cada uno por nuestro lado? Sí, claro, sería una solución, la más digna, la más satisfactoria para la razón..., pero, qué demonios, me resultaría penosa, te lo confieso. No quiero aparentar más fortaleza de la que poseo; en otros tiempos habría tenido valor para dar semejante paso, pero ahora..., los años, la mala salud... Mouchy, a menudo tiendo la mano en el vacío, y en tales momentos me reconfortaría encontrar la tuya.

¡Pequeño Aluch! Es verdad: en el fondo, bajo toda tu aparente maldad, tienes un alma de niño, y precisamente por eso el entorno ha influido tanto en ti y te ha guiado.

No digamos nada más hoy, ¿de acuerdo? Si pudieras verme, tal vez me estrecharías contra ti y lloraríamos los dos. Tuya.

Ealing, 25 de septiembre de 1906

¿Cómo te escribí ayer? Quizá mi carta te pareció una respuesta demasiado seca a la tuya. A decir verdad, amigo mío, no era una respuesta. Tu carta exige algo más que unas frases escritas apresuradamente, reflejo de unas decisiones tomadas a la ligera.

[...] Tú te comportabas de acuerdo con el protocolo convencional vigente en el mundo en que vivías. Allí era obligatorio adoptar tal actitud con las mujeres y, sin mediar reflexión personal alguna, adoptaste y mantuviste esta actitud, que te parecía la única posible. [...]

¿Es sensato reprocharte haber vivido como lo has hecho? Desde luego que no, querido amigo, eso hay que dejarlo para los ridículos sermoneadores que creen en la libertad de los actos humanos. Yo puedo lamentar cosas que me resultan penosas porque van en contra de mi manera de ser, pero nada más. ¿Y es también una locura reprocharte haber actuado conmigo como lo has hecho? ¿Acaso podías mostrarte de otra forma? Evidentemente, no. ¿Entonces?... Entonces, querido Mouchy, queda lo que tú llamas mi «incommensurable orgullo», que ha sido irremediablemente herido. ¿Cómo es posible que yo no haya causado una impresión distinta que Clarisse o Catherine, que te haya inspirado los mismos sentimientos y que tú, amante de los romances, hayas creído que comenzabas uno conmigo? Te confesaré que he pasado mucho tiempo asimilando esta realidad; me parecía tan inaudita que no me cabía en la cabeza. ¡Qué espantoso calvario he sufrido durante seis años! Tú no puedes hacerte una idea porque no comprendes esas cosas; a mí me han hecho perder la salud y me harán perder la razón. Mi educación religiosa me impide imaginar que semejantes cosas queden sin sanción. La razón me dice que lo correcto es que me culpe más a mí misma que a los demás, que uno es el verdadero autor de los males que le causan otras personas. Y si el culpable no eres tú, si lo soy yo, soy yo quien debe expiar. La expiación encierra cierta satisfacción, «hacemos algo» y, vagamente, falsamente también, nos engañamos, imaginamos haber suprimido el pasado. El cristianismo ha hecho que tengamos esta mentalidad absurda. Aunque me flagelara todos los días hasta sangrar, como hacen algunas monjas, ello no borraría el hecho de que haya estado, desempeñando junto a ti el mismo papel que cualquier otra mujercita. Es cierto, pero nuestra debilidad aparta la vista de una lógica demasiado rigurosa, su aspereza le da miedo. Creemos que, cambiando de traje, nos convertimos en otros, cuando con frecuencia la expiación no es sino una forma hipócrita de alivio. Siempre he imaginado el infierno como la continuación indefinida de una sensación que al principio agradó y acabó por convertirse en una tortura, debido al prolongamiento de una situación cuyo horror se ha comprendido. No tratar de salir del agujero en el

que uno se ha dejado caer sería sin duda la mejor satisfacción que es posible ofrecer a un dios ofendido, suponiendo que los dioses se preocuparan de nuestros actos y pudieran sentirse heridos por ellos.

¿A qué vienen todas estas elucubraciones místicas? Tu carta y la postal que me escribiste a continuación, el viernes pasado, me han conmovido, querido Mouchy. Indiscutiblemente eres el mejor marido que se pueda soñar, lo reconozco sin vacilar, y éste es un motivo más para que me atormente una situación que a ti también te resulta enormemente penosa. [...]

Gracias por todo lo que me propones, por todo lo que me dices. La indulgencia, amigo mío, es la mejor de las virtudes; tratemos de tener el uno con el otro tanta como podamos. [...]

Ealing, 25 de septiembre de 1906 (noche)

Acabo de escribirte una larga carta, querido Mouchy, pero no sé si, a través de todo lo que te he dicho, has comprendido que aprecio sobremanera y cabalmente la solicitud que manifiestas hacia mí. Tu última postal del viernes demuestra realmente una gran bondad y quisiera responder a ella también con bondad.

«Podrías viajar a algún país lejano», me sugieres. ¿Te diste cuenta al escribir eso que escribías la frase más adecuada para conmoverme, pues me parece que hay por tu parte una intención especialmente benévole al ofrecerme lo que más me interesa en el mundo? Tomo nota de tu ofrecimiento, amigo mío; con toda seguridad un día te pediré que lo ejecutes, aunque no por ahora. Ahora estoy cansada y arrastraría por doquier mi fatiga y mis preocupaciones. Intentemos poner fin a nuestra miserable situación. Tú piensas que lo estamos intentando desde hace tiempo. Yo no creo que lo hayamos hecho con determinación. Simplemente hemos tratado de desempeñar el papel de buenas personas, cosa que no somos, y a la larga eso produce una fatiga que degenera en irritación. ¿Qué somos en realidad? Tú eres un señor que se encuentra fuera de su elemento, te sientes muy afligido por no tener el interior que preferirías, la mujer que te hubiera gustado. En cuanto a mí, soy una infeliz desorientada por el desmoronamiento de un hogar en el que había creído que me refugiaría hasta la muerte, terriblemente humillada tras haber sido objeto de engaño y oprobio en una aventura en la que yo había creído de buena fe que desempeñaba un papel muy distinto, y sin saber ahora mismo adónde ir ni qué hacer. Es muy posible que nosotros mismos seamos los artífices de nuestros desengaños; de hecho, es una obviedad, pero decírnoslo no arreglaría nada. El hábito, a falta de otra cosa, ha creado entre nosotros una especie de simpatía. ¿Es esa simpatía lo bastante fuerte para que tratemos de ayudarnos el uno al otro, puesto que no tenemos

a nadie mejor a quien dirigirnos, a atenuar la pena que nos causa nuestra triste situación? Por mi parte, yo diría que sí. [...]

Ealing, 6 de octubre de 1906

[...] Me marchó de Ealing dentro de un rato, después de comer, sin ningún pesar. De la Margot de antaño ya no queda nada. La ha sustituido una voluminosa mujer apática e indolente que se arrastra de una silla a otra gimiendo, que ha adoptado actitudes y una mentalidad de burguesa alemana o inglesa pueblerina. Te habla de la «corrupción de la sociedad francesa» y de las «costumbres parisienses». Tiende a olvidar con facilidad que le hizo a Marthe la juguete, bastante poco delicada, de quitarle de la cabeza a Eric, que quería casarse con ella, e inducirle a otro matrimonio para quedarse ella con Eric. Eric y ella llevan esa vida de falsa intimidad que es la de la mayoría de los matrimonios y que tanto me repugna. Al parecer es así como se vive «normalmente» cuando se está casado. A mí me dan náuseas sólo de pensarlo. Hay más que suficiente con mentir y desempeñar un papel en todas las relaciones sociales; que al menos el *home* sea el lugar donde nos quitemos la máscara, donde descansemos de las muecas indispensables. [...]

Monnetier (Salève), 5 de octubre de 1907

[...] Es bastante calamitoso haberse gastado el dinero para obtener un resultado tan nulo. No imaginaba que un mes al aire libre repararía el mal causado por años de tensión nerviosa a ultranza y miserias morales todavía vivas, todavía lacerantes. Esperarlo habría sido el sueño de un loco. Pero creía en una influencia saludable sobre las funciones digestivas, sobre todo después de Vichy. No ha sido así. Sin embargo, no te diré que me arrepienta de mi estancia en Salève. Aquí he encontrado, a falta de curación, un verdadero placer. Los grandes paseos por la montaña, la tranquilidad de este hotel, la ausencia de preocupaciones domésticas, el haberme librado de esos miserables muchachos que me ponen los nervios de punta. Todo esto me ha resultado agradable, muy agradable. Sí, todo, hasta la ausencia de los paisajes y los rostros de Túnez me ha sentado bien. En estos días de soledad, me sorprende encontrarme absolutamente igual que en mi juventud, que en mi infancia. Y por tal o cual gesto, pensamiento, impresión o alegría súbita, similares a los que experimentaba a los doce años, a los dieciséis, a veces me entran ganas de besarme a mí misma. Me he vestido con ropas con las que iba disfrazada, pero, debajo de ellas, el pequeño «yo» al que estas ropas incomodaban sigue siendo él mismo y lo reconozco con una inmensa alegría. Así pues, amigo mío, dado que tu intención era procurarme algún placer, ya ves que lo has conseguido. Te aseguro que te estoy agradecida, infinitamente agradecida.

He comenzado, al mismo tiempo, el libreto de ópera y la novela corta sobre el mismo tema del que te vengo hablando desde hace tiempo. Me parece tan bonito, tan dramático, tan teatral, que sería un gran éxito, siempre y cuando consiguiera asociarme con un compositor de mérito. No obstante, insistiría en publicar antes de nada la novela corta a fin de evitar que me robasen la idea, cosa que ocurre con mucha frecuencia. Pero la novelita, empezada veinte veces desde mi regreso del Figuig, no sale como yo desearía; yo querría darle a ese idilio especial una forma que armonizara con el marco en el que lo sitúo. Harían falta, con mi estilo, las arenas color de aurora y las montañas violeta, y el mar ondulante de los palmerales, y el sol, y finalmente el desierto hosco y embrujador. Encuentro mis frases anodinas, banales, sin ningún parecido con lo que suena dentro de mi cabeza. [...]

Hace ya dieciocho meses que me entusiasmé con esta narración, me entusiasmé hasta sentir rabia por mi impotencia para sacar de ella algo presentable, cuando otros la convertirían en una pequeña obra maestra. Y en teatro, ¡qué tema tan distinto! Como ves, es preciso que lo consiga. [...]

Montreux, 8 o 10 de octubre de 1907

Una sorpresa que ni yo misma me creo: ¡estoy en Montreux! En Ginebra, yendo de aquí para allá para ver a algunas personas, me encontré con unos antiguos conocidos a los que había perdido de vista hacía mucho tiempo y que acababan de pasar una temporada en Montreux. Me invitaron y, la verdad, no tuve valor para decir que no, puesto que sólo tenía que pagar el barco. [...] Esta noche ya he visto el famoso castillo de Chillon. El cielo, semicubierto de nubes en dirección al Valais, presentaba una asombrosa puesta de sol por el lado del Mont Blanc. En pocas palabras, un decorado romántico como requiere este sector elevado del lago que tantos merecidos elogios suscita.

[...] Hice bien en ir a ver a gente en Ginebra para lo de mi libro. En particular, conocí a un corresponsal de los grandes periódicos alemanes que se mostró muy atento y se ofreció para hacer personalmente toda clase de gestiones.

Mi queridísimo pequeño Mouchy, de todos modos me alegrará de verdad volver a verte. Puedes estar seguro de que te agradezco los días gratos que estoy pasando aquí. Tal vez no soy muy expansiva a este respecto, pero debes saber que siento muy profundamente esas cosas y que deseo y quiero darte a cambio todo cuanto esté en mi mano ofrecerte. [...]

París, 20 de octubre de 1907

[...] Esta mañana he estado en el Saint-Esprit, en la calle Roqueline, donde había una nutrida concurrencia. El organista nos ha obse-

quiado, a guisa de entremés, con una pieza muy bien interpretada, y el pastor ha pronunciado un sermón de una elocuencia sobria pero muy apreciable; aquello no oí a provinciano, a Cabantous y todo eso. Ha comenzado con el Eclesiastés. Es la primera vez que oigo leer un fragmento de este libro tan poco cristiano. No ha intentado escamotear los pasajes más duros de digerir para un creyente y, dando un rodeo, cosa para la que los controversistas poseen una gran habilidad, ha llegado a relacionar con este texto tan espinoso, sin que la disonancia resultara demasiado patente, unas ideas aceptables para un pastor que predica desde el púlpito. ¡Un erudito, al parecer! Y familiarizado con los autores griegos. A mí, que disfruto con tales lizas, con esa forma de manejar las ideas haciendo que se deslicen, pasen y cabalguen como en una contradanza perfectamente estructurada, me ha producido un gran placer. Ahi tienes una comparación poco edificante, y sin embargo, para mí ha sido un buen ejemplo, pues, hablando de uno de los resultados del pesimismo, que inclina al pesimista a sentir una infinita indulgencia hacia ese átomo miserable que es el hombre y una infinita compasión por su miseria, ese señor ha pronunciado frases dignas de uno de los sermones atribuidos a Buda que conservo en mi mente, si bien soy incapaz de hacerlas penetrar en mi corazón...

Paris, 22 de octubre de 1907

[...] No sé cómo debo tomarme esta frase de tu carta: «¿No te aleja la ausencia cada día un poco más de mí y de los tristes recuerdos que te suscito?» Quizá no eres lo bastante filósofo, amigo mío, como para que te diga que eso es lo más venturoso que podría sucedernos, lo que, si fuéramos sensatos, deseariamos como término de nuestras miserias. Si: despegarme de nuestro pasado, llegar a sentir, cosa que racionalmente comprendo a la perfección, que una aventura que tú mismo calificas de banal no es toda una vida, y que si por haber cometido el error de verse envuelto en ella uno queda un poco salpicado de porquería, no tiene más que decirse que la culpa es suya, que nadie le obligaba a hacerlo, y encogerse de hombros burlándose de su estupidez, sin tomarse a la tremenda algo que no lo merece. La verdad es estar convencido de que un amante, el placer que nos proporciona o las pequeñas perfidias de las que es culpable no son sino detalles de la existencia, entremeses que se saborean cuando son agradables, pero que se rechazan apresuradamente cuando resultan amargos. No hay que dejar que las preocupaciones de cintura para abajo suban hasta el cerebro, las desazones del cuerpo y el alma animal no deben turbar el espíritu de aquellos que tienen la fortuna de poseerlo. Ojalá llegue a «despegarme de ti», como dices, y deje de preocuparme de lo que has podido hacer o ser, deje de buscar de forma enfermiza en tus fotos an-

tiguas la huella de sentimientos opuestos a los míos. [...] Una vez que el pasado y el sentimentalismo han sido arrojados al cubo de la basura, ¿qué queda? Yo sólo veo un elemento negativo: nuestra salud; pero ni en ti ni en mí se encuentra comprometida hasta un punto susceptible de envenenarnos la existencia, y acabados los enfrentamientos y las preocupaciones se produciría, estoy segura, una sensible mejoría. Bien, ya estamos los dos en este punto. Si, lo sé, no tenemos las mismas opiniones ni el mismo temperamento, pero ambos somos inteligentes y lo bastante liberales como para respetar nuestra libertad. Ignoro qué piensas de mí. Me limitaré a examinarte a ti y te diré, sin pensarlo dos veces, que sólo veo cualidades junto a algunos defectos insignificantes. Para mí eres un marido excelente; no te cambiaria por ninguno de los hombres que conozco. Eres instruido, culto, tienes enormes cualidades prácticas como ser ordenado, ahorrativo y trabajador. En el ámbito social nos compenetramos: podemos mantener relaciones comunes y ayudarnos mutuamente. Reconócame tan sólo algunas cualidades equivalentes y tendrás que admitir, querido amigo, que la mayor parte de los matrimonios no cuentan con tantos elementos para ser felices como nosotros. [...]

Paris, 30 de octubre de 1907

Querido Mouchy, estoy impaciente por irme de aquí y temo el regreso a Túnez. No he dominado en absoluto mi neurastenia y en cambio ella ha ejercido gran dominio sobre mí. El insomnio, que a mí llegada a París había cedido un poco, ha vuelto a aparecer, más acentuado. Desde el punto de vista anímico, tengo el alma más desgarrada que nunca; ya no se interpone ninguna epidermis entre mis sensaciones y mi sensibilidad enfermiza. Todo, incluso lo que es motivo de placer, tiene consecuencias dolorosas para mí. Ya no disfruto de nada, todo me hace sufrir. Ayer, en la Ópera Cómica, para donde había conseguido una entrada, unos decorados japoneses de una estética fácil, unos efectos de luz logrados y una música bastante lamentable de Puccini acompañando una historia plagiada de *Madame Chrysanthème* me trastornaron hasta tal punto que estuve a punto de abandonar la sala. Y sin embargo, en otro tiempo hubiera saboreado todo ello con placer. ¡Pero qué lejos está, ese otro tiempo! He luchado tanto por la vida, por mi vida, he soñado tanto con momentos de belleza llenos de gestos estéticos, he visto esfumarse tantas veces los castillos en el aire construidos por mi fantasía, que estoy cansada. Ahora soy fea, vieja y pobre, no me queda esperanza y no me resigno, como me has repetido hasta la saciedad, a bajar la pendiente que conduce al agujero negro. ¿De qué sirve esta preparación, esta lenta agonía? ¿Acaso no es posible vivir hasta el umbral del abismo? ¡Vivir! No he tenido otra

palabra en los labios, otro deseo en el corazón, y han pasado los días y han transcurrido las horas, tan rápidos, tan vacíos, tan malgastados, y los minutos continúan desgranándose con más precipitación aún... ¿para qué?

[...] No hace falta que te diga que soy víctima de un fuerte ataque de neurastenia que desde ayer a mediodía se encuentra en su fase aguda. El menor ruido me sobresalta, me zumban los oídos y tengo un poco de fiebre.

[...] Aquí tienes, amigo mío, otra carta profundamente egoísta, llena de mí y nada parecida a las tuyas, en las que, por el contrario, no hablas de ti. ¿Estás muy resentido conmigo? ¿Cómo seré recibida cuando desembarque? Pienso mucho en ello. ¿Qué idea te haces de mi regreso?

Paris, 3 de noviembre de 1907

¿Es verdad que la epidemia de peste ha sido atajada, o me lo dices para tranquilizarme y animarme a prolongar mi estancia aquí? Eres muy capaz de haber actuado siguiendo esta segunda suposición, mi queridísimo amigo, y no puedo por menos de agradecértelo, pues en estas cuestiones siempre demuestras la mayor delicadeza y generosidad posibles. Sin embargo, carezco de datos para saber la verdad. [...]

Esta tarde he asistido a una sesión del comité del Consejo de Mujeres, una especie de federación de todos los grupos feministas franceses que forma parte a su vez de una federación internacional. Me han pedido que vaya al Congreso de Roma el próximo mes de marzo, y la señora Avril de Sainte-Croix me ha rogado que vaya a verla mañana para tratar diversas cuestiones sobre las que, al parecer, puedo facilitarle información. La sesión ha sido más bien tormentosa debido a las discusiones sobre la propaganda pacifista. Como es natural, yo no he participado en ellas porque no soy miembro de la asociación. Al terminar, unas antiguas conocidas de *La Fronde* me han llevado a tomar el té en À la Dame Blanche, un rancio establecimiento situado en el Boulevard Saint-Germain.

Me han invitado a otro té pasado mañana en casa de otras damas, pero ese día ya había quedado en ir al té (que es de champán) de las cinco que ofrece Rachilde, del *Mercure*. También tengo que ir, en grupo, a ver una obra que se está representando en el teatro Réjane. Además de eso, me esperan un montón de peticiones para ir aquí y allá; soy casi una aparición, una resucitada... y causo sensación. Es preciso poner freno. No he visto a los Mardrus, que me han escrito desde Honfleur una nota cómica con ese arte que ellos dominan. Los Harry Péroult también están fuera de la capital. A la señora Sorgue, con quien estuve comiendo, la encontré muy desmoralizada. El día antes

había asistido a no sé qué reunión de los comités socialistas y había abofeteado a no sé quién. ¡Costumbres políticas! [...]

[...] Mi pequeño Mouchy, ¡cuán miserable y ridículo es todo ese ajetreo de hormiguero! ¡Qué poco satisface al espíritu que, aunque sólo sea durante un día, durante una hora de su vida, se ha sentido en comunión mística con esa abstracción —única realidad— que los creyentes vulgares desfiguran convirtiéndola en su dios! ¡Y qué terrible tributo de la estancia en el misterioso Tabor, toda alegría, toda admiración, todo amor ya imposible, empañados por el deslumbramiento de la visión presentida! Buenas noches, amigo mío, te tiendo las dos manos, pero quieran los dioses, los únicos que pueden, llevar a tu corazón la paz que supera todos los bienes y que ningún mortal puede dispensar siquiera a los seres más amados.

Londres, 4 de septiembre de 1910

[...] Anoche asistí a un mitin donde había gente de la India (interpreta «mitin» en el sentido inglés de reunión: leímos y hablamos sobre cuestiones orientalistas). Me pidieron que fuera a «soltar» una lección a Edimburgo, ante un grupo de hindúes que estudian en la universidad. El presidente de dicho grupo, alumno de medicina, estaba en el mitin de anoche. Tal vez no sea más que un vago proyecto. Estoy encantada de ir a Edimburgo.

Ahora debo preparar todas esas lecciones que hay que «soltar» como si fueran palomas mensajeras, y no me resulta tarea fácil, porque, por otro lado, tengo bastantes invitaciones y las distancias son tan grandes que se pierde muchísimo tiempo. [...] En el momento en que me dispongo a terminar esta carta, recibo dos: una de Italia y otra de Bruselas. En la de Bruselas me piden que dé una conferencia. En la de Italia me proponen publicar un pequeño volumen de relatos (traducidos al italiano), si quiero entregar dos o tres más para añadirlos a mi «cuento del desierto» *Ante el rostro de Alá*, que aparecerá en una revista.

Voy por buen camino; ya no tengo tiempo para dedicarlo a la neurastenia... En cambio si tengo tiempo para dedicártelo a ti, queridísimo amigo, para expresarte mi gran y sincero afecto.

Londres, 6 de septiembre de 1910

Está lloviendo. Es el *leitmotiv* de la habitación y el cielo abusa de ello. Lo malo es que esta noche tengo que hablar ante un grupo especializado en estudios orientalistas y es en la otra punta de Londres. Afortunadamente tendré que andar poco, porque el local queda cerca de una estación de metro. [...]

[...] El señor Payne me ha revelado una manía que va a hacer que

me mantenga a cierta distancia de él. Desde hace largos años lleva a cabo un estudio riguroso sobre Shakespeare: ha examinado las ediciones antiguas y escrito acerca de las versiones auténticas o falsificadas, de la misma forma que algunos lo hacen con la Biblia; ha sostenido luchas sobre esta cuestión en la Academia de las Letras de Inglaterra, y su opinión y sus trabajos se encuentran reseñados en los prefacios de las magníficas ediciones (facsímiles de las antiguas) que la Universidad de Oxford ha publicado de las obras del gran dramaturgo, así como en otras obras igualmente «grandísimas». Ha comenzado una obra sobre los arcaísmos que aparecen en Shakespeare. Ya tiene unas cuarenta mil fichas, guardadas en un mueble construido expresamente para ese uso. Esa especie de arca sagrada se encuentra enfrente de las camas gemelas de la habitación conyugal... Hasta aquí todo va bien, pero ahora es cuando empieza el drama. Anteayer me encontré al señor Payne ocupado en versificar, utilizando el mismo metro que Milton (*El paraíso perdido*), unos fragmentos de las escrituras budistas. Ya ha perpetrado así ocho mil versos. Tuve que oír narrar, en ese lenguaje, el episodio de Buda en el parque de las Gacelas. No me gusta mucho que tales temas se tomen como pretexto para hacer literatura, pero no todo el mundo comparte mi opinión. A continuación tuve que tragarme la lectura de varias páginas de Milton para opinar sobre el parecido. Luego la cosa se complicó. El señor Payne fue a buscar varios volúmenes de Shakespeare, a fin de que su mujer, yo y los niños pudiéramos seguirlo, y él se puso a declamar. *Oh! dear! horrible most horrible!* Sufri indescibles torturas para no echarme a reír. Era alternativamente el fantasma, Hamlet, su madre, el anciano rey Lear y muchos más, y mugía, bramaba, maullaba, piaba. En la casa de al lado tocaban al piano *La Bohème*, de Puccini, y mientras Musette hacía gorgoritos, el rey fantasma gemía: *adiou, adiou!* (no sé por qué «adiós» aparece en francés en el texto). Todavía me pongo enferma sólo de pensarlo. La cosa duró hasta las once de la noche. Así que, como comprenderá a partir de ahora iré con pies de plomo.

Ayer fui a visitar a un pintor que me parece que ve a sus modelos en uno de esos espejos que deforman las imágenes y hacen a la gente gorda y bajita. Delante de mí había un Jesucristo achatado sobre un montículo de clara de huevo batida a punto de nieve, y unos discípulos del mismo aspecto apelotonados a su alrededor. Era bastante divertido.

Más cosas divertidas: todas esas inscripciones inglesas que no me canso de leer. Ejemplo: en un compartimiento de tren, la clásica prohibición de escupir pero sazonada con esta tarifa de multas: «Primera ofensa —la ofensa es escupir— 1 libra. Cada ofensa posterior 2 libras.»

En la calle, ante la puerta de una iglesia, en una enorme pancarta: «La forma más agradable de pasar el domingo. La más divertida de las reuniones. Entre reunión y reunión toca una orquesta...»

Charlton (Kent), 11 de septiembre de 1910

[...] Mañana iré a tomar el té con una encantadora mujer que conozco desde hace varios años, Mrs. Mabel Bode, profesora de pali en la Universidad de Londres. Es una personita muy intelectual y muy instruida, y me alegro de volver a verla. También tengo que ver un día de éstos a Mrs. Rhys Davids, una orientalista muy erudita y también autora de numerosas obras, pero vive en Manchester y no sabe exactamente cuándo vendrá a Londres. El 15 tomaré el té con otra vieja conocida. Una feminista nacida en Francia, pero que vino aquí de pequeña, después de la Comuna, y desde entonces nunca ha salido de Inglaterra. El 22 tengo una comida en casa de Mrs. Mills, la mujer de un profesor de la Escuela de Farmacia, que ha invitado a algunos hindúes que están aquí de paso.

No podía dejar de aceptar algunas invitaciones, tanto más cuanto que es una forma de perfeccionar mi inglés; pero ya empiezo a estar harta. La gente «interesada» en el orientalismo es insoportable. Te hace preguntas pasmosas, carece de las nociones más elementales y en muchos casos se cree muy bien informada. Resulta divertido ver la cantidad de ignorantes que gravitan en torno al puñado de expertos que han fundado la Sociedad Budista de Inglaterra. Esos tipos no pararán hasta que hayan introducido su prosa o sus discursos entre los estudios relativos a los textos antiguos, realizados por eruditos. Me han dicho que la Sociedad de Estudios Vedantistas se disolvió en Londres por ese motivo. Tenían que publicar traducciones de obras sánscritas y comentarios, pero se abalanzó una manada que quiso formar una camarilla y los orientalistas se desentendieron. La cuestión es que este tipo de estudios exige asociarse, tanto por la dificultad para conseguir el material de estudio como por la necesidad de revisar los conocimientos propios con la documentación que otros poseen.

He recibido un número de la revista *Annales de la jeunesse laïque*, enviada en un sobre con el membrete del fiscal de Belley. Contiene una revisión de Yang-tchou, debida de nuevo a la pluma entusiasta del señor Burle. ¿Quién será el tal Burle?

No me divierto desmesuradamente en Londres, y si no tuviera que esperar a que empiece mi curso en Bruselas podría muy bien pensar en hacer las maletas. Ayer tuve un acceso de fiebre bastante violento; los efectos de la humedad inglesa.

Viernes 15

Mi pequeño Mouchy, has estado a punto de quedarte viudo. Anoche cené en el restaurante higiénico, racional, etcétera del famoso Eustace Mile, ex estudiante de Cambridge, fundador de la Escuela para el Desarrollo Físico y propietario de un local donde se ingieren cosas dolorosas. Una anciana dama me había invitado y, aunque no me fiaba, fui de bastante buen grado para conocer el lugar. ¡Qué error! El suplicio comenzó con un pequeño rombo rosáceo que me pareció elaborado con polvos dentífricos japoneses; luego vino una sopa semejante a harina de lino preparada para cataplasmas en la que había arena... ya sabes que la arena en los alimentos fragmenta el bolo alimenticio. Siguieron otros horrores presentados en cuencos a modo de platos. Para acabar había queso picado frito con mantequilla rancia. Yo me veía blanca como el papel en uno de los espejos que cubrían las paredes, y mis intestinos se retorcían desesperadamente. Había una orquesta que acompañaba mis angustias con una música susceptible de llevar al diablo a la tumba. No me cabía la menor duda de que aquella marcha fúnebre era la que requería la ocasión. El restaurante estaba a rebosar; a mi alrededor veía circular cuencos que contenían otras preparaciones inquietantes. Un cartel anunciaba que en el establecimiento se imparten cursos de cocina higiénica y también que el señor Eustace Mile enseña, en una cámara llena de ozono, a practicar una gimnasia normal y a respirar... ¡Aquella casa era una cámara del Infierno de Dante! Esta mañana he tomado sulfato de sodio, pero mi estómago conserva un recuerdo penoso. En resumen, se trata de aventuras que hay que tomarse a risa y que no carecen de cierta gracia. Mañana iré con la familia Payne a la Exposición japonesa. Marguerite me ha invitado el domingo, pero no iré porque tengo que trabajar y, además, estoy un poco cansada. Ayer vi al hermano de nuestro embajador en Roma, el señor Barrère, cuya esposa es amiga de la señora Payne. Él es profesor de francés en la Escuela de Guerra, donde se forma a los oficiales del Estado Mayor inglés.

L'Aurore de Paris me ha dedicado un comentario amable a propósito de mi informe en el Congreso de Bruselas. *L'Humanité* y otros periódicos, como *La Petite République*, lo han mencionado. [...]

(En el *Mediterráneo*), 10 de agosto de 1911

El tiempo, tal como habías previsto, es excelente. Te escribo desde la cubierta, lo que te demuestra que hace relativamente poco viento. El barco supera en suiedad todo lo que había visto hasta ahora. La cubierta está alfombrada no sólo de hollín y colillas de puros, sino de restos de comida, mendrugs de pan, huesos y papeles grasientos. Los pasajeros de tercera y de cubierta hormiguean por esta pasarela ya de

por sí reducida en la popa; han dormido aquí y permanecen tendidos sobre sus hatillos. También comen aquí y esparcen por el suelo el contenido de sus cestas. Esta confraternización puede resultar conmovedora, pero confieso que no es en absoluto de mi agrado. En mi camarote hay ratas; han dejado rastros visibles y convincentes de su paso.

Querido, no puedo decirte gran cosa de mis impresiones después de haberte dejado ayer por la noche porque no tuve muchas. Perdí el conocimiento y, cosa rara, debí de dormirme mientras estaba desvaneída, porque cuando me he despertado esta mañana, a las cinco, tenía en la mano los mismos objetos que anoche [...] Estoy completamente atontada y vacía de pensamientos. La comida ha sido curiosa. Había «lentejas Esaú», que eran lentejas hervidas y espolvoreadas con cebolla cruda picada. Yo creía que era una ensalada, así que me he servido copiosamente y he apartado la cebolla lo mejor que he podido. Mientras comía este plato de una simplicidad absoluta, pensé que era un anticipo de las comidas monacales que me esperan. En cualquier caso, no podía ser malsano. Hace mucho calor, mucho más que en nuestra casa. Estoy calenturienta. Si sigo teniendo estos accesos diarios, cuando llegue a Ceilán subiré a Nuwara Eliya o algún otro lugar en las montañas para pasar unos días.

Entonces, ¿estoy de verdad camino de Ceilán? No tengo la sensación de estarlo.

[...] Mi *maru* no llega hasta mañana por la mañana. Así que aquí estoy, en el hotel Beauvau, donde me han dado una habitación muy ventilada que hace esquina, con una ventana que da al puerto y otra a la Canebière; cuesta cuatro francos. ¿Sabes qué se me ha ocurrido, querido? Dejar plantado al *maru* e ir a Vichy sin decirte nada para darte una sorpresa. Sería un detalle bonito, no cabe duda, pero también una chiquillada; el dolor sucede a los actos que no han sido minuciosamente pasados por el tamiz de la razón. Además, ¿sería razonable renunciar ahora a este viaje preparado desde hace tanto tiempo y a todo lo que supone en materia de estudios provechosos y relaciones útiles? (Por no mencionar más que los puntos que pueden interesarte y dejando en la sombra el lado filosófico o místico, que, pienses lo que pienses, predomina en este asunto.) ¿Sería sensato arrancar los jalones clavados ya en mi carrera de orientalista, parecer una veleta a la que, en lo sucesivo, nadie se tomaría en serio? Por ende, ¿no sería renunciar a escribir más obras? Ya se me han agotado los conocimientos de que disponía para difundir. Tengo que renovarlos, ampliarlos para aportar a los lectores algo más que repeticiones o trivialidades. En el orientalismo francés hay un puesto vacante muy honorable, un puesto más destacado e interesante que el de nuestros especialistas, confinados en su erudición árida y muerta. Yo he notado que dicho puesto

se acercaba a mí. Si mi perseverancia y mi trabajo fueran suficientes, no necesitaría más para ocuparlo. He visto —y no son sueños— a la gente agolparse en las conferencias que di en París, al numeroso público que congregué en Bruselas, y también he visto, en el salón de S. Lévi, que muchos hombres abandonaban el grupo donde se disertaba doctamente para acercarse a mí y oír hablar de filosofía hindú viva que no se preocupa de la edad o el lugar de nacimiento de los grandes pensadores, ni siquiera de su existencia histórica, sino que considera las ideas en sí mismas vengan de donde vengan, viendo en ellas manifestaciones del cerebro humano y no la doctrina inventada por X o Z, y que se basa en dichas ideas, no para copiar servilmente las formas que inspiraron en el pasado, sino para convertirlas en un punto de apoyo que permita a nuestra generación ir más lejos y avanzar sin reparar en los obstáculos. Fíjate en el inmenso y extravagante éxito de Bergson. Lo que dice, sin embargo, es muy opaco, muy nebuloso; yo, y perdona mi osadía, creo tener muchas más cosas que decir que él, y mucho mejores. Para eso hace falta energía, trabajo, una documentación que no deje resquicio a la crítica. Es preciso que, cuando sea criticada por los estudiosos de biblioteca, el público pueda pensar: ¡Sí, estas personas son eminentes eruditos, pero ella ha vivido entre las cosas de las que habla, las ha tocado y visto vivir! Y es más apto para pintar una flor quien la ha visto fresca, en lugar de haberla contemplado tan sólo en un herbario. Pero todo esto, por más cierto, justo y razonable que sea, no me impide tener ante los ojos la imagen de un Mouchy de pie en el muelle de Bizerta, una silueta contemplada largo rato que se desvanece en la noche... Mi pequeño y queridísimo Aluch, estamos hechos de multitud de células diversas que viven dentro de nosotros, ¡y cuán diversos son los sentimientos que nos asaltan! Yo he sido siempre razonable. ¡Hay quien piensa que eso es locura!

Escríbeme enseguida a Colombo, antes de que salga el próximo correo. Acabo de comprar el billete...

Mandapam, 18 de noviembre de 1911

[...] Mi llegada a Tuticorin* ayer me recordó a la de Port Said. Había visto una llanura de arena con dos o tres barracas. Encontré una ciudad, calles, árboles y un espigón por donde circulan trenes. Mi barco de Tuticorin se metamorfoseó también en un elegante *steamer* del tamaño de un remolcador, pero mucho más bonito. Y el desembarco se llevó a cabo en una amplia chalupa que ha sustituido a la estrecha barca que unos remeros hacían avanzar sobre la cresta de las olas, en-

* En *La India en que viví*, A. David-Néel describe con mucho humor su primera travesía por el estrecho de Tuticorin.

tre repetidas duchas. ¿Te das cuenta?, todo se pierde. ¡Muy pronto la tierra entera será una gran fábrica! En el espigón de Tuticorin vi enormes tortugas marinas a las que habían puesto boca arriba para impedir que escaparan. Las tortugas no pueden volver a ponerse en pie solas.

¿Qué puedo decir de Madurai? La terraza donde en otros tiempos pasé una velada bajo las estrellas, en la primera borrachera de perfume de la India, ya no existe. También aquí han construido; tan sólo el templo permanece igual, más imponente aún si cabe. Ayer pasé varias horas allí durante el crepúsculo y por la noche, y también esta mañana. Anoche pasearon a unos dioses; pero no te imagines una procesión católica, con estandartes, flores y fieles con cara de bobos, todo ello envuelto en una atmósfera de estúpida ingenuidad. Aquí, unos hombres prácticamente desnudos, pues lo único que llevan es un taparrabos minúsculo, con pinturas simbólicas rojas y blancas en la frente atezada, franjas de ceniza en el torso y caminando a paso de carga, transportan divinidades sobre un palanquín provisto de largas cañas de bambú a modo de asideros, estatuas más bien informes que apenas se distinguen en la penumbra. Son una veintena, sostienen el palanquín sobre los hombros y van precedidos de otros hombres que portan una especie de antorchas horizontales, como si llevaran fuego en las manos, algo más parecido al resplandor desordenado de una hoguera que a una luz. Una larga trompeta los acompaña. Una trompeta indescriptible..., una música indescriptible de tres notas repetidas en la octava, con quintas que suenan crudas, duras, infernales, y que llenan el templo de horror. ¿Cómo describir tal visión, el estremecimiento que te produce y que te invade hasta la médula? Estás pegado a la tierra, en el mundo de las influencias terribles y perniciosas, el dominio del «Otro», como decían en la Edad Media. Y realmente notas sobre tu cuerpo el aliento del «Otro». Con un intervalo de años, experimento la misma sensación pero intensificada. ¡Ah, la procesión, entre ese pueblo de devotos que se tumban ante el cortejo del ídolo y besan la piedra tras su paso, retorciendo los brazos en veinte gestos rituales de adoración; entre esas estatuas ennegrecidas, horribles, gesticulantes, embadurnadas con el aceite de las ofrendas, a cuyos pies se agolpan, sobre las baldosas, flores dispuestas formando dibujos simbólicos, pobres flores blancas o rosadas, patéticas en ese decorado, que parecen aterrizzadas y dolientes! Y luego las puertas iluminadas de los santuarios prohibidos, que se abren a unos abismos a la vez centelleantes y oscuros... Una visión inolvidable, en la que pasan infinidad de cosas además de las que se ven con los ojos de carne y hueso. Me gustaría quedarme aquí mucho tiempo, analizar, entablar relaciones, ver tipos en este medio que me ha parecido único y que tal vez lo es. ¡Qué páginas podrían escribirse sobre todo esto! Esta mañana he conocido a un

brahmán que parecía importante y que me ha explicado varias cosas, muy orgulloso de saber hablar inglés. [...]

Rameswaram, 19 de noviembre de 1911

Te escribo desde otra estación, sentada en un cobertizo frente a un tren que está a punto de partir y a dos pasos de un depósito de máquinas. En el andén está el encargado de las luces y dos borriquillos pensativos; en un rincón del cobertizo, dos becerros meditan. Muy poco hindú; el decorado más me recuerda a Djerba.

Esta mañana la llegada, o, mejor dicho, el viaje ha sido de lo más accidentado. En Mandapam me habían advertido, así como a otro viajero que ha venido a parar como yo a este rincón perdido, que en Rameswaram no habría manera de encontrar alimentos. Así pues, encargamos el desayuno para las siete, comimos tranquilamente, y muy bien por cierto, entre otras cosas unos huevos pasados por agua en su punto, tostadas y mermelada, y luego partimos en procesión hacia el mar, acompañados como siempre de numerosos portejadores, uno de los cuales transporta mis víveres —unas cuantas latas de conserva— en una caja enorme que lleva sobre la cabeza. Es absolutamente impresionante, ¡enseguida uno se siente como si fuese un gran explorador!... De hecho, al cabo de un momento casi nos convertimos en algo así al llegar a la orilla, donde no hay ni rastro de un *ferry-boat*. Tras informarnos, resulta que ha salido a las seis. Hay barcas, pero no tenemos intención de volver a pagar después de haber comprado los billetes. El viajero es el director de una sucursal del Banco de Madrás, un hombre conocido, y el empleado del ferrocarril consigue que nos dejen montar gratis en una barca pintorescamente llena ya de indígenas. La travesía recuerda muchísimo la de Zarzis-al-Qantara, en Djerba; el viento es favorable y avanzamos sin zigzaguear. En Paubem hay un pequeño espigón, pero nuestro capitán de grandes travesías no se dirige hacia él. Para hacerlo, tendría que haber virado, y sin duda la maniobra no era de su agrado. Así pues, nos conduce directamente a la playa a buena velocidad, y a punto estamos de zozobrar; tengo el tiempo justo de agarrarme a una cuerda para levantarme y, como estaba sentada en la borda, evitar un baño de asiento «no deseado». Entonces ha comenzado la representación: los lugareños, a quienes no les molesta mucho hacer estas cosas, se han arrojado al agua, que les llega hasta medio cuerpo (hablo de hombres de tu estatura). Naturalmente, el viajero inglés y yo no teníamos ninguna ganas de imitarlos. El mar estaba bastante movido y las olas agitaban la barca. Finalmente, sientan a mi compañero de viaje sobre los hombros de dos indígenas y lo llevan hasta la orilla. Cuando va a tocarme a mí, la barca es arrastrada mar adentro y tengo que esperar a que la conduzcan a la orilla. Por fin

pongo pie en tierra; ahora es el turno del equipaje y de mi famosa caja de provisiones, que presenta un aspecto cada vez más importante y «explorativo». Y partimos de nuevo en fila india; los negros llevan las maletas sobre la cabeza, como en las estampas. En la estación me anuncian que, dada la afluencia provocada por una peregrinación, habrá un tren suplementario. Sólo tengo que esperar dos horas sentada en el andén. Mirando el pintoresco tropel de peregrinos, las dos horas me pasan deprisa. Rameswaram es un lugar muy santo y hay gente del norte, de Bengala e incluso del Himalaya. Llevan objetos extraños. Todos se han bañado y han lavado sus pingos, que terminan de secarse sobre la tapia de la estación; no obstante siguen teniendo un aspecto sucio. Finalmente, el tren me deja en el pueblo sagrado. Pregunto por el jefe de estación, le enseño una carta de la India Office y se pone a mi disposición. De todas formas, no se puede obtener gran cosa de él, aparte de agua caliente para preparar un té. Las habitaciones de la estación están descuidadas, [...] Poco después de mi llegada se presenta un gran «inspector del templo» —no es un brahmán—, que, avisado por el jefe de estación, viene para hacerme de guía. Partimos en un carro tirado por dos bueyes; no hay bancos ni ningún otro tipo de asiento, hay que sentarse en el suelo. Empieza a caer un violento charrón y llegamos al templo en el momento en que las calles se transforman en ríos. Rameswaram no está ni mucho menos a la altura de Madurai y lamento un poco lo fatigoso de este viaje a causa del mal tiempo. Compro varios objetos de devoción para uso de peregrinos, unas semillas que, para ser sagradas, deben tener numerosas divisiones, y mi boy las observa meticulosamente porque, al parecer, el vendedor quiere endosarnos semillas compuestas de cinco partes, que no tienen ninguna o casi ninguna virtud, en lugar de venerables semillas de seis partes. Todos estos objetos tienen un precio muy modesto (de 10 a 30 céntimos). También he comprado una «capilla» horrible en forma de tríptico, que representa a las divinidades locales y que vale un franco.

Lo que ha sido absolutamente encantador son las niñas brahmánicas, que han cantado y bailado para mí las danzas que ejecutan ante la imagen del dios en el santuario. Van cubiertas de joyas y tocadas con flores, y resultan cautivadoras. Llevan en la mano unos bastones que producen un sonido musical cuando los hacen entrechocar. Ha sido realmente delicioso y muy distinto de lo que ven los turistas al uso.

Me he puesto de nuevo en camino esta mañana y prosigo esta carta en el tren el lunes día 20. Cuando estaba en la chalupa de vapor, con una tropa de pintorescos peregrinos, empezó a llover. Intenté hacer fotos. Era antes del aguacero, pero el día estaba muy gris. Una lástima, porque resultaba muy interesante. Nada más desembarcar, me dirijo

corriendo al tren, adonde llego empapada, y aquí estoy, camino de Madurai.

Acaba de entrar en mi compartimiento un voluminoso brahmán que me ha preguntado, muy educadamente, si le permitía viajar conmigo. Tiene un billete de primera y sólo hay un compartimiento de esa clase, de modo que está en su derecho y, por lo tanto, se lo permito, no sin antes agradecerle la cortesía.

Tiruchirapalli, 22 de noviembre de 1911

¿Dónde está mi India de antaño,⁸ ardiente, calcinada, con su terrible cielo verde y aquellos caminos donde la polvareda formaba remolinos dorados en los breves y rojizos crepúsculos? Nubes bajas, uniformemente grises, árboles verdes, campos verdes..., ¡demasiado verdes!, caminos fangosos donde las ruedas se hunden, salpicando agua de un rojo ladrillo, y aguaceros que te dejan calado, noches que se pasan tiritando, acurrucados bajo las mantas. Me recuerda un verano lluvioso de Holanda o Bretaña. ¿Te das cuenta? Con la India pasa lo mismo que con nuestra Túnez: la estación recomendada para los turistas es la peor que se puede elegir desde el punto de vista pictórico y del color local. Esta India húmeda y gris no es la de los Visnú y los Siva. ¡Si supieras qué aspecto tan lamentable presentan los dioses en sus templos de muros lavados por los chaparrones!

Esta mañana he ido a unos templos situados fuera de la ciudad y a la vuelta he subido los trescientos peldaños que llevan a la cima de la peña donde reina Ganesa. Todo lamentable; la lluvia ha cambiado la tonalidad de los colores. Sin sol, Oriente no es más que un montón de inmundicias, de modo que renuncio a ver de nuevo Tanjore y decido tomar esta noche el expreso nocturno para Pondicherry. La cosa, sin embargo, no es fácil. En esta época «turística» hay que reservar billete con antelación, sobre todo por la noche. A las dos, envío a mi boy a ver al jefe de estación para que le informe de que deseo partir en el tren correo de las siete y media. Unos instantes después veo aparecer en la puerta de mi habitación un casco colonial y, bajo el casco, a un fornido inglés con expresión un tanto desconcertada. Es el *station master*, que ya tiene el tren completo. La idea de esperar veinticuatro horas aquí no es divertida, pero los europeos gozan de tal prestigio en las colonias inglesas que ni por un instante se plantea la cuestión de dejarme abandonada, aunque se haya publicado un aviso oficial y se haya advertido que es preciso reservar plaza veinticuatro horas antes

⁸ A. David-Néel hizo un primer viaje a Ceilán y la India en 1891, a los veintitrés años. Y gracias a unas cartas del señor David, padre de Alexandra, que ésta conservó, hemos sabido que recorrió Indochina en los años 1895-1896 y en 1897.

en la estación de donde parte el tren. Me las arreglaré, dice el jefe. «Colgaré» a otro caballero o añadiré un coche. Colgar a un caballero es instalarlo en una de las literas superiores, ya que los compartimientos están construidos como camarotes y cada uno tiene su litera. Por lo demás, dado que el verbo tiene dos participios pasados y que el regular, *hanged*, está reservado exclusivamente a la pena capital por ahorcamiento, el caballero que sea *hung*, según la forma irregular, no le dará demasiada importancia.

Esta noche he dormido poco; esta estación es muy ruidosa y a las cuatro de la madrugada ha llegado el maharaja de Travancore, que se tomaba un día de descanso camino del Durbar. La tropa indígena lo vitoreó al bajar del tren. Para mí se había acabado la noche. El personaje en cuestión acaba de marcharse; el mismo destacamento indígena le ha rendido los honores. El príncipe llegó en un coche sin escolta; yo lo vi entrar en la estación. No había ningún servicio de orden y junto a la portezuela, mirándolo pasar, estaba un negro, desnudo, con una caja de *gazouze*⁹ sobre la cabeza. Es exactamente igual que en casa.

Quieres la continuación del episodio del brahmán, ¿verdad? Aquí la tienes: poco después de entrar en mi compartimiento, empezó a hablar de no sé qué tontería... ¡Ah, sí!, del ventilador eléctrico, que se había puesto de pronto en marcha. La conversación derivó hacia Rameswaram, de donde yo venía, y las divinidades, y acabó desembocando en la filosofía. Con un hindú, siempre se llega ahí, y con una rapidez extraordinaria. En un momento dado, a propósito de una cita, saqué de mi bolso el *Bhagavad Gita* en sánscrito e inmediatamente conquisté la estima de mi compañero de tren. Le conté cuál era el objeto de mi viaje y me dijo que, si quería pasar el día siguiente en Madurai, citaría en su casa al profesor que explica los *Veda* en el templo y podría hablar con él. La proposición me atraía demasiado como para rechazarla.

Así pues, esta tarde he entrado en la casa de unos brahmanes, cosa bastante excepcional, ya que su casta les prohíbe recibir la visita de extranjeros. Mi anfitrión es un *vakil*, es decir, una especie de abogado-notario. La vivienda es rudimentaria y bárbara. Imaginate un patio cerrado, con cuatro columnas redondas más estrechas en la base que en la parte superior. Una cortina de color amarillo ocre cierra un lado, y por debajo de la cortina se ven las patas de un sofá, un trozo de funda blanca y ropa colgada. Debe de ser el dormitorio del dueño de la casa. Delante de la cortina, colgado de unas cadenas de hierro pintadas de negro, hay un amplio columpio cubierto con un cojín. Otro de los lados está cerrado con biombo tapizado en raso rojo, por encima de los cuales asoman unas cabezas que miran con curiosidad; por el ter-

⁹ Nombre que dan los árabes a las bebidas gaseosas.

cer lado se accede desde la calle al interior de la vivienda, y en el cuarto nos sentamos alrededor de una mesa cubierta con una tela de algodón color grosella, sobre la que reposa una caja en forma de libro que contiene betel. En este decorado donde flotan efluvios de perfumes del templo —los mismos que se queman en el altar familiar: jazmín, incienso y aceite y manteca rancios—, hablamos de esas cosas imposibles de expresar en las lenguas occidentales y cuyos nombres sáncritos afortunadamente me resultan familiares. Una vez más, planteo las cuestiones que ya preocupaban a Yajnavalka y Arthabaya en siglos remotos y ahora a mis brahmanes, quienes, por lo demás, no han encontrado otra explicación que la de que aquellos antepasados lejanos simplemente se sentían transportados por la sonoridad de las sílabas que los de su raza repiten desde hace generaciones. Están encantados de oírlas pronunciar, no sin destreza, por una occidental, y, olvidando su reserva habitual, repiten ante mí los *mantram* sagrados, discuten sobre su significado y sus virtudes y me desvelan los misterios del *chutram*, vedado a todos excepto a los brahmanes. Yo sabía lo que encerraba este santuario, corazón del templo, rodeado de numerosos corredores, altares y divinidades; pero muy pocos no iniciados conocen tal detalle, que no debe ser divulgado. El santuario de los santuarios está dividido por un gran cortinaje; a modo de culto, el brahmán prende un trozo de alcanfor sobre una bandeja, levanta una esquina del cortinaje, y la rápida llamarada que proyecta su claridad detrás del velo santo no ilumina ninguna estatua, ningún objeto, porque detrás de él no hay nada. En efecto, entre la multitud de ídolos gesticulantes, de dioses y diosas clementes o terribles que la masa de devotos teme o implora, el centro de ese politeísmo desenfrenado, el lugar que los fieles consideran la morada de dios, es una estancia vacía.

No debe saberse, ése es el secreto, en eso consiste la iniciación... ¡Es enormemente simbólico!

Un escalofrío recorre el patio donde se evoca la visión del velo tras el que no hay nada.

Y mi anfitrión dice para explicar su confidencia: «Usted es una adepta del raja-yoga; yo sé que los budistas comprenden eso de la misma forma que nosotros.» Lo que le ha llevado a deducir que yo sabía y que él no cometía una indiscreción.

Hay que espabilarse: el suelo de la India es tan movedizo como el de algunas playas bretonas, te hundes a cada paso en lo desconocido y las razones que no se han preparado lo suficiente se tambalean, son engullidas. ¿Por qué me han hablado esos dos hombres del raja-yoga?... Suele decirse que es posible reconocer por la mirada a los que practican poco o mucho esa forma de yoga, pero únicamente si uno mismo la practica... [...]

Adyar-Madrás, 27 de noviembre de 1911

No te sorprenderá mucho enterarte de que te escribo desde el cuartel general de la Sociedad Teosófica; en cierto modo ya te había dado a entender que podría verme abocada a instalarme aquí. No he encontrado nada más apropiado para gastar poco. Narasu hubiera querido que me quedase en su casa; he notado que a ese buen hombre se le encogía el corazón al comprender que no podía insistir en imponerme su hospitalidad. La verdad es que, para una europea, su casa es un horror. Naturalmente, Narasu está casado, y la señora Narasu es lo más «indígena» que pueda existir. Ha hecho que a sus hijas les perforen la nariz para ponerles joyas, y el pobre papá, que es profesor de física en el instituto y un hombre muy culto, se ve impotente para oponerse, ahogado por el entorno, como él dice. En su casa reina la barbarie más completa. Comí allí una vez y me prometí no reincidir; los sirvientes se comportan de un modo realmente más que grosero. Me quedaba el hotel... Piden 8 rupias al día, es decir, el equivalente de 13,60 francos. No hay que olvidar que Madrás es una gran ciudad de más de 500.000 habitantes y que estamos en plena temporada turística. En la Sociedad Teosófica se ofrecían a hospedarme por 25 rupias a la semana, o sea, 42 francos y medio, lo que supone 6 francos diarios. Eso es otro cantar; no llega ni a la mitad. También estaba segura de que aquí encontraría una cocina vegetariana más apropiada para mí que las carnes en conserva que constituyen la base del menú en los hoteles de este país. Así pues, ayer vine a inspeccionar el lugar con Narasu. En los jardines encontramos a hombres y mujeres que paseaban vestidos de «almas», como habría dicho Mirbeau: ropas vaporosas, velos blancos... Narasu, que carece de la más mínima fibra poética, me comentó al salir: «Me recuerda un poco al *lunatic asylum* (manicomio), pero estaré muy bien aquí y se reirá mucho.» Y es cierto, estoy muy bien.

Imaginate una vasta propiedad de aproximadamente cincuenta hectáreas, parte de ella a orillas del mar... Hay caminos trazados en la arena y de vez en cuando se alzan edificios rodeados de jardines. Yo estoy alojada bastante lejos del mar, en una gran villa que me recuerda a los Trianones, con sus columnatas de estilo Luis XVI. Por dentro también parece Versalles: estancias circulares blancas, artesonados blancos, puertas acristaladas formando pequeños cuadrados. Yo disfruto de una habitación que mide alrededor de 8 x 6 y tiene una altura de casi seis metros; hay luz eléctrica y un cuarto de baño amplísimo, también blanco y circular. Con muebles, esto sería un lujo; pero el mobiliario es escaso y los sirvientes hindúes no lo cuidan. Dispongo de un tocador con un gran espejo, un armario de cuatro puertas, dos sillones de rejilla, un sillón de rota provisto de cojines, un amplio es-

critorio y una estantería-biblioteca. ¿Y la cama?, te preguntarás. ¡Ah!, eso es lo mejor, una joya entre la banalidad de los muebles tipo inglés. Si, en el centro de esos muebles europeos, de cierta calidad, destaca con aire desafiante el lecho primitivo, el ascético lecho brahmánico, formado por una estructura de madera pulida, pintada en un azul grisáceo, con una base de tiras entrecruzadas; unas cañas de bambú antiguas sujetan la mosquitera, a modo de colchón hay un *razai*, un delgado cobertor guateado, y las almohadas son unas bolsitas minúsculas. Generaciones y generaciones han dormido en camas como ésta; en ellas han descansado los pensadores que escribieron los *Upanisad* y en ellas meditan aún los pensadores de nuestros días. Hay que ver esto con ojos que conocen la historia de las cosas, ojos un poco artistas también, y la voluptuosidad espiritual que produce encontrar el lecho de Sankaracharya en esta habitación estilo Luis XVI, que recuerda al Trianón y las «poesías pastoriles», adquiere un sabor extraño.

En cuanto a las aventuras... te prometí que las habría y, en efecto, las hay.

Primero estuve en Pondicherry. También allí encontré el sabor de Versalles. Una ciudad muerta que fue «algo» y todavía lo recuerda, encorsetada en su dignidad, limpia e irreprochable, que oculta bajo un enjalbegado impecable las grietas de las viejas murallas. La fachada de mi hotel también lucía un soberbio encalado; pero el interior habría necesitado un barrido a fondo. Pasé la noche en un tugurio infecto; las ratas recorrian la habitación y la dejaron sembrada de excrementos. Afortunadamente, hizo muy buen tiempo y pude pasear toda la tarde en una especie de artílugo prehistórico sin nombre, empujado por cuatro negros. Le hice una foto y te la enviaré en cuanto la tenga.

Por la noche me entrevisté con un hindú²⁸ del que no creo haberte hablado nunca porque no me carteaba con él; sólo lo conocía por los comentarios elogiosos que me habían hecho de él unos amigos.²⁹ Pasé dos horas maravillosas departiendo sobre las antiguas ideas filosóficas de la India con un interlocutor de una rara inteligencia, perteneciente a esa raza poco común de los místicos razonables que goza de toda mi simpatía. Estoy muy agradecida a los amigos que me aconsejaron que fuese a ver a este hombre. Piensa con tanta claridad, hay tanta lucidez en sus razonamientos, tanto brillo en su mirada, que te da la impresión de haber contemplado el genio de la India tal como lo imaginas tras haber leído las páginas más elevadas de la filosofía hindú.

²⁸ Se trata de Sri Aurobindo Gosh.

²⁹ Paul Richard y su mujer, Mira Alfassa, que unos años más tarde se convirtió en la discípula más eminente de Sri Aurobindo y, en 1926, en la Madre del *ashram* que éste dirigió en Pondicherry. La Madre murió en noviembre de 1973.

Yo sabía que este filósofo había mantenido una postura política que no era del agrado de los ingleses, pero naturalmente, por discreción, no le hablé de eso; además, planeábamos muy por encima de las cuestiones políticas. Sin embargo, mientras nosotros planeábamos, otros se contentaban con permanecer en tierra firme... Esos otros eran la policía inglesa. A mi llegada a Madrás, me esperaba el jefe de la policía en persona, quien, aunque con mucha corrección y cortesía, me preguntó qué había estado haciendo en Pondicherry en casa de aquel señor sospechoso. No me sorprendió; preveía que se habrían enterado de mi visita, cosa que, por lo demás, no me había molestado en ocultar.

¡Dioses, qué impresión tan miserable y mezquina causa su nerviosismo, su miedo, su dolor! Y qué atmósfera tan distinta había en la casa silenciosa de Pondicherry, por donde pasaba el soplo de las cosas eternas, donde en la apacible noche, junto a la ventana que da a los jardines un tanto funerarios de esa ciudad decadente, mirábamos más allá de la vida y la muerte! Y cómo parece contemplarlos con profundo desprecio el lecho ascético de los sabios que en estos momentos me invita, que promete sueños diferentes de los que persiguen los pobres cerebros calenturientos de esos locos!...

En lo relativo a encuentros, me falta mencionar el que tuve con un *sannyasin*, una especie de asceta que practica el yoga, muy venerado y ante el que todos los hindúes se inclinan con reverencia. Pues bien, ese personaje, en vista de la gran afluencia de viajeros, vino a pedir hospitalidad a mi compartimiento. Los empleados se sentían muy violentos, ya que temían contrariar a una dama «blanca» y, al mismo tiempo, respetaban demasiado al hombre santo como para atreverse a decirle que se marchara a otro sitio. Además, viajaba en primera. Enseguida nos hicimos buenos amigos. Se sentó en la misma postura que el Buda que tengo en el salón y charlamos. Me enseñó cómo conseguía que se le hincharan las venas en un instante y se le deshincharan con la misma rapidez. No era tonto, pero ¡menudo charlatán!

Martes 28. He pasado una noche excelente. El tiempo es soberbio, y la vista, magnífica. Creo que he encontrado la casa ideal para clasificar mis notas, que amenazan con tornarse confusas, y preparar un sólido estudio sobre el vedantismo, pues en Madrás hay representantes de algunas de sus escuelas. Acabo de recibir una invitación para ir a comer a casa del gobernador de Madrás. El jefe de la policía me había dicho que probablemente me invitarían, pero no contaba mucho con ello, ya que el gobernador y su mujer parten el 29 por la noche para el Durbar (justo el día que me invitan). Los honores de este tipo a menudo suponen una carga, aunque después de todo no conozco ni a «Su Excelencia» ni a la dama; quizás son unas personas encantadoras.

Adyar, Madrás, 3 de diciembre de 1911

Tus cartas y los recortes de periódico que he recibido hace poco me han dejado tan estupefacta que los buenos deseos de un feliz Año Nuevo se quedan en mi pluma. ¡Eso sí que es una aventura! Siempre me voy cuando hay algo que ver. No se trata, en verdad, de algo muy bonito, pues, por más que se comprenda el resentimiento de los árabes, resulta difícil evitar sentirse desagradablemente impresionado al pensar en la matanza de unos pobres diablos italianos que no tienen nada que ver con el asunto tripolitano. No digo que el bandidaje italiano despierte simpatía, pero sería deseable que la guerra terminara en provecho de los cristianos, que, aunque no valgan mucho, desde el punto de vista de la civilización merecen más apoyo que el islam. Con este último no hay entendimiento posible. El musulmán sólo se queda en su casa cuando no puede ir a guerrear fuera. Has hecho muy bien quedándote a dormir en la ciudad. En casos como éste es una estupidez exponerse inútilmente. ¿Cuál ha sido la sanción después de todo lo ocurrido? Si el gobierno no ha actuado con firmeza y donde era preciso, ha cometido un gran error. Porque los árabes tienen la mentalidad de aquel jefe indígena a quien un misionero le contó que Jesucristo había perdonado a sus verdugos. «Porque no era el más fuerte», respondió el hombre con expresión maliciosa. Ése es el punto de vista del bárbaro. [...]

Fui a comer a casa del gobernador de Madrás, tal como te había anunciado. Su mujer es muy amable. Yo estaba a la derecha de Su Excelencia, quien, por supuesto, sacó el tema de mi visita a Pondicherry.

Al día siguiente comí con los indígenas en la misión Ramakrisna. En mi honor, las niñas habían adornado el suelo, ante las puertas de entrada, con flores que formaban dibujos. Una comida terrible; contenía puñados de fel-fel.*

Adyar es monacal, pero de un monacato nocivo, de asilo. Es, efectivamente, un auténtico manicomio. Con excepción de tres eruditos, a los que pagan por trabajar en la biblioteca y que siguen aquí porque se ganan la vida y disponen de ratos libres para escribir obras por su cuenta, el resto (compuesto en su mayoría por vírgenes maduras) resulta más espantoso que ridículo. ¡Si vieras sus miradas extraviadas y oyeras las excentricidades que dicen! En medio de todo ello, Leadbeater, el profeta, a pesar del enorme escándalo de hace diez años, ha vuelto a instalar aquí su pequeña Sodoma, donde vive encerrado entre sus «discípulos», jóvenes hindúes a los que ninguna mujer debe dirigir la palabra y a los que, por lo demás, él enseña a prescindir de ellas. Francamente, Inglaterra, que tan dura fue con Oscar Wilde, cuyos

amigos estaban en edad de saber lo que querían, debería echar un vistazo a este cenáculo donde un viejo indecente retiene a muchachos de quince años... Pero Adyar es una ciudad, los vecinos apenas se conocen unos a otros. Los neogriegos viven a diez minutos andando de la casa donde me alojo. Una noche vislumbré al grupo en la terraza sagrada y no he vuelto a ir. Ese círculo de locos deatar alrededor de ese otro grupo de invertidos, en una actitud de adoración beatífica, me pareció un espectáculo repugnante que me niego a presenciar otra vez. [...]

4 de diciembre. [...] En agosto de 1912 se celebrará en La Haya un Congreso Internacional de Educación Moral. La dirección del comité que representará a Francia se encuentra a cargo de Émile Boutroux, uno de los peces gordos del ministerio de Instrucción Pública —que es, creo, del Instituto—, y el secretario es el señor Parodi, un profesor muy conocido en París. Acaban de escribirme para decirme que les complacería que aceptase formar parte del comité y yo no he podido sino responder que me sentía halagada, que se lo agradecía y que aceptaba. Por lo demás, eso no me compromete a nada. Quizás envíe una memoria al Congreso. Siendo del comité, probablemente me la imprimirán sin que me ocasione gastos. Estas cosas siempre funcionan así: los simples participantes pagan; los miembros del comité obtienen honores y provecho.

¿Sospechabas, querido, que en los círculos universitarios consideran que poseo «una competencia indiscutible en materia de educación moral», como dice la carta circular? No, ¿verdad?... ¡Nunca se es una personalidad para los íntimos!

[...] Aquí estoy igual que tú, completamente sola con mi trabajo; resultaría muy agradable ver aparecer al Aluch de vez en cuando. Pero hay que resignarse, pensar que la existencia está hecha de elementos heteróclitos, que algunas de nuestras células aspiran a una cosa mientras que sus vecinas tienden a lo opuesto. Los que se dejan absorber demasiado por un trabajo material y son poco aficionados al análisis, o tienen poco tiempo para dedicarlo a tal actividad, al parecer pueden experimentar unas sensaciones sin fisuras, pero los que están acostumbrados a la discusión y la practican de forma metódica, como tan sabiamente se enseña en la India, distinguen la multiplicidad de hilos que accionan la marioneta. Quisiéramos partir, quisiéramos quedarnos, estamos contentos y tristes a la vez, y todo este magma de sentimientos e instintos lo examinamos con esa extraña sonrisa que vaga en los labios de los filósofos que practican las diferentes clases de yoga. Pero para ti, queridísimo mío, que no tienes ninguna afición a ese tipo de gimnasia, que no estás entrenado en su práctica, los momentos de soledad carecen de compensación. Eres doblemente bueno por aceptarlos, lo comprendo y te lo agradezco profundamente. Por ello, a ti

* Picante en árabe.

va dedicada mi más cordial felicitación, deseándote un feliz Año Nuevo, buena salud y no demasiadas contrariedades. Mi corazón estará contigo durante estos días de fiesta, siempre un poco melancólicos para quien asiste como simple espectador a una excitación en la que quisiera participar.

Madrás, 19 de diciembre de 1911

Mañana me voy de excursión a un sitio que llaman Las Siete Pagodas y que tiene fama de ser uno de los puntos más interesantes del sur de la India. Creí que iría por agua, pues el gobernador es propietario de dos barcos que alquila a los turistas, pero están reparando los barcos y no se encontrarán disponibles antes del 12 de febrero. No vayas a pensar que se trata de *steamers*; los arrastran con cuerdas a lo largo del canal. Bien, el caso es que hay que ir por tierra. Es más rápido, pero más complicado. Naturalmente, como siempre que te trasladas en este país, es preciso llevar comida, vajilla, cama, velas, etcétera. [...] Al día siguiente visitaremos el lugar. Me han dado una carta para un sacerdote de Visnú que debe mostrármelo todo. Dormiremos allí y regresaremos al día siguiente por la mañana. Me quedaré otro día en Madrás y luego partiré para Rajahmundry, donde veré a un colega hindú que colabora en *Documents du Progrès*; a continuación iré a Puri a ver el famoso templo de Jagannatha y subiré hasta Calcuta, donde me quedaré unos días en casa de unos hindúes amigos de Dharmapala. Esto me ahorrará dos días de viaje por mar, ya que el trayecto Calcuta-Rangún es mucho más corto que el Madrás-Rangún. [...]

Estoy haciendo auténtico acopio de documentos interesantes. Ayer mismo estuve en casa de unos brahmanes, hablando del movimiento filosófico contemporáneo con el cabeza de familia, un distinguido profesor de filología comparada y sánscrito. Su mujer y sus hijas vinieron a saludarme; después había una fiesta íntima en la casa: música..., qué música!, y qué tambores deben de tener para soportarla! Allí vi mujeres guapas con joyas hermosas. Era un ambiente de brahmanes al viejo estilo, muy reaccionarios, difíciles de abordar. No obstante, como yo había sido presentada por unos amigos, recibí una excelente acogida.

Los interiores de las casas de toda esta gente son aún más ridículos, si cabe, que los de los árabes. Carecen por completo de gusto, son verdaderos salvajes, cuelgan de las paredes las estampas más horribles, y con tal profusión que convierten la casa en un bazar. Y está todo muy poco cuidado, incluso podría decirse que sucio.

[...] Tengo previsto enviarte, tras mi segunda estancia en la India, una caja con mis libros, cosas adquiridas por el camino y, en general, todo lo que no seguiré llevando encima. Quiero reducir considerable-

mente mi equipaje para el resto del viaje. Me gustaría comprar en Birmania y en Japón objetos para decorar nuestra casa, llena de cosas sueltas y sin mucho estilo... Nos hacemos viejos y hay que pensar en el momento en que el reuma nos obligue a confinarnos en casa. Sé que a ti no te resulta indiferente una decoración bonita... ¿Y a mí?... Ya no lo sé. En el ambiente en que vivo se pierde un poco la noción de las cosas. Uno de estos días le escribiré al hindú⁴ de Pondicherry del que te hablé y que es un fino analista y un cerebro dotado para la crítica. Le diré, recordándole experiencias que él mismo busca manteniendo un meticuloso control: «He entrado en *samadhi*, he accedido realmente al *nirvana*,⁵ o simplemente el cansancio y la edad adormecen mis sensaciones? Mi indiferencia, mi beatitud, ¿son de orden trascendente? ¿O no hay en ellas más que embotamiento, el inicio del declive?...» Creo que mis preguntas le harán reír, como tan alegremente rió el día que le dije, hablando de cuestiones análogas: «Entonces, uno llega a no saber si se está volviendo prodigiosamente sabio o está enloqueciendo...» [...]

Cuando hablo aquí con los brahmanes, notan que empleo el mismo lenguaje que ellos, que comprendo las cosas a las que corresponden los términos que utilizan. Sylvain Lévi, con toda su ciencia, sería para ellos un extraño. Por variado que sea, el espíritu humano no es ilimitado en estas manifestaciones. Hay métodos que conducen a los mismos pensamientos... [...]

Qué lejos parece estar el mundo de los seres ajetreados..., toda esa gente que vive aquí, parlotea, chismorrean. ¿Por qué? Hay algo, una especie de manto mágico que te envuelve, te aísla entre sus pliegues, te eleva, te acuna en una beatitud infinita. Intuyo que ésa debe de ser la última sensación de los sabios moribundos, cuando les parece que el mundo se difumina gradualmente, retrocede, desaparece en la lejanía, y que la indiferencia serena producida por el debilitamiento de la vitalidad orgánica los deja sin deseo, sin voluntad incluso para levantar un dedo a fin de recordar las sombras que se desvanecen. ¿Acceso a la sabiduría o anuncio de la decadencia física? ¿Nirvana o atontamiento? De momento, dejaré en el aire este interrogante que te hará reír. [...]

El domingo pasado hice una lectura ante una asamblea de indígenas, sentados al modo oriental sobre una vasta alfombra, con varitas perfumadas ardiendo en todos los rincones. Había alrededor de un centenar de asistentes. La discusión que siguió a la lectura fue curiosa. Esto es también un excelente método para estudiar la mentalidad del país. Respondí durante dos horas a las diferentes preguntas que me

⁴ Se trata de Sri Aurobindo Gosh.

⁵ Véase p. 107.

hicieron. Para mí fue una tarea muy ardua, pero creo que haberme enfrentado a la dificultad de improvisar en inglés me habrá hecho avanzar mucho; al darme más seguridad para cuando tenga que hacerlo en francés. [...]

Adyar, 25 de diciembre de 1911

[...] La excursión a Las Siete Pagodas ha durado cuatro días y ha sido fértil en incidentes, el más destacado de los cuales pudo tomar realmente un mal sesgo. Al llegar a orillas del canal Buckingham, transformado por las lluvias en un mar de un kilómetro de ancho, era noche cerrada y nuestro barco quedó encallado en medio de las lagunas, afortunadamente por poco tiempo, aunque eso nos retrasó aún más, de modo que tras una cena frugal en el bungalow estaba muerta de sueño. En este estado, cuando iba al jardín a lavarme los dientes pasé junto a la escalera en lugar de bajarla... Muy cerca de allí estaba el muro de aproximadamente un metro veinte de altura sobre el que se halla el mirador y, delante, un gran tiesto con un arbusto. Tropecé con el tiesto, lo derribé y, de pronto, me encontré tendida en el suelo muy magullada, a punto de perder el conocimiento e incapaz de levantarme. Llamé a mi compañera de viaje para que me ayudara. Ella acudió y, antes de que pudiera advertirle que llevara cuidado, ya se había precipitado por encima del muro, propinándome, al caer sobre mí, un formidable puñetazo en el ojo derecho. Ese tipo de ayuda, ese segundo de conmoción, me salvó del sincope. Unos ingleses, refugiados en el bungalow como nosotras, vinieron de inmediato; yo ya estaba en pie, riéndome de la aventura. [...]

Navidad casi desde el norte hasta Madrás. Ni una brizna de sol, lluvia... Estoy completamente sola, como tú. Todos los pájaros teosóficos han volado hacia Benarés, donde celebran su asamblea general anual. En esta inmensa propiedad sólo quedamos una docena de blancos. ¡Qué libro tan jugoso le inspiraría a un Mirbeau todo lo que he visto y oído en Adyar!

Mis pensamientos van hacia ti, queridísimo amigo, en estos días que el común de los mortales llama días de fiesta... ¿Por qué de fiesta para los no cristianos, que no creen en el Salvador, y por qué para los supuestos cristianos que reniegan de su enseñanza, que viviendo como viven se mofan de su ejemplo y que lo crucificarían a toda prisa si se le ocurriera regresar con sus harapos de beduino y hablarles en su lenguaje apasionado de profeta rústico: «Jerusalén, Jerusalén que lapida a los profetas, cuántas veces he intentado reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos!» Cuán numerosos han sido los que, pequeños o grandes, geniales o ingenuos, han tratado de reunir a la humanidad miserable para ofrecerle una vida más elevada o más cle-

mente, y cuántos han muerto en este empeño que parece imposible y que, aun así, continúa siendo una inevitable tentación a la que, todos los días, sucumbe una u otra alma obsesionada por el sueño eterno, el sueño quizás loco que da vida a los Cristo y los Buda.

Todo esto, mi querido cordero, son digresiones navideñas que a ti no te interesan, que no discurren por las aguas apacibles por donde tú navegas. Perdóname a un Moumi, que dentro de unos días estará a orillas del Ganges y que se mueve en un mundo de *swami*, yoguis, *sadhvi* y *sannyasin* muy distinto del mundo corriente.

[...] Te envío todas las bendiciones y todos los éxtasis que flotan en la atmósfera hindú, todos los perfumes que merodean, todo lo invisible que te roza en esta tierra tan vieja donde han vivido tantos pensamientos...

Rajahmundry, 30 de diciembre de 1911

El encabezado de esta carta te informa de que me he marchado de Madrás, donde las circunstancias —la lentitud de los orientales— me hicieron permanecer mucho más de lo que hubiera querido. Con todo, no lamento la prolongación de mi estancia, ya que me ha brindado la ocasión de vivir algo que sin duda será único en mi existencia, una aventura de un sabor poco común que voy a contarte. Sucedió anteayer.

La escena transcurre en el gran salón de la villa donde me alojo en Adyar. Ante mí hay tres hombres que visten largos ropajes y un turbante de muselina blanca con hilos de plata. Sobre la piel oscura de su frente llevan pintadas las marcas de los visnuitas; en uno de ellos es evidente que los dibujos han sido trazados con la sustancia sagrada que las vacas expulsan de forma natural, sin sospechar, las inocentes, el valor religioso de los residuos de su digestión. Sus semblantes presentan una expresión dura, resuelta, como en los preliminares de una batalla, y efectivamente han venido para librarse un combate..., para proponerme una cosa que quizás jamás se le ha ofrecido a alguien de mi raza y, sobre todo, de mi sexo: abandonarlo todo, vivir como un *sannyasin* junto a ellos hasta el día que, tras haber alcanzado la gran realización —*brahman*, lo absoluto—, pueda enseñar a Occidente lo que ningún erudito ha sido capaz de mostrarle: el gran vedanta de sus santos y filósofos. Sí, se trataba de desprenderme allí mismo de mis ropas, de vivir desnuda o casi, bajo un techo cualquiera, sin muebles ni sirvientes, de convertirme en una yogui practicante según la fórmula antigua y buscar, no en los libros, sino a través de las iniciaciones orales de los gurus, el *moksha* liberador. Con buenas palabras, insinué que en un lugar, en otro continente, vivía un señor que era mi marido y que tal vez no sentiría mucho entusiasmo ante la idea de que su mujer experimentase semejante transformación.

¡Ah, querido, con qué ímpetu fueron barridas razones de tal orden, qué soberbio gesto de desprecio merecieron! La India de hace veinte siglos se alzaba ante mí con su misticismo ardiente e implacable: ¡la importancia del marido era nula! A distancia, todo esto seguramente parecerá descabellado, ridículo, y una vez que se marcharon mis visitantes yo misma reí unos instantes con ganas, pero en el momento aquello no tuvo nada de cómico. Era una escena de epopeya hindú, un tanto bárbara pero no desprovista de grandeza. Duró tres horas seguidas. El jefe de la expedición, exhausto de tanto hablar, de vez en cuando interrumpía su discurso, cerrados los ojos, tensos los nervios en una invocación, una concentración de todas sus fuerzas espirituales, una plegaria dirigida a ese *brahman* del que los textos sagrados dicen que no puede ser llamado «ni ser ni no ser», *na sat na asat*. Aquellos hombres sabían que soy budista, pero ¿qué peso tenía frente a ellos la sonriente filosofía un tanto escéptica y apaciblemente agnóstica de mi maestro? ¿Qué valor tenía esa religión que prohíbe matar, frente a los adoradores de los héroes batalladores: Krisna, Rama, todos guerreros «valientes sobre su carro» o «grandes montadores de carros», como dice el *Mahabharata* recordando los tiempos en que se combatía en vehículo?

Hay que saber matar sin pasión, con el alma impasible, de la forma serena en que, sin duda alguna, los dioses contemplan una catástrofe en Messina o en Martinica. Ellos hablan todos a la vez: las frases sánscritas de las citas resuenan en la vasta estancia como una fanfarria de otra época. Alternativamente, discuten, se burlan o exaltan con palabras apasionadas la gloria del vedanta. Y, lo repito, es un gesto muy hermoso, pero también tremadamente vano, pues mis extraños visitantes no han comprendido el fondo del vedanta: el cortinaje simbólico del templo de Chidambaram.

A parte del sabor artístico, la aventura me reportó otra satisfacción. Esos hombres no son unos salvajes, están graduados en universidades inglesas. A algunos de ellos se les considera competentes en materia religiosa y gozan de cierta notoriedad; si creen que soy apta para recibir proposiciones del tipo de la que acabo de relatarte y que pueden dirigirse a mí como a una persona capaz, no sólo de escucharlos, sino de convertirme en una predicadora autorizada de la doctrina vedantista, ello demuestra que he captado el espíritu, de una sutileza realmente difícil de comprender, de esa doctrina. Y para alguien que está preparando un libro sobre esta cuestión, se trata de una constatación que colma de alegría, de modo que estoy encantada. Hace tiempo que poseo nociones bastante claras acerca del vedanta, pero aquí han madurado por completo: lecturas y conversaciones han afianzado los puntos que permanecían confusos, y la atmósfera psíquica de la tierra

que dio vida a esas teorías se encarga de hacer el resto; gracias a todo ello no estoy preocupada por el próximo «hijo» que traeré al mundo. Sin duda alguna será, como su predecesor, muy distinto de los libros que escriben los eruditos de biblioteca, pero mostrará un vedanta vivo y vivido. Dentro del vedanta, siempre me ha gustado la escuela monista de Sankaracharya, mientras que sus adeptos, por el contrario, me han inspirado poca simpatía. Para mí, la teoría es indiscutible en su luminosa evidencia. Muy probablemente Buda la profesaba, tal como sugieren determinados puntos de su enseñanza, pero, como sabio que era, se guardó para sí sus opiniones personales, exhortándonos a hacer lo mismo, a confinar las concepciones metafísicas en nuestro espíritu y a hablar tan sólo de cosas que se puedan demostrar de forma tangible. En cuanto a la mentalidad de la mayoría de los vedantistas, simplemente es deplorable, antihumana, antisocial, y no me sorprende que hayan llevado a la India al estado miserable en que se encuentra. Hay que ver esto de cerca, a esta población de esclavos hormigueando en el estercolero. Que aun así Vivekananda exalte a sus compatriotas es pronunciar palabras vanas que la realidad desmiente, porque aquí la realidad es barbarie, brutalidad, egoísmo sin ningún comedimiento, desprecio absoluto del hombre por el hombre y suciedad indescriptible. Quien no ha visto cómo se tratan los hindúes de las diferentes castas entre sí y cómo viven los «intocables» excluidos de las castas —subdivididos a su vez en múltiples categorías—, no puede hablar de la India.

Esta carta, queridísimo mío, está escrita a retazos en el transcurso de mi viaje. Hoy es 30 de diciembre y estoy en Calcuta. [...]

He pasado la noche de fin de año de una forma bastante miserable, ya que llegué de noche a Kurda Road, donde dejaba el *mail* para dirigirme a Puri. Acampé instalando mi cama, durante unas horas, en la sala de espera de las damas, de donde el jefe de estación expulsó a los intrusos que esperaban dormir en ella. Una habitación con las paredes pintadas de un color rojo sucio, un fuerte olor a desinfectante generosamente esparcido que enrarece el aire. Nos encontramos en la antesala de la cuna de la peste y el cólera, la ciudad santa del templo de Jagannatha. Me duermo completamente vestida, con la cara protegida por el sombrero cubierto con un velo a modo de mosquitera. Hace mucho frío, tanto frío como en nuestra casa en pleno invierno. [...]

He pasado otra noche en el tren y he llegado a Calcuta el 2 de enero por la mañana.

Unos hindúes amigos de Dharmapala me reciben muy amablemente en su casa. Es una familia bengalí muy rica que se dedica a los negocios (bancos y transacciones comerciales de no sé muy bien qué naturaleza): coche, dos vehículos más, caballos y montones de sir-

vientes. Me han preparado una «serie» de habitaciones. Las habitaciones son bonitas, en el *dressing-room* incluso hay un mueble muy elegante, con un espejo en el centro y estrechas cómodas a ambos lados, pero la suciedad que reina por doquier es inenarrable. Voy a almorzar al comedor; el señor de la casa se ha marchado a su despacho. Su mujer no habla inglés, otros dos parientes conversan conmigo y el mayordomo les contesta en tono familiar. Como sola; ellos me miran. Los hindúes ortodoxos no comen juntos; en esta casa, el marido y la mujer tienen cada uno su propio cocinero, comen alimentos diferentes y jamás lo hacen juntos. Puedes imaginar lo agradable que resulta mastigar ante esos ojos que me contemplan y no saber qué decirles a esas mujeres primitivas que están tan enclaustradas como las tunecinas. ¡Por no hablar de lo que como! ¡Fuego, igual que el negro de la feria! No aguantaré una semana sometida a este régimen de picantes [...] He dicho muy educadamente que tenía que acercarme al barrio europeo para hacer unas cosas y he apalabrado un alojamiento en una *family house* que parece correcta. En vista de la tendencia a la epidemia, podría ser que pasara el mes de enero aquí, mientras haga frío y el Ganges no se seque, lo que en general indica la aparición de fiebres, si no de enfermedades peores. Además, estoy muy metida en ambiente para mis estudios vedánticos; quizás sea preferible proseguir mientras mi mente está centrada en ellos y no entremezclar demasiado los temas. Ya veré. Puesto que no me ata ningún compromiso, puedo dejarlo cuando me parezca. También he conocido aquí, en una de las misiones budistas, a un encantador *bhikkhu* bengalí, un joven muy inteligente con quien podré continuar las traducciones pali comenzadas en Ceylán. Es un muchacho amable, un intelectual un tanto desorientado entre los ritualistas; sabe de mi existencia desde hace tiempo y ha leído mis artículos. Enseguida hemos simpatizado. Tiene muchos amigos entre los eruditos de Calcuta y me pondrá en contacto con diferentes personalidades interesantes, entre ellas un estudioso que ha estado en una misión del Tíbet y ha traído de allí numerosos documentos.

Ayer estuve en el *math* de Belur, donde los discípulos del famoso Sri Ramakrishna Paramahansa han establecido una especie de cenáculo de filósofos, si no un monasterio. Iba bien recomendada y recibí un amistoso recibimiento por parte de los «santos» y los «bienaventurados». Ésta es la traducción de los títulos de *swami* y *sadhu* que se otorga a estos caballeros. Pero los hindúes son pródigos en títulos y, aquí, estas denominaciones grandilocuentes expresan menos cosas que entre nosotros. Con todo, los simples mortales se prosternan cuan largos son ante los *swami*. Huelga decir que yo no practico este ceremonial y que el *swami* en concreto al que me dirijo me tiende cordialmente la mano. Charlamos. Todos estos hombres de Belur son

instruidos, cultos, y su conversación es interesante, pero ¡qué ausencia de pasión hay en su filosofía, cómo desdena los sufrimientos del común de los hombres, qué desprovista está de caridad, de compasión! Me invitan a tomar el té y vamos, dos *swami* y yo, a sentarnos en una terraza desde donde se domina el Ganges y se ve, enfrente, el panorama de los *ghats* y, a lo lejos, la torre del viejo templo construido en el lugar donde, según la tradición, cayó uno de los dedos de Sati, la mujer de Siva, cuyo cadáver fue despedazado por Visnú. La noche cae, rosa y lila claro, sobre el río de un color gris perla. Hablamos de sus amigos hindúes que yo conozco y que ellos admiran; no me atrevo a decir «que quieren» porque esta gente me parece muy poco inclinada a amar. Después también pasan otras cosas entre nosotros, páginas tristes de la historia de la humanidad... Los *sadhu*, los bienaventurados, casi parecen haberse transformado en hombres, haber captado en la melancolía de la hora la infinita angustia de los seres que se desgarran entre sí..., y olvido las frutas y las golosinas dispuestas ante mí, hasta que uno de mis anfitriones muestra su inquietud por el hecho de que no como bastante antes de volver a ponerme en camino. Pienso en la partida. Unos jóvenes se marchan en barca, y como yo, equivocadamente, he cogido el tren para ir, se ofrecen a dejarme en la otra orilla. Acepto en mi nombre y el de mi *boy*, y aquí estamos, navegando. Mis jóvenes compañeros preguntan con curiosidad qué he ido a hacer a la casa de los «santos» y si soy su discípula. Les doy una somera explicación y pregunto a mi vez. Luego, al enterarse de que soy budista, me ruegan que les hable del «Señor Buda», como dicen aquí. La barca desciende lentamente por las aguas, ellos se estrechan unos contra otros y yo hablo de lo que enseñaba «el Señor Buda», hace veinticinco siglos, en el curso de este mismo río, el Ganges, pero más arriba, en Benarés. [...]

Mouchy, ¿qué es de ti mientras yo predico en la divina, la sagrada Ganga (que es una diosa masculinizada por los occidentales bárbaros)? Hace muchísimo tiempo que no recibo noticias tuyas y espero que me lleguen desde Rangún dentro de poco. Quisiera tenerte a mi lado, pero me dirás: ¿qué haría yo después de haber visto los hermosos puentes del ferrocarril?... El estado anímico de los *swami* no te interesa mucho y no te sientes llamado a anunciar un Evangelio, sea el que sea, ni siquiera en el Ganges. ¡Pobre queridísimo amigo, lastrado por un Moumi de mi especie! ¿No acabarás un día por cansarte y abandonarlo por completo a los dioses que lo acechan pacientemente, con la túnica amarilla de los místicos de la vieja India?... ¡Quién sabe! [...]

Calcuta, 9 de enero de 1912

Estoy instalada en Calcuta, en la *boarding-house* de Mrs. Walters, situada en el número 6 de Russel Street. Todo esto es muy inglés, el exotismo ha desaparecido, aunque el de mis últimos anfitriones, los Naranath Mokerjee, pese a la brevedad de mi estancia en su casa, me ha dejado un deplorable recuerdo en forma de un despertar de mis intestinos, víctimas de un ataque intenso de enterocolitis. ¡Había ido demasiado bien hasta ahora! [...]

He aterrizado de nuevo en plena civilización y la gente ya me ha echado el lazo. Hace tres días fui a comer a casa de un juez del Tribunal Supremo. [...]

Hace un momento acaba de entrar en mi apartamento, como una exhalación, otra visitante, una judía que se ha apresurado a venir en cuanto se ha enterado de mi llegada... Conozco un poco a su prima, que pertenece a mi logia masónica. Tendré que ir a comer con ella pasado mañana, y como tiene coche, después también me llevará a pasear, naturalmente. Mañana veré al cónsul y dentro de unos días al editor de *Modern Review*, un hindú que está en el primer plano de la actualidad; y hay muchos más haciendo cola. No creo que fuera inteligente por mi parte dejar Calcuta ahora para ir a Rangún. Mi campo de trabajo está fundamentalmente en la India, puesto que sobre lo que tengo que escribir es sobre la filosofía hindú. Si es necesario, acortaré mi estancia en Birmania, pero me conviene recoger una abundante cosecha de documentos sobre la India. Quisiera publicar primero un volumen sobre el vedanta, tal como tenía intención de hacer, y a continuación un estudio sobre el yoguismo. También me gustaría escribir algo acerca de los líderes religiosos de la India contemporánea, Vivekananda y otros, y por último un estudio sobre los Brahmo reformistas. En Calcuta estoy rodeada de todo ello. Aquí voy a entablar numerosas relaciones que me serán muy útiles; interrumpir mi estancia y reanudarla más tarde sería perjudicial, todo el mundo me lo dice. Por desgracia, está el asunto de la estación de las lluvias en Birmania... Todo esto es complicado. Pero ya preveo que tendré que sacrificar muchas partes de mi itinerario y prácticamente todo lo que es simple turismo. Es una lástima, pero al fin y al cabo he venido aquí para hacer algo como escritora, algo que me sea de utilidad en mi carrera, y creo que es sensato colocar este objetivo en primera línea... Veo «hermosos y grandes libros» danzando ante mis ojos... Sólo falta escribirlos y conseguir que los publiquen, pero, hoy por hoy, este último punto apenas me preocupa; es probable que Alcan se quede con mi «vedanta» y mi «yoguismo».

Calcuta, querido mío, aparte de la muchedumbre ataviada con harapos multicolores que abarrotan las calles, es en la parte europea de la

ciudad exactamente igual que Londres. Por la noche, el Ganges, céleso del Támesis, nos envía una bruma gris que lo cubre todo y rodea con un halo las farolas. Ayer, cuando volvía a pie por el Chawringhee, tenía la impresión de recorrer, en lugar de los Eden Gardens, St. James Park o Kensington Garden. Londinenses son también los grandes almacenes, llenos de cosas europeas, cosas de Albión, y me sorprendo sonriendo como a viejas amistades a las que vuelvo a ver con agrado. Se acabó la jungla... de momento. He sacado los guantes y los zapatos de piel y me he puesto los trajes sastre por primera vez desde el inicio del viaje... Me visto para cenar entre damas escotadas y caballeros con frac. Todo esto divierte al principio, pero no tardará en resultar aburrido. [...]

Aquí también se ven anuncios ingleses con todo el sabor de su ingenuidad. Aunque lo cierto es que los anuncios indios los superan en jocosidad, presentando productos milagrosos y prometiendo poderes extraordinarios a los hombres en unos términos de una crudeza cándida absolutamente edénica.

¿Te he dicho que estuve con una amiga francesa en el célebre templo de Kali, a orillas del Ganges? Nos arremangamos la falda hasta las pantorrillas y chapoteamos literalmente en los charcos de sangre de los sacrificios. ¡Qué pudidero tan inmundo! [...]

Huí del Durbar, pero lo que está escrito está escrito, y el Durbar quiso imponerme algo de él. Asistí al *payent* que, según dicen, ha superado todo lo visto en Delhi. Era una procesión interminable, con miles de hombres de las diferentes partes de la India y elefantes: sesenta elefantes enormes, ataviados con paño de oro y ornamentos de esmeraldas, rubies y otras piedras preciosas auténticas, que llevaban sobre el lomo un *howdah*, una especie de cabina para los viajeros que montan al animal, de plata maciza. Era un auténtico derroche de riqueza. También había camellos totalmente cubiertos de redecillas de oro y plata, y banderas de tela de plata, y otras bordadas en oro... Un verdadero espectáculo de bárbaros. De cualquier modo, me dejó bastante fría. Para que las cosas sean bellas, no basta con que sean inmensamente caras. La víspera, al caer la noche, había visto a los elefantes cuando venían de «ensayar», sin telas de oro y sin pedrería, enormes, con su gigantesco cuerpo gris que se perfilaba entre el polvo y la neblina, con la frente y la trompa pintadas..., y eso era verdaderamente bellísimo, muy alejado de nuestra época, de nuestra civilización.

Naturalmente, también vi a los soberanos ingleses, que parecían extenuados, y no era para menos, después de los trabajos forzados que acababan de realizar. [...]

Calcuta, 13 de enero de 1912

Querido, decididamente padezco una grave afección intestinal [...] Tendría que haber podido proseguir el régimen de Colombo, tener mi cocinero. [...] Pero esto ya no es tierra budista, las personas están clasificadas por castas y sometidas a innumerables restricciones y observancias. El hombre que acepta limpiarte los zapatos se vería deshonrado para siempre y rechazado por sus allegados si te barriera la habitación; otros no pueden servirte la mesa y, como mucho, se prestan a traerte té o fruta, pero nada cocido. ¡Ya ves qué panorama! Cuando me marché de Ceilán, creí que podría evitar tener constantemente un *boy* y que me resultaría fácil encontrar uno allí donde lo necesitara, pero no es ni mucho menos así. En Madurai encontré por casualidad a un amable joven de dieciocho años, inteligente y espabilado; vino conmigo hasta Madrás y luego regresó a su casa. Desde entonces, tengo cretinos inútiles. En Calcuta es casi imposible encontrar a alguno que hable inglés. Hoy he despedido a uno que lo único que hace es dormir y que se suena con mi ropa. La dama judía, que en realidad es protestante, como muchos conversos alemanes, se ha mostrado muy servicial y me ha «traído» varios muchachos que ha conseguido a través de sus propios sirvientes. Mañana llega un musulmán. ¡Bendito sea el Profeta! A éste no le crea problemas de conciencia servirme la comida e incluso cocinar algo durante los viajes. Ha servido en casa de personas conocidas y ha viajado con oficiales; tiene un aspecto un poco «militar», pero, cuando hay que dormir en un bungalow aislado en la selva, no resulta desagradable saber que hay un joven fornido acostado delante de tu puerta. Te parecerá que, en estos casos, los hombres hacen un poco el papel de perro guardián; sí, es cierto, pero están acostumbrados, sobre todo cuando acompañan a damas, y extienden por propia iniciativa la estera ante el umbral de tu puerta. De todas formas, si hubiera previsto tantos inconvenientes habría traído a un cingalés que los Hewavitarne conocieran y que supiese hacer de todo, como el que tuve en Ceilán. En fin, ¡basta de asuntos domésticos!

Ayer estuve en el *college* de sánscrito que forma parte de la universidad. La visita fue épica, y el director, que me hizo los honores, envió una nota a la prensa para relatarla y señalar que yo había mantenido conversaciones interesarísimas con los profesores. De hecho, me trataron como a una pequeña alteza. Se excusaron por el hecho de que mi visita, hecha sin previo aviso, no hubiera permitido organizar una recepción, y un poeta al parecer muy famoso improvisó unos versos sánscritos en mi honor. Fui comparada con Saraswati, la diosa del Saber, y llovieron bendiciones sobre mi cabeza. ¡Un sueño arcaico, ese *college*! No te imagines aulas como las nuestras... Son grandes y altas

salas con baldosas de mármol. Hay varias alfombras extendidas, la mayoría de rayas azules y blancas, como las mantas árabes, y en el centro, un pequeño colchón corto y plano y un enorme cojín cilíndrico, todo ello cubierto con fundas blancas... Ésa es la cátedra donde se sienta el maestro, en la misma postura que mi Buda del salón. Alrededor del colchón, los estudiantes se colocan en círculo en la misma postura. Algunos de esos sabios tienen un aspecto muy común y daría igual verlos sentados en sillas; otros son típicos. Entre ellos destaca especialmente el profesor que enseña el vedanta. Es un hombre muy alto, delgado sin llegar a estar flaco, de tez muy blanca (un auténtico brahmán ario del norte) y con una amplia frente en la que lleva pintado el signo de los vaisnava, una especie de V. Me hubiera gustado mucho fotografiarlo con sus estudiantes, en cuclillas sobre el colchón. Pero hacer una foto dentro de una habitación, por muy iluminada que esté, no da muy buenos resultados. Volviendo al aspecto serio de mi viaje, el director del *college* puso a los profesores a mi disposición para que me facilitasen todos los datos y la información que deseara. A este respecto, observé que trataba a dichos profesores con un descaro y un autoritarismo que no estamos acostumbrados a ver en Europa. Estos *pandit*⁴ del *college* sánscrito de Calcuta son elegidos entre los miembros más eminentes del cuerpo universitario; son el equivalente de los profesores del Collège de Francia o de la Sorbona, y el director les daba órdenes más o menos como yo se las doy a mis *boys*. En cualquier caso, ellos no parecían sorprendidos. ¡Es una cuestión de costumbres!

Uno de ellos vino anteayer —hoy es día 15— a pasar dos largas horas conmigo y hablarme de las teorías de Sankaracharya. Es curiosa la falta de pensamiento personal en la India. Cuando oyes hablar a diferentes personas sobre estos temas, te da la impresión de estar oyendo un fonógrafo que repitiera las mismas palabras. Es de una monotonía desesperante.

También he visitado una de las ramas de los Brahmo Samaj (la Iglesia de la Nueva Distribución). Aquello huele a protestantismo, uno podría creer hasta cierto punto que se encuentra en una institución unitaria..., en un marco diferente, por supuesto. Nada de la clara y limpia sala que fue la iglesia de mi juventud. La mugre india está ahí, lo más atenuada posible, pero en cantidad suficiente para dejar estupefacto a un occidental, ya que a los Brahmo se los recluta únicamente entre las clases altas de la sociedad; no hay elementos populares entre ellos, igual que en el caso de los unitarios. Nos sentamos en unos ban-

⁴ Título honorífico que ostentan algunos brahmanes eruditos, especialmente aquellos que se especializan en el estudio de la literatura sánscrita. (N. de la T.)

cos, en los balcones del Patio, y charlamos. Ante mí hay media docena de ancianos, misioneros de la Iglesia. Nos encontramos lejos de la trascendente intelectualidad vedantista, lejos de la *samadhi* que levanta el velo de Chidambaram, lejos de la sonrisa de los que han llegado más allá de las teorías, las morales, las religiones y los dioses... Nos encontramos ante unos creyentes hechos con un molde idéntico al de los cristianos, si bien con más eclecticismo y una soberana tolerancia que, no obstante, sin que mis anfitriones lo sospechen, transmite cierto escepticismo. Sí, nos encontramos lejos del claro pensamiento de la India filosófica, un tanto sobrecregedor y un tanto amargo también, pero, en contrapartida, hay un espíritu de santidad práctica, de caridad, de verdadero progreso social que se echa en falta en los vedantistas, aislados en su torre de marfil. Los Brahmo son los pioneros de todas las reformas generosas de la India.

Ayer pasé el día en el *math* de Belur, entre los discípulos del difunto Vivekananda, cuyo aniversario se celebraba. En el *math* siempre me reciben con una gran cordialidad, y en esta ocasión el espectáculo es muy curioso. Han llegado centenares de personas que llenan los jardines, donde también se ofrece una comida a pobres venidos de todas partes. Hay una cocina instalada bajo un techo improvisado, se vierte arroz a sacos sobre unas esteras, y una veintena de calderos gigantescos, llenos de diferentes clases de curry, borbotean sobre pilas de leña. Esto, en cuanto a lo material. En el plano espiritual, hay una especie de macizo florido bajo una sombrilla de caña como las que nosotros colocamos en los parques. En el centro del macizo, enguinaldado con crisantemos amarillos, hay un gran retrato del difunto vestido de *sannyasin*: ropajes naranja, el *danda* o bastón de peregrino en la mano, el aire altanero, de suficiencia, casi arrogante que tenía en vida y que pasó por toda Europa y América. Fue un espléndido orador, un hombre impulsivo, una mente desordenada que saltaba de una idea a otra. En ciertos momentos se sintió impulsado hacia la generosidad, hacia la luz, pero fueron breves destellos que se extinguieron rápidamente... Siguió siendo toda la vida el reaccionario, el hombre de corazón seco de su famoso discurso a los *gentlemen* de Madrás que festejaban su regreso de América. No me gustaba en vida, y encontrarlo en esta apoteosis no me inclina a sentir mucha más simpatía por él. Sin embargo, ante la imagen, agachados en semicírculo, un coro de jóvenes salmodia, marcando el ritmo con una campanilla de tintineo argentino. Cantan, en sánscrito, los célebres y antiquísimos himnos de Sankaracharya. Yo los miro desde lo alto de una terraza; hasta mí llegan fragmentos de frases, y uno de los *swami*, que también las atrapa al vuelo, me traduce lo que no entiendo: «¿Cómo puedes creer que tu Yo es tu cuerpo?... ¿Cómo puedes creer que tu Yo son tus sentidos?...»

Impermanentes son... La juventud ha pasado, la vejez se acerca, y la muerte soplará sobre tu cuerpo y dispersará tus sentidos... Fuera está tu Yo eterno... Busca el *brabman*... ¡Busca el *brabman*!...» Pido permiso para subir al oratorio, cosa que, delante de tanta gente, es un poco contrario a las normas porque, en sentido estricto, sólo pueden entrar en él los hindúes. Pero uno de los *swami* dice: «¿Y por qué no va a entrar?» Me quito los zapatos y penetro en el pequeño santuario. Hay gente prosternada ante una especie de trono donde reposa el retrato de Sri Ramakrisna Paramahansa, delante del trono hay objetos que le pertenecían, y sus cenizas están sobre ese mismo trono. Es, en suma, una capilla funeraria clara y limpia. En el atrio, varios cuadros religiosos decoran las paredes, y me detengo ante una Kali que está bailando sobre Siva, muy impresionante, muy expresiva, como muy expresivo es también el Siva blanco tendido bajo los pies de la furia y que me mira a través de los párpados cerrados. [...]

Volviendo al festival, estuve más o menos hasta las tres y media; era la única europea y la única mujer, pues en esos cenáculos no admiten a muchos extranjeros. Después me marché en una barquita con dos remeros que me llevaron al templo de Daksinehwar remontando el Ganges. Un encuentro del tipo de los que tienen los héroes religiosos hindúes en las leyendas marcó el paseo. Avanzábamos con ayuda de pértigas por el río, ya que íbamos contra corriente. Yo miraba las escenas que se desarrollaban en la orilla, a los bañistas, a las mujeres bruñiendo sus jarras de cobre, cuando de pronto vi algo extraño, una cosa alargada de la que tiraba un perro, y en vista de que vacilaba ante lo que creía reconocer, mi boy dijo tranquilamente: «Es un hombre.»

Era un cadáver, en efecto, de un color rosáceo como el de esas muñecas corrientes hechas de cuero; la cabeza resultaba irreconocible, los labios roídos dejaban los dientes al descubierto. Tenía los pies atados y la carne, pese a estar en remojo, parecía bastante dura, ya que el perro tiraba con todas sus fuerzas, le levantaba las piernas y los brazos de tanto tirar, zarandeaba todo el cuerpo y no parecía que consiguiese comer gran cosa. Hice detener la barca para tomar una foto. Desgraciadamente, se encontraba un poco lejos, y como la marea estaba baja, el cieno me impedía acercarme al siniestro objeto. Así que no creo que la foto ofrezca una imagen muy buena, pues el cadáver tenía poco relieve en el fango gris. Saqué dos. Quizá haciendo una ampliación se consiga mejorar. Es un documento encantador para mostrarlo a los cantores de la India antigua. Ten en cuenta que esto no es Benarés y que en Calcuta está terminantemente prohibido arrojar cadáveres al río. Claro que, después de todo, a lo mejor el hombre no era cadáver cuando lo echaron o se echó. No cuentes que me detengo para foto-

grafiar semejantes cosas. Los occidentales tienen unas ideas muy singulares sobre la muerte. No tienen escrúpulos en matar, matan en la guerra, matan judicialmente, matan a los animales, pero en cuanto el ser pasa al estado de cadáver se vuelve para ellos a la vez sagrado y aterrador. Recuerdo la deplorable impresión que causé al contarles a los «botánicos»,⁵ en Tozeur, que una vez, estando sentada en el cementerio contemplando la puesta del sol, había visto a un perro cabila acercarse a una tumba y darse un festín. Les parecía escandaloso que hubiera presenciado semejante hecho sin proferir gritos de horror, sin armar un alboroto en el pueblo, etcétera. Como comprenderás, no estaría ahora aquí si hubiese molestado a un perro cabila que había encontrado sustento y que, por lo tanto, con toda probabilidad me habría clavado los colmillos en la carne. Era preferible que se los afilara con el pobre difunto insensible. ¡A él, gusanos, perro o chacal le era totalmente indiferente! Te cuento todo esto para decirte que sin lugar a dudas les parecería una persona repugnante.

El templo es uno de los mejores del norte de la India, rodeado de bonitos jardines. He ido a ver el cuarto donde vivió Sri Ramakrisna, el árbol donde buscó la iluminación y el árbol donde acostumbraba a sentarse después de haberla alcanzado. Todo esto no tiene nada de solemne; los hindúes no precisan decorado exterior. Había unos cuantos peregrinos y personas que ya me conocen..., unas que me han visto en el *math*, otras en el Sanskrit College, otras que han oído hablar de una dama que tal..., que cual..., etcétera. En todas partes me reciben con mucha simpatía. Los que afirman que los hindúes se muestran sistemáticamente hostiles al budismo cometan un error. En este momento, un orador elocuente convertiría a una gran parte de la India, estoy segura. La gente se comporta conmigo de un modo muy distinto que con los cristianos porque soy budista. En el pontón adonde he llegado con la pequeña embarcación, y mientras espero que pase el *steamer* que me llevará de vuelta a Calcuta, me abordan dos caballeros. Ellos también me han visto en algún sitio, y de nuevo recibo los habituales agradecimientos que se me dispensa en todas partes por interesarme en sus doctrinas. Luego expresan su deseo de que hable, de que hable del budismo. Hay una nutrida multitud en el estrecho pontón, la gente forma un círculo, se apiña, y yo hable... Curiosa raza, en la que el misticismo prevalece sobre cualquier otra cosa, siempre ávida de oír hablar de los dioses, de los héroes religiosos y de lo que para todos ellos es el fin supremo: *moksa-nirvana*. El sol, completamente rojo, se

* A principios de siglo, A. David-Néel se unió a una expedición de botánicos alemanes que realizaban una misión científica y recorrió todo el norte y el sur de África, así como los oasis saharianos.

pone entre las nubes, el Ganges, de un gris azulado con reflejos cobrizos, fluye bajo nuestros pies...

[...] Cuando bajó la marea, regresamos por el centro del río; simplemente había que dejarse llevar. Al acercarnos a la orilla para desembarcar, pasamos cerca del sitio donde había visto el cadáver. Mi *boy* dijo: «¡Ya han dado cuenta de él!» Efectivamente, en vez del siniestro muñeco rosa se veía a un bullicioso montón de buitres que habían esparcido a los perros y que no tardaron en emprender el vuelo, dejando el lugar vacío.

[...]

16 de enero

Esta mañana he ido a llevar mis cartas de presentación a la Government House, pues lord Hardinge ha regresado a Calcuta. Podría creerse que estamos en Rusia; nunca hubiera imaginado una cosa semejante. Se muestran reacios a dejar entrar a la gente en el palacio, aunque sea simplemente para ver a uno de los secretarios. No puedo creer que el miedo de las autoridades esté justificado. Me parece que se asustan más de la cuenta; aunque, después de todo, están en mejores condiciones que yo para evaluar la situación. [...]

Anteayer, lunes 15, fui a ver a la viuda del hombre divinizado, Sri Ramakrisna Paramahamsa, cuya habitación en el templo de Daksinéhwar, así como la capilla de Belur, había visitado. ¡Encontrarse cara a cara con la mujer de un dios!... Sólo en la India suceden cosas así y se consideran absolutamente naturales.

Vive en un barrio periférico, difícil de encontrar, en una casa blanca que contrasta, por su extrema limpieza, con lo que uno está acostumbrado a ver aquí. La planta baja la ocupa el servicio de publicación de la misión Ramakrisna. El *swami* editor reside allí. Es un hombre grueso, muy afable y muy sencillo. Ha sido informado de mi visita por sus amigos de Belur y me regala unos libros. A continuación subimos a ver a la anciana dama, que ocupa el piso superior. A medio camino de la escalera, el *swami*, deshaciéndose en excusas, me ruega que me quite los zapatos, ya que la estancia a la que nos dirigimos es una capilla. Me apresuro a hacerlo, pero es una tarea complicada, hay que desatar cordones y desabrochar hebillas, y entonces, ante mi estupor, el *swami* me dice en el tono más natural del mundo: «¿Quiere que se los desate yo?» A ti, evidentemente, no te choca, es muy comprensible, un gesto corriente para un occidental. Pero en la India..., un *swami* ante el que la gente se prosterna..., no es nada común. Un joven parente de Ramakrisna que subía detrás de mí no pudo reprimir un grito instintivo de protesta ante tal ofrecimiento, que por lo demás yo decliné. No dejo de pensar en cuál pudo ser el sentimiento que movió

a ese personaje a ofrecerme tal servicio, extraordinario en su caso... ¿Una sencillez auténtica y una inteligencia que lo sitúan por encima de la veneración tradicional que le brinda su entorno?... ¿Humildad fingida?... ¿Cielo servilismo oriental ante una mujer que es «del color del rey», como dice aquí el pueblo al referirse a los blancos?... ¿Quién podría desentrañar este enigma?... Tal vez ni siquiera él mismo.

Arriba hay, en efecto, una capilla con un pequeño trono, un dosel y el retrato de Sri Ramakrisna, exactamente igual que en Belur pero más pequeño. En el borde de una ancha cama de tablas, sin colchón, está sentada la viuda, toda de blanco. De conformidad con el uso bengalí, semejante al de los musulmanes, se tapa la cara porque el *swami* no es pariente suyo. Éste se marcha y me deja como intérprete al joven que forma parte de la familia. La dama me muestra entonces el rostro, y es un rostro muy bonito, muy joven, extraordinariamente joven para una mujer de sesenta años y, por añadidura, oriental. No tiene arrugas, y sus ojos son los más bellos del mundo, están llenos de inteligencia y de vida. Raramente he visto entre las mujeres hindúes un rostro tan inteligente. La conversación, naturalmente, es breve, como todas las que se mantienen a través de un intérprete; además, la buena mujer se siente terriblemente intimidada. [...]

A continuación fui a ver a la dama norteamericana que dirige la escuela de las viudas hindúes. Creo que ya te dije que aquí hay viudas de cinco años, ya que se casa a las niñas nada más nacer y el matrimonio debe consumarse durante la semana siguiente a la primera menstruación de la chiquilla. La opinión pública empieza a manifestarse en favor de la supresión de semejante horror. Volviendo a las viudas, muchas de las cuales son vírgenes, resulta que no pueden volver a casarse, y un gran número de ellas acaba en la miseria o dedicándose a la prostitución. La escuela en cuestión es de esas donde se enseña un oficio a las jóvenes viudas para que puedan ganarse la vida.

La casa está en pleno barrio hindú, pero la habita una norteamericana, lo que significa limpieza y casi un asomo de comodidad dentro de la gran sencillez de la vivienda. Tomamos el té..., es un rincón de Occidente. Pero empieza a oscurecer, llega la hora del oficio vespertino de los hindúes, en el que se pasean faroles ante los ídolos, se los visita para la noche, y empieza a sonar un tintineo de campanas en las casas de este barrio brahmánico..., Occidente se esfuma. He llegado demasiado tarde para conocer a miss Noble (la hermana Nivedita), la fundadora de esta obra, que murió en Darjeeling hace unos meses; hija de un pastor inglés, artista y poeta, se enamoró ciegamente del hinduismo hasta el extremo de justificar los peores horrores sociales y religiosos. [...]

También asistí a un servicio de una de las ramas de los Brahmo

Samaj. Se celebraba en un verdadero templo, y al entrar en él experimenté esa sensación de satisfacción y comodidad que transmite un terreno conocido. El ministro también desprende un tufillo a *clergyman*. Demasiado, excesivo en este país de dioses exuberantes. No es orador, y se eterniza con unas plegarias que hacen decaer la atención de los asistentes. Miro al público, sus rostros. Hay algunos muy inteligentes. Los que están aquí pertenecen a la élite liberal de la nación, lo que no impide que la mayoría de ellos vayan vestidos de una forma bastante desastrada. Un occidental que no estuviera al corriente de estas peculiaridades creería que se trata de pobres. Delante de mí, un hombre envuelto en ropajes de lana color naranja se concentra en sus oraciones. Tiene la piel muy blanca, el pelo y la barba muy negros, y unas pestañas que le llegan hasta media mejilla. Es muy hermoso, muy artístico, y resulta realmente impresionante sumido en su arrebato místico. Lo contemplo con placer, como si fuera una obra de arte... y de repente mi bella estatua sale de sus ensueños y se suena con sus suntuosas vestiduras naranja. ¡Es desesperante!

Estoy invitada a cenar en casa de Mrs. Woodroffe (la mujer del juez de la High Court), con un conde ruso con quien ya coincidí en Adyar. También asistiré a una velada en casa de unos hindúes ricos, los Tagore, y tengo que ir a la inauguración de una exposición de pintura de artistas hindúes. [...]

Calcuta, 21 de enero de 1912

La sorpresa ha sido acogida con suma alegría; tu retrato está muy logrado. Las dos poses son perfectas. ¡Pensado y hecho! El Aluch al que yo, fotógrafa criminal, había amputado medio pie, ha cedido el puesto al recién llegado. De las dos he elegido, para enmarcarla, la foto en la que estás de tres cuartos. ¿Por qué? Vas a reírte. Encajas por completo en el ambiente inglés en el que me muevo. Ese retrato es talmente el de un lord, un estadista británico, y mentalmente veo inscrito bajo la fotografía: «Sir Néel, M. P.» (para los no iniciados, baronet, miembro del parlamento). Me divierte muchísimo ver a este señor tan decorativo, tan representativo, sobre mi escritorio; sin duda alguna me eleva en la consideración de mis visitantes. Debo decirte que, de momento, estás junto a la viuda del divino Sri Ramakrisna, que me ha enviado un precioso retrato suyo. ¡Qué abismo entre vuestras dos fisionomías! La diferencia entre las razas, las mentalidades y las vivencias se refleja en ellas de un modo sorprendente. Por supuesto, vosotros os encontraríais mutuamente absurdos... ¿Dónde está la verdad?...

Querido amigo, como ves, decididamente la filosofía lo ha invadido todo en mí. La enfermedad amenazaba desde hacía tiempo; hoy, el

contagio ha hecho su obra y los microbios filosóficos cantan definitivamente victoria. [...]

Ayer estuve en una exposición de artistas hindúes. Había cosas bellísimas que hacen soñar. Compré unas reproducciones (mis medios no me permiten adquirir originales) muy artísticas. Tengo un adorable Siva llorando la muerte de Parvati, una impresionante viuda metiéndose en la hoguera donde reposa el cadáver de su esposo y unas cuantas más de diferentes tamaños. Se trata de un arte especial en el que se revela el carácter trágico de la India. Cuanto más tiempo estoy aquí y más penetro en este país, con más claridad veo en todo la idea de lo «trágico». Aquí todo es trágico: el arte, la religión, las imaginaciones, las conciencias, la vida cotidiana y los hechos o gestos más simples; hay un reflejo del «terror sagrado» del que hablan los antiguos.

Un brahmán, profesor de la universidad, viene ahora cuatro veces por semana a explicarme obras filosóficas. ¿Qué cantidad de cosas hay para aprender aquí! ¿Sabes que pienso en la obra que me has sugerido varias veces que escriba? Me refiero al estudio comparativo de las religiones y filosofías asiáticas. En espera de hacerlo publicaré, aparte del libro sobre el vedanta, uno sobre la India mística. Tendré trabajo para varios años a mi regreso..., ese regreso que parecé lejano y que ya vivo por anticipado, sintiéndome ante mi escritorio, frente al Siva que llora a Parvati y que me reserva para mi «santuario», pues Siva es mi *ista devata*, es decir, mi divinidad favorita dentro del panteón hindú. Sí, me veo ahí, con los recuerdos de este viaje flotando a mi alrededor... y quizá también con la facultad de evocarlos dotándolos de vida, y no convirtiéndolos en nebulosas remembranzas. Estoy en el país donde se enseñan los poderosos yógas, ¿y no lograré asimilar aunque sea unas briznas? ¡Ah, mi complaciente Aluch, sería también maravilloso que viviéramos en Oriente, en una casa propicia a la meditación, con una terraza blanca que los dioses pudieran rozar con sus pies descalzos, sin peligro de tropezar con las chimeneas ni de que sus frágiles miembros se lastimaran con los tragaluces y los canalones. ¿Qué haría yo en una calle parisienne? [...]

He tenido una gran suerte al conocer a los Woodroffe; son encantadores. Me han llevado a casa de unos hindúes riquísimos que habían contratado para la velada a un músico hindú muy famoso. Ha sido un cuento de *Las mil y una noches*, en un salón inmenso lleno de obras de arte, con los músicos en cuclillas en el centro, sobre un colchón-alfombra de brocado y tan grande como una habitación, sembrado de cojines y de taburetes sobre los que había unos jarrones maravillosos con flores. Y los señores de la casa evolucionaban por allí luciendo ropajes blancos con bordados de cachemira. No es fácil ver estas cosas, desconocidas para los turistas. [...]

Ahí van, más o menos, todas las novedades reservadas para hoy, queridísimo mío. En mi vida presente no hay lugar para acontecimientos extraordinarios. Pasaré la mayor parte de la mañana resumiendo las explicaciones que el pandit me dio ayer de seis a ocho, para presentarle el resumen pasado mañana a fin de que corrija los errores que haya podido cometer. Se trata de un trabajo clásico. Mañana asistiré a una conferencia que dan en otra rama de los Brahmo Samaj. El jueves estoy invitada a la entrega de premios del Sanskrit College, etcétera. Los días pasan con una rapidez vertiginosa y todas las cosas que hago hay que elaborarlas lentamente, sin precipitación. Un día se cosecha esto, al siguiente aquello. Los hindúes se explican con lentitud; además, el tema no admite prisas, a fin de poder hacer después un relato que no resulte caricaturesco. [...]

Mis mejores pensamientos, queridísimo cordero, junto a mi más afectuosa felicitación, que creo que llegará más o menos en la fecha deseada, por tu cumpleaños. Te deseo lo más raro y precioso, amigo mío, la felicidad en la forma que tú la concibes, en las cosas a las que tú aspiras. ¡La felicidad está hecha de elementos tan distintos según los individuos!... No sé si el hecho de escribirte desde la India excusará a tus ojos que te exprese el deseo, más grave, que aquí repetimos gustosos: «La paz y la inteligencia estén contigo.» Aunque la palabra «paz» resulta gris y desangelada para traducir el significado del sánscrito *ananda*, que no es en absoluto una paz triste, sino la beatitud, reboante de claridad y de vida, que es uno de los atributos de *parabrahm*. Por desgracia, tengo ciertas dudas. Y sin embargo...

Calcuta, 12 de febrero de 1912

[...] Parece que todo va a salir de maravilla y creo que mi viaje por esta región himalaya de la frontera del Tibet será sumamente interesante. ¿Cruzaré la frontera? Si las bandas chinas no azotaran el país, no habría dejado de hacerlo, uniéndome, con el apoyo del rajá local, a alguna caravana de peregrinos ricos, provistos de material de acampada suficientemente cómodo. No puedes hacerte una idea del prestigio de que goza un budista europeo en tierra budista asiática. Al fin y al cabo, Lhassa está a tan sólo quinientos kilómetros de Darjeeling. Sé muy bien que, cuando hay que «devorarlos» utilizando caballos y palanquines, y hacerlo a través de la montaña, la empresa, a pesar de que el camino principal está cuidado y es tan bueno como nuestras pistas de segundo orden, requiere un tiempo nada desdeñable... En fin, el caso es que se me va a salvar de caer en la tentación, ya que los tibetanos, subditos británicos, actualmente no están autorizados a ir a Lhasa y probablemente a mí tampoco se me permitirá. [...]

Dirás que me repito, pero desde que he llegado a Calcuta mi viaje

ha adquirido un interés sorprendente. Me parece que dispondré de material para años y años de trabajo, aunque tendré que clasificarlo, pues desde la clasificación que realicé en Adyar se han acumulado muchos documentos. Para hacerlo, intentaré refugiarme en una soledad poco costosa, tal vez entre buenas monjitas (*bhikkhunis*), si puedo encontrar algunas que me ahorren el suplicio de un curry demasiado incendiario.

Así pues, dado que ignoro cuáles serán mis próximos movimientos, te ruego que me escribas a la «Misión budista c/o Samana Pannanda, 46 Beniapukur Lane, Calcuta».

[...] Tú no vives en un ambiente semejante y no puedes sospechar de qué son capaces algunos hombres cuyo odio al feminismo gana terreno de día en día.* Aquellos que en mi juventud se dedicaban, en los estrechos corredores o las escaleras de caracol de la vieja Sorbona, a atraparnos entre una puerta y la pared o a hacernos caer desde lo alto de los peldaños, que a las muchachas sentadas delante de ellos les clavaban amablemente las agujas del sombrero en la cabeza y les daban patadas cuando ocupaban una posición dominante en una grada superior del anfiteatro, éstos mismo han crecido y algunos han perseverado en tal espíritu. ¿Acaso no tuvo que cargar varias veces la policía, en aquella época, para proteger a unas estudiantes de medicina a las que habían empezado a aporrear cortésmente con patas de banco? Quizá tú mismo oyeras hablar en tu juventud de estas cosas, y quizás te pareciera curiosa y divertida esa forma de tratar a unas mujeres no acomodadas que habían tenido la imprudente audacia de aspirar a ganarse la vida de un modo que no tuviera nada que ver con su sexo. [...]

14 de febrero

Esta mañana he estado en la Government House. Van a darme una colección de cartas de presentación y recomendaciones que seguirán facilitándome el acceso a muchas cosas y mucha gente. Naturalmente, allí también saben que estuve en Pondicherry y que vi a Aurobindo Goshe. No sospechaba que fuera un hombre tan importante. Si me hubiera percatado, habría intentado hacerle hablar de política para descubrir qué puede germinar, en materia de ideas de ese tipo, en el cerebro de un místico vedantista. Sin embargo, aunque sabía que lo habían sometido a un proceso político, ignoraba el motivo exacto. Esta mañana, el secretario privado del rey me ha dicho: «Creo que nuestra civilización, nuestra educación y todo nuestro progreso mo-

* A. David-Néel acaba de enterarse, por un recorte de prensa, de un escándalo que salpicó a una mujer con prestigio en el ámbito de las ciencias, lo que le lleva a hablar de la «misoginia» reinante a principios de siglo.

derno le parecen *godless* (que significa «sin Dios») y que por esa razón los reprueba.» Podría muy bien ser cierto. Los hindúes ven las cosas y el mundo desde un ángulo distinto del nuestro. Si nuestra entrevista no se hubiera limitado a unas pocas horas crepusculares en la casa monástica de Pondicherry, tal vez habría descubierto en aquel cerebro lo que para nosotros, occidentales materialistas, constituye el desvarío... y habría podido realizar un estudio interesante de una mentalidad desconocida en Europa. Sí, podría haber sido interesante..., la sala de disección con sus restos de organismo humano también es muy interesante, pero... ¡bah!, quizás le debo al hecho de haber estado insuficientemente informada un bello recuerdo —sin duda falso, ilusorio, como la mayoría de los recuerdos bellos—, el de la vasta sala desnuda donde, junto a la ventana abierta al cielo malva del anochecer, Aurobindo Goshe y yo hablamos del *brahman* supremo, de la existencia eterna, y por un momento cruzamos el umbral más allá del cual cesan nacimiento y muerte, vivimos el sueño de los Upanisad... Una hermosa flor recogida en mi camino de viajera..., una flor de oro del santuario de Chidambaram. No la estropeemos. [...]

Me han propuesto, no ya vivir en traje de Eva, bajo un árbol, como un yogui, sino mudarme a una tranquila localidad para concentrarme en el sánscrito, lejos de toda distracción, durante seis meses; el profesor se ofrece a darme clase gratuitamente y su familia, por su parte, a facilitarme la instalación. Los *swami* de Belur me han propuesto lo mismo, y es realmente tentador, porque me ofrecen como residencia de verano un lugar situado en el Himalaya que tiene fama de ser uno de los más saludables y pintorescos de la India. Viviría en casa de una dama inglesa que presta sus servicios en el establecimiento médico que los *swami* tienen allí y recibiría clases con los *swami* residentes, que según me han dicho son jóvenes, muy instruidos y de agradable compañía. La tercera tentación procede de otro grupo, los Arya Samaj, que me animan a utilizar a los profesores de la escuela que tienen cerca de Lahore. Todas estas personas me dicen que, con lo que ya sé, en seis meses estaré en situación de desenvolverme sola. Ya lo sé..., pero lo que no tengo son esos seis meses, si quiero proseguir mi viaje. ¡Ah, si no hubiera un Mouchy en la «maravillosa casona», la cosa se solucionaría enseguida! En el punto en que me encuentro de mis investigaciones orientalistas, se me ha hecho indispensable un conocimiento más profundo del sánscrito. [...] Tendré que apuntalar sólidamente mi documentación. Pero uno no se casa para dedicarse al sánscrito y hacer investigaciones orientalistas, ¿verdad, Mouchy? Es una gran verdad, y comprendo cuánto mérito tienes y qué amplitud de mente demuestras con relación a tu excesivamente filosofa esposa. Si estuvieras aquí, queridísimo mío, te abrazaría de

todo corazón por la gran dicha que me proporcionas en el otoño de mi vida, por las facilidades que me das para proseguir los estudios que fueron la gran, la única pasión de mi juventud y que lamentaba tener que abandonar en parte.

[...] Unas palabras más: pasado mañana iré, por la mañana, a una fiesta religiosa hindú. Es un día dedicado a festejar a Siva, y asistiré a la celebración que hacen en una institución femenina. Las niñas cantarán himnos ante las imágenes del dios. Todo esto huele a idolatría, tanto más cuanto que, sin duda alguna, me obsequiarán con alguna golosina ofrecida en el altar... No será la primera vez que comparta esa *prasada*, esa comunión pagana, y cada vez que mordisqueo las frutas o los terribles pasteles de azúcar puro pienso que, en tiempos pasados, por negarse a tomar alimentos que habían sido ofrecidos a los «falsos dioses», valientes cristianos se dejaron llevar al anfiteatro y devorar por las fieras, pese a que san Pablo había considerado que el altar no contaminaba espiritualmente los alimentos depositados sobre él. Aquí, la regla general es que la *prasada* sólo se debe ofrecer a los fieles. ¡Un cristiano o un musulmán no tiene derecho a ingerirla! Sin embargo, como adepta de una de las escuelas filosóficas surgidas de la India, me consideran más cercana a ellos. Siva es mi dios favorito, me gusta el símbolo que representa, y quizás dirija una breve alocución a los asistentes. [...]

Calcuta, 26 de febrero de 1912

Acabo de volver de un *garden party* en la residencia de la maharani de Utva. Las recepciones de este tipo son suntuosas y fúnebres. Un público escogido: el virrey y lady Hardinge, lady Carmichael, de Madrás, en cuya casa estuve comiendo, lady Jenkins, que me ha invitado a una sobremesa musical y un té en su casa (es la mujer del *chief justice*, el que dirige toda la justicia en la India, una especie de pequeño ministro), y otras personas igualmente notables. Por parte indígena, la flor y nata también. Evidentemente, no hay ninguna cordialidad, se saludan unos a otros, se intercambian algunas palabras, pero los nativos se sienten incómodos y los ingleses están preocupados por mantener su dignidad de «blancos». Sólo se permite a las mujeres subir a saludar a la maharani, que es una criatura diminuta de aspecto tímido, tan cubierta de joyas, de pedrería, que únicamente se le ven los ojos en medio de todos esos colgantes. Los salones están decorados en un estilo europeo del peor gusto, aunque llenos de objetos muy caros. Hay cortinas de encaje rosa y muebles tapizados de brocado y peluche color fuego. Con todo, no vayas a pensar que se parece al palacio de un bey. Hay hermosos jarrones de Sèvres en lugar de bolas de cristal, y auténticas obras de arte. En los jardines hay diversos entretenimien-

tos: acróbatas indios, malabaristas japoneses y echadores de la buena ventura, uno de los cuales ha leído en mi mano que siempre tendrá tanto dinero como quiera gastar... ¿Qué te parece, eh? Pero la moneda tiene otra cara: al parecer estoy destinada a tener cuatro hijos y tres hijas. No sé muy bien, mi buen cordero, cómo vamos a arreglárnoslas para obrar semejante milagro. He visto a algunos conocidos, entre ellos a la mujer del cónsul de Suecia y a Mrs. Woodroffe, que no tenía cara de divertirse mucho y con quien he tomado el té. Al partir, los jardines estaban iluminados; las damas hemos ido a despedirnos de la maharani. Nos han presentado, en una bandeja de oro, un frasquito también de oro que contenía esencia de rosa; todas hemos sumergido con delicadeza la punta del pañuelo y luego nos han obsequiado con una especie de cadena de trenzado dorada que nos hemos llevado puesta sobre el hombro izquierdo.

Creo que esta clase de tareas no es muy divertida para la maharani. Pero esos pobres reyezuelos destronados se ven obligados a aparecer que están contentos y a dar fiestas. El joven maharaja, hijo de la maharani, iba vestido de brocado rosa bordado con perlas auténticas... ¿Qué puede decirse entre sí esa gente, una vez que los extranjeros se han marchado, la casa está limpia y ellos han tomado un baño para purificarse de la deshonra que ha supuesto estar en contacto con todos esos europeos impuros? ¡Sería curioso oírlo!

Ayer, una visión distinta. Salida en coche a las ocho y media para Chinsurah, una vieja ciudad, antigua colonia holandesa. [...] Fuimos a ver dos viejas iglesias y una exposición local con pinturas «locales» sorprendentes. En este país de sol desmedido, a los artistas les encanta pintar «efectos brumosos». Y algunas de esas brumas eran realmente más densas que las del Támesis, aunque hay que reconocer que las que el Ganges desprende a veces no tienen nada que envidiar a las de Londres. A continuación visitamos la prisión, incluido el lugar donde cuelgan a los condenados. Las conveniencias exigían que las damas permaneciésemos a cierta distancia, pero aun así contemplamos de sobre el horrendo artilugio. Después fuimos a Chandernagor, que no es más que un pueblo un poco importante, con un pequeño paseo elevado sobre el Ganges. Me recordó, en pequeño, a Pondicherry. La limpieza de las calles y las casas contrasta con la suciedad del territorio inglés. Todo está pulcro, encalado... Un comerciante había pintado el tejadillo de su tienda en azul, blanco y rojo. Se habla de ceder a Inglaterra estos trozos dispersos de territorio que, evidentemente, no nos sirven de gran cosa. Pero hay una cuestión de la que nunca se preocupa nadie en estos casos: la opinión de los indígenas. La venta de esclavos por cabezas está prohibida, pero se permite que los grandes estados negocien el destino de una población entera. Pienso en éstos...

que son electores. Parece una estupidez, y lo cierto es que en Pondicherry las elecciones son sucios tejemanejes y trifulcas salvajes, pero no importa, esa gente tienen un remedio de derecho y los ingleses coinciden en considerar a los de Pondicherry más inteligentes que sus vecinos sometidos al régimen inglés. En esos indios hay atisbos de apego a Francia, y de apego un tanto fanático, como el que existe en los pequeños pueblos y entre los habitantes de las fronteras. Recuerdo las palabras de un chiquillo de Villanour a quien le pregunté si hablaba inglés o francés y que me respondió en un tono desafiante: «Hablo francés», y los que le rodeaban se apresuraron a afirmar al unísono: «Hablamos francés.» Aquellos morenitos habrían sido de los que hubiesen luchado por ese remedio de patria que ven en Francia. Influencia de la escuela, comparación con el régimen al que están sometidos sus compatriotas súbditos de Albión... Su orgullo se siente tremenda-mente satisfecho, y el culi desharrapado o el descargador de muelle piensan que el rico o el sabio babu del otro lado de la frontera no son sus iguales políticos. Si los venden, si los convierten en objeto de cambio, adiós a todo ese orgullo, ya no habrá elección, nunca más se oirán llamar «ciudadanos» por unos señores venidos de Francia. Es cómico y a la vez triste. Si supieras las veces que los indígenas me han repetido aquí: «El alcalde de Chandernagor es bengalí.» ¡La principal autoridad de la ciudad es un indígena! La ciudad es una aldea, pero eso da igual. Los bengalíes de Chandernagor deben de tener un orgullo nacional enorme.

En coche, este pequeño rincón de Francia se recorre enseguida; no nos detenemos en los pueblos construidos alrededor de fábricas enormes donde se elabora yute. En torno a esos monumentos de la civilización bulle una población que ya no tiene nada de indio y empieza a adquirir —prescindiendo del color de la piel— los rasgos del proletariado industrial de Glasgow o Manchester. [...]

Di la conferencia en inglés. Se publicará en uno de los grandes periódicos de Calcuta. A raíz de esta conferencia, he conocido a un sacerdote japonés de la secta Nichiren que me pidió permiso para venir a verme. Ha venido esta mañana exactamente a la hora acordada, lo que es muy «Extremo» Oriente. ¡Un regalo, esa conversación! Precisamente, yo había recibido, en el primer reparto de correo, cartas de budistas japoneses que él conoce. Ello le ha dado confianza y ha hablado tan libremente como un japonés es capaz de hacer. El reverendo Kimura lleva gafas, como la mayoría de sus compatriotas, pero se las quita para hablarme, lo que demuestra una predisposición cordial. Con este oriental decidido y combativo me encuentro lejos de la India y lejos, me parece, del budismo de Gautama. Su budismo, aunque basado en una verdadera erudición, a mis oídos de nieta de montalbanés

suena un poco como un eco de las trompetas misticoguerreras que tocaban los ciudadanos de la heroica ciudad, quienes antes de ser hugo-notes fueron albigenes y muchas cosas más, siempre en el camino de esas herejías ardientes y rudas en cuya historia me complaci durante mi juventud. El *binayana* es negativo, me dice el reverendo, y el *mahayana*, positivo. El primero dice: «No mates»; el segundo: «Mata a todos aquellos que constituyen un obstáculo para el bien, a aquellos que perjudican a los seres, aunque se trate de tu padre o tu madre.» Admito que el *mahayana* sea eso, pero, en tal caso, lo es muy corregido y remodelado por Japón. Se trata de la doctrina seductora y tentadora de la acción directa que gusta a nuestro orgullo, amante de erigirse en dios, de actuar como justiciero. Quién sabe, quizás sea la verdadera doctrina que encaja con el hombre medio. Únicamente los sabios ven más allá de tales convulsiones de nuestro supuesto Bien y nuestro supuesto Mal; ellos no tienen una necesidad semejante de justicia limitada, inmediata, que atormenta a quienes no ven más allá de los límites de una vida humana, sea en el pasado o en el futuro. Es el método que nos ofrece una India majestuosa e inquebrantable que, sentada a orillas del Ganges, sueña sus sueños mientras a su alrededor los imperios nacen y se derrumban. El otro método es el de los pueblos efímeros que viven deprisa una vida de vibraciones débiles y febriles... No obstante, se puede objetar algo a esta clasificación: la China adepta a la segunda doctrina y quizás más vieja que la India. Sea como sea, mi visitante japonés desprecia profundamente a los hindúes por su apatía, su palabrería sin resultados. «Irá a Japón, ¿verdad? —me dice—. Ya verá qué diferencia. La gente no hablará mucho, no le dirigirá grandes frases, pero actuará y se apresurará a resultarle útil y agradable en la práctica.» Sí, lo sé. Es la cordialidad china, silenciosa, discreta y efectiva. Y es también, en Japón, la posibilidad de vivir entre los indígenas, avezados desde la infancia a una cortesía refinada, de una pulcritud meticolosa, muy diferentes de los indios sucios y de maneras toscas. El señor Kimura pertenece a la sociedad para la reforma del budismo en Japón, en cuyo seno tengo amigos. Me habla de la necesidad y la codicia del clero japonés y me dice: «Sobre todo, no juzgue la situación sólo por lo que ve en los sacerdotes. Mire a los sabios de nuestras universidades, a nuestra élite religiosa y a la joven generación de sacerdotes, a los que se han hecho sacerdotes para trabajar por el bien de los hombres.» Seguramente sabes que a los que en Japón se llama «sacerdotes» no son en absoluto monjes, *bhikkhus*, sino pastores, como en la Iglesia protestante. Visten y viven como todo el mundo, y en la mayoría de las sectas les está permitido casarse.

Luego me cuenta a qué se dedica, me habla de sus estudios de sánscrito y de los relativos a los Upanisad, me dice que emplea cada

minuto del día siguiendo un programa estricto, y atrapo al vuelo la perla, el delicioso retrato de una mentalidad de Extremo Oriente: la meditación matinal expresada con un «dejo mi mente en reposo» (*I put my mind quiet*). Para decirlo, ha colocado instintivamente las manos en ese gesto que millones de nosotros hacemos todos los días, de forma consciente o inconsciente, y que es antiquísimo, muy anterior a Buda, con su significado místico bastante alto que significa algo así como: «Me inclino ante mí mismo», tal vez con el sobreentendido hindú: «Me inclino ante mí mismo y no adoro sino a la divinidad que soy yo mismo.» El señor Kimura ha cerrado los ojos, se ha callado «encerrado en sí mismo e imponiendo la paz en él»; luego me mira con sus extraños ojos rasgados y dice: «Una vez hecho esto, me voy a trabajar.» Irafa con la misma tranquilidad a luchar. Más de uno de aquellos oficiales que fueron impasibles a una muerte segura, de aquellos soldados anónimos cuyos cadáveres llenaron las fosas de Port-Arthur, había «dejado su mente en reposo» de la misma forma la mañana del día en que murieron todos ellos.

¡Japón! ¡Japón?... Eso me exigirá mucho tiempo más y tú, cordeño, te aburres. ¡Ay, qué complicado es ser orientalista y tener un Aluch al mismo tiempo! Me he adentrado en un camino que quizás no volveré a encontrar si me desvío de él. Las relaciones afluyen a mí alrededor y se diría que un genio bueno camina delante de mí para abrirme todas las puertas y facilitármelo todo. Lo que dices en tu última carta es verdad, unos estudios como los que yo estoy llevando a cabo podrían retenerme en Asia toda una vida, pero no es cuestión de llegar a ese extremo, aparte de que, a decir verdad, no lo deseo, pues creo que puedo hacer cosas interesantes en Europa. [...]

Volviendo a mi actual viaje, deseo saber tu opinión. ¿Qué debo hacer? El número de críticas que ha provocado mi último libro y la aspereza con la que el clan clerical lo ataca te indican que es de esos a los que se les concede importancia. Mi *Vedanta* será quizás más «sensacional» aún, y las conferencias que daré me situarán en primer plano. Situaciones así requieren el apoyo de una erudición suficiente. Tendría que reconstruir cosas relativas a los textos pali y sánscritos, lo que me permitiría trabajar más adelante sola. Sin duda alguna, eso podría hacerlo fácilmente en Birmania y en la India. Acto seguido, Japón me proporcionaría un campo precioso de investigación. ¿Hace falta que te diga que este programa exigiría meses? Ten en cuenta, Mouchy, que, dada nuestra situación, nuestros caracteres, tendríamos que hacer el sacrificio de resignarnos a una separación todavía bastante prolongada. Piensa lo que quieras, queridísimo mío, pero yo también tengo muchas ganas de volver a verte. Sin embargo, dadas las dificultades de venir aquí, ¿debo perseverar para recoger los frutos de esta larga y

costosa ausencia? Mi situación entre los orientalistas es difícil. No me consideran insignificante y rebatirán mis ideas. Pero yo no quiero avanzar siguiendo su estela. Quiero mostrar lo que he visto, lo que sé por experiencia de las doctrinas asiáticas, cómo las entienden los asiáticos, y eso no se parece mucho a lo que han expuesto nuestros eruditos, muy duchos en raíces gramaticales y en fechas, pero sin ninguna idea del espíritu de las teorías de las que hablan. Ninguno de ellos podría ser, aquí, un predicador del *arya-marga* como lo fui yo el otro día ante un público culto; pero eso les trae sin cuidado, y les molestará mucho que alguien demuestre que el significado de los textos que tan doctamente han traducido es muy distinto del que ellos le dan. Añade a ello que soy una mujer y que presento la singularidad de ser budista practicante y militante, y te darás cuenta de que no me perdonarán. En consecuencia, es preciso que mi situación se asiente sobre sólidos cimientos.

Evidentemente, todo esto apenas tiene importancia para ti, tú no tienes que preocuparte de la acogida que se le dispense a mi futuro *Vedanta* o a otras obras que pienso escribir. Tales cuestiones no te interesan, ¿por qué ibas a sacrificar por ellas lo que te agradaría hacer? Además, queridísimo amigo, reconozco que la gran casa vacía debe de resultar un tanto lúgubre para alguien que, como tú, no la puebla de devas* amigos que surgen de improviso a su paso y cuyos «pies de loto», como dicen aquí, dejan tras su paso efluvios embriagadores. Tú vives aferrado a la tierra, y ahí no siempre hay mucha alegría. ¡Yo no estaba hecha para el matrimonio! Soy de los que se identifican con aquella frase de Buda que te gusta citar en broma: «La vida doméstica es una férrea cadena» Gautama amaba a su mujer. Se había casado con ella por amor, nos dicen las Escrituras, y la había conquistado tras superar torneos de toda clase destinados a convencer a su futuro suegro de sus habilidades. Y una noche partió solo, a lomos de su caballo, movido por la obsesión, más fuerte que su amor, de lo que tú llamas «la quimera» y que tal vez es la única realidad. Así parten todos en esta extraña Asia, como Chaitanya, que por la noche acercó un cojín a su mujer, Visnupriya, dormida entre sus brazos, para sustituir el apoyo de su cuerpo y se marchó, cruzó el río a nado para no dejar huellas de su paso y se dirigió hacia su destino. Hay en el hombre algo, más fuerte que el propio hombre, que lo lleva por senderos que parecen incoherentes. Bienaventurados son, sin embargo, los que caminan por ellos: «Lo que es noche para los seres es un día por el que caminan los clarividentes que se han superado a sí mismos», dice el *Bhagavad Gita*.

* Seres divinos. (N. de la T.)

Pero esto nos aparta del tema. ¿Qué debo hacer?... Es curioso, mi buen amigo, pregunto qué debo hacer y, aun sin prever cuál será la decisión, sin tener la menor idea al respecto, intuyo que no seremos ni tú ni yo quienes decidiremos, sino que la poderosa corriente de las causas seculares, encadenándose eternamente mediante sus efectos, nos arrastrará según la ley de las consecuencias. ¡Qué minucia, nuestra personalidad efímera! ¿No es acaso el momento de apoyar el reverso de la mano derecha en la palma abierta de la mano izquierda, de sentarse en la postura del loto y de «dejar el espíritu en reposo», como dice Kimura? [...]

Calcuta, 14 de marzo de 1912

[...] Acabo de volver de un *afternoon* en casa de los Woodroffe... Siempre las mismas mujeres vestidas de muselina dorada, aunque menos brillante que cuando van a visitar a los hindúes. Té en mesitas, en el jardín; luego, música en el salón. ¡Y qué musical! ¡Ay, corderito mío, a los «todo cerebro como yo», según la expresión que tú empleas, se les desgastan tanto los nervios en sus «orgías» como a los «todo... otra cosa»!

... Sobre una alfombra, en cuclillas, un artista indígena toca la vina y canta. Un gran artista, no de esos que los turistas corrientes oyen por la ciudad, y, pese a que el marco no se parece en nada al salón familiar y ancestral de los Tagore, lo que escapa de ese instrumento antiguo es un sueño. ¿Qué toca ese bardo, qué canta?... No lo sé, quizás poemas de amor, pero toda la melancolía de la existencia se expande a mi alrededor, toda la vanidad de los goces y los sufrimientos se afirma en esa música un poco sorda, esa salmodia suave y acunadora. Esa misma vina y unas melodías similares sonaron en los oídos de Buda, en los aposentos de las mujeres, mientras su pensamiento escapaba lejos sobre las alas de esa música mágica. Todas las escenas del maravilloso poema *Lalita Vistara* acuden a mi memoria. Me sé casi de memoria los capítulos donde se describen las últimas noches de fiesta anteriores a la «gran partida». Sí, tal como decimos a menudo, en nuestro Oriente desértico se comprende la Biblia, y del mismo modo aquí se comprende a los budas o los *risi*¹ de los Upanisad. La verdad vivida del poema estalla..., es verdad que a través de la melodía de la vina hablan las voces celestes, es verdad que, cualesquiera que sean las palabras pronunciadas por el cantor, se oyen, no como las imaginó, sino como sin duda las oyó el propio poeta del *Lalita Vistara*: «Recuerda tus votos y tus plegarias de tus existencias pasadas; recuerda

¹ Nombre que designó primero a los autores inspirados de los himnos del Rigveda y luego se extendió a otros personajes santos. (N. de la T.)

todo lo que has sufrido, todo lo que has perdonado, las veces que has dado tu vida. Recuerda que has dicho: ojalá pudiera llevar a este mundo sumido en las tinieblas y la confusión la lámpara que guíe, ojalá pudiera sumergir a los seres que están «en la otra orilla» en la calma desprovista de fiebre, ojalá pudiera liberarlos de la vejez, de la muerte y de todo dolor... Recuérdalo, ha llegado el momento. ¡Oh héroe!... Sal de la casa...» Es verdad que todas estas exhortaciones se elevan con el aire melancólico, afligido e infinitamente apacible y despreocupado, que llenan el salón, que las mujeres vestidas de muselina dorada se transforman en cadáveres, tal como las vio Buda, y que uno siente en su interior algo que se va hacia la emblemática vestidura color de aurora de los *sannyasin*... y un estremecimiento que conjuga sentimientos complejos: deseo y temor me invaden al pensar en las mías, que me envolverán durante todo este viaje al país de los devas...

Cambia el escenario: el director del Conservatorio, un francés, Philippe Sandré, va a tocar el violín acompañado de Mrs. Woodroffe al piano. Una pieza de Wienawsky y después una sonata de Grieg. (Compra y estudia las sonatas op. 13 y op. 15 de Grieg, las tocaremos a mi regreso.) ¡Huelga decir que los invisibles consejeros que incitaban a «partir» se han esfumado! Con todos los respetos, son como los cuervos indios: cuando los espantan, se retiran un poco, pero nunca se van muy lejos. Se han retirado y, seguros de sí mismos, sonríen en los rincones. Y los dos espléndidos artistas desencadenan, impetuosa, toda la *maya*, todos los deseos más grandes que el hombre y toda la pasión más vasta que el mundo..., deseos de cosas inexistentes, sed de sensaciones imposibles..., nervios tensos, jadeando en espera de una resolución, de una satisfacción que no llega nunca, nunca..., salvo quizás para aquellos que «han salido de casa», lo que significa mucho más que el acto material de abandonar la morada propia y en ocasiones no guarda ninguna relación con él.

Una vez finalizada la pieza, las rani y las no-rani empiezan a despedirse, el desfile tornasolado inunda el salón de una oleada de suaves matices que podría ser alegre, pero en la India nada es alegre. Mrs. Woodroffe me dice: «Quédese, el artista de la vina va a tocar otra vez.» ¡Ya lo creo que me quedo!... No hay más que una veintena de mujeres en el salón; yo estoy sentada al lado de la poetisa bengalí de la que ya te he hablado. La música alucinada comienza de nuevo..., muy poca cosa después de Grieg, muy pobre, da la impresión, y sin embargo, poco a poco los nervios se ponen a tono con ella..., la música avanza, fluye imperturbable, sin estrépito, como segura de su triunfo. Después de la otra, es casi angustiosa. El Oriente desengañado tras el paroxismo de agitación de Occidente. Las voces susurran irónicas, irritantes: «¡Elige la vía!...», y una de ellas, a través de esa variación del

artista en que el tintineo metálico de las cuerdas suena estridente, se burla: «Todas las vías son vanas y disparatadas; el hombre es una burbuja en la superficie del océano..., una burbuja que piensa y que, mezquina, se enorgullece de sus pensamientos...»

Las piernas flojean un poco, los riñones se resienten ligeramente..., hay que dar un paseo al aire libre —abrasador, el aire libre— antes de ir a cenar.

Cariño, tú eres un señor que «se ha divertido», por emplear la trivial expresión corriente, tú mismo me has hablado con frecuencia del lugar que la voluptuosidad debía ocupar en la vida de un ser sano. ¿Me permites que te diga una cosa? ¡Nunca has sabido qué es la sensualidad..., la grande..., la de los «todo cerebro»!

[...] Ayer recibí noticias de esa bendita Hardwar donde los dioses parecen desear mi presencia. Una carta rebosante de una cordialidad sencilla y muy sincera. Quien me escribe es el administrador del Gurukula (una especie de *collège* que sigue las antiguas tradiciones brahmánicas para el estudio del sánscrito y de las Escrituras); lo conozco un poco. «No busque en otro sitio —me dice—, nosotros le ofrecemos lo que tenemos: alojamiento, nuestras comidas, si lo desea, un lugar para su cocina particular, si nuestra alimentación no es adecuada para usted, un profesor fijo todos los días y a todos nosotros, profesores y directores, para conversar cuando quiera y darle las explicaciones que necesite.» Más para que me sienta cómoda que para ganar algo, añade que tendrá que pagar 20 rupias al mes (34 francos), precio que también incluye alojamiento y comida para mi sirviente. ¡Eso sí que es vivir barato! Ya supondrás que no se trata de un establecimiento hotelero abierto al público y que hacen una excepción conmigo porque yo llevaré allí una vida estrictamente ortodoxa que no perturbará la atmósfera del lugar. Se trata de una vida medianamente austera, pero no me repugna en absoluto pasar por esa experiencia en un ambiente estrictamente hindú, sentarme a la salida del sol ante el altar védico donde danza Agni* como hace tres o cuatro mil años, y oír recitar los antiguos *mantras* que han acunado a tantas generaciones: «Om, Bhur, Bhuva...», mientras la llama danzarina devora las ofrendas... Será muy pintoresco..., unas páginas de grato recuerdo y sin duda una forma excelente de perfeccionar el sánscrito gastando poco durante los meses en que resulta difícil viajar.

En espera de que llegue ese momento, esta semana partiré para Sikkim. Esta tarde he asistido a una reunión en el Sanskrit College. Un curioso estudio de costumbres. Se homenajeaba a sir Astusoh Mukerjee, vicerrector de la universidad, que había sido condecorado.

* Dios fundamental en el hinduismo védico. (N. de la T.)

Había elocuentes oradores que hablaban en sánscrito, y hablaban interminablemente. En sus discursos hicieron juegos de palabras, alusiones tal vez un tanto irrespetuosas a los dioses con los que comparaban al recién condecorado. El sillón presidencial lo ocupaba un maharaja más feo que varios chimpancés juntos, con una rala cabellera negra que le caía en rizos pueriles sobre el cuello, y tocado con un sorprendente bonete de oro coronado por un penacho muy fino que parecía un plumero de juguete. Llevaba un traje de seda azul pastel. Otro monstruo vestía ropajes de brocado bordados en oro, iba tocado con un turbante rosa y oro... Junto a estas caricaturas había atractivos indios vestidos de blanco, con perfiles de medalla, uno al que había oído predicar por la mañana en el *mandir* de los Arya Samaj, otro al que no conocía y que era de una extraordinaria belleza. Había incluso un brahmán viejísimo que sólo llevaba cubierta la parte inferior del cuerpo y que pronunció así, con el torso desnudo, un largo discurso en sánscrito de una sencillez antigua. Estos hombres son oradores natos, como los griegos, como todos los pueblos nacidos al sol, y se embriagan hablando. La cosa se prolonga, es imposible hacer callar a los que han tomado la palabra. Luego comienzan los mil y un episodios de ese dejarse llevar, esa sencillez oriental que contrasta tanto con nuestro ceremonial, con la etiqueta de Occidente. En plena sesión traen lámparas para colocarlas sobre la mesa; se pasan los globos de mano en mano, frotan las cerillas bajo la nariz del presidente. Después, como hace un calor terrible, envían a buscar grandes abanicos de hoja de palma, ya sabes, esos que tienen un mango largo, y los profesores que ocupan el estrado los agitan con rapidez sobre la cabeza del condecorado y la del rajá. Yo temo que de un momento a otro golpeen el plumero de este último, pero tal incidente no se produce.

No hay nada tan bueno que no se acabe. Al rajá y al vicerrector les ponen anchas guirnaldas de flores alrededor del cuello. El primero tiene un aspecto todavía más simiesco, se diría que está a punto de subirse a la mesa para empezar a dar volteretas; el segundo, que es muy corpulento, parece un buey acicalado para el último sacrificio. Digamos que es el buey Naudi, puesto que se llama Astusoh, que es uno de los nombres de Mahadeva. Naudi o no, el buey habla; luego, cuando ha terminado, suena una armónica acompañada por dos tam-tam y los asistentes pasan al ambigú. Dado que soy la única mujer, no tengo ningún empeño en meterme entre aquel gentío: además, sé que, por un lado, me atiborrarían de dulces, y por otro, algunos viejos ortodoxos sectarios seguramente se sentirían un poco violentos de comer en mi presencia, así que me quedo charlando junto a la ventana con el director del *Indian Mirror*, que me ofrece una casa que tiene en el campo, a doce horas de Calcuta, para que pase allí la estación de las

lluvias. Los orientales son excesivamente hospitalarios, y cuando para ellos te conviertes en un personaje religioso, su generosidad es ilimitada. [...]

18 de marzo de 1912

Ya sé por qué Sylvain Lévi declaraba los *Oriental soaps* de Calcuta *master pieces* (obras maestras). Es amigo del director de la fábrica. Le ha escrito diciéndole que venga a verme y él se ha apresurado a hacerlo. Se trata de un joven químico que se diplomó en París y que es amigo de mi querida Mabel Bode. Hemos simpatizado enseguida, unidos por nuestros amigos comunes. Pobre muchacho, lleva la triste vida de los que se han apartado de su casta religiosa. Es brahmín de nacimiento y, al regresar de Europa, se negó a someterse a las repugnantes purificaciones durante las cuales los untan hasta la lengua de boñiga de vaca. Se ha adherido a la Iglesia más avanzada de los Brahmo, pero, si bien esa Iglesia es la más avanzada desde el punto de vista social, no lo es desde el punto de vista de las creencias religiosas. Guarda bastante semejanza con el cristianismo unitario, y para un indio no resulta fácil ser teísta. Llevan demasiado vedanta en la sangre para eso. Por lo demás, el supuesto teísmo de los Brahmo no se parece del todo al de Occidente. De cualquier modo, el resultado es un pobre químico desdichado entre sus jabones. Ni siquiera sus hermanos pueden comer con él, porque es «impuro» y está al margen de la casta. Le gustaría casarse, pero ¿cómo? Creo que tengo que conseguir que algunas damas se interesen por su suerte para que le busquen a una joven Brahmo y con estudios, porque él es feminista y quiere una auténtica compañera, no sólo una máquina de hacer niños. Tengo ante mí a un muchacho que ha pasado años estudiando en París y Londres, ¿y sabes qué me pidió en uno de nuestros primeros encuentros? Indicaciones sobre la forma en que yo entendía la meditación y sobre el método que seguía. El Barrio Latino pudo pasar por alto el atavismo de la raza, pero no mermarlo. Le enseñó a este joven que uno no se contamina por fabricar jabón con grasa, pero no le quitó el hábito de sentarse en la postura del loto ni de buscar el *brahman*. Hemos ido a ver juntos el templo de los jainíes, todo de cristal, porcelana y mármol blanco, divertido y de relumbrón, ¡una figura de caramelito! También he ido a visitar su fábrica y he sido obsequiada con un lote de jabón que me durará mucho tiempo. Luego se empeñó en mostrarme su pequeña vivienda, sus libros... Bastante melancólico todo ello, cuando se piensa que incluso los criados hindúes se niegan a servirle porque se gana la vida fabricando jabón con grasa y no ha querido dejarse untar con boñiga de vaca. Tiene *boys* musulmanes, por supuesto, pero ¿no te parece terrible tal ostracismo? También hemos estado juntos en el

burning ghat, el lugar donde se realizan las cremaciones, junto al Ganges. Un hindú se contamina yendo allí, pero él ya no tiene nada que perder y ha tirado su cordón sagrado de brahmín. Tres hogueras ardían en el anochecer gris; había gente, las familias, esperando en cuclillas a cierta distancia para recoger los huesos calcinados y arrojarlos al río con la ceniza. Dos hombres habían trazado una especie de damares sobre una piedra y jugaban para pasar el rato. Un hombre removía con un largo palo el fuego de las hogueras casi consumidas. Los orientales no conceden tanta importancia como nosotros a la muerte. Pensé que, si muriera aquí, me llevarían a ese recinto poco solemne, que mi joven amigo Punnananda Sami recitaría el *sallasuta* y, como no tengo parientes en la ciudad, encendería, a título de correligionario, la pila de leña; luego se sentaría en un rincón, pensando en sus cosas, y se sentiría un tanto incómodo por tener que hacerse cargo de mis cenizas, poco inclinado quizás a imitar el gesto de los hindúes, que creen en la santidad del Ganges, e incapaz de guardárselas en el bolsillo. [...]

Lo que resultaba más dramático eran unos moribundos tendidos fuera, en la calle, junto al recinto, en espera de que los condujesen al interior. En nuestra sociedad no concebimos eso..., llevar a un moribundo a la puerta del cementerio! Sin embargo, en algunos ambientes rurales el carpintero va a tomar medidas para construir el ataúd cuando el enfermo aún está vivo y consciente. Mi madre y mi tía Justine habían encargado sus vestidos de luto, los míos y los de mis primas antes de que mi abuela muriera. En este caso la interesada no sabía nada, pero de todas formas el modo de actuar resulta chocante. Aquí, morir junto al Ganges garantiza un renacimiento en un paraíso agradable y algunos enfermos piden por propia iniciativa que los trasladen allí... También hay otros que son llevados pese a sus protestas. Pero ¿por qué tienen que instalarlos justo bajo el porche del campo de cremación, desde donde pueden oír crepitar la leña y percibir el olor de la carne chamuscada? Los enfermos del otro día tenían un aspecto muy sereno. La idea de las reencarnaciones «habitúa» a morir. Uno se dice que ya ha muerto tantas veces que cumplir tal «formalidad» no produce terror. [...]

Lopchoo, 11 de abril de 1912

[...] Sí, queridísimo mío, esta mañana he partido con mis sirvientes. Montada en mi «corcel», en el amanecer rosado y no muy luminoso, he pensado en Don Quijote partiendo en busca de aventuras. No empuñaba una lanza, sino una simple varita que mi pequeño bey había arrancado de un matorral. Esperemos que los «molinos de viento» también sean de proporciones modestas.

[...] Niebla, mucha..., gruesas nubes que vagan por los bosques

transformando los árboles en fantasmas gigantes. Ni rastro de la India: ni la vegetación, ni el sabor del aire, ni el color que envuelve las cosas. Es el Asia mongola, el Asia amarilla. Sería idéntico, o casi, en Transbaikalia, en Manchuria. La misma naturaleza reservada, un perpetuo velo tras el que se adivina, se aglomera algo distinto de lo que se deja ver..., un país cuya fantasía difiere mucho de la de la India. Te sientes lejos recorriendo estos bosques himalayos con sus árboles enormes, podridos de vejez, huecos, cubiertos hasta la copa de largas tiras de musgo que cuelgan. En algunos crece de todo: lianas, otros árboles fruto de una semilla alojada en una grieta de la corteza, de todo excepto hojas del propio árbol, roido, aniquilado por la acumulación de parásitos. Es la jungla, menos frondosa, menos terrorífica que en Ceilán, menos horrenda, con brillo, plácida, enigmática. En un momento dado, salieron de aquellas profundidades unos gritos tan extraños que me pregunto qué animal, pájaro o cuadrúpedo, podía profetizarlos. De vez en cuando nos cruzamos con jinetes vestidos al estilo tibetano y empuñando el látigo mongol, con peatones que llevan en la cintura no se sabe qué extraordinario cuchillo curvo, realmente demasiado enorme para que sea posible utilizarlo para matar. [...]

Kalimpong, 14 de abril de 1912

Salí de Lopchoo (¿o Lapchao?) la mañana del 12 para venir aquí; el viaje fue bonito pero bastante cansado. Primero, nada más salir, nos dirigimos hacia unas colinas sembradas de una especie de tejos que crecen en punta como los árboles dentados de los apriscos suizos o los que se ven en los cuadros de los místicos de la Edad Media. Y eso te recuerda de inmediato una «caravana tras la Estrella» como la de la reproducción que está colgada encima de mi escritorio. Sin embargo, mis sentimientos no son en absoluto los de un mago caminando hacia Belén. Voy a ver a un «papa» de treinta y siete años, a un soberano en el exilio y no a un Jesucristo en su pesebre, de modo que, al subir en mi montura, ninguna ternura embarga lo que el común de los mortales llama «su alma». Y nos ponemos en camino..., encontrando la silla un poco más dura que la víspera debido a las magulladuras de las almohadas naturales. El paisaje es bello, despejado, atravesamos grandes plantaciones de té. Bajamos, bajamos sin parar. Desde una altura de 2.400 metros en Darjeeling, cruzaremos el río a 241 metros. He tomado el camino de las crestas, un poco más largo, pero así hago la mayor parte del trayecto por las montañas y sólo tengo que atravesar el Terai, siguiendo el curso del río. A medida que descendemos es como si avanzáramos hacia la boca de un horno; agua por doquier, una vegetación desbordante. El lugar tiene muy mala fama en lo que a fiebres se refiere. Llegamos al río Tista hacia el mediodía. El desfiladero es

muy bello, pero se ven parecidos en multitud de sitios. Había hecho un alto antes, en un lugar donde hay un refugio rústico y desde donde se domina la confluencia del Gran Ranget y el Tista. Cristianos piadosos han grabado versículos de la Biblia en las vigas del techo. Cruzamos la localidad de Tista y un segundo puente colgante. En tiempos pasados había puentes de bambú de estilo chino. Después comienza el ascenso. Kalimpong está a 1.360 metros. Este ascenso por bosques sin ningún interés se me hace largo. Las ideas empiezan a hundirse en las náuseas y la opresión en las sienes que asaltan a los navegantes poco experimentados. Tan sólo queda la impresión sentida por la mañana, al poco de salir, ante un pequeño cementerio de cuatro o cinco tumbas ocultas bajo el follaje en el cruce de dos senderos. En la más cercana leí «Padaram sadhu», seguido de unas inscripciones en sánscrito. No me detuve, mi pony fue más deprisa que mi pensamiento y ya estaba demasiado lejos cuando me entraron ganas de copiar las inscripciones. El que reposa allí es un *sannyasin*, seguramente rodeado de varios más, quizás sus discípulos. Uno de esos hindúes que, conforme a la antigua tradición, han venido a la soledad del Himalaya «en busca de *brahman*», la liberación, *moksa*. Intento imaginar a ese *sadhu* con sus ropas teñidas con *gerua*, añadiéndole un poco de alumbre para que el tono sea más vivo, como me enseñó un venerable *sannyasin*, un bondadoso anciano que me tiene mucho cariño. Lo evoco a través del bosque y, quién sabe, tal vez él contesta. Los niños y los seres de mentalidad tosca son los que creen que las visiones y los encuentros espirituales se ven con los ojos y se presentan adoptando una forma material. Esa tumba perdida en la montaña me ha hecho evocar los pensamientos que conducen a los *sadhu* al Himalaya, y esto es la visión y el encuentro. Pero dejemos este tema que para ti carece de interés.

El bungalow de Kalimpong me ha parecido un paraíso. Me habían reservado una habitación aislada en la parte trasera del edificio, pero esta parte trasera frente a los bosques me parece preferible a la fachada, desde donde se ve la cocina, la cuadra y otras dependencias. Me la habían guardado por encargo de Laden La. La habitación es muy grande, tiene el techo muy alto y está muy limpia; al lado hay un gran cuarto de baño que he dividido en dos utilizando la funda impermeable de mi cama, a fin de instalar una especie de cocina en un rincón. Mi nuevo *boy*, digan lo que digan sus certificados, no sabe guisar nada. Lo envío a hervir agua a la cocina y me preparo yo misma la comida en un hornillo. De cualquier modo, voy a cambiar al joven *boy*, que es un inútil, y a contratar a otro que sea menos rústico que el patán que vigila a los culis durante el viaje. El zoquete tiene muy buena voluntad, pero va tan espantosamente sucio que no soporto tenerlo cerca; hace

que el aire de la habitación resulte irrespirable. El *sais* que acompaña al caballo, aunque no esté a mi servicio y su única misión sea ocuparse del animal, se esfuerza en resultar útil, y también el *sweeper*, con su cara atezada. ¡Qué extraño país éste, donde se necesitan tantos sirvientes para estar tan mal servido!

En el bungalow, el maharaja, que había llegado un poco antes que yo, me envió enseguida su tarjeta y fui a verle. Le han reservado toda un ala del edificio. El maharaja Kumar es hijo del verdadero maharaja. Es un joven muy amable y parece muy inteligente. Iba magníficamente vestido de brocado oro viejo. Ha tenido la gentileza, pensando en mí, de venir acompañado del director del *college* de Gangtok, un erudito que me ha contado cosas interesantísimas y me ha informado sobre algunos de sus trabajos. Ha escrito una biografía del delicioso poeta tibetano Milarepa. Voy a intentar que alguien la publique, por amor a Milarepa, del que conozco algunas poesías bellísimas. Me ha encantado lo que me ha dicho acerca del budismo tibetano. La verdad es que intuía tales cosas, y cuando escribiendo sobre ellas dije que «probablemente» la interpretación era ésta o aquélla, estaba en el buen camino.

Mañana seré presentada al dalai-lama. Evidentemente, es todo un acontecimiento para mí, porque ser recibida por el «papa» de Asia tiene, para una europea, un carácter mucho más excepcional que ser recibida en el Vaticano. Y también para él es un acontecimiento, ya que es la primera vez que accede a recibir a una mujer occidental. Así pues, ha habido que escoger, como hacían los romanos, un día fasto. Yo he preparado una serie de preguntas que quiero hacerle. ¿Con qué clase de individuo me encontraré? Me han sondeado para saber si, como europea, quería disponer de una silla, o si, como budista, deseaba sentarme en un cojín sobre la alfombra, al estilo oriental. He dicho que no me preocupaban esos detalles, que había venido para aprender todo lo posible sobre el lamaísmo y que, puesto que el primer ministro se sentaba en la alfombra, no me sentía en absoluto humillada por sentarme también de acuerdo con la costumbre del país. Creo que está empeñado en bendecirme, porque al principio Laden La me había dicho: «Los fieles se arrodillan ante él para que los bendiga», y, como yo no quería arrodillarme, habíamos acordado que haría una reverencia y renunciaría a la bendición. Pero ayer, después de haber hablado de nuevo con el dalai-lama y sus consejeros, Laden La me dijo: «Cuando haya saludado a Su Santidad, acérquese; él pondrá la mano sobre su cabeza para bendecirla», y enseguida añadió: «Sólo tendrá que inclinarse en signo de agradecimiento.» Es evidente que ha sido el «papa» o sus consejeros quienes le han hecho decir eso. En fin, con bendición o sin ella estoy encantada de tener tanta suerte. Volver con un estudio

sobre el lamaísmo realizado junto al dalai-lama, eso sí que sería maravilloso. Por desgracia, «Su Santidad amarilla» está muy absorto en cuestiones de tipo político y seguramente no puede dedicar mucho tiempo a conversaciones filosóficas. Ya veremos.

15 de abril de 1912. La comedia ya ha sido interpretada, querido. Esta mañana he visto al «papa» amarillo. Un recibimiento cordial, en la medida en que pueda existir algo parecido a la cordialidad entre personas de civilizaciones y mentalidades tan distintas.

Parto en *dandie* entre una bruma que acaba transformándose en lluvia, con el impermeable abrochado de arriba abajo y la capucha puesta. Sin guantes y sin sombrero, con velo, como si fuera a ver al papa de Roma, aunque este velo es de color salmón claro en vez de negro. En la corte lamaista han preferido verme con mi túnica color de aurora que vestida a la europea, para desanimar a las *ladies*, que podrían invocar este recibimiento para forzar la puerta del Gran Lama, y para mostrar simbólicamente que a mí se me admitía en calidad de europea excepcional. Mis cuatro portejadores me levantan y me llevan por caminos enfangados. Anoche llovió a cántaros. Cruzamos el «bazar», la gente sale al umbral de la puerta para verme pasar. En un recodo del camino han construido un pequeño refugio del más puro estilo mongol, pintado en azul, amarillo y rojo vivo, bajo el que reposa, melancólico, un pequeño busto de la difunta reina Victoria. La inscripción del pedestal dice que fue *a true woman* (una mujer de verdad). ¡Fantástico! Luego volvemos a salir al campo anegado y pienso en Bélgica durante el invierno. Mi padre y yo íbamos a Uccle, donde él se quedó para siempre, por caminos parecidos a éste. ¡Pobre, le hubiera gustado escuchar el relato de estas aventuras! Me quería tan poco como mi madre, era egoísta, igual que ella, y no destacaba por sus sentimientos afectuosos, pero era inteligente. Él también era cerebral, y si yo soy «algo», las largas charlas que mantuve de pequeña con él, en los caminos por los que me llevaba a pasear, contribuyeron en gran medida a que lo haya conseguido. Conforme envejezco lo comprendo mejor; analizarme a mí misma, tan parecida a mi padre en infinidad de cosas, me acerca con simpatía a él... y quisiera que apareciese de pronto tras un recodo del camino y poder abrazarlo, abrazar a ese padre que me hizo totalmente de su sangre, sin que mi madre me diera nada de ella.

Todo este flujo de recuerdos porque ha llovido y la tierra marrón y la bruma flotante me han hecho pensar en Bélgica... Pero a lo largo del camino se alzan altas matas de bambú, nos cruzamos con carros tirados por fuertes cebúes de abundante pelaje, con jinetes que llevan ropas tibetanas y coleta... ¡Estamos lejos de Bruselas!

No nos acercamos a la morada pontifical en vehículo; los porteadores me depositan donde empieza una especie de avenida jalonada de largas pértigas con banderolas. Ya no llueve. Dos agentes de la policía urbana montan guardia delante de la casa. ¡Una pobre guardia de honor! En cuanto a la casa, es un edificio de un piso, no muy grande, pintado de diferentes colores y de aspecto pulcro..., una casa de campo. Mi llegada suscita una gran curiosidad. Un montón de ojos negros rasgados me miran. En el umbral me espera un chambelán: saludos. El chambelán en cuestión va un poco mugriento.

El interior de la vivienda, sin embargo, parece limpio. También parece pobre y desnudo. Paso a la sala de espera, que debe de utilizarse asimismo, en ocasiones, para celebrar audiencias, pues hay una especie de trono pintarrajeados que recuerda una tribuna de feria; detrás, extendida sobre la pared, una cretona de dibujo y color inenarrables... Dos japoneses tienen audiencia y, como se ha acordado que no permanecerán mucho tiempo, pasan antes que yo. Efectivamente, son despachados con presteza. Subimos al piso superior. Laden La abre una puerta y de pronto me encuentro ante el Gran Manitú. Es todo tan brusco (me esperaba una antesala) que por un instante dudo si debo hacer la reverencia ante el personaje que está sentado en una silla corriente junto a la ventana. Pero como he visto su retrato, lo reconozco y lo saludo. Me entregan entonces el famoso chal que impone el protocolo y me acerco para presentárselo al dalai-lama. Una especie de ministro o chambelán larguirucho y desgarbado se apresura a quitármelo. ¡He olvidado la bendición!... Laden La me susurra, nervioso: «¿Es que no quiere que la bendiga?» Intuyo que ofendería a mis anfitriones si dijera qué me da igual, así que me inclino, porque el dalai-lama está sentado y no es alto, y éste deja caer —con bastante fuerza, por cierto— la mano sobre mi cabeza.

A continuación comenzamos o, más bien, él comienza a hablar. Naturalmente, me hace la consabida pregunta: ¿Desde cuándo soy budista y cómo me convertí al budismo? Pero a su mente de tibetano le resulta difícil comprender que uno se pueda hacer budista en las aulas de una universidad europea, estudiando la filosofía oriental. El hecho de que no haya tenido un guru, un instructor, lo supera. También me doy cuenta, por lo que dice, de que no conoce muy bien la escuela del sur. Lo confundo al decirle: «Cuando me adhiri a los principios del budismo, no conocía a ningún budista y seguramente yo era la única budista que había en París.» Con todo, se ríe y me dice que, efectivamente, ésa es una excelente razón para haber prescindido de instructor.

Charlamos de distintas cosas. Parece de natural bastante alegre. No es un imbécil, por supuesto, pero tampoco es un intelectual a

nuestro estilo. Su chambelán o ministro, el grandullón, que parlotea sin parar, parece de mente mucho más despierta. Salta a la vista que está ensoberbecido por su grandeza, tanto más cuanto que los chinos han reducido esa grandeza a poca cosa. En un momento dado, digo que en Occidente se valora muy poco el budismo del norte y, en especial, el budismo del Tíbet, probablemente porque no se acaba de comprender, y que se me ocurrió dirigirme al jefe del budismo del norte para obtener de él, que es una autoridad en la materia, algunas aclaraciones sobre las teorías de la escuela tibetana. Digo «jefe del budismo del norte» por deferencia, pues en realidad es sólo jefe de la Iglesia lamaista. Sin embargo, él se apresura a replicar: «Puesto que se ha dirigido a mí como al jefe de los budistas...» En fin, tras haber charlado tres cuartos de hora, llegamos a la solución siguiente, que para mí es idónea. Yo preparo unas preguntas, las traducen al tibetano, se las pasan y él las responde. Voy a disponer de unos documentos de un gran valor desde el punto de vista de los estudios orientalistas. No esperaba conseguir tanto.*

Me despido: reverencia. Es igual que en la corte: hay que retirarse andando hacia atrás, sin dar la espalda. En el internado nos lo enseñaban y yo lo practiqué con la difunta reina de los Belgas. Por lo demás, no hay peligro de tropezar, ya que los muebles son inexistentes. Tan sólo dos relojes de pared, hechos de madera, destacan sobre la chimenea. He iniciado el movimiento; el entrenamiento me permite realizarlo sin titubear, y una vez en la puerta hago la última reverencia protocolaria en las cortes de Occidente. Después bajamos. El personal me mira con respeto y estupefacción por haber estado tanto rato hablando con la encarnación de Chenresi. En cuanto a mí, pienso... que todo esto se convertirá en un artículo precioso para el *Mercure*.

Al regresar a mi bungalow veo al pequeño y amable maharaja Kumar. Él es mucho más inteligente y está deseoso de hacer algo útil en su minúsculo estado. ¡Pobre príncipe heredero con las alas cortadas!... Ha estado en París y en Pekín. Ha visto todos los países de Europa. Ha estudiado en una universidad inglesa y, por más que lleve un traje del mismo corte y el mismo color que el «papa» de Lhassa, su mentalidad es muy distinta y podemos hablar casi como amigos. «¡Ah, si yo fuera el dalai-lama! —me dice—. ¡Si yo tuviera poder para reformar el budismo!» Y yo le respondo, riendo: «Si usted fuera el dalai-lama, no pensaría como piensa ni habría viajado, visto y estudiado como lo ha hecho, y sería como es él.» [...]

* Estos documentos se conservan en los Archivos de la ciudad de Digne.

Pedong, 20 de abril de 1912

De momento estoy instalada en el bungalow de las obras públicas, en lo alto de una pequeña colina rodeada de altas montañas. Salí de Kalimpong esta mañana y llegué aquí poco antes de las tres de la tarde; unas cinco horas y media de marcha o, para ser más exactos, de equitación, aunque han pasado bastante deprisa y no me encuentro nada cansada. [...]

Tengo un compañero para estos tres días de viaje de Kalimpong a Gangtok. El maharaja me ha dejado al director de la escuela de Gangtok y hemos partidos juntos. Es bastante erudito en cuestiones tibetanas, ha traducido varias obras y su compañía me resulta instructiva. Quizás en Gangtok pueda preparar con él un artículo sobre Padma Sambhava para los *Anales del museo Guimet*. Siempre he deseado escribir algo acerca de ese extraño personaje.

No cruzaré la frontera que marca el límite del dominio británico. No es que el representante político se haya negado en redondo a concederme permiso para hacerlo, pero me ha dicho que no le hacía gracia dármelo, que tenía que pensarlo y que no creía que su decisión pudiera ser afirmativa. Estos últimos días se han producido enfrentamientos en la zona de Gyangtse. Kalimpong está lleno de soldados chinos que han sido derrotados por los tibetanos y obligados a retroceder hasta territorio inglés, y al parecer hay muchos más en camino. Hasta cierto punto comprendo que el representante oficial de Inglaterra no quiera asumir la responsabilidad de dejar que una europea se vea envuelta en alguna pelea. Partir sin permiso es imposible. Antes de haber recorrido dos millas, unos jinetes me darian alcance y me conducirían de vuelta sin brusquedad pero con firmeza. Esta mañana he pasado por el punto donde la carretera se bifurca en dos: la que lleva al Tibet y la que lleva a Sikkim. En este caso, «carretera» significa un camino no transitable, una pista de décima categoría... Era una de las grandes vías de Lhassa en la India. Un poste con dos brazos indicaba en un lado Jalapuri, primera etapa hacia el Tibet, y en el otro Pedong, primera etapa hacia Gangtok, la capital, y pasada ésta hacia otras localidades que llegan hasta el pie de montañas de 8.000 metros de altitud. Este último camino es el que yo he tomado. Sin embargo, de Gangtok parte otra carretera que va a Yang-tse y enlaza con la que he cruzado en un puerto situado a una altura un poco superior a la del Mont Blanc. Tengo previsto, si el tiempo es favorable, subir hasta allí en tres días e ir a visitar algunos pueblos al otro lado de la frontera, cosa que me permitirán si prometo no alejarme a más de un día, o quizás dos, de marcha.

¿Qué quieres que te diga, querido? Estoy haciendo una de esas

cosas que, cuando se tiene mi edad,* uno no espera volver a hacer nunca, una cosa que sin duda será única en mi vida. Si alguna vez mis libros llegan a reportarme algún beneficio, es posible que coja el barco rumbo a Calcuta o el tren en dirección a Pekín. Eso se puede hacer a los sesenta años, ¡pero caminatas como ésta...! Debo bendecir a las deidades propicias y a tí con ellas, mi querido Mouchy, por todas las horas de alegría que tales recuerdos me harán pasar en la vejez. Las saboreo por adelantado. Tenía seis años cuando, leyendo apasionadamente a Julio Verne, nacieron mis primeros deseos de viajar. Querido Mouchy, cuánto te quiero por haber sido una inteligente circunstancia que favorece afectuosamente mi deseo, y cuánto mérito tienes por hacerlo. Pienso a menudo en todo lo que te contaré cuando estemos juntos. [...]

Pakyong, 21 de abril de 1912

¡Qué día, querido! He salido de Pedong esta mañana a las ocho menos cuarto para llegar aquí a las cuatro pasadas, y, aparte de un alto que han hecho mis sirvientes para tomar té, hemos estado todo el tiempo andando. Sí, andando, porque, como la pendiente resultaba realmente peligrosa, hemos tenido que bajar del caballo varias veces. El valle del segundo río, el Rishikola, es muy hermoso; iba a decir risueño, pero en el Himalaya la naturaleza siempre es grave. Después de los innumerables resbalones de mi pobre montura, fue un auténtico placer seguir durante un rato el valle por un camino llano y herboso. Podíamos avanzar un poco deprisa y era encantador..., pero también fue breve, pues el ascenso entre las piedras resbaladizas y rodantes no tardó en empezar. Con todo, subir es más fácil que bajar, y mi valiente montura me ha subido las seis millas de la última escalada con verdadera energía. Jamás la había visto demostrar tanto valor. Este último ascenso es muy pintoresco, se pasa justo por debajo de unas cascadas que rebotan en el estrecho sendero y hacen un ruido atronador. Mi «maestro de escuela» me cuenta la infancia y algunos episodios de la vida de su poeta favorito, Milarepa. Y todo es lo más milagroso, maravilloso y prodigioso que se pueda imaginar. Otras muchas historias se devanan, como la del hombre ingenuo a quien un brujo, traicioneramente, promete que obtendrá la salvación en una sola vida si hace un rosario con mil dedos corazones de la mano derecha, y el muy imbécil dedica todas sus energías a atacar a mil individuos para cortarles un dedo, la mayoría de las veces después de matarlos para actuar con más

* A. David-Néel nació el 24 de octubre de 1868 y, por lo tanto, en esos momentos tenía 44 años. Hasta 1924, a los cincuenta y seis años, no conseguirá llegar a Lhasa, capital del Tibet.

comodidad. De esta forma consigue reunir 999 dedos, sólo le falta uno, y el siguiente viajero que se cruza en su camino es Buda. El desenlace se adivina: ¡es vencido, convertido, iluminado, deplora su locura y se convierte en un santo!... Después la del matarife que ha sacrificado a cientos de corderos y que, un día, cuando se dispone a matar al último del lote de la jornada, ve que el animal intenta empujar, con las patas atadas, el cuchillo depositado en el suelo y esconderlo bajo un montoncito de arena, mientras las lágrimas brotan de sus ojos; y aquello impresiona al matarife profesional, que comprende que el animal es un ser sensible y pensante. Naturalmente, el cordero se salva y el hombre, horrorizado por su profesión y ante la imposibilidad de dejarla, prefiere el suicidio y se arroja desde lo alto de un peñasco; pero resulta que, en lugar de caer en el vacío, adquiere uno de los *siddhis* (poderes maravillosos) y flota en el aire. Un cremita que ha trabajado durante años para adquirir ese poder, muestra su desconcierto ante la injusticia de la suerte que concede semejante *siddhi* a un hombre como el matarife. Moraleja: es preferible un sólo pensamiento de compasión por los seres a toda la ciencia. Se trata de una enseñanza muy «budista de la escuela del norte». El sur es más intelectual y no aprecia mucho las historias sentimentales. Pero lo divertido del caso, y digno de destacar, es que ese sur, adusto y racional, generalmente prescinde de alimentarse con animales para no causar sufrimiento e incluso nos exhorta a ser moderados en la forma de tratar a los vegetales, aconsejando destruirlos sólo en caso de absoluta necesidad, mientras que el norte sentimental, con sus enternecedoras historias de corderos llorosos, consume carne y pescado en abundancia.

Gangtok, 22 de abril de 1912

Llegada sensacional a la capital de Sikkim, querido. Salí de Pak-yong esta mañana, tras haber echado al correo una carta para ti. El cielo estaba encapotado, pero no ha tardado en aclararse y la mañana ha sido deliciosa. La carretera también. Discurre casi todo el tiempo entre bosques; se cruzan cuatro hermosos torrentes, uno de los cuales tiene una pintoresca cascada. Esos bosques están llenos de sanguisueñas; mi caballo tiene las patas ensangrentadas a pesar de que el *sais* se ocupa de examinarlo de vez en cuando. El *sais* también me arranca a mí del cuello uno de esos bichos, que empezaba a agarrarse. Las piedras están muy húmedas y creo que mi caballo tiene malas herraduras, porque no hace más que resbalar. Continúo en espera de que suceda alguna catástrofe. Y de pronto, pataplam, se desploma tan bruscamente que casi me doy de narices contra su cuello; pero se incorpora con la misma rapidez y recupero el equilibrio. Comprendo por qué todas las mujeres montan aquí a horcajadas y por qué todo el

mundo me dijo en Darjeeling que utilizara una silla de hombre. Te sientes infinitamente más segura. [...]

23 de abril de 1912. Como decía, durante tres cuartas partes del camino el trayecto fue muy agradable. Cabe destacar que vimos un soberbio yac conducido por dos hombres medio desnudos, que bajaba un repecho al paso fogoso de un animal de épocas prehistóricas. Les pedimos a los hombres que apartaran al yac porque no había sitio para nosotros y aquel turbulento animal en el estrecho sendero, y el pobre yac fue arrastrado hasta el borde de la pendiente. El director de escuela me dijo que ese yac estaba haciendo su último viaje, que iba a ser ofrecido en sacrificio a una deidad local o familiar. Algunas exigen uno o varios yacs al año, y esos pobres bobalicones van al norte del país, donde hay rebaños de yacs, compran uno y lo degüellan ante su ídolo. De todas formas, no es un sacrificio inútil, porque después se lo comen. Este encuentro en medio del bosque, el bello animal de abundante pelaje y largos cuernos acerados, los dos hombres de piel oscura..., todo ello evocaba épocas remotas: la Galia de los tiempos de los druidas o la Germania de los hunos.

Y ahora, el drama... El drama en cuestión es la tormenta que estalla por todas partes, arriba y abajo, relámpagos bajo los pies y sobre la cabeza, lluvia..., ¡y menuda lluvia! En fin, no es para tanto, tengo un buen impermeable y mi sombrero es lo bastante grande como para servir de paraguas. Avanzamos en dirección a Gangtok sin preocuparnos demasiado de las contingencias, pero cuando llegamos a las faldas de la colina sobre la que se encuentra la capital de Sikkim, aquello ya no es llover, es algo que yo jamás había visto; llegamos arriba, y allí la ventolera es tal que junto con la lluvia recibimos todo lo que la tromba arrastra, ramas de árboles y objetos arrancados. Por un instante creo que mi pobre pony y yo vamos a ser barridos con todo lo demás. No se ve nada, estamos sin aliento, y de repente, para rematarlos, empieza a caer una fuerte granizada, unos trozos de hielo del tamaño de avellanas que nos acrillan. El sombrero, que sujetó con una mano, me protege la cara, pero mi pobre mano, afortunadamente enguantada, recibe violentos impactos. En cuanto al caballo, no lleva sombrero y está cada vez más asustado. Lo controlo como puedo, y realmente demuestro cierta valentía en esta circunstancia crítica, con aquel precipicio de al menos trescientos metros a mi derecha. ¿Dónde está mi nerviosismo de antaño?, me pregunto. ¿Es el deterioro o la sensatez lo que apacigua mis nervios? Me hago la pregunta en plena tormenta, pero sin encontrar respuesta. La tormenta arma tal estruendo que apenas oigo lo que mi compañero me dice a gritos: «¡El bungalow está ahí!» Trato de dirigir a mi montura hacia una vivienda que

vislumbro, pero para llegar hasta ella hay que dar media vuelta y plantar cara al granizo. El pobre animal gruñe, relincha de dolor y de miedo. El *sais*, que también logra tenerse en pie a costa de muchos esfuerzos, se precipita para agarrar la brida, pero el viento nos empuja y nos estampa a los tres contra un cobertizo, yo todavía a lomos del pony, pues se debate tanto que me es imposible desmontar. El director de escuela aparece con un paraguas que no me explico cómo ha podido abrir, me agarra, no sin clavarme las varillas del susodicho paraguas en el pelo, y me baja de la montura mientras el *sais* la sujetaba por la cabeza. A través del granizo distingo, enfrente, bajo un porche, a una dama que me grita: «Come in, come in.» Encorvados, agarrados uno a otro, el pobre maestro de escuela y yo logramos cruzar el pequeño espacio que nos separa de ese refugio y, en un instante, me veo despojada de mi *waterproof* chorreante y conducida ante una acogedora chimenea por la amable persona que me dice: «Usted es la dama francesa que esperamos, ¿verdad?» En efecto, soy la persona esperada; mi anfitrión es la mujer de un capitán inglés. Me preparan té y me invitan a cenar esa noche para que no tenga que preocuparme de cuestiones domésticas después de las emociones de esa llegada teatral. Una vez más, constato la amabilidad de los ingleses.

Por un instante temí haber cogido frío en el transcurso de la aventura; me sentía un poco febril y derrengada. Hice encender un gran fuego en mi habitación y por la noche metí una bolsa de agua caliente en la cama. Soñé que el dalai-lama iba vestido de negro, al estilo europeo, y que me daba la bendición. Tal vez fuera eso lo que ejerció un beneficioso efecto; el caso es que no estoy resfriada y que la aventura no tendrá ninguna consecuencia enojosa. El bungalow de Gangtok es feo y nada cómodo. [...]

26 de abril de 1912. Ayer estuve tomando el té con el pequeño maharaja, quien, pensando en mí, había hecho llamar a un miembro del Consejo de Estado de su padre, un lama muy sabio o, al menos, con fama de serlo. El joven heredero de este trono, más pueril que el de Túnez, tiene su casa particular, de un estilo en el que se mezclan elementos del *cottage* inglés y de la casa china. Podría ser espantoso, pero algo indefinible ha salvado esa mezcla incoherente de la fealdad y lo grotesco. El conjunto resulta curioso y simpático. Alrededor hay un jardín admirablemente cuidado y lleno de rosales, cada uno de los cuales está protegido del granizo, frecuente en esta estación, por una pequeña techumbre de pleita. No es un palacio, ni siquiera una villa sumptuosa. Podría ser la *parva sed apta*, la morada de un epicúreo medianamente acomodado, pero no es más que la de un pequeño príncipe amarillo, la jaula donde su mente trabaja bajo los ropajes de broca-

do de China, donde intenta «hacer algo», revolotear un poco como un pajarillo atado con un hilo. Ello tiñe un tanto de melancolía el jardín de rosas, y los monstruos chinos de las puertas y las ventanas gesticulan con un aire forzado.

Yo miro todo eso y no veo a mi anfitrión, que ha avanzado a mi encuentro bajo el porche. Me vuelvo al oír su voz. Aquí no se guarda la etiqueta de la corte del dalai-lama. El joven príncipe ha sido educado en Europa. Escribo «Alteza» en el encabezamiento de las cartas que le dirijo porque tiene derecho al título, pero nos sentamos en el mismo sofá y él siempre se hace a un lado para dejarme pasar.

El interior de la vivienda es de una elegancia discreta y de buen gusto. El mobiliario es europeo, pero hay tantos objetos de arte y adornos orientales que se nota que el instinto ancestral no ha desaparecido. De sus viajes a Japón y la China, el maharaja ha traído maravillas. En el centro de la chimenea veo una capilla encristalada con un Buda de marfil que me encantaría tener en nuestra casa. Al lado, otras capillas con *bodhisattvas* maravillosos. Es exquisito el arte japonés.

El lama, pese a ser miembro del Consejo privado, no puede sentarse en presencia de su príncipe. Permanece de pie tras un sillón, alto, con el aspecto de esos genios que se ven pintados en las paredes de las pagodas, con su traje tibetano granate oscuro. El pequeño príncipe se aturulla un poco ejerciendo de intérprete, pues yo hago preguntas un tanto arduas y complicadas. También confunde en sus explicaciones los términos ingleses, utilizándolos en una acepción totalmente distinta de la que tienen en realidad. Se me ocurre que un misionero cristiano recién desembarcado en Asia, se frotaría las manos al ver cuánto se parece su religión al cristianismo. Pero yo no me dejo engañar: «¿Qué quiere decir cuando dice «Dios»?» La respuesta no se hace esperar: «Un *bodhisattva*.» «¿A qué llama usted «alma»?» «Al instinto íntimo que no es ni el espíritu ni la inteligencia.»

Me siento muy dichosa porque estos dos adeptos de la Secta Roja confirman a su vez lo que adelanté en mi libro: «El nirvana es la supresión de la idea de la personalidad diferenciada, separada y permanente.» Creo que he sido la primera en escribir esto en Europa; nadie había descubierto esta doctrina que, sin embargo, está tan clara en el budismo. Oldenberg me elogió por mi hallazgo. Mi último libro provocó no pocos comentarios en la prensa, y la cólera que manifestaron los clérigos demuestra que la obra no les parece algo nimio, un librito intrascendente. En este momento, mi buen amigo, estás haciendo un verdadero sacrificio. No será en balde, puedes estar seguro. Evidentemente, habrías preferido otro tipo de compañera, pero, bien mirado, entre las coquetas, las tontas y demás variantes que componen el grue-

so de las esposas, no has salido tan mal parado. Además, ¿sabes una cosa, Mouchy?, te quiero mucho por lo que haces. [...]

Gangtok, 1 de mayo de 1912

Estoy exultante porque esta mañana, cuando he ido a casa del joven maharaja, éste me ha dicho: «Hoy hay luna llena y es el día en que se celebra la conquista de la *bodhi* por parte de Buda y su *parinirvana*. Deseo regalarle un antiquísimo kakemono del Tibet; ni siquiera yo poseo uno tan antiguo.» Y me ha dado un estandarte muy antiguo, una auténtica pieza de museo que representa a Buda en el trono, según la concepción tibetana. Es realmente un objeto de valor para los amantes de esta clase de arte de Extremo Oriente. Hemos permanecido un buen rato en su oratorio, de donde me ha prometido retirar las deidades simbólicas de rostros multicolores. Esta pequeña «encarnación» sería un buen alumno, y somos excelentes amigos. Su casa está limpia, tan pulcra como una casa japonesa. Él mismo ha diseñado los famosos monstruos del porche y los que rodean el altar de su oratorio. Todo ello, de una concepción puramente china. [...]

Tuve una visita inesperada. Anteayer me trajeron la tarjeta de visita de un reverendo inglés. Dije que lo hicieran pasar y empezó diciéndome que se había enterado de que yo estudiaba el lamaísmo y que él también lo hacía, que sabía tibetano y que era misionero en Lachum y miembro de una sociedad misionera sueca. Ya sabes lo que son las charlas protestantes cuando se empieza a hablar de religión. Nos despedimos amigablemente y me preguntó si podía regresar al día siguiente antes de marcharse. [...]

Pasado mañana parto por la carretera del Tibet para acampar el primer día a más de tres mil metros de altitud, el segundo a cuatro mil quinientos y el tercero un poco más arriba. Llevo pocos porteadores y poco equipaje; dicen que, en algunos trechos, el camino es difícil. ¿Qué encontraré ahí arriba? ¿Nieve, tormentas, granizo?... Lo veremos cuando estemos allí. En principio, la excursión durará ocho días. De cualquier modo, querido, ¡qué pequeño es el Bou Kourmine!...

2 de mayo de 1912. Imposible no añadir algo: ¡menudo follón! Cuando estaba preparando mi marcha, me enteré de que los periódicos de Calcuta, que se ocupan mucho de mí..., demasiado, han publicado estupideces acerca de mi visita al dalai-lama. He tenido que escribir, rectificar, producir un texto periodístico en inglés..., ¡imagine! Finalmente, empiezo a redactar de forma comprensible. Pero con todo esto ya pasa de medianoche y tengo que partir a la siete de la mañana. Estoy un poco derrengada. [...]

Karponang, 4 de mayo de 1912

Mi viaje empieza con un contratiempo. Ayer, después de cinco horas de marcha a través de la montaña, por un sendero encantador pero estrecho y *precipitous*, como dicen los ingleses, llego al bungalow mucho antes que los porteadores, pues he hecho trotar a mi caballo un poco deprisa para evitar la amenazadora lluvia, que empieza a caer en tromba, acompañada de un fuerte granizo, en cuanto entro en el refugio. Aproximadamente una hora y media después, los sirvientes llegan empapados y, con ellos, otros indígenas. Mi *boy* me trae una carta del «ingeniero». ¿Qué ingeniero? No hay ningún ingeniero en este rincón solitario y montañoso, y si hubiera alguno de paso, estaría conmigo en el bungalow, único refugio de la región. Al leer la carta comprendo que debía haberme sido entregada en Gangtok y que, como había llegado demasiado tarde, me seguía. El ingeniero me anuncia que había cortes en la carretera y que un equipo se dirigía hacia allí para repararla, pero que me informaba a fin de que pudiera, si quería, cambiar mi programa e invertir el orden de las excursiones. Evidentemente, habría podido ir a Lachen, pero la noticia me llegaba cuando ya estaba en camino... No tenía ninguna ganas de retroceder, porque suponía volver a hacer la etapa o renunciar a subir a los pasos de Nathu-la, cosa que ni me pasa por las mientes. Así pues, la única solución era esperar aquí, y eso es lo que estoy haciendo. Me encuentro en una gran vía de comunicación, una de las grandes arterias que unen la India con el Tibet, aunque esta gran vía es un simple sendero de montaña habilitado al estilo chino, lo que significa que cortan de la pared de la montaña fragmentos de roca y los incrustan sólo en los lugares más expuestos a los barrancos. Hay barrancos grandes, pequeños, redondeados y puntiagudos..., pero los puntiagudos son los que más abundan. Algunos trechos del camino parecen haber sido preparados para infligir un suplicio de bárbaros. Nadie tiene ni idea de lo que es caminar manteniendo el equilibrio sobre el filo agudo de esas piedras. ¿Cómo se las arreglan los caballos? Para mí sigue siendo un misterio...

Bien, pues estoy bloqueada. El bungalow es una barraca de tablas. En mi «dormitorio» se puede pasar el dedo entre las junturas de las tablas. No comprendo que en un país donde no hay más que agacharse para coger la piedra no hayan construido una casa más sólida. Claro que el número anual de visitantes es escaso, así que ya es mucho no verse obligado a llevar una tienda. Mi pequeño *boy* no había podido seguirme y yo había llegado titirando. Afortunadamente había un gran fuego, pero aun así he dormido bastante mal debido al frío. También la lluvia, que armaba un tremendo estrépito, me ha tenido en vela..., y seguramente el efecto de la altitud (algo así como tres mil

doscientos metros) también ha influido un poco. Por la noche, un animal ha estado olfateando en la puerta y ha aullado mientras daba vueltas alrededor de la barraca; por el grito, creo que era un chacal. He recordado el libro de Anatole France *Thaïs*, el episodio de los chacales merodeando alrededor de la cabaña de Paphnuce, unos chacales que eran demonios. En todas las leyendas de solitarios y ermitas hay historias de chacales, y, arrebatada bajo las mantas, he sonreído al pensar que tal vez el «Maligno» también da vueltas alrededor de mis sueños nirvánicos. ¡Qué pintoresco es todo esto! ¡Y qué apartado está! La choza es espantosa y vulgar como la de un capataz en medio de una cantera, eso es indiscutible, pero sobre la tabla ennegrecida por el humo que sirve de mesita hay una minúscula lámpara de altar de esas que arden ante los *bodhisattvas* y como la que yo tengo sobre mi mesita de noche, y en el aire flota el perfume especial de las varitas aromatizadas de violeta, fabricadas en Gyantse, tan distinto del de las de la India o Japón. Y eso borra todo rastro de capataces y canteras. Genios susurrantes se desplazan sobre una nube que entra por la ventana, todas las extrañas criaturas de las leyendas himalayas te rodean, hay colores singulares en las montañas, los árboles cubiertos con ropajes musgosos hacen gestos extraños, estás en el umbral de «algo» atrayente y vertiginoso como los abismos que bordean los senderos que seguimos. [...]

9 de mayo de 1912. Los planes se han ido al traste... ¡Changu y su lago Na-thu-la! Todo eso sigue allá arriba y me saca la lengua. Salí el día 6 de Karponang en dirección a Changu porque, según me dijeron, la carretera estaba limpia, y a dos millas de Changu me di de narices con una capa de nieve de la altura de un hombre que cubría el camino. Hubo que volver a bajar a Karponang. Lamento no haber encontrado la vía libre, pero, pese a haber fracasado en mi intento de pasar, no me arrepiento de haber subido por ese camino. Me sería imposible describir la impresión que produce esa naturaleza salvaje. He viajado bastante, pero nunca he visto nada similar a los paisajes de estas regiones elevadas. Destaca sobre todo un puerto, en medio del cual brota un ancho torrente poblado por completo de árboles muertos; todos esos árboles están rotos, tienen las ramas arrancadas, están decapitados, partidos en dos, y los trozos yacen allí mismo. Es una escena de carnicería muda, un campo de batalla entre seres de otro reino; el efecto es extraordinario. Y todo está iluminado por la extraña luz himalaya, única y sobrecogedora los días de sol. Todo está brumoso, sombrío, y paradójicamente una luminosidad blanca envuelve las cosas, la oscuridad irradia misteriosamente de una claridad que no es ni solar ni lunar, que no parece descender del cielo sino emanar de los propios obje-

tos o, más bien, de algo que hay en ellos, detrás de su forma material. ¡Qué país!

[...] Voy a subir por otro camino, más largo pero despejado de principio a fin. Pero antes iré a Lachun.

Voy a hacer un pequeño trabajo para el museo Guimet. Desgraciadamente, aquí no hay eruditos o, si los hay, no saben inglés. Me habría gustado enviar al *Mercure* una selección de poesías de Milarepa, acompañada de una biografía del célebre santo, asceta y poeta tibetano a modo de introducción. Habría sido encantador; pero la única persona que tengo a mano para traducirme algo está enferma y, además, es muy perezosa.

Quién hubiera dicho, queridísimo Mouchy, que mi prosa inglesa iba a llenar las columnas de los grandes diarios de Calcuta. A mí misma me parece un hecho extravagante. El *Indian Mirror* ha publicado una de las conferencias que he dado, y el *Statesman*, mi réplica a la información errónea según la cual me había «prosternado» ante el dalailama. Aproveché la ocasión para explicar algunos puntos relativos al budismo, y como las dos cosas aparecieron con pocos días de intervalo, además de que la conferencia publicada la había dado ante hindúes vedantistas y en ella había hablado sobre textos de los Upanisad, el conjunto dará una impresión de gran erudición. [...]

¡Sí, el viaje se prolonga! Y no creas, mi buen amigo, que se debe a que siento indiferencia hacia ti, a que encuentro poco placer en nuestro hogar. No, en absoluto..., pero algo me empuja..., algo en lo que interviene la fuerza de mis deseos concentrados, acumulados durante tantos años. Vivo horas que sé que jamás volveré a vivir, horas en las que el estudio es algo muy distinto de la lectura de textos muertos, es algo vivo, absorbente, infinitamente embriagador. La gente no piensa muy a menudo en la vejez, no saben prepararla para que sea, si no feliz, al menos posible, para reservarle un poco de sol, un poco de alegría, y se sumen en la desesperación o el embrutecimiento, la decrepitud física. Yo veo la imagen de mi madre. ¡Que los dioses allegados y amigos me preserven de tal fin! Si tengo que envejecer, ambiciono la vejez laboriosa de un Elisée Reclus y de tantos otros que conservaron la lucidez hasta el final. Sí, con todo lo que estoy cosechando ahora construiré un refugio para mis últimos años. Serán libros, estudios... Un poco de sabiduría tomada de aquí y de allá. Estoy hablando de vejez y, querido, vas a reírte de mí..., rejuvenezco. Sí, realmente hay días en los que no me reconozco en el espejo. Años, muchísimos años han desaparecido de mis facciones. He adelgazado un poco, no en exceso, y en mis ojos brilla toda la claridad del Himalaya. Creo que es un efecto de la altitud, del aire purísimo que respiro. Temo un envejecimiento súbito cuando regrese a la atmósfera de baño turco de la llanura gangeática. [...]

[...] Vuelvo a estar, si no por las carreteras, al menos por los senderos. Dejé Gangtok hace tres días en dirección al norte de Sikkim. El primer tramo fue un descenso; dormimos a 600 metros de altitud. Ahora me da la impresión de que esto está en el sótano. ¡Había que bajar unos 1.100 metros, y por unos caminos pedregosos y tremenda-mente empinados! Recorri a pie ocho millas de las trece de la etapa, con un calor que iba en aumento a medida que bajábamos, y la acabé un poco cansada. El paisaje es maravilloso, totalmente distinto de lo que he visto hasta ahora. Seguimos valles encerrados entre montañas gigantescas, la jungla ha recuperado un carácter tropical, de los árboles cuelgan orquídeas, begonias de todas las especies, las enormes lianas dan la impresión de estar en un invernadero descomunal un día de exposición hortícola. ¡Y qué proporciones tiene la exposición! Al cruzar un torrente veo una montaña gigantesca, como mínimo dos veces más grande que el Bou Kournine, cuya escarpada ladera está cubierta hasta la cima de bananos silvestres. La etapa finaliza en Dikshu: un bungalow a orillas de un río que fluye con estrépito entre las rocas. En este angosto desfiladero, con esas altas montañas escarpadas a ambos lados, estamos como al fondo de un precipicio. Poco después de mi llegada cae la noche, calurosa y plomiza, una auténtica noche de los trópicos que me recuerda a Ceilán: 28° en mi dormitorio. Fuera reina una oscuridad total, salpicada por los vivos fuegos de artificio de las moscas luminosas que revolotean a miríadas entre el denso follaje de la jungla circundante. El guarda (*chowkidar*, en la lengua del país) me trae dos soberbias hortensias azules para decorar la mesa, me sirven la cena y como una bazofia que haría llorar a Sophie. A continuación paseo un poco por el sendero y enseguida me voy a la cama. Mis sirvientes duermen ante la puerta, bajo el porche. Les pido que guarden silencio, porque los nativos son muy parlanchines y quiero dormir. Son obedientes, y también están cansados, me parece, pero las mulas, que siguen llevando los cascabeles, se agitan y los hacen tintinear; no duermo, sueño despierta, un poco febril. El cansancio, la sorpresa por el paso repentino a este calor plomizo, y también la imprudencia. Por la tarde, sofocada y con los pies doloridos de andar sobre las piedras, llego al borde de un torrente. El joven *boy*, el *sáis*, el *poni*, todos se precipitan, beben, se lavan..., ¡qué placer! Y yo también me lavo y bebo. ¡Oh, muy poco! Me he acostumbrado a no beber ni comer durante los trayectos; es un viejo y excelente hábito que le debo a mi padre. Hay tanta vegetación apetitosa alrededor... El *sáis*, que quiere mucho a su animal, corta un poco con su cuchillo-sable y mi *poni* se deleita. Hace fresco, el sitio es encantador, estamos cansados... Me siento en una gran roca en medio del agua. Uno se dormiría de buena

gana, pero incluso sin dormirse llegan los sueños —los sueños alados, como decían los griegos—, y de las profundidades verdes de la jungla vienen unos genios, miran a través de las ramas, te espían entre los bambúes... las deidades locales... Me sacudo un poco. Yo conozco a esos genios, se llaman fiebre. No podemos sentarnos en medio de un torrente, en una garganta del bosque; con la experiencia que tengo de los países cálidos, sería una idiotez. Pero ese adormecimiento que te invade, esas semivisiones que pasan son un delicia. Me digo: esta noche tendré calentura, pero me dirijo hacia parajes elevados y la altura matará los microbios. Y acepto la calentura de la noche para saborear este instante singular. Sin embargo, pienso en el pequeño *boy* que me ha proporcionado el maharaja Kumar. No debo consentir que él, que quizás no ve las náyades y las hamadriadas del lugar, coja fiebre. Y digo: *Let us go*. Con todo, por la noche pago mi deuda. Al día siguiente a mediodía, sin embargo, tras haber tomado una dosis de quinina al despertar y escalado unos cientos de metros, ya ha desaparecido. Maravillosa también, más maravillosa aún, esta segunda etapa. El camino es mucho mejor. Durante el trayecto me encuentro a un chiquillo de pelo revuelto, con dos jirones de tela a guisa de vestimenta y una cara tan graciosa que lo fotografió. Le doy dos rupias (unos 5 céntimos) y le pregunto qué hará con ellas. Él se queda pensativo y responde: «Me compraré ropa.» El *sáis* y el *boy* le hacen hablar. Es muy inteligente; debe de tener seis o siete años. Seguimos desde muy arriba el curso de un río y, salvo que cambiemos de río, continuaremos haciéndolo hasta Lachung. Aquí los paisajes son indescriptibles. Durante estos dos días el aspecto del país ha sido totalmente distinto del de Karponang o Changu, y los dioses locales, benevolentes conmigo, han hecho que el tiempo armonice con el paisaje. Si tuve brumas misteriosas en la región de los abetos y los abedules recubiertos de musgo, un sol deslumbrador envuelve la de las begonias en flor. Y entre esa luz revolotean pájaros rojos, pájaros azules y otros de cola estrambótica, y mariposas maravillosas, algunas de ellas del tamaño de pájaros. Por la noche llegamos a Singhikh: un bungalow en las alturas, en un paraje despejado con un soberbio panorama de montañas que azulean al anochecer y se envuelven lentamente en nubes para dormir. ¡Y todo es grande, desmesurado!... ¡Ah, es comprensible que tantos sabios de la India o del Tibet se hayan retirado aquí para meditar y aprender la lección de sabiduría y serenidad que flota en el aire y que las cimas graves de los montes se dan una a otra en los ocajos azules y los amaneceres rosados. ¿Cómo es posible contemplar de nuevo las ciudades, volver a sentarse junto a mortales ajetreados, inquietos, cuando se han vivido aquí estos momentos elocuentemente silenciosos?

[...] No sé si te he explicado que he conocido a un lama tibeta-

no simpatiquísimo y muy instruido; no sólo instruido, sino inteligente. [...]

Lachung, Sikkim, 23 de mayo de 1912

Mi estancia en Sikkim está tocando a su fin. Como te dije, voy a ir a Lachen. [...] Después de Lachen, subiré a Tango, y desde allí haré una incursión por las regiones nevadas. Este año las nieves son muy tardías. Alrededor de Lachung, a menos de 3.000 metros de altitud, está todo blanco. La localidad de Lachung se encuentra a un poco más de 2.600 metros, y Tango a más de 3.700. Ha venido gente del Tibet por ese camino y dice que está libre. Intentaré escalar hasta una altura de 5.000 metros. Allí hay un punto donde, según afirman, la vista es excepcional. No tengo tienda, lo que supone un gran inconveniente. Si no llueve o nieva en esas elevadas regiones, podremos aventurarnos a pasar una o dos noches al abrigo de una roca, como lo hace la gente del país, encendiendo una gran fogata y provistos de todas las mantas.

Sí, querido, debería haber empezado a hacer estas excursiones diez años antes. Ahora sé que no se repetirán en el futuro. El futuro será una ancianita con gafas, de expresión maliciosa, que conversa con doctos señores viejos, como tú la viste en sueños. No recrimino nada. No me quejo de cómo ha sido mi vida, llena de momentos penosos, momentos de lucha. Hubiera podido ser una comerciante acaudalada o una artista célebre. ¡Bendito sea lo que me ha preservado de los caminos triviales, lo que me ha hecho escalar el Himalaya y ese invisible Himalaya del pensamiento, infinitamente más elevado que el otro! Finalizada esta digresión filosófica, te diré que, tras haber penetrado en el «Reino de las Nieves», volveré a bajar a Lachen para descansar un día o dos en compañía de la misión sueca —¿será tan vegetal como en Lachung?— y tomaré de nuevo la carretera de Gangtok, a seis días de Lachen. Serán las mismas etapas en sentido inverso, el descenso hacia el valle de las begonias en flor, las moscas luminosas de Dikshu y el bungalow de Gangtok, esa casita que ya empieza a parecerme un poco mi hogar. En Gangtok conocí a personas amables y me convertí en un miembro de la comunidad minúscula de europeos. Está el residente y su mujer, su ayudante y su mujer, el capitán de los cipayos y su mujer, el doctor y un teniente, también con sus respectivas mujeres. Éste es todo el clan blanco, pues el ingeniero se ha marchado a Inglaterra. Debo a la cordialidad de estos *officials* toda clase de pequeñas satisfacciones y facilidades, además de una provisión de excelentes *cakes* recién hechos que me trajeron la víspera de mi partida, cuando vinieron a desearme buen viaje. Naturalmente, he tomado el té en todas partes y comido en casa del residente. No puedo evitar pensar que estos ingleses, que tú denigras, son mucho más amables que en nuestro país.

He aprovechado las tardes lluviosas en Lachung para comenzar la segunda parte de la memoria sobre la enseñanza moral que voy a enviar al Congreso de La Haya. Esta memoria podrá constituir la base del opúsculo que confío en publicar en Schleicher sobre la reforma de la enseñanza moral, una cuestión muy a la orden del día y en la cual, en los círculos considerados competentes en la materia, donde dominan personajes como Ferdinand Buisson, Émile Boutroux y otros, han empezado a reconocerme también (¡el mundo es muy singular!) cierta competencia. ¿Recuerdas los periódicos que me citaban como una autoridad en asuntos sionistas? ¡Ah, qué extraño y cómico es todo esto! De cualquier modo, esta segunda parte está quedando bastante bien. La primera, escrita en Túnez, me satisfacía. Uniré las dos mitades y lo enviaré todo al Comité de París. Seguramente el Congreso no contará con informes que le lleguen de «tan arriba». También voy a enviar al *Mercure* el artículo sobre mi visita al dalai-lama y una variante del mismo artículo a *Le Soir*. Por último, antes de marcharme de Sikkim escribiré un opúsculo, destinado a los budistas, que se publicará traducido al tibetano. La última excursión me llevará de nuevo a tierra tibetana y a las altas montañas, a 4.700 metros, desde donde intentaré otra vez alcanzar los 5.000 metros. Sin tienda y teniendo en cuenta que la estación está poco avanzada, creo que me será imposible pasar de ahí. Hay puentes a 6.000 metros que me resultarían tentadores, pero actualmente se encuentran sepultados bajo la nieve. No hay ningún país en el mundo donde se pueda subir tan fácilmente a las altas montañas. En este país que los antiguos llamaron «el techo del mundo», hay carreteras que cruzan puentes de 6.000 metros. Bueno, imagínate qué carreteras, ya te he hablado muchas veces de ellas: senderos en ocasiones tan empinados como una escalera de cuerda, pero senderos al fin y al cabo, y los animales pasan por ahí, y la gente a los mos de los animales. [...]

Esta mañana he ido al monasterio (*gompa* en tibetano). El superior, el segundo lama, el tercero y todos los demás me reciben amablemente. Enseguida comienzan a hacer girar el enorme tambor pintado al estilo chino, donde figura la inscripción *Om mani padme bum*, y el santuario se abre. Es de construcción muy reciente y no tiene ningún interés. Una horrible estatua de Padma Sambhava destaca en medio del altar, y a su derecha hay un personaje verde con unos ojos enormes. A través de mi nuevo *boy*, pregunto y me entero de que es Milarepa, el asceta-poeta. «Vivió tanto tiempo alimentándose de hierbas silvestres que adquirió su color», dice el superior. ¡Vaya, eso es muy inquietante! Entonces yo, que voy a comer ortigas como él porque mi provisión de verduras se ha acabado, ¿volveré verde a Gangtok? La leyenda es así, la conozco, pero de todas formas los la-

mas sonrían, no se la creen más de lo necesario. «¿Y por qué preside el altar ese Padma Sambhava? ¿No debería estar ahí la imagen de Nuestro Señor Buda?» (Bhante Bhagavad, según la fórmula de las Escrituras, que se traduce al inglés como *Our Lord Buddha*.) Los lamas se excusan: «No teníamos ninguna imagen grande, pero la tendremos y la colocaremos en medio.» No objetan nada, reconocen que mi observación es acertada, pero aun así deben de pensar: «¡Oh, es una *upasaka*² muy severa! ¿Cuántos preceptos observará de los trescientos sesenta y tres de la disciplina religiosa y a qué *bodhisattva* seguirá?» Su cerebro lamaista ha debido de darle unas cuantas vueltas a esta cuestión. Me traen su registro para que anote en él mi nombre y mis observaciones, un registro único que es también el gran Libro de la Comunidad, donde se anotan las cuentas y que se somete a la aprobación del maharaja Kumar, jefe religioso del país. He reconocido su firma de letra menuda: Sidkeong Tulku. Tulku significa encarnación de un santo de antaño. Mi joven amigo Tulku no tiene aspecto de sentir en él con mucha fuerza el espíritu del viejo lama cuya continuación se supone que es. En la columna correspondiente al lugar de origen, escribo: París. Y a modo de observación: *I should have been pleased to see the image of Lord Buddha at the middle of the altar instead of that a guru.* Va dirigido al pequeño Tulku, para que ponga remedio a este asunto, se avergüence y reprenda a los lamas. [...]

¡Y mi amigo Munshi-Rama me espera a orillas del Ganges para leer en sánscrito y comentar los Veda!... Iré directamente —con independencia de mi peregrinaje a Gaya— en cuanto me marche de Sikkim. Quiero establecer las bases de mi obra sobre el vedanta (trazar el árbol, por utilizar mi expresión) mientras estoy en la India, para estar bien segura de que dispongo de todo el material necesario. ¡Ay, amigo mío, estoy cargándome de trabajo para diez años! [...] Sigue conservando cuidadosamente mis cartas, son mi único diario de viaje. [...]

Cheuntung, 24 de mayo de 1912

He regresado aquí con un tiempo espléndido. Multitud de hermosos pájaros en el camino. En este país los hay de todos los colores; esta mañana he visto uno microscópico con el pecho amarillo y el lomo rojo, un pájaro del país de las hadas. Las mariposas también son fascinantes. Hay miles de clases diferentes: pequeñas y completamente azules que parecen flores, negras de anchas alas ribeteadas de azul, y unas muy grandes, del tamaño del pajarito que he mencionado antes, que tienen un cuerpo alargado en forma de huso, como un «dirigible»

² En el budismo, devoto laico que practica asiduamente y respeta los cinco preceptos. (N. de la T.)

a rayas negras, rojas y blancas, y las alas como de gasa negra transparente. Si, todo eso está muy bien, pero una vez en Cheuntung, al atardecer, he ido a la orilla del río en busca del cartero, lo he visto pasar esperanzada... Y luego, el *post master* me ha dicho que no había traído nada para mí. ¡Nada aún!

Lachen, 28 de mayo de 1912

Querido, realíse (como dicen los ingleses) si puedes lo singular de la escena. Transcurre en un oratorio lamaista: en el altar están Chenresi, Buda y Padma Sambhava, el gran apóstol del Tibet. En las paredes, frescos donde las divinidades simbólicas, representadas de un modo terrible, recuerdan a los iniciados la actividad de la existencia, la destrucción que produce la vida y la vida que surge únicamente para ser atrapada por la muerte: parejas de formas horribles uniéndose, con cadáveres bajo los pies y guirnaldas de calaveras alrededor del cuello... en fin, toda la increíble simbología del tantrismo, que ha seducido por completo a Mr. Woodroffe. Unos estandartes antiguos cuelgan del techo, muy bajo, y dos máscaras demoniacas decoran los pilares achaparrados, pintados de un rojo violento, con dibujos de estilo chino en azul y verde en el capitel. Una claridad rara entra por la estrecha ventana de cristales coloreados. En este escenario, sentado en la postura del loto sobre unas alfombras, hay un personaje extraño y fascinante: el superior del monasterio (*gompa*) de Lachen, un hombre que goza de una extraordinaria reputación, una especie de *siddhipurusha* mago y santo que vive la mitad del año fuera del convento, en una gruta, refugiado entre las rocas en lugares apartados, solo, meditando, a imagen y semejanza de los grandes yoguis de los que hablan la historia y las leyendas. La gente del país le atribuye poderes maravillosos, entre otros el clásico poder de volar a través del espacio. Su aspecto es muy distinto del de la gente de aquí. Es un gigante, delgado sin llegar a ser huesudo, y lleva la cabellera recogida en una trenza que le golpea los talones. Va vestido de rojo y amarillo, con un traje tibetano muy diferente del de los lamas de Sikkim. Su rostro revela una gran inteligencia, arrojo, decisión, y está iluminado por esos ojos especiales, esos ojos de cuyo fondo brota una luz, una especie de destello, que proporciona la práctica del yoga. Y ante él, en una silla, el reverendo Owen, y junto al reverendo, en un banco de madera corriente adosado a la pared, yo, que he rechazado la silla cubierta con un tapiz que me habían preparado, porque me siento menos extranjera y más cómoda en este asiento bajo, frente a mi anfitrión sentado a ras del suelo. Y charlamos... El amable reverendo, que ha venido como intérprete, se esfuerza en ser lo más claro posible, pero nada en un mundo muy distinto del suyo y pierde pie. Me transmite unas frases cuyo significado yo

comprendo y que para él son letra muerta. Imagínate a dos interlocutores hablando de una ciencia o de un oficio cualquiera, a través de alguien que no tiene ni idea de la técnica utilizada en esa materia ni de la materia en sí. Nuestro diálogo, pese a que su instrumento sea él, pasa por encima de su cabeza. El lama y yo nos comprendemos, mientras que nuestro intermediario no entiende nada. En esta entrevista he encontrado una nueva confirmación de mis ideas sobre la penetración de las teorías del vedanta en el budismo del norte e incluso, en el fondo, una prueba más de que la idea fundamental de la escuela advaita se halla presente en la doctrina budista. Pero en el tiempo pasado allí había mucho más que una satisfacción de erudición. Era hermoso, magnífico, impresionante ver al yogui barriendo con un gesto amplio todo el entorno de imágenes y símbolos, repudiándolo: «Sólo sirven para la gente de poca inteligencia», y retomando el pensamiento de los *Upanisad*, el pensamiento maestro de la India: «Encontrarlo todo en uno mismo.» Pienso en el capítulo xix del *Astavakra Gita*, que este hombre no ha leído nunca, y a mi memoria acuden los *çlokas*, sonoros, altivos, cual trompeta anunciando una victoria con este estribillo: Qué importa todo «para mí que habito en mi propia gloria». El lama me hace a su vez algunas preguntas. Luego dice: «Usted ha visto la última y suprema luz; no se llega en uno o dos años de meditación a las concepciones que usted expresa. Después de eso no hay nada más.» El reverendo traduce sin comprender, es más ajeno a nuestro coloquio que los pilares de madera que se alzan ante nosotros, mientras que el lama y yo dejamos de hablar, transportados por nuestros pensamientos, invadidos por el éxtasis de lo que hemos evocado, de la visión mental nacida de nuestras palabras. El pobre señor Owen ha debido de sentirse incómodo entre estos dos seres tan alejados de él, mudos, ausentes, trasladados a un mundo inaccesible para él. Finalizada la visita, el excelente hombre se ha ido apresuradamente a su casa, donde tenía una reunión; en realidad, se trataba más bien de una clase bíblica para las damas de la misión y dos o tres indígenas, una especie de evangelistas. Qué nimio e infantil lo que iba a decir, después de que nosotros hubiéramos rozado lo que el *mahayana* llama *sunyata*, el Gran Vacío, vacío de la ilusión de la vida fragmentada, la Existencia infinita, eterna.

29 de mayo de 1912

El joven maharaja heredero ha llegado esta mañana; un pintoresco grupo de lamas, cuyos bonetes rojos puntiagudos les daban cierto aspecto de inquisidores, ha ido a esperarlo a la entrada del pueblo. Poco antes, yo había conseguido a costa de muchos esfuerzos que limpiaran mínimamente el bungalow que compartimos, instalados cada uno en

un ala del edificio. La única iluminación de que disponemos es una lámpara, por llamarla de algún modo, y mi linterna de viaje. Yo tenía otra lámpara, pero el cocinero rompió el cristal. Así que nos vemos reducidos a las velas y la luz de nuestra inteligencia, que afortunadamente es viva. Al menos eso pensamos nosotros... Junto con el pequeño príncipe ha llegado una tentación. Él subirá pasado mañana, por Tangu, a los altos puertos de la carretera del Tibet para ir a Gyantse, pasando por Phari Dzong, a ver a uno de sus hermanos. Acompañarlo hasta más allá de la frontera sería un hermoso sueño que me produce un poco de fiebre. Somos muy amigos, nos interesan las mismas obras; creo que podría influir en él lo suficiente para que me llevara, pero el pobre reyezuelo, al que Inglaterra tiene atado corto, pagaría su locura, y quizás muy cara, pues yo no tengo una autorización en regla para cruzar la frontera. Cerrarán los ojos a un poco de vagabundeo, pero Gyantse está demasiado lejos y es una ciudad demasiado oficial. Si hubiera podido prever la circunstancia, habría tratado de obtener los papeles necesarios, pero ha sido algo totalmente fortuito. El hermano del maharaja Kumar estaba cerca de la frontera norte de Sikkim la semana pasada y éste contaba con verlo allí; no se ha enterado hasta después de emprender la marcha de que su hermano, en vista de que el ambiente parecía más tranquilo, había regresado a Gyantse. En fin, me conformaré con subir con él hacia las regiones nevadas, un poco más arriba de lo que habría podido hacerlo sola. Durante todo este viaje se viene produciendo un extraordinario encadenamiento de circunstancias. Yo había partido con la idea de pasar ocho días en Lachung con los Owen. A tres millas de Lachung, me los encontré camino de Lachen. [...] Aquello parecía un mal comienzo. Resultó que Lachung no tenía ningún interés y sólo me quedé tres días. Regresé aquí y, como también estaba el señor Owen, conté con un intérprete para entrevistarme con el lama. Como no me quedé los ocho días previstos en Lachung, he coincidido aquí con el maharaja y eso me facilita el ascenso del camino de las nieves porque él tiene tiendas. ¿No es cierto que hay devas bondadosos en el Himalaya? Los hay en muchos otros lugares. [...]

Al día siguiente, toda la misión viene a tomar el té a mi bungalow. [...] Me piden que les hable del Sahara, de los oasis, y a través de mis palabras he visto nuestra, pese a todo, inolvidable África, las grandes extensiones de arena rosa o malva, según la hora, por las que, como en el Génesis, «vaga el espíritu de Alá». El sueño es sólo para mí, que conozco la embriaguez del desierto, aunque el reverendo ha preguntado cómo se puede viajar por allí. De todos modos, se trata de temas que les parecen profanos a estos ciegos, quienes creen encontrar al Ser entre las páginas de un libro e ignoran la Gran Vía oculta tras las cosas.

Sobre la chimenea está la foto de mi gran Buda hecha en el patio de casa. La finlandesa arde en deseos de verla de cerca y hace una pregunta insidiosa. No es un fetiche tabú. La cojo y se la doy. Ello me brinda la oportunidad de describir mi casa musulmana. Las rejas azules y doradas de las ventanas interiores, las puertas claveteadas al estilo moruno... Y me parece estar en la gran casa lejana y amada, la casa de mis deseos. Algo sutil pasa... ¿Nostalgia del entrañable hogar? ¿Nostalgia del señor alto y delgado que vuelve a la hora en que las lámparas de los rincones dan al *home* un aspecto de capilla? Buenas noches, Mouchy. Sí, decididamente, nostalgia y la sensación de un abrazo, de un beso afectuoso, memoria de cosas antiguas que atraviesan la austera soledad del país de los yoguis. ¡Oh, vaya!, estoy soñando despierta mientras la misionera habla. [...]

30 de mayo de 1912

Es un cuento de hadas, querido. Los devas sonríen maliciosamente ante mi alegre entusiasmo. Voy a subir hasta lo más alto del puerto, voy a sobrepasar los 5.000 metros y a hacer camping en serio. Esta mañana, el joven príncipe me ha dicho: «No se ocupe de nada, está todo dispuesto: las tiendas para usted y sus sirvientes, los porteadores y los yacs.» No será un día o dos, como yo había creído, sino seguramente una semana entre la nieve y las mesetas desoladas, barridas por los vientos de las altas regiones himalayas. No es una ruta turística, sino un lugar a donde pocos europeos han ido. Te lo repito: es un cuento de hadas. Me temo que tiritaré y me congelaré, pues carezco del equipo necesario para subir a semejantes alturas, pero no importa, tengo el arrojo y los pulmones robustos que se requieren. Desde hace semanas me encuentro sometida a bruscos cambios de temperatura y altitud sin que me afecten. Los 28° por la noche en mi habitación se transforman al día siguiente en 9° pese a ardor un gran fuego en la chimenea. Pero aun así, todo va bien.

Los asuntos de la «misión» relacionados con el príncipe, que es al mismo tiempo el jefe religioso del país, no parecen arreglarse. Ayer, el reverendo y su mujer mantuvieron un largo coloquio con él, tras el cual rogaron al maharaja que fuera a tomar el té a su casa. Nosotros habíamos decidido tomarlo juntos. Los Owen, que habían constatado al llegar el príncipe, por la mañana, que éramos muy amigos, pidieron, como es natural, que fuesen a decirme que se sentirían dichosos de contar con mi presencia. [...] En la Mission House, todas las señoritas están al pie de la escalera del porche. Saludos, presentaciones. Luego, todo el mundo se aparta para dejar que el príncipe suba los peldaños. Pero éste no quisiera, sobre todo delante de extranjeros y cristianos, pasar ante mí como una personalidad religiosa según la concepción

asiática, y creo que se divierte un poco exagerando su deferencia para tomarles el pelo a los misioneros. Al ver esto, se apresuran a servirme el té la primera, y todas esas buenas personas se forman una idea vaga —y tanto más impresionante cuanto que es vaga— de la importancia que tengo y la influencia que puedo ejercer sobre el jefe religioso de Sikkim. El reverendo Owen se sienta a mi lado y me susurra: «¿Puedo confiar en usted?» Me quedo un tanto desconcertada; está pálido y su expresión es trágica. Entonces me dice que el príncipe quiere castigar al maestro y a otros cuatro cristianos indígenas por haberse convertido y me suplica que intervenga. No es cosa mía y, además, presiento que se trata de algo distinto de lo que él dice. Sin embargo, respondo que hablaré con él del asunto. Al marcharnos, vuelve a la carga en el jardín y yo insinúo: «¿No hay algo más? Lo de la clase bíblica en la escuela de tejido.» No creía que estuviese tan bien informada. Las explicaciones son vagas... Ahora ya sé la verdad. El maestro, me lo dijeron ellos mismos, hace las veces de evangelista y de predicador. Yo creía que se trataba del maestro de su escuela privada, pero no, es el maestro del Estado, y el príncipe no quiere que utilice su prestigio para hacer bautizar a chiquillos que no tienen edad para discernir en materia religiosa. Mientras regresamos juntos, me cuenta todo eso.

Por la noche, como era día de luna llena, el gran domingo mensual budista, hemos hecho nuestras devociones juntos, es decir, hemos leído el *Dhammapada* y hablado de cuestiones filosóficas. Hemos considerado la conveniencia de llevar a cabo varias reformas útiles en relación con los lamas, la enseñanza religiosa, etcétera. Creo que mi paso por el país no habrá sido totalmente inútil para el progreso y la instrucción de la población. [...] Los lamas se han pasado la noche tocando toda clase de instrumentos melancólicos y ruidosos y apenas he dormido. A las tres de la madrugada, levanto la persiana: cae una lluvia recia, grandes nubes se desplazan sobre la luna brillante y, desde lo alto de la colina, los músicos llenan toda esa impresionante bruma con sus aires lastimeros cantando no se sabe qué..., cosas del más allá o cosas muy interiores, de creer lo que dicen los iniciados. Me han contado que esa música representa las sonoridades emitidas por nuestro propio organismo cuando, al taparnos los oídos o inmersos en un silencio total, oímos el ruido que hace nuestra máquina en funcionamiento. ¡Todo esto es extraño! El gran lama de largos cabellos estaba esta mañana en el bungalow con traje de ceremonia; lo he visto y él me ha sonreído amablemente. Dentro de un rato subiré al monasterio con el maharaja, los lamas estarán montando guardia con sus bonetes puntiagudos, pasaremos allí unas horas. Haré hablar al lama-asceta, beberemos té tibetano... No es un viaje turístico, ¿verdad, querido? ¿Y verdad que es comprensible sentir cierta embriaguez?

Pero sigo sin tener noticias tuyas; en realidad, no tengo noticias de nadie. ¡Ninguna carta! Es el aislamiento absoluto. [...]

Querido, había terminado, pero vuelvo a tomar la pluma para relatarte en caliente mi visita al monasterio. Mi joven amigo (casi discípulo) y yo partimos para subir la ladera escarpada que conduce a la *gompa*. En cuanto salimos del bungalow, los lamas músicos, alineados sobre el reborde del muro del monasterio, empiezan a tocar, multitud de satélites de distintas categorías nos siguen a respetuosa distancia y una especie de guardia de corps, vestido de forma curiosa, nos precede abriendo la marcha. A lo largo del camino aparece gente que se prosternan al estilo chino. Yo recibo mi parte de prosternaciones, puesto que voy delante del príncipe. A la entrada del monasterio nos reciben todos los lamas rojos, con el superior a la cabeza. Los músicos y los porteadores de sombrillas, estandartes, etcétera, forman una hilera. Algunos soplan unas trompetas tibetanas tan largas que el extremo está apoyado en el suelo. La imagen es extraordinariamente pintoresca. Estamos en una especie de terraza que domina el valle; tengo la sensación de hallarme en el escenario de un teatro. Por desgracia, illovizna, pero no importa, necesito hacer una foto, aunque salga borrosa, para tener un recuerdo. El maharaja me aconseja que, dada la escasa luz que hay, seleccione una velocidad muy lenta. ¿Habrá sido bueno su consejo? También lo fotografío a él. Con los *waterproofs* de color beige, parecemos dos reporteros entre esta multitud abigarrada. Después de hacer las fotos, nos dirigimos al monasterio. Nos quitamos los abrigos y entramos en el santuario. El príncipe se prosternó tres veces, un poco violento por mi presencia. Conoce mi opinión sobre las ceremonias de ese tipo. Yo me limito a realizar el saludo habitual hindú ante Chenresi-Avalokitesvara, que es el símbolo de la más bella idea oriental. Los lamas entonan entonces la fórmula del «triple refugio»; lo hacen en tibetano y, con ese coro, es muy diferente de como la recitan en Ceilán. Le traen el plato de arroz al maharaja, quien indica que después me lo pasen a mí. Mucho ritualismo. En fin, por amor a lo pintoresco, resignémonos. Tomo unos granos e intento recordar el *mudra** apropiado para la ocasión, la posición que deben adoptar los dedos. Yo sólo tengo un conocimiento teórico de estas cosas, por supuesto. Creo que he adoptado más o menos la posición correcta, aunque de todas formas está oscuro... Bien, una vez finalizado el oficio nos disponemos a arrojar los granos de arroz hacia el altar. Esta parte la recuerdo bien: lanzo correctamente mi arroz después de que lo haya hecho el príncipe, y los demás esperan a que yo haya terminado

* Los *mudras* son gestos cargados de simbolismo que acompañan a los ritos religiosos del hinduismo y el budismo. (N. de la T.)

para arrojar el suyo. ¡Amén, se acabó el ritual! El maharaja ocupará un pequeño trono pontifical a la izquierda del altar, y a mí me han preparado un asiento cubierto con un tapiz frente a él, a la derecha del altar. ¡Si me vieras...! A lo largo de los muros, los lamas permanecen en pie, ya que no pueden sentarse en presencia del príncipe-pontífice. En cuanto hemos tomado asiento, todos se prosternan repetidas veces. A continuación, el maharaja pronuncia un discurso, que me traduce resumido, y yo pronuncio otro, que él traduce. ¡Oh, cuántas veces recordaré, cuando dé conferencias en Europa, estos discursos en un ambiente tan exótico, entre ídolos extravagantes, símbolos asombrosos y un público fantástico de lamas rojos! Luego el superior se sitúa en la nave central, tras haberse quitado la mitra. Se prosternó ante el príncipe y después, con un chal entre las manos unidas, habla interminablemente, emocionado y un poco tembloroso por hallarse en presencia de su gran jefe. Esa emoción y esa humildad le hacen parecer mucho menos filósofo que la víspera. El discurso es largo, larguísimo, interminable, y se ve interrumpido por múltiples prosternaciones, tan «múltiples» que el príncipe se ve obligado a detenerlas varias veces con un gesto. Sin embargo, no me distraigo, tengo que permanecer atenta. Finalmente, la cosa acaba y puedo abandonar mi sillón episcopal. El superior nos ruega que subamos a su oratorio a tomar té. Y vuelvo al oratorio donde mantuve la conversación que te conté, aunque en esta ocasión el lama no ocupa el asiento del otro día. En su lugar han colocado un pequeño trono para el maharaja; en cuanto a mí, la etiqueta me obliga a ocupar también un incomodísimo asiento de ceremonia. El lama permanece en pie, pero el príncipe ordena que le traigan una alfombra y entonces se sienta en la postura del loto, a una distancia respetuosa, frente al trono en miniatura. Sirven el té: es té con mantequilla, sal y una pizca de harina de cebada. Esta mezcla me encanta, así que me tomo tres tazas. ¡Es la gran naturalización tibetana! El lama y yo hablamos de nuevo de las doctrinas de la escuela a la que pertenece. Luego, como tengo que soltarle un sermón, darle una reprimenda a ese eremita de largos cabellos, abandono mi asiento, que me desagrada, me dirijo al banco del otro día y, en el oratorio tántrico, hablo de la gran doctrina que esos lamaistas han olvidado o se contentan con conocer de un modo egoísta, dejando a la masa sumida en su tosca superstición. El príncipe, muy impresionado también, traduce. ¿Habrá comprendido el asceta melenudo que no existe salvación egoísta y que la «torre de marfil» del pensador ajeno a la miseria mental de los demás es en realidad una torre de perdición?

Mi joven amigo me dice que la palabra de una extraña tendrá más efecto en él que la suya y que cree que ha comprendido. Y la sesión finaliza. La orquesta nos espera en el exterior, los músicos suben de

nuevo al muro y empiezan a tocar. En el camino de regreso, la gente vuelve a prosternarse y algunos queman incienso al borde del sendero. Sidkeong Tulku pasa por en medio de todo eso con su flema oriental. No obstante, me dice: «¡Nos ofrecen incienso, como a los dioses!», y eso nos divierte un poco. Su estancia en la Universidad de Oxford lo ha europeizado, pero sólo hasta cierto punto, pues cuando ocupa su trono de lama supremo con un pequeño tambor, una campanilla y un *dorjé** ante él, Oxford se encuentra muy lejos. Entre los «seguidores» veo al profesor de chino del príncipe, una angelical criatura alta, delgada, correcta, reservada, silenciosa y de porte soberanamente aristocrático en comparación con estos tibetanos cruce de sikkimi, lepcha y butanés. ¡China, la gran nación del futuro! [...]

Tangu, Sikkim, 9 de junio de 1912.

[...] Ya he bajado de las nubes, querido. He hecho la travesía del Himalaya de punta a punta, de la India al Tíbet más o menos en linea recta, directamente del sur al norte. He llegado a los 5.000 metros de altitud e incluso un poco más arriba. ¿Debo decir que se trata de una empresa difícil? Sería exagerar; basta con gozar de buena salud y disponer del dinero necesario para los gastos, muy reducidos, del viaje. Pero mentiría si afirmase que es un simple paseo al alcance de todos. No, ir a caballo hasta el alto Sikkim por caminos tortuosos, acampar a continuación en los valles de la frontera y después afrontar el viento de las mesetas tibetanas a esas elevadas alturas es algo más que un simple juego. Yo soy fuerte; y sin embargo, la otra mañana creí morir. Había llegado al final de la etapa mucho antes que mis porteadores y mis tiendas, era el día en que me separaba del maharaja, que continuaba hacia Gingtse. Tuve que esperar tres horas sin ninguna protección, expuesta al azote del viento y la nieve. Cuando llegó el cocinero, adujó que estaba enfermo y no pude tomar un poco de té caliente hasta un rato después. Por la noche, naturalmente, me acosté sin el calor de un fuego. La tienda no cerraba bien. A la mañana siguiente una densa alfombra de nieve se extendía sobre todo el valle y mi tienda también estaba cubierta de nieve. No podía moverme, me ahogaba, notaba un débil silbido en el pecho que no me pareció un buen augurio. Me dije: «Esto es neumonía o una angina de pecho. Con este frío y sin recibir cuidados, la cosa no mejorará.» Reflexioné unos instantes y me dije que, después de todo, era una buena muerte, entre las soledades majestuosas, a mitad de un viaje como el que estaba haciendo, y que no tenía más que mirar el lado bueno. No me costó hacerlo. Me levanté a costa de un gran esfuerzo, pensando en la carta que iba a escribirte, y

* Campanilla (*ghanta*) que se utiliza siempre con el rayo-diamante (*vajra*).

entonces (esto te va a hacer gracia) se me ocurrió que seguramente te gustaría ver el lugar que te había privado..., liberado..., ¿cuál sería la palabra apropiada?, de una mujer como yo. Así que busqué la cámara fotográfica y me deslicé arrastrándome por debajo de la lona, porque no tenía fuerzas para abrir la tienda. Creí que no podría volver a ponerme en pie. Hacía frío y soplaban un viento áspero. Todo estaba bajo la nieve. Saqué unas fotos, entré de nuevo en la tienda y me desplomé sobre una de las cajas. Bebi algo caliente y pedí que me calentaran agua para darme un baño de pies. A mediodía me encontré un poco mejor, pero seguía notando una fuerte opresión; hice ensillar el pony y parti hasta la noche. Este mediodía he visto una tierra de ensueño, una tierra parecida al Sahara, con montes anaranjados recortándose contra un cielo de un azul intenso, pero la cima de esos montes anaranjados estaba coronada de nieve, y en estrechos valles dormían pequeños lagos de aguas heladas. Una nieve semihelada, una especie de *gelato* a la italiana, caía de forma intermitente y te azotaba cruelmente. Los sirvientes que me acompañaban, insensibles al paisaje, parecían sufrir un martirio, y arrastrarlos tras de mí, quejumbrosos, me hizo precipitar el regreso, cosa que lamento infinitamente.

Sí, todos estos días pasados en la tienda a 3 o 4 grados a mediodía y con un viento terrible han sido duros, pero ahora conozco las delicias de la cocina hecha sobre un fuego de boñiga de yac; en el Tíbet no hay otro combustible. También conozco los inconvenientes de verse embarcado en expediciones de este tipo sin el material y el personal adecuados. Yo he contado con personas que se peleaban por conseguir un puesto junto al fuego que ardía en la tienda de los sirvientes y he tenido que pasarme el tiempo luchando contra la mala voluntad de hombres sin energía que sólo aspiraban a bajar a regiones menos duras. El *satis* me abandonó el día que fui al Koru-la y el Sepo-la (los famosos 5.000 metros), y tuve que arreglármelas con el caballo, desprovisto también de entusiasmo, sin su ayuda. El tiempo no me fue favorable y el regreso, de bajada, fue tremadamente penoso, con el viento en contra. Tenía la sensación de que se me helaban los huesos, y la cabeza me daba vueltas. De vez en cuando dejaba el caballo a cargo de mi joven *boy* y caminaba para hacer que me circulara la sangre, pero mi pobre pecho se hallaba sometido a una ruda prueba. Empezaba a anochecer. Yo pensaba: «Cueste lo que cueste, tengo que llevar a este muchacho (tiene dieciséis años) de vuelta al campamento.» De haber ido sola, creo que me habría desplomado tras una roca y no habría vuelto a moverme. Ante nosotros había una terrible montaña nevada, el Chumiumio, de 7.000 metros de altura, que parecía que iba a caernos encima. Hubiera necesitado una buena pelliza para afrontar aquel cierzo. Pero, en fin, aun sin pelliza he regresado, y demasiado

pronto para mi gusto, pues con otros sirvientes habría hecho más excursiones por esa región a la que, sin duda alguna, nunca volveré. El único inconveniente es que me he quedado sin piel en la cara: tengo los ojos totalmente quemados, con grandes bolsas rojas en los párpados, la nariz, gigantesca y despelejada, ocupa todo el rostro, y los labios son una enorme ampolla como las que produce la fiebre. Es muy doloroso a pesar de las capas de glicerina y de polvo de almidón que me aplico. Y también tiene un aspecto muy desagradable; parezco una superviviente de un incendio. Me alegro muchísimo de que no me veas en este estado.

De cualquier modo, si bien la parte central y final de mi gira por las altas montañas resultaron penosas (sólo físicamente, que quede claro), la inicial fue una delicia. El maharaja y yo salimos de Lachen entre una singular procesión que nos escoltó durante un rato: lamas rojos, mujeres haciendo girar cilindros de oraciones, estandartes, pararrayos de honor y, en lo alto del muro del monasterio, los músicos, que siguieron tocando hasta que nos perdieron de vista. El lama superior, por orden del príncipe, que quiso proporcionarme el placer de unas notas pintorescas, nos acompañó hasta la primera parada que hicimos para descansar. Y realmente, querido, me habría gustado que nos hubieses visto pasar: el maharaja con vestiduras de satén oro viejo y yo, pobre lechuza occidental, con un oscuro abrigo sobre los pantalones, precedidos de aquel lama con mitra roja y amarilla y traje brillante, a lomos de un caballo engualdrapado de rojo y haciendo girar incansablemente su cilindro de oraciones. A nuestro paso, prosternaciones, incienso quemado. ¡Una buena muestra de Oriente! Y lo más agradable de todo era la cordialidad del joven príncipe. ¡Qué amable compañero de viaje! Por deferencia suya, disfruté de las instalaciones preparadas para él. «Usted está de visita en mi país, es natural que sea quien disfrute de mejor alojamiento y mejor trato», me dijo. Durante el viaje me fotografió montada en un yac al estilo tibetano; espero que la foto salga bien, aunque había poca luz. Los tunecinos se quedarán pasmados cuando me vean a lomos de ese curioso animal. [...]

[...] La mañana que partimos de Tangu, antes de regresar y siguiendo el rito, el lama ofreció al príncipe, su jefe religioso, un trozo de muselina y «una encarnación», un *tulku*, y se prosternó tres veces ante él al borde del camino; el maharaja, por su parte, le puso el chal alrededor del cuello. Entonces, el lama le comentó que deseaba decirme algo. Me acerqué y él habló largo rato, aparentemente muy emocionado, y cuando hubo terminado me puso sobre el hombro el chal que había recibido. Es una especie de bendición y de homenaje a la vez. Después de la traducción entendí que reconocía que yo tengo razón, que la doctrina de Buda ha degenerado mucho, que es preciso eli-

minar las supersticiones incorporadas a ella, etcétera. Es una hermosa victoria escuchar, en este decorado florido de un sendero del Himalaya, a una personalidad religiosa muy venerada por la secta roja lamaista avenirse a las razones de una adepta del budismo primitivo. El maharaja me dijo: «Quédese el chal como recuerdo...» El lama también había dicho: «Si hemos coincidido los tres para reflexionar juntos y trabajar en la reforma y la difusión del budismo, ha sido como consecuencia de nuestro buen *karma* (felices circunstancias, fruto de causas lejanas e incluso anteriores a nuestra existencia actual).» Eso es lo que mi joven amigo desea que recuerde. De hecho, he prometido colaborar con él y escribir varios textos que serán traducidos al tibetano y difundidos por la región y, muy probablemente, también por el Tíbet.

11 de junio de 1912

He empezado a recortarme la piel de los labios y la nariz con unas tijeras. Poco a poco se irá curando. Pero me encontraba en tal estado que inspiraba lástima a los tibetanos con los que me cruzaba en el camino de vuelta. ¡Con lo que le gustan al Mouchy las mujeres guapas! La suya no lo está mucho de momento. [...]

[...] ¿Sabes qué?, el regreso continúa obsesionándome. Habría deseado adentrarme más en el corazón del Tíbet, pero puesto que era imposible, me parece que el resto ya no tiene interés. Evidentemente, se trata de una impresión pasajera. De vuelta en la India me recuperaré y me resarciré. Por el momento sigo hechizada, he llegado ante las puertas de un misterio... Esa última cadena del Himalaya, el último puerto, amplísimo, inclinado hacia una pendiente que bajaba a la estepa inmensa, desierta, donde se alza, cual centinela pueril pero conmovedor, el fortín de la primera ciudad tibetana... Me habría quedado allí días, meses quizá, y a veces me entran unas ganas incontrolables de alquilar yacs, contratar a dos o tres sirvientes más robustos que los míos y subir de nuevo allá arriba para volver a ver..., ver mejor, más detenidamente, lo que nunca volveré a ver. Y no soy la única. Aquí, todos los europeos experimentan esta misma fascinación extraña. Se dice «el Tíbet» casi en voz baja, religiosamente, con un poco de temor. Probablemente lo pise de nuevo en otra frontera, pero será el Tíbet del valle de Chumbi y el residente me ha advertido que es un falso Tíbet, verdeante como los valles de Sikkim y sin rastro de la aspereza del verdadero Tíbet, sobrecogedor y atrayente, que he contemplado. Sí, soñaré mucho tiempo con él..., toda la vida, y perdurará un vínculo entre esta región de las nubes y las nieves y yo, ya que mi pensamiento traducido al tibetano e impreso en tibetano irá a través del país, quién sabe hasta dónde.

Así pues, querido, ¿por qué te muestras preocupado por lo que

llamas «mi misticismo creciente»? La inmensa alegría y la inmensa luz que envuelven nuestra vida en un resplandor, ¿no es precisamente ver más allá de nuestra personalidad endeble y limitada? Claro que sí: desarrollar el pensamiento, ejercitar la mente sutil analizando, diseccionando, escrutando, es el gran placer de los «todo cerebro», y creo que no me he vuelto en absoluto incapaz de hacerlo y que sigue divirtiéndome, pero llega un momento en que ese juego ya no parece lo más interesante. Se ha probado otra cosa, entreabierto otra puerta. Sin duda aún es un parvulario lleno de fábulas melodiosas y de imágenes infantiles para los «pequeñines» que todavía somos, pero ya nos acercamos al umbral más allá del cual cesa la fe, la esperanza, la ansiedad, el deseo..., y ahí reside, más o menos, toda la sabiduría. Mira, en cualquier caso es preferible eso que la ferocidad de alma de la mayoría de los cristianos. Mis amables vecinas, que realmente me miman proveyéndome de un montón de platos de su cocina —desgraciadamente infecta, una mezcla indigerible de Inglaterra y Finlandia—, resultan un poco agobiantes con su proselitismo. Yo sólo les hablo del budismo para contestar a sus preguntas. El otro día, sin embargo, ellas se pasaron de la raya con su *Loving God* (Dios amantísimo y bondadoso) y no pude evitar decirles: «En Edimburgo vi, en pleno invierno, a muchísimos niños sin ropa, sin zapatos, con los pies agrietados por el hielo, dejando huellas ensangrentadas en la piedra de las aceras; recuerdo las catástrofes de Messina, de la montaña Pelada, y la del *Titanic* hace poco. No acabo de ver a su *Loving God* en todo ello.» Y una de ellas exclamó: «¡Los niños de Edimburgo sufrián a causa del pecado!» «Pero si tenían entre dos y cinco años!», repliqué. «Expiaban los pecados de sus padres. Los pasajeros del *Titanic* no pensaban en Dios, bailaban en el momento de la catástrofe.» Ya lo ves, hace falta tener una imaginación depravada para concebir a un «Padre Celestial» que se vengue en los inocentes y ahogue a 1.500 personas porque dan vueltas al son de la música. [...]»

Pakyong, 23 de junio de 1912

Si, querido, estoy de nuevo en Pakyong, que no tiene nada especialmente interesante. ¿Qué hago aquí, entonces? Ahora lo sabrás. Resulta que el dalai-lama regresa a su país. Voy a saludarlo en el camino de vuelta y, si es posible, a sacar algunas fotografías del cortejo que lo escolta. En cualquier caso, a ver el aspecto pintoresco del desfile.

Un turista corriente no podría permitírselo a no ser que se llevara una tienda, ya que los bungalows están reservados para el maharaja, que también va a trasladarse a Rhenok para saludar al «papa amarillo». Pero el maharaja me ha propuesto compartir el bungalow con él, así que aquí estoy. Hay un poco de confusión: «la corte de viaje», y

una corte himalaya! Caballos, sirvientes, trajes de todos los colores, ruido —aunque menos del que temía—, una cría de oso, animal al que el anciano príncipe le tiene mucho apego (sí, has leído bien, es con el viejo maharaja con quien estoy)... En resumen, todo muy exótico.

El joven maharaja heredero también irá a Rhenok, pero se alojará en su tienda. En primer lugar, porque en el bungalow sólo hay dos dormitorios, y en segundo, porque las relaciones con su padre no son del todo cordiales y no desea estar con él.

Mi partida se ha visto señalada por una lluvia de regalos en especie. Los «oficiales» de la Political Agency han recibido, no sé de dónde, unas frutas maravillosas, auténticas piezas de exposición. Lichis frescos y mangos. Me los han enviado en abundancia, y al maharaja y a su hijo también.

[...] Conocía un poco, muy superficialmente, al señor Brisson. Era uno de los altos dignatarios de la masonería escocesa, donde reina un espíritu más noble que el del Gran Oriente. Generalmente, las personas que forman parte de ella son más intelectuales y de condición social más elevada. Hablo del «escocés aceptado» y francés porque, para el escocés internacional, que tiene la dicha insignie de contarme entre los suyos, allí se recibe, como en el Gran Oriente, a una gente no muy variopinta. Todos provistos de un certificado de antecedentes penales virgen, es la norma, pero provistos también, en muchísimos casos, de una tosca capa de imbecilidad. ¡Eso no impide ser consejero municipal!

Y mira por dónde la muerte del señor Brisson que me comunicas evoca, en Pakyong, el recuerdo de ciertas conferencias en las logias parisinas y sobre todo, no sé por qué, una en Belleville o en algún sitio por esos parajes (no lo sé muy bien porque me llevaron en coche y era de noche), donde me hicieron sentar honoríficamente, conforme a mi grado, al lado de un miembro del Supremo Consejo de la Orden del Gran Oriente, consejero municipal, y donde oí decir tales estupideces que no sabía qué cara poner, pues a duras penas podía reprimir la risa. Pese a todo, hay infinidad de buenas personas y de buenos corazones entre los masones. Recuerdo haber visto temblar y llorar de emoción a un diputado al iniciarse como maestre, ante el simulacro de la tumba de Hiram.

Hay que ver todo eso con fraternal simpatía, con compasión por esa necesidad del más allá que anida en el fondo de tantos corazones.

Y bien, querido, tú también pareces echar de menos «la quimera» de los creyentes, como tú dices, y el «fin» te resulta una perspectiva penosa.

¿Qué es el «fin», Mouchy? ¿Acaso hay un fin, acaso hay un principio? ¿Fin de qué? Créeme, se puede pasar más allá de esa visión li-

mitada practicando el «análisis clarividente» del «yo». Se trata del «yo» cuya desaparición, cuyo aniquilamiento se teme, pero ¿qué es el «yo»? Un espejismo, un torrente perpetuamente huidizo compuesto de millones de partículas distintas venidas de múltiples lugares, de múltiples organismos. En la universal e infinita existencia hay inmortalidad, eternidad. Palabras, dirás, no es esa clase de continuidad la que yo busco, sino la del señor Néel. Oh, querido, ¿crees que el señor Néel existe? ¿A qué edad y en qué condiciones mentales lo deseas permanente? El señor Néel fue un recién nacido, ¿lo recuerdas? No. Y desde entonces ha sido un gran número de circunstancias, de pensamientos, de acciones. El señor Néel ha sido la manifestación, el resultado de causas múltiples, de reencarnaciones de vidas, de sustancias en número incalculable. Tú has sido la continuación del pensamiento de otros, la continuación de la vida de los alimentos que has ingerido y que han provocado en tu cuerpo diferentes impulsos. Es absurdo decir «yo» cuando somos legión, es absurdo hablar de principio o de fin. ¡Palabras!... No solamente palabras, sino la realización viva de esa verdad para quienes reflexionan, meditan. Eso no es el paraíso dispensado por la gracia de un Dios, es el conocimiento adquirido por uno mismo de la vida eterna y es, tal como Buda prometió a sus discípulos, entrar en esta misma vida en la eternidad y no volver a conocer la muerte.

— ¿Un sermón? Por una vez, podrás perdonarme. No me pongo muy pesada con mi proselitismo.

A propósito de sermón, voy a pronunciar uno de verdad, con gran pompa, en Gangtok, en el templo del monasterio, para los jóvenes lamas que realizan allí sus estudios superiores de lengua tibetana y filosofía religiosa. Asistirán el maharaja Kumar y todos los eruditos de Gangtok. Como es natural, habrá un intérprete que repetirá en tibetano lo que yo diga. Esto tendrá lugar el día de luna llena, el 29, dentro de seis días, después de un oficio lamaista. Estoy pensando en el estupor de Elie² si me viera entre las luces y el incienso, ante los *bodhisattvas*, los gurus y otras estatuas de aspecto extraño. Evidentemente, soy la única europea que ha predicado en semejantes lugares. Se critica mucho a los lamaistas y lo merecen por su ignorancia; pero ¿no demuestran una gran amplitud de espíritu llamándome a mí, que tengo unas creencias tan distintas de las suyas y predico contra sus supersticiones, para que hable en sus templos? ¡Nadie ve al arzobispo rogarlo a Cabantous que predique en la catedral!

— [...] Mientras te escribo, los hindúes han celebrado el oficio de la noche en el pequeño templo de Pakyong. Címbalos, campanillas, bu-

llicio, más ruido que música, la orquesta es pobre en este pueblo. Está lloviendo; si hubiera hecho buen tiempo, habría ido a ver mover las luces ante las imágenes de los dioses. Hace un rato me dispensaron allí una cordial acogida, o más bien se la dispensaron a mi vestido, y escucharon con deferencia las observaciones que hice sobre la chocante promiscuidad de las imágenes de los dioses con damas de hojalata procedentes de los botes de pasas o de otros productos. Eso no significa que vayan a tenerlo en cuenta. [...]

Rbenok, 24 de junio de 1912

Son las «Mil y una noches», mi buen Mouchy... No, nada fastuoso: sencillez, más bien un batiburrillo bastante pobre. Tú conoces bastante la vida oriental para imaginarte algo así como el bey de viaje, pero con un toque mucho más arcaico y pintoresco.

Antes de nada te diré que anoche apenas descansé. Un breve acceso de fiebre al principio y después un súbito despertar. Deben de haber dejado al osezno durmiendo en la habitación contigua y hete aquí que a media noche no se ha encontrado satisfecho. Profería gritos extraños y rascaba la puerta que da a mi cuarto. Al cabo de un momento he oido ruidos y voces. Sin duda han trasladado y contentado al bebé oso, porque no ha dicho nada más. Parece un oso de juguete. Cuando quieren hacerlo correr demasiado deprisa, atado con una correa, se cae y, una vez patas arriba, ya no puede volver a ponerse en pie solo. Es muy, muy joven. [...]

Vuelvo a dormirme cuando, entre las dos y las tres de la madrugada, una orquesta se pone a tocar. ¡Vaya sorpresa! Es todo un detalle ese concierto nocturno..., pero estoy cansada. Al cabo de media hora o tres cuartos, la música cesa. Me adormezco un poco, pero antes de las cuatro empieza el ajetreo de los preparativos para la partida. Me levanto. Llueve a cántaros. Miro por la ventana; no tengo ninguna ganas de irme tan temprano y con el diluvio que está cayendo. A las cinco menos cuarto, los guardias de corps, vestidos con chaquetilla roja y tocados con un sombrero tirolés de bambú trenzado que lleva una larga pluma de pavo real, forman con sus pobres carabinas, los porteadores del *dandie*, totalmente vestidos de azul, se sitúan alrededor de su instrumento y el maharaja se mete dentro, con la capucha puesta, todo él recubierto de brocado amarillo; no consigo verlo. Y el cortejo se pone en marcha, los músicos delante tocando, los guardias de corps, los miembros de la corte a caballo, todos suben el sendero al son de esa música extraña, bajo la lluvia y entre la bruma gris matinal. Es un espectáculo de otra época y, sobre todo, de otra civilización.

Yo me pongo en camino a las siete. Ya no llueve, pero las carreteras están terriblemente enfangadas y resbaladizas; recuerda que estas

² Una de las cuñadas de Philippe Néel.

carreteras son senderos de montaña. Primero bajamos una pendiente pronunciada de más de diez kilómetros. Tengo el brazo destrozado de retener al caballo, que resbala constantemente. Si me vieras en estas pendientes pronunciadas y pedregosas, no podrías dejar de reconocerme cierta audacia. Y eso, amigo mío, es una victoria «del espíritu sobre la materia, de la voluntad sobre la carne», como se decía en otros tiempos. Yo nací audaz de pensamiento, de deseo, pero muy cobarde físicamente. No se trata de esa cobardía que consiste en tener miedo a la oscuridad, sino de temor a «hacerme daño», de ese temor instintivo, más rápido que cualquier razonamiento, que me hacía retroceder ante el ejercicio como consecuencia del terror de mis células a resultar lastimadas, dañadas.

[...] Pero volvamos al viaje. En la carretera, arcos de triunfo de vegetación, banderolas rojas y blancas (los colores de Sikkim), todo ello de dimensiones mínimas, y gente de diferentes razas: lepcha, tibetanos, buthia e indios. Al atravesar las aldeas, paso entre cabezas inclinadas: ¡ni que fuese Fallières! Cuando parezco el mismísimo Fallières es al llegar a orillas de un río donde habían construido unas cabañas de bambú, adornadas con telas de algodón floreadas, y una especie de paseo con arcos de follaje, y el propietario de las tierras, un pez gordo de la zona, me ruega que baje y descansen, exactamente igual que al maharaja. Por supuesto, era él quien había informado de mi paso y dicho que me rindieran estos honores. Junto a la cabaña del soberano había otra preparada para mí, con un sillón cubierto de cotonada amarilla sembrada de rosas y una mesa con toda clase de frutas cortadas en trozos al estilo hindú, pasteles y leche. Es toda una proeza identificar esas frutas exóticas peladas y troceadas. Como banana, papaya, caña de azúcar y pasteles. Todo excelente. ¿Por qué un duende travieso me inspiró la idea de probar una soberbia tajada de melón (o de lo que yo tomé por tal)? En realidad, era pepino. Sí, ya sé, parece un error sin importancia, pero si tú hubieras tenido que comerte aquel trozo de pepino del tamaño de una calabaza, habrías visto qué hacías. ¿Dejarla? ¿Tirarla? ¡Sí, ya, qué fácil! Delante de mí estaba el terrateniente acompañado de un acólito, ambos con las manos juntas, como Arjuna ante el señor Krisna en la imagen clásica que adorna la primera página del *Bhagavad Gita*. Yo parecía, en mi pequeña choza, más que un simple presidente de la República, una especie de deidad a la que aquellos dos buenos hombres adoraban..., así que me comí el pepino sin dejar ni un solo trocito. ¡Es un aspecto de los «inconvenientes de la grandeza»!

El gran lama probablemente pasará por aquí mañana a las seis de la mañana. Quizá llueva. Irá en el *dandie* y no habrá manera de verlo. El maharaja va a escoltarlo hasta Ari, donde pasará el día y la noche.

Creo que su hijo se unirá al cortejo. Está interesado en decirle algunas cosas y quiere hablar con él en Ari. Las molestias que se toma mi joven amigo serán en vano, pero, en fin, tranquilizará su conciencia y se convencerá de que no se puede confiar más en el papado asiático que en el de Roma. [...]

25 de junio de 1912

Despertar. No, vayamos por orden. Anoche, dos satélites del soberano se presentan con un regalo de su señor. Adivina... Una cría de búho metida en un cesto. ¡Esas cosas sólo pasan en los sueños! Pero no estoy soñando, y aquí me tienes provista de un búho de escasa edad que me da mucha pena y que gozará de libertad en cuanto pueda soltarlo.

Despertar a las cinco. ¡Nubes, lluvia! Anoche, el joven príncipe vino a ver a su padre y después a charlar conmigo. Acordamos que yo también iría a Ari; el dalai-lama no será tan madrugador como habíamos temido. Dejo partir al maharaja a las seis menos cuarto y monto en mi caballo a las siete y media. Ya no llueve, pero hay que apresurarse y recorrer los cinco kilómetros de subida pronunciada, por un camino imposible, a paso bastante vivo. Mi pony es excelente en las subidas. A lo largo del camino, grupos de gente aquí y allá, jarrones de cobre con ramos de flores y montoncitos de leña encendida sobre los que arde, a guisa de incienso, una planta verde muy común en la zona, cuyo olor recuerda al del pelitre. Es barato y hace mucho humo, pero yo paso entre todas esas humaredas con cierto desdén, porque lo que aspiré por la carretera en Lachen era incienso y sándalo. Finalmente llego al bungalow donde se espera al pontífice. Me invitan a entrar, voy a ver cómo preparan su dormitorio. Muchos periodistas hubieran querido estar en mi lugar, pero no los habrían dejado pasar. Después salgo y me dedico a vagar por el recinto, a observar a la gente venida de los alrededores —hay unas mujeres tibetanas guapísimas— y toda la parafernalia oriental. Al cabo de una hora anuncian la llegada del cortejo. Yo creía que el dalai-lama viajaría en su *dandie*, pero esa mañana monta a caballo y no lo reconozco hasta que prácticamente lo tengo encima. Más que un «papa», parece D'Artagnan. Los retratos dan una idea muy falsa de sus facciones duras, tercas, autoritarias; dicen que es cruel, y ésa es la impresión que da su rostro. El maharaja le presenta el tradicional chal y él lo bendice; luego va hasta el bungalow y desmonta. Dicen que es un jinete excelente, y su aspecto confirma este rumor. Parece ser que destroza a los caballos debido al ritmo al que cabalga por estas tierras montañosas y que los que le acompañan apenas pueden seguir su paso. Esa prisa debe de ocultar mucho nerviosismo. Las noticias de Lhassa vuelven a ser malas para él. Los chi-

nos envían hacia allí tropas de refresco. La ciudad está en llamas, los cadáveres se amontonan en las calles.

Vago de nuevo entre los grupos. [...]

El desfile de los solicitantes de bendiciones comienza a organizarse. Unos hombres provistos de largos látigos tártaros o mongoles los obligan a ponerse en fila y alzan el arma contra los recalcitrantes o los que tardan demasiado en ocupar su puesto. Aquí se conforman con amenazar, pero en Lhassa azotan a los devotos a base de bien. Laden La, que lo ha visto, me ha contado escenas lamentables.

El dalai-lama les pasea por encima de la cabeza —a cada uno de ellos, individualmente— las puntas de una especie de plumero hecho de tiras de tela. Ésa es la bendición para el vulgo. A las personas importantes —yo me cuento entre ellas— les impone las manos.

Continúo vagando entre la multitud. Espectáculos de este tipo no se ven todos los días. De pronto, un lama me detiene. ¿Qué dice? Mi boy balbucea algo. ¿Cómo? ¡Caramba! El dalai-lama va a recibirmee en audiencia privada. ¡Insigne honor! Sólo iba a recibir a los maharajas, padre e hijo. Pero no será enseguida. Los orientales nunca tienen prisa. Los maharajas, por su parte, deben de pensar que ya he paseado bastante y que necesito descansar, y envían a alguien en mi busca. Entro en la tienda. Reverencia a Su Alteza, cuyo hijo sabe que le estoy muy agradecida, lo noto en su mirada. Estas personas se muestran tan manifiestamente bondadosas y cordiales, y los europeos se empeñan de un modo tan mezquino en hacerles sentir que ya no son nada, que me sentiría inclinada a acentuar mis muestras de deferencia hacia ese viejo príncipe amarillo que con tanta candidez me regala un búho y, en su propio perjuicio, me cede una de las dos habitaciones que constituyen el bungalow de Rhenok, obligándose así a comer, dormir y dar audiencia en una sola estancia de dimensiones reducidas. A mí me parece un detalle que revela delicadeza y generosidad.

Volvamos a la tienda. Estamos como en la corte. Un sillón al fondo para el maharaja y dos más a los lados, uno de los cuales lo ocupa su hijo y el otro se me ofrece a mí. Nadie más está autorizado a sentarse, salvo dos lamas que vienen de visita y a los que se invita a hacerlo en una cama habilitada como canapé. Charlamos; luego se acerca uno de los lamas visitantes, un viejo que parece sumamente cómico. Saluda expresivamente, sacude al joven príncipe y me cuenta un montón de cosas que me traducen. Me ha visto en Kalimpong. En ese momento traen el té tibetano: ¡exquisito! Llevaré un aparato para hacer en casa. Los dos príncipes tienen sendas tazas con tapa y plato de orfebrería, la del maharaja de oro labrado con turquesas y una perla soberbia, la de su hijo de plata y oro con un botón de coral en la tapa. Yo he bebido

en tazas así, aunque menos suntuosas, en los monasterios; de momento me traen una taza europea.

Finalmente llega la hora de ir a ver al dalai-lama. El príncipe me servirá de intérprete. Hablamos del manuscrito que me envió, de algunas cosas que me parecen confusas, y me hace una propuesta que no esperaba: «Pídale las explicaciones que quiera; Mr. Bell (el representante político inglés) se encargará de hacérmelas llegar al Tíbet y yo le contestaré a todas.» Es muy amable por su parte, y el hecho de permanecer en contacto con el dalai-lama es una suerte que muchos orientalistas me envidiarán. Con todo, ese hombre no goza de mis simpatías; quiero decir que sólo la tiene a título general de hermano en el seno de la humanidad. No me gustan los «papás», no me gusta esa especie de catolicismo budista que él preside. Todo es aspereza en él; no hay ni cordialidad ni benevolencia. Nuestras Escrituras relatan que, cuando la gente iba a ver a Buda, lo saludaba al llegar y acto seguido se sentaba junto a él, y una antigua tradición cuenta que, hallándose Buda en sus últimas horas, un hombre que pasaba por el camino se enteró de que estaba allí y se acercó para hablar con él. Los discípulos, viendo a su maestro moribundo, quisieron evitar que se esforzase y despacharon al extraño. Sin embargo, Buda, que había oído el intercambio de palabras, llamó a su primo Ananda y le ordenó que dejara acercarse al desconocido. «Ha venido con el deseo de instruirse, Ananda, debo responder a sus preguntas.» Fue su último discípulo, pues unas horas más tarde Buda murió. ¿Te pareceré definitivamente perdida en mi misticismo, amigo mío, si añado que para nosotros, los que nos identificamos realmente con su escuela, continúa vivo y presente, porque un buda no es su cuerpo sino su *dharma* (su enseñanza)?

Pues bien, el dalai-lama parece de un natural muy distinto al de aquel a quien llama su maestro. Sin embargo, es mucho más inteligente e instruido en filosofía de lo que se cree en Occidente, eso es de justicia reconocerlo. [...]

Finalizada la entrevista... ¡Ah!, ¿sabes qué?, también él me puso un chal sobre el hombro. Uno ancho, blanco, de seda, que desprende un olor nauseabundo, aunque parece muy limpio. No sé dónde meterlo; de momento está colgado en el *bathroom*. Espero que el olor desaparezca, porque voy a guardarlo como recuerdo..., un simple recuerdo de viaje, una curiosidad de vitrina. No posee nada de la emoción sincera del miserable retal de muselina que me dieron y prometí conservar en la carretera de Tongu a Kampa Dzong, entre los rododendros en flor, una mañana en la que, al menos por un minuto, tres espíritus muy diferentes, el de un eremita del lamaísmo rojo, el de un príncipe amarillo que es una «encarnación» y el mío, comulgaron en

un mismo deseo, una misma aspiración. Ése no es una pieza de vitrina, sino de relicario, un recuerdo de esos momentos vibrantes y escasos que se dan en una vida.

Finalizada la entrevista, fui a ver de nuevo al maharaja pasando entre la muchedumbre de nativos, que miraban maravillados a la *mem sabib* (es el título que se da a las damas en la India y significa «señor hembra» o, si lo prefieres, «mujer de la casta de los señores») que el dalai-lama había recibido en privado. [...]

Éste es el balance de la excursión. Bastante satisfactorio, ¿no te parece?

Mientras escribo, entra un emisario con una bandeja de pasteles. Me moriría si tuviese que comerme todo lo que me envían. [...]

¡Ah!, ¿te acuerdas del osezno? Era un regalo para el dalai-lama; he visto que se lo llevaban junto con un montón de cajas, cestos y paquetes de regalo. Si al dalai-lama le regala una cría de oso, bien puede regalarme a mí una cría de búho! Por cierto, acabo de enterarme de algo desastroso. Mi búho todavía no sabe volar. No me queda más remedio que criarlo hasta que crezca lo suficiente. Menuda lata el dichoso búho. Además, esos animales sólo comen carne, y como en mi casa nunca la hay porque sigo un régimen estrictamente vegetariano, será comodísimo. En fin, los dioses me han enviado este ser, no sé con qué propósito, ¡los dioses son grandes! De todas formas, es un animalito encantador y de lo más gracioso.

Parto de nuevo mañana a las seis o las siete de la mañana, siguiendo la lluvia o el buen tiempo que se nos conceda. El maharaja se queda un día más en Rhenok. Creo que compartiré el bungalow de Pakyong con su hijo. Esta vez no habrá osezno en el comedor, no cerraremos la puerta y, muy probablemente, comeremos allí juntos, tras lo cual... encenderemos varitas perfumadas, leeremos una página de filosofía budista, hablaremos de un plan que estamos preparando para la reforma del lamaísmo rojo, cuyo jefe es él..., soñaremos un poco el sueño de los budas... Cada vez que nuestros caminos coinciden, por la noche celebraremos lo que tú llamarías en tono burlón nuestro pequeño «culto», y una vez, en Lachen, nos perdimos en la lectura del *Dhammapada* y las reflexiones que nos inspiraba hasta la una de la madrugada. [...]

Gangtok, 30 de junio de 1912

Te dejé en Rhenok entre mi exotismo maharajesco. Al día siguiente emprendí el camino hacia Pakyong, adonde el príncipe heredero llegó un poco después que yo, precedido de una banda de músicos nepaleses. [...]

En Pakyong, unos propietarios hindúes aparecen de inmediato

para presentar sus respetos y unas ofrendas, como en la antigüedad: arroz, verduras, fruta, «pepinos»... Pese a no ser alteza, yo también recibo alguna ofrenda: unos mangos espléndidos. Me divierto haciendo hablar a uno de los hindúes con la ayuda del príncipe, que hace de intérprete. El origen de la conversación es que mi visita al templo hindú dos días antes había causado sensación en el pueblo y el hindú se lo estaba contando a Kumar. Resulta que este propietario hindú es bastante instruido y sabe sánscrito. Es muy curioso.

[...] Esta mañana he predicado en el monasterio, tal como te había anunciado. Desde luego, los hay mucho más eruditos que yo en materia de religiones asiáticas, pero pocos han penetrado tanto en su intimidad. El príncipe se instala en su pequeño trono de jefe de la Iglesia del país y yo ocupo otro pequeño trono de menor altura situado frente a él. A continuación todos los presentes se sientan siguiendo el orden de prelación, cosa que, al igual que en China, es sumamente complicada. Pero antes de sentarse hacen interminables prosternaciones ante el príncipe, que para esta gente no sólo es el heredero del trono, sino una semidivinidad, una «encarnación» como el dalai-lama, aunque de menor dignidad. Siempre me resulta extraño ver a unos hombres, algunos de avanzada edad, intimidados hasta el extremo de no poder hablar ante mi joven amigo. Por cierto, ¿te he dicho alguna vez su edad? Quizá creas que tiene diecisiete años. Pues no, tiene treinta y tres, pero es tan joven de carácter, tan travieso, tan pequeño, tan imberbe, que uno no puede evitar tratarlo como a un chiquillo. Recuerdo que en Tongu persiguió a un joven yac y, tras una carrera endiabladísima, lo atrapó y me lo metió por la ventana en la habitación donde yo estaba escribiendo. Todos los que le rodean están de buen humor. Lamas barrigudos y lamas jóvenes, toda su pequeña corte es jovial y un tanto infantil. Ello no le impide ser un gran trabajador y levantarse todos los días a las cinco de la mañana. Tiene bajo su dirección especial la agricultura, los bosques y la instrucción, y se ocupa de todo ello activamente. Le deseo de todo corazón que encuentre a una mujer inteligente y que lo quiera; le encantan los niños y sin duda alguna sería un buen marido.

Pero nos hemos alejado del monasterio. Cuando se han prostrado lo suficiente, comienzan a recitar la fórmula ritual del «triple refugio». Creo que ya te la describí cuando te conté lo de Lachen. En tibetano es mucho más larga que en pali, y la acompañan de *mudras*, o posiciones simbólicas de los dedos. Me pregunto qué sentido tienen en esta ocasión, pero las ideas que germinan en el cerebro humano son tan singulares que nunca hay que sorprenderse de nada. Cojo, después de hacerlo el príncipe, unos granos de arroz de la bandeja que me presentan y los arrojo a puñaditos en el momento oportuno. Esto sig-

nifica que se desea alimentar a todos los seres de todos los mundos. Y ya está todo hecho: no es nada malo ni complicado. Aun así, tu hermana Eva pondría el grito en el cielo si se enterase de que tu mujer practica lo que ella llamaría «ritos idólatras y paganos».

Empiezo el discurso. [...]

He hecho un resumen histórico de los estudios orientalistas en Europa. Cómo se conoció el budismo, qué libros han sido traducidos, etcétera. He hablado de la fecha de los libros del *mahayana*, de la época en la que vivieron los grandes doctores venerados en la secta lamaista, de la introducción del budismo en el Tíbet, de la reforma de Tsong Kapa, de la fecha en que nació la creencia de que Chenresi se encarna en el dalai-lama. Todo ello, cosas directamente relacionadas con las creencias de mis oyentes. A continuación he hablado del budismo en los libros europeos, de las revistas y los libros publicados, de las sociedades existentes, etcétera.

Después he explicado que la necesidad actual es elevarse por encima de las distinciones de escuela y secta para acercarse a la doctrina filosófica primitiva. Entonces he recordado brevemente el discurso fundamental de Buda en Isipatana, citado y comentado pasajes de textos, recordado la actividad misionera de las primeras generaciones de discípulos, explicado lo que debe ser un verdadero miembro de la *sangha**, etcétera. Ya estás informado.

Se ha alargado todo muchísimo debido a la traducción frase por frase. Es extraordinario: cuando digo tres palabras, el traductor habla durante diez minutos, y eso no sólo ha sucedido esta mañana, sino que con mis sirvientes pasa lo mismo. Sin embargo, cuando pido puré de apio o de patatas no estoy utilizando un lenguaje filosófico. Pero da igual, la traducción es siempre de una longitud desmesurada.

Mientras tanto, habían dejado unas tazas delante del príncipe y de mí y nos servían té tibetano. Ésta es la manera de operar: cada cinco minutos, el encargado de servir se coloca delante de ti sosteniendo la enorme tetera en alto, casi a la altura del hombro, te bebes la mitad de la taza, él la llena, bebes otra vez, él vuelve, la llena de nuevo... y así a lo largo de horas y horas. Bebes varios litros y seguirías bebiendo... Durante todo este tiempo, yo seguía pronunciando el discurso. En el Tíbet, donde los oficios y la lectura de las Escrituras duran mucho, es costumbre servir té a los lamas en el templo. Bastantes escritores han descrito estas interminables degustaciones de té en los templos tibetanos, pero basándose en lo que les han contado o lo que han visto desde la puerta. ¿Cuántos europeos se han sentado junto a los lamas y lo

* Comunidad de discípulos constituida alrededor de Buda y que sobrevivió y se desarrolló tras su muerte. (N. de La T.)

han degustado con ellos? Muy pocos, si es que hay alguno, y desde luego ninguna europea. En lo que se refiere a haber estado sentado en un pequeño trono frente a un gran jefe religioso y «encarnación», junto al altar, y haber pronunciado un discurso desde ahí con una preciosa taza de plata y porcelana delante, eso es indudable, absolutamente indudable, que ningún occidental lo ha hecho. [...]

He recibido otro lote de fotos. Verás mi campamento, verás a mis culis calentándose ante una fogata de boñiga de yac y me verás a mí montada en mi yac, con una tibetana que lo sujetaba mientras hacían la foto. Esta ha salido muy bien. [...]

En cambio, todas las fotos que he hecho en el viaje a Ari son espantosas. El dalai-lama parece un «espíritu»; es como en las fotografías espiritistas, se ven sombras vagas. No sé qué ha pasado. Llovía, es verdad, pero ¿por qué está todo, no oscuro, sino confuso, como si hubiera fotografiado un torbellino? Tengo que escribirle a Mrs. Rhys Davids contándoselo. En su última carta, ella me contó que un hábil fotógrafo que fue con la expedición inglesa a Lhassa había fotografiado interiores de templos contra la voluntad de los lamas. Al hacer el revelado, en las placas no había nada. ¿Habré sido víctima de un fenómeno del mismo tipo? ¿Por qué? El dalai-lama y yo mantenemos buenas relaciones. De cualquier modo, se trata de ocultismo, me parece a mí, susceptible de dejar pasmados a los teósofos. Sería muy divertido si no fuera una contrariedad tan grande. Habría tenido un curioso recuerdo. [...]

Sidkeong Tulku me dice: «Irá a ver al rey de Siam, ¿verdad?». «Sí, desde luego, lo había previsto, y en él también encontraría a un amigo afectuoso», le contesto. Conocí al actual soberano de Siam cuando tenía diez años. ¿No es cierto, Mouchy, que soy muy afortunada por mantener relaciones cordiales con altezas y majestades de Asia? ¡Eso cambia tanto las condiciones de un viaje! Lástima que la condesa Otani haya muerto. Era una mujer notable y la hermana de la emperatriz de Japón. Cuántas cosas habría visto y hecho con ella... Pero todo esto me lleva a hablar de la continuación de mi viaje. [...]

Gangtok, 7 de julio de 1912

[...] Ante todo, Mouchy, una cosa. Tu última carta, en la que me describías un melancólico paseo dominical a orillas del mar, me ha afectado profundamente. Mira, querido, si realmente te resulta tan difícil soportar mi ausencia, regresaré. No puede ser que te sientas desdichado en Túnez, y lo que te dije en mi última carta sólo era en caso de que te fuera posible aceptar la situación sin dificultad.

No soy tonta y comprendo fácilmente que tus ocupaciones, por absorbentes que resulten, no son de una naturaleza tan apasionante

como las mías y no bastan para llenar una vida. Además, para los que creen en el efecto desencadenado en nuestra vida por causas muy antiguas, para éstos, numerosas vidas viven en su vida, hablan en ellos, incitan, se imponen, arrastran. El *Lalita Vistara*, esa obra de un poeta genial, sitúa en torno a Buda invisibles deidades que le murmuran al oído: recuerda tus deseos, tus aspiraciones, tus ruegos, tus promesas durante una serie multisecular de existencias, y cuántas veces has querido, con una voluntad ardiente, ser el que descubra la lámpara que ilumina y el que la lleve a las tinieblas donde viven los seres; cuántas veces te has esforzado, cuántas veces has soñado con ser un guía y conducir a los seres hacia la otra orilla desprovista de fiebre, de confusión, donde ya no hay muerte...

Lo que canta el poeta es una verdad profunda. ¿De cuántos pensamientos, deseos y voluntades es nuestro actual hábitat? ¿Cuántos han pasado a nosotros con las células permanentemente cambiantes de nuestro organismo? Y si eso, el sueño desmesurado que ha fascinado a los budas y a tantos otros, ha pasado ante mí con su gloria imperiosa, irresistible, ¿qué voy a hacer? Hay pensamientos que lo barren todo, que lo barren a uno de dentro de sí mismo. El pensamiento de la India, sea el de los Upanisad o el del budismo, es de éstos...

Pero no me veas, amigo mío, transformada en momia, en extática yogui inmovilizada en su lugar a orillas del Ganges. Buda fue un carácter energético, un hombre activo con toda la fuerza que implica el término, y no incita a sus discípulos al adormecimiento.

Yo pienso en los libros que escribiré cuando vuelva, preparo notas para uno con ilustraciones que se titulará *En el país de los lamas*. También redacto las nuevas preguntas que voy a enviarle al dalai-lama y las que le serán dirigidas a ese tashi-lama de Gyatze que conoces por el libro de Sven Hedin.

[...] Te lo repito, mi querido cordero, si te cuesta demasiado dejar que prosiga estas aventuras cuyo objeto es el estudio, regresaré.

Gangtok, 21 de julio de 1912

[...] Mantengo largas sesiones con el director de la escuela; él me lee y me traduce libros tibetanos y yo retengo lo que puede servirme. Luego lo escribo para cuando vuelva a casa y llegue el momento de utilizarlo. Mi mente está un poco cansada. He traducido fragmentos bastante largos de las Escrituras de la escuela del sur para algunos eruditos de Sikkim. Desearía retirarme una temporada a una caverna y no hacer nada, como mi amigo «el gran yogui» de la frontera tibetana. Pero el «hombre santo» vive de gachas de cebada que prepara él mismo y come en la misma escudilla que cocina. Es una vida poco complicada. No necesita criados. No teme a los mosquitos ni a las sanguí-

juelas y, como buen tibetano, puede prescindir perfectamente de bánera. Yo no he llegado hasta ahí, o ya no estoy ahí. ¿En qué sentido hay que considerar la evolución y el progreso? Ese sabio de las altas cimas himalayas que me expresó profundos pensamientos filosóficos, se entretuvo con la candidez de un niño mirando por el visor de mi cámara fotográfica. Pertenecemos a otro mundo, es indudable. Pero no cuando razonamos filosóficamente, pues con términos distintos, e incluso no muy distintos, concebimos el mismo pensamiento y tenemos los mismos sueños. Sin embargo, al descender a la vida material estamos extraordinariamente alejados, y su retiro resultaría demasiado rudo y rudimentario para la yogui civilizada que soy yo. [...]

El gran tema de conversación aquí sigue siendo los acontecimientos del Tíbet. Al parecer, el gobierno lamaista ha ordenado que se les corte la nariz a los tibetanos que durante los dos últimos años se han casado con chinos. Éstos se han puesto furiosos tras esta actuación. También se ha dado orden de cortar la lengua a cualquiera que informe de lo que sucede en el país. Encantador, ¿no? [...]

Gangtok, 27 de julio de 1912

[...] Tengo una cómoda habitación que da a un hermoso jardín; en resumen, para el poco tiempo que voy a quedarme aquí, estoy lo mejor posible. No es que me falten ofertas. El maharaja y su hijo me ofrecieron ambos su hospitalidad. Si hubiera sido libre, habría preferido aceptar la invitación de uno u otro de ellos. Habría estado en condiciones de observar los hábitos, las ceremonias y cientos de cosas interesantes, así como de charlar con los miembros de la corte; de esa forma se aprende mucho sobre las costumbres y la vida de un país. Pero, ¡ay!, en la India un europeo, y todavía más una europea, es propiedad de los otros «blancos». Ellos se muestran muy amables contigo siempre y cuando tú te comportes sin salirte de los límites trazados para los miembros de la «raza superior», y yo ya los he traspasado demasiado. Mis relaciones con los «nativos», aunque éstos sean de rango principesco, parecen impregnadas de una idea demasiado igualitaria. Debería hacer que el viejo maharaja sintiese que no es más que un amarillo, un tibetano, y que por mis venas corre «sangre azul». Pero el caso es que ese buen hombre ingenuo y sencillo que me regala, como en épocas pasadas, frutas y verduras de su jardín me resulta simpático, y consideraría un acto dictado por un corazón ruin y un cerebro necio no darle la satisfacción de ser tratado como un príncipe. En cuanto al pequeño maharaja, es un compañero encantador, un correligionario para mí y un joven infinitamente más inteligente que cualquier blanco de aquí. No incluyo al residente, que es un hombre ins-

truido. Aparte de los diplomáticos, personas de agradable compañía, los ingleses de la localidad son buena gente, pero de educación mediocre, y yo he conservado intactos y enraizados los principios de mi aristocrático convento belga: el aprecio a los buenos modos en palabras y gestos, o más bien debería decir la necesidad de ellos. La vida de *sannyasin* que he llevado desde hace meses, especialmente aquí, en el Himalaya, ha contribuido a que me sienta más ajena aún a las conversaciones triviales, cuya necesidad no tarda en reducir a la tosquedad de sentimientos... Los devas hablan a los solitarios en un lenguaje tan bello a través del susurro de las hojas, la canción de la lluvia en los bosques, el murmullo de las cascadas y la potente voz del viento... [...]

Te he contado todo esto para dejar claro que estoy en casa de estos ingleses a mi pesar. No, como en tu caso, porque no me guste su raza, al contrario, sino porque la pequeña burguesía me horroriza. En el pueblo y en las clases sociales altas se encuentran caracteres, virtudes y vicios; la pequeña burguesía sólo ofrece una mediocridad odiosa. Aquí, la mujer habla incansablemente de sus mermeladas, el marido toca el violín... y yo pienso en la música tibetana de palacio. Esa extraña música que no se parece a nada conocido, por donde pasan los sueños de una curiosa nación perdida en sus montañas áridas, una música a veces terrible..., tan grave, tan lenta, y que te hace estremecer en medio de la noche.

Pues bien, los «blancos» que me han tocado en suerte pusieron el grito en el cielo ante la idea de que aceptara una invitación procedente de los maharajás. Unos «nativos» no son dignos de alojar a una *ladie*. Además, por si fuera poco, esos pobres amarillos son «inmorales». Si, lo son porque sus hábitos matrimoniales no son iguales que los nuestros. En el Tíbet se casan por familias. La mujer del hermano mayor lo es también de los hermanos menores. En cuanto al joven príncipe, se le reprocha no haberse casado, y de ahí a suponerle caritativamente una conducta abominable no hay más que un paso. Resumiendo, comprendí que me era imposible aceptar la hospitalidad de palacio. Esto, por suerte o por desgracia, contribuirá a acortar mi estancia. Por suerte, porque se ha producido una coincidencia muy interesante; por desgracia, porque ha sido demasiado tarde. He descubierto que en el Tíbet hay una especie de reformista religioso que ha publicado libros que constituyen un ataque inteligente y sistemático al lamaísmo, una especie de abad Loisy tibetano. Para mí, que estudio los movimientos modernos, se trata de un raro hallazgo. Pero desentrañar algo a través de los libros tibetanos con el intérprete holgazán que tengo resulta laborioso y no sé si podré hacer algo. [...]

Creo que dejaré Gangtok a fines de esta semana. [...] No he venido aquí para vivir entre los burgueses ingleses. [...] Todos los europeos se

encuentran sometidos a los misioneros. Evidentemente éstos están, de momento, al servicio de la política de los blancos. Digo de momento porque se trata de un arma de doble filo. Se empieza a ver en las grandes ciudades de la India, donde algunos pastores indios figuran entre los más feroces antieuropeos.

No quisiera estar en el lugar del pobre futuro maharaja. Su padre es un buen hombre de alma sencilla que quizás no ve con mucha claridad lo que ocurre a su alrededor. Pero él ha sido educado de otra forma, ha asistido a escuelas occidentales. Creo que comprende muchas cosas que finge no ver, con ese enorme poder de simulación que tienen todos los orientales. Cuanto más se penetra en la vida de Asia, más sobrecoge lo trágico que emana de ella. La India es terriblemente trágica. Es algo que no se puede describir, no hay palabras para expresar esas cosas, pero, tanto a través de las calles indígenas de Calcuta como en las localidades rurales, algo te habla, te cuenta, unas voces salen de todas las casas, hablan en las miradas de los transeúntes, exponen la historia lamentable del país, esa especie de fatalidad que cae sobre los habitantes. Se está sumergido en una atmósfera de drama que opriñe, ahoga... ¿Qué saben los turistas de eso? No cabe duda de que antes o después se volverán las tornas, y el cristianismo habrá contribuido en gran medida a ello. Entendido a la manera de las Iglesias, que no es la del Evangelio —porque el Evangelio expresa también un sueño de Oriente—, es una religión de miras estrechas, de un positivismo tremendamente material. Sopla sobre los éxtasis de los hindúes, barre sus ensoñaciones perfumadas de infinito, les dice que el tiempo pasa con rapidez, que es preciso actuar, moverse..., lo que en el lenguaje de Occidente significa luchar. Y un día todos esos amarillos y todos esos arios cuya piel no es blanca, y esos drávidas de tez oscura, lucharán, y ese día los blancos pagarán. Eso pondrá fin a las disputas entre las «potencias».

Mientras tanto, los chinos se destruyen entre sí, y podemos estar seguros de que las mencionadas «potencias» se aprovechan de toda esa trifulca. Inglaterra está tomando poco a poco el Tíbet. Ha instalado el telégrafo hasta Gyangtse, mantiene allí a algunos soldados y tiene en toda la región telegrafistas militares, supuestos agentes comerciales que son en realidad agentes políticos. La derrota de los chinos en el Tíbet favorece sus planes. [...] En este mundo, la imbecilidad es la gran diosa. Hace muchos siglos que Buda y otros lo dijeron. Es imposible contemplar la comedia humana sin quedar embargados —cada cual según su temperamento— por la cólera, el desprecio, el asco o una piedad infinita. Esa cólera, ese desprecio y ese asco es lo que los *sannyasin* entierran bajo la túnica color de aurora, que indica, según la raíz de la palabra sánscrita, el rechazo a todo lo que constituye la vida

del mundo: las observancias, los prejuicios, las leyes, las religiones. Bajo los sagrados ropajes vivieron anarquistas profundos, auténticos, de los que piensan, no de los que, en su candor, creen que una bomba o una puñalada puede cambiar la lenta evolución de las cosas. Pienso en Bhartrihari, el hermano en ideas de Yang-tchou; en los *risi* autores de los *Upanisad*. ¡Qué formidables destructores! Pronunciaban menos palabras que Nietzsche o Schopenhauer, pero sus ideas eran mucho más profundas y, a su lado, los filósofos de moda como Bergson y compañía parecen pobres fantoches. Ellos habían visto realmente a Siva cara a cara, y creo que el Gran Dios, Mahadeva, como lo llaman sus fieles, también me ha complacido intensamente; me ha favorecido con su visión durante mi estancia en esta región que le está consagrada. Hongos que una noche de calor húmedo hace brotar en la estación de las lluvias, eso es lo que son todas las cosas, hombres o sistemas solares, ideas o sentimientos... Hongos..., un poco de polvo organizado que se desmenuza en unas horas y empieza a formar nuevos hongos.

Esto es filosofar sobre asuntos casi políticos. Ya huele a Calcuta y al Ganges, hacia los que voy a regresar con el corazón un tanto encogido al pensar en la excesiva brevedad del paseo por las estepas de Khampa Dzong... Siempre hay algo más lejos... La tierra es redonda, y hacia ese «más lejos» es hacia lo que alargamos los brazos. ¡Hay algo más fascinante que dos raíles de tren que se extienden hacia el horizonte, que una carretera que sigue, sigue...! Ah, soy una caminante! Creo que las hadas que presidieron mi nacimiento me dijeron también la fatídica frase tan bellamente expresada por Richepin: «¡Vamos, caminante, camina!» [...]

Gangtok, 5 de agosto de 1912

[...] Demuestras sensatez, Mouchy, al comprender que los seres tienen diferentes caminos y que sólo cosechan sufrimiento cuando quieren utilizarlos para tareas que su destino no les asigna. En Occidente, eso no se acaba de entender. Somos las criaturas de la moral y los deberes uniformes. La India sólo cree en la moral religiosa y social, así como en las reformas y las prácticas religiosas, cuando se trata de la masa. Hay seres, piensa, que están por encima, o al lado, de la moral, de los deberes, al igual que están por encima de las formas religiosas y las leyes sociales. Claro que es terriblemente exigente con sus libera-dos y que éstos deben hacer muchos sacrificios a cambio del derecho a estar por encima..., al margen.

[...] ¿Indultó Fallières a los árabes o los mataron? Recuerdo aquello que me contaste durante los disturbios, a Gordon diciendo en el hospital, ante un niño herido: «¡Un golillo muerto por sus ideas!», y a Brunswick respondiendo: «No, por las de los demás.» Esta réplica

parece muy maliciosa, muy fuerte; en el fondo, es estúpida. ¡Nuestras ideas jamás son nuestras sino por adopción! Al igual que hemos recibido nuestra carne de nuestros padres, que nos han engendrado, y de los alimentos que hemos asimilado, nuestra mentalidad está hecha de préstamos. Ciertas ideas conectan con algunas fibras de nuestro ser, las hacen vibrar, son nuestras ideas, las que pensamos conjuntamente con muchos otros; otras no nos dicen nada. Toca el tambor delante de un sordo: ¿qué pasará? Pronuncia determinadas palabras ante determinadas personas: las comprenderán y estarán dispuestos a morir por ellas. Todo este mecanismo es más complicado de lo que creen los simples diseccionadores de cadáveres. En los seres hay algo más que lo que ellos descubren en la materia en descomposición; está la vida, el espíritu, por emplear un término antiguo..., el espíritu, que, como el viento, «no se sabe ni de dónde viene ni adónde va». [...]

Gangtok, 11 de agosto de 1912

[...] Probablemente daré una conferencia en Calcuta durante los días que permanezca allí. Una conferencia sobre un tema orientalista, naturalmente. Tengo intención de hablar acerca de los puntos de contacto existentes entre el vedantismo y el budismo. Es muy presumioso por mi parte, lo sé, tanto más cuanto que la daré en la universidad, ante los profesores del college de sánscrito, los estudiantes, etcétera, y que la organizará una sociedad vedantista compuesta por brahmanes muy duchos en filosofía hindú. Pero, después de todo, he sido elegida miembro de honor de esa sociedad.

Además, el despertar del budismo alrededor de la India y en la propia India hacen que aquí sea un tema de actualidad. Se trata de un problema vivo, y me gusta buscar la solución tanto a través de las Escrituras brahmánicas y budistas como de los cerebros eruditos y los pensadores de ambas confesiones.

[...] Te lo ruego, dame todos los detalles de tu estancia en Francia, sabes que me interesan mucho. Querido, aunque estoy lejos y, no lo oculto, mi viaje de estudios por Asia me parece sumamente interesante y satisfactorio, no creas que me eres indiferente o que no siento ningún afecto por ti. Esto puede parecerles paradójico a los *spiritus superficiales*, pero sólo a ellos.

Los dos teníamos, y sin duda yo más aún que tú, una fuerte predisposición para la vida de soltero. Conmigo quizás no te encuentres «bastante» casado; con otra quizás te habrías sentido «demasiado» casado. Eso, puedes estar seguro, mi buen y gran amigo, habría sido cien veces peor teniendo en cuenta tu carácter, y entonces habrías sido tú el que hubiera «salido de casa». [...]

[...] En lo tocante a introducciones, también escribí el otro día, de un tirón, la del libro que tengo en mente titulado *La India mística*. Y estoy igualmente satisfecha de este principio. El principio de un libro o de un artículo es siempre lo más difícil. Tomé como punto de partida el símbolo del santuario del templo de Chidambaram: el cortinaje tras el que no hay nada. Pero esa nada, ¡qué llena está de pensamientos!

[...] El otro día, en casa del príncipe, mantuve una interesantísima conversación con su profesor de chino. Cuando voy a su casa a tomar el té, casi siempre invita a personas que pueden interesarme y paso ratos muy agradables.

El chino es un tao-sse, es decir, sigue una de las dos doctrinas de la filosofía de Lao-tse. Dista mucho de ser un erudito y pertenece a la más degenerada de las dos sectas, pero es inteligente, tiene una mente despierta y su alma de oriental materialista es curiosa.

Le pregunto cuáles son los preceptos religiosos más esenciales... Me responde con consideraciones morales y sociales, entre las que me llaman la atención la obligación de los ministros de ser integros y no tener miedo, de advertir intrépidamente al soberano que se desvía o desatiende voluntariamente sus deberes para con el pueblo y, si no se les escucha, de suicidarse ante el mal monarca. Dice esto con respeto y sin ostentación, como si se tratase de una ley absolutamente natural cuya ponderación fuera indiscutible. Y yo pienso que eso se ha hecho centenares de veces en su país.

El chino va vestido de seda azul oscuro, tiene unos ojos bonitos, unos ojos en cuyo fondo brilla una llanita danzante y desde cuyo centro alguien parece mirar. En la India se ha escrito mucho sobre ese habitante misterioso que reside en la pupila. El príncipe, sentado junto a mí, lleva un traje de brocado granate sobre otra vestidura de seda amarilla que asoma en el pecho y por debajo de las largas mangas. Un toque azul en el forro del traje granate completa la curiosa armonía de los colores. Bebemos innumerables tazas de té tibetano y el chino cuenta «el origen del mundo».

«No se debe creer que un dios hizo el mundo, como dicen los europeos.» ¡Cuánto desprecio en ese término: «los europeos»! Los europeos, que tienen cánones pero «piensan como salvajes», en palabras de la señora Ouari-Ki-Tzeng, de la embajada china en París.

«El mundo se hizo solo, se deshace y se rehace solo. Se produjo un movimiento giratorio en la materia fluida y ésta, debido a la rotación, se solidificó.» A mi mente acude la imagen de un recipiente gigantesco lleno de mayonesa. «Luego se produjo un estallido en el centro del núcleo de materia comprimida y los fragmentos proyectados formaron diferentes cuerpos celestes.»

El príncipe, que no es un pozo de ciencia o, mejor dicho, en el que se combinan demasiadas ciencias distintas —la de Oxford y las de los lamas hechiceros—, me interroga con la mirada para saber si apruebo la idea de la mayonesa de soles. [...]

Queridísimo Aluch, pareces desear mi regreso con cierta insistencia.

No voy a desaparecer, como algunos europeos han hecho, en el suelo movedizo de la vida religiosa oriental. Conozco el terreno desde hace mucho tiempo y sé caminar por él manteniendo el equilibrio. No se trata de «embriaguez», como tú dices, y la túnica naranja es simplemente un velo que, con una gran lucidez, se tiende entre uno mismo y los horrores de la existencia..., los horrores que uno lleva dentro de su ser. La India no conoce claustros para encerrarse, para aislarse de la vida de los seres. Sus santos y sus pensadores sólo inventaron la muralla, totalmente moral, de una tela de un color especial, luminosa y fresca bajo la intensa claridad del cielo, que habla de amaneceres y jardines floridos. Eso basta. Tal vez sea pueril, pero ¿no somos acaso eternos niños?... Conoces mis proyectos: dedicarme al orientalismo de una forma más inteligente que en el pasado. Escribir, dar un curso en la Sorbona. Estas ocupaciones están en perfecta armonía con la situación en que me hallo entre los promotores del movimiento reformato religioso en Asia.

Nunca se me ha ocurrido que estos proyectos pudieran impedirme regresar a casa, si tú no ves ningún obstáculo para que lo haga. Ahora bien, en lo que se refiere a regresar de inmediato no te ocultaré que no me parece deseable. Sí, sí, yo también tengo mis horas bajas. A veces me encuentro muy cansada, me recreo imaginando con complacencia que estamos los dos tomando café en los divanes del salón. Llevo una vida poco cómoda que haría retroceder a mucha gente. En Gangtok ya no hay verduras; sólo tengo patatas y arroz... La cocina de Sophie está muy lejos y, en ocasiones, como a los anacoretas del desierto, me asalta la visión de suculentos manjares. Una vida muy dura, de trabajo, te lo aseguro... Quizás este viaje sea el último. ¿Interrumpirlo?... ¿Puedo estar segura de que algún día lo reanudaré?... Proseguirlo supone un incremento de sacrificios morales y materiales para ti.

«Quieres, puedes hacerlos por amor a la sabia ancianita con gafas que viste un día en un sueño profético? Tú eres quien debe responder.

Sé que es pedir mucha generosidad. Mi amigo Sen, el director del periódico, a cuya casa me envías las cartas, siente por ti una admiración excesiva y acumula adjetivos sánscritos elogiosos para glorificar a un marido que, en lugar de atraer egoístamente a su mujer hacia lo que los hindúes llaman «la vida inferior», la ayuda a caminar por el sende-

ro del saber. Te reirías si oyenes todo lo que dice ese excelente hombre y cómo te describe rodeado de una aureola.

[...] En lo que a mí respecta, me he puesto de nuevo a escribir casi habitualmente esos caracteres devanagari* que parecen terriblemente embrollados y mi escritura ha mejorado. El inconveniente es qué detrás de ello está la gramática, y se diría que la han inventado para volver loca a la gente. Quisiera aclararme un poco con esto, aquí, para poder trabajar después sola en casa, porque te aseguro que sin maestro la tarea es prácticamente imposible. [...]

Gangtok, 1 de septiembre de 1912

Voy a contarte la excursión que te anuncié en mi última carta: un sueño más de los muchos que estoy teniendo en esta Asia que comprendo y que me comprende. Salimos una mañana soleada el príncipe, el director de la escuela, yo, una especie de chambelán y otros satélites, doce personas en total. Los porteadores del abundante equipaje se habían adelantado con los sirvientes. [...]

Nos ponemos en marcha (el «nos» hace referencia a nosotros tres, ¡los personajes!) charlando de diferentes cosas: cuestiones religiosas y filosóficas, sociología y problemas económicos entremezclados con consideraciones científicas. Mis dos compañeros se encuentran, en lo que respecta a su pensamiento, muy alejados de nuestra civilización, pero poseen una mentalidad infinitamente más elevada que la de los ingleses que habitan en su país. [...] Ni el uno ni el otro son caballeros u «hombres de mundo». No, desde luego, ni siquiera el pequeño príncipe. Son tibetanos con una ligera capa de occidentalismo que se diluye rápidamente en medio de la jungla. Distan mucho de tener el cerebro de un genio, pero piensan con naturalidad en cosas naturales y no son lisiados morales. [...]

El camino es largo: seis horas de marcha sin descansar. La llegada al monasterio es deliciosa. Media milla antes de llegar a su morada, vemos a los lamas que han venido a nuestro encuentro: una larga fila de túnicas granate-púrpura alineada sobre la cresta de una montaña y, tras ella, el fondo majestuoso de un incomparable paisaje montañoso. Prosternaciones, incienso, y proseguimos la marcha precedidos por la procesión rojiza. Enseguida aparece el monasterio encaramado en lo alto de una montaña escarpada, un vastísimo edificio de hermoso aspecto, casi imponente en el marco maravilloso que lo rodea. El príncipe desciende del caballo sobre una especie de pedestal cuadrado cubierto con una alfombra, desde lo alto del cual recibe más prosternaciones. Yo, que no

* Escritura empleada para las lenguas védica y sánscrita, así como para cierto número de lenguas indias modernas. (N. de la T.)

me reconozco ningún derecho al pedestal, desmonto y miro atentamente, muy atraída por el extraño decorado tan distinto de los de Occidente. Y me recreo en la contemplación hasta que, desde el umbral de la puerta, el príncipe me dice riendo: «¡Eh! ¿Es que no viene?» Voy, y subimos una escalera muy ancha pero empinadísima. Al llegar arriba, primero somos conducidos al templo superior. En todos los monasterios de Sikkim hay dos santuarios superpuestos. Lo miro todo y salimos; luego el príncipe me muestra una habitación muy grande, frente a la puerta del templo, y me pregunta si me parece apropiada para mí. Me parece apropiadísima, pues desde el amplio balcón la vista es espléndida. El único inconveniente es que el papel que sustituye a los cristales de las ventanas, que son del tamaño de cuatro ventanas corrientes, está roto, y la gran estancia, situada en una esquina del edificio, está excesivamente ventilada. Colgaremos unos tapices... Conviene tener buenos pulmones cuando se viaja por el Himalaya. A continuación el príncipe me muestra su habitación. Creo haberte dicho que es abad de este monasterio, de modo que cuenta con una instalación permanente, aunque rudimentaria. Hay un altar donde destacan las imágenes de Padma Sambhava y el *dbhyani-buda* Amitabha, ante las cuales arde una gran lámpara de plata. Junto al altar, una especie de sofá y una mesa donde se aprecian objetos rituales que utilizan los lamas y a los que mi amigo Tulku, en un exceso de modernidad, ha añadido irrespetuosamente un timbre para llamar a sus sirvientes. Además de eso hay otro sofá que sirve de cama, una mesa, dos sillones un tanto desvencijados y, contra una pared, unas cajas en forma de ataúdes donde se guarda la vajilla, la ropa de cama y los objetos que el maharaja-abad del convento tiene allí. El cuarto de baño... es el balcón, protegido por una tela de las miradas indiscretas, pero no del viento y del frío, y me estremezco al pensar que, en el otro extremo de la casa, en mi habitación idéntica a ésta, me espera el mismo cuarto de baño.

La caminata nos ha abierto el apetito, así que el té tibetano y diversos alimentos son bien recibidos.

A continuación voy a visitar el templo y se me permite entrar en un pequeño recinto donde los lamas practican sus ritos mágicos. Allí veo a la Kali de los hindúes... ¡Esta buena mujer se mete en todas partes! [...]

Después de cenar charlamos, acompañados en sordina por las recitaciones de los monjes en la planta baja y la extraña música que marca las pausas. Qué lejos de Europa me encuentro ante ese superior de un monasterio lamaista, «encarnación» y jefe religioso del Himalaya, hablando sobre cómo llevar a cabo una reforma religiosa mientras, por encima de la lámpara de plata, el Padma Sambhava del altar parece desafiar a que ataque su obra.

El sueño no se hace de rogar después de la larga marcha por las montañas. Me dirijo a mi habitación sorteando a los numerosos sirvientes que se instalan para dormir en el vasto corredor. Me asomo al balcón. La luna ilumina un conmovedor paisaje de nubes y montañas. Soy la primera mujer que ha pasado la noche en este monasterio. La habitación, con sus ventanas de tablas entrecruzadas y papel rasgado, parece un decorado teatral. Han colgado algunas cortinas, pero el aire fresco y húmedo de la noche entra a raudales. Se diría que mi diminuta cama de campaña, con su mosquitera baja, danza por la vasta estancia. Han colocado una gran alfombra azul en el suelo y la mesa está cubierta con una espléndida pieza de seda carmesí bordada. La luna penetra por todas las aberturas y lo acaricia todo con su claridad azul. Hay que pellizcarse para estar seguro de que no es un sueño.

A la mañana siguiente predico en el gran templo sentada sobre una piel de leopardo. Los monjes rojos, en cuclillas sobre unas alfombras, forman dos largas filas que van desde el altar hasta la entrada, el príncipe-abad ocupa su trono episcopal frente a mí y el director de la escuela, de pie, a mi lado, hace de intérprete.

A mediodía montamos en los caballos para ir a otro monasterio situado más arriba, el antiguo monasterio real de la época en que la capital de Sikkim era Tumbong. Desde allí, el príncipe me la muestra: la antigua ciudad de sus antepasados... no es más que un montículo verdeante en la cima de una colina... ¡«Impermanencia» de las cosas! Ilustración de la lección que proclamó Aquel cuya imagen está detrás de nosotros sobre el altar.

Regresamos a pie porque la bajada es demasiado pronunciada para los caballos. Toda la caravana chapotea como una bandada de patos entre los riachuelos que cruzamos. Toda esta región está en plena jungla, una auténtica morada para cenobitas, para espíritus hastiados de la vana agitación del mundo. Dudo que los tibetanos que me acompañan perciban la 'sobrecogedora poesía del lugar y del momento' como lo hace mi alma selecta de ultracivilizada, si bien el príncipe ha adoptado una expresión grave. Pasó aquí ocho años de su desdichada infancia con un lama preceptor. No hay mucho romanticismo en esa historia, la historia trivial de un niño que perdió a su madre y cuyo padre, tras volver a casarse, dedicó toda su solicitud al hijo del segundo matrimonio. Todo lo que me rodea tiene un aire medieval: el príncipe-abad, la rusticidad pomposa de la etiqueta de su corte minúscula, esa mezcla de realeza y conventualismo, ese hormigueo de sirvientes con bonetes blasonados y los pies descalzos... Es un sueño de un mundo muy antiguo, muy lejano.

El Kumar decidió ir a Fenzang al día siguiente y regresar desde allí a Gangtok. El camino es largo y difícil. Es imposible llevar caballos;

hay que cruzar tres ríos sobre cañas de bambú, y eso sólo es factible para caballos de circo. [...] Ya estamos deambulando por pendientes empinadas. Es la jungla sin caminos. Unos campesinos han cortado ramas y hierbas para abrir un sendero, pero las piedras y los matorrales siguen entorpeciendo el paso. Llegamos al río. Cuando el director de escuela se encuentra en el centro de las cañas que forman un puente, el príncipe le grita que se están rompiendo y el infeliz se aturulla, provocando la risa general. Aunque no soy ni mucho menos una acróbata, esos puentes no me causan ningún problema, y cuando le paso la cámara al príncipe para que me fotografíe sobre él, me pasco un buen rato. Espero que los negativos salgan bien; te mandaré unas copias en cuanto las tenga.

Se acabó la risa. Ahora hay que escalar en vertical bajo un sol torrido. Es duro, muy duro. Salí de Gangtok el día en que empezaba a estar cansada y tengo palpitaciones y tendencia a pillar una insolación a pesar de llevar sombrero. El joven maharaja, por su parte, no tiene ni corazón ni pulmones, o más bien tiene todo eso de excelente calidad. Ese hombrecillo escala como un verdadero alpinista, y en realidad lo es. Me molesta un poco quedarme atrás, pero realmente soy incapaz de mantener su paso bajo este sol y subiendo esta pendiente. Sumerjo varias veces un pañuelo en agua para ponérmelo sobre la cabeza, debajo del sombrero. A media pendiente encontramos una cabaña de ramas, unos campesinos que se prosternan y nos ofrecen cerveza de la región. Es la ofrenda más común. De trecho en trecho, un hombre sale de la espesura con su recipiente de bambú lleno de cerveza y se prosterná tres veces, el chambelán le presenta el recipiente al príncipe, que no lo toca, y el hombre se lo lleva. En este caso se trata de una recepción de un pueblo entero; de ahí la presencia de la choza de hojarasca. Nos sentamos dentro con alivio y pedimos agua. El maharaja Kumar echa en el agua un puñado de un producto inglés muy famoso, *Enos' fruit salt*, y me la ofrece. Aquello hace espuma y le da al agua un sabor de Saint-Galmier..., pero dicen que esta bebida es purgante, lo que me hace temer los efectos de mi avidez.

Seguimos escalando. Son las once de la mañana y el sol es implacable. Por el camino me hablan sobre los árboles de diferentes esencias. El pequeño maharaja, que dirige el departamento de bosques, posee grandes conocimientos botánicos y agrónomos. No me refiero a la ciencia libresca, sino a ese conocimiento campestre y familiar de los que viven con las plantas y conocen sus costumbres. [...]

Los monjes me esperan un poco antes de llegar al monasterio. Saludos; luego, en procesión, llego al edificio. Arriba, en el templo superior, encuentro al príncipe instalado en un diván, descalzo como todos los orientales. [...]

Me instalo en otro diván. Al lado de cada uno de nosotros hay una mesita enana; en cuanto al director, no tiene mesa, sólo una alfombra cuadrada. La colación está servida. Los manteles son hojas de bananos y los platos están cubiertos con hojas similares. Comemos huevos, maíz asado, maíz tierno rallado y seco, higos... Yo he cenado en casa del príncipe; tiene cubiertos de plata y una hermosa vajilla. Sin embargo, parece realmente feliz ante estas hojas de banano, devorando como un campesino el maíz y la fruta. Pienso en lo distintas que son de nosotros esas razas de Asia, pese a lo que aparentan aquellos de sus miembros que han recibido una educación occidental. Durante mi estancia aquí, me he dedicado intensamente a estudiar de cerca a esta pequeña corte amarilla, pero volvamos al monasterio. Los lamas en pleno han venido a presentar sus respetos y... una bandeja con varias docenas de huevos frescos, una botella de leche y mantequilla. El chambelán pronuncia un discurso sosteniendo un chal blanco en la mano, las ofrendas campestres están en el suelo, los lamas rojos se prosternan tres veces tocando el suelo con la cara. El chambelán habla con voz trémula debido a la emoción; se diría que un respeto extraordinario lo paraliza, y los monjes rojos también están casi temblando ante Sidkeong Tulku, que preside la ceremonia desde el diván, al parecer convencido de su superioridad. Estoy segura de que todos «piensan» su papel e interpretan su personaje con sinceridad. Y un rato después, cuando la ceremonia haya acabado, príncipe, chambelán, lamas, todos se pondrán a charlar, a reír, a contar burdos chistes tibetanos con la mayor familiaridad y sin el menor decoro. No serán más que un grupo de alegres y fraternales bárbaros. Yo me siento como un ibis rosa del Nilo, encaramado sobre unas largas y delgadas patas, en medio de una manada de oseznos.

El monasterio no es grande, pero posee auténticos tesoros en estandartes antiguos, libros y objetos diversos. Tras la colación, voy a ver el templo de la planta baja. Hay bellas estatuas muy artísticas que en cierto modo permiten excusar la idolatría. Poco después toda la tropa se reúne conmigo. El príncipe, que encabeza la comitiva, se prosternó tres veces con ardor; es un sincero creyente. Los demás le imitan en fila.

[...] Al anochecer, después de haber visitado las casas de unos lamas, nos instalamos en el balcón del monasterio y el príncipe ordena que se organicen danzas de muchachos. Bailan la danza de los esqueletos: Yama, el rey de los muertos, envía a unos emisarios a la tierra a fines de año. Te parecerá que el tema no es muy alegre, pero el lamaísmo es una religión terrorífica: hacen juegos malabares con cráneos, todo son cosas macabras. Sin embargo, aunque su religión tenga ese carácter, los tibetanos son alegres y, mientras los esqueletos evolucio-

nan ante nosotros, el príncipe y el director de la escuela intercambian burdas bromas rabelesianas de esas que divertían a nuestros bisabuelos: chistes groseros, ni obscenos ni verdes, pero que entre nosotros sólo hacen reír a los campesinos. [...]

Finalizadas las danzas, miro las nubes, la adorable naturaleza que nos rodea, las montañas cuyas cimas aparecen ribeteadas de luz, los valles que se sumergen en la noche. A través de las tablas entrecruzadas, como las de mis celosías, que nos separan del templo, veo la lámpara de llama danzarina proyectando su claridad mística sobre la gran estatua de Buda. Ellos se han puesto a hablar en tibetano. Es una de esas horas preciosas para los que saben sentir las, una hora para guardarla en el relicario de los recuerdos de belleza, de arte, de poesía, y me siento incorregible en mi *dilettantismo*.

En la cena aparecen de nuevo las hojas de banano y los pequeños boles llenos de verduras variadas, brotes de bambú fritos, judías verdes, huevos revueltos, etcétera, junto a una gran fuente de arroz.

Cuando hemos acabado, el príncipe, utilizando una fórmula familiar para los asiáticos pero que en Europa nos parecería extraña, nos dice: «Hablemos de cosas religiosas.» El viejo pensamiento de la India que ha despertado en tantas almas visiones de infinitud, de eternidad, sueños de divina sabiduría, de tranquila y desdeñosa renuncia, de escepticismo apacible y sonriente, el viejo pensamiento de los budas está presente y nos envuelve en las redes de su súbita suavidad. Misticismo y sinrazón, pensarás tú..., yo lo llamo sabiduría, pero, qué más da. En cualquier caso, minutos felices, reposo en medio de las preocupaciones y las luchas de la vida... Umbral de algo que no es nuestra fea comprensión de la existencia.

A guisa de almohada, los lamas me han dado las espléndidas telas de seda de China bordadas en oro que se utilizan para las danzas. Los criados colocan mi diván a un lado del altar, el príncipe ocupará el otro lado. El maestro, como es laico, no está autorizado a dormir en un santuario y, dado que no es ni el igual ni el criado del maharaja Kumar, tampoco a tenderse ante él si no es para prosternarse, de modo que se va. Mi joven boy se tumba ante el hueco de la puerta, porque la puerta en sí no existe, y el sirviente del príncipe lo hace un poco más lejos, fuera de la estancia. A decir verdad, no estoy muy bien: las horquillas se me clavan en la cabeza y me trepan pulgas por las piernas. Me he puesto el pañuelo sobre la cara para protegerme de los mosquitos. Los talones de mis medias están tiesos debido al barro que he pisado. Creo que el príncipe y los boys ya duermen a pierna suelta. No puedo verlos; el diván está flanqueado por la mesita, que hace de biombo. Pero veo la luna, que entra por el balcón y acaricia una de las caras de los pilares rechonchos, mientras que en la otra la lámpara del

altar proyecta sombras danzantes. Hay zinnias amarillas y grandes flores de lis, cuyo perfume inunda el templo, en unos jarrones colocados ante la gran estatua que sonríe, infinitamente serena, con esa sonrisa un poco cansada que se les supone a los budas. Antaño, en la antigua Grecia, los que aspiraban a la iniciación se iban a dormir al pie de las imágenes de los dioses, en los santuarios... ¿Qué iniciación me vendrá de esta noche himalaya pasada ante un altar lamaista? [...]

Al amanecer llueve a cántaros. A las cinco nos desperezamos y nos levantamos; suenan unas campanas. En Phodang, la música de los oficios comenzaba a esta hora temprana. Fuera diluvio. Me pongo el *waterproof* sobre la cabeza y salgo. Aquí no hay ninguna instalación y me veo obligada a buscar un matorral alejado, siguiendo caminos resbaladizos y empinados. Regreso y, antes de desayunar, entro en un cuartito adonde han llevado un poco de agua. Me lavo por encima; darse un baño es impensable, y jamás me atrevería a poner los pies descalzos sobre el suelo cubierto de excrementos de rata del cuartucho donde me encuentro. Desayunamos y, en vista de que ha dejado de llover, partimos. En el momento de irnos alguien se percata de que una manga de mi camisa está ensangrentada. Las sanguijuelas han hecho de las suyas; de momento se han ido, pero junto al codo tengo un pequeño orificio por donde mana un hilo de sangre. Parece que venga de la guerra, y esta idea nos hace reír. La lluvia ha hecho crecer los torrentes y en repetidas ocasiones descendemos por su lecho; el río hay que cruzarlo caminando sobre cañas de bambú, y después emprendemos una terrible escalada entre las piedras y el agua que cae sobre nosotros. No paramos de arrancarnos sanguijuelas, pero varias de ellas, minúsculas, penetran en mis brazos y no puedo quitármelas. Afortunadamente se nos dispensan varias recepciones: asientos sobre una pequeña tarima, refugio de hojarasca, té, fruta, maíz, cerveza, huevos. El «séquito» de Su Alteza y mi *hoy* engullen para ocho días.

Aparecen unos lugareños que traen huevos y manteca, se prosternan, el chambelán se lo comunica al príncipe, que no dice nada, y un porteador, con un cesto a la espalda, recoge las ofrendas y las lleva hasta Gangtok. [...]

Todo se acaba. Hacia la una de la tarde nos reunimos con los caballos, venidos a nuestro encuentro; llevábamos caminando desde las siete y media de la mañana. La forma en que trepan estos animales es maravillosa. A veces se ponen totalmente erguidos, como en el circo. ¡Y lo que también es maravilloso es que me mantengo perfectamente en la silla durante esos ejercicios de alta escuela y que guío bien a mi bucéfalo por semejante terreno! ¿No estás maravillado? Tú me has visto cabalgar de un modo bastante lamentable. [...]

Hacemos varias paradas más, una de ellas en un lugar donde han

preparado una especie de nido al que se trepa por una escalera enana que parece hecha para gallinas. Cuando llego, el príncipe ya se encuentra instalado en un pequeño trono cubierto con una piel de leopardo. Se le ve muy pequeño, pequeñísimo, con su traje de seda marrón caldero y dorado, y en ese pequeño nido, sobre ese pequeño trono, con su piel oscura y sus ojos un poco rasgados, parece un genio de los cuentos de hadas. Es absurdo, ridículo, divertido, entrañable, no sé..., sólo se ve esta clase de estampas en los grabados que ilustran *Las mil y una noches* u otras historias fantásticas. Tengo la sensación de que va a aparecer una hada o un mago que soplará sobre todo el escenario, que el príncipe se convertirá en una seta y el séquito en briznas de hierba, o simplemente que voy a despertarme en mi lecho rosa de Túnez. Es imposible que todo esto sea real. Aun así, mientras pienso estas cosas, subo por la escalerilla y me siento en otro pequeño trono, y como, bebo, hablo como si también yo fuera un príncipe del Himalaya de piel oscura, vestido con ropas deslumbrantes. Sin embargo, no soy más que un cuco europeo en este nido, un cuco extranjero con blusón azul marino y casco colonial junto a ese maharaja colibrí. Sin duda alguna, estoy tan apegada a nuestra civilización como cualquiera de nuestra raza, pero cuando se recorre el mundo con una actitud distinta de la del turista, la gran seguridad que uno posee de su superioridad se diluye un poco. Después de todo, ¿quién tiene razón, estos lugareños joviales y su señor de opereta o nosotros, con nuestro proletariado industrial y nuestros honorables parlamentarios...?

Henos aquí en la gran carretera. Gran carretera debe entenderse como verdadero camino donde dos caballos pueden cruzarse, y no como una vía transitable. Poco después del puerto encontramos otra capilla de vegetación, pero ésta ha sido construida por orden del propio príncipe. No hay trono; nos sentamos sobre unos cojines recubiertos con alfombras. Hay té a la inglesa, vajilla de porcelana, pan, mermelada.

Y ahora debo retroceder y contarte las danzas que presencié en el palacio la víspera de mi partida para Tumbong. [...]

Las danzas distan mucho de ser grotescas, como se dice; me recuerdan las de los guerreros escandinavos. Nosotros sólo concebimos la danza como evocación lasciva y, como tal, ejecutada por mujeres. Pero aquí la danza es una pantomima. Los guerreros evolucionan en torno a Maha Kala y al genio del Kintjindjinga, alternativamente apaciguados y furiosos. En realidad, se trata de danzas sagradas que se desarrollan ante el templo... El viejo maharaja no siente piedad budista de ninguna clase, teme a los espíritus malignos, ha instalado a Padma Sambhava sobre el altar de su santuario y es un cazador implacable. Los cantos que acompañan las danzas son, una vez más, aterradores como todo el

lamaísmo, pura magia y brujería. Hice un montón de fotos aprovechando que lucía un sol espléndido, pero resulta difícil captar a esos frenéticos bailarines y sin duda muchos negativos habrán salido mal. Hoy los he enviado a Calcuta para que los revelen.

Quizá creas que aquí acaba todo. Pues no, todavía tendrás que tragarte unas cuantas líneas más.

El famoso lama que esperábamos llegó. Ayer mantuvimos una larga conversación. Posee una gran erudición libresca y poca lógica, por lo que me ha parecido a primera vista. Evidentemente, me enseñará muchas cosas en lo que se refiere a documentación, pero tendré que quedarme aquí más días de los que pensaba.

¿Sabes una cosa, querido? Soy famosa hasta en el Tíbet. Me quedé estupefacta al enterarme. El lama me dijo: «Estando en el Tíbet oí decir que una dama europea, budista y muy instruida, estaba en Sikkim, y sentí deseos de conocerla.» [...]

[...] Soy prisionera de un sueño, de una atracción de algo que ignoro lo que es; bueno, en realidad sí lo sé, de las aspiraciones de toda mi vida y tal vez de muchas otras vidas, y todo cuanto puedo decir es: deseo acabar mi viaje, escribir los libros con los que sueño. Escribo todo esto con cierto desorden mental, con un caos de ideas que se entremezclan, pues me gustaría mucho tenerte aquí y abrazarte, querido Mouchy. El otro día me decías: «¿Es el 4 de agosto* una fecha feliz o funesta?...» A ti es a quien hay que preguntárselo. Evidentemente, yo ahora no puedo sino felicitarme por nuestro encuentro. Ese extraño encuentro cuyo resultado iba a ser tan extraño...

¿Continuar mi viaje?... Calculo que necesitaré 5.000 francos. ¿Quieres dármelos? En una suma elevada. [...] Yo me limito a decirte: sabes cuál es mi deseo, ¿puedes y quieres satisfacerlo? [...]

Gangtok, 9 de septiembre de 1912

Esta semana no hay ni excursiones ni caminatas por montes y valles. Es una semana dedicada a trabajar en casa, a garabatear, a tomar notas con los lamas..., todo muy gris. Sin embargo, una velada rompe la monotonía. Los hindúes celebraron la fiesta de Sri Krisna, el gran héroe nacional; encarnación de Visnú. [...]

Era, pues, la fiesta de Bal Gopal (Krisna niño). Y realmente el divino héroe, que acabaría hablando como un profundo filósofo, tuvo una infancia extraordinaria y una juventud tumultuosa. En Gangtok hay un regimiento de cipayos maharatis. Invitaron a algunos europeos a asistir a la fiesta que daban con motivo del festival sagrado, y

* Fecha de su boda.

así fue como celebré el nacimiento de Sri Krisna en un dormitorio cuartelero.

El dormitorio estaba decorado para la ocasión: paredes y techo recubiertos de telas, de sedas, de bolas de cristal, ¡qué sé yo! Era muy bonito. Al fondo se hallaba el altar, montado de acuerdo con la moda hindú para esta clase de *pudja* (en sánscrito, *pudja* significa adoración). [...] Imaginate una silla de manos estilo Luis XV, pero con ventanas en los cuatro lados y sin varales. Es una construcción de papel, adornada con imágenes que representan escenas de la vida de Sri Krisna y profusamente decorada con flores y dorados. Dentro hay un pequeño cesto de *pudja*, de esos de cobre dorado que se llevan a los templos. (Unos amigos me regalaron uno en Calcuta.) En el cesto, oculto bajo las flores, hay una estatuilla minúscula de Sri Krisna, y delante del cesto, una lámpara alimentada con manteca fundida. Pero el cesto y el ídolo no los veré hasta más tarde.

Alrededor del altar, muchas lámparas, flores, etcétera. Los soldados se han instalado en torno a este relicario de forma que sus invitados europeos no puedan acercarse a él.

La fiesta consiste en ejecutar danzas. Hay una barca rodeada de pescadores, junto con el patrón de la embarcación y su esposa, que es un soldado vestido de mujer. Todo esto baila y canta a la vez: los marineros reman, la mujer evoluciona gravemente y la barca, representada por un hombre que lleva a su alrededor el armazón de una nave (como en ciertos juegos en los que uno se pone un caballo de cartón alrededor de la cintura), se bambolea y avanza a voluntad.

Luego se ejecutan otras danzas que representan episodios de la juventud de Sri Krisna: Krisna en Brindaban rodeado de bellas *gopi*. Se trata de historias muy divertidas, pero que no puedo contarle a la inglesa que está a mi lado, quien me pide explicaciones. Me veo obligada a darle un giro más púdico a la aventura. Los soldados, no obstante, se limitan a mostrarnos al glorioso héroe rodeado de pastores y pastoras (para ser exactos son boyeros de ambos sexos) que bailan en torno a él. Las pastoras son del sexo fuerte, evidentemente, pero algunas bailan con tanta gracia y agilidad que, si no fuera por sus facciones, e incluso pese a sus facciones, parecen auténticas mujeres.

Toda la velada transcurre así, ejecutando danzas diversas que cuentan historias, evolucionando entre cuerdas de colores colgadas del techo, todo ello acompañado de música y cantos.

El regimiento, sentado en el suelo (en la postura del loto), se divierte enormemente con estas recreaciones infantiles. ¡Qué diferencia de mentalidad con nuestros soldados! Estos maharatis son unos jaynes soberbios y altísimos con ojos de gacela. Durante los entretenimientos veo a algunos, de los que están junto al altar, que miran al pe-

queño ídolo perdidos en una especie de éxtasis... ¿En qué piensan? Y su sacerdote no deja de alimentar la lámpara con manteca. [...]

Una vez que la representación ha finalizado, cuando los invitados empiezan a irse, le pido a un oficial indígena permiso para acercarme al altar. Estoy segura de que no es una indiscreción. Ahora ya soy bastante conocida en el país. El oficial no vacila; me conduce al rincón de la habitación donde destaca el altar, iluminado por numerosas lámparas. Pero, con la típica agilidad india, se vuelve y aparta al seudodoctor que se disponía a seguirme, mientras que sus hombres, ahora de pie, en un abrir y cerrar de ojos forman un círculo para impedir que se acerquen los europeos impuros que pudieran sentirse tentados de curiosear. Contemplo las imágenes y le digo al oficial qué escenas evocan. Entonces, con gesto delicado, él levanta las flores y una especie de velo que oculta al pequeño ídolo que yo no había visto y me lo muestra. El conjunto —el altar-silla de manos, el pequeño trono y el pequeño ídolo— parece de juguete. Sí, realmente da la impresión de que unos niños se hayan entretenido construyendo una capilla para muñecas. Sin embargo, en lugar de niños, a mi alrededor hay unos hombres la mayoría de los cuales te sobrepasan bastante en altura, unos gigantes esculturales..., y resulta desconcertante verlos adorar a su pequeño Krisna. Ni uno solo de ellos se mueve, todos mantienen los ojos clavados en el relicario y en mí. Sí, han bailado ante el altar, pero, de joven, Krisna fue un barbán, y lo que ellos han recreado son sus «chanzas» y sus proezas galantes. Para ellos, eso también es religión. Creo que le debo una reverencia al minúsculo Sri Krisna en pago de la cortesía de mis anfitriones y del favor del que he gozado. También creo que escandalizaré a los cristianos blancos, que me miran y me esperan para marcharnos. Pero, en fin de cuentas, el pequeño Krisna fue un niño zalamero a quien, según cuentan, nadie se podía resistir, y me sonríe con todo el brillo del cobre bruñido en el que está tallada su pequeña efigie. Y el sumo sacerdote, completamente vestido de blanco, me mira con sus ojos aterciopelados, y el robusto oficial me observa con atención, y todos los soldados formados alrededor del altar parecen esperar... Yo soy un *sadhu*, un *sannyasin* en esta tierra maravillosa de la India, y los *sadhu*, los *sannyasin*, alzan las manos unidas y se inclinan ante todos los dioses, porque no creen en ninguno y porque su trascendente indulgencia sonríe a todas las tentativas de los hombres que ansían cielos a los que ascender.

Está decidido: el pequeño Krisna recibirá una reverencia cortesana. Una expresión de dicha, de orgullo y de agradecimiento ha aparecido en el acto en todos los rostros atezados que me rodean. Creo que he dado un poco de alegría a todo un regimiento de cipayos. Costaba muy poco. Pero, al volverme, veo a mi anfitriona, que parece escanda-

lizada, y a su esposo, cuyo semblante refleja contrición. En cuanto al doctor, ha bebido demasiado whisky para tener una opinión.

[...] Queridísimo Mouchy, me causa un gran placer charlar contigo, te lo he dicho muchas veces. Me causa un gran placer leer tus cartas, pero, por desgracia, tú charlas menos. [...] Muy grandes y muy fuertes son quienes aceptan la soledad absoluta, el aislamiento total de espíritu y de corazón, y se complacen en ello. Son más que los propios dioses, se dice aquí donde rechazar toda debilidad es el ideal espiritual. Yo debo confesar que sigo vagando entre las flores..., queridísimo, permíteme que te diga que tú eres la que más destaca en el centro del jardín. ¿Quién te ha lisonjeado alguna vez en un estilo tan oriental? [...]

Gangtok, 16 de septiembre de 1912

Me alegró enterarme de que las fotos tibetanas te gustaron; tal como te decía en mi última carta, pronto tendrás más para enviarte. He visto las películas reveladas y parece que algunas no han salido muy mal. En esta ocasión podrás considerarme el mismísimo «Mohamed raçoul Alá» cuando me veas en la escalera de un templo exótico, en el centro de un grupo de lamas. Bellos recuerdos de viaje, como tú dices, y también, para la «escritora», valiosos documentos que servirán para ilustrar libros o artículos. [...]

El lama que ha venido del Tíbet es realmente muy instruido en su materia y también inteligente. Por supuesto, en todos estos lamas se nota la falta de cultura científica. Carecen de sentido crítico y en el mismo cerebro cohabitan las ideas más descabelladas, en virtud de ese principio según el cual los diferentes grados de mentalidad exigen enseñanzas distintas. Un principio quizás verdadero, pero que ellos aplican de un modo harto extraño. No obstante, es un craso error considerar a todos los tibetanos unos salvajes y unos imbeciles. Cuando comparo a los lamas que he conocido con los misioneros instalados en el país, no puedo sino constatar la enorme superioridad intelectual de los primeros. Tienen en su contra la civilización más rudimentaria que la nuestra a la que pertenecen y su espantosa suciedad... [...]

[...] *Noche*: Acabo de volver de casa del doctor. Le debía una visita a su mujer, y como dentro de unos días se marchan los dos a pasar un mes a Darjeeling, no podía eludir esta visita de despedida. No conozco nada más deprimente que este tipo de obligaciones. Es penoso. Hay una especie de nube, de neblina casi invisible entre esas personas y tú. Aparecen como personajes de cinematógrafo..., irreales, sin ningún vínculo contigo. Y luego uno se aleja como he hecho yo esta noche, dejando al caballo vagar por los caminos que la bruma nocturna invade, contemplando el austero decorado de las montañas azuleantes

sobre las que flotan retazos de nube. Uno piensa en esa cosa extraña que es la vida de los seres, en la estupidez de todos esos cerebros de fantoche, en su irremediable y estúpida malicia. Es una de esas horas en las que los devotos van a buscar al pie de los altares de sus dioses una respuesta, un aliento; la fuerza que los vuelva a poner en pie o la poción que los duerma... Yo admiro sin reserva a esos *sannyasin*, a los yoguis que han roto con todos esos juegos de parvulario y que permanecen solos con su pensamiento audaz..., orgulloso, dirías tú.

Uno de ellos me ha —no me atrevo a decir «tomado cariño», tal expresión carece de sentido aplicada a estos seres— admitido, me limitaré a decir, y tiene cierta confianza en mí. Acaba de escribirme una larga carta desde una caverna situada en las montañas áridas de la frontera tibetana, adonde se ha retirado para meditar y donde pasará el invierno, incomunicado por la nieve, separado del resto del mundo. Es un raro favor; a través de él, espero adentrarme más en las enseñanzas de las sectas místicas tántricas, muy poco accesibles para los extranjeros. Hay en esa carta destellos que arrojan cierta luz sobre teorías singularmente elevadas, y el tono general de los consejos que me dispensa es bastante altivo.

[...] Me pregunto si habrás tenido ocasión de ver en San Pedro de Roma las cañas de pescar que sirven para repartir las indulgencias. ¿Qué te habrá sugerido ese caravanserillo del cristianismo romano? Como buen hugonote, habrás podido pensar en Lutero, que entró allí con el alma desbordante de devoción y respeto y salió para ir a Wittenberg a quemar la bula del papa... Pero, desgraciadamente, mucho me temo que la sangre de los antepasados esté en ti muy debilitada y que la epopeya de la Reforma no te diga gran cosa. Pese a mis atavismos terriblemente heterogéneos que van desde el Midi hasta Asia pasando por el norte, mis antepasados moltanbaneses siempre han hablado con autoridad en mi interior y me han legado su inclinación hacia todas las herejías y todas las rebeliones. Es probable que yo, aun siendo budista, sea más «protestante» que tú.

Querido, soy una filósofa incorregible... Pero ¿cómo se puede vivir sin filosofar? Para mí, es un verdadero enigma. ¿Cómo te las arreglas tú? ¿Cómo se las arreglan tantos otros? ¿Por qué pasan junto a esa fuente de goces sútiles sin verla? [...]

Esta semana, la carta no es muy interesante. Mi cerebro está un poco cansado. Por lo general, las sesiones con los lamas comienzan a las dos y se prolongan sin interrupción hasta las ocho de la tarde. Debo permanecer atenta durante esas seis horas y al día siguiente tengo que escribir todas mis notas y el resumen de nuestra conversación. El director de escuela me ayuda a recordar y traduce las citas tibetanas. [...] Me he quedado aquí mucho tiempo, evidentemente, pero

desde el punto de vista de los documentos recopilados no tengo motivos para lamentarlo. Este campo que yo creí que sería estéril se ha revelado muy fértil. [...]

Gangtok, 22 de septiembre de 1912

Ayer fui a despedirme de los residentes, que parten dentro de cuatro días para Darjeeling, donde Mrs. Bell dará a luz. Acordamos que el residente se encargaría de mi futura correspondencia con el dalai-lama y la enviaría con el correo oficial. Este hecho incitará al pontífice amarillo a seguir otorgándome su estima. Creo que soy la única europea del mundo que se cartea con este personaje. Dentro de dos días mandarán mi nuevo cuestionario al otro «gran lama», el tashi-lama. Esta vez estoy irrevocablemente decidida a partir.

He leído con gran interés tus notas sobre Roma. Sí, las ruinas no te impresionaron, eso lo comprendo. Unas ruinas en pleno campo, como El-Djem o Bou Graara, que visité con las damas Salvador, pueden decir algo; pero unas ruinas rodeadas de casas modernas con ropa tendida en las ventanas ofrecen un aspecto lamentable, parecen edificios en demolición. El Palatino ya es otra cosa, porque está aislado. Entonces, ¿San Pedro provoca... admiración?... Me sorprendes. Fui con frecuencia, a todas las horas del día y de la noche, y no conseguí entusiasmarme. Es grande, eso es todo. Y esa iglesia con ventanas en la fachada..., ventanas con cortinas, igual que un hotel! No, no me gusta nada... ¡Cuando pienso en Notre Dame, esa joya, y en las catedrales de Flandes! Pero es imposible comparar una catedral gótica con San Pedro, ¿verdad?, sería como compararlo con la gran pagoda de Rangún... Por desgracia, me temo que no me gustaría la famosa Shwe Dagon Pagoda, cuyo tejado está totalmente recubierto de hojas de oro auténtico y el interior lleno también de oro. Esto es, efectivamente, fruto de la educación artística que se ha recibido. Yo he sido educada en la tierra de las catedrales góticas. Me gustan las ojivas, las vidrieras, las naves sombrías. No comprendo en absoluto el arte religioso italiano. Toda esa claridad es adecuada para Júpiter y sus cohortes, pero el drama de la Cruz y el misticismo cristiano no encajan ahí.

Yo creía que, después de Timgad, Pompeya tampoco te gustaría mucho. Todas esas cosas europeas son pequeñas... en un continente pequeño. Mira, todo eso no vale nada comparado con una noche en el Himalaya, cuando uno regresa, como hacia yo ayer después de tomar el té en casa de los residentes, por los caminos en tinieblas, teniendo ante sí las formas monstruosamente inmensas de las montañas escalonadas y superpuestas. [...]

Produce frío y tristeza, dices. ¡Ah, mi gran y querido amigo, me ha conmocionado oírte decir eso con tanta tristeza! Los sabios son

aquellos que han comprendido que de lo que el común de los mortales llama la vida no se puede obtener sino frío y tristeza, y que han partido con el pensamiento en busca de otra cosa..., otra cosa que está más allá del frío y del calor, de la risa y de las lágrimas. Ellos lo han encontrado. ¿Por qué otros no lo van a encontrar? ¿Por qué no vamos a encontrarlo nosotros? [...]

Los verdaderos compañeros son los árboles, las briznas de hierba, los rayos del sol, las nubes que corren por el cielo crepuscular o matinal, el mar, las montañas. En todo eso es donde fluye la vida, la verdadera vida, y uno jamás está solo cuando sabe que la ve y la siente. Querido, yo nací salvaje y solitaria, y estas disposiciones se han desarrollado a lo largo de los años que he vivido. Les debo goces que jamás habría experimentado sin ellas.

Se siente frío y tristeza cuando uno les pide a los seres que lo apoyen, que lo reconforten, que lo aligeren del fardo de miseria inherente a toda existencia. Ninguno de ellos se preocupa realmente de hacerlo, ninguno de ellos puede, en realidad. En uno mismo es donde hay que cultivar la llama que reconforta, en uno mismo es en quien hay que apoyarse.

[...] Me temo que el próximo día de correo estaré en las altas cimas, frente al Gaurisankar, si es que el gigante tiene a bien no envolverse en nubes. Voy a escalar de nuevo, pero, como esta vez no llegaré a los 4.000 metros de altitud, no estoy muy entusiasmada. Debo confesar que se me encoge un poco el corazón al pensar que voy a alejarme de este umbral del Tíbet... Una fuerza poderosa me atraía hacia esa tierra extraña y desolada. He dejado algo de mí allá arriba, en la carretera de Khampa Dzong. Ahora descenderé hacia la llanura india, interpondré toda la extensión del Himalaya entre mí y la tierra que me habría gustado recorrer. Me llevo la pena de no haberme atrevido a concebir la posibilidad de realizar ese viaje, de no haberlo preparado. Se habría necesitado poco y habría supuesto, aparte de la satisfacción personal, una gloria poco común, pues pocos han vagabundeados por el «País de las Nieves». ¡Ahí sí que es necesaria la serenidad!... El día que llegue a Calcuta sabré si he hecho algún progreso en sabiduría y si estos meses de meditación en el país de los devas y los sabios han sido provechosos.

Pemionchi, 5 de octubre de 1912

Acabo de llegar a Pemionchi. Hace tres días que dejé Gangtok. Es el final de mi pintoresca estancia en Sikkim; dentro de unos días volveré a coger el tren de juguete que me subió desde las llanuras de la India hasta las primeras cimas del Himalaya. En esta ocasión será para bajar... La tierra que dejo me ha cautivado desde todos los puntos de

vista, por sus paisajes grandiosos y por los estudios orientalistas que he realizado y que hubiera podido proseguir durante años. Conviene añadir que aquí no he llevado una vida de turista y que mis amistosas relaciones con la «corte» local han proporcionado a esta estancia un carácter pintoresco que no habría tenido sin ellas.

[...] Desgraciadamente, el tiempo no nos ha favorecido. Dejamos Gangtok diluyendo. [...] Esa noche dormimos en Kweuzin. [...]

Al partir de Gangtok, el príncipe me dijo: «He traído a un yogui del norte del Tíbet que va a Pemionchi.» Este lama es del estilo de los nigromantes-magos-hechiceros cuyas historias corren por el Tíbet. Viaja con sus pertrechos mágicos: un pequeño tambor, una campanilla, un *dorjé* y una tibia humana que sirve de trompeta... Ah, lo olvidaba, y una caja con imágenes de Padma Sambhava y diversas deidades. El hombre es un robusto jayán, casi siempre jovial, aunque de vez en cuando adopta una expresión de locura inquietante, lo que no me sorprende dado el tipo de meditación que practica y que no te describiré porque no tiene ningún interés para ti. Te aseguro que no es ninguna tontería ir precedidos de ese curioso personaje que lleva el tambor y la caja-altar en la espalda; debo decir, sin salir de mi asombro, que la caja-altar con el gran Padma Sambhava y las deidades reposa... al final de la espalda, en una parte de nuestra persona que nosotros no consideramos muy honorable. Por la noche, una vez en el bungalow y finalizada la cena, charlamos de filosofía. Este eremita-salvaje, provisto de su baratillo de brujo y con la tibia metida en el cinturón, hace unas observaciones que superan con mucho las de nuestro oficial señor Bergson. Como imaginarás, tomo notas.

En Kweuzin, su alteza convoca a otro yogui, éste originario del Tíbet oriental. Dicho refuerzo provoca un incremento de discusiones. El escenario es el siguiente. Su alteza está sentada en la postura del loto en su cama; observo que lleva un pantalón de franela de un rosa más que vivo, bajo la larga hopalanda tibetana de seda verde amarillo forrada en azul. Yo ocupo una silla plegable de lona como las que hay en los barcos y llevo mi eterna túnica amarilla. Sentados en el suelo, en la postura del loto, están: uno de los yoguis, vestido de granate oscuro, que dispone de un metro cuadrado de alfombra para apoyar el trasero; el otro yogui, luciendo un traje amarillo, largo y con mangas, y un chal granate, que sólo dispone de una estera; y el maestro de escuela, con un traje tibetano laico, aunque también granate, que no dispone absolutamente de nada y está sentado directamente sobre la alfombra de la habitación. En la mesa hay dos velas, una en un fotóforo y la otra en una palmatoria... También hay un limón en el que han clavado varitas de incienso que perfuman el ambiente, poniendo una nota de misticismo.

La discusión es viva, los yoguis se animan. En el fuego cruzado de réplicas, como para hacerse entender mejor, se acercan uno a otro teniéndose sobre la alfombra. Me recuerdan vagamente a las sanguijue-
las reptando por el camino.

Por desgracia, lo que escribo está desprovisto de vida, pero el cuadro poseía un exotismo intenso, te lo aseguro, y yo, «que sé ver», como tú dices amablemente, paladeé todo su sabor... Cada cual tiene su sensualidad particular; la mía, muy tirana, es la de los paisajes humanos.

Camino de Pemionchi, el maharaja Kumar incorporó al segundo yogui al cortejo. Durante el descenso fangoso, que sólo yo hice a caballo, los dos anacoretas se levantaban tanto las ropas que yo esperaba ver en cualquier momento... aquello sobre lo que reposaba el gran Padma Sambhava. Pero no llegó a suceder.

La llegada a Pemionchi tuvo lugar al son de los címbalos y las campanillas que habían acudido a nuestro encuentro más de cuatro kilómetros antes. [...]

[...] Por cierto, el príncipe desearía comer dátiles de Túnez. Te ruego que, en cuanto estén en su punto, le envíes una caja (una caja decorada, quedará mucho mejor). También me gustaría que le mandaras un álbum de vistas de Túnez. [...] Él se ha mostrado muy cordial conmigo, me ha ayudado de mil maneras, y le debo que la estancia en Sikkim haya sido tan interesante. Eso bien merece un pequeño detalle de agradecimiento. [...]

Rinchington, 10 de octubre de 1912

De Pemionchi fuimos a Dentam haciendo un alto en el monasterio de Sangachelli, adonde el Kumar había hecho llevar a cuatro anacoretas que viven en los bosques. ¡Pintorescos personajes, vaya que sí, con unas pelambreras increíbles! El templo superior, donde descansamos, charlando, y donde el príncipe tiene a su «corte» del momento, resultaría tremadamente *shocking* para una inglesa e incluso para otros. Sobre el altar hay un señor azul con una dama blanca y otro señor rojo con otra dama de color carne haciendo cosas de tipo «serpenteante». Aquí es un símbolo. Contemplando los frescos del templo inferior he visto personajes que se divertían a la manera en que lo hacen los de los frescos de la casa consagrada a Venus en Pompeya. Pero aquí eso no evoca ninguna diversión libertina, te lo aseguro. Aunque las pinturas sean de trazo más bien ingenuo, uno se sobrecoge al contemplar a esos seres exhaustos, atrapados entre las redes de la naturaleza que exige la reproducción, mientras una divinidad terrorífica, con un collar de cráneos, alza un pie sobre su cuerpo.

Todo ese esfuerzo hacia la vida, de la que la muerte se ríe, la volup-

tuosidad de esos seres pequeñísimos ofrecidos por esos gigantescos dioses destructores... Te quedas ante el muro atrapado por los pensamientos, las meditaciones que éste suscita. Hay que ser un turista imbécil para que a uno se le ocurra hablar de indecencia. [...]

[...] En lo alto encontramos niebla y un bungalow en reparación y nos pasamos casi cinco horas esperando el equipaje, con los pies ante la chimenea. La noche es húmeda y glacial, en mis ventanas faltan cristales; me acurruco bajo las mantas, aunque apenas consigo dormir. Por la mañana, ¡un desastre! Llueve..., escampa un poco y disfrutamos del paisaje más extraordinario de nubes, visto desde lo alto, que se pueda soñar... Sin embargo, los picos nevados siguen sin resultar visibles. El príncipe y yo vamos a hacer una meditación matinal sentados sobre unos peñascos. Estamos muy alejados uno de otro, a unos cien metros quizás, y debemos de parecer dos pájaros melancólicos encaramados en su nido. Esta melancolía, por lo demás, es puramente aparente. Reina una serenidad tan infinita, una paz tan grandiosa en esas cimas, y también tanta filosofía apacible en mi espíritu que la decepción causada por las nubes que ocultan el Meru sagrado, morada de los dioses, se esfuma, se diluye en la beatitud de esas horas silenciosas...

Iniciamos el descenso rociados por frecuentes chaparrones. Los miembros del séquito han cortado unos bohordos secos de una especie de lirio gigante y soplan dentro; se diría que son trompetas tocadas por lacayos en los *four in hand* al regreso de las carreras. De pronto acude a mi mente la avenida Du Bois, los Campos Elíseos una tarde de Grand Prix en Longchamp.

¡Qué lejos nos hallamos de todo eso en esta jungla, entre estos bosques..., y qué lejos, más aún, se encuentra mi pensamiento!

Al día siguiente nos dirigimos hacia Rinchington. Unas millas antes de llegar nos esperan sendas bandas de músicos nepaleses y tibetanos. El Kumar ordena que se interrumpa la armonía discordante de las dos orquestas, que se esforzaban en tocar juntas, y nos quedamos con dos flautas que ejecutan en tercera una frase discretamente acompañada por unos címbalos y un tam-tam. La melodía es de un arcaísmo delicioso y casi puramente griega. Avanzamos entre bosquecillos soleados, como dioses campestres paseando por los campos de Arcadia... ¡Ah, qué momentos de exquisita sensualidad intelectual me ha proporcionado esta estancia en Sikkim!... En Rinchington, el príncipe convoca a unos lugareños lepcha que cantan para mí viejos aires del país. Están medio muertos de miedo ante su señor y se prosternan entre estrofa y estrofa. Resulta bastante extraño que mi pequeño compañero de viaje, tan poco majestuoso, produzca semejante efecto en estos sencillos y cándidos campesinos. Una vez que éstos se han mar-

chado, los miembros del séquito me cantan aires tibetanos cuyas letras me traducen. Frases cortas que guardan cierta similitud con las poesías japonesas y chinas. Sentimientos inocentes..., algo muy lejano..., puerta de otro mundo.

Luego llegamos al último bungalow, Chakun, al que nos dirigimos visitando dos monasterios más, uno de bhikkhus de la secta amarilla. Música de nuevo, incienso, lugares-nido de descanso a lo largo de los senderos. [...]

El último día, otro monasterio, al que subimos por la ladera de un collado entre la música y el incienso..., el último también, y dirijo un adiós un tanto emocionado a todo ese baratillo lamaista que ya me era familiar. Como salimos tarde y de los treinta y cuatro kilómetros de camino hay veinte de subida muy dura, nos sorprende la noche después de haber merendado en un campo de trigo. Estamos en un bosque. ¿Adónde vamos? No lo sé. No veo nada, ni siquiera el caballo del Kumar, que precede al mío a tan poca distancia que los dos animales se tocan. El príncipe canta un himno compuesto por Milarepa en honor de su guru o preceptor espiritual. Es una melopea un poco sorda y monótona cuyas frases acaban en un murmullo de sílabas, como engullidas inmediatamente después de haber sido pronunciadas. Yo sé que la letra dice: «Oh mi precioso guru, te veo sentado en el loto que está en el centro de mi corazón.»

El maestro de escuela prosigue el canto pensando quizás en su viejo preceptor, que lo inició en el tantrismo en la frontera de Bhután. Avanzamos tan sumidos en una gran despreocupación como en las tinieblas... Finalmente llegamos a dos cabañas. Unos sirvientes enrollan hojas de banano en el extremo de cañas de bambú y las mojan con petróleo. Ya tenemos antorchas, que serán encendidas una tras otra.

El ascenso ha finalizado. Aparece la primera lámpara eléctrica... Es el final. Seguimos una larga carretera que nos conduce hacia el centro de Darjeeling: una milla más allá de los hoteles se ven unas villas; todas sus ventanas relucen en la oscuridad. El príncipe colibrí y sus tibetanos han cambiado súbitamente de aspecto, toda la alegría pintoresca que los rodea en la jungla se ha eclipsado de repente. En esta ancha avenida y a la luz de las lámparas eléctricas, presentan la apariencia penosa de pobres máscaras de carnaval. Ya no canta nada, ni las flautas que evocan la Grecia pagana ni los salmos del asceta-poeta, Milarepa... De pronto, dioses, genio, almas del país nevado han emprendido el vuelo asustados, han dado media vuelta hacia Sikkim... Casi me siento incómoda de estar entre estos compañeros de viaje de otra raza... La civilización me recuerda que soy de «otra especie», como creen los ingleses..., de una «especie superior»...

Al mismo tiempo, me parece entrar en un mundo desconocido,

como si hubiera olvidado la vida durante mis seis meses de retiro. Es un choque brusco, desagradable; más que desagradable, doloroso, como si cayera de un paraíso a un mundo inferior. En el hotel me han reservado una habitación espléndida que miro con los ojos de un campesino que ha salido por primera vez de su pueblo. Me había acostumbrado a la desnudez de las habitaciones de bungalow, a una especie de austera privación... Lo confesaré: casi tengo ganas de llorar... Sin embargo, no lloro, pero qué feo me parece todo eso, qué desagradable después de la jungla, donde revolotean mariposas multicolores y las lámparas eléctricas danzan con vivacidad en la noche.

Amigo mío, no sé si debo decir desgraciada o afortunadamente, estos meses de meditaciones solitarias me han sumergido profundamente en mi insociabilidad innata, en la aversión que me produce el mundo.

A mi llegada al hotel encontré una carta de Mrs. Holmwood y a la mañana siguiente vino a buscarme para llevarme a comer a su casa. [...] Regresé para «vestirme» para la cena. Mañana invitaré a comer a Mr. Y Mrs. Holmwood y al príncipe de Sikkim. Se conocen desde hace tiempo. Por la tarde estoy invitada a ir a casa del maharaja y la maharani de Burdwan, a quienes conocí en Calcuta, y pasado mañana tomaré el tren a las dos en dirección a Calcuta, adonde llegaré al día siguiente, 16 de octubre, a las diez y media. Por la noche iré a ver cómo pasean a la diosa Durga, cuya fiesta se conmemora.

14 de octubre de 1912. He estado en casa de los Burdwan. El maharaja me ha soltado extraordinarios e incoherentes discursos filosóficos. Me he registrado en casa de sus «excelencias», el gobernador de Bengala y su mujer, que pasan temporadas aquí, y le he escrito una nota de saludo a la dama; me ha interesado por la residente de Gangtok. ¡Uf!, por suerte ya he terminado con estas obligaciones oficiales que me impone mi situación de acreditada ante las altas autoridades británicas.

Esta mañana, la alteza de Sikkim me ha traído, con el chal que la etiqueta tibetana exige como muestra de respeto, un presente poco común. Él mismo se sentía muy emocionado al dármelo, y he pensado que este pequeño oriental poco pródigo en palabras y expansiones debe de tener una elevada idea de mí para hacerme semejante regalo... ¿Qué es? Oh, una cosa que no dice nada en sí misma, una estatuilla de bronce que representa al buda Gautama. Pero esta estatuilla es histórica y se conservaba como reliquia en un monasterio. Cuando el primer lama de la secta Karmapa se marchó del Tíbet para ir a Sikkim, el jefe religioso de la secta le dio esta imagen. Él la transportó en sus manos, y cuando llegó tenía las manos llenas de *amrit*, la poción de la inmor-

talidad... Es un milagro bonito y de simbolismo transparente. La estatuilla, en cuyo interior hay reliquias, tiene varios siglos de antigüedad y los lamas la guardaban con veneración. Mi amigo cree a medias, y quizás más que a medias, en la realidad del prodigo. Enviar lejos de su estado esta imagen sagrada era un asunto de gran trascendencia tanto para los lamas como para él... Debido a la intención con la que se me ofrecía, he recibido la estatuilla con cierta emoción y me he prometido que dispondré que, a mi muerte, sea devuelta a su patria... El príncipe, además de llevar el chal de etiqueta, cosa que me ha sorprendido mucho, pues sólo está obligado a ponérselo ante su padre y algunas altas personalidades, como el dalai-lama o el tashi-lama, me ha regalado un largo trozo de seda amarilla de fabricación china para que lo utilice, según la costumbre ritualista, como una prenda que se pone sobre el hombro cuando uno lleva el traje religioso. [...]

Katmandú, Nepal, 23 de noviembre de 1912

Llegué a Katmandú anteayer bajo el claro de luna, en un vehículo de la corte, y dormí con un camisón de la residente porque mi equipaje se había quedado atrás.

Tras dejar Gaya, hice noche en Bankipore. El *commissioner*, que es una especie de prefecto, contrariado por el hecho de que los convencionalismos no le permitieran ofrecerme alojamiento en su casa (es soltero), había hecho que me prepararan un bungalow. [...]

24 de noviembre de 1912. [...] En Raxaul, donde acaba la vía férrea, encuentro al personal del bungalow de la residencia. No tengo más que «dejarme llevar». Unos hombres expertos dirigen a los culis; cogen mis quince bultos y también me cogen a mí, que soy levantada por cuatro porteadores sobre el armazón de una cama provisto de techo y de gruesas cortinas rojas.

En el bungalow, el té está servido, el baño preparado, la cena a punto... Al día siguiente, despertar antes del alba; los porteadores cargan los bultos bajo la mirada atenta del policía-soldado que va a escoltar me. Partimos al amanecer hacia las cimas lejanas, al norte. La primera etapa es bastante larga, unos sesenta kilómetros, sin paradas, y los culis realizan todo el trayecto trotando casi continuamente. Tomamos una larga carretera polvorienta, espantosa. Elevan mi «cama» a cuarenta centímetros escasos del suelo y aspiro las nubes de arena que levantan los porteadores al andar.

Es la continuación de la monótona llanura de la India. Voy tendida en la cama porque el techo, al ser demasiado bajo, no me permite sentarme; contamos con llegar al bungalow donde dormiré hacia las diez o las once de la noche. Hasta entonces, el tiempo transcu-

rrirá apaciblemente, produciendo cierta somnolencia. Los porteadores canturrean: «¡He, he! - ¡oh, oh! - ¡ay, ay! - ¡hum, hum! - ¡go, go! - ¡hum, hum! - haifa - ¡hum, hum!» No respondo de la ortografía... Al parecer, eso significa algo así como: «Avancemos, caminemos...» Pero el ritmo y el aire guardan un extraño parecido con la salmodia de los árabes cuando transportan a un muerto. Así que, como voy enrollada de la cabeza a los pies en un gran chal de muselina corriente de color naranja azafranado para protegerme del polvo, tengo la sensación de ser un cadáver tunecino camino del campo santo. La idea me divierte un poco y sonrio porque, al partir, el jardinero de la villa residencial me ha regalado unas flores que reposan sobre mi chal-sudario, completando la ilusión.

De hecho, ¿es la vida otra cosa? ¿No es acaso una marcha hacia la hoguera o la tumba? ¡Oh Siva, símbolo de los eternos comienzos y destrucciones, tu nombre aflora a mis labios! De vez en cuando los porteadores expresan su cansancio con una invocación piadosa: «¡Rama, Rama!», y en ocasiones añaden la de la esposa del héroe divino: «¡Rama Rama, Sita, Ram!»

Por la tarde llegamos al temido terai, tierra de fiebres, tierra de tigres. En prevención, he tomado quinina y se la he hecho tomar a mi boy. En cuanto a los tigres, somos veinte en la caravana y la luna está casi llena; dudo mucho que esta noche veamos ni la sombra de la cola de una fiera. Además, según la creencia hindú, las fieras salvajes respetan a los *sadhu*. Mis porteadores, arraigados en su superstición, probablemente se sentirían muy seguros a la sombra de mis ropas color de aurora, y yo, por respeto a la tradición, me vería obligada a pasar delante para «hablar» con el paseante nocturno... Evidentemente, lo haría..., porque el gesto inútil y peligroso de la huida sería cobarde y antiestético en esta jungla llena de recuerdos de las antiguas epopeyas..., porque sería egoista en esta tierra que es la patria de Buda... y finalmente porque, quién sabe, quizás yo también creo un poco en la tradición y no tendré mucho miedo..., tal vez ningún miedo, pues este país tiene la fuerza suficiente para hacer que cale lentamente en uno su mentalidad de intrepidez indolente. Fantaseo así, un tanto amodorrada por el balanceo de mi singular vehículo y la melopea de los porteadores. Cae la noche. Durante kilómetros, la carretera sigue el lecho de un río. Es un método barato que se podría recomendar a los Puentes y Caminos tunecinos. Pasamos contorsionándonos entre enormes rocas desplazadas por las infrecuentes pero torrenciales crecidas, durante las cuales, como es natural, al hacerse líquida la carretera, el viajero debe esperar. Me duermo enrollada en una gruesa manta y con las cortinas de la cama-palanquín casi totalmente bajadas. Hace mucho frío. Un grito, repetido a coro, me despierta. Nos encontramos ante una

especie de precipicio, invadido por la vegetación, que me parece un palacio en ruinas con puertas y ventanas abiertas..., una especie de visión entre dos cabezas. Luego, de nuevo un desfiladero lleno de maleza, el lecho de otro río; aún no llegamos. Sin embargo, subimos una cuesta empinada. Navego durante unos minutos patas arriba y después me depositan en el suelo. La luna ya casi no se ve. El bungalow, de aspecto poco alentador, está ahí, en la pared de un estrecho barranco. Un emplazamiento digno de historias de bandidos. Prescindimos de la cena; como comprenderás, a esas horas sólo podemos pensar en dormir. [...]

Katmandú, Nepal, 1 de diciembre de 1912

Estoy instalada desde hace unos días en el pequeño bungalow situado al fondo del jardín de la residencia. Los residentes se han marchado a la jungla y han comenzado con sus matanzas de animales. Mi morada sería acogedora de no ser porque la única chimenea, construida expresamente para mi uso, no traga el humo y debo elegir entre asfixiarme o helarme. Durante el día, el sol es lo bastante fuerte para poder, yendo bien abrigada, prescindir del fuego, pero por la noche o por la mañana temprano resulta difícil y he pillado un buen resfriado. El maharaja me ha asignado un oficial y un maestro de escuela que abren los ojos como platos cuando los pandit pronuncian sus discursos y, evidentemente, no consiguen seguir la conversación. El guía que también se me ha asignado y al que me habían presentado como un muchacho inteligente del que yo esperaba un poco de ayuda, en su calidad de hijo de lama, resulta que es un pequeño ignorante incapaz de proporcionarme la más mínima información sobre los monumentos o cualquier otra cosa. Por último, el maharaja es muy amable, muy atento, pero no entiende nada de mis investigaciones, ni siquiera sabe el nombre de los libros sagrados esenciales de su religión. Es..., saborea este detalle exótico y paradójico, ¡es espiritista! Le interesan infinitamente más los últimos mensajes *post mortem* de Mr. Stead que el conocimiento del supremo *brahman*. Además de esto, pese a toda la amabilidad demostrada aquí, los extranjeros inspiran una doble desconfianza, patriótica y religiosa. Este pequeño país, que ha conservado una apariencia de independencia y mantiene a cuarenta mil hombres en pie de guerra, además de aproximadamente cincuenta mil reservistas, está atónito ante la visión de la India conquistada y del Tíbet, donde la influencia británica aumenta con gran rapidez. El europeo, todo europeo, es sospechoso, y todos los guardias personales que se le asignan son a la vez espías que lo vigilan. Los residentes no dan un paso, ni siquiera en la villa, sin ser escoltados por un *mukhia*, una especie de jenízaro nepalés que se dedica a apartar al populacho a tu

paso y a obligar a que se te manifieste el respeto debido, al tiempo que te vigila. Yo dispongo de mi *mukhia*, por supuesto, que en todas mis excursiones camina delante de mi caballo o va montado junto al cochero. Y, como la desconfianza es recíproca, los residentes han puesto a mi servicio a dos cipayos, soldados británicos que se reparten las tareas: uno se queda en mi casa como ordenanza y el otro me sigue a caballo cuando salgo. Ésa es la respuesta de Europa al indígena, para dar a entender que por encima de la protección del gobierno local está la de la «gran Albión», y que la susodicha Albión sitúa bajo su ala protectora a la dama que es escoltada por sus soldados. Los ingleses se toman esto muy en serio. Estoy totalmente segura de que si me sucediera algo desagradable concederían al asunto la misma importancia que si fuera de su nacionalidad. Todo esto es muy de agradecer... y muy engoroso, porque, como comprenderás, cuando se recorre el país con dos lacayos engalanados, un cochero con uniforme verde y oro que llama la atención en una legua a la redonda, un *mukhia*, un guía y un cipayo a caballo, lo que se puede ver en materia de usos y costumbres indígenas es más bien poco. Los habitantes se agolpan, mantenidos a distancia por las varas de mis acompañantes... Es como una visita presidencial. Resulta divertido la primera vez, la segunda..., luego es un fastidio.

Los pandit que he visto tampoco tienen nada de original. Habría que recorrer el país, escudriñar los rincones, como hice en Sikkim, y, con un intérprete interesado en la materia, tal vez se descubriría algo. Pero sería preciso viajar sin pompa, y al parecer eso es imposible; ni el maharaja ni el residente lo consentirían. En Sikkim, las condiciones eran distintas. Ante todo, el país se encuentra oficialmente bajo el control de Inglaterra; además de eso, aunque haya cierta diferencia entre el budismo de los lamas y el mío, yo era «de la familia», y como el residente lo sabía, no se preocupaba en absoluto por mí porque estaba seguro de que no corría ningún peligro. Pero, sobre todo, el budismo, por degenerado que esté entre los tibetanos, los ha dotado de un espíritu hospitalario y alegre, mientras que aquí los semblantes son sombríos, hoscos, estúpidamente hostiles. San Pablo hubiera dicho que el país estaba lleno de demonios y, de hecho, todos esos altares sucios que encuentras a cada paso, esos horrendos sacrificios sanguinarios realizados con una ferocidad inaudita corrompen el ambiente. Imagínate, cogen al animal, le cortan una de las arterias carótidas y, a continuación, lo hacen caminar hasta el altar; una vez allí, alguien mete los dedos en la herida y tira violentamente de la arteria para extraerla; después no hay más que utilizarla igual que lo hacemos nosotros con un tubo de goma, es decir, apretando y soltando alternativamente, a fin de que la sangre salpique la imagen del dios. A veces

cortan las dos arterias. Me han dicho que algunos «cirujanos» hábiles eran capaces de prolongar la agonía de un búfalo durante dos horas. No hace falta saber más para comprender la mentalidad de los habitantes, ¿verdad?, y la especie de malaria psíquica que desprenden los templos de todos los tamaños que alfombran la región. [...]

Katmandú, 12 de diciembre de 1912

[...] Pasado mañana iré al lugar donde la tradición sitúa la escena de la leyenda de Buda en que éste se entrega a una tigresa durante una de sus existencias anteriores. Se trata de una historia que forma parte de los quinientos cuentos de este género llamados *jataka*. Esta leyenda es una de las primeras que conocí, mucho antes de haber estudiado nada de budismo y de hacerme budista. Siempre me ha causado una gran admiración, la he citado y comentado repetidas veces, y al encontrarme tan cerca me han entrado ganas de ir a dar una vuelta por el lugar donde los devotos, no sé por qué causa, han situado un hecho que probablemente nunca tuvo lugar..., ¡aunque en estos países todo es posible! Esto podría llamarse el peregrinaje de una incrédula. Bueno, ¿y qué?, hace un tiempo espléndido —un poco frío por la noche—, la región es bonita y sin duda el camino será pintoresco. [...]

Tras la ficción, nos adentraremos en una vía más históricamente real. Yo, querido, soy lo contrario de un creyente. Existen pruebas históricas y arqueológicas excelentes para afirmar que el jardín Lumbini donde nació Buda se halla en un lugar perfectamente identificado en la actualidad. Pero yo no tengo mucha fe en todas esas pruebas. Digo que es probable pero que, en fin de cuentas, todos podemos equivocarnos. Y, en realidad, el hecho de que Buda haya nacido aquí o en otro sitio carece de importancia. Pero da igual; estoy aquí y haré el peregrinaje completo. Iré a Lumbini y a las ruinas de Kapilavastu, donde reinaba el padre de Siddharta Gautama, y el peregrinaje que a algunos tal vez les parecía un poco pesado para mí será una pura delicia. El maharaja me envía sirvientes, tiendas, un palanquín..., en serio, creeré que soy la reina de Kapilavastu en persona. Volveré a acampar en la jungla, encenderemos grandes fogatas por la noche, cocinaremos al aire libre. Será exactamente igual que en los grabados de Julio Verne que me entusiasmaban cuando tenía siete años. Yo había decidido ir allí humildemente, en un carro tirado por bueyes, y dormir en el carro. Pero el maharaja, movido por el respeto que un hindú bien nacido profesa a un *sannyasin*, exclamó: «¡Jamás permitiré que duerma en un carro de bueyes en mis estados!» Y me rogó que no me preocupara de nada. Él dio las órdenes y su gente va a organizar una gran caravana, demasiado grande..., pero estamos en Oriente, tierra de fasto ruidoso, ¡qué le vamos a hacer! [...]

13 de diciembre de 1912. [...] No he recibido la carta a la que aludes y en la que me hablabas de la continuación de mi viaje. Indudablemente, queridísimo mío, me doy cuenta de que el tiempo pasa y de que ya hace bastantes meses que me marché de Túnez. Lo que me está sucediendo es tan inesperado al final de mi vida, este viaje se presenta de una forma tan distinta a todos los demás que, lo confieso, me falta valor para romper el encanto y volver. Hay cosas que es imposible reanudar. Presiento que, si continúo, si voy a Japón, si doy mis conferencias en América, llegaré a ser lo que había deseado. Todo eso exige unos meses más, es evidente, y todo está en tus manos. Está la cuestión del sánscrito, que también es un asunto muy importante para mí y tal vez el eje de todo. Personas muy solventes, profesores con experiencia, me han dicho: «Concédanos unos meses de estudios continuados y, con lo que ya sabe, conseguiremos que sea capaz de desenvolverse y de proseguir sola.» Entre ellos hay personas que aprecian mi forma de entender su filosofía y que desearían ayudarme a hacerme un nombre en Occidente. Presiento con más fuerza que antes, ahora que lo que escribo empieza a atraer la atención de los orientalistas, que debo ponerme en guardia y proveerme del bagaje necesario. Voy a publicar un libro sobre el vedanta, y van a examinar esta obra con lupa... Sí, lo sé, cuando se tiene una casa, un marido, no se es libre. Debo pensar que tú, que no tienes la doble razón que me retiene aquí —la pasión por el orientalismo y la obra de la reforma religiosa de la que soy uno de los promotores—, no disfrutas de esta larga ausencia. Y es lógico. La gran casa está vacía, sólo tienes extraños a tu alrededor... Yo estoy hecha a esta vida de aislamiento. Veo a mucha gente, dirás; tú también, y los que yo veo pasan y cambian tan rápidamente que me resultan más desconocidos que los que te rodean a ti. Me voy a través de la jungla, sola entre una tropa de mercenarios. Si estoy cansada, si me siento enferma, si algo me preocupa o me entristece, estoy sola. Pero, lo repito, estoy habituada a eso. Creí que iba a morir en mi tienda cuando estaba en el Tíbet, en aquel valle pedregoso del que tienes una fotografía, y ni flaqueé, ni me compadecí de mí misma, ni lo lamenté. Me pareció hermosa esa muerte en aquellas cumbres, entre el silencio y aquella soledad grandiosa. La costumbre de filosofar desde que tenía trece años me ha forjado un espíritu muy al margen. Tú lo sabes. Y a ti no te gusta la soledad, el aislamiento. Los soportas cuando es necesario, pero no te gustan. Si me dices: vuelve, entonces volveré. Habré roto el hilo que me guía. Dejaré inacabado lo que había empezado tan bien... Sí, está lo que tú llamas la invasión del misticismo. No te equivocas. La ola que se había alzado cuando todavía era una niña se ha hecho más alta. Pero no ha sido en el transcurso de este viaje cuando se ha manifestado. Fue mucho antes, amigo mío, cuando

barrió los vestigios de la miserable crisis que me tuvo prisionera tanto tiempo. Es verdad, observo el mundo con una mirada fría, la mirada de los que lo han analizado, sopesado y juzgado. Casi he conseguido matar toda ambición personal, hasta el punto de que renunciaría muy fácilmente a firmar lo que escribiré. Y tengo motivos para decirlo. El viaje a Lumbini y a Kapilavastu me producirá un gran placer: el placer de visitar esos lugares históricos y el placer de una soberbia excursión por la jungla. La colaboración del maharaja convierte ese viaje en un sueño. Pues bien, durante la visita en la que me había prometido dicha colaboración, el maharaja me habló de cosas muy personales, de orden místico, como dirías tú. De vuelta en mi casa, la respuesta acudió a mi mente, categórica, bastante brutal, poco apropiada para gustar, y pensé que podía hacer que la amabilidad del príncipe y el viaje a Lumbini se derrumbaran como un castillo de naipes... Sin embargo, se la envié tal cual, resignada por anticipado a no ver jamás la ciudad donde vivió Buda, el suelo donde nació. El efecto fue muy distinto. En la India están acostumbrados a la rudeza de los que llevan la túnica naranja... Pero había hecho el sacrificio con una gran serenidad. Para ti, que conoces mi pasión por los viajes, este hecho resultará revelador... Te lo repito, mi querido Mouchy, todo está en tus manos. [...]

Katmandú, 21 de diciembre de 1912

[...] He estado en Mam Buda (la leyenda de la tigresa), tal como te anuncie el otro día. El viaje estaba muy bien organizado: coche hasta Badgoon y, allí, caballos a punto esperando. Sopla un vientecillo seco, áspero; nada parecido a la fuerte tormenta tibetana, no te congelas, pero sientes escalofríos pese a llevar prendas gruesas. No es un tiempo «nirvánico» sino un tiempo que incita a la lucha. Los filósofos de Oriente necesitan la tibieza tranquila de las noches tropicales, necesitan perfume de orquídeas flotando en el aire y moscas luminosas danzando en las tinieblas invadidas por el canto de los insectos, como en Dikshu, alrededor del bungalow con hortensias azules donde me detuve, recreándome en la ensueñación, a mi regreso del Tibet. El desapego y la serenidad viene por si solos en ese ambiente, y uno iría sin hacer un gran esfuerzo hacia la tigresa agonizante. La satisfacción física y mental es lo que suscita la indiferencia, el desprecio por la vida. Los budas y los que se les parecen siempre fueron seres ricos, felices. Aquellos para quienes, por circunstancias personales o climáticas, la vida es dura, la persiguen con ahínco, se agarran a ella desesperadamente. Prescindiendo de esta filosofía de aspecto paradójico pero, con todo, exacto, ni el paisaje insustancial ni la temperatura inclinan hacia la idea de entregarse a ninguna tigresa. Se llega enseguida a la montaña, unas subidas increíbles para volver a bajar a los campos cortados

por cunetas que retienen el agua de los canales de riego. El guía que marcha en cabeza deja la carretera y toma un sendero que es un atajo y que, al cabo de unos instantes, nos conduce a un estrecho dique donde no hay sitio ni para las patas de los caballos. Hay que desviarse hacia los campos, y se diría que estamos en una carrera de obstáculos; los ponis parecen muy contentos por el incidente y saltan con alegría. Luego empiezan de nuevo las subidas empinadas. Llego al campamento hacia las cuatro. Han limpiado y allanado un vasto campo, cortado y quemado arbustos a su alrededor, clavado ramas de árbol en el suelo para hacer una avenida desde la carretera hasta mi tienda. Presenta un aspecto muy bonito. Mi tienda también es comodísima, con un segundo techo que la cubre toda y forma un sobradillo. Tiene dos habitaciones: el dormitorio, de 2,75 m² aproximadamente, y un pequeño cuarto de aseo contiguo. Todo cierra a la perfección. ¡Ah, si hubiera tenido esta instalación cuando estaba encaramada a 5.000 metros!... Han extendido una gruesa capa de hierba seca bajo las alfombras y hace realmente mucho calor. [...]

[...] Ceno y me acuesto enseguida. Me gustan estas noches de soledad en la jungla, en una habitación de lona. Te sientes, más aún que en la cabaña más rudimentaria, entre la naturaleza, uno con las cosas. La tienda, delgada barrera cuyas paredes cantan, chapalean y viven con el viento, la tienda pájaro en movimiento, hoy aquí, mañana allá..., una nave en tierra firme. Oh, no me gustarían, por ejemplo, los «campings» fastuosos de los residentes, donde las tiendas son prácticamente casas y donde se reúne una numerosa concurrencia. Hay que estar solo, acurrucado en la estrecha camita, oyendo los gritos de los pájaros nocturnos, los roces de seres invisibles al otro lado de la tela. La otra noche me pareció que me visitaba una serpiente. Lo que estoy viendo ahora son mis sueños de chiquilla salvaje. [...] Si los dioses fueran buenos, me sumirían en un profundo sueño durante una de esas noches de la jungla «en las que hay tantos planetas», como dice el pastor Balthazar de Daudet..., y la tentación se insinúa, solapada... Sonrió al pensar en Mara, el Maligno de las leyendas búdicas, que también tentó a Buda: «Has obtenido la paz, el reposo, oh Bienaventurado, ahora extingue, entra en el reposo eterno, en el nirvana.» Y Buda lo interrumpe: «Basta, oh Mara, mientras no haya anunciado esta doctrina y esta vía que he encontrado, y no hayan sido comprendidas por hombres, mujeres, religiosos y laicos que las anuncien a otros, no entraré en el reposo.» Las palabras de los textos leídos y releídos, aprendidos de memoria desde hace tanto tiempo, resuenan en el silencio, alrededor de la pequeña cama de anacoreta.

[...] A mi regreso encuentro a dos emisarios del maharaja que traen un gran sobre y paquetes. La carta es encantadora; está escrita en

ese tono especial, común a todos los hindúes cuando se dirigen a aquellos con los que han hablado de cuestiones religiosas. Su alteza me envía los productos nacionales de su país. En primer lugar, el arma nacional de los guerreros gurkha, el *koodri* de lujo, que lleva una empuñadura de plata cincelada con las armas del maharaja y una vaina de soberbio tafilete con adornos de plata donde descubro a un ser extraño con trompa de elefante, cara casi humana y cuerpo de pájaro. A continuación, dos series completas de monedas nepalesas de oro, plata y cobre. Son preciosas, y su equivalencia en nuestra moneda es de más de trescientos francos. Hay piezas de oro muy grandes y pesadas que tienen el diámetro del «arra» que me diste pero son mucho más gruesas, y hay otras que no están en circulación, tan pequeñas y finas que no te atreves a tocarlas. Naturalmente, no es dinero para gastar, son piezas de colecciónista, pero como hay dos series podrás hacerte una aguja de corbata muy original. También hay una colección completa de sellos nepaleses (sólo se utilizan dentro del país; para el extranjero se utiliza el correo inglés) y de postales, y, por último, almizcles metidos en bolsitas de piel selladas. Los emisarios, en cuillillas, lo extienden todo sobre la alfombra, a mis pies. Mi doncella se acerca, presurosa, y farfulla entre suspiros, en su inglés rudimentario: «*So much money! So much money!*»

— ¿No son unos regalos bonitos, todos ellos productos del país? No me lo esperaba ni por asomo. [...]

Hoy es el aniversario de la muerte de mi padre. Ocho años han pasado desde que se fue... He pensado en todo aquello hoy. He recordado las circunstancias que rodearon su muerte: la dureza de mi madre, su egoísmo malvado, que ni siquiera la visión de un moribundo fue capaz de ablandar. Luego me he remontado más atrás, he pensado con más discernimiento que cuando era joven en lo que fueron el uno para el otro durante cincuenta y tres años de matrimonio y en lo que fueron para mí..., poco hechos los dos para la vida de familia, que exige unión, solidaridad, amor abnegado. Qué desdichados se hicieron y qué triste hicieron mi juventud... Éramos tan dispares los tres, tan diferentes uno de otro como si perteneciéramos a razas, a mundos diferentes. Y sin embargo, con inteligencia, con tolerancia, habríamos podido ser felices. ¡Qué ciega locura son los seres! Pobre papá, pese a nuestras divergencias, teníamos muchos puntos en común, pero él no quería o no podía verlo, y aquello en lo que me parecía a él era lo que más le exasperaba. En cuanto a mi madre, era más lúcida, veía los aspectos comunes entre mi padre y yo. Eso era lo que la enfurecía, encontrar en mí todo lo que le desagradaba de su marido. ¡Es terrible tener niños, y terrible es también ser niño! [...]

22 de diciembre de 1912. [...] Creo haberte dicho que el pequeño príncipe de Sikkim me envió, como aguinaldo, una pequeña pieza de bordado tibetano antiquísimo.

Me he enterado de que el tashi-lama ha enviado para mí una largísima memoria en respuesta a mis preguntas. La están traduciendo. Otros eruditos tibetanos también se preocupan de enviarme notas. Uno de mis amigos ermitaños me ha enviado una larga epístola desde su caverna... Cuando parti, ni me había pasado por la mente recopilar documentos lamaístas. Pensaba que estaría fuera de mi alcance, y ahora resulta que éstos constituirán la mayor parte, la más interesante, de mi bagaje. Hay cosas absolutamente inéditas en materia de orientalismo. Es curiosísima la forma en que se encadenan las cosas. Yo creía que, en materia de budismo, mis estudios se limitarían casi exclusivamente al *hinayana*, la escuela del sur, y al parecer ahora no sólo voy a producir documentos *mahayana* sino también *tantrayana*. Estos lamas tibetanos se han mostrado vivamente interesados por mi trabajo de estudios modernos. Debo decir que han captado su interés mucho mejor que los vedantistas hindúes y están totalmente decididos a ayudarme cuanto puedan. ¿Sabes que ahora se habla de mí en monasterios muy apartados del «País de las Nieves»? Y, como los cerebros orientales siempre están predispuestos a que surja la leyenda, parece ser que estoy a punto de convertirme en una «encarnación» de las *dakinis* (una especie de deidades femeninas). No le cuentes esto a nadie. En su marco propio, estas historias son bonitas, poéticas, incluso bastante sobrecogedoras, pero trasplantadas a otro lugar recuerdan las de Taratarin.

Por cierto, le he enseñado mi arma de guerra (*koodri*) a alguien que entiende un poco de esas cosas. Ha declarado que es un arma muy valiosa, valorada en el equivalente a casi doscientos francos. Aquí, la gente corta de un solo tajo la cabeza de un búfalo con pesadas hojas de acero. [...]

Rumindei, 8 de enero de 1913

[...] Me fui de Katmandú el 31 de diciembre y he viajado sin parar hasta ayer; voy a descansar dos días aquí, que es el lugar donde nació Buda. Pasado mañana acamparé en Kapilavastu, la ciudad donde pasó su juventud. Allí pasa lo mismo que en Cartago: sólo quedan unas cuantas piedras. También van a llevarme a una ciudad de esta provincia aún más cerrada a los extranjeros que la región de Katmandú. [...]

Nuestro campamento está en un bosquecillo de mangos. A ti eso no te dice nada, pero a un lector de los *sutras* budistas le evoca episodios clásicos, y recuerdo a Ambapalí, la bella cortesana propietaria de «bosques de mangos» y ella misma mango (en pali, *amba* significa

mango), mango sabroso, según los viejos relatos. Es la Magdalena del Evangelio budista, pero una Magdalena de un carácter muy distinto, sin pasión, sin sentimentalismo: Ambapali era una intelectual y una erudita, una Aspasia muy reverenciada, «la gloria de la ciudad de Vaisali». Buda fue su huésped. Ella es quien dice: «Pocas son las mujeres capaces de comprender la profundidad y la sutileza de la doctrina...», y él la trata como una oyente válida. Ella y Visaka, la rica matrona, son las únicas mujeres que aparecen en las Escrituras entre los personajes que fueron apreciados por Buda por su capacidad intelectual, y Ambapali, que sabía muchísimo de lenguas y de arte y conocía los sistemas filosóficos, prevalece sobre Visaka. Se hizo religiosa sin alharacas, sin creer que tuviera algo que expiar, que deplorar, como una reina que hubiese comprendido la vanidad del trono. Se le atribuyen unos versos deliciosos. [...]

Nepal, Sinamena, 19 de enero de 1913

En cuanto haya regresado a la India, enviaré la carta en la que relato los incidentes de esta nueva expedición. [...] ¿Se puede soñar algo más «Julio Verne»? Viajó con tres tiendas: la mía, la de los miembros de mi servicio personal y la de los escoltas nepaleses. Dispongo de cuatro elefantes y de una decena de culis-porteadores que acampan un poco alejados de nosotros. Como comprenderás, sería difícil organizar viajes de este tipo uno mismo, así que debo bendecir mi buena estrella, que me ha facilitado todas estas cosas por la gracia de un maharaja que siente cierta estima por mi modesto saber. En el último campamento, donde permanecí cuatro días, visité diferentes lugares donde se han encontrado fragmentos que indican el emplazamiento de una ciudad. Algunos declaran que se trata de Kapilavastu, mientras que otros afirman que Kapilavastu estaba en la jungla, donde yo me encuentro ahora y donde hay vestigios más importantes. Ya sabes que mi pasión por las piedras viejas es escasa. Lo que yo deseaba era recorrer la tierra natal de Buda, ver en qué escenario habían surgido las ideas que lo llevaron a convertirse en un buda. Me dirás que los veinticinco siglos transcurridos han debido de cambiar ese escenario. Evidentemente, pero no tanto como se podría creer. En Oriente, y sobre todo en determinados rincones apartados y cerrados a la civilización, como lo es Nepal, la vida es lenta. El padre de Buda, Suddhodana, era el príncipe «rico en arroz», y en la actualidad la vasta llanura está cubierta de arrozales. El emplazamiento de los pueblos y los bosques ha cambiado, de acuerdo, los unos ocupan el sitio de los otros, pero las esencias de árboles son las mismas, el polvo de los caminos es el mismo, los rebaños, los bueyes y la forma de los carros donde se cargan las cosechas son los mismos, eso se ve en los restos de esculturas. Y lo

que es exactamente igual es el cielo, el clima y el fondo que forman los picos del Himalaya. Una filosofía no baja del cielo, nace en el cerebro de los humanos, y ese cerebro es hijo de su medio... Te aseguro que cuando uno rumia las teorías hindúes en la jungla, donde nacieron, las ve bajo una luz muy distinta que los eminentes maestros que sólo las han conocido en un despacho europeo. El difunto Warren decía que lo que más le había cautivado al realizar su estudio del budismo era la singularidad de los horizontes vislumbrados. Singularidad quizás en Occidente, pero aquí un horizonte absolutamente natural. Los dos hemos hecho a menudo esta observación a propósito de la Biblia, que, considerada en Europa un libro fantástico, se convierte en la expresión de una vida vivida en el Oriente mediterráneo y semítico. Estoy explicando estas cosas en un artículo que voy a enviar al *Mercure*, lleno de detalles que me parecen bonitos e interesantes. [...]

Había pedido que acampáramos en Tilora, una jungla magnífica con un estanque y unos claros maravillosos, pero no quisieron oír hablar del asunto porque decían que era un lugar muy poco seguro, frecuentado por «devoradores de hombres», y que nadie se adentraba jamás allí de noche. Fui una tarde, y despedí a mis acompañantes pidiéndoles tan sólo que me enviaran un elefante para regresar. Mientras buscamos un lugar sombreado donde pasar unas horas apacibles, mi boy y yo hacemos unos descubrimientos lamentables. Bajo los árboles, hermosas plumas azules alfombran el suelo, indicando que las aves de presa matan a los espléndidos pájaros azules, tan bellos y tan escasos ahora en la India. Más allá, detrás de un matorral, descubrimos un auténtico osario... ¡Siva! ¡Siva! Esta jungla es un campo de batalla! En resumen, encuentro un sitio, me siento, y el muchacho se va a vagabundear por los bosquecillos. Yo estoy allí como los yoguis clásicos de este país y pienso en las palabras que se repiten con frecuencia en los textos: «Qué deliciosa estancia es la jungla para los sabios...» Yo no soy un sabio, pero aun así la jungla me parece deliciosa. Con los ojos cerrados, me pierdo en meditaciones cuyo contenido no tiene importancia, cuando oigo a mi izquierda unos pasos amortiguados sobre las hojas secas. Unos pasos precavidos de gato, pero de gato grande. Me digo que no es bueno distraerse y me esfuerzo en concentrarme de nuevo en mis pensamientos. Sin embargo, al cabo de unos instantes abro los ojos y miro. A mi izquierda, semioculto por la hojarasca, a una veintena de metros, hay un cuerpo alargado de pelaje a rayas negras; de la cabeza sólo veo las orejas erguidas. Mi primer pensamiento es estúpido, me digo: ¡una cebra! Luego caigo en la cuenta de que aquí no hay cebras y de que el pelaje es demasiado rojizo para ser el de una cebra, y entonces pienso: un tigre. El crepúsculo se acerca, pero todavía hay mucha claridad, veo perfectamente el cuerpo alarga-

do y las orejas erguidas. Me digo: un tigre, y, confesémoslo, el corazón me da un vuelco que me hace sonreír burlonamente para mis adentros. Sí, muy bien, un tigre que probablemente me ve al igual que yo lo veo a él, y que piensa inmóvil al igual que yo pienso inmóvil. ¿Qué debo hacer? Levantarme, marcharme? Si quiere, en dos saltos me alcanza... Además, en la India un *sannyasin* no huye ante ningún peligro, es una tradición; y deseo sentir el pequeño resto de emoción nerviosa que se agita en mi interior. Me pregunto: ¿qué harás si sale de entre los arbustos, si avanza hacia ti? Y sé que esa especie de entrenamiento, de autosugestión, si prefieres llamarlo así, practicada durante tanto tiempo, será más fuerte, que no me moveré, que no deshonraré la túnica color de aurora que me envuelve. Y como lo sé, me digo que también conviene dejar al tigre sumido en sus meditaciones y reanudar las mías. Eso sólo requiere un pequeño esfuerzo, cierro los ojos de nuevo..., en fin de cuentas, todo es un simple sueño... Olvido el tigre, la jungla y a mí misma. Cuando salgo de mi ensimismamiento, la idea del tigre acude otra vez a mi mente y me digo: ¡Bah! He visto un montón de hojas rojizas entrecruzadas con hojas ennegrecidas. Ahora volveré a ver en el mismo sitio a mi tigre de hojas secas. Miro..., nada. Intento con toda mi voluntad crear una imagen idéntica entre el follaje, pero es inútil. No hay hojas rojizas, y entre las ramas verdes, en el lugar donde el gran cuerpo alargado interceptaba la visión, veo un fragmento de cielo.

Llega el elefante y regreso al campamento. Por la noche, el rugido de un tigre, aunque viene de bastante lejos, hace que todo el mundo se ponga en pie. ¿Se trata de una coincidencia o es la misma fiera que pasó junto a mí? Te lo aseguro, unos días después de haber sucedido una cosa así, uno cree sin ningún esfuerzo que lo ha soñado.

Tal vez pienses que soy valiente; algunos se sentirían tentados de creerlo. Pero no, mira, todo eso, valentía o cobardía, la mayor parte de las veces es una cuestión de hipnosis. He leído tantas historias hindúes de yoguis y de santos que miraban a las fieras de frente, que, de una forma mecánica, automática, he hecho lo mismo. Lo que hubiera indicado realmente valentía habría sido, no proseguir mi meditación bajo la mirada del tigre, pues eso pertenece a la rutina hindú, sino hacer un gesto inédito, no previsto en las historias, un gesto occidental: coger la cámara fotográfica, que llevaba encima, e intentar fotografiar al animal. Es probable que hubiera huido... o que se hubiera abalanzado sobre mí, pero la verdadera temeridad habría sido intentarlo... Analizándolo, me da la impresión de que me envolvi en la sagrada tradición y en los gestos seculares de los *munis* como si fueran una fortaleza, convencida de la inutilidad de la huida, demasiado escrupulosa como para atraer la atención de mi *boy* y hacer compartir mi peligro a un

niño mucho menos preparado que yo para una situación dramática, y también demasiado orgullosa como para permitirme una actitud vulgar. [...]

Benarés, 19 de marzo de 1913

[...] Ayer, escribiendo una fecha, de pronto me di cuenta de que era el 18 de marzo, el aniversario de la Comuna, el día de la peregrinación de los federados. ¿Te he contado alguna vez que estuve en el muro de los federados después del fusilamiento, cuando amontonaban apresuradamente los cadáveres en las zanjas excavadas para tal fin?... Conservo una vaga visión de aquello. ¡Yo tenía dos años en esa época! Si es la primera vez que me oyes mencionarlo, te preguntarás quién me llevó allí. Fue mi padre, que quería que, en la medida de lo posible, guardara un recuerdo impresionante de la ferocidad humana. ¡Ah, dioses, bastante he visto actuar después la ferocidad humana de formas menos teatralmente trágicas! [...]

Tengo visiones de Himalayas, de lagos donde se miran picos nevados, de cascadas en los bosques. Sin duda es el efecto del calor, que se acentúa y que, del mismo modo que hace soñar a los árabes con un paraíso de manantiales frescos, por contraste con su desierto ardiente, me devuelve la sensación del aire ligero de las alturas y de la brisa cortante que pasa a través de los bosques. ¡Tíbet! ¡Tíbet! Una parte de mí se ha quedado allá arriba, en las estepas, en la soledad desolada de Gyao-guwn donde, tal vez imprudentemente, expresé el «deseo que ata» al pensamiento de los tibetanos. ¡Diez años demasiado tarde! Confieso que me asaltó la tentación ante aquella puerta cerrada, abierta para mí. La tentación de aprovechar la oportunidad única, de ir a aprender allí lo que ninguno de los escasos exploradores ha tenido a su alcance, de hacer lo que ningún europeo ha hecho aún. Sí, la sabiduría es resignarse, contentarse con la parte ya considerable realizada..., pero, de todas formas, ¡qué hermoso hubiera sido el sueño! Y qué bonito fin prometía para la vida de la «ancianita con gafas»...

Querido, afectuosos besos de la amiga lejana, ingrata y egoísta, pensarás quizá. ¡Eso deben de opinar Eva* y otros muchos! Sin embargo, si nadie hubiera vivido su vida y perseguido su quimera, ¿dónde estariamos? Si todos hubieran renunciado a lo que los llamaba, todos los Budas, los Cristos, los profetas sociales o los pioneros de la ciencia, si todos se hubieran cortado las alas en la esquina del hogar, ante algún deber —no hay nadie que no los tenga—, ¿cabe imaginar el limbo mortecino en el que estaríamos sumidos? La cuestión no es discutir sus derechos. Todos los tenían. El punto que hay que examinar

* Una de las cuñadas de Philippe Néel.

es si, en alguna medida, somos de su raza, de su sangre. Nosotros, pobres cuervos, a menudo tendemos a creernos de la familia de las águilas; pero, al mismo tiempo, como decía el otro día en una conferencia, cuántos habrían podido si se hubieran atrevido, cuántos son impotentes simplemente porque creen serlo. Difícil problema, apreciación espinosa. Aquí, el uso proporciona a la gente un guru que solventa las dificultades de este tipo y decide si uno está legítimamente autorizado a seguir el camino de las águilas o si, como buen ánsar, debe practicar las virtudes domésticas en su corral. Es cómodo. Veamos, si yo te consultara y te elevara por unos instantes a la dignidad de guru, ¿qué dirías? ¿Pertenezco a la categoría de las águilas o a la de los ánsares?

Benarés, 25 de marzo de 1913

¿Te cuento mi jornada? Contemplación de la salida del sol al despertar, lo que te indica que soy madrugadora. Algunas reminiscencias de un libro maravilloso: el *Astavakra Gita* [...] (Este primor no dice nada, pero aun así tengo interés en enseñarte una muestra de mi escritura devanagari, que mejora de día en día.) Decíamos, pues, algunas reminiscencias de este *gita* que nuestro amigo Gresse, de Susa, saborearía infinitamente menos que el que lee a diario y sobre el que medita. Un libro rudo, terriblemente desmedido en su implacable lógica; a Max Stirner, Nietzsche, Yang-tchou y Bhartrihari les hubiera complacido, y mi pequeño yo (como dicen los chinos) también se deleita con él. Baño, chapoteo, ya sabes que soy acuática. Almuerzo: cacao y pan tostado. Entrega de trabajo al sastre —aquí no hay mujeres obreras—, que viene a arreglar algunas prendas. Luego llega el pandit —son las ocho— y empieza la clase de sánscrito. Cuando se va, vuelvo a ocuparme de los arreglos en marcha y como más pronto que otros días porque tengo una cita. ¿El menú? Sopa de espinacas, huevos revueltos con tomate y berenjenas fritas. A mi tibetano sólo le salen bien las sopas; el resto sólo puede ser degustado por un *sadhu* que quiere llegar a comer «sin saborear», como hacen los yoguis. A continuación me voy, a través de las calles tórridas, a casa de un yogui que conozco. Un hombre muy culto, de una filosofía extrañamente nihilista, que tiene un nombre religioso extravagante: Satchitananda [...], que significa existencia-conocimiento-beatitud. (Son las cualidades del supremo *brahman*.) ¿No te parece que, pese a la distancia geográfica y moral, semejante nombre tiene un sabor Piel Roja? Cada vez que escribo el nombre de este caballero pienso en Ojo de Halcón... Bien, pues me encamino (40° a la sombra) hacia el lugar de retiro de existencia-conocimiento-beatitud. El lugar es una casita de dos estancias, una en la planta baja, una especie de recibidor minúsculo más que una habitación, sin puertas ni ventanas, desde donde se sube por una escalera in-

creíblemente estrecha a la única habitación del piso superior, donde vive el yogui. Un contraste poco común con los habitantes de la India: la habitación está meticulosamente barrida y limpia. El mobiliario se compone de dos sillas, un colchón enrollado que por la noche es extendido en el suelo para dormir y un cobertor colocado encima, y el colchón y el cobertor están impecablemente blancos. Aquí, es un prodigo. En un rincón, en el suelo, unos cuantos libros y cuadernos y un tintero (los hindúes escriben en cuillillas, como los árabes). Eso es todo. En este decorado ascético, con un fondo de jardines y templos que se ven a través de las ventanas abiertas, hablamos del vedanta. Satchitananda es un verdadero vedantista, uno de los escasos vedantistas que he conocido. Pocos se atreven a serlo con tanta lógica. No hay ni una chispa de dulzura, de compasión en su doctrina... Riendo, le digo que encarna el vedanta en todo su horror. ¿Qué busca ese ser con su vida de asceta?... Sería curioso saberlo, pero dudo que quiera decírmelo pese a la evidente simpatía que siente por mí. Charlamos durante casi cuatro horas. ¡Cuántas palabras!, exclamarás, y ¡cuántas tontorriadas!... Quizá, pero no es ésa la cuestión. Estoy aquí para aprender y este tipo de conversaciones es como una clase. A continuación regreso a mi celda, que no está provista de muchas más cosas que la del yogui. Luego, otra sesión de pandit y otra sesión de sánscrito. Cenaré pronto una sopa de leche y macarrones y después me acostaré.

El acontecimiento de la semana ha sido el eclipse de luna, el sábado pasado 22 de marzo. Según la creencia popular, un eclipse es algo temible, un signo que presagia alguna desgracia pública. Así pues, hay que conjurar a los dioses, redoblar las prácticas piadosas. En otras partes de la India hay que bañarse en un río sagrado justo en el momento en que aparece la luna, y gracias a las virtudes de ese baño borraras todos tus pecados. Las damas francesas* de las que te he hablado alquilaron una barca y cenamos allí; estuvimos desde las cinco hasta las ocho en el agua. Los *ghats* estaban abarrotados. Había cien mil personas o tal vez más. Pueblos enteros habían acudido. Desde hacía tres días, trenes especiales llevaban peregrinos. ¡El espectáculo merecía ser visto! Por la noche, bajo la luna, el resplandor de las hogueras del *burning ghat* hacia que el decorado pareciese mágico. [...]

La estancia de estas damas, las Karpelès, me convirtió en testigo de un pequeño drama íntimo, aunque sin ninguna trascendencia. Te he hablado varias veces de un químico que dirige una fábrica de jabón en Calcuta y que estudió en París. Allí había conocido a las señoritas Karpelès y se había enamorado de la mayor. En París, al parecer la joven encontraba interesante a este hindú. ¿Lo alentó? Lo ignoro; en

* Se trata de la señora Karpelès y sus hijas, Andrée y Suzanne.

cualquier caso, él tenía esperanzas de casarse con ella. [...] Vino a contarme sus penas casi llorando. Pero ya no es un niño, caramba, tiene treinta y siete años.

Afortunadamente, ha escapado de una triste experiencia, pues ese matrimonio lo hubiera sido. Él y la joven no tenían nada en común, y en la India los matrimonios mixtos se enfrentan a tanta hostilidad que la vida se vuelve insopportable para los dos esposos. Yo intenté hacerlo entender. Con bastante filosofía, me dijo que evidentemente llegaría a consolarse, pero que por el momento era un duro golpe.

Siempre la misma historia, la eterna historia. En cuanto uno pide algo a otro, espera algo de él, la decepción empieza a acechar, y cada vez que, cual imprudente tortuga, saca un miembro del caparazón, lo que obtiene es sufrimiento. Los que buscan la alegría cosechan el dolor. Aquellos sabios que aconsejaban «la abstención», la renuncia, sabían muy bien lo que decían. Sabían muy bien que era la única política posible para liberarse del sufrimiento. Y todo ese minucioso entrenamiento mental preconizado por las escuelas de la India se justifica por el hecho de que atenúa en amplia medida, y en ocasiones incluso suprime, el dolor en aquel que lo practica.

Los hay —y no pocos— que dicen: Da igual el precio al que se compre la alegría, la queremos, sabemos que hay que pagarla, que tiene su contrapartida de sufrimiento. No importa, aceptaremos este último porque queremos el placer. Recuerdo que Gabriel Séailles, que presidió una de mis conferencias en París, en la Sorbona, sostuvo esta tesis con vehemencia. Desde muy pequeña, instintivamente, yo me inclinaba hacia la opinión contraria: no sufrir; ésa es, a mi entender, la cuestión fundamental, la decisiva. Las personas que quieren «vivir», como ellas dicen, es decir, cantar, apasionarse, me parecen miserables posesos, penosos dementes. «Muy cerca de la renuncia está la beatitud», dice el *Bhagavad Gita*, y esto no se debe interpretar en el sentido cristiano del término «renuncia», sino como el rechazo de aquello cuya insignificancia o, peor aún, cuya nocividad congénita uno mismo ha reconocido.

Deben de aburrirte, quizás incluso irritarte, querido mío, estas disertaciones filosóficas de un Moumi que practica lo que calificaré de «ascetismo epicúreo». Un día me escribiste que había filosofado un poco más de lo habitual: «Todas esas palabras suenan huecas y vacías; dos brazos abiertos y un hombro en el que apoyar la cabeza serían infinitamente mejores.»

Sí, amigo mío, pese a haber hecho —¿aceptas el cumplido?— grandes progresos en sabiduría, parece que sigues siendo de los que caen en la trampa de los reposos temporales, de los que piensan que una venda sobre los ojos impide que las cosas exteriores existan. Un

mal sistema, muy malo. Porque los brazos son «impermanentes», se sueltan por sí solos o los acontecimientos, la muerte, los sueltan, y porque el hombro de carne y hueso de otro mortal es un apoyo inestable y muy frágil. También porque, si el apoyo no se escabulle, somos nosotros los que, en la «impermanencia» de nuestro «yo», dejamos de encontrarlo confortable, adecuado para nuestras necesidades. Lo que fue posición cómoda en las horas pasadas se convierte en una molestia, un tormento para las horas venideras. La valentía sigue siendo la actitud más segura. Las cosas pierden su carácter temible cuando se las mira de frente; al igual que los fantasmas que crean las sombras de la noche, aparecen totalmente distintas a los ojos de quien camina hacia ellas y las observa. Aquel que, en vez de apartar el espectro de la muerte, se acerca a él sin miedo, le arranca el velo, lo despoja del disfraz carnavalero que la ignorancia de la gente le ha puesto, constata que no queda nada del temor que inspira a quienes sólo lo entrevén de lejos, a través de su terror.

Ah, mi querido Mouchy, a cambio de lo que haces por mí quisiera darte algo mejor que palabras, que gestos vulgares, quisiera conducirte ante la puerta que yo he entreabierto, pero me temo que a ti no te interesa.

A juzgar por tus cartas, me parece que la cuestión de mi vuelta se está volviendo acuciante. Las cosas son sencillas para las personas sencillas y terriblemente complicadas para los «todo cerebro», que las disecan. [...]

Tras la terrible crisis moral que sufrió durante cuatro años y cuya profundidad y torturadora intensidad jamás has sospechado, reencontré estos «caminos fuera del mundo» que me habían tentado y cautivado en mi juventud. Me sorprendió que pudieran reabrirse y, cuando hube comprendido que la paz y la serenidad volverían, sentí por la doctrina que me las había devuelto un agradecimiento ilimitado. Te equivocaste acerca del sentimiento que me hizo destruir muchas cosas antes de mi partida. No se trataba de evitar que, en caso de muerte, cayeran en otras manos, sino de destruir todos los vestigios materiales de vínculos y de partir habiendo enterrado el pasado. Era el equivalente de la simbólica sábana mortuoria que, en los conventos católicos, se extiende sobre el novicio que abraza la vida religiosa.

Tal vez cometía una imprudencia al decirte estas cosas, al mostrarte la muerte en que me he convertido. ¿Cómo te lo tomarás?... Ya no tengo prudencia humana, he tenido mucha, demasiada..., no quiero seguir recurriendo a ella. Creo, ya te lo he dicho, que una actividad estudiosa sería la mejor vía que podría seguir en el final de mi vida. ¿Quieres a la «ancianita con gafas» de tu sueño, esa que escribe libros y da conferencias? Ella necesita proseguir los estudios que está reali-

zando antes de regresar a Occidente... Pero no lo hago con pasión. Quizá la idea de que palabras y libros puedan aprovecharlos otros es una locura decepcionante y la última flecha de nuestra vanidad mal extinguida... Es posible, y estoy dispuesta a renunciar..., dispuesta a hacer muchas cosas extremas y quizás poco sensatas. Y lo que sería sensato, muy sensato y también muy bondadoso por tu parte, sería no obligarme a tomar una decisión en un momento en que no estoy preparada para hacerlo o en que podría atraerme una solución extrema. Te lo digo abiertamente: creo que mi vida de escritora sería la solución razonable, pero, lo confieso, me encuentro muy cerca de otra solución creo que menos deseable. Acuciarme sería tal vez empujarme a ella.

La edad trae fácilmente al espíritu el «¿para qué?», y una cabaña entre las palmeras de Ceilán o en una montaña del Himalaya parece una morada deseable porque proporciona el olvido y la paz adormecedora que emana del ambiente, te envuelve como una capa, se insinúa en tus nervios apaciguados. [...]

Sopresa, examina, reflexiona, consulta, querido, y ante todo no te apresures a anatemizarme. No estoy tan lúgubre como quizás te parezca... Simplemente estoy cansada. Me ha invadido cierta lasitud de esa que aflora a través de la sonrisa un tanto desdenosa de los budas. No rechaces al Moumi porque aspira a un poco de reposo y de paz después de unos años que fueron duros. ¿Por qué, oh, por qué no puedes encontrar tú el oasis que yo he encontrado? Me dirás que todas las religiones, todas las fes son oasis para sus creyentes. Sí, pero exigen previamente la adhesión del fiel a sus dogmas, y no todos los que lo desean creen en su pueril panteón. La paz en el agnosticismo, la serenidad en el descreimiento es un refugio más elevado para espíritus más refinados. Está más allá de la adoración de los dioses cuyo vacío se ha sondeado y más allá de la complacencia en un «yo mismo» cuya vanidad..., cuya irrealidad también se ha traspasado.

Di lo que quieras, piensa lo que quieras. Los que creen en la vida y en la muerte, los que buscan en la una el placer y en la otra el descanso sólo cosechan trastornos y miseria. Más allá de las apariencias es donde está la orilla apacible..., el nirvana.

No te enfades por estas líneas que sin duda alguna te parecerán místicas. Te las envío como la expresión de mi mayor afecto, dirigido a un amigo muy querido y que está muy cerca de mi pensamiento y mi corazón pese a la distancia.

*Theososphical Society
European Quarter
Benarés, 10 de junio de 1913*

[...] ¿Qué quieras que te diga, querido? Nosotros no somos ni italianos, ni orientales..., ni marseleses, y las frases que tienden, por poco que sea, a la redundancia y la grandilocuencia desagradan a nuestra mentalidad septentrional. Así que debo ser breve; lee entre líneas todo lo que no expreso de forma explícita. Me siento intensamente conmovida por todo lo que me dices y admiro muy sinceramente, incluso con una pizca de asombro, tu amplitud de espíritu..., diría tu grandeza de alma si no temiese que el término te haga sonreír. Sí, amigo mío, en efecto, tu conducta respecto a mí sobrepasa la línea de los sentimientos vulgares en la que se mueve el común de los mortales. No irritarse por lo que a uno le resulta desagradable y penoso, aceptar que los seres queridos sigan su propio camino en vez de exigir que se conviertan en tus satélites y graviten alrededor del tuyo, y hacer aún más que eso, no sólo no tratar de obstaculizar su marcha, sino ayudarlos a caminar sin demasiados estorbos y dificultades, eso es elevada santidad en un creyente ordinario; en un descreído se convierte en gran sabiduría y suprema filosofía. Aceptas, amigo mío, reconocerme cierto valor intelectual; entonces, si mi aprecio y mi estima valen algo a tus ojos, debes saber que tus sentimientos y tu conducta me parecen realmente grandes y que, desde el fondo de mi Oriente asiático y desde el fondo de mi estudioso retiro, te envío, no sólo el simple y lógico agradecimiento que se puede sentir por todo beneficio y por todo benefactor, sino un elogio emocionado y respetuoso porque en este momento actúas como un verdadero sabio. Añade a estas líneas, mi querido Mouchy, todo el cariño que no se puede expresar con palabras y recibe el conjunto como el homenaje de alguien que no es pródigo ni en admiración ni en palabras aduladoras y que no dispensa su amistad a diestro y siniestro.

Querido, me aflige pensar que mi ausencia te apena tanto..., mi ausencia... Perdóname si, una vez más, filósofo: quizás no es tanto mi ausencia como, simplemente, la ausencia de compañía, la soledad que tan penosa te resulta. Yo no soy una de esas cabezas de chorlito que creen que su persona puede ejercer una atracción tan poderosa que su pérdida sea irreparable. Sé que, si bien puedo ser «alguien», como tienes la amabilidad de decirme en tu carta, desde el punto de vista intelectual, en calidad de esposa carezco de relieve y prestigio, y que, aparte de la satisfacción de la vanidad que un gran hombre puede encontrar en el hecho de haberle dado su apellido a una dama medianamente admirada y conocida, no debo de ser una fuente de muchos deleites para un marido. Pero, en fin, la costumbre de los ya numero-

sos años de vida en común había adaptado, bien que mal, nuestras mentalidades divergentes, y nuestra vida —así me parecía al menos— transcurría agradablemente en una quietud sonriente. Echas eso de menos y lo comprendo perfectamente; confieso que yo misma me había encariñado un poco con el mediocre bienestar burgués e insidioso de las mesas con flores, de las comidas delicadas y de ese toque de lujo que envuelve la «maravillosa casona». En mi vida siempre ha habido deidades invisibles al acecho para agarrarme cuando, un poco somnolenta, me deslizaba por esa pendiente. Por lo demás, ahí nunca hay más que un poco de morfina o de opio mental..., un día uno despertaría, demasiado tarde tal vez, en el umbral de la muerte, y quedaría entonces la infinita desesperación de haberse olvidado, de no haber sido uno mismo.

Regresar... entra sin discusión en mis intenciones y en mi programa; regresar para escribir bellos libros, para dar conferencias en circuitos cultos; regresar habiéndome reservado la posibilidad de esa vida de actividad erudita que me es indispensable... Y precisamente porque deseo regresar en tales condiciones, con el alma sonriente, como una compañera a la que puedes soportar bajo tu techo y cuya presencia incluso te resulte agradable, me entretengo realizando trabajos necesarios para alcanzar mi objetivo.

Tú demuestras una gran sabiduría al comprenderlo: «Un pájaro metido a la fuerza en la jaula, escondido en un rincón, con la cabeza bajo el ala, un pájaro que ya no canta», como dices, es algo triste y miserable, y pensar que el amo del pobre animalito pueda obtener de él un gran placer es locura.

Sí, has comprendido enseguida que la «solución extrema» poco deseable —o al menos así me lo parece— a la que podría llevar la obligación de un regreso precipitado y antes de tiempo, o incluso ese mismo regreso, si se efectuara, sería el retiro definitivo: una choza en el Himalaya o una celda en un monasterio de monjas budistas en Ceilán o en Birmania. Y lo repito, no creo que Buda, mi maestro, lo hubiera aconsejado. Andas un poco errado, amigo mío, acerca del verdadero sentido de la mística túnica de color amarillo anaranjado. Mi matrimonio con ella, como tú dices, no implica en absoluto el aislamiento egoísta; al contrario. Entre aquellos de mis amigos que la llevan dignamente figuran un profesor de la Universidad de Calcuta, varios eruditos orientalistas y dos mujeres de gran mérito cada una en su campo, una dedicada a las obras prácticas —escuelas, asilos para ancianas—, y la otra lingüista y filósofa de valía. Estas personas tal vez vayan de vez en cuando unos meses a la jungla, pero pasan la mayor parte de su vida entre sus semejantes, dedicados a su actividad. Yo deseo seguir ese camino. La finalidad de la túnica color de aurora es precisamente consti-

tuir una fortaleza y un refugio que dispensan al que la lleva de buscar otros. Si no recuerdo mal, ya he hecho esta comparación: en Occidente, los cristianos han construido monasterios de altas murallas y gruesas puertas, han multiplicado las rejas y los cerrojos y han creído darse así de retiros inaccesibles al Maligno. La India no ha tenido jamás conventos, los *math* son simples *boarding houses* para religiosos, abiertos a todo el mundo. La delgada muralla que constituye una ligera tela de un color simbólico ha parecido una defensa suficiente erigida en torno a aquellos que han seguido los «caminos más allá del Mundo» y, también, un asilo suficiente para retirarse y sentirse en paz. Tal audacia no está desprovista de grandeza, y es lamentable pensar cuántos imbéciles e impostores ultrajan en nuestros días una idea hecha de belleza, vistiéndo unas ropa que jamás les han estado destinadas... ¿Me estaba destinada a mí? ¿Soy de aquellos sobre cuyo cuerpo es algo más que un hábito monacal, un uniforme de perezosos o la almohada de un ser deteriorado, acabado, sumido en el embotamiento?... A las dos primeras hipótesis creo que puedo responder que no son mi caso... Respecto a la última no estoy tan segura... La vida, el mundo, todos los esfuerzos que realizamos, todo el ajetreo deplorable y disparatado que nos rodea, todo eso no es más que un sueño, un sueño fatigoso, arduo, que nos hastia y del que queremos despertar en la serenidad, la paz. Pero este deseo puede ser algo muy distinto de la manifestación de un desgaste físico... Puede ser la manifestación de una sabiduría incipiente, y debo añadir que, como la mayoría de mis congéneres, estoy más dispuesta a creerme en el camino de la sabiduría que en el del entontecimiento. Además, ¿acaso no pueden coincidir ambas cosas: el cansancio del organismo físico y la agudeza de la visión intelectual?

(Cuando *realised* que el «yo» no existía. *)

De todas formas, qué más da. Creí honradamente que debía pagar una deuda de agradecimiento a la doctrina que me había salvado de una larga y dolorosa crisis moral... Ha resultado que la puerta del nirvana se abría tras el velo naranja..., ¿por qué iba a volver atrás, a la inquietud, a los remordimientos, al sufrimiento? Pero ya te lo he dicho: te equivocas si crees que esta renuncia moral e intelectual implica el retiro definitivo a la soledad y el olvido de todo vínculo natural o social. Buda volvió a ver a su familia después de los años de soledad consagrados a la meditación y durante toda su vida mantuvo a su hijo, Rahula, junto a él. Pero ya me he extendido demasiado sobre este asunto. [...]

* Esta frase fue escrita a lápiz y en el margen por A. David-Néel a fines de 1959 o principios de 1960 —tenía entonces noventa y un años—, cuando estaba leyendo algunas de las cartas de esta abundante correspondencia.

En la monotonía de los días que se desgranan en la ciudad santa de Siva, ayer se produjo una diversión cuyo resultado será una carta un poco más interesante para ti. Bien, Mouchy, ayer pronuncié mi tercera conferencia en Benarés, pero esto no tiene nada de especialmente sorprendente. Lo que lo es más es la recepción que una sociedad literaria y unos *sannyasin* organizaron en mi honor. Esto se sale de las costumbres del país. La demostración de la sociedad literaria se entiende, pero la participación de personajes religiosos muy ortodoxos (aquí, el término significa una beatería bastante intransigente e intolerante, unida a un desprecio y un odio no disimulados hacia los extranjeros) es más extraordinaria, cualesquiera que sean las razones que la han motivado. Ayer me encontré en el local de la Sociedad —una casa muy bonita— a un grupo de ascetas hindúes que habían ido a hacerme los honores. Pero empecemos por el principio.

En la puerta del local, arco de triunfo de vegetación y flores, banderolas, etcétera. En el interior, algunos miembros están reunidos en una gran sala, lujosa tratándose de la India, es decir, con profusión de espantosas lámparas de abalorios de diferentes colores, colgadas sin orden ni concierto del techo, horrendas estampas en las paredes, grandes espejos con marcos dorados, candelabros... ¡qué sé yo!, un batiburrillo disparatado y chillón. [...]

La mayoría de los miembros de la Sociedad son brahmines y opulentos, pero no por ello resultan menos cómicos a unos ojos occidentales. No hay sillones, naturalmente. La alfombra está cubierta con un paño blanco que la oculta por completo. Todo el mundo se quita los zapatos a la puerta y se sienta directamente sobre la alfombra. El presidente se halla instalado sobre un gran cojín cuadrado que lo eleva cinco centímetros sobre el nivel general, y... un tapete con flecos, muy probablemente de fabricación alemana, amarillo y rojo, horrendo, cubre el susodicho cojín. Es un hombre robusto, envuelto hasta la cintura en el *doti* que sustituye el pantalón, mientras que en la parte superior lleva una chaquetilla corta de muselina roja. Luce un gorro redondo con más galones que un generalísimo, anillos con espléndidas piedras en sus gruesas manos oscuras y velludas y otras joyas, entre ellas una cadenita de reloj como las que llevaban las mujeres entre nosotros hace diez años. Todo ello con diamantes incrustados. El corpulento hombre parece muy feliz de transportar ese muestrario de joyero sobre su rechoncha persona. A su derecha, sobre unas alfombras, están sentados los *sannyasin* por orden de prelación. La mayoría de ellos han venido en grupo, llevando en la mano su bastón de viajero, báculo pueril consistente en una larga caña de bambú adornada con una especie de lazo en la parte superior, que me parece muy gracioso

en manos de hirsutos hombrecillos ancianos. De momento, los báculos han sido depositados en un rincón y sus venerables poseedores están sentados en la postura del loto. Yo, por mi parte, me siento a la izquierda del presidente, no sin que mi entrada haya sido saludada con una salva de aplausos. Habla el presidente y algunos más, yo pronuncio mi conferencia en inglés y la traducen al hindí. Luego llega el momento solemne en que, en nombre de los pandit, se me otorga el título honorífico de *darsan vidusi* [...], que en sánscrito significa «sabio en filosofía».

A continuación, el más eminente de los *sannyasin* me lee un manifiesto y me entrega el texto caligrafiado en papel jaspeado de oro, al estilo antiguo. El manifiesto va envuelto en un simple trozo de tela de algodón, similar a la de las vestiduras que llevan los ascetas, en lugar de ir envuelto en seda. Eso significa que emana de personas que han abrazado la vida religiosa y que su destinatario es alguien a quien consideran asimismo un personaje religioso, y eso, en la India, es un gran honor. Estoy sorprendidísima de que unos *sannyasin* de Benarés, es decir, de la ciudad religiosa más conservadora y arrogante del país, rindan honores a una mujer extranjera.

Esta doble calidad de extranjera, de *mleccha* (el equivalente a rumí entre nosotros), y de mujer (aquí se desprecia enormemente a las mujeres), según las reglas debería prohibirme incluso el contacto con los «santos» del hinduismo. Me pregunto qué les ha pasado. Supongo que mis conocimientos de sus doctrinas filosóficas y mi forma de entenderlas los ha hechizado. [...]

Cuando todas las felicitaciones se agotaron definitivamente, y una vez que yo hube dado las gracias como es debido improvisando un discurso en inglés que tuvo mucho éxito, ¡empezaron a tocar!... Una música realmente preciosa..., hindú, por supuesto. Música religiosa... Cantaron un famoso himno que, según dicen, es el que los discípulos del célebre filósofo Sankara le cantaron a éste para devolverle la conciencia de sí mismo, cuando la perdió en el harén del maharaja difunto. Era muy hermoso, y hacía olvidar el relumbrón de las horrendas lámparas y todo lo cómico del entorno. [...]

La semana pasada te dejé con la impresión de las pompas honoríficas de que me rodearon los fieles de Siva y Visnú. Esa pequeña ceremonia que no parece tener gran importancia a mis ojos de occidental, al parecer tiene mucha para los naturales de Benarés. Un «hombre santo» me escribe: «No sé si comprende bien toda la singularidad y el alcance de esa manifestación; a nosotros, los hindúes, nos parece pasmosa. El hecho de que unos *sannyasin* y unos pandit de Benarés —la

fortaleza, el recinto de la ortodoxia hindú— decidan, por propia iniciativa, agasajar a una extranjera en su calidad de budista, deja estupefactos incluso a aquellos que lo han llevado a cabo. Piense en la acogida que hace unos siglos habría recibido quien hubiese osado venir a predicar el budismo entre nosotros. Tal vez lo habrían matado. Y he aquí que, por el contrario, se le ruega que explique la doctrina de Buda, se la escucha con simpatía y se le demuestra una respetuosa admiración. ¿Cómo es posible que sea una mujer extranjera quien haya obrado semejante milagro?...»

En efecto, tiene toda la razón, y no acabo de comprender la singularidad de la situación.

A menor escala, ayer fui objeto de otra recepción entre los jainies. No sé si sabes quiénes son los jainies. Te lo explicaré brevemente. Poco antes de Buda, un *mahavira* predicó una doctrina que tiene puntos de contacto con la ética del budismo, pero que difiere por completo de éste desde la perspectiva filosófica. Entre las dos sectas (budismo y jainismo) existió, en vida de Buda y después de él, una rivalidad encarnizada. Los jainies fueron unos detractores implacables del budismo, y los budistas, por su parte, no parece que sintieran mucha simpatía hacia los *nirgranthas*, los ascetas que vivían desnudos y llevaban las mortificaciones hasta límites absurdos. La situación ha permanecido igual hasta nuestros días. Así que imagínate mi sorpresa cuando el otro día, hacia las cinco, me pasaron un papel con el nombre de un *sannyasin* jainí que solicitaba verme. Lo recibí de inmediato y él me explicó que, encontrándose en Benarés, adonde había venido para predicar, había oído hablar de mí y sentido deseos de conocerme. Hablaba inglés perfectamente, era amabilísimo, y me enseñó un montón de cosas interesantes sobre su doctrina que yo conocía sólo superficialmente. Después me enteré de que es un personaje importante entre los suyos, que hace giras por la India para predicar y que dirige un periódico religioso. Tras recibir esta visita, fui invitada al *college* jainí, que estaba decorado con banderines de diferentes colores. Me instalaron en un sillón tapizado de amarillo, y los jóvenes recitaron versos sánscritos e hindis en mi honor y glorificando a Buda. A continuación me condujeron a los dos templos y, para mi sorpresa, me invitaron a entrar, cosa que los jainies no permiten hacer jamás a ningún extranjero. Uno de los templos está erigido sobre una vasta terraza que domina, desde una gran altura, el Ganges y los campos de la orilla opuesta. Como el río hace un recodo, desde esa terraza se ven todos los edificios amazacotados en la orilla. Es una vista maravillosa y me hubiera quedado horas allí. Ellos tuvieron la amabilidad de invitarme a ir cuando quisiera y a instalarme en la terraza tanto tiempo como gustase.

También fui invitada a un *math* (ya sabes que los *math* son una especie de monasterios), donde conocí a algunos eruditos graduados en la Universidad de Calcuta que hablaban inglés muy bien. Ahora, esos señores que fueron iniciados en la ciencia y la civilización occidentales y vistieron sus ropa han vuelto a la tradición antigua. Llevan largos cabellos recogidos en un moño en lo alto de la cabeza, caminan descalzos y van envueltos en una pieza de tela de algodón rojiza. Me recuerdan a los árabes que han sido oficiales del ejército francés y que un buen día se ponen de nuevo el albornoz y se instalan en una tienda, en alguna aldea del interior, reabsorbidos por la costumbre ancestral. Este *math* se encuentra situado a poca distancia de mi vivienda (unos veinte minutos andando) y posee un vasto y hermosísimo jardín, lleno de bellas flores y correctamente cuidado al estilo «Le Nôtre» que predomina en Benarés y que, cada vez que entras en un jardín, te hace pensar en Versalles y los Trianones. Hay arbustos podados en forma de pavos reales, perros y elefantes. ¡Doji lo considera la suprema belleza!

Uno de los ocupantes del *math* se encarga de realizar un trabajo bastante largo para mí. Se ha prestado a anotar el libro entero del profesor alemán Deussen sobre los *Upanisad* (un libro que es una autoridad en Europa) y a redactar un informe sobre los pasajes que le parezca que no concuerdan con la interpretación clásica hindú. Como es un hombre muy versado en materia de filosofía hindú y conoce a fondo los textos sánscritos, su trabajo me será de una gran utilidad. [...]

Benarés, 9 de julio de 1913

Esta semana hemos tenido tres días de jolgorio en el barrio, habitualmente muy apacible. ¡La fiesta del Señor del Mundo!... El Señor del Mundo es Visnú en la forma de Jagannatha (la divinidad que se adora en Puri), y... es una forma muy fea. Imagina tres muñecos informes cuyas cabezas tienen rasgos de mono y de pez, con una boca que va de oreja a oreja. Esos tres muñecos, de los cuales uno tiene el rostro negro, otro lo tiene rojo y el tercero blanco, personifican un símbolo complicado del que no te hablaré ahora. Al igual que en Puri, los ídolos están sobre un carro; los fieles desfilan ante ellos y llevan flores, que son depositadas en el carro por unos sacerdotes que permanecen junto al dios. A lo largo de la carretera que conduce al carro hay una especie de feria: barracas con malabaristas, caballos de madera prehistóricos, vendedores de imágenes sagradas y profanas, puestos donde se ofrece buyo para masticar y acabar con la boca innoblemente roja, debido a la segregación de un líquido semejante a sangre corrompida. Los vendedores de flores y guirnaldas son innumerables. Hay collares de flores de todos los colores y, sobre todo, pequeñas hojas verdes de

tulsi, la planta consagrada a Visnú. Se ven numerosos devotos con coronas de hojas o de flores que les dan un ligero aire griego muy divertido. También se ofrece al público infinidad de estatuillas de terracota pintada que representan todo tipo de cosas: tigres devorando hombres, dioses, ninfas, policías ingleses... Hay para todos los gustos. También hay faquires: uno tendido sobre un lecho de gruesos clavos con la punta hacia arriba, otro con la cabeza enterrada bajo un montón de tierra que ve a saber, pensaría un extranjero, cómo demonios respirará... Pero el yoga tiene secretos que explican muchas posibilidades. Veo a un hombre, un supuesto yogui de aspecto delicioso, una auténtica estatua de Tanagra. Va totalmente desnudo; únicamente lleva una bolsa minúscula impuesta por el pudor de los conquistadores británicos. Su piel es muy oscura, y se ha revolcado en ceniza y en fango, de modo que toda esa suciedad que lo recubre contribuye a incrementar el efecto; sí, realmente parece una estatuilla recién desenterrada en las excavaciones de Herculano. El cabello le cae sobre los hombros, una pequeña guirnalda de tulsi los ciñe, su rostro es fino, delicado... Orfeo perdido entre esa muchedumbre vulgar... Desde el punto de vista moral debe de ser un bribón desvergonzado; es un tunante, como se diría en sánscrito, pero su «moral» no se ve, y sería un modelo ideal para un escultor. Yo estuve contemplando a este personaje desde lo alto de una terraza en compañía de dos inglesas, una muy joven y la otra más bien madura. Me pareció que la anatomía del seudo-Orfeo despertaba en ellas un gran interés, y como la joven está comprometida me divertiéndola rabiar.

Una de las mañanas de la fiesta me acerqué hasta el dios para verlo de cerca. Justo en ese momento llegó el maharaja de Benarés en coche, vistiendo un traje blanco con adornos de oro. Abrieron una «sombrilla de Estado» de brocado rosa bordado en oro, y el príncipe dio la vuelta al carro y luego se marchó en su coche. Una bonita muestra de lo moderno conviviendo con lo arcaico. En la carretera, unos faquires mendigos se acercaron para pedirme limosna. Yo respondí: «¿Cómo voy a daros algo? Ya veis que yo también soy un *sadhu*, no tengo nada...» Probablemente se sintieron contrariados, pero se alejaron sin importunarme más. La pobreza voluntaria es una gran carta de nobleza en esta tierra mística, e incluso unos pillastres descarados como esos falsos *sadhu* sienten el respeto ancestral hacia el verdadero *sannyasin*. ¿Mentí realmente al decirles aquello?... Mi madre disfruta de lo que es mío y yo me siento verdaderamente una *bhikkhuni*..., tal vez mucho más de lo que hubiera deseado... Pero no tiene importancia, siempre estaré segura de disponer de una choza y de arroz para comer en un rincón del Himalaya, en Birmania o en Ceilán. ¿Para qué voy a pensar en lo que sucederá mañana?... [...]

Benarés, 28 de julio de 1913

[...] Ayer pasé la tarde en un *math* de la secta de Kabir. Es un vasto edificio con un patio interior sombreado por árboles gigantes, donde se alza, en el lugar donde dicen que Kabir predicó, un monumento conmemorativo. También hay algunas tumbas blancas, las de los superiores del *math*, bastante similares a las tumbas árabes. Allí vive un número considerable de *sadhu* y discípulos. Yo les soy simpática... Nos sentamos en círculo en el suelo, sobre alfombras o linóleo (ultramoderno y un poco penoso, el linóleo en cuestión!), a la sombra de la galería. Llevan un libro del «profeta» fundador de la secta y leemos, comentamos, charlamos. Una gran paz envuelve ese claustro, muy diferente de los nuestros. En la casa, cosa rarísima en la India, se observa una limpieza holandesa o japonesa. Me siento muy a gusto..., hace fresco y reina la tranquilidad, te encuentras inmerso en el silencio, el olvido... Lo que mis anfitriones dicen y leen es muy interesante para un orientalista..., pero lo mejor y lo más sobrecogedor es la atmósfera que se respira, y casi me entran ganas de decirles a los *sannyasin* de largos cabellos: «Amigos, callaos, vanas son todas nuestras palabras y discusiones, cerremos los ojos y escuchemos susurrar la actividad de las cosas, contemplemos el fluir del torrente de los átomos..., la visión de Siva se alza..., sonriámosle, nosotros, los «al margen», los que nos hemos adentrado en el "sendero de regreso" donde se disuelve la ilusión del "yo".» [...]

30-7-1913. Durante los dos días anteriores me ha parecido conveniente caminar para tratar de recuperar un poco de apetito. Ayer me di una larga caminata, algo así como nueve kilómetros, yendo a pie al *ghat* de Tulsidas. Decididamente es un lugar delicioso. En vez de quedarme en la terraza del templo, fui a sentarme a la orilla del agua. Un brahmín que conozco y que había ido a hacer sus oraciones vespertinas me vio y vino a sentarse a mi lado. Hablamos del *brahman* y de los *Veda*..., largamente, pues mi interlocutor es un erudito..., y poco a poco cayó la noche, estrellada, serena. Algunos de los viejos devas cuyos nombres habíamos pronunciado debían de vagar por el oscuro río... Me habría gustado tener una barca para regresar siguiendo el curso rápido de las aguas, pero no había ninguna disponible y tuve que desandar a pie el largo camino polvoriento. Creo que fue excesivo, ya que el corazón me hizo pasar una mala noche, cosa que me sucede raramente desde que estoy en Asia. Tuve la extraña visión de un simbolo que creo que pertenece a la colección de los símbolos tántricos, pero que me es desconocido... Un sueño, pero uno de esos sueños extraños que se tienen lúcidamente. Mi cerebro está un poco cansado por todo lo que le hago almacenar. En cualquier caso, me informaré y trataré de averiguar si el diagrama que vi existe

realmente entre la serie de símbolos utilizados en el tantrismo. [...] Cariño, tendré que repetir lo mismo en todas mis cartas. «Soy egoista»... Sí, sin duda eso es lo que Eva debe de llamarme, olvidando que su maestro Jesús era un egoista de la misma especie: «Tú madre y tus hermanos están aquí y preguntan por ti», le dicen cuando predica. Y él aparta, barre con el gesto y la palabra todas la preocupaciones de ese tipo: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?» Sí, claro, es cruel, es malvado..., recuerdo la cándida indignación de aquel obrero inglés que interrumpió a Mr. Payne cuando contaba la vida de Buda en un club socialista: «¡Jamás seguiré a ese hombre indigno que abandonó a su mujer y a su hijo!» Sabiduría popular, deber para uso de las masas... Contra ellos es contra quienes se sublevan los héroes de Ibsen, la Nora de *Casa de muñecas*, el Solness de *El enemigo del pueblo* y otros... Ellos son los que desprecian a los Budas, a los Cristos e incluso a un Bernard Palissy, a todos aquellos que tienen una idea, un sueño... La India se da cuenta perfectamente de eso, lo ve con una gran claridad. A quienes siguen el «camino de regreso» (*nirvritti*) no les pide cuentas. Están al margen de la ley, al margen de la norma, han accedido a otro mundo, y por eso los *sannyasin* realizan previamente, de forma simbólica, sus propios ritos funerarios. [...]

Benarés, 13 de agosto de 1913

[...] Creo que saber engañarse un poco a uno mismo, conscientemente, indica una gran sabiduría. Es un arte útil en la hora de la vejez.

No interpretes esto como una ocurrencia amarga. No hay ninguna amargura en mi espíritu. A través de mil peripecias y numerosos sufrimientos, he hecho realidad mi deseo y mi sueño y, al igual que el Simeón bíblico, puedo cantar *Nunc dimitis*. He recorrido material y moralmente los caminos que me fascinaban en mi juventud. Los caminos que se extienden..., que llevan..., llevan... cada vez más lejos, hacia lo desconocido.

He entrado en una fase de progresos reales en sánscrito. En todo tipo de estudios sucede lo mismo; a veces da la sensación de que se está estancado, de que no se entiende nada, y luego las cosas se aclaran de repente y uno se da cuenta de que ha aprendido mucho durante ese tiempo que parecía perdido. Dentro de unos días empezaré la segunda parte de la gramática. No tengo intención de convertirme en una experta en sánscrito en Benarés; entre nosotros, no tengo la presunción de llegar a serlo jamás. Pero seré capaz de leer con cierta soltura y podré continuar incrementando mis conocimientos sin ninguna ayuda, o con la ayuda lejana de mis amigos orientalistas. En cualquier caso, cuando aparezca mi *Vedanta* no se me podrá reprochar que desco-

nozco la lengua de los Veda o de los Upanisad, reproche que hundiría mi libro. [...]

Mira, mi querido cordero, en casa jamás habría podido escribir este libro, ya que surgen constantemente interrogantes que debo aclarar consultando a personas competentes. Puesto que me he embarcado en el orientalismo siguiendo un procedimiento nuevo, es preciso que mi trabajo tenga algún valor. Lástima que sea tan lenta produciendo; es un serio obstáculo. Tengo muchísimo material y todos los días me llega nuevo. Como comprenderás, es una auténtica orgía después del triste desierto intelectual que para mí es Túnez. El deseo del señor Woodroffe de que publique en francés los resultados de sus estudios tántricos constituye una gran tentación y he decidido ceder a ella. ¡Que extraña es la atracción del tantra y el yoga!... A ese magistrado inglés lo ha atrapado más allá de los límites previsibles. Se ha convertido en un devoto *tantrika*, un fiel de Kali que practica los ritos de la diosa, el discípulo de un guru que lo ha iniciado en esas ceremonias sucesivas llamadas *abbikeshas*. Y también yo, llevada por el deseo de aprender, he sido iniciada en los *mantras* y los *mandalas* y llevo el peso de un montón de secretos, un tanto pueriles pero que han cambiado enormemente mi forma de mirar las cosas. Hace unas semanas, sabiendo que el señor Woodroffe tiene cierta experiencia en la materia, le escribí para pedirle consejo sobre el interés que puede ofrecer para mis estudios una iniciación más completa en el tantrismo hindú, cosa que aquí tengo la posibilidad de realizar. Yo buscaba la opinión de un colega orientalista. Él me respondió como devoto.

Un hindú no se hubiera expresado de un modo distinto, y me quedé atónita. Con todo, me gustaría que un día se me permitiera contemplar a ese alto magistrado europeo en un *chakra* tántrico, ofreciendo un sacrificio a Kali, tocando las campanillas, untándose la cara con diferentes productos, etcétera. Creo que eso superaría todos los vodeviles del mundo. [...]

Benarés, 2 de septiembre de 1913

[...] Mi estancia en el Himalaya ha dado lugar a un movimiento de reforma religiosa que se está afirmando de un modo realmente insospechado. Algunos eruditos han iniciado estudios críticos de exégesis y se muestran dispuestos a erradicar gran parte de las supersticiones que poco a poco se habían incrustado en la filosofía primitiva. Para el elemento popular se organizan reuniones, se combaten las prácticas burdas, se ha ido a buscar a los aborígenes lepcha a sus aldeas. Nadie pensaba en esa raza prácticamente desaparecida y se la consideraba con el más absoluto desprecio. Ahora se va a intentar liberarlos de su fetichismo y de los brujos que los explotan y a facilitar el acceso de sus

hijos a las escuelas. Algunos jóvenes se han ofrecido para ir a estudiar y convertirse en misioneros-profesores. Próximamente se celebrará una ceremonia para entregar la túnica religiosa a dos de ellos (el hombre es así y no puede prescindir de aparato teatral y signos distintivos...).

Desde que Sankara redujera al silencio (en el siglo xi) a los discípulos degenerados de Buda, nadie se había atrevido a levantar la voz y hablar de budismo en Benarés, este recinto de la ortodoxia hinduista. El reverendo Johnson incluso me había aconsejado amistosamente que disimulara o, al menos, no atrajera la atención sobre el hecho de que profeso la doctrina combatida por Sankara. Naturalmente, ni por un instante se me ocurrió hacerle caso, y las cosas se desarrollaron de tal forma que la acogida ha sido casi en todas partes excesivamente cordial. [...]

Benarés, 17 de septiembre de 1913.

[...] Ayer recibí una caja de talismanes procedente del Tíbet con baratijas y paños de seda consagrados según ciertos ritos mágicos que supuestamente dan suerte y que tienen también otro significado de orden más elevado, demasiado largo de explicar. Es una caja vieja que se ha paseado por montes y valles, colgada del hombro de un viejo lama peregrino. Es un recuerdo y un sincero testimonio de afecto venido de lejos... He colocado este relicario pueril encima de mi mesa..., no es bonito, pero cuenta historias del País de las Nieves y de las ventiscas. Y al otro lado de la habitación está el retrato de un señor ingeniero, ante el que luce un ramo de rosas de Bengala... Dos mundos distintos, ¿verdad, querido?

Benarés, 30 de septiembre de 1913.

Esta noche volveré a Ramnagar para ver en qué momento de su vida de proezas está el Señor Rama. Hace diez días lo dejé tras su noche de bodas. Desde entonces ha viajado mucho y ahora lo encontraré en el bosque, lo que para mí significa un largo recorrido en elefante, a campo través, durante el crepúsculo y un regreso poético bajo las estrellas, con himnos a Hari-Visnú y gritos de «Victoria a Rama Chandra!».

[...] Esta mañana me ha pasado una de esas cosas estrambóticas que son el pan nuestro de cada día en la India. Una vez finalizada la clase de sánscrito, mi profesor me ha dicho: «Tengo un amigo, un viejo pandit de setenta años, que es muy desdichado. Ha sido el preceptor espiritual (guru) de muchos bengalies, pero ahora sus discípulos lo abandonan, se marchan a Inglaterra, se creen más sabios que él, ya no observan las reglas de las castas, ya no creen en los dioses y... ya no ofrecen presentes a su guru. El pobre pandit está desesperado, no sabe qué hacer...» Mi profesor hace una pausa y me mira, un tanto violento,

con la expresión de Juno «tramando un ardido». «Le gustaría aprender algo de tantra... ¿puedo traerlo?» «¿Para qué? ¿Para que yo le enseñe tantrismo? ¡Vaya ocurrencia! Será por falta de *tantrikas*, precisamente en la India; que busque alguno. De todas formas, ¿para qué quiere comenzar ese estudio a su edad?» «No quiere estudiar, quiere aprender a hacer algunos milagros.» Me echo a reír. «¿Y cree que yo voy a enseñarle a hacerlos? ¿Para eso quiere traerlo?» «Sería muy caritativo por su parte, a todos nos da mucha pena. Dice: «Estoy dispuesto a renunciar a todo, incluso a mi salvación (*moksa*), para poder mostrar mi poder a los discípulos que me abandonan.» «Lo que le pasa a su amigo pandit es que está poseido; los cristianos dicen «vender el alma al diablo», ése es su estado de ánimo. Pero yo no soy el diablo.» Mi profesor asiente. «No, usted no es el diablo, pero conoce los tantras.» ¡Esto sí que es un descubrimiento! Así que ésa es la fama que tengo en Benarés. Seguramente el origen de eso es que he estado en el Tíbet y en el Himalaya, la tierra de los prodigios. «¿Qué tipo de milagro quiere hacer su amigo?» «Le gustaría meter cartas en los buzones de sus discípulos.» No salgo de mi asombro. «Pues el cartero se pasa el día haciendo eso, no es necesario iniciarse en el tantrismo para obrar esa clase de milagros.» «No, no de esa forma, él quisiera que las cartas llegaran mediante algún poder aéreo... y, además, quisiera ver un espíritu (una especie de ser sobrenatural).» «En resumen, que su amigo pandit está loco, eso es lo único claro del asunto.» Me interesa estudiar esta mentalidad típicamente hindú que en general se oculta cuidadosamente ante los extranjeros. ¿Hasta dónde llegarán estos dos imbeciles? Permanezco un rato en silencio y luego digo: «Debe invocar a un *vetala*.» No sé muy bien si mi profesor va a estrangularme, porque he proferido la palabra más horrible que quepa imaginar. Conjurar a un *vetala* es una operación abominable, acompañada de ritos horripilantes. Se trata de algo simbólico, pero hay gentes desprovistas de sentido común que practican materialmente, de forma burda, lo que se dice en lenguaje figurado. El pandit no me estrangula, está muy serio. «Si le dice que lo haga —contesta—, lo hará. Irá al campo de cremación y se comerá el cerebro de un cadáver si usted se lo dice.» Este es el fondo, el abismo de locura que se oculta en el corazón de casi todos los hindúes. Algunos, incluso muchos, retrocederían en el momento de llevarlas a cabo, pero todos creen en esas prácticas.

Esa penosa mentalidad ejerce una acción deplorable en la vida social de la India; muchos que podrían hacer cosas útiles lo abandonan todo para emprender la conquista de lo que ellos llaman los «poderes», y lo más sorprendente es que tal estado de ánimo es contagioso y que hay funcionarios ingleses que se hacen en secreto discípulos de los viejos hechiceros hindúes.

2 de octubre. Ayer y anteayer estuve en Ramnagar, donde el espectáculo resulta cada vez más curioso. Hubo combates homéricos, un ejército de muñecos gigantes de entre cuatro y seis metros de altura, pájaros monstruosos y ogros de diez cabezas. Continuamos deambulando de jungla en jungla detrás de los actores. Anoche, los elefantes regresaron a paso de carrera tras finalizar el espectáculo. No te diré que ir a lomos de un elefante galopando es el colmo de la comodidad, pero esas carreras por la noche montados en esos enormes animales resultan muy divertidas. De cualquier modo, dentro de quince días esto habrá acabado. Estoy muy contenta de haber visto este espectáculo.

Gangtok, 7 de diciembre de 1913

[...] Mi viaje al Himalaya ha estado salpicado de incidentes poco agradables. Ya estás enterado de que perdí el tren en Rajagriha y de que, a continuación, las correspondencias me fallaron, de que el trayecto en ferrocarril era interminable y de que mi equipaje se quedó atrás. Tras estos percances, la subida a través de adorables valles y junglas como sólo se ven en el Himalaya ha sido encantadora. [...] Pese a todo, llegué a Gangtok sin obstáculos. A pocos kilómetros de esta minúscula capital me encontré a los muchachos de la escuela en fila, encabezados por los profesores; el primer maestro me entregó el tradicional chal tibetano, el homenaje típico del país: ésta fue la primera bienvenida. Un poco más lejos apareció una comitiva de lamas, un poco más lejos aún, un grupo de notables y propietarios agrícolas, luego un lama destacado y, por último, el príncipe heredero en persona con un chal en la mano, como los demás, lo que es todo un honor para mí, pues esta muestra de respeto se ofrece a escasas personas. Ya a punto de llegar, me encontré a las chiquillas de la escuela con su profesora. ¿Te das cuenta? ¡Parecía el mismísimo Poincaré! Como estas diferentes delegaciones me seguían a medida que nos íbamos encontrando, hice mi entrada en Gangtok en medio de la procesión más pintoresca que puedas imaginar. [...]

Después de los indígenas, vinieron los ingleses. Primero el secretario de la residencia, en cuya casa me alojé en la anterior ocasión. [...]

Todo esto está muy bien. Lo que no lo está tanto es que el residente, el señor Bel (el que está aquí es interino), demasiado ocupado con la conferencia anglo-chino-tibetana, olvidó escribir al maharaja de Bhután para informarle de mi próxima visita y ahora éste, que ha oído hablar por casualidad de mi llegada, se pregunta quién es esa dama que amenaza sus fronteras. Hay que tener en cuenta que ninguna mujer europea ha ido jamás a Bhután y que muy pocos europeos y sólo algunos funcionarios han entrado allí. En este pequeño país se mantiene

una actitud más cerrada aún hacia los extranjeros que en Nepal o en el Tíbet. Bel, que me escribió para desearme un buen viaje, no parece sospechar su olvido. El caso es que ahora la residencia debe comunicar oficialmente mis cartas de presentación, lo que exigirá un mes o seis semanas, y el Nathu La estará bloqueado por la nieve, así que habrá que pasar por otro puerto. Por otra parte, el residente me dijo que el príncipe no podía ausentarse inmediatamente porque iban a trabajar juntos. Por lo que sé, Sikkim reclama una rectificación de fronteras y la cesión por parte del Tíbet del valle de Chumbi.

El resultado es que me encuentro inmovilizada. Inmovilizada, pero no inactiva, ya que hoy he empezado a leer en tibetano con uno de los profesores. Ya te veo meneando la cabeza y pensando que este minúsculo Moumi está empezando demasiadas cosas. Confieso que mis ambiciones sánscritas y tibetanas pueden parecer desmesuradas a mi edad, pero, cariño, el reuma y el anquilosamiento solapado que van ganando terreno presagian largos días de sillón, y entonces, ante la imposibilidad de resignarse a ser un vegetal, será un placer empollar sánscrito y tibetano. Nunca seré una erudita de primera clase, pero llegaré a leer aceptablemente ambas lenguas. Ahora soy perfectamente capaz de proseguir mis estudios de sánscrito sola; trabajando un poco, podré llegar al mismo punto en lo que se refiere al tibetano.

La carta que me has mandado y que venía del ministerio es un acuse de recibo del informe que envié al Ministerio de Instrucción Pública; también se me informa en ella de que la comisión de las misiones examinará mi solicitud de prórroga de la misión y los subsidios. [...]

En tu última carta me dices: «Establece una cantidad.» Querido, los asuntos de dinero me resultan muy penosos. Sé que haces sacrificios por mí, a fin de facilitarme un camino que a ti te desagrada. No sé qué decirte, y el día que te plazca decir «basta» tampoco tendré nada que decir. Será el momento de ver si la filosofía de los libros ha actuado y si la túnica de los yoguis era algo más sobre mis hombros que un disfraz divertido... Ya conoces mis proyectos: pasar una temporada en el Tíbet, si me lo permiten, completar allí mis estudios tántricos y luego partir para Japón y acabar en dicho país mi ciclo de estudios comparativos del budismo del norte y el vedanta. Lo que significa entre un año y dieciocho meses y significa también ser, a mi regreso, un personaje de cierta importancia en el mundo orientalista. De todo ello, lo confieso, lo único que me importa es que esa pequeña notoriedad puede facilitarme los medios para dar a conocer unas ideas que me son queridas. Tú, queridísimo mío, eres la única razón que me ata al mundo. En mis pensamientos, me veo regresando después de este viaje, escribiendo libros junto a ti..., pero si tú noquieres que sea así, jhágase tu voluntad! Estoy

cansada, me siento vieja, todos me parecen dementes y necios. Ficticia o real, he encontrado «mi casa de reposo», el Tabor donde resulta grato «plantar la tienda». Hace años y años que aspiro a ello. Era el tema de mis oraciones infantiles. El otro día, hablando con un religioso chino sobre la terrible degeneración del budismo, le dije: «¿De qué ha servido la predicación de Buda? ¿Qué consiguió?» Muy pausadamente, él, que no tiene horas bajas o, al menos, sabe disimularlas, me respondió: «¿Qué consiguió?... Darnos la paz a usted y a mí... y a muchos otros.» Es cierto. Hace más de veinte años que me declaro budista, pero mi admiración por esta doctrina permanecía ausente, no había intentado ponerla a prueba, saber lo que podía dar... Ahora empiezo a saber... Búrlate siquieres, querido: te deseo, en este día de deseos, que experimentes lo que yo he experimentado. [...]

The Residency Gangtok, 13 de diciembre de 1913

[...] La residencia es muy bonita. Tengo una hermosa habitación con gruesas alfombras y una espléndida vista a los jardines, pero hay que pagar un precio, ¿verdad? Vestirse todas las noches, ver a las personas que vienen a tomar el té e ir de visita cuando los residentes van. Sería totalmente descortés no ser amable con unas personas tan atentas como ellos. Y algunas veces las visitas y los té's van acompañados de cosas penosas... Ayer, en casa del capitán que está al mando del destacamento de los cipayos, sacaron esos terribles «rompecabezas» perfeccionados para uso de niños grandes y hubo que encajar las piezas. A mí me tocó un cielo gris que constituía la parte superior de un cuadro que representaba una carrera de obstáculos. ¡Y ya me ves a mí delante de las piezas caprichosamente recortadas de este cielo gris enigmático! Yo pensaba... la vida es breve, ¿por qué, entonces, estas personas se empeñan en perder el tiempo?... Pero resulta que para ellos eso no supone más pérdida que lo que harán a continuación o lo que han hecho antes... Según la fórmula antigua, «están sin estar», son almas elementales que hormigüean en la penumbra nebulosa del limbo. Aunque, yo misma, con mi filosofía, ¿acaso no estoy también hormigüeando en un limbo? ¡Menuda ocupación la de discutir, predicar, escribir!... ¿No es eso tan vano como encajar las piezas de un rompecabezas? Creer que se hace algo interesante, que se es alguien importante, ¡qué locura! Sin duda alguna las almas son esos yoguis que, con una perpetua sonrisa irónica, han comprendido el vacío de todo ajetreo y permanecen descansando en un repliegue montañoso, refugiados en una caverna, en las soledades que preceden a unas paces infinitas que los hombres presienten y a las que dan nombres vagos... Estoy rumiando cómo podré sustraerme al día de Navidad, con su concierto de aficionados, su té, su cena y la alegría de esas buenas gentes que ríen con

tanta facilidad. Me da la impresión de que tengo cien años y de que he ido a parar a una guardería llena de marmotas juguetonas. [...]

4 de enero de 1914

[...] El Año Nuevo me ha traído de regalo una soberbia túnica de lamani (lama mujer) de alto rango, túnica que ha sido debidamente consagrada según los ritos lamaistas, lo que la convierte en un objeto mucho más precioso que cualquiera que se pueda comprar. Porque llevar una túnica comprada sería una pura y simple mascarada, mientras que yo tengo derecho a llevar legítimamente la mía, ¿y no es un precioso recuerdo de viaje haber adquirido rango entre unos lamas tibetanos? Pero yo veo en ello todavía más: una muestra de simpatía y de respeto de los lamas himalayos, y eso, como todo testimonio de ese tipo, siempre es bien recibido.

Desde el punto de vista puramente material, la túnica abriga muchísimo. En estos momentos te escribo envuelta en sus profundidades y me encuentro a gusto. Mañana haré que me retraten con esta vestimenta tan oriental. La túnica es de paño rojo oscuro, con cuello tipo kimono de seda azul vivo y vueltas de la misma tela en el extremo de las inmensas niangas. Se lleva con unas botas altas de paño de diferentes colores. El pie es verde y rojo con preciosos bordados hechos a mano. La parte superior de las botas se ata por debajo de la rodilla con unos cordones a juego con el cinturón. A todo ello hay que añadir el extraordinario casquete de seda china (brocado) amarillo oro, con vueltas de felpa ribeteadas en rojo que se abren a la altura de la frente, formando como dos cuernos. ¡Lástima que la fotografía no reproduzca los colores! [...]

Gangtok, 11 de enero de 1914

[...] El rajá de Bhután continúa en la India; no parece que mi viaje a su estado vaya a efectuarse muy pronto. Y pensar que me he movido como si tuviera fuego en el trasero para llegar aquí a tiempo. Pero en Oriente las cosas son así, la gente no tiene noción del valor del tiempo. El viejo rajá, quien sin duda se ha sentido humillado por la negligencia de la administración británica, no pudo avisarme de que había cambiado de planes y de que estaría ausente algún tiempo. Atravesar el Tibet se vuelve cada vez más difícil debido a la acumulación de nieve. Creo que este contratiempo influye en mi estado.*

* Al principio de esta carta, A. David-Néel se extiende bastante hablando de su salud, al parecer, según dice ella, muy inquietante. Sin embargo, desde que ha iniciado sus viajes hemos podido constatar que las numerosas enfermedades que enumera, sobre todo su «solapada neurastenia», tan sólo la abruma cuando lleva una vida «sedentaria», pues en cuanto se pone de nuevo en camino, a pie o a lomos de una mula, le desaparecen todos los males como por encanto.

Con todo, no permanezco inactiva; empollo tibetano, que es infinitamente menos difícil que el sánscrito.

[...] Esta semana he estado tres días en el monasterio de Rumtheck. Allí estrené mi tienda, que tuvo un gran éxito entre los lamas. A mí también me satisface. Es sumamente cálida y acogedora. [...]

Si no sufre ningún percance, te enviaré mi material de acampada cuando me marche de Japón y podremos jugar a exploradores en nuestro jardín. [...]

Tú no te sientes nada inclinado a convertirte en un *aranyanka* o en un *sannyasin*. Tú crees en la realidad del mundo y del «yo», y de las cosas agradables o penosas para ese «yo»: maneja, pues, tu barca con prudencia entre los escollos. Hay que ser muy fuerte, o muy estúpido, o estar completamente acabado para ser indiferente.

Hay tres clases de beatitud, dice el *Bhagavad Gita*: la beatitud del salvaje, hecha de embotamiento, de oscuridad, de inconsciencia; la beatitud creada por la actividad de los seres energéticos, apasionados en cualquier sentido, que ponen su vida en la acción y saborean el placer de actuar; y la beatitud de aquellos que saben lo que es la acción, de dónde emana, adónde conduce, y que han alcanzado la paz exenta de pasión, el reposo que está más allá del placer y del dolor, del deseo de cualquier naturaleza.

No creo ofenderte situándote en la segunda de estas categorías: tú eres activo, uno de esos seres que están plenamente en el mundo de la forma, de la sensación, de la materia, como se dice en Occidente. Que ese mundo te sea clemente, que te dé la clase de beatitud que es capaz de dar, a eso es a lo que para ti es prudente aspirar.

Te veo sonreír con cierta ironía y replicar: «Y tú, Moumi, te sitúas en el grado superior, naturalmente...» ¿Quién sabe?... Tal vez me encuentro en su umbral, y sigo en él manteniendo un equilibrio precario. O tal vez ese umbral es el del primer estado descrito, en el que el cansancio, demasiadas luchas mentales, un cerebro demasiado agotado me hacen caer lentamente. Hace ya tiempo que te hice partícipe de este interrogante: ¿nirvana o entontecimiento?...

Dejo a un lado la filosofía para contarte que, de forma inesperada, pasado mañana voy a ir a un lugar apartado de la jungla donde, según la leyenda, venció el famoso Padma Sambhava. Se encuentra entre un caos de montes cubiertos de bosque; anteriormente entreví esa región desde lo alto de una montaña, en Pemionchi, pero no he estado nunca. Hay tres monasterios de lamas, agazapados entre los bosques.

Hace un rato interrumpí la escritura de la carta para ir a explicar un *sutra* (texto filosófico pali) a dos docenas de lamas, en su mayoría jóvenes estudiantes, ante los que de vez en cuando doy breves conferencias. Allí fue donde se planeó esta excursión, que supondrá unos

doce días de marcha a caballo a través de unas tierras espléndidas. Pagaré mis gastos pronunciando algunos discursos sobre la vida y la obra de Padma Sambhava, a quien intentaré enmarcar en una realidad lo más histórica posible, cosa que no me resultará ni difícil ni ingrata. [...]

Gangtok, 24 de enero de 1914

[...] El breve viaje ha sido encantador, aunque un poco fatigoso; me ha «adelgazado» un tanto la cara, como dirías tú. He ido al corazón de la maleza por senderos inverosímiles y tanto a pie como a caballo, ya que las pendientes pronunciadas, donde se producían desprendimientos rocosos, sólo permitían bajar andando. He visitado cuatro monasterios, he visto a antiguos conocidos, a yoguis tibetanos de aspecto extraordinario, personajes de otro mundo. En las expediciones de este tipo apenas se duerme y no se come demasiado: despertar muy temprano, desayuno y, a continuación, una larga jornada de marcha; cena al llegar y, después, charlas, discusiones filosóficas hasta medianoche. Pero yo creo que el aire del Himalaya es nutritivo en sí mismo, porque aun así no se acusa mucho el cansancio. He sido por una noche huésped de un lama rico y noble que posee una soberbia casa (soberbia al estilo tibetano, se entiende). Me asignaron una pequeña habitación provista de cojines, alfombras y cortinajes, pero sin nada para lavarse. Naturalmente, yo llevo encima todo lo necesario, y estos utensilios de aseo dejaron maravillada a la señora de la casa. Mi cuartito comunicaba con una amplia estancia, la segunda por orden de prelación; no se me ocurre otra manera de calificarla, porque aquí no hay ni comedor ni salón, sino únicamente habitaciones para todo que ostentan un grado más o menos elevado dentro de la jerarquía de las estancias. Pues bien, aquella noche, en aquella habitación, la segunda en dignidad, se alojaba uno de mis amigos, un yogui tibetano, y uno de sus discípulos. Yo había pedido estar al lado porque pensaba que el hecho de que él se hallase instalado allí mantendría a una respetuosa distancia a la cohorte curiosa de niños y sirvientes que, ansiosos de saber qué hacía la dama europea en su habitación, asediaban mi puerta parloteando a voz en grito. Las salas que ostentan el primer y el segundo grado son una especie de estancias públicas por donde pasa todo el mundo y donde se entra sin llamar, razón por la cual no tienen puerta sino una simple cortina.

Tras la cena, seguida de una larga charla ante el altar abarrotado de preciosas estatuillas antiguas de cobre y plata, hacia medianoche todos nos retiramos. Yo sabía que mi vecino, por pertenecer a la secta tántrica, realizaba recitaciones nocturnas, y me proponía presenciarlas. Cansada como estaba, me acuesto, pero sin dormirme, permane-

ciendo alerta... Sólo el silencio... Espera somnolienta. Mi vecino tose. Oh, se aclara la voz para comenzar su salmodia... No, tose sin más, prosaicamente. Pasa el tiempo..., me duermo. A las tres y media de la madrugada, un sonido ronco me despierta. ¡Aleluya!, es mi fiel yogui, que no me ha abandonado y acaba de empezar los ejercicios piadosos soplando una tibia humana convertida en trompeta. En un abrir y cerrar de ojos, me levanto, me pongo mi túnica tibetana sobre el camisón y entreabro la puerta. ¡Qué cuadro! La vasta sala está a oscuras, la única luz es la de la lamparilla que arde sobre el altar. El yogui, un hombre muy alto, está sentado sobre unos cojines con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, como los budas; en la mano derecha lleva el *damaru*, el pequeño tambor de Siva cuyo tamaño es mayor entre los *tantrikas* tibetanos, en la izquierda lleva la campanilla ritual, y ante él se encuentra la trompeta macabra. Enfrente, su discípulo, sentado en la misma postura sobre el suelo, parece «atontado». Y el tamboril resuena y la campanilla tintinea, acompañando la salmodia monótona pero victoriosa, penetrante como un grito salvaje de triunfo; en algunos momentos, la campanilla calla y el yogui ataca con la tibia, cuyo rugido desgarra de un modo impresionante el silencio de la noche. Todo eso parece un sueño, y tengo la impresión de que hasta yo, de pie en el hueco de la puerta, vestida con una túnica idéntica a la que llevan los otros dos hechiceros, soy un personaje irreal. Parte de la salmodia que inunda la habitación en penumbra me la sé de memoria. Pese al ceremonial nigromántico que la acompaña, eleva el pensamiento, lo transporta lejos... El lama canta: «Soy el yogui sin miedo que ha superado todo temor... Danzo sobre la ilusión del ego aplastándola...»

Se podría hacer perfectamente todo eso sin acompañamiento de tambor y de tibia-trompeta, seguro. En lo que a mí respecta, sólo podría practicar este tipo de sinfonía como un juego, pero hay que guardarse de uniformizar las mentalidades. Ese singular y fantástico personaje sentado en la oscuridad, músico diabólico escapado de algún sabbat, dista mucho, muchísimo, de ser un imbécil. Hace ya mucho tiempo que lo conozco, hemos mantenido largas conversaciones, y es un filósofo de mente ágil y sutil. Si le pedí que salmodiara esa noche fue un poco por diversión; en general, esos ritos no se realizan en una casa, sino en el lugar donde se incinera a los muertos. Y él me dijo: «No hay que creer que un yogui iluminado va a ese lugar para conjurar a espíritus infernales, a deidades terroríficas, como piensa el vulgo. No, va allí o conduce allí a sus discípulos para vencer su propia superstición, la de él o la de ellos, para imponerse al terror atávico que anida en lo más profundo de los repliegues de nuestro cerebro, para destruir toda semilla de temor a lo desconocido, a la muerte y a los difuntos, a los vagos espíritus, demonios o dioses en los que creyeron

nuestros antepasados y en los que nosotros nos sentimos fácilmente inclinados a creer, bajo una forma u otra, para persuadirnos de que todo objeto de terror es una creación de nuestra propia mente y nada más.» [...]

Sea como sea, saboreé el regalo exótico de ese concierto nocturno que quizás ningún europeo haya escuchado jamás, y cuando hubo acabado, cerré la puerta con suavidad, me quité la pesada hopalanda la-maica y me deslicé entre las sábanas para sumirme durante tres horas en un sueño profundo. [...]

Rangpur, 13 de febrero de 1914

[...] En Sikkim hay novedades: el viejo maharaja murió el día 10 por la noche. En una carta escrita el mismo día 10 por la mañana, el príncipe me decía que su padre estaba agonizando, y en la mañana del 11 nos enteramos, por el camino, de que todo había acabado. No se trata de un acontecimiento mundial, pero todo es relativo, y el puñado de personas que gravitan en torno a lo que aquí llaman el Palacio está muy agitado.

No sé qué habrá sucedido en los últimos instantes de vida del pobre hombre, pero hasta el momento de mi partida persistía en su mala voluntad respecto a su futuro sucesor. Estaba desconsolado por no poder dejar su trono minúsculo al hijo de su segunda esposa. Intentó que el otro hijo firmara unos papeles en los que aceptaba que toda la fortuna de su padre fuera a los dos hijos del segundo matrimonio. Este se negaba a firmar; no creo que cediera después de mi marcha. Me consultó y no creí que debiera aconsejarle que se dejara despojar de lo que le pertenecía. Su hermanastro es un atento muchacho de veintiún años. Somos muy buenos amigos y no le deseo ningún mal, pero puede conformarse con la parte que legalmente le corresponde. Por lo demás, no creo que fuera él quien incitaba a su padre a desheredar a su hermano mayor. Entre los consejeros del difunto rajá hay personas que se mostraban muy hostiles hacia el presunto heredero. No considero a mi joven amigo vengativo, pero, aun así, seguro que ahora dichas personas deben de sentirse incómodas. Finalizado el período de duelo, el nuevo maharaja se casará con la pequeña princesa birmana. Esta maharani *modern style* va a sorprender no poco a los habitantes de sus estados, y la silenciosa casa del príncipe se verá un poco revolutionada. El primer acontecimiento será la compra de un hermoso piano para la nueva esposa, quien me escribe que está estudiando música muy en serio. No se trata de una boda por pasión, y el otro día me sentí un tanto desconcertada al constatar que, bien mirado, si el gobierno no lo empujara a casarse, el pequeño príncipe estaría muy a gusto permaneciendo soltero. Esta exuberante birmana de carácter

fuerte, procedente de un país donde las mujeres son más independientes que las europeas, le da un poco de miedo. ¡La joven Ma Lat no es precisamente una dama de harén, silenciosa y sumisa! Pero en cuanto tenga hijos se sentirá recompensado, porque los niños son su gran pasión.

Debido a esta demora, me encuentro en una situación que se produce de vez en cuando en países como éste: ando escasa de viveres. Cuando mi invitado llegue mañana, encontrará una cena bastante exigua.

Realmente, esta tarde me reía sola pensando, una vez más, que si bien en otros tiempos cometí con frecuencia el pecado de gula, lo estoy expiando con creces. ¿Cuánto tiempo hace que no he comido un plato que me guste?... Probablemente desde que me marché de Túnez. Querido, ¡si vieras los guisos que ingiero! He trabado amistad con toda clase de hierbas: ortigas, helechos, raíces silvestres..., ¡qué sé yo!..., y en mi opinión se trata de menús pintorescos pero que no harán olvidar los guisantes de Clamart o los espárragos de Argenteuil.

Clamart acaba de despertar, de repente, un viejo recuerdo. El de un largo recorrido por la nieve con los Coulomb y Tasset, quien ya entonces, en la primavera de la vida, era inefable. Recuerdo que le expliqué a Tasset un fenómeno —realmente no sé en qué categoría puede catalogarse— del que los yoguis tibetanos hablan aquí. En aquella época, nadie me había dicho jamás una sola palabra al respecto; simplemente, lo había experimentado yo misma. Consiste en lo siguiente. A veces tenía la sensación, sobre todo al anochecer, de que mi cuerpo se volvía muy ligero y mis pies apenas rozaban el suelo, y en ese estado especial podía caminar, caminar indefinidamente a paso vivo, y recorrer una distancia considerable sin sentir el menor cansancio. Este hecho solía producirse tras una larga caminata, al caer la noche, cuando lo normal sería, por el contrario, que estuviera cansada y dolorida. Tasset y yo nos preguntamos cuál sería la causa de tal fenómeno. Y resulta que me he enterado de que aquí, al parecer, los yoguis tibetanos tienen métodos propios para cultivar ese estado, que en mí era espontáneo e involuntario, para provocarlo a voluntad y así llegar a recorrer distancias enormes. ¿No es curioso? Intentaré que me inicien en su método para ver si obtengo el resultado de entonces.

Estos yoguis del Tíbet son una gente verdaderamente curiosa. También tienen métodos (muy útiles en un país como el suyo) para mantener el cuerpo caliente. Una de las pruebas a las que deben someterse los neófitos que practican este tipo de entrenamiento es la siguiente. El candidato a yogui se desnuda por completo a orillas de un río, en pleno invierno. Se sumerge una tela en las aguas heladas y, completamente empapada, se enrolla alrededor de su cuerpo. El hom-

bre debe «secar» la tela con su propio calor. Una vez seca, se vuelve a sumergir y se aplica de nuevo sobre la piel del aspirante a yogui, y se cuenta cuántas veces es capaz de secarla a lo largo del día. Me han dicho que algunos llegan a secarla veinticuatro veces. No podría decir el número, pero conozco a personas que secan de esta forma sábanas mojadas. Yo no he llegado a secar sábanas; lo único que sé hacer es calentarme los pies cuando están fríos y confieso que no entiendo muy bien el mecanismo del asunto, aunque, evidentemente, se trata de remover la sangre y activar la circulación en la zona fría. Sin embargo, como lo hago sin seguir un método, pues he descubierto el «truco» sola, la operación me cansa mucho, de modo que a menudo prefiero dejar que mis pies continúen fríos. En cambio, me resulta muy fácil provocar en mi cuerpo una sensación de frío cuando hace un calor intenso.

Somos unas máquinas muy curiosas, ¿no te parece, señor ingeniero?...

Admira la digresión que pueden originar los «guisantes de Clamart»...

No sé en qué estado de salud llegará mañana el señor Mac Kechnie y si estará dispuesto a ponerse a trabajar enseguida.

Debía ser el invitado del maharaja Kumar. Fui yo quien lo arregló todo. Pero ahora el Kumar se ha convertido en maharaja de verdad y es responsable de muchos asuntos. [...]

Quizá pueda llevarlo conmigo a algún monasterio y, al tiempo que sigo estudiando tibetano, examinar con él los puntos que me interesan de las Escrituras pali. Me gusta mucho todo lo que ha escrito. Está bien visto, es lúcido y muy lógico. Muchos de los europeos que pretenden convertir el budismo en una religión de santurrones no le perdonan que sea un librepensador convencido. Él escribió: «El budismo es una religión sin Dios, es decir, una religión a-teista según el antiguo y verdadero sentido del término.» Sus compatriotas no pueden digerir eso. El guion de «a-teísmo» no los ablanda. En Inglaterra nadie se atreve a decir «ateo», pero Mac Kechnie no quiso decir «ateo» en el sentido actual del término, que es la negación de Dios. Colocó un guion para devolverle el significado etimológico de la «a» privativa. El budismo es una religión sin Dios, una religión que no se preocupa ni de afirmar ni de negar la existencia de un Dios, una religión que, simplemente, hace caso omiso de ese ser extraordinario e inimaginable: el Dios personal, tal como lo entienden las religiones semíticas. Todas las filosofías hindúes o, al menos, la mayoría de ellas son a-teistas. La India es panteísta desde los orígenes de su pensamiento filosófico. La gran y singular querella entre los atmavaditas y los anatmavaditas es, en mi opinión, una cuestión de palabras. Eso es

lo que pretendo probar, al igual que intento mostrar los grandes principios fundamentales del budismo y la doctrina del Vacío (el nihilismo trascendental de los sunyavaditas) contenidos en los Upanisad, muy anteriores a los tiempos de Buda, y tal vez en el propio Rigveda, que data de una época aún más remota... [...]

14-2-1914. Esta mañana he recibido una carta del maharaja. Dice que las exequias de su padre se celebrarán el martes 16. Se ha equivocado o de día o de fecha, porque el 16 es lunes. En cualquier caso, regresaré a Gangtok mañana. Tengo interés en ver el funeral, con la procesión de lamas y de miembros de la corte con trajes pintorescos y las ceremonias que acompañarán la cremación del difunto maharaja. Quizá pueda hacer algunas fotos interesantes. [...]

¿Te ha ocurrido alguna vez soñar por la noche y saber al mismo tiempo que estás soñando? Algunas personas, pocas por lo que he observado, han experimentado este hecho curioso. Yo figuro entre ellas. Si no te molesta, te citaré dos ejemplos diferentes. Una vez, en Calcuta, intentaba recordar un nombre. Desde hacía varios meses me esforzaba en recordarlo sin obtener resultado alguno. Vaya, es como la historia del nombre de tu sastre de Saint-Laurent. Bien, pues una noche, en sueños, el nombre acudió a mi mente y también la conciencia de que llevaba tiempo tratando de recordarlo. Todavía dormida, hice el siguiente razonamiento. Qué rabia, estoy dormida y seguramente mañana por la mañana habré olvidado el nombre que acabo de recordar. Debería escribirlo. Sí, pero estoy soñando, estoy dormida, no puedo escribir. Es preciso que dirija mi voluntad hacia el deseo de recordarlo al despertar. Así lo hice, y luego todo se diluyó en la continuación del sueño. A la mañana siguiente, al principio no lo recordé, pero poco después el recuerdo del sueño acudió a mi mente y a continuación el nombre.

Hace unos días, soñaba que estaba en Bruselas, en la plaza principal. Había una multitud, las ventanas estaban adornadas y pasaba un cortejo con banderas. Era una fiesta. De repente tomé conciencia de que se trataba de un sueño y sentí interés por mirar todo el decorado que sabía que era irreal, por ver lo que iba a suceder. Y, como mi cerebro está saturado de filosofía, inmediatamente me puse a razonar: «Mira a toda esa gente que te rodea, a los que desfilan, las casas, las banderas, las flores... Dentro de un momento te despertarás y todo eso desaparecerá. Lo mismo ocurre con todo lo que ves y lo que te rodea en estado de vigilia: desaparece tras una rápida visión y es como si no hubiera sido. ¿Cuál es la diferencia entre los dos casos? ¿Hay alguna?...» Y, continué soñando que el cortejo, que venía de la Rue au Beurre, tomaba la Rue de l'Étuve...

Pues bien, los que tienen de vez en cuando estas experiencias llegan a ver las cosas llamadas reales con los mismos ojos que las vistas en sueños, y unas y otras les parecen igualmente ilusorias. Creer que la amalgama de acontecimientos inverosímiles e incoherentes que contemplamos es otra cosa que un juego cinematográfico me parece realmente una opinión de memio, de patán que se sienta por primera vez en la butaca de un teatro y anima a la heroína, simpatiza con el enamorado, le da buenos consejos, insulta al traidor y lo denuncia cuando lo ve ocultarse, empuñando un arma, detrás de un árbol de papel. Los civilizados sagaces saben que todo eso es un juego. Los sabios hindúes también han dicho que el gran drama que llamamos la vida no es más que un juego, una escena teatral. En sánscrito, eso se llama *lila* [...]

Tumlong, 12 de marzo de 1914, Phodang Monastery

Los últimos días han sido interesantísimos. Se han celebrado aquí una serie de fiestas y ceremonias religiosas de lo más pintorescas. El emplazamiento donde se alza la *gompa*, habitualmente tan silencioso, se ha llenado de extraordinarias armonías. Desde las tres y media o las cuatro de la madrugada hasta la caída de la noche, esto ha sido un desenfreno de música, salmodias y declamaciones. Ha habido procesiones como las que sólo se ven en la ópera y ritos curiosos celebrados al aire libre, mientras, dentro del templo, los lamas se ocupaban de otros asuntos: lectura de textos sagrados u otras tareas similares.

Como imaginarás, me faltaban ojos y orejas, y al final he acabado un poco cansada de esta orgía de sonidos y colores que ha finalizado hace apenas dos horas. Debo añadir, para que te rías, que el maharaja me envió un intérprete especial y que esta tarde he predicado, ante un numeroso auditorio de lamas, sobre un *sutra* tibetano.

Estoy escribiendo todo lo que he visto y creo que en algunas de las fotos que he hecho se apreciará bien. Desgraciadamente, éstas no reproducirán los maravillosos colores de los trajes de los lamas, y es una verdadera lástima. Mi intérprete vuelve mañana a Gangtok. Voy a encargarle que eche esta carta al correo. No me extiendo más. Estoy derrengada y se me cierran los ojos contra mi voluntad. Como comprenderás, estos despertares ultramatinales varios días seguidos me han cansado un poco. Estoy entusiasmada por haber tenido esta oportunidad. Algunos norteamericanos hubieran pagado un precio elevado por haber estado en mi lugar. Me aclimato cada vez más al monasterio y gozo de mucha mejor salud que en el bungalow de Gangtok. Vivo en el primer piso, y creo que es más conveniente para mis fiebres reumáticas. [...]

[...] Aquí, nada nuevo; tras el pintoresco tumulto de las fiestas de los primeros días del año tibetano, todo se ha sumido de nuevo en el silencio. Tan sólo el gong de la mañana y el gong de la noche, a la hora en que se encienden las lámparas ante las estatuas de los grandes lamas que pueblan el templo, marcan el tiempo que pasa.

Sin embargo, a guisa de entretenimiento, hemos tenido un huracán que lo ha puesto todo patas arriba en mi habitación, ha demolido parcialmente mi cuarto de aseo exterior y destrozado numerosas ventanas del monasterio. Una vez pasada, la tromba nos ha dejado la tarea de limpiar, reparar...

Ayer realicé un bonito ascenso con un lama y Doji. A la vuelta, bajamos como animales salvajes, a través de la maleza. Los lamas quieren construirme una choza en una de las cumbres cercanas para que pueda ir a vivir allí cuando me parezca. Aquí, quizás todavía más que en la India, existe la costumbre de que las personas religiosas importantes vayan a hacer retiros de ese tipo a un pico escarpado. Yo no tengo ningún reparo en seguir la costumbre. A decir verdad, mis sueños eran menos ambiciosos. Pensaba simplemente en una cabaña muy cerca de la *gompa*, una especie de «fortaleza» adonde pudiera ir paseando y sentarme por la tarde con mis libros. Los bondadosos lamas no han sospechado ni por un instante la mediocridad de mis aspiraciones y, de entrada, me han mostrado unas crestas montañosas, entre las nubes, que les parecían dignas de mí. De modo que no he podido expresar mi demasiado burgués y prosaico deseo. Ayer, mientras estábamos sentados en las alturas, el lama me dio a entender que ese emplazamiento era correcto, pero que los había mejores y que estaban deseosos de proponerme una choza más exaltada, y me señalaba, en el cielo, una cresta arbolada donde, al parecer, han estado célebres yoguis. Confieso que, desde lejos, contemplé el lugar con cierta desconfianza. Debe de hacer un tiempo magnífico en los días claros, cuando se ve el macizo nevado de Kintjindjinga. Pero los días de lluvia, de granizo, y por la noche... brrr... Noto por anticipado ese viento frío que te deja aterido. No obstante, subiré hasta allí un día de éstos para ver..., aunque creo que renunciaré a las delicias de «lo grande» y me contentaré con el lugar suficientemente elevado (unos 2.000 metros) y solitario que vi ayer. El otro no debe de andar lejos de los 3.000 metros de altitud, si no los sobrepasa.

Es duro pasar allí semanas o meses, o años, como hacen algunos, completamente solo, sin una sola alma viviendo alrededor, sin ver otra cara humana que la del campesino que va a llevarte agua cada tres o cuatro días. Te haces el té tú mismo, lo mezclas con harina de cebada, comes queso, sopa de carne seca si eres tibetano; pero si eres un eremita

ta occidental te llevas latas de conserva. En el fondo, es un juego, aunque un juego no apropiado para todos, pues sé de muchos a quienes no les gustarían nada esas noches solitarias entre la jungla, en una débil choza de cañas de bambú trenzadas.

Pero aquí no hay tigres, como mucho algunos leopardos dispersos y algunos osos en los bosques apartados. Por lo demás, un yogui, un *gompchen*, como se dice en tibetano, no tiene miedo. Él es quien domina todos los peligros y los vence todos. Es muy bonito, y no me preocupan los peligros, que además no se presentarán, pero me da miedo quedarme sin agua para lavarme o no ser capaz de encender fuego. No importa, me tienta mucho probar el sabor de esa vida, y los atentos lamas no hacen realmente sino facilitarme una experiencia que siempre lamentaría no haber tenido si desaprovechara la ocasión. No tienen mala intención, y esta prisa por ofrecerme lo que ellos consideran que necesito de forma urgente es una deferencia por su parte. Almas bondadosas..., aunque quizás un tanto escépticas acerca de la dama europea que se arroga el derecho de llevar los anillos simbólicos de los *gompchen* (legítimamente, ya que me los dio un *gompchen* famoso). Quieren averiguar si esa dama de Occidente es de pasta de papel y si sabrá seguir la costumbre. Me divierte un poco sospechar esa idea infantil por su parte. ¿Acaso no somos todos, en el fondo, niños grandes que juegan cada uno a un juego, y sólo saben que es un juego los más sensatos, los más sagaces? Tal vez este saber es toda la sabiduría. Y así es como, después de otras muchas cosas, saborearé la sensación casi nueva de ser un yogui tibetano. Me faltará el tamboril, la campanilla y la tibia-trompeta, pues, aunque poseo los dos primeros objetos, no quiero llevar el juego hasta alentar y alimentar la superstición de pobres gentes simplemente para satisfacer un capricho de principiante...

Mira lo que ha dado de sí, querido, una cabaña en la jungla y un mono que aspira a remediar a los leones y que es tu mujer.

Hay algo más que juego pueril, algo más que diversión un poco excitante en el acto de aquellos a cuya imagen y semejanza algunos escalan las cimas poco accesibles y allí se internan en sus pensamientos..., pero la mayoría de los supuestos discípulos e imitadores no son sino fantoches absurdos que intentan hacer un gesto magistral. ¡Así soy yo, pobre fantoche también!

¿Te acuerdas de Nyanatiloka, que vino a nuestra casa, en Túnez, vestido de capuchino, y cuya isla paradisiaca en Ceilán te describió? Acabo de enterarme de que está en Darjeeling, en la frontera de Sikkim, y de que quizás suba hasta aquí. ¡Qué pequeño es el mundo! [...]

Acabo de recibir tu carta del pasado 20 de febrero. Han venido unos culis de Gangtok que traían diez panes, una lata de petróleo, etcétera, circunstancia que se ha aprovechado para hacerme llegar mi correo. Regresarán mañana, y les he dado mis cartas para que las echen al correo... Éstos son los acontecimientos de la vida primitiva de aquí.

Ayer subí a echar un vistazo a la choza que me están preparando y tenía previsto volver esta tarde dando un paseo, pero a medio camino he tenido que bajar a toda prisa porque se acercaba una tormenta. [...]

¡Singular idea la de enamorarse de esta vida tan poco cómoda!... Tu carta, querido, hace que preste atención precisamente a esa singularidad. Estás a punto de marcharte de Túnez, de liquidar la «maravillosa casona» con la que estaba encariñada, y yo, como tú dices, y como lógicamente tienes todo el derecho a decir, cada vezuento menos en tus proyectos de vida. Una silueta que se vuelve cada día más difusa, que se diluye en unos horizontes desconocidos para ti. No soy más que eso y lo sé. Y porque lo sé, te aprecio infinitamente por la ayuda que prestas con tanta perseverancia a este pequeño fantasma lejano de Moumi que has conocido.

Tal vez estoy «encantada», como los personajes de las viejas novelas de caballería. Tal vez un mago o una hada me han hecho víctima de un sortilegio. El mismo «sortilegio» que liga a los budas y a quienes los siguen, que los retiene en esa «otra vía» que no es la vía ordinaria. Los hindúes conocen bien eso; ellos dicen: *Nirvitti marga y pravitti marga* [...] *Pravitti marga* es la vía en la que se cree en la realidad del mundo y del «yo», en la que se busca la satisfacción de ese «yo» en todo aquello que puede incrementarlo, intensificarlo, hacer vibrar sus sentidos. *Nirvitti marga* es aquella por la que se camina, muy lentamente, hacia la disolución del «yo», el cese de la sed de ser como individualidad, que es la causa que da origen a unos «yo» sucesivos. Es el camino de la paz, de la serenidad. Por poco que se haya probado este camino, ¿cómo podría abandonarse?... Habría que estar triplemente loco. Y aun así, ¿sería posible? Yo no creo en el libre albedrío. ¿Cómo podría un ser, producto de causas anteriores, que ha nacido de ellas, que es ellas, actuar al margen de la influencia de dichas causas? Yo soy mis padres, mis antepasados, mis maestros, los libros que he leído, los alimentos que he comido, el aire que he respirado, las personas con las que me he relacionado, los círculos en los que he vivido. Todo ello reunido, todas las particularidades de vida procedentes de elementos múltiples y diversos, es lo que constituye mi «yo»; no tengo otro.

Yo no creo que nos dirijamos a esa vía del *nirvitti* como consecuencia de una elección; es ella la que se abre ante nosotros. Y quizás sea cierto que quienes no comprenden a los budas los ven como monstruosos

egoístas... Sin embargo, gracias a ellos, gracias al pensamiento que han dejado en el mundo y que penetra en determinados cerebros, muchos han encontrado la calma, la paz que nada habría podido darles. No niego que yo soy de éstos y que le debo a la doctrina de los budas algo infinitamente precioso que nada habría podido darme.

Ni estoy completamente muerta ni en estado de entontecimiento, puesto que realizo estudios lingüísticos generalmente considerados arduos. Quiero escribir libros, pero quiero hacerlo sin frenesí. No tengo ningún interés en hacerme famosa; es muy mezquino.

Y todo esto no es ni alegre ni placentero para ti, queridísimo amigo, porque tú no crees en la *nirvitti marga* y no te interesa creer en ella. [...]

27 de marzo de 1914

[...] Evidentemente, hay personas que piensan lo mismo que Jesús cuando le reprocha a Marta la excitación por la que se deja llevar: «Marta, te preocupas de demasiadas cosas, cuando sólo una es necesaria.» Tú no eres de éstos y, francamente, confieso que apenas me parece posible serlo cuando se está metido en el engranaje de la vida occidental.

Sentarse y meditar durante horas, comer cualquier cosa y vivir en una cabaña de cañas de bambú es posible en el Himalaya, en la India, pero no en Chaville o en Bolonia, ni siquiera en Bona. Allí carecería de encanto, de estética, estaría en flagrante contradicción con un decorado inadecuado, hostil. Estoy casi convencida de que intentarlo sería más indicativo de locura profunda que de suprema sabiduría.

Y por eso, no lo oculto, la idea de regresar a la vida occidental me angustia. ¡Abandonar, al mismo tiempo que mi túnica de yogui, el invisible ropaje de paz que me envuelve! Ser de nuevo una «dama» —una dama anciana, en esta ocasión— que asume la carga de elegir sombreros que protejan suficientemente un rostro cada día más arrugado y que crea, en la medida de lo posible, una sombra de ilusión. Invitar y acudir a «té», a cenas, escuchar el parloteo vacío de mujeres y hombres que caminan hacia la muerte como un rebaño de inconscientes corderos camino del matadero, contemplar sus muecas, su frenético y desordenado ajetreo, y verme obligada yo misma a realizar gestos idénticos a los suyos... ¡Menuda perspectiva!

Cuando rememoro mi juventud, incluso mi infancia, y todos los días que siguieron, tengo la sensación de haber escapado de una pesadilla, de una inmensa hoguera... ¿Es sorprendente que la liberación me resulte grata y que repita el verso aquel del *Dhammapada*: «Lleno de encanto está el bosque solitario para el yogui cuyo corazón está vacío de deseo»?

No es que no sienta cariño por ti, querido. Te quiero más y de un modo más profundo que nunca, y no sólo movida por el agradecimiento, sino porque te comprendo mejor que antes. Tú también, amado mío, eres lo que yo he sido y lo que es la mayoría de la gente: una pobre mariposa enloquecida que revolotea alrededor de una vela y se quema las alas con la llama. También tú estás en la hoguera, en la cámara de tortura que se llama el mundo, la vida. Te has debatido y magullado y, al igual que tus hermanos en ilusión, no has logrado asir el agua del espejismo, el fantasma de la libertad.

Ese fantasma recibe distintos nombres y presenta mil aspectos. Es la ambición, la riqueza, el amor, una mujer, un hombre, y siempre se desliza entre los dedos, siempre se transforma en cenizas e incita a ir más lejos adoptando otra forma. Triste y agotadora carrera que acaba en el abismo. Hay que envidiar a los sabios que se liberan de ella, que se burlan a su vez del fantasma y no se dejan arrastrar tras sus pasos. [...]

Gangtok, 27 de abril de 1914

Ayer me marché del monasterio y llegué a Gangtok después de unas cinco horas cabalgando por la montaña. [...]

[...] Así pues, ya estoy al corriente de que te has ido de Túnez y te has instalado en Bona, [...]

Ah, sí, también está lo de dejar la «maravillosa casona»... Sobre ese asunto planea cierta melancolía..., pero ¿acaso no planea sobre la mayoría de las cosas de este mundo? Yo le tenía mucho cariño a esa casa... ¿Por qué? Porque era un poco claustro, un poco templo, tan cerrada, con sus verjas y sus puertas macizas; y por la noche, cuando se encendían las lámparillas en los rincones sombríos, su interior musulmán se impregnaba de un encanto místico que me atraía.

La hermosa casa... acariciaba mis sueños de monja filósofa; quizás sea cómplice de los devas que, entre sus paredes, me murmuraron las palabras que le dicen a Buda en ese genial y delicioso poema, el *Lalita Vistara*: «Ven, es la hora, sal de la casa, tú que durante innumerables vidas has formulado votos por la liberación suprema.»

Querido, tú no eres el único que ha sentido el melancólico adiós a la gran casa silenciosa. A mí me fue favorable..., un lugar de reposo tras días difíciles, el refugio tranquilo donde, poco a poco, he vuelto a lo que siempre ha sido mi verdadera vida. Ay, amigo mío, si en estos momentos no estuviera alejada de las cuestiones domésticas, del deseo de un *home* placentero a mi sensualidad estética, me afiguraría ser desterrada de aquel Edén. Pero, mira, ¿sabes lo que te digo?, es bueno, excelente, que esa marcha se haya producido cuando yo ya llevo bastante tiempo en Oriente. Unos años antes, estando contigo, en las cir-

cunstancias actuales, casi con toda seguridad no habría sido la que tú deseas hoy tener a tu lado. No, lo sé, habría supuesto una molestia suplementaria para ti. Dejar mi hermosa casa para ir a cualquier villa confortable hubiera sido un tormento y no habría podido disimularlo. Tal vez tus dificultades se hubieran visto incrementadas. ¿Lo ves, querido? Todo sale bien. Tan sólo en sueños los seres nos son favorables y es bueno tenerlos al lado..., tan sólo en sueños; en la vida real son las piedras de cintos afilados con las que nos golpeamos y nos herrimos. El egoísmo es la ley, la ley implacable y también la ley legítima de todo aquel que cree en la existencia de un «yo». En cuanto a las víctimas, a los que se sacrifican, como vulgarmente se dice, son una raza odiosa de ovejas molestas, que se alzan con un perpetuo reproche ante aquellos en cuyo favor se supone que han renunciado a un «yo» inscrito en la imprecisión de una personalidad demasiado insignificante o demasiado pasiva para poder afirmarse. Oh, esos mártires con sus ojos lánguidos de cordero degollado y su suficiencia de héroe, ¡que los dioses preserven de su contacto a aquellos que tienen alguna energía y alguna alegría de vivir!

Tú no compartes mi opinión, tú tienes otras herencias atávicas. Tú has vivido entre mujeres-cordero, mujeres-ángel, y nunca viste lo que había en el fondo de su alma.

Querido, te encogerás de hombros cuando leas esto, y hazlo si quieras, pero la viajera lejana que soy te quiere más y más sinceramente que las devotas esposas de tus amigos a éstos. Te trae sin cuidado, ¿verdad? Lo que tú buscas, al igual que tantos otros —y no te lo recrimino—, es la apariencia, el exterior, la expresión de afecto, de solicitud, el gesto momentáneo e hipócrita. Te da igual si, cuando estás de espaldas, la actriz dice ¡uf! y maldice su comedia. Más vale no intentar descubrir el fondo de las cosas y de los sentimientos, ¿no? Tales búsquedas sólo atraen a los filósofos y los llevan a extremos que las personas sensatas repreban. [...]

Me juzgas severamente, amigo mío. Dices: «Tu indiferencia hacia la necesidad de afecto se debe a que la sustituyes por el placer de ser adulada, venerada, de interpretar el papel de santa, de apóstol. Si el respeto y la admiración llegaran a faltarte, entonces sentirías el vacío.» Creo que te equivocas, Mouchy. Sí, desde luego, sé que no te he dado ningún motivo para que me mires como a una santa y estás autorizado a burlarte. Que me haya convertido en la santa que no era, yo misma lo pongo seriamente en duda. Además, el término «santidad» no se utiliza en la doctrina que yo profeso. Entre los budistas no hay santos, sino «los que saben», «los que son despertados». Los otros, los que ocupan...

La semana pasada me despedí de una forma muy brusca. Habían venido a verme unas personas demasiado importantes para no recibirlas. [...]

Perdona que no reanude mis disertaciones filosóficas donde las interrumpí y que aborde otro asunto.

Me gustaría mucho tener un plano de tu nueva vivienda. Ya sabes lo aficionada que soy a los planos y los mapas [...]

He recibido una invitación singular. Un célebre yogui tibetano me invita a ir a visitarlo y a pasar algún tiempo con él, mientras resida en una caverna situada entre las nubes, en la frontera del Tibet. Conozco al personaje, he discutido con él durante largas horas sobre los problemas filosóficos del vedanta y el budismo. Le tengo en gran estima por su claridad de visión y la audacia de las teorías que defiende. Por supuesto, he agradecido y aceptado una invitación que, muy probablemente, nunca ha sido hecha por ningún yogui del País de las Nieves a ningún europeo.

El viaje es tentador. Conozco el camino en parte, y supone volver a convivir con las ventiscas de las altas estepas. La zona de ese yogui se encuentra a unos 4.500 metros de altitud, no lejos de un bellísimo lago, según me han dicho. Sospecho que allá arriba no hará calor ni siquiera en julio. Afortunadamente, esta vez tengo una buena tienda que cierra a la perfección y tal vez encuentre otra caverna o alguna anfractuosidad de las rocas donde pueda plantarla a resguardo del viento.

Considerando sólo lo que es el viaje, se trata de una aventura que vale la pena vivir. Pero hay más. El que me ha invitado no es un cabecista hueca. Su idea es enseñarme algo relacionado con las misteriosas doctrinas y prácticas del tantrismo tibetano, del que es adepto. Ha despertado mi curiosidad o, más que mi curiosidad, mi interés de orientalista y filósofa. Resulta tan duro, tan difícil aprender algo en Asia. Es todo tan cerrado, tan secreto. Las personas y las mismas cosas se muestran siempre reticentes, se atrincheran. ¿Puedes creer que incluso aquí, donde me conocen hace mucho tiempo, donde he predicado en todos los monasterios, muchos siguen sospechando que soy una misionera cristiana disfrazada de budista para engañar al pueblo y hacerle abandonar su religión? Los supremos lamas, que han acabado por admitirme tras numerosos exámenes e interrogatorios sobre filosofía, son los que me lo han contado.

¡Ah, cuánto me gustaría dominar el tibetano! Hay una literatura fascinante y una gente especialísima en la que se conjuga la elevada filosofía de la India con el humor peculiar de los individuos de raza amarilla. [...]

Estoy metida en un lío hasta el cuello e incluso más arriba. Ya te dije que mi boy tibetano se enamoró de una vendedora de té, una nueva Carmen que lo volvió loco y, lo que es peor, ladrón. Organizó un escándalo en el monasterio porque metió allí a su amada, que había venido de Gangtok, y tuvieron la osadía de acostarse juntos. Hubo quejas, y habría ofendido gravemente a los lamas si hubiese intentado que no se le impusiera al muchacho el castigo merecido. Además, se portó mal conmigo; me robó varias cosas (de poco valor) para regalárselas a la dama que ocupaba sus pensamientos. También se había vuelto completamente lelo, porque el amor, si bien hace razonables a las chicas, vuelve estúpidos a los chicos. En todos los países del mundo sucede lo mismo. Había llegado a hacerme comer nata con champiñones dentro en vez de huevos revueltos con champiñones.

En resumen, se fue. Pero me ha dejado en una situación un tanto difícil. Mi bagaje de lengua tibetana no es voluminoso y el criado que me queda no entiende una sola palabra de inglés. Nuestros diálogos son bastante divertidos: una mezcla de tibetano e hindi acompañada de multitud de gestos. Pese a todo, sigo con vida y, por fortuna, mi actual sirviente sabe cocinar un poco y parece muy interesado en obrar con gran celo desde que el otro se marchó. No obstante, me ha servido también nata con champiñones porque se lo había visto preparar al boy y cree que ese plato es de mi gusto. No paro de buscar la manera de decirle, en tibetano, que deje de producir ese fenómeno culinario. [...]

Si, con tu última carta, pretendiste sumirme más profundamente en mis meditaciones, mostrarme con más claridad la miseria de todas las cosas, hacer que recordara la palabra del *Dhammapada*: «¿Qué motivo de risa, qué alegría hay en este mundo?...», lograste plenamente tu propósito. [...]

¿Estabas enfadado cuando escribiste esa carta, cuando me dijiste que, si regresaba, debía ser para estar dispuesta a avanzar por el «fangoso camino trillado»? ¿Qué necesidad hay de avanzar por el fangoso camino trillado? ¿Por qué tenemos que enfangarnos? ¿Con qué objeto? ¿Podrías explicármelo?

Dices que quieres buscar «un corazón compasivo». [...] Y, en eso, no te apartas de la norma. Hace mucho tiempo que los Upanisad lo proclamaron: El amor a «uno mismo» hace que los padres, los amigos y todas las cosas nos sean queridos. En lenguaje moderno, ello significa que lo que amamos son nuestras sensaciones, la satisfacción de nuestros deseos. Eso es así incluso en el caso de los mártires que caminan hacia la hoguera. [...]

Tu amenaza, amigo mío, sugiere simplemente esta respuesta: puesto que, a tu entender, cualquiera puede desempeñar mi papel junto a ti, ¿por qué voy a obcecarme en imaginar una responsabilidad y un deber que tú mismo me presentas como desprovistos de importancia, pues resulta fácil suplirlos?

Confieso que me equivoqué sobre los móviles de tu conducta desde el inicio de este viaje. Yo creía que el tiempo, la edad, te había hecho reflexionar, que por fin habías comprendido el abismo de torturas morales al que me arrojaste en otros tiempos, que habías pensado en aquellos cuatro años pasados en La Goleta, durante los cuales casi perdí la razón. Creía que habías recordado las humillaciones calculadas que me hiciste padecer, la forma en que pisoteaste mi delicadeza, aprovechando la difícil situación en la que me hallaba entonces.

Todo eso está lejos, muy lejos; yo he encontrado la paz y pienso en aquellos días tumultuosos con la indiferencia de una extraña, sin cólera, sin pesar. Para mí, fueron una dura pero saludable escuela.

Pues bien, lo confieso, había llegado a la conclusión de que finalmente lo habías comprendido y de que se te había ocurrido ayudarme a conseguir que viviera apaciblemente la última etapa de mi vida por considerar que, tal vez, ésa era una buena manera de actuar.

Al parecer me equivoqué. Me dices que, si me seguías con simpatía en mis peregrinaciones eruditas, no era mirando al pasado, sino con vistas al futuro. Sí, lo sé, para ti, al igual que para muchos, el pasado cuenta poco. Resulta fácil arrojar por la borda a personas y cosas. [...]

No te tomes esta carta como una acusación contra ti, queridísimo amigo; interpretarías erróneamente mi intención. Tú eres mejor que muchos, mejor y más inteligente que la mayor parte de tus colegas del rebaño. Te he hablado de ti, de hechos relacionados contigo, porque es a ti a quien escribo, pero no te estoy juzgando a ti, estoy juzgando al mundo. Podría encontrar en el egoísmo de mi madre, en su fanatismo ciego, en la triste juventud que me hizo pasar, temas de meditación igualmente penosos. Podría pensar en mi padre, en sus cincuenta y dos años de matrimonio con mi madre, pasados detestándose el uno al otro. Podría pensar en uno de mis tíos, que se casó en segundas nupcias y despojó a las dos hijas del primer matrimonio de la herencia de su madre. Sin embargo, no he nacido en una familia de monstruos, sino de personas absolutamente honorables y respetadas, acomodadas y conocidas por sus virtudes... Cuando miro a mi alrededor, encuentro las mismas taras. Yo no he sido una ermita toda mi vida, sabes que el círculo de mis relaciones es bastante extenso y abarca distintos ambientes, y se mire donde se mire, se ve el mismo espectáculo desolador.

Resulta útil, en consecuencia, obstinarse en «caminar con el re-

baño», como tú dices, ese miserable rebaño de seres ocupados en atormentarse unos a otros y en torturarse a sí mismos?

Yo creí que quizás llegaría un día en que tú también querías apartarte de él y sigue creyendo que llegará, porque no te dejas enredar del todo, porque intentas conscientemente engañarte a ti mismo y ese juego, que es demasiado fatigoso y exige demasiados esfuerzos, no puede dejar de tener un fin.

2 de junio de 1914

Hoy es el día del correo de Europa, pero no ha llegado nada del Mouchy. Como no me han traído ninguna carta, he enviado a un sirviente a casa del maharaja para ver si su secretario se había quedado por error alguna dirigida a mí con la suyas. Pero nada..., seguramente estás muy ocupado... o no tienes ganas de escribir...

¿Has pensado en una cosa, mi buen amigo? ¿Has pensado que, aunque censuras mi vida de *bhikkhu* sin domicilio, me has dejado mucho más «sin domicilio» de lo que yo esperaba y deseaba? Al trasladarte, ni siquiera se te ha ocurrido darme la dirección de tu nueva vivienda, que, de hecho, es mi nuevo domicilio legal. ¡Me has dicho que te escriba a tu despacho! ¿No has pensado que probablemente tenía que informar a mis conocidos, a los editores de las revistas en las que escribo y a otras personas del mismo tipo, que ya no deben enviarme nada a Túnez y que mi dirección actual está en Bona? Como comprenderás, no puedo mantenerlos a todos al corriente de mis peregrinaciones. No tenemos nada que decirnos, pero interesa que sepan adónde escribirme en caso de necesidad. Tampoco has pensado que se apartaba un poco de la norma, de los hábitos del «rebaño», que una mujer no sepa dónde vive su marido, ni tampoco que ese detalle podía recordarme otro que, en el pasado, me resultó más que penoso...

Por una extraña coincidencia, mi madre también se ha mudado y mi bondadoso primo —oh, sin ninguna mala intención, lo sé!— también ha olvidado darme su nueva dirección. Sé más o menos dónde se encuentra situado el apartamento, pero ignoro el nombre de la calle y el número.

En resumidas cuentas, que tengo en el mundo a una madre y a un marido, que no estoy peleada ni con la una ni con el otro, y que si alguien me preguntara dónde vive uno de ellos tendría que confesar que, por extraño que parezca, no lo sé.

Pero no vayas a preocuparte por eso, querido amigo; te confesaré, para que puedas estar completamente tranquilo, que si bien hay una pizca de melancolía en la constatación de este curioso hecho, su carácter singular me interesa y, quién sabe, halaga un poco mi vieja manía de no ser ni actuar igual que la masa.

Sea como sea, ya lo ves, tú mismo, inconscientemente, contribuyes a «hacerme salir de casa», como dice un texto pali que te divertía citar en broma. Parecías poco inclinado a creer en el *anaké*, el *fatum* antaño, el *mektub* del África musulmana..., ¿eres su instrumento?

En fin, basta de charla. Pensaré en todo esto allá arriba, en la soledad de las montañas y la nieve. Confío demasiado en tí y en tu amistad para imaginar por un solo instante que quieras causarme dificultades inútiles, interrumpir bruscamente mis estudios y retirarme tu apoyo. El proyectado viaje a Bhután, que no pudo llevarse a cabo porque la enfermedad y la muerte del viejo maharaja alteraron el ritmo de vida de la pequeña corte, obligando a los que debían formar parte de la caravana a permanecer en su puesto, me ocasionó elevados gastos de los que tan sólo una parte ha servido para otros fines y me ha resultado útil. Tengo que completar mi material de acampada para subir sola a donde voy, así que me veo forzada de nuevo a gastar más de lo que querría, pese a que procedo ahorrando lo máximo posible. [...] A todo ello hay que añadir que he adquirido una auténtica biblioteca de libros de filosofía, que son bastante caros. Como ves, lo que ha quedado para mis gastos personales de alimentación y ropa ha sido muy poco. [...]

Gangtok Palace's Guest House, 9 de junio de 1914

Hoy vuelve a ser día de correo y el cartero tampoco me ha traído nada de tí. Eso significa que durante quince días no has encontrado el momento de escribirme o no has tenido ganas de hacerlo... No estoy ni enfadada ni resentida contigo. Estoy sentada ante un pequeño escritorio, junto a la ventana abierta; delante de mí se extiende un paisaje grandioso de montes gigantes coronados de oscuros bosques. Hace calor —en el Himalaya, calor significa 25 grados—, he desechado la ropa gruesa y voy envuelta en mis muselinas naranja, como en Benares, calzada con sandalias... No es un atuendo muy elegante ni está destinado a serlo..., habla de soledad, de lasitud, de renuncia..., y, como dice el *Gita*, «muy cerca de la renuncia está la beatitud». [...]

La «vida humana», como tú la llamas, es la confusión, la ansiedad, el perpetuo combate para retener cosas fugaces y móviles como las ondas. Querido, es preciso luchar, estar constantemente alerta para retener el afecto de los seres, es preciso alimentarlo nutriendo las sensaciones de aquellos que te quieren. ¿Por qué iban a quererte si no les dieras nada, si no fueras para ellos una fuente de alegría? Es lógico y muy legítimo; la «vida humana» es un mercado donde los seres comercian. ¡Y qué lasitud produce esa perpetua tensión nerviosa! Llega un día en que falta valor, en que el esfuerzo parece excesivo..., abrimos las manos con las que agarrábamos los juguetes queridos y los mira-

mos alejarse siguiendo ese torrente rápido que es el tiempo..., los vemos desaparecer..., qué será de ellos..., nunca lo sabremos. Y nos quedamos solos; en realidad, tan solos como siempre lo estamos.

Con todo, creo que no has estado muy acertado al causarme pesar y al empujarme a tomar una resolución extrema para la que quizás aún no había llegado el momento... Aunque, de hecho, quién puede decir cuándo llega realmente el momento.

Gangtok, 28 de julio de 1914

Ayer me mudé y estoy escribiendo en un decorado nuevo. Se espera que el Primer ministro tibetano regrese dentro de unos días de la conferencia chino-tibetana, que ha durado aproximadamente un año y se ha celebrado en Delhi y en Simla bajo los auspicios y la vigilancia del gobierno británico. La conferencia no ha dado ningún fruto. No se ha llegado a ningún acuerdo, no se ha firmado tratado alguno entre China y el Tibet y corre el rumor de que se han reanudado las hostilidades en la frontera china. Cabe pensar que los ingleses sólo esperan un pretexto para apoderarse del Tibet, del que ya se han anexionado, si no oficialmente, si efectivamente, una o dos provincias. No es que ese país pueda reportarles algo, pero sirve de barrera entre ellos y los rusos y protege la frontera de la India, protección que el Himalaya, hoy en día explorado y atravesado por carreteras, seguramente no bastaría para garantizar contra un invasor serio y bien armado. En resumen, política aparte, se espera la vuelta a Lhassa de ese personaje acompañado de un séquito numeroso. [...]

En lo que se refiere a acontecimientos, la semana pasada se produjo un violento terremoto. [...]

Gangtok, 10 de agosto de 1914

La noticia de la guerra ha caído aquí igual que en todas partes, como un repentino rayo. Desde el punto de vista de las individualidades, es un hecho muy miserable y terrible. Ruinas y duelos se acumularán en todas las naciones. Desde el punto de vista general, quizás sea preferible esa tormenta que la continuación de la «paz armada», que extenuaba a todos los países de Europa. Para nosotros en particular, las circunstancias parecen todo lo favorables posible. Una guerra entre nosotros y Alemania era inevitable antes o después. Hasta ahora la habíamos evitado únicamente a fuerza de concesiones y humillaciones: Algeciras, la cesión del Congo y otros hechos de menor importancia demostraban nuestra impotencia y nuestro miedo y redoblaban la arrogancia de nuestros vecinos. Un día u otro, el vaso se habría desbordado y nos habríamos lanzado a la desesperada a una lucha desigual, vencidos de antemano. Actualmente las cosas son distintas:

Aunque quizás no tenga el mismo valor que el ejército alemán, el ejército ruso y sus millones de hombres constituyen un peso considerable en la balanza. Rusia puede resistir mucho tiempo, y Alemania dejará de recibir el trigo ruso del que vive, lo que provocará una situación de escasez en cuestión de meses. La decisión de Inglaterra ha debido de consternar a Alemania. Por tierra, los ingleses no pueden serios de mucha utilidad, pero impedirán que bombardeen nuestros puertos del Atlántico y que entre una flota alemana en el Mediterráneo. Quizás también puedan enviarnos doscientos o trescientos mil hombres. Acaban de aceptar doscientos mil, que Australia se encargará de equipar y alimentar durante toda la guerra. Todas las colonias han ofrecido hombres y dinero. Incluso el maharaja del Nepal acaba de ofrecer todo su ejército para ir a combatir a Europa. Los rajás de la India ofrecen millones. Sin duda alguna los alemanes perderán de golpe su marina mercante, de la que tan orgullosos estaban. Se han colocado en una situación crítica. Todo el mundo les vuelve la espalda. Su agresión contra los belgas se juzga con severidad. Los periódicos ingleses declaran que los alemanes son el enemigo público que hay que aplastar por el bien general de Europa. [...]

Me he enterado del fin trágico de Jaurès. Es un suceso francamente inesperado. ¿Qué actitud han adoptado los diferentes partidos en Francia? Supongo que hay unanimidad de sentimiento en favor de la defensa nacional. Tan absurdo me parece realizar proclamaciones patrióticas ante una bandera como estúpido crear disensiones cuando se trata de defender la casa donde uno se gana el pan, y para muchos, para la mayoría, el país es eso. Para los más intelectuales puede haber otra razón para defender Francia: el hecho de que representa la civilización, las ideas de progreso, de emancipación del espíritu humano contra la barbarie, contra las ideas reaccionarias y el autoritarismo.

Todo dista mucho de ser perfecto entre nosotros; sin embargo, hay una enorme diferencia entre vivir bajo nuestra república —por mediocre que sea— y vivir bajo la bota de la soldadesca prusiana, y todos deberían entenderlo. En cualquier caso, no tenemos elección. [...]

25-8-1914. Acabo de leer los telegramas. Nada nuevo. Bruselas ha sido invadida y el ejército belga se ha retirado a Amberes. En Assche (el lugar donde mis padres tenían una casa de campo y donde, mira qué casualidad, di mis primeros pasos hacia la vida de yogui, en un bosquecillo situado en lo alto de una colina que se llama La Morette) ha caído un aeroplano alemán. ¡Pobre Bélgica y pobres belgas! Si nos declaramos vencedores, haremos pagar a los alemanes una elevada indemnización, pero ¿quién resucitará a los muertos? ¿Qué será de mi

madre? No se encuentra en estado de comprender la situación y temo que el miedo la mate. [...]

Valle de Lonak, Alto Himalaya, 28 de octubre de 1914

Un porteador acaba de traerme tus dos cartas, fechadas el 3 y el 22 de agosto; iban metidas junto con otras en una cajita en la que el maharaja me envía cinco panes.

El mensajero regresa mañana hacia regiones más civilizadas y se llevará mi correo.

La primera parte de mi viaje fue buena y se vio favorecida por el buen tiempo. Con todo, nuestra caravana se vio sorprendida por una fuerte tormenta de nieve al atravesar los puertos de He y Tang-chung, situados el primero a unos 4.700 metros y el segundo a casi 5.400 metros de altitud. Acampamos más allá, en unos lugares muy pantanosos y desprovistos de interés. Tal como te dije, el orientalista escocés se unió a mi caravana con sus yacs y sus criados. Después de todo, ahora no me parece una contrariedad, pues la eventualidad que contemplaba como posible pero muy improbable se ha producido: desde hace tres días sufrí una desagradable y fortísima gripe, acompañada de una fiebre violenta, que se ha complicado a causa de un dolor de oídos (otra vez una especie de absceso, de otitis). Evidentemente, un compañero de viaje, sobre todo un hombre, no es de gran ayuda, pero al menos puede encargarse de vigilar a los sirvientes y el equipaje, lo que me permite permanecer encerrada en la tienda en vez de tener que exponerme al viento. [...] Una de mis anteriores acampadas fue al pie de los altos picos helados del Kintjindjinga. Deseaba ver esos gigantes de cerca, sin otras cadenas montañosas entre ellos y yo. Disfruté de un espectáculo grandioso y de la visión de una morrena gigantesca que se extendía a lo largo de kilómetros al pie de las nieves deslumbradoras. Este viaje es, en su conjunto, bastante duro. Por la noche, la temperatura llega a los 0°, y una tienda, por confortable que sea, no es una casa. La altitud también resulta fatigosa; dificulta la respiración. [...]

Chörten Nyima Gompa (Tibet), 6 de octubre de 1914

El orientalista escocés regresa a Sikkim mañana y se llevará esta carta para echarla al correo en Gangtok. Sigo estando muy resfriada, pero el dolor de oídos prácticamente ha desaparecido. Cruzamos la frontera por un puerto soberbio donde había... cincuenta centímetros de nieve en algunos puntos. La víspera habíamos acampado al abrigo de unas rocas y por la mañana nuestras tiendas se hundían bajo el peso de la nieve caída durante la noche. Estaba helando: ¡3° bajo cero en el interior de mi tienda, sin fuego y sufriendo todas las torturas imagina-

bles en el oido y la mitad correspondiente de la cabeza! ¡Los grandes viajes son una delicia! ¿Verdad que sí, mi querido cordero?

En el Tibet encontramos tiempo seco, sol radiante, frío y ese terrible viento que ya me resultaba familiar. ¿Qué describir en esas soledades? Avanzamos por los últimos picos nevados del Himalaya, y a lo lejos, más allá de las estepas, había otras cimas blancas pertenecientes a los montes transhimalayos. Caminamos cuatro días al paso lento de los yacs antes de llegar aquí. A veces tenía la sensación de que recuerdos ancestrales que ascendían desde el fondo de los siglos pasaban por mi mente, y me sentía una antigua nómada balancéandose al ritmo de una montura lenta a través de los desiertos del Asia central, siguiendo, como hoy, el convoy del equipaje y de las tiendas... Sueños que acompañan las jornadas monótonas de viaje. En ocasiones se ven a lo lejos asnos u ovejas salvajes que salen huyendo. Y luego el sol se pone con las mismas tonalidades que en nuestra casa, en Túnez.

La llegada al puerto del Chörten del sol (Chörten Nyima La) es fantástica. Desde lo alto de un precipicio arenoso se ve otro precipicio vertical decorado con erosiones espléndidas, un riachuelo al fondo y, en un ensanchamiento del valle, un monasterio medio en ruinas. Luego, detrás de todo eso, lejos y a una gran altura, una brecha entre dos montañas y, descendiendo por la grieta, un glacial gigantesco. Resulta imposible describirlo, ¡es un paisaje de otro mundo! Jamás olvidaré esta visita; es uno de los cuadros más sobrecogedores que he visto.

En el monasterio sólo quedan tres *anis* (monjas) de la categoría más humilde, sucias y harapientas pero enormemente hospitalarias. Enseguida me muestran los mejores agujeros, calificados de habitaciones, de su ciudad en ruinas. Estoy a punto de decidirme por uno de ellos, que será más caliente que una tienda, pero mis sirvientes no encuentran sitio cerca y a mí me resultaría muy incómodo no tenerlos a mano. Así que plantaré mi tienda fuera. De todas formas, es cómoda, aunque anoché en su interior estaba a menos de 5°. No obstante, el aire es tan seco que no lo paso demasiado mal.

Tangu, 17 de octubre de 1914

Desde hace dos horas me encuentro en un rudimento de civilización que se presenta con el aspecto de una casita de madera perdida entre las montañas. Después de pasar un mes metida en la tienda, este chalet me parece un pequeño palacio. Adjunto a esta carta las páginas escritas a lápiz en la *gompa* de la Chörten Nyima La. El orientalista escocés no se ha marchado. Nos dirigimos juntos hacia el puerto que tenía que cruzar y allí, tras un lago helado, disfrutamos de un maravilloso espectáculo de nieve amontonada en pirámides, pero eso fue todo; el sendero había desaparecido bajo unos siete u ocho metros de

nieve. No había manera de pasar, así que el caballero se vio obligado a regresar por las estepas del Tibet conmigo. [...] Una excursión dura, Mouchy, muy dura. Un tiempo soberbio, un sol radiante al otro lado del Himalaya, pero también un frío tremendo: 17° bajo cero dentro de la tienda y menos de 10° bajo cero fuera! Y ésa no es la temperatura de la noche, pues por la noche no me atrevía a salir de debajo de las mantas para consultar un termómetro, sino la de la mañana, hacia las ocho. Todo se helaba, mi querido cordero: la leche condensada se convertía en un pequeño *cake* de hielo dentro de las latas, y unos cristalitos que adornaban las verduras Félix Potin, endurecidas, las hacían parecer golosinas de confitería. ¡Y un viento! Tengo todos los dedos surcados por profundas grietas, a pesar de que he llevado en todo momento gruesos guantes de lana. La cara, por el contrario, ha salido bien parada gracias a las capas de aceite con las que la impregnaba dos o tres veces al día. ¡Cuánto he bendecido mi bendita túnica de alta reverenda tibetana, confeccionada en grueso paño rojo, y mis botas de Lhassa! Otras prendas no me habrían protegido como lo han hecho éstas. [...] He meditado mucho allá arriba, en aquella soledad. Quizá el aire vivo y el clima rudo han influido en mi mente, inclinándola a la acción; la cuestión es que siento un vivo deseo de trabajar, un vivo deseo de ocupar un lugar honorable entre los orientalistas de Occidente. Tal vez haya para este deseo otros motivos además del viento cortante de las estepas de Trinky Dzong y Khampa Dzong, pero son de orden místico y no los entenderías, querido. Pasé unos días deliciosos en aquel monasterio de la Chörten Nyima La. ¿Quién puede imaginar un emplazamiento tan extraordinario como ése? Me he traído de allí dos piedras esculpidas que representan una al Buda histórico y la otra a su supuesto sucesor, que aparecerá un día. No son obras de Miguel Ángel, pero no son muestras demasiado malas del arte tibetano. Las monjas pusieron no pocas objeciones para cedérmelas a pesar de que ofrecí algún dinero a cambio.

En total, el mes de excursión me ha salido bastante caro. Tenía nueve yacs para transportar las tiendas y el equipaje y otros tres de montar para mí y mis dos sirvientes de Gangtok. Pero se trata de cosas poco comunes y que poca gente hace, a excepción de los exploradores.

[...] ¿La guerra?... ¿Qué quieres que sepa de ella viniendo del Tibet? Le he escrito al maharaja pidiéndole que me envíe periódicos. [...]

Desde una caverna cerca de Tangu, 2 de noviembre de 1914

Tan sólo unas líneas. Ha venido un correo del maharaja a traerme pan, velas y periódicos y va a marcharse enseguida; aprovecho la ocasión para enviar esta carta.

Estoy metida en el papel de mujer del período cuaternario, en un refugio rocoso cuya entrada está protegida por un muro de piedra seca y una puerta primitiva. Después del tremendo frío que he pasado en el Tibet, aquí estoy casi caliente. La caverna se halla situada aproximadamente a 4.000 metros de altitud, en la ladera de una montaña escarpada y maravillosamente soleada. Desde que mis sirvientes y yo estamos aquí, sólo ha nevado dos días, pero todas las montañas de enfrente, al norte, están blancas. Me encuentro muy bien; he adelgazado considerablemente por efecto del frío y de un régimen ascético (una sola comida al día, aparte de la taza de chocolate por la mañana y el té con leche de la tarde). Me satisface este resultado, pues empezaba a tener un aspecto ridículo. No me atrevería aún a afirmar que estoy delgada, ni mucho menos, pero he adquirido unas proporciones más razonables y permanezco infinitamente más alerta.

Sigo estudiando tenazmente tibetano y acabo de decidirme a pasar el invierno en Lachen, en el monasterio cuyo jefe es el yogui de quien actualmente soy la invitada. Dicho yogui había decidido encerrarse de nuevo en su caverna durante un período de tres años, pero yo he obrado el milagro de hacerle aplazar un año su reclusión y aprender inglés, al tiempo que él me enseña tibetano, con vistas a colaborar en la obra que estoy preparando sobre el lamaísmo comparado con el vedanta. Como ya te he dicho, tengo en gran estima a ese hombre. Es un pensador de gran envergadura. Se ha relacionado con los lamas más reputados del Tibet y tiene una capacidad crítica y una amplitud de miras sorprendentes. Es, en definitiva, uno de esos pensadores libres (no me atrevo a decir librepensador, ¡se ha tergiversado tanto esa palabra!) que producen las grandes filosofías de Oriente. No creo que en Lachen se lleve una vida de sibarita. El monasterio no es comparable al de Phodang; es una vivienda de rudos tibetanos que no conocen las comodidades y viven sometidos a la autoridad de un abad acostumbrado a los rigores de una existencia de eremita. Sé que no será un lecho de rosas, pero se trata de una oportunidad inesperada de aprender rápidamente tibetano y de desentrañar las doctrinas que ningún orientalista ha comprendido. Además, lo que me has dicho sobre la imposibilidad de enviar fondos me obliga a hacer una reducción drástica de gastos, y enterrarme allí es lo que me parece más barato. Te contaré más al respecto en mi próxima carta. [...]

Desde una caverna en Tshyang-thang, ¿día?
noviembre de 1914

[...] Hace unos días recibí un nutrido lote de periódicos enviados por el maharaja, algunos de ellos ilustrados. Pude ver Lovaina en ruinas, otros lugares que conozco muy bien reducidos a escombros, a los

prusianos desfilando por Bruselas, etcétera, y eso me hizo sentir más vivamente el horror de la situación: [...]

Sigo en la caverna. El gran lama que ha tenido a bien permitirme compartir su montaña y ser mi profesor de lengua y filosofía tibetanas se muestra enormemente bondadoso conmigo y me provee de mantequilla de yac, leche y fruta. En lo que a los estudios se refiere, en cambio, es exigente; me hace ir como si fuera un caballo de carreras y reclama una obediencia absoluta. De todas formas, conociendo las costumbres orientales a este respecto, yo se la ofrezco de forma espontánea. El resultado es excelente. He aprendido más aquí en quince días que en un año en Gangtok.

Esta vida ruda me gusta. Oh, tienes toda la razón cuando escribes: «El día que se renuncia a comer pollo es porque a uno ya no le parece muy apetitoso o porque, en vez de paladear el sabor del pollo, prefiere paladear el de los principios en cuyo nombre renuncia a él.» Completely cierto. Y toda la enseñanza de Buda está ahí. Él nunca le pidió a la gente, como hacen los cristianos, que se mutilen moral o físicamente mediante la renuncia. Dijo simplemente que miraran, analizaran, se percataran del valor de las cosas y, acto seguido, decidieran. El budista sólo renuncia a aquello que ya no aprecia porque ha calibrado su vacío, su nada. Mi lama-yogui profesa doctrinas terroríficas y, ante él, Max Stirner, Nietzsche, el Eclesiastés y demás son simples bebés que salen del jardín de infancia. Creo que a mí me quiere como a una hermana pequeña, en la medida en que un carácter como el suyo es susceptible de lo que nosotros llamamos amistad. Me vería morir sin inmutarse, eso es indudable; pero no es indiferente al placer de comentar conmigo los libros del *mahayana*.

La otra noche, entre la austeridad de nuestra vida de ascetas, ocurrió un incidente muy divertido.

Yo estaba con mi sirviente Aphur⁸ en la caverna del lama; ya había anochecido. El lama me dice: «Voy a tomar sopa; usted también tomará conmigo.» Se lo agradezco y a continuación le explico que a esas horas (aproximadamente las nueve) no me apetece mucho tomar sopa. Pero eso no es de buena educación y, sobre todo, se sale de las normas que rigen las relaciones entre un estudiante y su maestro. Me doy cuenta de ello y no insisto. Después de todo, he comido con frecuencia sopa tibetana de ésa con el maharaja, estoy acostumbrada y la encuentro buena; pese a que es tarde, me sentaré bien. Sin embargo..., el maharaja tiene un buen cocinero, mientras que el yogui, como habrás supuesto, es su propio *chef*. Domina admirablemente la filosofía, pero

⁸ Primer nombre tibetano de Yongden, que ha entrado recientemente al servicio de A. David-Néel.

es muy mediocre en el arte culinario. En cuanto probé esa sopa, me recordó el martirio de la sopa de cordero que me infligió en Lovaina una de mis tías políticas, de origen germánico. Te he contado varias veces ese episodio. En este caso también había que mantener el tipo e ingerir el nauseabundo brebaje. Intenté hacerlo lo mejor posible, recurriendo a todos los recuerdos de estoicismo. Pero cuando me había tomado media taza, pese a todos mis esfuerzos, tuve que salir corriendo. Entré de nuevo en la caverna completamente mareada. Pasé la noche fatal y tuve en la boca el sabor de aquella sopa casi todo el día siguiente. En fin, una indigestión como una casa. Mis criados informaron del hecho al eremita y le dijeron que su señora estaba sentada en la cama, envuelta en su túnica, sin querer comer. El yogui bajó a verme y mostró su sorpresa porque una sopa que él comía todos los días pudiera provocar semejante efecto en mí. Se sentó a mi lado, empezamos a hablar de una famosa obra sánscrita traducida al tibetano y enseguida se me pasaron todos los males. Al fin y al cabo, no era nada grave. ¿No te parece gracioso?

Queridísimo mío, ya ves que, incluso entre los ermitas, las experiencias de la vida cotidiana se repiten. Todo son sueños, así que, ¿cómo tomarse algo en serio? ¡Todo son sueños! ¿No es un sueño para una parisina estar aquí, en la ladera de esta montaña escarpada, con su cama de campaña instalada bajo una bóveda de roca, y tener por toda compañía a un ser que los lugareños de la región consideran un prodigioso hechicero que ha pasado más de veinte años de su vida solo en lugares desiertos, que ha vivido en cementerios, ha comido cadáveres, qué sé yo... ¿No es inverosímil? ¿Cómo no voy a llamarlo sueño? [...]

Gompa de Lachen, 17 de noviembre de 1914

Me marché de la caverna hace cinco días, y no porque me disgustara estar allí. Esa vida prehistórica entre las rocas de una montaña abrupta tenía un sabor muy cautivador, muy atrayente, y gustosamente me habría quedado más tiempo y habría olvidado..., pero no estaba sola! Por encima de mí, en su nido de águilas, el gran lama vigila, y puesto que, por no sé qué misteriosas razones —no soy tan presuntuosa como para creer que fue únicamente por mí—, había hecho el gran sacrificio de renunciar a su soledad, no quería que la nieve me sorprendiera y me dejase bloqueada en mi refugio rocoso. En nuestra vertiente ya había nevado un poco y hacía tiempo que las montañas de enfrente estaban revestidas de blanco. Mis criados, que cocinaban al aire libre, veían caer los blancos copos sobre la sopa o las tortillas y disolverse en los alimentos. Para mí era pintoresco, pero para ellos, que no contaban con ninguna caverna sino con una simple

tienda de lona fina, resultaba un poco duro. En resumen, el yogui decidió que debía partir y yo tenía que aceptar su decisión. El día que bajamos a Lachen hacia un tiempo espléndido. Paisaje invernal: nieve y hojas rojas con un sol tropical en un cielo azul oscuro. [...]

¿Cómo va la guerra? Las noticias que tengo son de hace un mes. ¿Qué ha sucedido desde entonces? ¿Cuántas matanzas más se han llevado a cabo? Sé, eso sí, que Turquía ha optado por ir a remolque de Alemania y que Grecia se ha puesto en su contra. Los ingleses y nosotros hemos bombardeado los Dardanelos, cosa que no ayudará a acelerar el fin del conflicto. No se va a dejar al margen ni a una sola nación europea. En el Tíbet, en la frontera china, también luchan, y los ingleses han enviado un regimiento y municiones en abundancia a Gyangtse. En Shigatse, los viveres están a unos precios abusivos y las hordas de mendigos cruzan los puertos y bajan aquí. Muchos suben hacia la gompa y asaltan mi campamento con diferentes letanías, invocando a Chenresi (Avalokitesvara), el *bodhisattva* de la compasión infinita, y llamándome «muy preciada» y «suprema» (*rimpoche*). Los criados les dan patatas y un poco de harina, y se marchan satisfechos. Entre ellos hay mujeres muy hermosas. Pues si bien, por lo general, en el Tíbet los hombres no son muy guapos, sus compañeras suelen ser deliciosas. Ayer prediqué en la gompa de las monjas y algunas eran tan pintorescas y encantadoras que realmente me distraía mirándolas. Ahora ya no puedo eludir esos ejercicios oratorios. En Sikkim se han instituido las prédicas regulares por instigación mía y me encuentro atrapada en mi propia red. Ayer el lama me dijo con toda naturalidad desde lo alto de su ventana, cuando asomé la nariz fuera de mi tienda: «Hoy hay luna nueva, ¿irá usted a la gompa o prefiere que mande venir a las *anis* aquí?». Estaba fuera de toda duda que yo tenía que pronunciar un discurso ante ellas. No siempre resulta divertido, pero he echado tantas pestes contra los lamas instruidos que se encierran en su torre de marfil y desprecian a las buenas gentes sencillas, que debo dar ejemplo. Sospecho que a mi yogui el asunto le divierte mucho, y lo percibo infinitamente burlón. ¡Qué ser tan singular! Francamente feo, vestido con ropas mugrientas, como todos sus compatriotas, alto, robusto y con una trenza de pelo enmarañado que le llega a los talones. Externamente, es un patán. Luego, de repente, cuando empieza a hablar, su fisonomía cambia, sus ojos se tornan los de un Mefistófeles, con chispas llameantes al fondo..., y lo que dice es maravilloso, es de una profundidad y una audacia tremendas... Un instante después ya no es más que un jovial tibetano.

Lachen Gompa, 25 de noviembre de 1914

He recibido tus cartas y los paquetes de periódicos. Puedes estar tranquilo, los periódicos tardan en llegar, pero siempre llegan y, aun-

que sea una publicación insignificante, disfruto leyendo el de Bona.

— ¿Puedes decirme por qué el gobierno ha retirado el nuevo periódico de Clemenceau, *L'Homme enchaîné*? —

Por encima de todo, hay algo muy consolador en esta espantosa guerra, y es ver la unión que se ha establecido entre nosotros y que todos, sin distinción de partidos, han comprendido que, junto con la vida del país, estaba en juego la vida de todos. Es terrible, en efecto, pero al mismo tiempo es hermoso ver que no somos los cobardes, los apáticos que muchos creían que éramos y que, tranquilamente, cuando un elevado número de nosotros ha renunciado a los arrebatos de antaño sobre palabras huecas como gloria, honor, etcétera, somos capaces del mismo heroísmo que nuestros antepasados. La mayoría de aquéllos eran fanáticos, estaban hipnotizados; gritaban «¡patria!, ¡patria!» igual que otros gritan «¡Dios! ¡Jesús! ¡Mahoma!» y los de la India «¡Siva!» o «¡Visnú!», sin saber, sin comprender. Y ese patriotismo era malo, como todo lo que procede de la ignorancia. Hemos disecionado la idea de patria, al igual que la de Dios, al igual que muchas otras, y la noción que tenemos actualmente de la patria es infinitamente más sensata, más racional. La patria ha dejado de ser un mito, se ha convertido en una realidad cercana que corresponde a intereses inmediatos. Si no queremos ser alemanes no es por amor a una deidad quimérica, sino porque cada cual desea vivir su vida de conformidad con el impulso y el genio de su propia raza. Nosotros somos franceses; dejar de serlo es dejar de existir, y nosotros no queremos morir. Ganaremos la partida, estoy segura de ello, pero será larga y sanguinaria.

Ah, tienes razón cuando hablas de mi tristeza al pensar en la pobre y pequeña Bélgica. Ten en cuenta que conozco casi todos los lugares cuyos oscuros nombres aparecen en los periódicos. En ocasiones se trata de minúsculas aldeas, pero para mí muchas de ellas están vinculadas a recuerdos de la infancia. Pobre Lovaina, sobre todo. Me sabía de memoria todos los adoquines puntiagudos de la ciudad. ¡Y Malinas! ¡Y Vilvoorde! ¡Y Termonde! ¡Y sobre todo Bruselas, donde pasé diecisésis años de mi vida, donde murió mi padre!... No puedo imaginar, no puedo admitir que los alemanes se instalen allí. El joven rey demuestra una gran valentía, por lo que parece. Tiene sobrinos en los dos bandos. Una de sus hermanas está casada en Francia (la duquesa de Vendôme) y la otra en Alemania con un Hohenzollern.

— ¡Qué lejos de esa tormenta estamos aquí, en este monasterio rústico! En el pueblo, los únicos acontecimientos son el descenso de los campesinos a Sikkim para aprovisionarse de arroz, y su ascenso a Khampa Dzong o a Shigatse para comprar corderos y harina de cebada. Quieras o no, las circunstancias hacen que te amoldes a esta vida.

Yo también me intereso por la próxima partida hacia los puertos de la frontera porque necesito una provisión de manteca de yac y de harina de cebada para los meses en que la nieve nos deje bloqueados en el valle. He reducido los gastos al mínimo y me conformo casi exclusivamente con alimentos indígenas, que no son muy variados. En Lachen se cultivan patatas, nabos y unas cuantas habas. ¡Eso es todo! Las damas misioneras comparten conmigo algunos productos de su huerto, lo que significa una calabaza o un puñado de zanahorias de vez en cuando. A mi yogui, sin embargo, le parece que mi comida es lujosa y me hace discretos reproches sobre lo que él considera que es sensualidad y epicureísmo.

He descubierto un punto débil en ese espíritu construido en granito: un gato. Se trata de un gato familiar que vive con él en la caverna y que sólo lo conoce a él, hasta el punto de negarse a aceptar las golosinas que otros le ofrecen. El gato, asustado por la llegada de los portadores y los caballos, se escapó el día de nuestra partida. El eremita dejó a dos hombres para que lo trajeran, pero el animal no permitía que se le acercasen. Entonces, cual padre heroico, el asceta partió en secreto en busca de su hijo; como no le gusta que lo acompañen ni lo escolten, desapareció sin avisar a nadie y sin llevarse ni mantas ni ropa de abrigo, sino tan sólo un puñado de harina de cebada por todo alimento. Y viajó a pie toda la noche en la oscuridad, tanteando el camino con un bastón. ¡Y qué camino! Cortado por saltos de agua, torrentes, rocas... Se instaló, dispuesto a esperar al gato, y mientras tanto el animalito había viajado en sentido inverso y llegaba aquí por sí solo. Inmediatamente hice que enviaran a un hombre con el caballo del yogui para traerlo de vuelta, pues habría podido quedarse allí semanas esperando al gato. Esa intervención no le hizo gracia. Se compadeció del hombre y el caballo que se habían fatigado por su causa. «¿Qué necesidad había de molestar a nadie por un gato?», dijo. No pensaba en su cansancio, su larga caminata de noche, padeciendo como padece de reuma, no pensaba en las cuatro noches pasadas en la caverna fría, sin mantas, vestido con una fina túnica, ni en el ayuno. Encontró a su gato, que le mostró su alegría al verlo regresar... Uno lamenta ver que ese fallo, ese defecto, rompe la perfección de un bloque de bronce pulido, y luego sonríe un poco conmovido, un poco emocionado, en el fondo, porque esa puerilidad y ese sentimentalismo han encontrado otros que dormitan en el fondo de nuestro propio corazón, del corazón de cada uno de esos pobres seres tremadamente mezquinos que somos todos, incluso los más grandes, los más fuertes. ¡Ah, escasos son los budas, los superhombres que se han desprendido de toda debilidad!

[...] He pasado la semana arreglando la cabaña que me albergará el día que la nieve me obligue a abandonar la tienda. ¡Qué primitiva y rústica, esa choza de lama de pueblo! No puedes imaginártelo. La morada del más desheredado de los campesinos franceses es un palacio en comparación con la mía. Pero, ¿sabes?, la vida casi de explorador que llevo me ha enseñado a conformarme con poco y a lograr, con este poco, cierta comodidad. La cabaña tiene tejado, pero no techo, y entre el tejado y las paredes queda un amplio espacio que propicia, demasiado diría yo, ventilaciones intempestivas. Trozos de tela impermeable, algunos cogidos de mis tiendas, formarán un techo y bajarán por las paredes. Calafatearé las junturas y creo que, cuando todo esté a punto, no estaré muy mal. De todas formas, mantendré plantada mi tienda más grande todo el tiempo posible. Me encuentro muy a gusto en ella y es bastante caliente, es decir, que dentro no te hielas; conserva una temperatura de 5° durante toda la noche. Después del frío tibetano, eso me parece muy agradable.

También he agotado casi por completo mis provisiones: patatas, nabos (la única verdura que crece aquí), habas y manteca de yac que me trajeron en grandes bolas envueltas en piel de cabra y de cordero cosida. Parecían enormes cabezas de gigantes decapitados, vistas por la parte de atrás. Esos horrores llegaron anoche, y los dejaron en el cuartito del fondo de mi tienda. Antes de meterme en la cama, pasé por detrás de la portezuela para coger algo del cuartito; ya no me acordaba de la manteca... Tropiezo con un objeto redondo y, en la semioscuridad, veo media docena de pelos negros y grises que yacen en el suelo. Pasado el primer susto, me dio un ataque de risa. Tendré que fundir parte de esa manteca y salar el resto. Mis criados son tan sucios que debo vigilarlos constantemente. ¡Cuántas molestias! ¡Y qué complicada es la vida más sencilla para los occidentales!

Desde lo alto de la terraza del monasterio, contemplo las montañas circundantes, los bosques amarillentos y cobrizos por la acción del invierno y, más arriba, la nieve inmaculada que resplandece al sol. Me invade el deseo de escapar; pese a haberme alejado mucho, me encuentro aún demasiado enredada en el hilo que nos ata al mundo, a la civilización, a sus convencionalismos, a sus maneras de ser. Todavía no he acabado de despertar del mal sueño, del sueño abrumador de la existencia individual, e incluso en la caverna de un yogui mi espíritu sigue siendo el de una parisienne filósofa-artista y *dilettante*. Escapar, liberarse de uno mismo y del mundo que uno lleva consigo..., ser lo que han sido los budas... Qué elevados pensamientos han surgido a raíz de la manteca. Pero, no, no han surgido únicamente por haber hablado de la manteca, sino debido a la influencia ejercida por las chicas

de la escuela industrial de Lachen, con quienes he pasado una hora. Acabo de ver el triste resultado del trabajo de las damas misioneras, pobres almas de estrechas miras que, desde luego, no piensan que obran mal. He visto una colección de chiquillas y jóvenes que se han vuelto hipócritas, que ya no creen en la religión de su país, que no han comprendido nada del cristianismo y sólo se han quedado con una cosa de éste, y es que las damas de la misión «dan» a sus fieles. Ellas dan camisas de color rosa o azul, alegres faldas de rayas, mientras que los lamas no dan, se limitan a recibir. Me refiero al clero común, equivalente al de Sicilia o España. Los lamas-filósofos, asqueados, se asilan. Yo creo que las muchachas de la escuela confiarían gustosas en la *jebtzun rimpoché*, la preciada reverenda que soy, si diera más que las damas cristianas. Pero yo no practico semejante clase de proselitismo, me horroriza. Yo no creo en el Infierno eterno y, al igual que Buda, me contento con exponer las ideas que considero saludables. Los que no quieran quedarse con ellas no tienen más que dejarlas... Más adelante recapacitarán, dentro de un siglo o de diez mil, en otra existencia. Y, en el fondo, religiones, filosofías, el mundo y los seres que se mueven en él, todo ello no es más que un sueño, no son más que imágenes móviles sobre una pantalla de cine; todo eso no es más que una historia que el inmutable «Uno» se cuenta a sí mismo, como dicen los vedantistas, o una historia contada por nadie a nadie, como enseñan los sunyavaditas. A partir de ahí, quien conoce el gran secreto sonríe a la fantasmagoría de su vida y de la de los demás; sonríe a la fantasmagoría del mundo y la gran paz lo rodea.

Fantasmagoría es también esta guerra y la carnicería que provoca. [...] Ah, mira, querido, una caverna allá arriba, en las cumbres, y una escudilla de madera para comer las gachas de harina de cebada y té, y sobre todo ello la paz, la ausencia de deseo, de esperanzas y de temores, la serenidad inquebrantable, sin inclinar jamás la cabeza, sin pestañear jamás ante cualquier visión, por espantosa que sea, sin que los latidos del corazón se aceleren jamás al pensar en un objeto..., un sueño ideal que yo he rozado, que he alcanzado a veces durante breves horas. ¿Y cómo descender del Tabor cuando se ha saboreado su éxtasis, aunque sólo sea durante unos minutos? Aun así, Mouchy, descendamos. He hecho algunas fotos de los alrededores de la caverna que han salido bastante bien. [...] Son muy bonitas; en una se ve mi campamento con los yacs esperando ser cargados, y en la otra la entrada del puerto de Koru (Koru-la), un paisaje nevado con los yacs en marcha. Visto a través de un cristal de aumento, es una preciosidad. «¿Por qué vas ahí? ¿Qué necesidad tienes de afrontar ese frío, esa soledad?», me escribes. ¿Por qué he venido a esta tierra fascinante? ¿Acaso yo lo sé? Por nada y por muchas razones, porque entre estos vastos horizontes

se tienen, como en nuestro Sahara, sueños distintos de los que os visitan en las ciudades y porque allí se experimentan sensaciones extrañas. Como dicen riendo mis amigos orientales, fui una nómada del Asia central en alguna de mis vidas anteriores..., y allá arriba, en las grandes estepas, el recuerdo surge, lejano, en el fondo de mí misma. [...]

Gompa de Lachen, 14 de diciembre de 1914

Esta semana ha estado marcada por un acontecimiento totalmente inesperado del que tuve noticia hace tres días. Mi joven amigo y compañero de tantas excursiones a través de las junglas himalayas, el maharaja de Sikkim, murió súbitamente tras una enfermedad de unos días que los médicos no pudieron diagnosticar. Hacía ya seis días que había muerto cuando recibí la noticia. Esto está lejos de Gangtok.

¡Pobre muchacho, tan apegado a la vida, tan niño aún a los treinta y siete años! Nos habíamos separado hace aproximadamente tres meses una mañana lluviosa, en un valle alto, entre dos puertos nevados: él bajaba hacia la *gompa* de Talung y, desde allí, se dirigía a Gangtok; yo subía hacia las faldas nevadas del macizo de Kintjindjinga, hacia el glacial de Zemu, y desde allí hasta el Tibet. Aquel día él iba vestido a la europea, con un traje de alpinista, y se alejaba saltando de roca en roca con cuidado, y de vez en cuando se volvía para decir, agitando el gorro: «*Good bye, don't stay too long!*» (Adiós, no se quede demasiado tiempo!) Desapareció en un recodo del sendero... ¡No iba a volver a verlo más! Sentía un cariño muy sincero por ese pobre reyezuelo, cuya infancia sin madre había sido tan desgraciada y que no había encontrado en su padre más que a un enemigo. Me contaba sus sinsabores e incluso me hablaba de sus relaciones sentimentales, como ya sabes. Yo leía las cartas de su prometida y él me contaba el tormento de la otra, de la amante a la que él quería y con quien no se podía casar. Me cuesta hacerme a la idea de que ha muerto y pensar que, cuando vuelva un día a Gangtok, ya no lo veré en aquella casa que era un poco mía, en aquel oratorio donde conservaba las páginas de consejos religiosos que yo había escrito para él. ¡Se acabó, ha desaparecido! ¡El pequeño príncipe lama y «encarnación», igual que su ilustre correligionario el dalai-lama, es hoy un puñado de cenizas! Así es la vida, ¿no? La vida, hecha de separación, de desintegración, de muerte. Es el reino de Siva, es el propio Siva. El que está cansado de ella, harto, no tiene más que cruzar el umbral, como lo hicieron los budas, penetrar en el más allá donde cesan las antítesis de las que está hecho el mundo, donde no hay «ni día ni noche, ni tinieblas ni claridad, ni placer ni dolor, ni vida ni muerte».

El yogui que vive en la *gompa* se ha tomado este triste suceso de una forma que me sorprende. Ve en la muerte del maharaja la desapa-

rición de un promotor de reformas religiosas y de enseñanza para el pueblo. Está muy afligido, tanto que empiezo a preocuparme por su salud. [...]

Lachen Gompa, 18 de diciembre de 1914

Esta semana ha estado marcada por dos acontecimientos, poco abundantes en Lachen. Ayer, los lugareños regresaron de su último viaje de invierno al Tibet. La caravana era un espectáculo pintoresco: los yacs, las mulas cargadas de provisiones, los rebaños de corderos que los hombres empujaban delante de ellos..., pobres víctimas, dentro de unos días los convertirán en carne seca que se conserva un año e incluso varios. Todo eso bajaba por el estrecho sendero acompañado de clamores, de gritos: un cuadro de otra época, cuando las hordas de nómadas recorrían la tierra. Anteayer incineraron a una mujer unos pasos detrás de mi tienda, pues allí es donde se encuentra lo que llaman el «cementerio», aunque sería más exacto decir campo de cremación, porque aquí no se entierra a los muertos. Asistí a la operación, que duró unas cinco horas debido a la inapropiada disposición de la leña; hasta fui a dar algunos consejos, ya al anochecer. En la India colocan el cadáver en el centro de la hoguera, con leña encima y debajo, y se quema enseguida. Aquí, sientan al difunto sobre la hoguera y la mitad de la leña se consume sin otro efecto que ahumar el cuerpo, hacer que se retuerza y se encoja de un modo que resultaría angustioso para los nervios de un europeo; pero en Oriente los nervios no son tan sensibles y, ya hacia el final, los dos encargados retiraban lo que quedaba del cadáver calcinado, lo dejaban a un lado, disponían convenientemente la leña, volvían a colocarlo y lo removían para que se desprendieran trozos de carne, que, separados, ardían más fácilmente; luego repetían la operación. Todos los asistentes se habían marchado una vez encendida la hoguera; quedábamos cuatro, entre la maleza: los dos hombres encargados de la cremación, un primo de la difunta y yo. Estaba anocheciendo y el viento empezaba a ser frío, pero el fuego de la hoguera calentaba y, por miedo a pillar un resfriado, me acerqué para calentarme los pies. Pensaba en mi joven amigo, tan gracioso con sus túnicas de seda de príncipe colibrí. Unos días antes él también había sido esa especie de guíñapo informe, negro, que chisporroteaba ante mí sobre las brasas rojizas, y ahora ya no era ni siquiera eso, ya no era nada... Si hubiera estado en Gangtok, habría visto cómo se crispaban sus pequeñas manos, cómo se retorcían en el fuego igual que las de esta muerta, cómo ardían sus cabellos en una súbita llamarada y cómo estallaba su cráneo... No lo vi, pero he contemplado tantas cremaciones en la India que el cuadro aparece ante mis ojos como si hubiera estado presente.

Y ya está, se acabó..., la vida continúa. El hermano pequeño y sucesor del maharaja me ha enviado un correo especial con una carta conmovedora que finaliza como una carta de negocios. Pese al duelo, se ha ocupado de cosas que yo necesitaba: una lámpara, etcétera. Es muy amable por su parte. Es un joven de veintidós años, muy reservado e inteligente, que ha recibido una sólida educación inglesa. Me hace la misma pregunta que su hermano: «¿Cuándo vendrá a Gangtok?» Somos buenos amigos. Me cedió su dormitorio y su salón durante varios meses en Gangtok... La vida continúa. Será maharaja, vendrá a verme, yo iré a verle, ¡será simplemente otro rostro en el mismo decorado!

¡Oh, estaríamos locos si nos aferrásemos a ese juego de sombras huidizas que llamamos mundo! [...]

Lachen Gompa, 30 de diciembre de 1914

Estos últimos días he tenido mucho trabajo. Te preguntarás qué trabajo se puede tener aquí. Pues ahora lo verás. Tuve que terminar de aprovisionarme, pues las nieves son inminentes, enviar a un criado a Gangtok para traer víveres: harina, arroz, maíz, cerillas, petróleo, etcétera. Y luego tuve que habilitar la cabaña, realizar los arreglos interiores, que consistieron en tapar lo mejor posible todos los agujeros y las rendijas con paja, pegar papel encima y después cubrirlo todo con telas, sujetándolas con clavos. En resumen, he arreglado la cabaña como si fuera una especie de tienda. Bajo el tejado de madera hay un techo de tela impermeable, y las paredes están forradas de lona, porque son simples fibras vegetales trenzadas y embadurnadas con arcilla, y ya imaginarás que no es muy cálido en un país donde a veces hay un metro ochenta de nieve, y que se impone un revestimiento interior. Yo no creía que mi sangre, habituada a las temperaturas elevadas, pudiera reaccionar tan vigorosamente como lo ha hecho; no paso nada de frío, a pesar de que el único fuego con el que cuento es un pequeño brasero que me traen por la noche a la tienda. Hablando de trabajo, ¿sabes que me hago el pan yo misma y que elaboro también pequeños *cakes* para desayunar? Claro que ni el pan ni los *cakes* están siempre tiernos. Hago unos cuantos cada quince días o tres semanas, pero es todo un lujo tener pan, aunque esté un poco duro.

Mi Navidad ha consistido en una sencilla comida en la Mission House, en compañía de las damas de la casa y de un viajero de paso, un joven inglés que está reuniendo una colección zoológica para un museo.

La víspera, los lamas realizaron las recitaciones rituales en memoria del maharaja. Van acompañadas de una gran fiesta: los celebrantes

ingieren enormes cantidades de arroz y té. El año pasado, yo estaba en el monasterio de Phodang-Tumlong cuando se celebró la misma ceremonia por el padre de mi pobre amigo. ¡No sospechaba entonces que asistiría a la que se celebraría por él! Trajeron su cuerpo a este mismo monasterio de Tumlong del que era abad. Un gran lama, el que lo sustituye como abad, partió el cráneo, con el que se hará un cuenco que se conservará en la *gompa*, y luego quemaron el cadáver sobre el tejado del monasterio. Todo lo que podré volver a ver de aquel muchacho que amaba tanto la vida será un fragmento de hueso, un cuenco como el que tengo en la estantería y donde dejo las horquillas o los pequeños objetos que saco por la noche de mis bolsillos. ¿De dónde procederá ese trozo de cráneo anónimo que utilizo como canastillo? Perteneció a dos yoguis: uno murió y el otro es el que me lo regaló. En ese cráneo-cuenco comieron litros de sopa de harina de cebada y carne seca, pues es costumbre entregar un cráneo a modo de vajilla a los yoguis de las sectas tántricas. Una noche, para cumplir con la tradición y complacer a un amigo tibetano, degusté dos dedos de cerveza de mijo en un cráneo, a guisa de comunión tántrica y de brindis por el gran Padma Sambhava, pero no acostumbro a hacerlo. ¡Todo eso es tan pueril en su ingenuo esfuerzo por parecer terrible!

¡Pobre pequeño maharaja! Con todo, si vuelvo a Phodang y veo ese cuenco hecho con su cráneo, me costará negarme unos minutos de emoción. [...]

Gompa de Lachen, 10 de enero de 1915

[...] Hace dos noches comenzó de nuevo a nevar mucho; por desgracia, confié demasiado en la solidez de mi tienda. Aguantará hasta que se haga de día, me decía, y entonces los criados vendrán a retirar la nieve. Ya había sacudido varias veces el techo, pero de madrugada una especie de presentimiento me dijo que en esa ocasión debía apresurarme a levantarme. Me dejé guiar por esa sugerencia, encendí una linterna, me puse mi hopalanda y mis botas tibetanas y me dispuse a ir en busca de ayuda. Al desatar las cortinas de la entrada se produjo la catástrofe: el palo trasero se partió y la tienda se vino abajo, afortunadamente sólo en parte, porque seguía estando sujetada por el palo de delante. Salí precipitadamente con la linterna y llamé a los criados; los lamas se despertaron y acudieron algunos con palas. Había, calculando a ojo, más de sesenta centímetros de nieve sobre la tienda, y seguía nevando copiosamente. Estuvimos trabajando hasta que amaneció; hacia las cinco, paró de nevar y comenzamos a trasladar mis cosas. Por suerte, no se estropeó nada como consecuencia de la caída de la tienda. Sólo tengo que sustituir dos palos. [...]

[...] Si, así es, la vida de los vivos continúa, con sus momentos de

preocupación y sus momentos alegres, pese a los que desaparecen. Varios de los que he conocido murieron el año pasado, todos relativamente jóvenes; el mayor tenía cuarenta y cuatro años. Ya sabes lo lenta que soy para comprender realmente los acontecimientos que se producen. La muerte del pequeño maharaja sigue pareciéndome un mal sueño. No estoy totalmente convencida de que si voy a su casa, en Gangtok, no lo veré acudir a mi encuentro en el porche. Nos escribíamos con frecuencia cuando yo no estaba en Gangtok, y no paro de pensar, a propósito de Sikkim: «Le diré esto o le escribiré aquello al maharaja.» ¡Pero nunca volveré a decirle ni a escribirle nada! Su muerte es una de esas muertes que impresionan, no tanto porque tuvieras vínculos de amistad que te ataban al difunto como porque convierte la idea de la muerte en algo presente y vivo. Ya no es una palabra, como cuando decimos: «Fulanito ha muerto.» Es un hecho real al que nos enfrentamos y que se impone en nuestra mente.

La mujer del residente me ha escrito acerca de él, deplorando su fin inesperado: «Después de todo, quizás haya sido mejor para él; no podía ser feliz aquí con su carácter.» Hay algo de verdad en esta observación. Iba a contraer un desafortunado matrimonio... Desde hacía algún tiempo erraba a la aventura, apartado del camino que habría podido garantizarle la dicha. Aquí, entre los grandes lamas, dan razones místicas para explicar su muerte. Tal vez yo también sea víctima de una ilusión supersticiosa, pero creo que si hubiera sido fiel a su vocación de *tulku* aún estaría vivo. Se lo había comentado en varias ocasiones porque tenía vagos presentimientos de desgracia, y lo más curioso es que no era la única. Hace seis meses, el lama con el que estoy le había escrito en el mismo sentido, recuerdo que el maharaja me lo dijo, y me enteré de que otros también le habían hablado o escrito sobre lo mismo. ¡Que extraño! De cualquier modo, y sean estas ideas ensoñaciones o realidad, sigo estando muy afectada. No hablo de lágrimas ni de lamentaciones..., no lloré la noche en que me enteré bruscamente, por una breve nota, de su muerte. Mantengo la calma, pero ciertos pensamientos han calado más hondo en mi mente, igual que tras la muerte de mi padre. [...]

Gompa de Lachen, 2^o 1915

No resulta fácil escribir a quienes viven los momentos trágicos que todos estáis viviendo en Europa y en nuestras colonias. ¿Qué puede contar una casi yogui himalaya, perdida en un rincón montañoso, que resulte interesante para aquellos que padecen la fiebre de un drama angustioso? La calma, la serenidad y la indiferencia de nuestras nieves y nuestras soledades, y la paz que éstas vierten en el espíritu de quienes las frecuentan, deben de resultarles irritantes a los que perma-

necen en el mundo de los hombres de acción, el mundo de los vivos..., donde se matan unos a otros. [...]

Sí, queridísimo mío, aquí estamos lejos de esa agitación criminal, pero las almas, pendencieras, egoistas y brutales, son las mismas. En el cerebro de más de un campesino de Lachen está el germen de un soldado teutón, pero ese germen carece de ocasiones favorables para desarrollarse todo lo que quizás sería susceptible de hacerlo.

¿Puedo, con todo, arriesgarme a esbozar un fragmento de paisaje lamaico que la semana pasada puso una nota de variedad en la vida de la *gompa*? Un discípulo del gran lama vino a verlo. Mi anfitrión, hombre poco corriente, tiene unos discípulos que también se salen de lo común. Éste es un *gompchen*, un eremita, como su preceptor espiritual. Vive en la cima de una montaña boscosa, situada unos cuarenta o cincuenta kilómetros al sur de Lachen. Es joven (entre veinte y veinticuatro años), más pobre que Job —me confesó, mientras le servía el té, que no había tomado desde hacía tres años—, inteligente y serio. Viste la falda blanca de los ascetas de las sectas Nga Lu (el tantrismo tibetano). Blanca en teoría, porque en realidad el tosco lienzo es de un color amarillento indefinible y está mugriento. Encima lleva una especie de camisa rojo oscuro y nada más. También lleva, en bandolera, el tambor (*damaru*) y la tibia-trompeta (*kangling*). Aunque es muy feo, cierta atmósfera estética envuelve al personaje. Estaba tan deseoso de conocerme, creo, como yo a él, y hacia el crepúsculo, cuando regresé de un recorrido por la jungla, vi que me miraba desde lo alto del balcón de la *gompa*. A la mañana siguiente lo vi repetir esta especie de danza extraña que los Nga Lu ejecutan en los cementerios tibetanos, entre los cadáveres descafeñados que echan a las rapaces, salmodiando ese himno de una filosofía terrorífica que espero traducir y publicar si me lo autorizan los que me han honrado con su confianza enseñándomelo.

Si bien soy una admiradora entusiasta del pensamiento expresado en el himno, lo soy mucho menos del tambor, la tibia-trompeta y la danza que lo acompañan. Me pregunto qué sentido tiene esa escenificación pueril en torno a esa joya filosófica. En fin, aquella mañana, ante su maestro y ante mí, el joven yogui «repetía» las palabras en voz baja, pues se las considera secretas. Giraba y evolucionaba marcando el ritmo con el tambor, un *damaru* de cuatro chavos medio roto. Luchó un sol espléndido, pero uno pensaba en las noches en que las osamentas y las cabelleras alfombran el suelo, y veía a aquel hombre completamente solo, perdido en la inmensidad, bailando bajo el cielo claro entre los fragmentos de esqueleto, proclamando su alegría orgullosa de saber que dioses y demonios son una vana ilusión, que todo está vacío y es vano, todo es ilusión y espejismo, y que él mismo, el

bailarín irónico, no es más que una sombra, ¡un fantasma sin realidad! ¿Comprenderá todo eso el joven discípulo? Se lo pregunté a su maestro y me respondió: «Comprende... algo.»

Finalizada la danza, fuimos a tomar el té y hablé, en mi tibetano chapurreado, con el joven. No es tonto, ni mucho menos, sin duda comprende... algo.

Al día siguiente se marchó; yo estaba en la terraza con el *gompchen* cuando se despidió de éste, prosternándose tres veces tal como establecen las normas de cortesía del Tibet y recibiendo acto seguido la bendición. A mí me dirigió unas cuantas frases respetuosas, muy meditadas y bien construidas, y luego bajó por el estrecho sendero que cruza el pueblo y siguió por el que hace las veces de «gran carretera», un camino de mulas. Se volvió una vez, otra, mirando a su maestro que permanecía de pie en la terraza y elevando las manos juntas en señal de veneración; al llegar al recodo de la carretera, se detuvo un rato, se inclinó y después desapareció. [...]

Estoy sorprendida de mis adelantos en lengua tibetana. Ahora hablo durante horas con el *gompchen*; chapurreando, claro, pero consigo que me entienda y yo también le entiendo. No sucedía en absoluto lo mismo con mi lama profesor de Phodang; me costaba muchísimo conseguir que él me entendiera en cosas muy simples, y aquí discuto sobre temas filosóficos. Este *gompchen* debe de ser un brujo. Todo el mundo lo dice y acabaré por creerlo. [...]

Lachen Gompa, 18 de enero de 1915

[...] Toda la semana pasada estuve dedicada a los festejos del Año Nuevo tibetano [...] (*Lo-sar*). Unos festejos muy primitivos que se reducen a comer y beber interminablemente al aire libre. Los lugareños lo celebraban abajo, en la ágora de Lachen, el espacio donde los hombres discuten los asuntos del pueblo. Los lamas lo hacían más arriba, en la ladera de la montaña, en el terraplén de la *gompa*. En los dos sitios se veía el mismo espectáculo de marmitas borbotando al aire libre y gente que, sentada por el suelo, comía con las manos manjares poco apetecibles para un espectador occidental. Entre un servicio y otro, los jóvenes novicios lamas practicaron deportes infantiles, como carreras a la pata coja y similares. Incluso saltaron a la cuerda, como hacen las niñas entre nosotros, pero con mucho menos arte que ellas. No vi a ningún lama ebrio en el monasterio, a pesar de que los recipientes de bambú llenos de cerveza nacional no paraban de circular. Quizá mi presencia moderó un poco el ardor de los bebedores, no lo sé, pero sospecho que en muchas *gompas* no habrá sucedido lo mismo. La muerte del maharaja es un hecho que enseguida se hace patente. Las reformas que él intentaba introducir han muerto con él, en especial la

prohibición que había decretado de consumir bebidas fermentadas en las *gompas*. Aquí soy un poco como un reproche vivo para todos estos rudos lamas. No bebo ni cerveza ni vino y no como carne. Saben perfectamente que represento la regla que ellos infringen. Me respetan mucho por tal motivo, pero ese camino les parece demasiado escarpado para ellos. O, si no, no piensan nada al respecto: yo soy un ser de otra especie y ni siquiera se les ocurre establecer la más mínima comparación entre mis actos y los suyos.

Como no me gusta ni el espectáculo de esas comilonas bárbaras ni el de las ceremonias rituales reforzadas por tambores ensordecedores, me escapé a la montaña todos esos días. En las laderas soleadas, la nieve ya se ha fundido por completo. Me sentaba sobre una roca, me ataba con el cinturón a la manera de los yoguis tibetanos —un procedimiento ingenioso que suple la falta de respaldo y ofrece una posición comodísima— y permanecía ahí leyendo en tibetano y soñando. Ayer, mi viejo yogui me dijo con una sonrisa escéptica: «*Mem sahib* ha tenido el espíritu enfermo todos estos días!» Sí, un poco. Mi instinto atávico de hugonote todavía no se ha plegado del todo a la indiferencia llena de filosofía que enseña el budismo. Sigo creyendo que hay gente que actúa mal y que habría que convertirla, corregirla... Mi amigo, el eremita, no cree nada de todo esto; los seres, piensa él, son lo que pueden, o más bien piensa que no «son» en absoluto, que el mundo no es más que un juego de sombras sobre una pantalla de cine y que él mismo no es más que una sombra entre esas sombras. Yo también lo creo, con la mente..., pero a veces me rebelo contra su indiferencia sonriente y le suelto brillantes sermones en mi tibetano chapurreado. Entonces él replica: «Debería ir usted ahí enfrente, a la Misión, con las damas; ellas también creen que *Kuntcho* (es el nombre que los misioneros cristianos han dado a Dios; en realidad, *Kuntcho* significa «supremo» o «cosa preciosa» y es uno de los títulos dados a la triada budista: Buda, la doctrina o la ley, y la comunidad de los discípulos: Buda - Dharma - Sangha) quiere que todo el mundo sea igual.»

Yo voy a menudo a la Misión. Las damas son mujeres hospitalarias; siempre hay té y galletas para mí y, si se tercia, una comida. Ayer vinieron a mi celda a tomar el té. Les intrigó mucho que el *gompchen* y yo hagamos buenas migas. Sólo ven en él a un hombrecillo mugriento y feo; yo también lo veo así, pero al mismo tiempo veo otra cosa que ellas no han visto: la gran inteligencia oculta bajo ese exterior poco atractivo.

En cualquier caso, el yogui posee una virtud nada frecuente entre sus compatriotas: es generoso y desinteresado. Hace unos días me trajo un hermoso libro tibetano, una edición antigua, valiosa, como las

que se ven en el museo Guimet. Se empeñó en que lo aceptara. Yo no sabía muy bien qué darle a cambio. Con motivo del Año Nuevo, ha debido de recibir a mucha gente y ofrecer una gran cantidad de té y golosinas. Pensé que, siendo pobre como es, le iría bien algún dinero para ayudar a su hermana a equilibrar el presupuesto doméstico. En el Tíbet, dar y recibir dinero se considera normal, es algo que no ofende a nadie, incluso se le puede dar al dalai-lama, siempre y cuando sea una suma considerable. Así que, como en este momento no dispongo de muchos fondos, le di diez rupias. Él no quería aceptarlas: «No estaría bien que cogiera su dinero, usted tiene muchos gastos, debe pagar a los criados, usted es una dama, y yo no necesito nada...» En resumen, insistí tanto que se llevó las diez rupias. Yo necesitaba un suplemento de manteca para fundir y conservar, y el *gompchen* lo sabía. Se presentó con un hombre que había traído manteca: pesamos 6 *seer* (unos 12 kilos), a una rupia el *seer*. Cuando acabamos de pesar, el *gompchen* me dijo: «No tiene que pagar nada, es un regalo que yo le hago», y se marchó. Era una forma de devolverme en parte lo que yo le había dado. [...]

Monasterio de Lachen, 7 de febrero de 1915

[...] En cuanto a cambios, ha llegado un discípulo del *gompchen* que se quedará en la *gompa* unas semanas. Lo encuentro divertidísimo y le he puesto un sobrenombre muy gracioso en tibetano que es intraducible. Pertece al tipo de los que «creen que eso ha pasado». [...]

Escucha esta historia:

En el pueblo muere un muchacho. Es pobre; no hay dinero para comprar la leña necesaria para una hoguera. Todos los hombres se han marchado con los rebaños; no hay nadie que transporte el cuerpo hasta el río, así que lo arrastran sólo hasta los bosquecillos más cercanos. Un festín para los perros. Uno de ellos coge el cráneo, ya casi sin carne, y lo deja junto a la casa de un campesino. Éste ve un objeto en un rincón, lo mira y comenta con toda naturalidad: «Debe de ser la cabeza de Fulanito.» Mi cocinero y un joven lama se encuentran allí en el momento de producirse el descubrimiento. De regreso a la *gompa*, por diversión, se llevan el cráneo, pero a medio camino lo dejan junto a un muro. Al día siguiente, el lama le cuenta el suceso a otro. El yogui se entera y ordena que vayan a buscar el cráneo, con el que quiere hacer un cuenco. Lo llevan a la *gompa*, donde el yogui, no disponiendo de los instrumentos necesarios, se empeña en cerrarlo con una sierra enorme sin obtener ningún resultado. Forzado a renunciar a su empresa, lo deja bajo la nieve. Al día siguiente lo sacan para ponerlo a secar al sol, pero, entonces, mi instinto de civilizada despierta y preparo una solución de ácido carbónico, con la que rocío y limpio la osamen-

ta en cuestión mientras uno de mis *boys* la mueve con un palo. Al menos así estará limpio y no envenenará a los que lo toquen... Y pienso en el pequeño maharaja..., es todo lo que queda de él también, un trozo de cráneo con el que han hecho un cuenco! Su muerte me atormenta. Hay un contraste tan llamativo entre el ardiente, el desenfrenado apego a la vida de aquel muchacho y su muerte súbita, en plena juventud, cuando saboreaba los deleites de su realeza de opereta. Una lección impresionante. ¡Ah, la vida! ¡Y los que creen en ella, y los que se afanan! ¡Qué locura! Uno quiere ser famoso y otro rico, éste lucha por conseguir el amor de una mujer y aquél la gracia de un dios. Hay quien se hace seguidor de Epicuro y hay quien se sumerge en el ascetismo... Y todos quieren algo, persiguen un fin en algún lugar entre las nubes, todos están enloquecidos por el deseo de la sensación, el estremecimiento de la carne o del espíritu, porque la vida es eso; una sucesión de sensaciones. Y el que ya no se deja engañar, el que ya no es arrastrado y revolcado, inerte, por el flujo de las sensaciones, sino que permanece lúcido entre ellas, ése se abandona a la sensación de asistir como observador al juego de las sensaciones. ¡Sueño, sueño!

Una de mis sensaciones actuales, y no la menor, es preguntarme si conseguirás enviarme pronto algún dinero. En serio, me sería útil. Sigo pensando que a través de Malta podrías hacerlo.

¿No podrías enviarme una docena de postales de vistas argelinas, paisajes del desierto y paisajes urbanos de Argel donde aparezca como una gran ciudad? Es para enseñártelas a los lamas. Y si te fuera posible mandármelo, también me gustaría leer un libro de Bergson, *La evolución creadora*.

He visto que van a construir una iglesia en la parte alta del Belvedere, en Túnez, y que las tropas estaban presentes cuando se puso la primera piedra. El anticlericalismo ya no está de moda. Es uno de los efectos de la guerra. Cuando los hombres tienen miedo, se vuelven hacia los dioses, hacia lo sobrenatural, como los niños que se agarran a las faldas de su madre. Una brisa de religiosidad sopla sobre el mundo, junto con el silbido de las balas de cañón que atraviesan el aire. La religiosidad vulgar se transformará en atracción por la filosofía en los espíritus de mayor envergadura; presiento que mis libros sobre el vedanta y el misticismo tibetano encontrarán lectores tras la tormenta. [...]

Monasterio de Lachen, 8 de febrero de 1915

[...] La carta que adjuntaste a la tuya es del inefable Tasset, tal como suponías. Ese ser extraordinario habla del gran desastre anunciado por *La Ilíada*, el *Mahabharata* y los profetas de Israel. Así es como él interpreta la guerra actual. ¡Su carta es un poema! Aunque sea

un viejo amigo, un compañero de juventud y de universidad, no pude evitar que me parezca que está loco de remate. [...]

Si te parece bien, daremos un salto de la Europa enardecida al apacible Himalaya. La nieve nos llega casi hasta el cuello. El grosor medio de la capa blanca es de un metro. Ayer, que hizo un sol espléndido, empecé a construir un *chörten*, el monumento budista que se encuentra con diferentes nombres por toda Asia. En Ceilán se llama *dagoba*, en Birmania, *pagoda*, en la India, *stupa*, y en el Tibet, *chörten*. Es un edificio redondo que se alza sobre una base por lo general cuadrada. [...]

Al anochecer, ¡gran aventura! Vemos a lo lejos un perro que se esfuerza por abrirse paso en la nieve y no lo consigue. El pobrecillo parece apurado, y realmente lo está. Está a punto de caer la noche, ¿qué va a ser de él? «Voy a ir a buscarlo», digo. Todo el mundo pone el grito en el cielo: no hay ningún camino despejado, hay que bajar un pequeño barranco y subir por el otro lado. En fin, intentaré llegar como pueda. Llevo pantalones de franela, botas altas e impermeable. ¡Allá voy!... Escribirlo es rápido, pero te aseguro que no avanzaba con rapidez con la nieve cubriendome hasta más arriba de la cintura y tanteando el camino con un bastón para comprobar si había algún agujero. Tras caminar un trecho, veo a uno de mis muchachos trepando, de regreso del pueblo, lo llamo y me acompaña. Era una auténtica expedición polar. Perdimos el sendero, mi criado cae en un agujero, tiro de su cabeza para sacarlo y, poco después, me devuelve el favor. Trepamos por rocas que no vemos y llegamos a donde está el perro, que se encuentra hundido en la nieve y no se puede mover. Para colmo de males, el animal, asustado y muy salvaje, enseña unos dientes amenazadores pese a ser un cachorro. No me extiendo en detalles: lo atamos con una cuerda y, arrastrándolo, lo remolcamos hasta el monasterio, donde el perro, o más bien la perra, porque es hembra, da muestras de una gran ferocidad. Hoy, tras haber comido en abundancia, el animal presenta unas tendencias más apacibles; dentro de unos días será un encanto. Es peludo como un yac y completamente negro: hocico negro, ojos negros..., tan sólo unas mechitas rojizas en el extremo de las patas. Esa raza de perros vigila los rebaños de yacs y las tiendas nómadas en las estepas del Tibet. Son animales semisalvajes, muy fuertes y temibles para los extraños. ¿Que le ocurrirá a mi superviviente? Sea lo que sea, mi pequeña protegida se ha comido un gran plato de arroz que yo sostenía con la mano, aunque después, cuando he intentado acariciarla, ha esbozado un gesto amenazador con el hocico, pero eso ya es un gran avance, porque no ha enseñado sus dientecitos blancos y afilados.

Estos son todos los acontecimientos, querido. No, falta otro de

una índole distinta. He empezado a leer con el yogui la vida del asceta-poeta Milarepa. Durante mi primera estancia en Sikkim, la leí en un manuscrito traducido al inglés, pero encontrarme ante el original, un grueso y venerable libro tibetano, ha acelerado un poco mi corazón de orientalista. El *gompchen* me dijo: «Empezaremos leyendo esta obra porque el tema del que trata le resulta familiar (sabe que he escrito la vida de Milarepa en francés y que el manuscrito está a punto para ser publicado) y también porque está escrito en un lenguaje muy hermoso, muy literario, y en él encontrará buenos ejemplos para imitar hablando y escribiendo.»

Me pregunto qué hizo que este hombre se interesara por mis estudios. ¡Para un filósofo como él, no es nada divertido escucharme leer torpemente un texto! Aunque, eso sí, después disertamos sobre cuestiones filosóficas y yo le hablo de las doctrinas y las prácticas místicas de la India, mientras que él me informa acerca de las del Tibet. Ha vivido junto a eruditos y pensadores sútiles, y aquí está rodeado de patanes; desde el punto de vista intelectual, se encuentra muy aislado, y quizás le deba a eso la solicitud que demuestra hacia mí. Le gusta bastante charlar conmigo. Pero, en definitiva, si me fuera mañana, creo que no sentiría un gran pesar... ¡Como verdadero sabio, ha cultivado la indiferencia! [...]

[...] He recibido una carta, sencilla y conmovedora, del virrey lord Hardinge, cuyo hijo fue gravemente herido en la batalla del Marne y murió como consecuencia de las heridas tres semanas después. Todavía no hace un año que lady Hardinge, una mujer encantadora, murió en Inglaterra, lejos de su marido. Son, realmente, golpes muy difíciles de encajar. [...]

Lachen Gompa, 14 de febrero de 1915

[...] He leído en los periódicos que me enviaste la noticia de la muerte de Péguy, el director de *Cahiers de la Quinzaine*, una pequeña revista literaria de París. Lo conocía un poco. Al parecer murió como un héroe, gemelos en mano, de pie y dirigiendo el tiro de sus hombres, a los que había hecho tumbarse, exponiéndose solo. Era oficial de la reserva.

«Tal vez un día lamente haberte quedado lejos mientras aquí todos vivimos estos momentos trágicos», me dices. No lo creo. He sospechado la cuestión con esa agudeza para observar los hechos y penetrar en ellos que proporciona el hábito de analizar y meditar. Si hubiera sido un hombre, me habría alistado y habría hecho lo mismo que los demás, desde luego. Como mujer, sólo me quedaba el papel de enfermera. Si hubiese estado cerca, habría ofrecido mis servicios al día siguiente de declararse la guerra. Pero, estando lejos, cuando hubiera

llegado los equipos habrían estado al completo y con toda probabilidad no me habrían aceptado. Quizá debería haberlo intentado a pesar de eso, pero andaba escasa de dinero para realizar el viaje y además, lo confieso, influyó otra preocupación: el temor de no poder regresar aquí, de abandonar para siempre los estudios que estoy realizando en Asia. Sí, la vida de asceta estudiosa que llevo resulta atractiva. En la India se dice que el *sannyasin*, haga lo que haga y piense lo que piense, permanece ligado por un encantamiento desde el día en que tuvo la audacia, o la imprudencia, de ponerse la túnica arcaica del misticismo hindú. Yo no soy muy dada a la superstición, y sin embargo, a veces me digo: ¿Quién sabe? Una tradición y una cadena de pensamientos milenarios son una fuerza, una energía tan real en el dominio mental como la electricidad en el plano físico. Pero dejemos esto.

Vas a reírte, querido. Me ha sucedido una cosa inesperada. ¿Se trata también de magia? Me siento tentada de creerlo. ¿Ha influido en mí el hecho de vivir tan cerca de las deidades de formas terroríficas de un templo de la secta Nga Lu? (Escribo secta Nga Lu para que se me entienda, pero es un pleonasm horribil, porque la palabra tibetana *lu* significa «secta».) No sé. En fin, ésta es la historia. Desde hace ya tiempo, pues no cambio muy a menudo de criados, tengo a mi servicio a dos jóvenes bribones que no hacen demasiado mal su trabajo teniendo en cuenta el tipo de vida primitivo que llevo. Han cocinado al aire libre sin quejarse, con nieve hasta la rodilla y cayendo en gruesos copos sobre las cacerolas. Dado que no cuento con suficientes porteadores, han transportado bultos al hombro por montañas escarpadas; además, hace unos días me desmayé y el cocinero, bondadoso en el fondo, acudió de inmediato y me cogió en brazos llorando desconsoladamente. Pero los dos son unos ladrones. Sólo cometen pequeños hurtos, pero me resulta insoportable. El otro día, tras una serie de apariciones de sobres, clavos con la cabeza de cobre, etcétera, los sorprendí apoderándose de buena parte de un saquito de harina de cebada de Shigatse. Estuve un rato pensando en el asunto. ¿Qué debía hacer? Las multas no parecían afectarles; además, de momento no les daba dinero, sino únicamente comida y ropa. ¿Entonces? La única alternativa era propinarles una paliza, cosa que no me hacía ninguna gracia. Ya no son unos crios; uno tiene veinte años y el otro veintidós. Sin embargo, veía que este tipo de castigo figura entre las costumbres locales y que para ellos era el mejor argumento. No estaba enfadada, incluso tenía ganas de reír. Pensé todo eso en tres o cuatro minutos y, decidida ya a aplicar el castigo, cogí mi bastón y le propiné unos cuantos golpes a cada uno de los culpables, que ni siquiera intentaron esquivarlos porque eran conscientes de que se los había ganado. A partir de ese momento, han realizado su trabajo con una docilidad

y un cuidado notables. Es curioso, ¿no? Sin embargo, lo más singular para la filósofa que soy es haber constatado que la ejecución del castigo, iniciado con una gran frialdad, poco a poco despertaba cólera en mí. En ocasiones, incluso diría que casi siempre, el movimiento mental desencadena el gesto físico que le corresponde: nos enfadamos y pegamos. Pero en este caso, por el contrario, el gesto físico incitó centros nerviosos que correspondían a un sentimiento mental: al pegar, noté que me encolerizaba. Esta constatación me pareció interesante y demuestra, una vez más, que no somos más que máquinas.

La toma de posesión oficial del nuevo maharaja tendrá lugar la próxima semana. Él y su hermana pequeña me han invitado cordialmente a ir a Gangtok, pero allí no tengo nada que hacer. Cada vez me atraen menos las cenas y las recepciones oficiales. Además, la ida y la vuelta supondrían ocho días de viaje a caballo, tal vez diez, y gastos de porteadores para mi equipaje, cosa que no me hace ninguna gracia. Por último, prefiero dejar pasar más tiempo antes de volver a ver, sin la presencia de su anfitrión, la casa de mi joven amigo desaparecido. Todavía no hace un año que celebramos su toma de posesión. Entonces hubo una gran comida en el palacio y después, por la noche, el orientalista escocés y yo, tras quitarnos las ropa de ceremonia y ponernos nuestras sencillas vestiduras habituales, cenamos en familia en casa del nuevo maharaja. Prefiero no volver al palacio tan pronto. [...]

*Monastery of Lachen Post Office,
Cheuntung (Sikkim) via India, 21 de febrero de 1915*

[...] Dado que el cerebro a veces se cansa de aprender y memorizar palabras nuevas, me dedico, por diversión, a un estudio de otro tipo. Desde hace tiempo deseaba saber manejar los tamborillos con los que los lamas acompañan sus recitaciones. Parece fácil, pero hay que practicar un poco para conseguir realizar el giro de mano que hace que las dos bolitas atadas al tambor lo golpeen a diferentes ritmos. Estoy a punto de lograrlo con el tambor pequeño; falta el más grande, el que los *gompchen* llevan al cementerio. Eso entretiene durante unos instantes. Como ya escribo, nada mal, el primer tipo de escritura tibetana, he empezado con el segundo bajo la dirección del maestro del pueblo. Viene tres veces a la semana y le pago cuatro rupias al mes (unos 6,80 francos). Ya he trazado no pocos garabatos que parecen caricaturas de animales y flora microbiana, pero la cosa mejorará. Mis comienzos con la otra escritura fueron lamentables, y ahora mi caligrafía es casi elegante. [...]

Monastery of Lachen, 27 de marzo de 1915

¿Qué puede suceder en una lamasería himalaya si no son hechos insignificantes, desprovistos de interés salvo para los montañeses directamente afectados por ellos? Los lugareños han plantado patatas. Una de las damas misioneras ha regresado y trabaja sin parar en el huerto de la Misión. Semejante celo ha resultado contagioso, y me he preguntado por qué no planto yo también unas cuantas verduras, que serían un valiosísimo complemento para variar mis menús de anacoreta. Mi idea ha sido acogida con entusiasmo por la buena señora, que me ha regalado una considerable provisión de semillas procedentes de Finlandia. ¿Por qué de Finlandia? ¡Está muy lejos!, te dirás. Sí, pero es la patria de los misioneros y, además, las semillas finlandesas se adaptan bien a este terreno. Ni que decir tiene que las procedentes de plantas aclimatadas a las llanuras tórridas de la India serían inapropiadas aquí. Dividiré mis semillas en dos partes. Una la sembraré aquí dentro de unos días, en dos pequeños vallados bien situados que hoy hemos empezado a preparar arándolos. La otra la sembraré en Dewa-Thang cuando me instale allí, dentro de dos meses. La diferencia de altitud exige esas semillas tardías. Si los devas bendicen mis pequeños campos, si no se dan cita en ellos demasiados insectos, si las cabras no saltan por encima de las vallas y muchos más «sí...», tendré guisantes, judías verdes, lechugas, zanahorias, perejil, coles e incluso escorzoneras y zanahorias amargas, que me recordarán a la pobre Bélgica.

Mi criado partió hace tres días para Calcuta y me traerá mi equipaje. «¡Qué estúpido e inútil es tener equipaje y qué razón tienen Diógenes y los *sadhu* de la India!», pienso. Pero, al igual que «se les quitará a quienes no tienen nada», los «que tienen» siempre se ven obligados, «porque tienen», a añadir algo a sus posesiones. Es un círculo vicioso en el que giramos trabajosamente. Para salir de él, hay que realizar una hazaña, como los budas, los *chaitanya* y otros: marcharse abandonándolo todo, sin volver la cabeza, sin preguntarse qué ocurrirá con lo que se deja. Eso repugna a personas educadas burguesamente en hábitos de orden.

Desde el punto de vista occidental, el hecho de vivir en una choza mal cerrada de lama tibetano, tan pequeña como un camarote de barco, y de comer en platos de hierro esmaltado muy deportillados por el uso parece ya una renuncia excesiva. Sin embargo, cuando miro todas mis cajas me veo muy lejos de la renuncia de los Grandes Sabios cuyas historias leo. Después de todo, no intento copiarlos servilmente. ¿Para qué? Sería como esforzarse en imitar a los leones o las águilas cuando se es hombre. [...]

[...] Mi colección de objetos tibetanos se ha incrementado, pero esta vez con dos bonitas piezas, dos sortijas que acabo de recibir. Se

trata de los anillos clásicos que llevan los *gompchen* de las sectas Nga Lu y sólo ellos. Tienen un montón de significados simbólicos en cuyo detalle no quiero entrar. Una de las sortijas, que representa una campanilla, es de plata con pequeñas turquesas, y la otra, que representa un *dorjé* (el rayo tibetano), es de oro con rubíes minúsculos. Son preciosas, mucho más bonitas que el collar de huesos humanos, aunque forme parte del mismo aderezo tántrico.

Uno de mis criados me ha rogado que le enseñe sánscrito. Algo insólito en Europa, ¿verdad? ¿Te imaginas a Tahar pidiéndote que le enseñes griego? Aquí, en cambio, no es particularmente sorprendente, y le he prometido al muchacho que le daré unas clases. [...]

1 de abril de 1915

[...] Decididamente, no me moriré de hambre durante la guerra aunque los envíos de fondos hayan quedado interrumpidos. El maharaja de Nepal, que se ha enterado de mi situación, acaba de enviarme una carta encantadora y algunos fondos. No se trata de un préstamo, es demasiado señor para eso, sino de un regalo del tipo de los que se hace en la India a las personas que han adoptado la vida religiosa; es decir, que el donante se declara humildemente agradecido a aquel que tiene a bien aceptar su donativo. Es muy amable por su parte. [...]

Monastery of Lachen, 10 de abril de 1915

[...] Por aquí, ninguna novedad, aparte de esos hechos insignificantes que no te interesan. Un lama de la *gompa* de Chörtén Nyima, en el Tibet, adonde fui el año pasado, está aquí de paso y de vez en cuando viene a tomar el té conmigo. Mañana comeré en casa de las damas de la Misión. Estoy haciendo grandes progresos en tibetano hablado. Me dispongo a montar mi camping para las noches de verano. Dentro de quince días subiré al lugar donde tengo previsto instalarlo para elegir el emplazamiento definitivo. Me quedaré allí aproximadamente una semana, bien en la tienda o bien en la caverna que ocupé anteriormente. Sí, lo comprendo, estos detalles carecen de interés para ti. En ocasiones pienso: ¡Si Mouchy estuviera aquí, si pudiera amar estas montañas, estos parajes agrestes, las largas horas de silenciosa meditación en soledad, a los poetas tibetanos y los filósofos hindúes!... ¡Qué distinta sería nuestra vida! Sí, pero a mí querido cordero no le gusta nada de eso. Muchos comparten tu forma de ver las cosas; yo, por supuesto, soy rara y desentonada en el mundo civilizado. De pequeña ya era así. En mis venas hay un atavismo de nómada asiático, eso es indudable. Aquí, la gente, que cree en las existencias sucesivas, dice: «¡*Mem sabib* fue en otros tiempos un gran lama tibetano!» Yo no sé tanto como ellos sobre esa cuestión. Pero en la me-

moria de mis células canta un pasado que ilustran poéticamente los versos de Richepin:

*Al paso lento de los caballos
por los montes, por los valles,
¡la caravana pasa!
¿Adónde va soñando?
¿Adónde va el polvo del camino,
sino siempre hacia delante
y hacia el espacio?*

Creo que tenía veinte años cuando leí esto en las *Chansons touraniennes*, y el otoño pasado lo recordaba allá arriba, en las estepas, acunada por el lento movimiento de los yacs que me llevaban, entre el ruido de los cencerros de los animales cargados de bultos, los silbidos estridentes y monótonos de sus guías que se mezclaba con la canción del viento. Avanzábamos, días y más días, por un decorado idéntico, inmenso como el del océano. Parecía que no íbamos a ninguna parte y no sentíamos ninguna necesidad de llegar a alguna parte. ¿Para qué? íbamos, «como el polvo del camino, hacia el espacio».

Soy consciente de ello: es más que singular que, habiendo nacido en París y sido educada en una gran ciudad por unos padres que no eran precisamente vagabundos ni poetas, esté dotada de esta mentalidad tan ajena a la de mi ambiente. He sentido nostalgia de Asia antes de haber estado aquí, y desde el primer día que desembarqué en Indochina, hace ya mucho tiempo, me sentí como en mi casa. ¡Qué extraño!

El lama vino y se marchó. Hablamos de la *gompa* perdida en el desierto. Yo le enseñé las fotografías que había hecho y le di algunas, cosa que le encantó. Se hallaba ausente cuando yo estuve en su *gompa* y lo lamenta. Espera que vuelva a visitarla el próximo verano y quizá lo haga. No está muy lejos, son cuatro o cinco días de viaje como máximo. Allí podría pasar un mes hablando tibetano. Mi visitante es un joven de veinte años, hijo de un eminente lama de la secta de los lamas rojos; parece un muchacho inteligente y muy amable. Uno de sus tíos, ya fallecido, al parecer no sólo era doctor en filosofía sino un auténtico filósofo; tal vez su sobrino siga sus pasos. Mientras tanto, creo que sería un anfitrión muy agradable en su monasterio del desierto; ya me ha prometido una abundante provisión de leña sagrada, de la que dicen que pertenece a los dioses locales y que, para respetar los usos del país y no molestar a nadie, había prohibido a mis sirvientes que cortaran, contentándome con prender boñiga de yac. Pero el joven hechicero tiene un trato íntimo con las divinidades de su tierra. Hizo

un amplio gesto y me dijo: «Cuando yo mando cortar leña en el valle, los dioses no se ofenden; usted tendrá su provisión.» ¡Es bonito y delicioso hervir la sopa sobre matojos ofrecidos por unas deidades! [...]

Monastery of Lachen, 6 de mayo de 1915

Acabo de regresar a Lachen tras haber pasado unos días en la tienda en Dewa-Thang. La excursión ha sido deliciosa, pues, aparte de una breve granizada, ha hecho un tiempo espléndido. Hay rododendros en flor por todas partes y la montaña es un verdadero paraíso mágico. El último día de mi estancia en Dewa-Thang bajé al valle pantanoso que se extiende en las faldas de la montaña donde había acampado y llegué hasta el pie de la cadena montañosa que queda frente a la mía. Como se halla orientada hacia el norte, está cubierta de nieve; he trepado por un alud que formaba un mar de nieve con elevadas olas de tormenta de 5 o 6 metros. No se fundirá antes de dos meses. También fui a ver de cerca un pequeño lago negro, habitado, según los campesinos de Lachen, por un genio malo con aspecto de buey. Fue preciso cruzar el río para llegar hasta allí y, como era bastante profundo, un joven lama que sustituye al sirviente que está en Calcuta me llevó a hombros. A la vuelta, tropezó con las piedras en medio del río y estuvimos a punto de tomar ambos un buen baño helado. Como yo había arrojado piedras al lago negro, mis sirvientes no dejaron de ver en ello la causa de la granizada que cayó nada más llegar al campamento. Yo objeté que el granizo ya había hecho una timida aparición antes de que yo llegara al lago, pero mi argumento no pareció convencerlos. En Dewa-Thang y en las montañas escarpadas que dominan esta pequeña meseta ya no hay nieve (tan sólo unos minúsculos restos bajo los árboles); es primavera y el sol pega fuerte. Tengo la piel de la cara completamente quemada. ¿Qué qué he ido a hacer allí? Ah, querido amigo, es todo un poema, y te habrías reido mucho si me hubieses visto. He ido, simple y llanamente, a hacerte la competencia y a practicar los oficios de arquitecto e ingeniero. Estoy haciendo construir unas cabañas en la ladera de la montaña, en una pendiente peculiar y sobre un terreno sin consistencia que se desmorona como arena en las dunas. Haremos una o dos pequeñas terrazas y sujetaremos el resto a los árboles, que constituirán los pilares principales. Aguantarán, espero, incluso estoy segura, aunque con toda probabilidad alguien del oficio no confiaría tanto.

¿Y para qué son esas cabañas? Verás, no puedo pasar el verano en mi celda de Lachen. Un recinto de tales dimensiones es bastante aceptable en invierno, cuando te acurrucas junto a la estufa, pero en cuanto el sol empieza a calentar un poco te falta aire y luz. Además, los lamas del monasterio pueden necesitar la cabaña de la que los he

privado. [...] Mis tiendas son una delicia durante la estación seca, pero cuando llegan las lluvias y el sol se esconde, el «camping» pierde su atractivo. En resumen, el maharaja de Nepal ha deseado proporcionarme un albergue adecuado para mí, donde pueda proseguir mi estudio del tantrismo tibetano en las condiciones que exigen los usos del Tíbet y terminar mi obra sobre el vedanta. Tras mi marcha, la casita será adjudicada a algún lama deseoso de aislamiento. Como no estamos en Nepal, el maharaja no puede hacer él mismo que la construyan y ha tenido que limitarse a enviarme fondos, por lo que la tarea de trazar los planos me corresponde a mí. Como comprenderás, no se trata de lo que un europeo considera una verdadera casa. Lo que voy a construir es un lugar de retiro de yogui tibetano, del mismo estilo que las moradas de los lugareños pero incorporando algunas pequeñas mejoras, y como el terreno no está nivelado, las diferentes habitaciones están escalonadas y forman pequeñas chozas con tejados independientes. Los campesinos de Lachen trabajarán a destajo. Todos los hombres en condiciones del pueblo, unos setenta, se pondrán manos a la obra dentro de quince días y calculan que habrán terminado el «palacio» dos semanas después. Cobrarán 160 rupias, que equivalen a 275 francos. Hay que añadir lo que valga la madera y algunos gastos más, pero aquí eso no subirá mucho. Uno mismo corta la leña en los bosques y paga un pequeño impuesto al Estado.

Estaré muy cómoda, podré sacar los libros de las cajas, clasificar mis documentos y mis fichas sobre las filosofías orientales, tener en casa a un lama docto que me enseñe tibetano literario, etcétera.

El lugar de retiro se alzará en el mismo sitio donde pasé el otoño pasado en una caverna. Incluso parte de mi «apartamento» estará formada por esa caverna. El emplazamiento es espléndido y muy soleado; calculo que debe de estar a unos 3.900 metros de altitud, tomando como referencia la de un punto cercano medido oficialmente. Es un poco más bajo que el Mont Blanc, pero el clima del Himalaya es distinto del de Europa. [...]

Monastery of Lachen, 16 de mayo de 1915

Me ha encantado recibir tu larga carta fechada el 4 de abril y leer todo lo que me cuentas en ella sobre tus asuntos en Bona. [...]

Para mí es un poco delicado animarte en tu decisión de aceptar una situación nueva. Podría parecer muy fácilmente que te incito a trabajar para aprovecharte de los frutos de tu esfuerzo, cuando tienes todo el derecho a descansar. Sin embargo, no creo que deba dejarme coartar por tales apariencias. Tiempo atrás te planteé la posibilidad de que te retirases por completo; tú te inclinabas a hacerlo en un momento en que en Túnez debías hacer frente a un trabajo desmesurado,

pero ahora, tras varios meses, no de descanso, sino de llevar a cabo una tarea menos agotadora, y al tener ante ti la perspectiva cercana de una inactividad total, te echas atrás. Todos tus instintos de hombre de acción se rebelan. No eres un anciano, no lo eres ni física ni mentalmente, y la vida de un anciano, aunque sea acomodado, te da miedo. No tener nada que hacer te asusta, y lo comprendo. Además, si no tener nada que hacer, si el espectro de unos días uniformemente vacíos ya es terrible de por sí, otro fantasma más terrible aún lo acompaña y tú lo describes muy bien en tu carta: ¡se llama «no ser nadie»! Sí, dejar de mandar, que dejen de saludarte con respeto los subordinados, pasar inadvertido en todas partes, ser anónimo, no tener en ningún sitio un pequeño territorio donde se es «el amo y señor después de Dios», como dicen los marinos al referirse a su capitán, es duro, tremenda penoso para quien ha sido durante muchos años «alguien». [...]

Y, si quieras pensar en ello, querido Mouchy, ¿no te harán tus propios sentimientos actuales ser más indulgente con el Moumi que no ha podido soportar ser simplemente un Moumi doméstico como millones de otros Moumis anónimos? [...]

Con referencia a otro asunto que planteas, nunca se me ha ocurrido pensar que no deba regresar junto a ti. No sé el giro que pueden tomar los acontecimientos en el futuro. Es descabellado intentar preverlo. Pero, en cualquier caso, siempre ha entrado en mis planes volver a Occidente porque allí es donde tú vives. A decir verdad, no hecho de menos en absoluto Occidente, la civilización. Ignoro qué pensaría si fuese muy rica, si pudiera llevar una vida muy lujosa en Europa, viajar en condiciones inmejorables, tener una casa bien montada sin ninguna preocupación de tipo doméstico, poseer un bonito automóvil... ¿Me dejaría atrapar por el atractivo de tales cosas? No estoy segura, pero tampoco estoy absolutamente segura de lo contrario. En cualquier caso, es posible que quisiera tantear la situación momentáneamente, sabiendo que la puerta está abierta detrás de mí y que tengo la posibilidad de coger un barco cuando quiera y regresar a mi existencia de yogui.

Sin embargo, me encuentro lejos de ser rica, ¿no?, y una vida mediocre en Occidente me atrae poquísimo. Me gustan muy poco las cosas mediocres, la comodidad mediocre, las situaciones mediocre, el éxito mediocre. Los yoguis son muy orgullosos, incluso más que eso, pues desprecian el propio orgullo, al igual que desdenan el mundo, no sólo éste, sino todos los paraísos, los mundos celestes que la imaginación puede inventar, y la gloria de ser Indra o el propio Brahma les parece tan vana y fútil como la del niño que lleva una corona de papel dorado, empuña un palo a guisa de cetro y hace que sus amiguitos lo proclamen emperador.

Como dijo un día un eremita tibetano, «tan sólo en una montaña, desnudo, sin ninguna posesión y acostado en el suelo de una caverna se siente uno libre, desprovisto de todos los temores, más grande que un rajá, ¡más que un dios!» [...]

Sí, pero en Occidente hay un cordero que me es querido, mucho más querido que antes, aunque esto pueda parecerle paradójico, y con mucha frecuencia siento un gran deseo de volver a verlo. Ah, ya lo habría hecho hace tiempo si supiera que tengo la posibilidad material y moral de ir y venir del Himalaya a la morada de ese cordero. Pero sé que cuando me vaya de aquí no regresaré. Sé que cuando esté en tu casa ya no volveré a salir de ella... Siempre me han horrorizado las cosas definitivas. Hay a quien le da miedo lo inestable; yo temo lo contrario. No me gusta que mañana se parezca a hoy, y el camino sólo me parece cautivador si desconozco la meta a la que conduce. He dejado de creer que elegimos, que dirigimos y que vivimos de acuerdo con los planes que hacemos. Los seres son derelictos que flotan al capricho de las olas en un mar abierto. Angustiarse y prever, desear y querer son actos de locos. Los sabios bogan y derivan según el viento que sopla, y se divierten advirtiendo las subidas en las crestas danzantes y las bajadas en el abismo glauco de las corrientes. Todo eso es fantasía, sombras que surgen en sueños, espejismos... Así pues, ¿qué puedo decir acerca del asunto que planteas? Tú mismo no sabes en este momento qué situación te reserva el futuro; dentro de unos meses, de unas semanas, quizás poseas una elevada renta. Yo, por mi parte, no sé qué sucederá con los fondos que tengo en Bélgica. No creo que lo pierda todo, pero ¿cuánto tiempo habrá que esperar hasta que los valores belgas recuperen una cotización normal y den de nuevo intereses? Eso depende de lo que dure la guerra y de su desenlace. No tengo ninguna esperanza de que mi madre siga viva. Débil como estaba física y mentalmente, la conmoción que ha debido de sufrir y, tal vez, las privaciones a las que se ha visto sometida deben de haberle arrebatado la poca vitalidad que le quedaba. Después de todo, tenía ochenta y cuatro años y ya no podía esperar vivir mucho más; quizás haya sido preferible para ella que la muerte le ahorrase los sufrimientos que padecen tantos compatriotas suyos. [...]

[...] El maharaja de Sikkim llegará aquí la semana próxima para realizar una breve visita de dos días. Es un amable muchacho de veintitrés años que acaba de finalizar los estudios y a quien el gobierno ha asignado un mentor que lo sigue como su sombra y le dicta todo lo que tiene que hacer y decir. Esta visita me produce cierta melancolía. Recuerdo el día en que el hermano fallecido del actual rajá llegó aquí, cuando era simple príncipe heredero. Yo me encontraba en Lachen y había hecho que mis sirvientes construyeran un arco de triunfo de ra-

mas y lo colocasen en la entrada del bungalow. Estaba en la carretera con mi cámara de fotos para fotografiar el pintoresco cortejo... Recuerdo al pequeño príncipe cuando me vio, agitando el sombrero y dándome a gritos, desde lejos, un consejo sobre el tiempo de exposición y la abertura del diafragma. Parecía tan joven, tan feliz de vivir..., y dos días después partimos hacia el norte, hacia la región de las estepas... De todo eso sólo queda un trozo de cráneo en una caja, en el monasterio de Phodang. Corre un rumor en el que prefiero no insistir: ¡se dice que lo envenenaron! Tenía tanto miedo de que lo hicieran!... Más vale olvidarlo... Muere tanta gente todos los días... Pero esa muerte me sobrecogió por su contraste con el enorme apego a la vida que tenía el desaparecido. Jamás hubiera imaginado que me precedería en el viaje al más allá.

Querido, debes de creer que lo veo todo negro. No, lo veo todo con calma. La calma en la que te envuelven los montes gigantes entre los que vivo. [...]

Lachen Monastery, 27 de mayo de 1915

[...] Estoy rodeada de cajas y de un montón de jóvenes lamas que guardan y embalan mis pertenencias. Me marchó de Lachen mañana con un ejército de setenta hombres que montarán mi campamento en Dawa-Thang. Hace mal tiempo, llueve mucho, y no resulta agradable cuando se va de viaje. Algunas noches me encuentro con la sorpresa de ver que por en medio de mi tienda fluye un río que me inunda la alfombra. En cierto modo la culpa la tengo yo, porque no hice el foso reglamentario para drenar el agua. [...]

El maharaja se marchó ayer. Estas breves visitas siempre causan algunas molestias, porque el maharaja no va solo. Anteayer ofrecí un té dividido en tres clases. En mi tienda, el joven rajá y su preceptor; en la choza donde viví el invierno pasado, los *kazis* (pequeños nobles locales); y bajo un techo, los sirvientes. Todos parecieron quedarse encantados.

Termino porque no paran de interrumpirme para hacerme preguntas. Acaban de llegar dos guardabosques que el maharaja me ha enviado para elegir los árboles que necesito, en compañía de los lugareños que van a construir las cabañas. Me los regalan (los árboles, no a los guardabosques), no tendré que pagar impuestos al Estado de Sikkim, así que después de todo la casa no me saldrá cara. [...]

Dawa-Thang, 3 de junio de 1915

Vacié el tintero para hacer el traslado y el frasco de tinta está en el fondo de alguna caja clavada, por eso te escribo con un lápiz.

Llegué aquí hace tres días. Durante el viaje desde Lachen, acampé

en un sitio muy bonito pero infestado de unas moscas microscópicas muy venenosas. Este mismo tipo de moscas causa estragos en Lachen. Para apartar a los molestos insectos, se encienden fogatas a las que se echan ramas verdes de una especie de pino odorífero; el humo ahuyenta a las moscas. [...]

En Dewa-Thang el tiempo no es malo del todo; algunas mañanas, o tardes, son soleadas, pero llueve con frecuencia, sobre todo por la noche, y yo odio la lluvia. Me desagrada incluso cuando vivo en una casa, pero en una tienda la lluvia resulta absolutamente execrable. Cada vez veo más claro que necesitaba un techo firme si quería proseguir mis estudios aquí. Desde el pasado mes de septiembre no he hecho más que acampar y jamás he dormido en una casa, excepto los ocho días que pasé en el bungalow de Tangu. Es una vida dura, te lo aseguro; muchos no la resistirían. Durante todo ese período he pasado la mayor parte del tiempo al aire libre; la choza de Lachen era tan exigua que sólo la utilizaba para dormir. Durante todo el invierno, incluso cuando la capa de nieve media dos metros de alto, me he bañado en mi pequeña tienda... No habría estado tan dispuesta a hacer estas cosas cuando tenía dieciocho años. ¡A esa edad era bastante comodona!

En fin, aquí estoy, transformada momentáneamente en jefa de obras en la jungla. Me desplazo entre árboles, tablas, explanaciones. Nada de esto es de dimensiones gigantescas, pero la tarea es difícil. Una pared en concreto, que retiene una elevación del terreno, me causa cierta angustia. ¿Crees que se podría aplicar una capa de cemento sobre un muro de piedras secas colocadas unas encima de otras sin mortero? Me harías un favor dándome tu opinión de experto. Aunque fuera con posterioridad, podría pedir uno o dos sacos de cemento al ingeniero de Gangtok y hacer que cubriesen el muro, que mide unos siete metros de largo por tres de alto.

Creo que, cuando esté todo acabado, mi castillo, construido con troncos de árbol y tablas cortadas con hacha y provisto de tejados de corteza, parecerá la vivienda de un pionero en el Far West americano o de un buscador de oro en Klondyke.

¿Te he dicho que, por consejo del residente, un erudito en lengua tibetana, compré el diccionario tibetano publicado por el gobierno? Es un volumen enorme, muy incómodo de manejar, que pesa desmesuradamente. El precio, acorde con el peso, también es desmesurado: 32 rupias (unos 55 francos). En cuanto esté instalada, me pondré a hacer unas traducciones de sánscrito con un brahmín de Gujarat que es profesor en la escuela nepalesa de Gangtok. A lo mejor viene a pasar quince días aquí este verano, pero no es indispensable para nuestro trabajo, pues se puede hacer a distancia. [...]

Campamento Dewa-Thang, 12 de junio de 1915

La cabaña está prácticamente terminada. Habría estado hecha en dos días si no me hubiera quedado sin clavos, circunstancia que todos los trabajadores aprovecharon para escabullirse e ir a vender productos locales (plantas tintóreas) a la ciudad tibetana vecina, Khampa Dzong. No regresarán antes de quince días, y aquí estoy esperándolos en mi tienda. He hecho colocar unas tablas bajo la lona impermeable, lo que me protege un poco de la humedad del suelo, pero aun así, pese a que ya estoy acostumbrada a esta vida de campamento, me gustaría muchísimo estar en una casa, por rudimentaria que sea, pues nos encontramos en plena estación de lluvias. Estamos a 3.900 metros de altitud y la lluvia no cae ni mucho menos a la misma temperatura que en Ceilán. La minúscula meseta donde he plantado las tiendas se halla rodeada de montañas salvajes que terminan en crestas picudas de rocas dentadas. Más abajo se extiende un angosto valle lleno de arbustos enanos de hojas aromáticas, que impregnán el aire de ese olor especial característico de las altas regiones del Himalaya. Al otro lado del valle hay un circo de montañas coronadas por nieves perpetuas de donde descienden torrentes. Es bellísimo, grandioso y un poco terrible, un decorado que supera las dimensiones humanas. En el Himalaya, en cuanto se llega a alturas elevadas, todo es así. Yo no he visto nunca nada que se parezca a estas tierras. Entre 4.000 y 6.000 metros de altitud, hay paisajes extraordinarios, gigantescos, que parecen pertenecer a otro mundo. Sí, ésa es la palabra apropiada; a través de esa soledad, se avanza timidamente, como un intruso que se ha colado en una morada ajena. El Mont Blanc, el Jungfrau, el Meije y demás son collados. Si uno no ve el macizo de Kintjindjinga alzándose sobre morrenas fabulosas, no imagina que tal cosa pueda existir.

Aquí, el paisaje todavía no alcanza semejantes proporciones y la pequeña meseta arbolada de Dewa-Thang, con su aspecto de parque, atenúa enormemente la severidad del decorado circundante; pero, con todo, es mucho más grande y majestuoso que cualquiera de Europa. Ahora comprendo la fascinación que ejerce el Himalaya desde hace siglos en los hindúes y por qué lo han convertido en la morada de su gran deidad: Siva. [...]

Desde mi campamento en Dewa-Thang, 20 de junio de 1915

Ayer recibí tu carta de Argel y tu carta de Touggourt. Me ha causado una agradable sorpresa enterarme de que has ido a ese oasis sahariano. Es una lástima que un viejo africano como tú no haya conocido más a fondo el desierto. Finalmente has echado un vistazo rápido a Tozeur y a Touggourt; más vale eso que nada, pero no vayas a pensar que por eso conoces el Sahara. Yo he pasado allí unas semanas en va-

rias ocasiones, y precisamente el hecho de haber estado más tiempo que tú me permitió comprender que, durante una estancia tan corta, apenas había podido penetrar el misterio de esos parajes grandiosos. Una ciudad, en último extremo, se llega a «comprender» con bastante facilidad, pero la naturaleza es más reacia a las confidencias, y cuando esa naturaleza se llama Sahara, Himalaya o Tibet nos exige un largo período de prueba antes de iniciarnos en su vida particular, de admitirnos en su intimidad. Habría que vivir en el Sahara al menos un año, contemplarlo en diferentes estaciones, para hacerse una idea de lo que es. Es una de esas caras terribles y grandiosas de lo que los filósofos de la India llaman la *maya*, la ilusión, el espejismo de la materia. Es una tierra que propicia la meditación solitaria, y yo tengo una deuda de agradecimiento con ella por haberme proporcionado unas horas llenas de pensamientos que me han conducido aquí, a un desierto de aspecto muy distinto pero que habla el mismo lenguaje. [...]

Ayer fue un día de sorpresas. En la saca del correo encontré un regalo de la hermana pequeña del maharaja de Sikkim. Esa bondadosa chiquilla cree que aquí debo de pasar frío y me ha confeccionado una especie de chal de lana blanca con gruesas borlas que es precioso. Lo ha hecho ella misma y me lo envía con una carta llena de infantiles buenos deseos. Las damas de la Misión me han mandado mermelada y jarabe de fresa recién hechos y una caja de galletas. Y, desde Londres, un caballeroso amigo que se ha conmovido al enterarse de que tú no podías enviarme fondos me ha mandado cinco libras (125 francos = 75 rupias) a modo de prueba, dice, para ver si me llega el dinero sin dificultad, y en tal caso hacerme otro envío o ponerse a tu disposición como intermediario, a fin de transferirme lo que tú quieras mandar, suponiendo que te resulte más fácil comunicarte con Londres. Ahora no necesito nada, así que lo mejor será que le devuelvas la suma a ese amable hombre en cuanto te sea posible. Es un antiguo profesor de química de la Universidad de Glasgow, ya de edad avanzada y retirado. Es Fellow of the Royal Society, lo que equivale, en Inglaterra, a miembro del Instituto entre nosotros. Profesa el budismo y actualmente es presidente de la Sociedad Budista de Gran Bretaña e Irlanda. Su mujer es una anciana amabilísima; he sido su invitada en Londres en algunas ocasiones. [...]

El lama-yogui se ha marchado al Tibet, donde debe reunirse con varios de sus antiguos condiscípulos para conmemorar el decimocuarto aniversario de la muerte de su guru (el que fue su maestro en cuestiones de filosofía). Dicho guru vivía en una vasta caverna situada en la cima de una montaña, en la región de Kham-pa. El lama regresará dentro de unas semanas y pudiera ser que por esas fechas, en agosto, yo vaya a pasar unos meses a un monasterio tibetano con otro lama

que me ha invitado. El padre de este lama goza de una gran reputación de mago en toda la región de Kham-pa; yo no lo conozco personalmente, pero debe de ser un hombre muy curioso. Su hijo, a quien sí conozco, es un encantador joven de veinticinco años, también brujo, que está deseando llevarme a pasear por las montañas y las estepas, contarme leyendas y mostrarme un montón de lugares consagrados por tradiciones extrañas. Ninguno de los dos es filósofo, pero desde el punto de vista del estudio de las costumbres tibetanas son típicos.

[...] Mi nueva dirección es De-Chen Ashram, via Lachen, Post Office Cheuntung, Sikkim, via India.

De-Chen significa «gran paz» y es el nombre de la meseta donde he acampado. La-Chen significa «gran puerto».

Campamento Dewa-Thang, 29 de junio de 1915

Un lama regresa a Lachen y les llevará esta carta a las misioneras, quienes la expedirán a Cheuntung. [...]

Como durante unos días ha hecho buen tiempo, he aprovechado para realizar dos ascensos, uno de ellos con mucho éxito, hasta un puerto que, según mis cálculos aproximados, debe de estar a una altitud de entre 4.500 y 4.700 metros. Fui completamente sola, con mi bastón, y, como no conocía el camino, al subir fui a parar a un lugar muy escarpado por donde trepé de rodillas, a cuatro patas y de otras maneras poco estéticas. Pero no había nadie que pudiera burlarse de mí. Al bajar encontré el verdadero camino, unas pendientes herbosas muy cómodas. El puerto es muy árido, se encuentra entre gigantescas rocas negras; un paisaje grandioso que ya me resulta familiar.

El indescriptible señor Sen me ha escrito por fin, diciéndome que todo mi equipaje ha sido enviado y que mi sirviente está en camino. Ya era hora. El residente ha tenido la amabilidad de dar las órdenes oportunas para que mis cajas sean transportadas hasta aquí con cuidado y rapidez. [...]

De-Chen Ashram near Lachen, 12 de julio de 1915

[...] A veces, leyendo el «Periódico» que me envías, olvido dónde estoy y me siento transportada a Francia entre la fiebre de estos momentos trágicos. Y de repente me sorprende mi entorno, las montañas, la soledad, todo este decorado himalayo me parece un sueño y me sorprende oír salir de mi boca la sonoridad extraña de las palabras tibetanas. ¡No es posible que esté aquí, no es posible que sea yo quien habla esta lengua! Una oleada de nostalgia, rara en mí, lo confieso, asciende poco a poco. No de nostalgia de Occidente, me encuentro bien aquí, en estas montañas, sino de nostalgia de ti, mi gran amigo; quisiera verte de nuevo, besarte... Y luego reflexiono..., ¡somos tan diferen-

tes uno de otro, tenemos un temperamento tan distinto pese al enorme cariño que nos profesamos!...

He recogido las tiendas y he subido a instalarme en lo que será el alojamiento de los sirvientes. Es la única parte de las cabañas que está terminada. [...] Allí dentro tengo mi cama de campaña, una mesa y una silla plegables. Unos baúles cubiertos con alfombrillas tibetanas forman un estrecho diván. En el suelo, una alfombra y una piel de yac. Cada vez es más Far West, y a mi memoria acuden todos los recuerdos de Fenimore Cooper. En la otra habitación hay unos baúles, una mesa con una palangana y un aguamanil para el aseo, una pequeña estufa que me han prestado las misioneras de Lachen y una estantería cuyos anaqueles representan diferentes esferas. Uno está repleto de libros de filosofía sánscritos y tibetanos, otro alberga la pimienta, la sal, la mantequilla, el aceite, el vinagre, tarros de mermelada, etcétera. Es un alojamiento provisional; dentro de tres semanas o un mes podré ocupar mis verdaderas estancias, un poco más espaciosas y cómodas y, sobre todo, menos generosamente ventiladas por hallarse adosadas a un muro de rocas.

Hoy he construido un sendero aplanando y nivelando el terreno, con la ayuda de mis sirvientes, y he conseguido hacer un paseo de treinta y dos pasos de largo a la misma altura que la casa. No era fácil en esta montaña de laderas verticales. Mañana mis muchachos, hoy explandores, se transformarán en albañiles y construiremos el horno de la nueva cocina. Ah, la vida aquí es bastante dura, y debo compaginar el estudio de mis diccionarios y léxicos con la práctica de distintos oficios.

El maharaja acaba de enviarme desde Gangtok, a través de un porteador especial, mi provisión de té tibetano. Ya sabes que este té se presenta en forma de grandes bloques prensados. El de calidad superior es bastante caro, unas 8 rupias el bloque, o sea, 14 francos. De todas formas, yo no he comprado nunca, ya que el difunto maharaja se encargaba de proveerme y su hermano y sucesor ha querido continuar haciéndolo. El porteador, un nepalés nacido en el sur de Sikkim, nunca había ido tan lejos ni subido a tanta altura. Ha tardado siete días en efectuar el viaje de ida y estaba atónito de encontrarse aquí. Les ha dicho a mis criados: «No es un lugar para hombres corrientes; vivir aquí sólo es bueno para los *sadhu*.» *Sadhu* (literalmente, «santo») es el nombre habitual, en el lenguaje familiar de los hindúes, para designar a los *sannyasini*. Los muchachos se han reído mucho. [...]

De-Chen Asbram, 29 de julio de 1915

[...] Mi «casa», o al menos la cabaña que he bautizado con este nombre ambicioso, me causa muchos quebraderos de cabeza. La han demolido casi por completo para construirla de nuevo.

Ha sucedido algo inesperado en Sikkim: una invasión de saltamontes. Ha llegado hasta aquí, aunque no en gran cantidad; pero en Lachen, situada más abajo, lo devoran todo. Los campesinos están desesperados. Este invierno no habrá nada para comer. En el Tíbet vuelve a haber enfrentamientos y se ha publicado un decreto prohibiendo las exportaciones de harina de cebada o permitiendo únicamente una cantidad muy reducida. Será otro recurso más del que no dispondrán los habitantes de Sikkim. El precio del arroz y del maíz subirá mucho y creo que las provisiones para el invierno me costarán carísimas, pues tengo que alimentar a los sirvientes.

En algunas regiones de la India ya se sufren privaciones. Se diría que estamos atravesando una era de cataclismos. [...]

De-Chen Asbram, 8 de agosto de 1915

[...] Mi «mansión privada», como llamas en broma a mi choza de hurón, estará terminada —eso espero— hacia fin de mes. Esta cabaña me ha causado muchos quebraderos de cabeza. Los primeros constructores la habían construido como un castillo de naipes. No se sostiene nada; al apoyarme un día en una pared-muralla, ésta cedió y estuve a punto de caer rodando desde una altura respetable. En resumen, la han reconstruido toda. No es bonita, pero ahora se sostiene. Te mandaré una foto cuando el edificio esté acabado y enlucido. Adosada a la roca, hay una habitación larga que he dividido en dos con unas cortinas. La primera parte será mi gabinete de trabajo, donde también haré las comidas, y la segunda será mi dormitorio. Esta última comunica, por una escalera de tres peldaños, con la caverna donde me alojé durante mi anterior estancia aquí. A lo largo de esta habitación dividida, hay una especie de balcón bastante ancho, en cuyo extremo se encuentra un minúsculo cuarto de aseo. Bajo el balcón está el pasillo que conduce a la cocina, y en el pasillo está el retrete. Más arriba de la habitación alargada hay dos celdas escalonadas. Una servirá, en caso necesario, de cuarto de invitados cuando mis amigas de la Misión vengan aquí; en la otra almacenaré una parte de mis provisiones. Hay otra choza independiente que constituye el alojamiento de los sirvientes y que también tiene un cuartito para guardar provisiones. Esta descripción da una idea de algo bastante espacioso, pero en realidad es muy pequeño. Y en estas regiones solitarias todo está atestado de sacos y cajas porque no se encuentra ni un grano de sal. Hay que almacenar víveres para varios meses, y mis criados tienen buen apetito.

Mi desprecio hacia las vanidades del mundo no ha llegado hasta el extremo de dejar desnudas, tal cual, las tablas mal pulidas que forman las paredes. Las estoy cubriendo con papel, y estoy pintando las puer-

tas, las ventanas, etcétera. Por supuesto, los empapeladores y los pintores somos mis criados y yo. No somos muy expertos, pero de la unión de nuestros esfuerzos saldrá una vivienda un poco más acogedora que si lo hubiéramos dejado todo como estaba cuando se marcharon los constructores. La pintura quizá sea un «lujo», pero el papel mantiene el calor y tapa las numerosas rendijas que hay entre las tablas, y me hago una ligera idea de lo que será el invierno en la nieve a 3.900 metros de altitud. [...]

De-Chen Asbram, 20 de agosto de 1915

Hace unos días me desperté al amanecer pensando una cosa divertida: «¡Soy propietaria en el Himalaya!» Esta constatación de mi nueva calidad me hizo sonreír de inmediato. Es algo imprevisto en lo que jamás había pensado, y eso que he soñado muchas cosas y muy distintas de las habituales.

Tener una casa era uno de mis antiguos sueños desde que era una chiquilla, pero nunca en la vida se me había ocurrido situarla en un rincón perdido y absolutamente solitario del «país de Siva». ¡Lo más inverosímil es lo que siempre acaba por ocurrir! Tan sólo en las novelas y en las obras de teatro los acontecimientos se suceden con cierta lógica. La verdadera vida se entrelaza de un modo incoherente; ésta es, al menos, la opinión de nuestro filósofo de moda, el señor Bergson. Hoy me adhiero a ella ante la incoherencia de mi aventura presente.

En este país, donde no hay ni hoteles ni casas de alquiler, te aseguro que es una fuente de auténtico descanso tener un refugio estable en el que no se teme recibir, como sucede en los bungalows, una carta amable pero perentoria de la administración anunciándote que se prevé la llegada de tal o cual funcionario de servicio y que, a falta de otro alojamiento, tiene que instalarse donde tú estás. [...] He residido en *gompas* y en el palacio, pero en tales lugares estás siempre como un pájaro sobre una rama, debes conformarte con vivir en ellos tal como los encuentras, por incómodos que sean. En Tumlong-Phodang, los lamas me construyeron un cuarto de baño de cañas de bambú trenzadas en un balcón. ¡No era precisamente cálido en invierno! Y en Lachen igual, aunque allí tenía una pequeña tienda que cubría la cabaña. Pero, aun así, resultaba muy inhóspito. Y durante todo el invierno pasado, con nieve hasta la altura de un hombre, tomé allí mi baño diario.

Mi cabaña actual, por primitiva y rústica que sea, me evita algunos de esos inconvenientes. [...] Ya está todo casi acabado, aunque no del todo. Los lamas que trabajaban de carpinteros han regresado a Lachen, donde van a celebrar la fiesta anual en honor del dios del *Kintjindjinga*, que no es otro que el Kubera de la India, el Plutus de la mitología hindú. El budismo de estos montañeses es puramente no-

rninal. En realidad son simples paganos, animistas y fetichistas. Tan sólo algunos grandes lamas saben un poco de filosofía. Sin embargo, la masa no se engaña acerca del carácter inferior de su religión; sabe que hay otra más elevada, más auténtica, pero la considera fuera del alcance de la inteligencia del común de los hombres y no hace ningún esfuerzo por comprenderla. Las personas piadosas confían en verse un día, tras numerosos renacimientos sucesivos y gracias a la acumulación de buenas acciones, dotadas de un intelecto apto para abordar la religión elevada de los budas. Mientras tanto, se comportan como salvajes. Los lamas instruidos no intentan iluminarlos. Sin duda alguna, en esa indiferencia influye cierta codicia, pues el ritual, los conjuros, etcétera les reportan regalos, pero el motivo no es sólo ése. Dichos lamas creen que es absurdo empeñarse en hacer ver las flores, el paisaje y la luz del sol a unos ciegos de nacimiento. La actitud más caritativa que se puede adoptar con ellos es ayudarlos a vivir todo lo apacible y felizmente que sea posible en su mundo de ciegos.

Hay conceptos filosóficos que deben mantenerse en secreto, piensan ellos, permanecer reservados para una élite. Matarían moralmente a los espíritus débiles. Esos grandes yoguis del tipo de los que me honran con su amistad, como el que vive cerca de mi nueva morada, bien mirado son escépticos trascendentales. Uno de ellos, un anciano que murió recientemente en la India, era el filósofo más admirable que jamás he conocido. Me escribió unas cartas sobre el vedanta que incluiré en mi libro. Lo lamento mucho, pero seres de esa clase han prescindido de nuestra personalidad. Se han convertido en ideas puras. ¡Se han convertido en Brahma!, como dicen los vedantistas, y su muerte no se ve ni se siente igual que la del vulgo... Pero esto es misticismo, no vayamos más lejos. [...]

¿Fines de agosto o principios de septiembre de 1915?

[...] Gracias por los consejos técnicos que me das sobre el muro de mi casa. Lo he observado durante casi tres meses, los peores, los de la estación de las lluvias, cuando se producen desprendimientos de tierra. No se ha movido. [...]

Desde luego, esta vivienda, aunque sea un simple refugio absolutamente indigno del título de casa, es una «aventura», y más de una vez me he preguntado si había actuado con sensatez embarcándome en ella. Pese a estar familiarizada con el pensamiento oriental y, en gran parte, adaptada a él debido a unas singulares tendencias innatas, conservo una manera de ver las cosas occidental, lo que me permite considerar mis actos desde dos puntos de vista distintos. Evidentemente, para un hindú, retirarse al Himalaya, aunque sea temporalmente, equivale a un diploma de gran sabiduría, y mis amigos orienta-

les me admirarán por ello. Yo también creo que éso, los que se aíslan lejos del bullicio discordante del mundo, han elegido la mejor parte. Lo creo, pero no soy un buda, mi sabiduría es frágil y de poca consistencia. No albergo duda alguna acerca de la belleza, la grandeza de la renuncia de un auténtico *sannyasin*, para quien el mundo y las cosas del mundo no tienen más valor que un puñado de harapos sucios, que mira todas las cosas como si fuesen burbujas de agua, espejismos..., pero, pese a todo, me siento muy lejos de ser un *sannyasin* así. Lo único que tenemos en común él y yo es el color de nuestras vestiduras..., poca cosa. Y por eso, pensando en todos los que actúan y se sacrifican en estos momentos en nuestro país, pensando en ti, que ocupas un lugar importante, el único, en mi vida, me pregunto si hago bien en estar aquí. Después de todo, quizás la sabiduría, la grande, la de los budas, aparezca un día en mi mente sobre estas cimas de temperatura inclemente. Y por otro lado, la sabiduría y los budas también forman parte del espejismo de la fantasmagoría; ideas, imágenes sin realidad, fantasmas creados por la mente del soñador eterno. [...]

Ahora que ya estoy casi instalada del todo, he comenzado dos trabajos lingüísticos, uno de tibetano y el otro de sánscrito, bajo la dirección de dos hombres competentes que me servirán de profesores. En el de tibetano, será mi antiguo intérprete, que ha regresado a Gangtok tras haber sido cedido al gobierno británico para la conferencia anglo-chino-tibetana que se celebró en la India. En el de sánscrito, un pandit de Gujarat destinado a la escuela nepalesa de Gangtok. En lo que se refiere al tibetano hablado y a la lectura, practico con el lama-yogui, y el lenguaje corriente con todos aquellos con los que me relaciono y con mis propios sirvientes.

¡Ah, si al menos hiciera un poco de calor! No me gusta nada el frío, y aquí no hay verano. «*Tada gumka chungchung dug jugla gunka chempo yong inkiam diru gungka nomgyun*», digo en tibetano, bromeando. Hago una transcripción fonética para que te hagas una idea del sonido de la lengua, pero la transliteración no corresponde en absoluto a la ortografía real. Significa: «Ahora estamos en el pequeño invierno, luego vendrá el gran invierno, ¡aquí siempre es invierno!»

Viviendo cerca de un lama-versado en el conocimiento del tantrismo tibetano,uento con aprovechar alguna ocasión que me permita documentarme sobre puntos que los eruditos europeos desconocen. Es muy difícil encontrar a un lama dispuesto a instruirte. Ellos consideran que el secreto y el misterio son necesarios. Tal vez no anden errados del todo, pues sus doctrinas son extremistas y, si se interpretan mal, llevan a todo tipo de aberraciones. En cualquier caso, se trata de un estudio interesante porque los orientalistas jamás lo han realizado o sólo lo han abordado de un modo muy superficial. Sir Woodro-

ffe, de Calcuta, se ha dedicado en cuerpo y alma al estudio del tantrismo hindú, pero él es un devoto. Rinde culto a Kali como un simple creyente hindú. Está inmerso en la superstición y carece de la libertad mental necesaria para juzgar el valor de las teorías de la secta que estudia y llevar a cabo una elección.

Todo esto parece verborrea fútil para los que están en la guerra. No puede ser de otro modo, y sin embargo, ha habido muchas guerras y por desgracia habrá más en el futuro; mueren hombres, han muerto muchos y morirán muchos más. Y las ideas, por inmateriales y frágiles que parezcan en presencia de los hechos brutales, permanecen más tiempo. Sobreviven a los hombres, a los cataclismos de la naturaleza y de la historia; generaciones y generaciones se nutren de ellas para venerarlas o deshonrarlas. Libros como el *Bhagavad Gita* o la Biblia dejan su huella desde hace siglos en millones de cerebros... Puede que actualmente, llevados por la fiebre de la acción trágica, no seamos más que carne, nervios y sentimientos brutales, pero la tormenta pasará y muchos hombres dirigirán de nuevo su mirada inquisitiva hacia el misterio del cielo sembrado de mundos, hacia el misterio de su ser y de la existencia. No sé, no me atrevería a decir, si el resultado de sus reflexiones será algo más que tormento o beatitud para sí mismos, pero sé que la humanidad es incapaz de renunciar a esos sueños. [...]

De-Chen Asbram, 7 de septiembre de 1915

[...] Querido, me siento profundamente apenada al ver, por tu carta, que al escribirla te hallabas angustiado. Cuando recibas ésta, esa «crisis espiritual», como dicen los escritores de novelas psicológicas, ya la habrás superado —no hay nada más cambiante e inestable que el espíritu, decía Buda—, pero puede reaparecer y no debes abandonarte a ella.

Te comprendo, por supuesto. Hay seres a quienes la soledad les resulta terriblemente dolorosa. Creo que lo es para todo el mundo, si bien presenta diferentes aspectos en función del carácter de cada mentalidad. Hay gente que no puede soportar la soledad física. Mi pobre madre no podía sentirse sola ni en el compartimiento de un tren ni en una casa, y a duras penas en una habitación. Necesitaba oír voces, ver gente. En su caso, llegaba a ser enfermizo. Es la mentalidad del cordeiro que no puede vivir alejado del rebaño. Tu caso no es el mismo. Tú eres inteligente y no caes en defectos tan cercanos a la animalidad.

Hay quien sufre a causa de la soledad sentimental, de la falta de amistad o de ternura, quien necesita que se ocupen de él, que lo mimen. Los niños se encuentran en este caso. Los niños y también muchos niños grandes. Algunos de estos últimos carecen de inteligencia e interpretan a pie juntillas las muestras de afecto que reciben, les falta

clarividencia para comprender que, en realidad, cada cual se ama exclusivamente a sí mismo, no busca más que sus propias sensaciones. Hace siglos, en uno de los Upanisad, un pensador anónimo ponía estas palabras en boca de un *rishi* que conversaba con su mujer: «El amor a "uno mismo" es lo que hace que esposo, hijos, padres y amigos nos sean queridos.» Hay quien se complace en el sacrificio, el dolor y la abnegación. Se dice: «Cuánto quiere tal mujer o tal hombre a tal otro, lo sacrifica todo por él.» De hecho, lo que aman es la sensación que les produce su sacrificio. [...]

Las personas inteligentes del tipo al que tú perteneces no se engañan a sí mismas. Son conscientes de la vanidad de las palabras y de las muestras de afecto, pero aun así las desean porque, en definitiva, el cosquilleo mental que producen les resulta agradable. Hay gente a quien le apasiona la «verdad», que se empecina en demolerlo todo para ver qué hay en su interior, que tiene la manía de diseccionar. Yo pertenezco a esa especie de maníacos. [...]

Sin embargo, entre esas mismas personas inteligentes hay algunas a las que, como tú, les importa un comino la «verdad». Se dicen: «Si el pan y la mantequilla que como saben bien y me alimentan, no tengo ninguna necesidad de saber si son trigo puro y crema pura. Lo que piensa en el fondo el ser que me prodiga sus caricias me es totalmente indiferente; sus manos son suaves y satisfacen mi epidermis, no hace falta nada más. Recibo palabras cariñosas y es una música que me gusta; si son sinceras o no es algo que no deseo saber.» Es una clase de sabiduría, y tal vez la mejor para quien quiere vivir entre sus semejantes. Es la tuya, lo sé.

Y además también hay personas a las que la soledad intelectual le resulta insopportable. Confieso mi debilidad. Yo soy de éstas. No poder hablar con nadie de estudios, de filosofía..., un suplicio terrible. Yo lo sufrí durante años en Túnez. Una frase pronunciada al azar sobre cuestiones religiosas o filosóficas era interpretada como divagaciones de demente...

Y, en la cima de esa escala, están los solitarios que parecen no necesitar ninguna compañía. Pues bien, sería un error creer tal cosa. Yo conozco a algunos que viven durante años en lugares casi inaccesibles sin ver a nadie. Pero su soledad sólo es aparente. Su mente es un mundo, un mundo poblado de innumerables seres-ideas, y su caverna desnuda es un salón donde se conversa..., donde se conversa incluso muy bien.

Querido, he aquí una disertación más que se suma a tantas otras con las que te he importunado. ¡Qué le vamos a hacer!... Los perros ladran, los gatos maúllan, su naturaleza es ésa; yo filósofo, ésta es la mía, y es igualmente espontánea e involuntaria, no tiene más importancia que las otras.

Me gustaría decirte algunas verdades que me parecen apropiadas para curar males como el tuyo, pero tú no deseas curarte y no haría sino aburritarte. Tú no eres dado a ver el mundo como «un montón de inmundicias», como decía Buda, mientras que yo lo he visto así desde que era pequeña, aunque, al igual que muchos, he insistido en desempeñar mi papel de perro vagabundo y he dado mi dentellada al apestoso montón, cosa que, por lo demás, me ha producido náuseas incontenibles.

Si te dijera que todo lo que deseas, aquello cuya ausencia te pesa, es vano y falso, no te convencería, así que prefiero hablarte de otro modo. No me guardes rencor si mis palabras te desagradan; yo creo que son sensatas.

Mi querido Mouchy, no me parece que en los momentos que atraviesa nuestro país haya lugar para nuestros pequeños sufrimientos. Todos nosotros tenemos cosas más importantes que nuestro pequeño «yo» en las que fijarnos. Muchos dan su vida, y la dan de corazón, para evitar que Francia perezca y triunfe la barbarie. Realmente, pensando en ellos, pensando en todos los que desde hace un año están luchando lejos de los suyos, en muchos casos habiendo dejado tras de sí a una familia sin recursos, uno se siente mezquino por pensar que su casa está vacía, sin caricias, sin besos. En nuestro país se ha producido un movimiento admirable. Nos creímos abúlicos y nos hemos despertado energicos. «Arriba los corazones» ha sido un grito de adhesión para la mayoría, y esta firmeza nos salvará.

Sí, sin duda es más fácil mantenerse en el diapasón heroico cuando se actúa. La acción, como el vino, embriaga, pero en esta espantosa guerra no hay mucha acción. Los largos meses pasados en las trincheras, más que exaltar, deprimen a los hombres.

Lo que me contaste del suicidio de B... me sorprendió enormemente. Un hombre que se mata siempre es digno de compasión. No porque deja de vivir —eso es el suceso banal que nos espera a todos—, sino porque ha debido de sufrir mucho antes de tomar tal decisión. Sin embargo, me sorprende que haya gente que se suicide en estos momentos. Es una cobardía poco admisible: ¡Un hombre que, como cirujano, podía aliviar a tantos heridos, elude este deber de honor y de conciencia! No lo juzgo, sino que compadezco a los que tienen esa mentalidad. Seguramente se enfrentaba a dificultades y angustias, pero ponerlos al mismo nivel que la suma horrenda de los sufrimientos generalizados hoy en el mundo es una osadía.

Francia no sólo necesita soldados. Tras las terribles matanzas que quizás se prolonguen mucho tiempo, necesitará hombres experimentados para que la ayuden a recuperar la prosperidad. Harán falta hombres distintos para innumerables empleos distintos. Habrá infinidad

de obras que exigirán la colaboración de personas abnegadas para garantizar su funcionamiento. En esto es, sobre todo, en lo que deben pensar los que no están destinados a ser soldados. No quedarán demasiados hombres valiosos. Cuando uno de ellos se suicida o simplemente se deja caer en un marasmo egoísta, es un desertor, y de la peor especie. [...]

Desde que se marchó el *bhikkhu* escocés no sé nada de la guerra. Hoy he enviado el importe de una suscripción de seis meses a un periódico de Calcuta. No puedo continuar sumida en esta incertidumbre. Durante cuatro noches consecutivas he tenido horribles pesadillas. Los alemanes habían ocupado París. Se iba a negociar la paz; nos habían derrotado. Alemania se quedaba con Bélgica y otras cosas del mismo estilo. Todo eso ha hecho que mi corazón se resienta. [...]

En lo que a mí respecta, no he renunciado en absoluto a volver a casa. En este momento hago lo único que está a mi alcance: estudios orientalistas; sólo sirvo para ser una erudita. Actualmente no es muy útil, pero más adelante quizás sirva de algo. Habíamos dejado que la supremacía en materia de erudición orientalista pasara a manos de los alemanes; no me disgustaría mermar por poco que sea su prestigio, añadiendo con mi persona una unidad más al número, desgraciadamente muy reducido, de orientalistas franceses. [...]

De-Chen Asbram, 18 de septiembre de 1915

[...] Unas palabras sobre mi excursión. El lama ha estado muy ocupado con sus asuntos; se ha pasado todo el tiempo con sus *cowboys*, pasando revista a los yacs, haciéndoles comer sal en su presencia, anotando a los nacidos durante el año, etcétera. Así pues, no he podido contar con él para trepar por las montañas tal como habíamos acordado. De todas formas, no lo lamento. Siguiendo las indicaciones que me dio, he dado sola, lo que para mí siempre es delicioso, dos largísimos paseos pedestres. El primer día caminé cinco horas seguidas, trepando por montañas escarpadas, y vi de lejos, muy por debajo de mí, la meseta de Gyan-gan, donde tiempo atrás, durante mi primer viaje al Tíbet, había plantado una misera tienda. El segundo día me dirigí hacia el pie de los inmensos picos nevados. Bordeé enormes morrenas y llegué hasta un circo donde dormita un pequeño lago de aguas opalinas, una maravilla, un verdadero lago para ondinas y hadas. Ese día anduve seis horas y a la vuelta, cuando empezaba a anochecer, me perdí. Había nubes muy bajas y densas, y daba vueltas cerca del campamento sin lograr encontrarlo. Un muchacho que estaba reuniendo yacs me indicó el camino en el momento en que tomaba la dirección contraria y empezaba ya a considerar la desagradable perspectiva de pasar la noche al aire libre envuelta en mi fino *waterproof*.

Al día siguiente partimos de nuevo y regresamos por un camino distinto del que habíamos tomado a la ida. Un camino más corto pero más difícil, que cruza un puerto cuya altitud creo que debe de superar los 5.000 metros. Un paisaje grandioso de rocas recortadas de un gris oscuro. La noche nos sorprende poco después de pasar el puerto y nos vemos obligados a acampar. Los hombres no encuentran agua. Intento convencerlos de que tiene que haber en algún sitio muy cercano, porque dos círculos de piedras con rastros de que, de vez en cuando, allí se enciende fuego demuestran que el lugar es una etapa conocida por los escasos viajeros que pasan por la zona. Pero ellos dan vueltas como imbéciles y afirman que allí no hay agua. Ya ha oscurecido demasiado para que me ponga yo misma a buscarla. El lama está de un humor insopportable, y mis criados, nada contentos ante la idea de acostarse sin cenar. No obstante, cumplen con su obligación, montan mi tienda y me arreglan la cama. Me queda un poco de té en el termo; bebo el equivalente a medio vasito, como parte de las escasas provisiones que llevo y me acuesto. Al día siguiente no hay posibilidad de lavarse ni de desayunar, salvo el resto del té y un pequeño bocado. Mientras estamos recogiendo las tiendas, uno de aquellos idiotas descubre un riachuelo bastante pequeño, pero de agua clara, que fluye a dos pasos de nosotros. Pero ya está todo embalado y hay que ponerse en marcha.

Esta vez los yacs van por un lado y nosotros, a pie, regresamos a mi montaña por unas pendientes increíbles. Hace buen tiempo, el sol calienta, el paisaje es espléndido. Yo me entretengo por el camino; todos los demás se han adelantado. Parezco la «cabrita del señor Seguin» del cuento de Daudet. Pero en esta región no hay lobos, y el único peligro posible es el de resbalar y caer rodando hasta estrellarse contra alguna roca puntaiguda que te perfore el cráneo. No me sucede nada parecido y llego a mi cabaña, ante la cual acaban de llegar los yacs con mi equipaje. Hay que guardar y ordenar todos los bultos, tarea poco agradable. Uno de mis sirvientes está de permiso; sólo me queda uno y un chiquillo. Tengo que ayudarlos. [...]

Ahora recibo el periódico de Calcuta al que me he suscrito. [...]

En realidad, los boches están ganando en toda la línea, y si los aliados se vieran obligados a aceptar ahora la paz, sería una paz dictada por Alemania. Los periódicos, que ya no se atreven a hablar demasiado de su destrucción, declaran que los alemanes están sufriendo un desgaste. Se diría que no mucho. Yo sigo estando convencida de que acabaremos por imponernos, pero cabe temer que no consigamos aniquilar a Alemania como se merece y como habría que hacerlo para que Europa pueda dormir en paz, descansar y rehacerse sin la preocupación de un regreso amenazador del monstruo todavía vivo y temible. [...]

Cuando la guerra no pasaba de ser un juego de ambiciones mutuas desatadas, cuando se combatía por el capricho de unos reyes o por una maniobra de financieros, uno podía desentenderse de la lucha. Actualmente combatimos contra la barbarie a fin de salvar la civilización que los *kultur boches* ponen en peligro, y para quien se siente parte del mundo, quien crée en su realidad, quien no pertenece, como yo, a un más allá que tú denominarías de buen grado «reino de las sombras», es un deber sagrado estar preparado para entrar en acción. [...]

Yo ya no soy capaz de ver las cosas, ni siquiera las cosas terribles como esta guerra, sino como sueños y pesadillas, sombras sobre la pantalla de un cinematógrafo. Miro a mi alrededor, veo estos montes gigantes y mi cuchitril de cenobita. Todo esto es demasiado fantástico para ser verdad. Miro el pasado, los acontecimientos de mi vida, de la de los demás; me veo de pequeña en Saint-Mandé, de joven en Bruselas, oigo hablar a mi padre, a mi madre, me veo en Tonkín, en la India, en Túnez, deserto en la Sorbona, soy artista, periodista, escritora, imágenes de escenarios, de salas de redacción, de barcos y de ferrocarriles se suceden como en una película. Hay en ello alegría, risas, estremecimientos de triunfo, dolor, llanto, angustia, torturas indescriptibles, pero todo es un juego de la imaginación. No hay ni «yo» ni «otros», tan sólo un sueño eterno que prosigue, alumbrando efímeros personajes, peripecias irreales. Entonces..., la conclusión es evidente.

Y si descendemos de esas cimas para retomar el tono ordinario, puedo añadir: yo habría sido una buena enfermera, en épocas pasadas pasé bastante tiempo en los hospitales de Bruselas como miembro de una institución benéfica de asistencia; estuve a punto de ser médico y mi madre^{*} fue la única causante de que no cursara esa carrera. [...] Sin duda podría haber sido de alguna utilidad para los heridos y los moribundos, precisamente porque habría aportado a mi hospital una mentalidad distinta de la de la generalidad de las enfermeras. Eso parece probable, y sin embargo, me deja una duda, una duda que irá aumentando y que tal vez un día raye en el remordimiento. ¿No he obrado mal?

En mi actitud ha habido cierta cobardía egoísta, eso es indudable. He temido no poder regresar jamás a Asia si la dejaba.

Ahora ya está hecho. Puesto que, como tú, soy de los que, al no formar parte del ejército de hoy, pueden formar parte del de mañana, lo mejor es pensar en desempeñar en él el papel de que soy capaz, pequeño o grande, eso es lo de menos.

«Bienaventurados aquellos a los que una fe cualquiera en unas

* La señora David le decía a su hija: «¿Quieres ser médico?... Pero si ni los propios hombres saben nada al respecto, imagínate una mujer...»

ideas proporciona consuelo en los momentos de soledad y amargura», me escribes. Sí, es cierto; pero más cierto aún sería decir: «Bienaventurados aquellos que han aprendido a pasar con serenidad entre las visiones de la existencia, para los cuales ya no hay soledad aunque estén solos y para los cuales los tragos más amargos resultan insípidos. Quizá tras las horas turbulentas que estamos pasando, algunos tengan sed de esa filosofía del más allá de las alegrías y los dolores, y aquellos de nosotros que puedan ofrecérsela actúen tan piadosa y caritativamente como los que vertieron sobre los heridos de las ambulancias las pociones que aletargaban sus sufrimientos.»

Creo que regresaré. Sin duda alguna un día me despediré de mi lugar de retiro, de las montañas, del viejo yogui, y bajaré por el sendero de Dawa-Thang para no volver a subir nunca más. [...]

Mis amigas de la Misión, que no comprenden la vida de meditaciones solitarias, me dicen a menudo: «Hay que ser una lámpara. Lo dice el Evangelio.» Pero habría que añadir: «Hay que ser una lámpara «encendida».» Porque en el mundo hay demasiadas «lámparas» oscuras que pasean su inutilidad entre las tinieblas que pretenden iluminar.

Buda había visto algo; pero la gran mayoría de sus discípulos jamás ha vislumbrado ese algo y por eso sus discursos dejan frío.

En ocasiones he pasado ratos interesantísimos con el amigo de tu hermano Elie, Wilfrid Monod. Él ha visto algo. Yo no veo en absoluto ese algo, pero estando junto a W. Monod, cuando habla, se percibe el resplandor de la lámpara.

Mi lama-yogui también ha «visto». ¡Oh, unos horizontes muy distintos de los que han aparecido ante W. Monod! Podemos pasarnos días, semanas leyendo y traduciendo, y de pronto, al pedir yo una explicación o un comentario, aparece la lámpara resplandeciente y pienso en ese texto pali que se repite con frecuencia al final de los *sutta* budistas: «Es como si, de pronto, llevaran una lámpara a las tinieblas para que todos los que tienen ojos puedan ver.»

Pues bien, si debo seguir siendo, y ahora más que nunca, orientalista, aspiro a algo mejor que ser un armazón de lámpara sin llama. Intento ver en el estudio y la reflexión lo que vieron los budas. Si soy capaz de transcribir la visión de una forma viva y real, como ellos lo hicieron, quizás valga la pena escribir y hablar. Si no, para qué, ¿acaso no hay ya bastantes plumíferos y charlatanes en la tierra?

De-Chen Asbram, 30 de septiembre de 1915

[...] En estos momentos se me acumulan las calamidades: he sufrido un ataque de reuma y estoy pasando una gripe que uno de mis sirvientes ha tenido la generosidad de contagiarme.

Una chimenea me ha causado no pocos sinsabores; la hemos re-

construido dos veces y habrá que derribarla definitivamente para sustituirla por una estufa. El humo me asfixiaba, era imposible encender fuego.

Mi yogui-lama se ha retirado a su caverna como un caracol en su concha. Es un tipo realmente extraordinario y lleno de contrastes. Un día es genial y al siguiente tan pueril que te hace llorar o reír hasta que se te saltan las lágrimas, lo que viene a ser lo mismo. Tiene la mentalidad de Marpa y otros lamas célebres de la historia religiosa del Tíbet, una mentalidad inmoderada de bárbaros filósofos. Ah, para un orientalista es muy cautivador estudiar esa parte viva y real del alma tibetana.

En cuanto a mi cocinero, tras haber recibido la paliza volvió a Lachen y raptó por la noche a su Dulcinea, a quien las damas misioneras habían acogido bajo su piadoso techo. A la mañana siguiente, una de ellas, al percatarse de la desaparición de la muchacha, hizo ensillar su caballo y salió en busca de la fugitiva. Me parece una cosa absurda. Esta sirvienta tiene como mínimo veinticuatro años; puesto que está tan decidida a querer a mi cocinero, lo mejor es dejar que se casen, después de todo es asunto suyo. Me propusieron enviar a unos hombres para capturar a mi criado y traérmelo atado, pero rechacé ese amable ofrecimiento. No veo que haya cometido un crimen tan horrible; la muchacha es algo mayor que él y, desde luego, no la ha forzado a hacer nada que ella no quisiera. [...]

De-Chen Asbram, 2 de noviembre de 1915

[...] Estoy encantada de que vayas a Bechar, pero, con tu sistema de viajes cinematográficos, ¿cuántas horas pasadas en los oasis significa eso? ¿Te detendrás al menos en Beni-Ounif para ver el Figuig? Sería una verdadera lástima pasar tan cerca y no ver el Figuig. Bechar es un oasis similar a muchos otros, ¡pero el Figuig!... Es una visión inolvidable. La estepa tibetana y el Figuig, visto desde el puerto de Zenaga, siguen siendo para mí lo más impresionante que he visto en toda mi vida. Espero que tus compañeros de viaje te lleven a verlo. [...]

Ayer fui con dos de mis sirvientes a hacer una larga excursión por un valle situado al pie de las nieves eternas. Gran parte del camino lo formaba el lecho de un torrente que desciende entre rocas enormes. Ascendimos a través de los dédalos de bloques durante varias horas, procurando evitar mojarnos los pies en el agua espumeante de las múltiples cascadas. Resultaba un poco agotador. El tiempo no era muy favorable. Una nieve helada nos azotó a la vuelta. Pese a todo, siempre es divertido vagabundear al aire libre. [...]

He hecho tantos planes que nunca he llegado a realizar que he dejado de hacerlos. No obstante, estoy pensando en irme de aquí dentro

de unos meses, si la guerra ha acabado, por supuesto. Si es posible, iré a Japón, que ardo en deseos de conocer y donde tengo contactos eruidos entre los profesores de la Universidad de Tokio... Y después de eso vendría el regreso, si el señor Cordero tiene a bien reservarme un rincón donde dedicarme a mis trabajos de orientalismo... Pero tendremos tiempo de hablar de eso. [...]

De-Chen Asbram, 24 de noviembre de 1915

Dos líneas a toda prisa. Alguien que ha venido inopinadamente llevará esta carta a la oficina de correos. He recibido un paquete del «Periódico». Gracias, pero ¿por qué cartas no? Hace frío y están empezando a salirme sabañones en los pies. Es muy desagradable; no me había pasado desde que me marché de Bélgica.

¿La guerra? Nada destacable en los periódicos de Calcuta que recibí ayer.

El sol resplandeciente y la nieve en los montes hacen que el paisaje sea espléndido. Uno se quedaría a vivir aquí mucho tiempo, mucho. Ese instinto del *home* que está en el fondo del corazón de todos nosotros —y que por lo demás ha sido la fuente de la civilización— comenzaría de buen grado a echar raíces. Hay que rehuirlo: todos los lazos son malos, es preciso liberarse de todas las cadenas y romper todo hechizo. [...]

De-Chen Asbram, 2 de diciembre de 1915

[...] En Sikkim hay mucha agitación porque están organizando el reclutamiento. Los campesinos dicen que no quieren ser soldados. No se presentan cuando los llaman y hablan de rebelarse. ¡Una tormenta en un vaso de agua! Pero, de hecho, desde la muerte del maharaja hay un lio espantoso. El residente ha pasado todo el verano en el Tíbet, donde debe ocuparse de asuntos mucho más importantes que los del minúsculo Sikkim. Inglaterra está apoderándose poco a poco de toda la región de Gyangtse. [...] Pero, mientras tanto, aquí no hay más que unos cuantos empleados de oficina. El pequeño maharaja no cuenta. Es un crío que no tiene ninguna autoridad. Cada cual tira por su lado. Los campesinos se han vuelto arrogantes e intentan explotar a los que requieren sus servicios; los dirigentes de los pueblos aterrorizan a sus humildes administrados, ¡hay un buen cisco armado! En mi soledad, yo sufro las consecuencias de todo ello. Los convoys que me traen víveres se eternizan en el camino. Si le compro patatas a X, su jefe, Z, que hubiera querido vendérmelas él, amenaza al pobre diablo y le obliga a pagarle la mitad de lo que ha obtenido por la venta. Llantos, lamentos. Yo les digo a los que son desvalijados que presenten una queja en Gangtok, pero no se atreven. Los lamas han estado a punto

de llegar a las manos con la gente del pueblo de Lachen. ¡La paz campestre! Hay a quien la contemplación del sublime Himalaya no despierta pensamientos de sosiego. De hecho, no ven el Himalaya más de lo que lo ven los animales que pacen en sus cimas. Afortunadamente, a mí sólo me llegan los ecos amortiguados de ese tumulto.

Empieza a nevar. Estoy preocupada por el convoy que debe traerme arroz y cuya llegada está prevista para dentro de quince días. ¿Y si no pudiera pasar? Estas preocupaciones deben de parecerle curiosas a la gente de ciudad, ¿no?

El yogui estuvo retirado en su antro durante al menos dos semanas, lo que me privó de nuestras sesiones de lectura en tibetano, pero las reanudamos anteayer. [...]

[...] No hay nada más aventurado que los matrimonios entre personas de diferentes nacionalidades. Es igual que los que existen entre personas de diferentes religiones. No sé qué piensas acerca de eso, pero yo nunca me habría casado contigo si hubieras sido católico. Sé que tanto uno como otro no somos sino lejanos hugonotes, y que uno de los susodichos hugonotes es budista y el otro... descreído. Pero no importa, está la tradición, cierto hábito de pensamiento. Nosotros podemos ir juntos al museo de Cévenas, a la torre de Aigues-Mortes o a las carreras de Nîmes y soñar allí, juntos, con las mismas cosas, en comunión espiritual, porque, aunque no creamos las mismas cosas que nuestros bisabuelos, conservamos su memoria con veneración y los admiramos, nos sentimos de su sangre. Yo nunca podría hacer eso con mi madre. Pero, de hecho, yo soy mucho más hugonote que tú, pese a que mi padre se casó con una católica y a que tú desciendes de una pura estirpe de fieles y pastores. Quizá sea precisamente el hecho de tener una madre católica lo que ha hecho alzarse y afirmarse más todas las células que me han transmitido los antepasados que fueron «de la Religión».

¡Por cierto, ibas a comprarte una Biblia de grandes caracteres y a dejarla en tu mesita de noche! ¿Qué ha sido de este proyecto?...

No me ha sorprendido que hayas encontrado a un teósofo entre el personal de los Ferrocarriles. La Sociedad Teosófica tiene una cantidad enorme de miembros (yo entre ellos, dicho sea de paso, por fidelidad a viejos recuerdos que datan de 1892 y a buenos amigos que tengo en la Sociedad). Hay auténticos chiflados y también simpáticos investigadores, y en las altas esferas tunantes poco recomendables que engañan a los ingenuos. Es un mundo curioso. Sin embargo, para quien se la toma como yo, como un club, la asociación es muy valiosa y ofrece estancias a precios módicos en casas acogedoras donde las relaciones son mucho más agradables que en los hoteles o las pensiones familiares. En resumen, gente muy tolerante y cordial.

Hablando de los jefes de la Sociedad Teosófica, el lama me dice: «Cuando alguien enuncia verdades, cosas útiles y sensatas, no encuentra discípulos, pero cuando un charlatán se pone a hablar de milagros descabellados, la masa lo sigue de inmediato.» Es una afirmación muy acertada y, de hecho, el lama no hace sino repetir lo que decía el gran yogui tibetano Milarepa. [...]

De-Chen Asbram, mediados de diciembre de 1915

[...] Estoy muy lejos de África aquí, en la ladera de mi montaña himalaya, y el clima no se parece en nada al de allí. En el cuarto de aseo hace un frío gélido incluso durante el día y las jarras de agua están llenas de un bloque compacto de hielo. Pero hace a la vez un tiempo espléndido, luce un sol radiante y no nieva, aparte de unos cuantos copos que han caído en dos o tres ocasiones y que han desaparecido de inmediato. Un invierno excepcional, según dicen los nativos, que me tienen por una mujer afortunada. No obstante, me he mudado, es decir, he emigrado de mi habitación larga con columnatas a la caverna contigua. Aquí no hace nada de viento; un muro y una bóveda de rocas enormes constituyen una protección eficaz, y al otro lado un tabique separa la caverna de mi habitación. Tan sólo hay una ventanita que da al exterior, y queda muy resguardada del viento. Este alojamiento de la era cuaternaria está provisto de una estufa y una alfombra que no tienen nada de cuaternario. He instalado una cama sobre unas tablas elevadas y el ambiente está muy caldeado. He dejado las sillas en mi cuarto y me siento al estilo oriental sobre unos cojines; así estoy más abrigada. La caverna no es de dimensiones enormes, pero como supondrás no recibo muchas visitas. El mobiliario se compone de la cama, dos alfombrillas de gruesa lana, una amarilla y otra azul, colocadas sobre unas bolsas llenas y que sirven de asientos; la amarilla, para mí (la confeccionó la hermana del maharajá), y la azul, comprada en Shigatse, para el lama, cuando viene a leer o a charlar conmigo. Entre los dos asientos, un baúl bajo hace las veces de mesa. También está la estufa y la caja con leña para alimentarla. Y todavía queda espacio suficiente para que un sirviente pueda circular con objeto de servir el té o realizar otras tareas. Te parecerá un conjunto muy miserable, pero en este país, querido, es todo un lujo.

Estoy esperando el convoy del sur que debe traerme arroz, el octavo y último del año, y dentro de tres o cuatro días las últimas vituallas procedentes del norte, es decir, del Tíbet. Una vez que todos los pañoles estén llenos, ya podrá venir la nieve si quiere. Estas vituallas, aunque no se pueden comparar con las de los almacenes generales de París, son considerables. Hay unas 120 libras de manteca, 500 kilos de arroz, otros tantos de maíz, 80 kilos de harina de trigo, la misma can-

tidad de harina de cebada, unos 1.200 kilos de patatas, nabos, rábanos tibetanos, alrededor de 150 kilos de lentejas y habas de distintos tipos, especias, conservas, té, 40 kilos de grasa de cordero para los criados y catorce corderos enteros colgados en un cuarto, naturalmente, refrigerado, donde la carne permanece dura como la madera y se corta a hachazos. No puedo imponer una dieta vegetariana en invierno a mis sirvientes. El frío es intenso y la altitud hace que resulte más duro. Además, estos muchachos no tienen vocación de anacoretas; aceptan esta soledad con la condición de comer mucho y bien... comer es la principal preocupación de los tibetanos. Yo creía que esa carne congelada y endurecida, esa especie de tasajo secado, no al sol, sino por la acción del viento, debía de ser una triste pitanza. Pero la he probado y, para mi sorpresa, resulta que es muy aceptable, aunque evidentemente dista mucho de tener el sabor de una pierna de cordero parisense asada al punto. Se procede del siguiente modo. Se empieza por desprender la epidermis del trozo que se desea comer, a continuación se pone dicho trozo en un recipiente y se lava varias veces con agua caliente, se deja escurrir y luego cada cual lo guisa a su gusto. Los tibetanos son unos cocineros poco imaginativos. Sólo conocen la carne hervida o frita en trozos pequeños. Yo intenté asar una pierna de cordero en una cacerola y salí airosa. No resulta fácil ser vegetariano aquí en invierno. Aparte de las patatas y algunos nabos, que no puedo digerir, no hay ninguna verdura. Creo que mi glotonería me incitará a echarle el diente de vez en cuando a un trozo de cordero, pero, al margen de otras consideraciones, mis intestinos se encuentran muy bien con la dieta sin carne. [...]

He interrumpido esta carta durante varios días por hallarme ocupada dirigiendo la colocación de las provisiones. Ya hemos acabado y las habitaciones están preparadas para recibir el suplemento esperado. Mis sirvientes no paran de reír y están siempre alegres. ¡Esta acumulación de cosas «comestibles» les apacigua el alma!

Dentro de unos días será Año Nuevo y he decidido que lo celebraremos dignamente. Guisaremos arroz con mantequilla, azúcar y pasas. Es un manjar que en el Tíbet sólo degustan los rajás, los lamas más importantes y otros grandes personajes. Los criados se han quedado un poco estupefactos al enterarse de que van a probarlo. iremos de pícnic a orillas del río, donde los muchachos jugarán al fútbol, correrán y saltarán obstáculos. Habrá premios para los ganadores. Esperamos de Calcuta una cometa y banderitas (a 60 céntimos la pieza), una de Francia, otra de Bélgica y otra de Inglaterra. ¡Será una gran fiesta! Como comprenderás, no es muy atractivo para unos chicos jóvenes estar en un lugar solitario sin compañeros, así que de vez en cuando hay que ofrecerles un poco de diversión. [...]

De-Chen Asbram, 26 de diciembre de 1915

Las novedades en De-Chen son que la otra noche me puse enferma y mi cuchitril estuvo a punto de incendiarse.

No sé qué me pasó: un estado febril que me dominaba desde hacía varios días. Al anochecer me asalta un frío intenso y una neuralgia terrible; imposible cenar. Me meto en la cama y me duermo; hacia medianoche me despierto con náuseas, vomito, no dejo de tiritar pese a que en la caverna no hace frío. Cuando me calmo un poco, vuelvo a acostarme, pero la cosa empieza de nuevo. Me encuentro realmente mal, así que me decido a tocar el gong para despertar a los criados. Ellos encienden la estufa y me traen agua caliente. Permanezco una hora acurrucada junto al fuego; luego le digo al muchacho que se había quedado conmigo que se vaya y vuelvo a meterme en la cama. Durmito un poco, pero unos crujidos me sacan de mi estado comatoso. Pensando que mi pequeño compañero de cuarto (un gatito) está arañando la madera, digo ¡chiss!, ¡chiss!, pero continúo oyendo el ruido, así que abro los ojos y entonces veo que el tejado de la habitación adosada a la caverna está ardiendo. Me levanto, salgo precipitadamente, hago sonar el gong y les digo a los muchachos a voz en grito que se den prisa. Mientras los espero, saco los jarros de agua del aseo, y todo eso en camisón, con el frío que hace, lo que no es precisamente ideal para calmar mi indisposición. Finalmente se suben al tejado, echan agua, apagan el fuego. El tubo de la estufa era lo que había ocasionado el incendio. Todo el interior ha quedado sucio y yo estoy tirando. Son las cinco de la madrugada; encienden de nuevo el fuego en otra estufa y me preparan té. El jefe de los sirvientes insiste en que me acueste de nuevo, puesto que el peligro ya ha pasado. Tiene razón, de modo que sigo su consejo. Me preparan otra botella de agua caliente para ponérmela en los pies. Todo el mundo quiere quedarse para darme bebidas calientes, vigilar el fuego, etcétera, pero yo prefiero estar tranquila y los despacho. Paso el día con fiebre. Al día siguiente empiezo a encontrarme un poco mejor y al otro, como es Navidad y los boys están muy ilusionados con hacer una excursión, los llevo de pícnic a unos kilómetros de aquí, a orillas del río. Preparan una comida tibetana y juegan a diferentes juegos en los que entrego premios de 20 céntimos (2 annas) a los ganadores. [...]

De-Chen Asbram, 12 de enero de 1916

Hoy me veo obligada a hablarte de una cuestión que siempre resulta incómodo abordar: la cuestión monetaria. He recibido una carta de sir Woodroffe informándome de diferentes compras y gestiones que ha hecho para mí (asuntos relativos a mi proveedor de productos fotográficos y arreglos especiales obtenidos, como un favor, del su-

perintendente de correos, con vistas a conservar mi correspondencia en Cheuntung fuera de los plazos reglamentarios en caso de fuertes nevadas). En su carta, entre otras cosas, me dice: «Si su marido sigue teniendo dificultades para enviarle directamente fondos a la India, puede dirigir sus envíos a mi notario, a Francia, señor Lefèvre, Les Andelys (Eure).» [...]

Ahora que mi cuchitril ya está construido, a pesar de que los vivieres son caros, ya que es preciso transportarlos desde muy lejos, puedo pasar con pocos gastos. Sin embargo, puesto que tendrás que hacer un envío, te agradecería que lo incrementaras de forma que me quedase algo para mí. Ya te dije con qué intención había sido hecho el donativo del maharaja; no se trata de dinero destinado a pagar provisiones y ropa, sino gastos relacionados con los estudios orientalistas. Puedo cubrir el mantenimiento de la cabaña, pagar a los pandit que me hacen de profesores y a quienes envío mis traducciones para que las corrijan, etcétera, pero necesitaría algunas cosas de índole personal.

Me molesta pedírtelo, pero hace tiempo que no me has mandado nada, no sabemos cuándo acabará la guerra y resulta agradable no sentirse demasiado apurada cuando se está lejos. ¡Quién sabe qué cosas imprevistas pueden surgir! El total ascenderá bastante debido a la suma que hay que devolver. Si pudieras enviar 5.000 francos, creo que, una vez todo pagado, podrían quedarme entre 1.500 y 1.700 francos para mí, es decir, unas 900 rupias. Ya ves que no es una fortuna, pero me ayudaría.

No se puede hacer ningún plan mientras dure la guerra. La única posibilidad es quedarse cada cual en su rincón y vivir de la forma más económica posible. Eso es lo que yo hago. El mar ofrece cada vez menos seguridad. Yo ni siquiera me aventuraría a cruzar el golfo para ir a Birmania. ¿Para qué exponerse inútilmente? Quizá debería haber regresado a Francia en cuanto se produjo la declaración de guerra. Veinte años antes, lo habría hecho sin pensar, sin preguntarme por anticipado que haría una vez allí. Cuando se es joven, se es un poco alocado y sin duda mucho más sensato. Con la edad, uno se convierte en una máquina de razonar, absurdamente previsora y falsamente sensata. Esa sensatez de las personas mayores se llama, así lo creo yo, senilidad, impotencia... En fin de cuentas, locura o sensatez, entusiasmo o decrepitud, todo es lo mismo, igualmente vano, igualmente decepcionante e ilusorio. No hay que afligirse por nada, no hay que desear nada ni lamentar nada. ¿Dónde están las hazañas y la trágica desesperación de los héroes de la Hélade, las proezas de los paladines, el heroísmo de los santos y los mártires? El tiempo se lo ha llevado todo y hoy prosigue la misma comedia, con lágrimas, risas, sangre, grandes palabras, grandes gestos... Un teatro de pobres marionetas

embrujadas que se afanan y resisten unos instantes y luego se desmoronan. [...]

De-Chen Ashram, 23 de enero de 1916

Hace tiempo que no he recibido el correo; mañana o pasado mañana enviaré a mis dos jóvenes *boys* a la oficina. En esta estación, eso siempre es un asunto de Estado. Uno se pregunta si durante su ausencia no quedará cortado el camino y les resultará imposible volver. Hasta ahora el tiempo ha seguido siendo extraordinariamente bueno, pero las nubes se amontonan más y más y hay que prepararse para las inevitables nevadas.

Ninguna novedad. ¿Qué podría pasarme? Estoy aquí con tres muchachos y una mujer mayor, la madre de uno de ellos; sólo los veo por la mañana y un rato en la cena, que me sirven en la caverna. A veces hago lo que en tibetano se llama *tsam*, es decir, no ver a nadie ni hablar con nadie durante varios días. Dejan los alimentos en la habitación contigua y tocan una campanilla para avisarme; luego se retiran. Esos días de soledad total son muy relajantes. [...]

Ayer llevé a los muchachos a jugar a una pequeña meseta situada más abajo de mi lugar de retiro. Hay que distraerlos un poco. Tienen veintidós, dieciocho y quince años respectivamente. Esta vida solitaria no es excesivamente divertida para ellos. Tienen una gran pelota para jugar al fútbol y una especie de cometa que no saben manejar. Cuando hubieron corrido bastante, encendimos grandes fogatas en el bosque e hicimos té; té tibetano, por supuesto, con sal y mantequilla, acompañado de arroz tostado. El lama y su compañera, así como un pequeño huérfano que ha tomado a su cargo, se habían reunido con nosotros. En total éramos ocho personas, los únicos habitantes humanos de este desierto. No hacía muy buen tiempo; comenzó a nevar mientras tomábamos el té. Yo miraba a aquellos indígenas instalados alrededor de las fogatas: parecía un grabado de un libro de Julio Verne o de otro narrador similar. Y me veía a mí de pequeña, en Bruselas, devorando historias de viajes, hipnotizada ante sus grabados... Todo llega, ¿no es cierto?, incluso lo inverosímil; quizás sobre todo lo inverosímil! [...]

De-Chen Ashram, 25 de enero de 1916

Los muchachos se han ido esta mañana a llevar mis cartas y esta tarde han llegado dos lamas que traían el correo recibido, entre el que se encontraba la bata que me has enviado. Estoy encantada de tenerla. La aduana me reclama media rupia, lo que equivale a unos 3,80 francos. No es excesivo y los pago con placer, feliz de recuperar esta cálida prenda, ya que no es fácil conseguir una parecida en la India.

Volver a ver este kimono me ha causado cierta emoción. He retrocedido al instante a la calle Abd'el Wahab, al gran salón; yo me disponía a sentarme al piano y tú te acercabas para decirme adiós antes de irte al despacho... ¿Por qué esas circunstancias y no otras igualmente familiares? No lo sé. ¡La memoria de las células es algo extraño y misterioso! Todo eso está lejos, se ha acabado... La «maravillosa casona» pertenece a otros... Mouchy instalado en un decorado que no conozco. Ah, no tengo la estúpida vanidad de hacerme más fuerte, más despegada de todo de lo que soy; esos recuerdos me han encogido el corazón y me he quedado un largo rato con el kimono en la mano, casi a punto de llorar... Dirás: tú tienes la culpa, ¿por qué lo has abandonado todo de forma voluntaria? No, querido, yo no tengo la culpa. Ante todo, no hacemos nada de forma voluntaria. El otro día leí en tibetano, en el relato de la vida de Milarepa, el episodio de su marcha de casa de su maestro, su guru, como se dice en la India. Estuvo con él ocho años, durante los cuales fue iniciado en todas las doctrinas conocidas por el gran Marpa, filósofo y lingüista erudito. Luego tuvo un sueño: vio a su madre muerta, la casa paterna en ruinas, a su hermana reducida a la mendicidad. Milarepa no puede soportarlo, todos sus recuerdos de infancia, largo tiempo adormecidos, despiertan; quiere marcharse, ver a los suyos. Marpa, proféticamente, le dice: «Está bien, vete, pero no volveremos a vernos jamás.» Llega el día de la partida. Milarepa venera hasta la adoración al maestro del que se va a separar. Por el camino, tacha su conducta de locura, quiere volver sobre sus pasos, llora, tiene el corazón desgarrado, pero al mismo tiempo prosigue su camino. La silueta de Marpa, en la cima de la montaña hasta la que ha acompañado a su discípulo, se hace más pequeña, más imprecisa; en el recodo del sendero, Milarepa deja de verla y su alma sufre todas las angustias de una agonía moral torturadora, pero sus pies caminan, lo conducen hacia su destino en contra de su voluntad... Milarepa no era un poeta mediocre ni un narrador banal. La escena que describe es impresionante pese a la lengua poco sonora, poco vibrante en la que la narra. Al leer aquello pensaba... Es la eterna historia de todos. Es también el ineluctable destino. Decímos: ¡Ah, si no me hubiera marchado, si no hubiera abierto la mano y dejado escapar lo que ésta sujetaba, si no hubiera renunciado! Pues bien, si no nos hubiéramos marchado, las cosas se habrían marchado, si no hubiéramos abierto la mano, lo que sujetábamos con ella habría escapado de entre nuestros dedos crispados como si fuese fina arena de las dunas, si no hubiéramos renunciado, los demás, seres o cosas, habrían renunciado a nosotros. El agua del torrente fluye sin cesar, los mundos giran, todo se mueve, todo pasa, todo se transforma; la inmovilidad y la estabilidad son sueños de locos. «*Anicca! Sabbe sankhara annica*», dijo Buda. Todo es

«impermanente». Hay que resignarse a esta ley o bien ir más allá de ella, pero esta ley significa ir más allá del mundo, más allá de la vida y de la muerte, más allá de la ilusión del «yo».

Cuántos pensamientos hay en un kimono, ¿verdad, querido? [...]

De-Chen Asbram, 31 de enero de 1916

[...] El tiempo es más espléndido que nunca. Hace dos días que no hiela y luce un sol radiante. No vayas a pensar que De-Chen, pese al frío del que te he hablado, está en una región desapacible, brumosa, con un cielo pálido como el de Bélgica o Inglaterra. Nada de eso. Hace frío porque estoy encaramada a una altura cercana a los 4.000 metros, pero el sol es tropical, o casi, y el cielo parecido al de África, o sea, mucho más bonito que el cielo «verde» de la India. Sí, un cielo verde es una rareza, ¿verdad?... Los poetas persas y los musulmanes del Indostán lo han glosado: «El papagayo del cielo», dicen. Es justo el equivalente de nuestro «azul celeste», con la diferencia del color, por supuesto.

Un fenómeno singular. Aquí todo es insípido: las frutas y las verduras (silvestres o cultivadas) no saben más que a agua. Es por efecto de la altura, evidentemente. Un poco más arriba sólo crecen líquenes. Eso no me sorprende, pero ¿querrás creer que los huevos de mis gallinas —unos huevos hermosísimos— también están desprovistos de sabor? Y sin embargo, a una treintena de kilómetros, en unas aldeas situadas más abajo, los huevos son excelentes. ¿Acaso influye la altitud en las gallinas? Sea como sea, tienen muy buen aspecto, se pasean todo el día al sol y comen maíz en abundancia. [...]

De-Chen Asbram, 3 de marzo de 1916

Las nieves, pese a que este año han sido benignas, han acabado por bloquear el camino y dejarnos aislados del resto del mundo durante varias semanas. El espectáculo de los montes gigantes, completamente vestidos de blanco, fue inimaginablemente grandioso durante la última luna llena. Iba acompañado de un silencio extraordinario: todos los riachuelos y las cascadas encadenados y mudos, ni un solo pájaro, salvo los dos cuervos, casi domesticados, que invernaron con nosotros.

Era la época en que los lamas de rango elevado acostumbran a encerrarse durante un mes, y mi vecino siguió esta costumbre. No obstante, me autorizó a subir hasta su refugio día sí y día no para leer en tibetano bajo su dirección. No falté ni una sola vez a clase. Me ponía unos pantalones de montar y unas botas altas tibetanas, y en ocasiones enviaba delante a dos criados que hacían de «quitanieves» y me abrían el camino. Arriba, junto al fuego, la bondadosa anciana me ayudaba a quitarme los pantalones y las botas; tras ponerme una hopalanda y unas pantuflas que me guardaban allí, pasaba a la caverna, de donde el

sabio lama no se movía. Había té y diferentes golosinas típicas. Antes de marcharme, la buena tibetana me daba los pantalones y las botas secos, y yo regresaba a mi casa.

Mucho antes —aunque eso ya queda lejos—, celebramos el Año Nuevo tibetano. Los pueblos primitivos se parecen mucho a los animales; como más disfrutan es comiendo. No pocos civilizados se les asemejan. Así pues, cebé a mis sirvientes, y el lama me invitó a su casa con mis cuatro indígenas. Hacía buen tiempo. El lama y yo estábamos sentados sobre unos cojines en una pequeña tienda. Empezamos comiendo platos chinos, cosa que en el Tibet se considera de una gran distinción; ingerimos muchísimas cosas, entre ellas una sopa muy buena. Le enviaré la receta a Sophie. Luego hubo un descanso: bebimos té con mantequilla y sal. Después, segunda comida, compuesta también por un montón de cosas; descanso acompañado de té y, a continuación, tercera comida. Los sirvientes comieron de todo, exactamente igual que nosotros, pero en cantidades mucho mayores. En el transcurso de la comida oí de lejos a uno de ellos hacer esta reflexión naturalista: «¡Hoy sería realmente una pena no tener un estómago grande, con todo lo que hay para meter dentro!» [...]

De-Chen Ashram, 16 de marzo de 1916

[...] Aquí no hay ninguna novedad. Los únicos seres un poco imaginativos son la perra y el gato, ambos tremadamente graciosos, como la mayoría de los cachorros; los demás, los humanos, son autómatas. En fin, me sirven de forma bastante aceptable y no les pido más. Yo hago progresos en mis estudios de tibetano. Ya sé lo suficiente para conversar de cuestiones filosóficas con el lama, aunque debo admitir que éste posee una inteligencia notable y es capaz de entender cosas dichas con medias palabras. Con todo, eso también dice algo en favor de mi jerigonza. Leer es más difícil, pero también avanza en este aspecto, y escribo cartas que me recuerdan mis primeras composiciones epistolares en inglés. ¡Qué lejos queda esa época! Ahora domino el inglés casi con toda la perfección que puede alcanzar un extranjero.

La semana que viene, si el tiempo lo permite, subiré a un puerto situado más arriba de mi morada y permaneceré allí siete u ocho días de camping, como dicen los ingleses, entusiastas de dicho deporte. Una tienda pequeña, una piel de yac y unas cuantas mantas, ningún sirviente, soledad total, aseo en el riachuelo y un frío nada desdeñable amenizarán el programa. Voy a aislarme allá arriba para poner a prueba determinadas teorías de los lamas sobre la producción del calor. Ellos y sus libros disertan interminablemente sobre esta cuestión y, de hecho, algunos ermitas viven desnudos entre la nieve. Siempre han despertado mi curiosidad estas cosas «curiosas». Ésta me intriga desde

hace tiempo. Conozco un poco el procedimiento y lo he puesto en práctica con cierto éxito, pero conservo una buena parte de incredulidad. Quiero observar el fenómeno de cerca. [...]

De-Chen Ashram, 28 de marzo de 1916

[...] Ninguna novedad en mi lugar de retiro, aparte de otro ataque de reuma acompañado de fiebre, como de costumbre. Una herencia ingrata, aunque los ataques de reuma de mis padres nunca iban acompañados de fiebre. En mi caso apenas hay gota. Afortunadamente, sigo siendo ágil y buena andarina pese al mal que padezco, que no está muy acentuado. De todas formas, es un mal presagio para los años venideros.

Mañana le enviaré a mi antiguo intérprete de Gangtok, ahora mi profesor, la traducción de una poesía tibetana. Se trata de mi primer intento de este tipo y me siento bastante orgullosa de él. La traducción quizás no sea excelente, pero tampoco creo que sea demasiado mala.

El jefe de los sirvientes se va un mes de vacaciones. Es el único con el que puedo hablar en inglés. Sin él, dependeré por completo de mis conocimientos de tibetano, todavía rudimentarios pero que mejoran de día en día. De todas formas, eso no me asusta. El año pasado, en circunstancias parecidas, fui capaz de desenvolverme, y entonces disataba mucho de hablar como ahora.

Espero que el muchacho me traiga varias cartas tuyas cuando vuelva de Lachen; tengo curiosidad por conocer detalles de tu viaje a Bechar. ¿Qué te ha sugerido esa región? Has estado mucho tiempo sin conocer el desierto y ahora lo habrás visto bajo diferentes aspectos. Tozeur y el Figuig son muy distintos. A mí, el Figuig y las estepas tibetanas son los lugares que más me han impresionado de todos los que he visto en mis viajes. Por lo demás, los dos se parecen, salvo en lo que se refiere al clima, por supuesto. [...]

De-Chen Ashram, 3 de abril de 1916

He recibido, seguidas, la carta en la que me cuentas tu viaje a Bechar y otra en la que me anuncias un envío de fondos. Ante todo quiero expresarte mi profundo agradecimiento por la solicitud afectuosa que me demuestras. Al igual que mi padre, soy poco prodiga en expansiones y frases sentimentales: una «todo cerebro», como él, aunque creo, mi querido Mouchy, que me siento sinceramente conmovida por la amistad constante y verdadera que me profesas. No me consideres ingrata y olvidadiza porque el mismo sueño místico que hizo olvidar hogar y familia a Buda, a Jesús y a muchos otros cuyos nombres son pronunciados con veneración en Asia me haya llevado lejos. Sin ser de su talla, he entrevisto lo que ellos quizás contemplaron cara a cara, el más allá del torbellino miserable y doloroso en el que se

agitaban frenéticamente los seres. Las circunstancias actuales, ese desmoronamiento de los sueños pacifistas y de una civilización que creímos que caminaba hacia las cimas, ese retorno a la barbarie, esa matanza, esa carnicería, no son lo más apropiado para conducir de vuelta al mundo a un espíritu que, instintivamente, se alejaba de él desde su primera infancia. [...]

También estás en lo cierto en lo que se refiere a los fondos recibidos de otra fuente, pero yo no soy su única destinataria, aunque sea a mí a quien se los han confiado. El lama-yogui que se ha convertido en mi benévolos profesor se encuentra incluido en ese generoso donativo. Es un hombre mayor y muy bueno conmigo; no puedo privarlo de lo poco que le corresponde, si bien siempre se produce una auténtica lucha entre nosotros para que acepte la cosa más insignificante que necesita con urgencia. Ese viejo pensador, pese a sus cabellos enmarañados y su fealdad, me inspira un gran respeto. He publicado una traducción de algunos de sus comentarios sobre las doctrinas contenidas en la célebre obra titulada *Prajna Paramita*, y sería muy de desear escucharlo a él mismo en Londres después de la guerra. Acabo de recibir, en la misma entrega de correo, dos cartas más, una de París y la otra de Londres. En esta última me invitan a regresar y dar una conferencia sobre las doctrinas del *mahayana*, el vedanta y el lamaísmo. [...]

De-Chen Asbram, 27 de abril de 1916

[...] He terminado de traducir un texto tibetano que tenía mucho interés en conocer. Desgraciadamente, me han hecho prometer que no lo publicaré. He conseguido el manuscrito con esa condición.

Mi querido Mouchy, todo esto apenas te interesa, me doy cuenta de ello. Entre nosotros existe una diferencia: lo que tú haces, a mí me interesa, pero lo que yo hago no te interesa a ti. Siempre ha sido así, o casi siempre. Leías los manuscritos de mis libros por amistad y adhesión afectuosa. El tema en sí apenas te importaba. Y así sigue siendo actualmente. Te debo mucho y no me cuesta en absoluto reconocerlo, pero mi vida y mis trabajos no te dicen nada. No puede ser de otro modo. Aquellos que, pequeños o grandes, budas o gusanos, a paso de gigante o reptando, siguen la vía que sigo yo, caminan solos. No hay ni que compadecerlos ni que admirarlos; los seres son lo que pueden y como pueden. Son productos elaborados por causas múltiples y, como tales, en absoluto libres de sus actos y muy poco conscientes de la naturaleza de los hilos que los hacen moverse.

28 de abril de 1916

Incitada por la primavera y el sol radiante, tuve la repentina idea de hacer una excursión en busca de un lago del que me habían habla-

do y que debía de estar en alguna parte, no sabía muy bien dónde. Llevé conmigo a los dos muchachos más jóvenes —ya sabes que el jefe de los sirvientes está de permiso—, y el lama se unió a nosotros con otro chiquillo. Como bien supondrás, estas montañas no son montañas civilizadas, con senderos trazados y postes indicadores del Touring Club. Se trepa por donde se puede y como se puede, a través de peñascos, entre matorrales espinosos y por pendientes pronunciadas y herbosas. Subimos hasta una cresta rocosa que yo, ingenuamente, creía que era la cima de la montaña donde vivo, pero constaté que aquella cima no es sino el borde de inmensas mesetas onduladas que se extienden hasta la falda de otros montes más gigantescos que el mío. Encontramos el lago en una depresión, entre unas pendientes rocosas, en un paraje agreste. Unas hermosas aguas claras y frías con un fondo de rocas desprendidas. Comimos en la orilla huevos duros, galletas (la pastelera soy yo) y mermelada (procedente de Londres). El lama me cantó un himno compuesto por un famoso líder religioso, un personaje histórico pero cuya individualidad real desaparece bajo las leyendas: el famoso Ladzunpa. La poesía es de un nihilismo filosófico bellísimo. Y aquel canto grave y lento se fundía armoniosamente con el paisaje circundante. Me hacía olvidar el extraño y cómico sombrero amarillo del lama. Los chiquillos y la perra se lo pasaron en grande corriendo como salvajes por la montaña. Caminamos nueve horas y media por la orilla del lago. Esto te demuestra que aún no estoy inválida.

Es bueno que me mueva un poco de vez en cuando. Estar siempre sentada ante la mesa, escribiendo o leyendo, a la larga es perjudicial para la salud. Estos últimos días he notado una especie de cansancio en la vista que es preciso cuidar dando un poco de reposo a los ojos. ¿Y qué mejor actividad, cuando no se estudia, que pasear por estos admirables paisajes himalayos?

Hace unos días tuve noticias de Nyanatiloka. Te acuerdas de aquel *bhikkhu* alemán, ¿verdad? Está en un campamento en Australia, con otros boches que vivían en la India. Tiene el tacto de no hacer ningún comentario sobre la guerra. No sé qué puede haber en el fondo de su espíritu teutón, pero es un erudito.

De-Chen Asbram, 10 de mayo de 1916

He pasado una gripe bastante benigna que he tratado con fenacetina y eucaliptol, lo que ha dado excelentes resultados. Me sorprendió mucho verme moqueando y tosiendo; hacía tiempo que no me pasaba. Es curioso, en aquel horno de Benarés estaba constantemente resfriada, mientras que aquí, con un invierno riguroso pasado en una cabaña generosamente ventilada y habiendo adoptado la práctica de los

yoguis del Tibet, que consiste en vestirse con muselina para sentarse en la nieve, no había pillado ningún enfriamiento hasta el otro día. Creo que influye mucho en ello la gran pureza del aire en estas montañas tan altas. [...]

Te parecerá una frivolidad, pero tanto en los periódicos que me envías como en los catálogos ilustrados de las tiendas de Calcuta veo unos dibujos tan extraños de ropa femenina que estoy intrigadísima. ¿Realmente las mujeres se visten ahora a la moda de 1830? ¿Es posible que, después de haber tenido durante años el buen gusto de llevar trajes sastre y vestidos de corte sobrio, hayan vuelto a caer en atavíos tan grotescos? ¡Y se ha elegido un buen momento para organizar un carnaval y frivolar! Me imagino que se trata de pura y simple fantasía de dibujantes chistosos y que en la calle no se ve a nadie de semejante guisa. ¡Hazme algún comentario de lo que sucede en realidad! [...]

De-Chen Asbram, 25 de mayo de 1916

Ha llegado la primavera, una primavera típica de las grandes alturas, lo que significa rododendros en flor, matorrales que se parecen un poco a las rosas de los Alpes abiertas y una temperatura de 15°; los días de mucho calor son todo un lujo. Los muchachos, cuando van a cortar leña al bosque, traen a la cabaña ramos y verduras silvestres. Parece casi asombroso comer sopas verdes tras la interminable sucesión (ocho meses) de potajes de lentejas diarios.

Prosigo mis experimentos sobre el *tumo*, método de generar calor famosísimo en el Tibet. La cosa tiene su miga. Se observa principalmente autosugestión, eso sin ninguna duda, y en segundo lugar hábito, el endurecimiento que produce la práctica, pero también una manera de actuar sobre la respiración y la circulación de la sangre que es, a fe mía, muy ingeniosa tratándose de personas que no poseen ninguna noción de verdadera fisiología y anatomía y que han descubierto ese método empíricamente. No tengo tiempo y, además, soy demasiado perezosa para seguir el sistema de entrenamiento completo; me conformo con un término medio y los resultados me asombran. Llego a permanecer sentada en el exterior, en el balcón, antes de que salga el sol, vestida con una fina túnica de muselina de Benarés, sin notar el frío. He hecho lo mismo con los pies hundidos en una gruesa capa de nieve. Poco a poco he sentido la necesidad de disminuir la cantidad de mantas, ya que pasaba demasiado calor por la noche. Hay una diferencia enorme entre este resultado y mi estado perpetuamente temblequeante del verano pasado.*

* Acerca de este entrenamiento (*tumo*), véase *Magos y místicos del Tibet*.

Realizo este experimento con curiosidad porque es algo interesante, pero también con una finalidad práctica que comprenderás fácilmente. No hace ninguna gracia pasar frío, ni resulta cómodo utilizar muchas prendas de abrigo y mantas. Durante mi última estancia en las estepas tibetanas, parecía más un enorme fardo ambulante que un ser humano. Si en esta ocasión puedo practicar con poca ropa mi deporte favorito, la marcha, y si ya no castañeteo por la noche dentro de la tienda, será un gran placer para mí. [...]

De-Chen Asbram, 20 de junio de 1916

Dentro de una semana parto hacia Chörten Nyima y algunos «más allá» todavía imprecisos, de los que te hablaré una vez realizadas las excursiones. Te ruego que, en las cartas que me envíes, no escribas la palabra «Tibet». Puedes emplear perifrasis. Por ejemplo, País de las Nieves se aplica también al Himalaya, incluso es la traducción exacta del sánscrito: *hima* = nieve, *laya* = morada. En estos tiempos de guerra, la censura abre algunas cartas, y pequeñas excursiones por las cercanías podrían ser interpretadas como auténticos viajes de exploración por un país que todavía hoy sigue siendo territorio prohibido. Podrían producirse contratiempos como consecuencia de malentendidos de esta especie. [...]

Chörten Nyima, 2 de julio de 1916

Acabo de llegar y aprovecho que los guías de yacs regresan a Lachen para enviarte una nota.

El viento, como de costumbre, me ha quemado la piel de la cara y los labios. Estoy totalmente tumefacta y dolorida.

El tiempo, una vez pasada la frontera, ha sido bueno. Hemos venido muy deprisa haciendo dos etapas en un día, lo que me ha cansado un poco, pues hacía tiempo que no montaba a caballo. En fin, todo ha salido bien y después de un día de reposo ya no me acordaré. [...]

Chörten Nyima, fecha aproximada 4 de agosto de 1916

Aprovecho que un hombre baja a Lachen guiando a unos caballos para enviarte unas líneas escritas con premura, ya que el hombre en cuestión tiene prisa.

He estado en Shigatse y te mandaré un relato detallado de ese viaje. Recibi una excelente acogida por parte del tashi-lama, que ya me conocía por correspondencia, y de su madre, una anciana amabilísima. Visité a varios lamas de alto rango. En resumen, una estancia interesante, pero un viaje bastante agotador para una amazona de cuño demasiado reciente como yo.

Vuelvo a marcharme pasado mañana para visitar a un eremita que

se aloja en una gruta de montaña situada a bastante altura y, hecho esto, regresaré a mi casa de De-Chen Ashram.

El tashi-lama y su madre me han «obsequiado» en abundancia, lo que ha causado gran admiración y consideración hacia mi persona. [...]

De-Chen Ashram. No tengo ni idea del dia. Agosto de 1916.

Regresé ayer de mi pequeña expedición, que, pese a alguna contrariedad climatológica (granizadas, diluvios), ha sido todo lo interesante posible. Ha tenido un secuela que, si se quiere, también podría calificarse de interesante desde el punto de vista del estudio de las costumbres de los funcionarios coloniales. Por desgracia, dicho estudio resulta oneroso para mí y, en este momento, vale más dedicar el dinero a aliviar a nuestros heridos o a construir cañones que verlo caer en las arcas de un tesoro exótico. Aquí, la gente afirma enérgicamente que las citadas arcas son simple y llanamente el bolsillo del residente. Yo no me atrevo a creerlo y me esfuerzo en convencerlos de que los hábitos europeos difieren en este punto de los del Tíbet, pero ellos me tachan de boba y siguen en sus trece. Después de todo, ¿quién de nosotros tiene razón? Es un punto que quizás permanezca sin aclarar.

Los hechos son los siguientes. De pronto, el residente empezó a darle vueltas al asunto de mi viaje a Shigatse. Amables clergymen, rabisos al ver que se me dispensaba una buena acogida en un lugar al que ellos no tienen acceso y que daba a sus fieles indígenas el mal ejemplo de una «blanca» que mantiene relaciones amistosas con el tashi-lama, debieron de calentarle la cabeza. En resumen, se puso hecho un basilisco y la pagó con los lugareños, que, dicho sea de paso, no valen un comino y son los peores animales que quepa imaginar, pero que en este caso eran completamente inocentes. Les impuso una fuerte multa colectiva y atronó contra los consternados lamas (unos lamas pueblerinos de orden muy inferior). Mis sirvientes han sido apercibidos, y yo también, por haber contravenido un reglamento administrativo. Eso es todo lo que el irascible personaje puede hacer. Afortunadamente, no le está permitido arrestarnos, pero debe de morirse de ganas. [...]

Querido, en estos últimos días transcurridos en la soledad tibetana, después de volver, he tenido la impresión un tanto melancólica de que había pasado la última página de una juventud tardía y harto prolongada, de que había vivido mi última aventura. En Japón encontraré un país sensato, apacible, tranquilo, civilizado, con ferrocarriles, carreteras, puentes sobre los ríos, hoteles, tranvías..., allí serán imposibles las caminatas temerarias por estepas y montañas solitarias, las noches glaciares en la tienda, las tardes de nieve en que la fogata de

boñiga de yac no prende y en que se cena una lata de conserva y un vaso de agua helada y fangosa cogida en el torrente más próximo. Eso tiene su encanto, pero para envejecer en semejante país o bien hay que haber nacido en él o bien desafiar la razón imperante. Me parece que al dejar el Himalaya me encamino hacia la ancianita con gafas doradas o plateadas que viste en sueños. No sé si las gafas serán doradas o plateadas, pero creo que habrá un poco de erudición tras ellas. ¡Y tal vez también... una pizca de sabiduría! [...]

De-Chen Ashram, 24 de agosto de 1916

[...] Estoy preparando mi marcha. Después de todo, como un día te escribí —tal vez lo recuerdes—, sabía que llegaría el momento en que bajaría la montaña, en que miraría mi cuchitril por última vez, como el otro día miré, por última vez, las montañas azuladas del Transhimalaya y la tierra tibetana. Las cosas son como la arena fina que uno se esfuerza en conservar apretando la mano, como el agua que se quiere coger con los dedos; por crispados que éstos estén, arena y agua fluyen, fluyen... Todo pasa, todo se aleja... «Anica!», «impermanencia» por doquier, dijo Buda. Así está hecho el mundo, de «impermanencia», de perpetuo cambio.

¿Querrás creer que ese Japón futuro me asusta un poco, a mí, la aguerrida viajera? No sé japonés (oh, lo chapurrearé dentro de seis meses, no es nada del otro mundo), y uno se siente absolutamente idiota e impotente ante personas que no le entienden y a quien no comprende. Evidentemente, si viajas como turista la dificultad queda eliminada de inmediato. Desembarcas y el intérprete de turno está allí esperándote. Te instalas en un gran hotel donde se hablan varias lenguas. En la calle dispones de guías que te llevan como si fueses un faro a visitar los parajes y las curiosidades catalogadas. Es estúpido pero poco complicado; yo practiqué tal deporte tiempo atrás. Hoy es diferente; el hotel queda descartado, nada más llegar es una zambullida en la vida indígena. Les he escrito a unos amigos japoneses. ¿Adónde van a alojarme? ¿En una casa para mí sola, con una familia, en un monasterio? Todavía no sé nada al respecto. Pero me las arreglaré. Será divertido y difícil, pintoresco y agotador, pero un poco más adelante, cuando haya puesto orden y me haya asentado, de eso saldrá alguna instalación llena de exotismo, la casa de Madame Chrysanthème adaptada para uso de una dama más madura que la heroína de Loti y de carácter muy distinto. Tengo un poco de miedo de que mis ojos, acostumbrados a la majestad del Himalaya, no encuentren mucho encanto en los pequeños paisajes de Japón, pero se acostumbrarán, seguro, y en ese país se pueden llevar a cabo estudios lo suficientemente cautivadores para otorgar encanto a una estancia, incluso en un marco

reducido. Las Escrituras sánscritas del *mahayana* están muertas en el país donde nacieron, la India, pero florecen en el extranjero de tres formas distintas, como tres interpretaciones surgidas de diferentes cerebros: en China, en Japón y en el Tibet. Se pueden realizar enfoques curiosos, detectar divergencias interesantes... [...]

Darjeeling, 17 de septiembre de 1916

[...] Es increíble, pero estos meses pasados en Dewa-Thang, mi casa «construida sobre la roca», todo eso parece no haber existido jamás. Se diría que ha sido un sueño; veo todas esas cosas como imágenes nebulosas, y sin embargo acaban de suceder. Me gustaba mucho ese solitario rincón montañoso. Hubiera sido estupendo vivir allí realmente sola, pero los nativos, atraídos por mi presencia como una nube de mosquitos incordiantes, me han estropeado la estancia. Su última hazaña ha sido entrar en mi casa y saquearla durante mi último viaje al Tibet. Aunque el saqueo dista mucho de haber sido total, las pérdidas han sido sensibles.

Visiones que pasan, así es la vida. ¿Qué visiones me depara el futuro? [...]

Sí, le he enviado un artículo a Elie,² aunque lo he firmado con un nombre hindú. Amigo mío, mi sabiduría no es tan perfecta como para haberme hecho renunciar a la literatura. He publicado varias cosas que no te he enviado porque han aparecido en inglés en Londres, en la India y en Estados Unidos, estudios orientalistas que, agrupados, sin duda formarán un libro. Voy a dar conferencias en Calcuta y en Rangún. La máquina puesta en marcha continúa funcionando debido a la fuerza de la velocidad adquirida. Todo eso es un simple juego; la única diferencia es que he dejado de tomármelo en serio y de tomarme en serio.

«Taroba», 13 de enero de 1917

Ayer visité Penang. Es una pequeña ciudad limpia y coqueta, situada en un hermoso paraje rodeado de montañas. No hay nada especial que ver aparte del templo chino, cuyos diferentes santuarios se alzan escalonados en la ladera de una montaña. Es un lugar limpio, bien conservado y bastante rico en tallas de madera y hermosos adornos, como la mayoría de los edificios religiosos que pertenecen a los chinos. El superior del monasterio sabe un poco de inglés. Además, conoce a personas que yo también conozco, y la amabilidad budista y los sentimientos hospitalarios que animan a la mayor parte de los chinos hacen el resto. Me invita a tomar té con pastas, y finalmente insiste en que me quede a comer. Me dice cosas bellas de una filosofía refi-

* Uno de los hermanos de Philippe Néel.

nadísima, de esas que saben decir los budistas doctos, principalmente los que pertenecen a las sectas *mahayanistas*. Se trata de pensamientos sutiles, objetivos, muy alejados de cualquier tipo de sectarismo y fanatismo. Aquí, la salvación no es algo trágico. Puede serlo «antes» para el discípulo que aún no ha comprendido; después, la «liberación» se produce con una sonrisa consciente y sosegada: «¿Así que no era más que eso?... ¡Los fantasmas terribles, los dioses y los demonios y todo el drama del mundo no eran sino un instante de delirio provocado por la fiebre!» Enormes budas sonríen a nuestro alrededor, pebeteros gigantes desprenden humaredas perfumadas... ¡El mundo podría ser un bonito sueño si los hombres fuesen capaces de comprender, pero allá, en Occidente, prefieren matarse unos a otros!

Suceden cosas extraordinarias. Hace más de diez años que buscaba una traducción completa del *Kalevala*, la famosa saga finlandesa, y acabo de encontrarla en una librería de Penang. Sin embargo, mi buena suerte se ha visto mermada por mi propio atolondramiento. Cegada por la alegría, cogí la obra sin darme cuenta de que consta de dos volúmenes y compré sólo el segundo tomo. Descubrí la torpeza que había cometido una vez a bordo, cuando ya no podía regresar a tierra; intentaré encontrar el primer tomo en otro sitio. En cualquier caso, tengo la dirección del editor en Londres y la del librero de Penang, así que no es grave. Las sagas son antiguos poemas épicos que cantaban los bardos escandinavos, fineses e islandeses. Algo así como *La Ilíada* de los griegos. Me gusta esa literatura un tanto caótica que se mueve entre las nieves y las brumas...

Interrumpo las impresiones literarias para informarte de que el crucero y dos torpederos japoneses han partido para dar caza a dos submarinos alemanes que han sido detectados. Me habían hablado de ello en Rangún, pero no acababa de creérmelo. El hecho se verifica. No te diré que estoy encantada. Voy a hacer de nuevo el hatillo (igual que al regresar de Calcuta) para que esté a punto de ser transportado al bote en caso de «accidente». Creo que con este tiempo los botes no aguantarán mucho. Pero no se puede hacer nada, ¿verdad? [...]

*Paquebote Cordillère, cabo Saint-Jacques,
22 de enero de 1917*

[...] Apenas hemos visto al gobernador Albert Sarraut, que se dedica a preparar en su camarote los discursos para cuando llegue. Es el jefe de una curiosa *smala*. La componen una mujer que de joven debió de ser guapa, poco distinguida aunque se da unos aires que sin duda ella cree muy aristocráticos y con un infernal acento meridional: pronuncia las erres como si estuviera imitando una tormenta. A continuación, la hija mayor, de rostro agradable y porte gracioso, pero también

con unos aires que no le corresponden. Le sigue un hermano de unos diecisési o diecisiete años, uno de esos ejemplares humanos que mi padre, utilizando una expresión hoy anticuada, llamaba «fatuos». Sólo habla de caza y matanzas de animales. Se nota que no vacilaría en matar «salvajes» si tuviera la posibilidad de hacerlo. Completan la familia otros dos hijos más pequeños, una institutriz rusa que es una pianista consumada y un preceptor que haría mejor en estar en las trincheras que paseándose por aquí.

Todas estas personas bailan tangos por la noche. Ayer me impuse el deber de quedarme en el salón con ellos para estudiarlos más de cerca. ¡Seres pobres, cerebros pobres! No es momento de bailar cuando tenemos a los boches en casa. Si actualmente bailan tangos en Berlín o en cualquier otro sitio, debe de ser con la mentalidad de un siux bailando la danza de la cabellera: «Así pisotearemos los cadáveres de los vencidos, sobre las ruinas de las ciudades enemigas.» Es horrible, pero semejante espíritu es el que animó a los hunos, a los visigodos, a todas las hordas de Asia que redujeron la gloria romana a la nada. Hay que saber adónde se va, saber lo que se quiere; si se quiere poseer el mundo o rechazarlo. Cuando el joven Sarrault hablaba de matanzas de grullas, esas maravillosas aves, yo pensaba: las aves disfrutan con la muerte de los insectos con los que se alimentan, el hombre que está ante mí encuentra placer destruyendo a las aves, los alemanes disfrutan matando franceses. ¿Acaso los franceses no han cometido atrocidades en lugares donde atracamos, como Annam y Tonkin? Los pioneros belgas en el Congo compraron niñas esclavas a fin de utilizarlas como cebo para cazar tigres, las ataron sobre hormigueros para que sus gritos de dolor atrajeran a las fieras y les cortaron las manos a cientos de negros que se negaron a transportarlas. Hoy, los boches les han cortado las manos a niños belgas. Los ingleses martirizaron a los bóers, los bóers habían martirizado a los negros del sur de África. Es el horror y la inconsciencia universales; en ello no hay ni humanidad, ni bien, ni nada de ese tipo; tan sólo el desenfreno de los apetitos engendrados por la ilusión de la realidad del «yo» y que gravitan a su alrededor. Hay un deseo ciego de «ser», de «durar», contrario a la ley inmutable que es la «impermanencia» de todo.

Todas estas personas que me rodean me producen el mismo efecto que las ortigas, su ajetreo desordenado y frenético me resulta doloroso. Estoy impaciente por ver de nuevo montañas, por recuperar la soledad, la paz. [...]

Japón, Kobe, 7 de febrero de 1917

Ayer, hacia las cuatro de la tarde, llegué a Kobe. Un señor al que no conozco, enviado por otras personas a las que sólo conozco por

correspondencia, subió a bordo al mismo tiempo que las autoridades sanitarias para buscarme, lo que me resultó muy útil para desembarcar y pasar por la aduana mis veintiocho bultos. Todo fue muy bien. En Japón hace frío, pero la temperatura no se puede comparar con la que encontré en Shanghai. La llegada a Japón por el mar interior es simplemente mágica. Se navega a través de miles de islotes a cuya más pintoresco. El tiempo había mejorado: sol y justo la ligera bruma necesaria para envolver los paisajes en cierto misterio. Mi primera impresión, la que tanto temía, ha sido excelente. Espero que la continuación no me decepcione.

Hoy he paseado un poco por Kobe; es una populosa ciudad que no ofrece nada destacable. Mañana a mediodía tomaré el tren para Kyoto, donde tengo intención de instalarme. [...]

Atami Hotel, 18 de febrero de 1917

Te escribo frente al Pacífico, lo más pacífico que hay en estos tiempos. He llegado aquí hace dos horas. [...]

En Kyoto he recibido una cordial acogida por parte del profesor Sonoda, director de la universidad budista y amigo de Sylvain Lévi. En Kyoto hay una universidad imperial, una cristiana y otra budista. Me ha encontrado alojamiento en un monasterio de la secta Zen. Interpreta la palabra «monasterio» como un inmenso parque amurallado donde hay numerosos templos, edificios diversos y viviendas, situadas éstas asimismo en jardines rodeados de muros. La que quieren asignarme es principesca; el tejado y el pórtico de entrada son imponentes. Hay una docena de habitaciones, dos de las cuales forman un oratorio; los religiosos se reservan el derecho de reunir allí a una congregación una vez al mes durante unas horas. No es ningún incordio. Al parecer se espera de mí algo así como 30 francos al mes a cambio del uso de esta casa. Es perfecto, pero esa bellísima casa está rodeada de bosques de bambúes tan tupidos que impiden ver cualquier cosa. No es muy alegre. Yo, evidentemente, preferiría el campo abierto, un rincón montañoso desde donde se dominara un hermoso paisaje, pero no he encontrado nada así. Parajes bonitos no faltan, pero están desprovistos de casas. La ventaja que presenta estar en un monasterio es que podría tener al alcance a eruditos capaces de ayudarme en mis investigaciones. Después de todo, se trata simplemente de un alquiler mensual que no compromete durante un plazo largo... Esta tarde he estado mirando en los alrededores del pueblo y no me parece que haya muchas posibilidades de encontrar una casa vacía en esta estación. [...]

19 de febrero de 1917. Esta mañana he salido con la intención de ir simplemente a visitar un templo cercano; desde este templo he subido

a otro, luego al depósito que provee al pueblo de agua dulce, luego he seguido subiendo, y entonces he encontrado un camino de peregrinación marcado de trecho en trecho con piedras del panteón japonés; de hecho, un *bodhisattva* enmascarado. Y he seguido el camino un buen rato, acercándome cada vez más a las cimas, hasta que tras varias horas de marcha he llegado a una especie de altar rústico, presidido por un Buda bajo un humilde techo de caña. Muy cerca había dos casas donde vendían refrescos. Me he comido una naranja y he bebido té, y la patrona se las ha arreglado para hacerme entender, en japonés, que debía subir aún más arriba y que desde lo alto vería el famoso monte Fuji. Otra larga escalada, pues, y luego la completísima visión del rey de las montañas de Japón, con el manto de nieve sobre su lomo redondeado. ¡Un triste gigante para quien ha frecuentado las cumbres himalayas! Sin embargo, en la dirección opuesta, la vista de las montañas, escalonadas hasta orillas del océano en progresión descendente, era realmente soberbia. La excursión, entre ir y volver, ha durado seis horas. El viento soplaban con mucha violencia y esta noche se ha desencadenado una tormenta; el Pacífico ya no tiene nada de «pacifico».

21 de febrero de 1917. Ayer recibí una carta de Tokyo animándome a ir allí, aprovechando que estoy cerca, para ver a algunas personas. Así que pasado mañana me marcharé de Atami e iré a pasar tres o cuatro días a Tokyo, desde donde regresaré directamente a Kyoto para no volver a viajar hasta el verano. Me será de utilidad ponerme en contacto cuanto antes con la mayor cantidad posible de personas en disposición de ayudarme a llevar a cabo con provecho estudios filosóficos. Éstos, de momento, se reducen en resumen a dos temas: comparar las doctrinas de la Shingon-shu de Japón con las de los lamas tibetanos y comparar los métodos de entrenamiento espiritual —meditación, etcétera— de la Zen-shu con los de la India. [...]

22 de febrero de 1917. Acabo de hacer la maleta para partir mañana por la mañana. Anoche cené al estilo japonés en casa de mis amigos. Decididamente, él es de lo más divertido. Hay mucho montmartrismo en ese japonesito. Al igual que su mujer, es pintor, y, también como ella, me parece que se dedica a un arte bastante «modernista». Colores en densas capas, lienzos que exigen retroceder, y retroceder mucho, para ser apreciados.

Atami es encantador; un rincón provenzal y a la vez majestuoso. El océano es azul, y el cielo también absolutamente azul. Hay pinos oscuros que contrastan con los bambúes; es realmente precioso. Infinidad de naranjas enormes cuelgan de los árboles, los ciruelos todavía conservan algunas de sus blancas flores de hace unas semanas, los me-

locotoneros y los cerezos están deslumbrantes. Para ver todo esto hay que alejarse de los pueblos, porque los pueblos, como en todas partes, son feos. [...]

Tokyo, 7 de marzo de 1917

[...] Esta mañana he recibido la visita del ingeniero en jefe del tráfico de las Líneas Ferroviarias del Estado, que ha vivido en París porque fue enviado a Francia por su gobierno para estudiar el funcionamiento de los ferrocarriles. Un hombrecillo muy amable, que me ha pedido que cuente con él para ayudarme en las dificultades inherentes a los primeros tiempos de estancia en un país desconocido. Es discípulo del abad del templo de Kamakura, adonde quizás vaya el invierno que viene. El hijo mayor de Tolstoi también está aquí, en el mismo hotel. Se marcha mañana rumbo a América. Como es natural, hemos hablado mucho, y me ha invitado a que vaya a verlo a Rusia después de la guerra. Ya sabes que su padre y Elisée Reclus eran muy buenos amigos.

Ayer estuve con unos amigos en el Teatro Imperial. La representación empieza a las cuatro. Se cena en un entreacto y el espectáculo se prolonga hasta las diez. Muy interesante para verlo una vez. Trajes maravillosos, decorados bonitos, muy sencillos pero enormemente frescos; unos bailarines extraordinarios y, en las obras dramáticas, una especie de coro semejante al de los griegos, que acompaña la acción con sus reflexiones y con unos aullidos, cloqueos, gemidos y rugidos curiosísimos.

En resumen, estoy encantada de mi estancia en Tokyo; es decir, de las personas que he conocido, la mayoría pertenecientes al ámbito universitario. El conde Tolstoi ve las cosas de un modo distinto y se marcha decepcionado. No ha comprendido a los japoneses, o los japoneses no lo han comprendido a él. Es de esas personas que pretenden que los demás vean y piensen como ellas. Yo tomo a los japoneses por japoneses. Tienen innumerables cosas interesantes y dignas de estudio, pero ¿por qué se les va a pedir que sean perfectos, cuando nosotros mismos no los somos, o se va a pretender que les aflijan las mismas imperfecciones que a nosotros? Tolstoi hijo no sabe sentarse sobre los talones y prosternarse una docena de veces seguidas ante un anfitrión que, siguiendo la costumbre ancestral, se deshace él mismo en prosternaciones. No digo que no sea una lata, pero, si la intención de los que me reciben es ser amables y hospitalarios, ¿por qué voy a criticar sus costumbres? No son de mi incumbencia. Ellos no me piden que las adopte de forma definitiva, pero es de buena educación adaptarse a ellas momentáneamente.

Con todo, sentarme al estilo japonés es para mí una tortura. Lo

evito siempre que puedo y adopto el estilo birmano, que me resulta cómodo. Aquí, la posición hindú no se admite en sociedad; sólo se utiliza para los ejercicios religiosos: meditación, etcétera. Sillas no hay, así que es preciso amoldarse. [...]

Tokyo-Shimonoseki Special

Daily Train de Luxe, 12 de marzo de 1917

Kyoto, 22 de marzo de 1917. Querido, he dejado dormir esta carta para poder hablarte de mi instalación en Kyoto. Ya es cosa hecha, pero la he hecho mal y debo rectificar. Ya te dije que me habían encontrado una casa en el recinto de un monasterio. También te dije que su situación no me gustaba mucho. Sin embargo, para evitar los elevados gastos de alojarme en un hotel, decidí acampar allí en espera de algo mejor. Una vez instalada, comprendí aún mejor todos los inconvenientes que presenta esa vasta vivienda. Es oscura, excesivamente fría, y necesita con urgencia unas reparaciones que sus propietarios no están en condiciones de efectuar. En cambio, el abad del monasterio, cuyo rango correspondería entre nosotros más o menos al de un obispo, ha resultado ser el anciano más amable que quepa imaginar. Si lo asimilo a un obispo es únicamente para que te hagas una idea de su situación social, pero sus atribuciones son muy distintas; pese a que los japoneses tienen una especie de clero jerarquizado, la influencia del budismo original continúa siendo demasiado poderosa para que se organice una Iglesia como la de Roma o la de los griegos ortodoxos. Bien, pues el eminent abad es un hombre afable, de maneras muy sencillas, un erudito y un pensador. Yo le había sido entusiasticamente recomendada por unos amigos comunes, de forma que me dispensó un recibimiento de lo más cordial. Su casa se encuentra a unos pasos de la mía, separada por unos jardines. La casa es como él, muy sencilla, de una limpieza inmaculada. Por ella circulan jóvenes religiosos vestidos de negro, con el pelo y la barba afeitados y cara de muñeco. En cuanto al abad, lleva amplias vestiduras unas veces de color oro bruñido y otras violeta, es de tez muy blanca y tiene los ojos castaños; un aspecto muy poco japonés. De su amabilidad he recibido golosinas, dulces y unas invitaciones a cenar que me producen auténtico terror: la cocina japonesa es pura y simplemente abominable. Mi última experiencia data de unos días, en que fui invitada en compañía del citado abad y de dos más por una de las comunidades que reside en el recinto del monasterio. Una gran estancia desnuda, como en todas partes aquí. Esteras inmaculadas, alfombras rojas y un cojín para cada invitado, con una minúscula mesa de apenas veinte centímetros de altura. Estufas de bronce, una por invitado, que inundan la habitación de ácido carbónico, y a continuación da comienzo la fiesta: un desfile

de cuencos y platitos con cosas que tienen un espantoso sabor de agua de fregar y un asqueroso olor de alcantarilla. Es horrible, y hay que tener realmente un gran control nervioso para reprimir las náuseas, alentadas por la semiasfixia en la que uno flota. ¡Con qué alegría se acogen las prosternaciones reciprocas que indican el fin del suplicio y la posibilidad de regresar al aire libre! Durante todo el día siguiente la nauseabunda bazofia te repite. ¡Horroroso, horroroso!

Dentro de tres días, Mrs. Suzuki estará aquí. iremos a ver Nara, cerca de Kyoto, y subiremos al monte Koya, donde tal vez encuentre una vivienda para pasar el verano. Ya te he contado que Koya es un enorme monasterio que comprende algo así como trescientos templos, situados en una vasta meseta en la cima de una montaña, a 800 metros aproximadamente de altitud. Necesito aire libre y descanso; me siento cansada de deambular por ciudades desde que dejé el Himalaya.

A decir verdad, añoro un país que no es el mío. ¡Las estepas, la soledad, las nieves perpetuas y el gran cielo claro de «allá arriba» me obsesionan! Los momentos difíciles, el hambre, el frío, el viento que me cortaba la cara y me dejaba los labios tumefactos y ensangrentados, los campamentos en la nieve, durmiendo sobre el fango helado, y los altos en el camino entre una población increíblemente mugrienta, la codicia de los lamas y los lugareños, todo eso no tiene importancia, esas miserias pasaban enseguida y uno quedaba perpetuamente inmerso en un silencio donde sólo cantaba el viento, en las soledades casi desprovistas incluso de vida vegetal, los caos de rocas fantásticas, los picos vertiginosos y los horizontes de luz cegadora. Un país que parece pertenecer a otro mundo, un país de titanes o de dioses. Continúo hechizada. Yo he ido a ver allá arriba, cerca de los glaciares himalayos, paisajes que pocos ojos humanos han contemplado; tal vez era peligroso y, como en las fábulas antiguas, ahora las deidades se vengan. ¿De qué se vengan? ¿De mi audacia por haber turbado sus moradas o de mi abandono tras haber conquistado un lugar junto a ellas? No lo sé; de momento, lo único que sé es que siento nostalgia. Japón me ha decepcionado, pero, en mi estado de ánimo, sin duda todo me habría decepcionado. No niego que haya parajes encantadores; te he citado los de Atami, y durante mi regreso aquí en tren he atravesado regiones montañosas cautivadoras. Pero se pueden ver más o menos parecidas en las Cevenas, los Pirineos o los Alpes, mientras que el Himalaya es único. Además, Japón está infinitamente demasiado poblado para mí. En cuanto empiezas a serenarte ante la visión de un bello paisaje, ¡plaf!, tras un recodo del camino te topas con un pueblo o una fábrica, o con cualquier cosa hormigueante de humanos atareados y ruidosos. Y según una opinión que tengo desde muy joven, los hombres estropean

la naturaleza. ¿Hay algo más feo que unos campos cultivados donde se alinean nabos u otros vegetales comestibles? Sin cultivos no comíamos, replicarán algunos. Es verdad, pero sin cocina tampoco, y en virtud de ello la cocina se puede considerar la habitación más útil de la casa; sin embargo, la gente que tiene medios para disponer de otras habitaciones no elige pasar el día en la cocina. Lo mismo sucede con las vistas. Que me traigan de muy lejos el arroz y las patatas, y que pueda tener ante los ojos la deliciosa y maravillosa jungla, llena de plantas libres, de florecillas independientes, de árboles con ramas caprichosas que tienen una individualidad propia, que «viven su vida», puesto que no son nada filósofos y siguen creyendo, pobres inocentes, que nosotros tenemos una vida y una persona propias que sólo son nuestras. [...]

Una cosa encantadora en Japón son, por ejemplo, las personas. ¡He conocido a montones, a cual más amable, de todas las clases sociales! Evidentemente, a los pobres, los sirvientes, los que tiran de los *rickshaws*, etcétera les gusta recibir gratificaciones, pero no son exigentes como los hindúes o los tibetanos y se revelan realmente útiles, incluso después de haber obtenido el presente esperado. En resumen, no regatean su ayuda como se hace en la India y todavía más en Birmania y el Tíbet. Algunos europeos y americanos se quejan de que los miran por la calle y se ríen de ellos. Esto se debe a que por lo general son muy altos; yo, que soy bajita y tengo el pelo oscuro, no provoco semejante diversión a mi paso. En ocasiones los niños me saludan gritando o me hacen una reverencia, pero lo hacen sin ninguna malicia; es más bien una travesura amable, y si los llamo o cojo a uno de la mano, enseguida se comportan con una gravedad cortés de persona mayor que resulta de lo más cómica.

Tofoku-ji, mi monasterio, es una residencia austera; algo así como una mansión de puritanos acomodados. Se barren los paseos como si fueran habitaciones, no hay ni una mota de polvo en el umbral de las puertas... Varias veces al día se oye golpear las tablas que hacen las veces de campanas. El mazo marca un ritmo especial, común a la India y el Tíbet. Suena así:

----- Los golpes, al principio muy espaciados, se juntan hasta producir un redoble, y así tres veces seguidas, cada una de las cuales termina con un golpe seco final. Así es como se indica la hora de la primera sesión de meditación, hacia las cuatro de la mañana, la de las comidas, la de las otras sesiones de meditación y la de irse a dormir, a las nueve de la noche. Y ese sonido breve, desprovisto de la poesía de la voz de las campanas, intensifica más la sequedad de la atmósfera espiritual del lugar. La secta a la que pertenece el monasterio se jacta de no ser mística, sino positiva. Sus adeptos afirman ser investigadores li-

bres facultados para examinar, apreciar, tocar y ver por sí mismos. Hacen caso omiso, dicen, de las Escrituras, los dioses y los demonios, que pueden existir o no; de hecho, han dado a la aristocracia japonesa unos estoicos comparables a los de Zenón.

Sin embargo, Oriente, incluso el positivista Oriente amarillo, tiene su fiebre mística. Se manifiesta plenamente aquí, en la secta Shingon, a la que pertenece Koya, pero en Tofoku-ji hay oratorios perfumados con inciensos maravillosos y, todas las noches, la música solemne de las vasijas de bronce golpeadas a largos intervalos acompaña el recitado de los *sutras*. Dichas vasijas se utilizan como campanas en el interior de los templos. Son tremadamente sonoras y sus vibraciones se prolongan varios minutos. A medianoche, en el templo vecino al que yo habito, la salmodia contenida —aquí nada es ruidoso— alterna con las ondas graves que envuelven las moradas y los bosquecillos ensombrecidos por los altos bambúes, se propaga, se funde con las que parten de los otros santuarios. Todo es quietud, paz, indiferencia, supremo desapego... con una pizca de sensualidad artística e intelectual asociada al conjunto... ¡Sí, en los rudos peregrinajes del viento que aullaba alrededor de la tienda en las estepas de Khampa y la música de los cobres y los timbales al crepúsculo en las *gompas* perdidas entre las nubes!... ¡Nada puede hacer olvidar eso!

Rikyoku en el Templo

Tofoku-ji Monastery, 5 de abril de 1917

Ya estoy de vuelta en Kyoto. El monte Koya es soberbio y me ha recordado mucho a Sikkim; los árboles del bosque son extraordinariamente altos. Esa masa de gigantes produce un efecto soberbio. Desgraciadamente, la naturaleza del suelo genera un fango resbaloso de lo más desagradable y en el que te hundes hasta más arriba de los tobillos. Yo subí hasta la cima montada en un *rickshaw* tirado por dos hombres. En ese vehículo, el trayecto desde el pie de la montaña hasta la abadía duró cuatro horas. Debería haber subido a pie, pero el camino no estaba en muy buenas condiciones debido al horrible fango y, para ser sincera, de momento me siento un poco achacosa. Mi compañera* y yo nos alojamos en una casa soberbia y muy poco acogedora, donde literalmente nos helamos. Hay algunos templos hermosos en el inmenso recinto del monasterio, pero el más notable es el «cementerio», una antigua y vasta necrópolis construida en el bosque, que forma una especie de antecámara enorme en la tumba del célebre fundador de la secta Shingon: Kobo Daishi. Allí dentro hay desde monumentos imponentes hasta simples piedrecitas de veinte centímetros

* Se trata de la mujer del profesor y escritor T. D. Suzuki (budista zen).

de alto, pasando por todos los tamaños comprendidos entre ambos. Tumbas señoriales y otras anónimas de humildes fieles. Algunas tan sólo albergan una infima parte del cadáver, como un dedo o un mechón de pelo, ya que el transporte del cuerpo entero resulta demasiado oneroso para bolsillos humildes. Los que son todavía más pobres ni siquiera pueden pagar el derecho a una misera piedra personal y se les reserva una construcción común, osario donde se entremezclan los restos de huesos de los absolutamente proletarios. Todos han querido permanecer en compañía del gran santo, dormir a su lado durante siglos... Él, sin embargo, reposa al fondo de la necrópolis, cuyas estelas forman su guardia de honor. Su tumba es un simple túmulo de unos dos metros de alto, rodeado de linternas y de lotos de bronce; día y noche arde incienso en su honor en un gran pebetero. Esta sencillez sería suficiente para que uno se quedara gustoso allí, en la oscuridad y el silencio del bosque, pensando en la vida del sabio, pero sus discípulos no lo ven así. Ante la austera tumba, aislandola, relegándola a la humedad y el moho de las hojas muertas acumuladas, han construido una costosa cabaña con maderas nobles y voluminosas linternas de oro. Allí dentro, unos centenares de mesas minúsculas sostienen ofrendas hechas a los manos del gran hombre que negaba, no sólo la supervivencia, sino la existencia del «yo». Unos bonzos venden diferentes clases de amuletos e invocan el espíritu del célebre Kobo en favor de cualquiera que les dé 5 cens (unos 15 céntimos). Una ganga, ¿no?

Visitamos los templos de Nara y allí vimos a algunas personas, entre ellas a un pariente del emperador, una joven (dieciocho o veinte años como máximo) abadesa de un templo de religiosas. En algunos puntos el campo me recordaba el sur de Nepal. Nos hallamos lejos de allí, y no me gusta mucho este Japón excesivamente civilizado, excesivamente occidentalizado.

De Nara fuimos a Ise, donde están los templos tres veces sagrados dedicados a la diosa sintoísta solar Amaterasu y a todos los demás dios antepasados de los emperadores de Japón. El paraje recuerda, con sus árboles gigantescos, los bosques drídicos. Allí, en medio del bosque, rodeadas por tres murallas protectoras, están las moradas de las divinidades. Sólo se ven los tejados de caña, sostenidos por vigas gigantes de madera natural parcialmente recubierta de oro. Es tremendamente sencillo y a la vez muy grande, muy imponente. Los sacerdotes y el emperador son los únicos que tienen derecho a penetrar en los templos, la familia imperial es admitida hasta el umbral, los altos dignatarios pueden acceder hasta la primera empalizada interior, otros, de rango menos elevado, hasta la segunda, y la masa, por último, no puede cruzar la tercera muralla. Los numerosos peregrinos se

prosternan o, más bien, se ponen en cuclillas, tras haber arrojado su ofrenda sobre una gran sábana blanca colocada ante el pórtico. De vez en cuando, unos sacerdotes retiran las monedas. Yo los he visto llevarse cuatro sacos llenos, tan pesados que un hombre a duras penas podía transportar uno de ellos. A buen seguro casi todo es calderilla, pero también hay monedas de plata. Peregrinaje también aquí; el nombre de Dios cambia, pero la mentalidad del devoto es eternamente la misma, al igual que la del sacerdote, que vive del altar y creo que seguirá viviendo de él indefinidamente.

Si hubiera sido posible apartar los grupos de peregrinos, el decorado habría sido realmente impresionante. Esos sencillísimos templos, de madera ni siquiera barnizada, aislados en el bosque, visitados por los seres que la fe multisecular de todo un pueblo ha creado, pueden inspirar muchos pensamientos y sus ideas pueden, asimismo, revestir muchas formas, pues el sintoísmo no es idólatra y sus dioses no tienen estatuas en sus santuarios. [...]

¿Enferma? Sí, he estado de nuevo a punto de asfixiarme. Es la cuarta vez: la primera, en el transcurso de una noche pasada en un ayuntamiento donde había una chimenea que tiraba al revés; la segunda en Londres, debido a un escape de gas en mi habitación; la tercera en la caverna del lama tibetano, porque la estufa desprendía demasiado liberalmente el ácido carbónico. En esta ocasión la causante ha vuelto a ser una estufa, o más bien varias. Había hecho que las retirasen de la habitación antes de acostarme, pero la camarera del hotel japonés se había limitado a trasladarlas al otro lado del tabique bajo, de modo que, por arriba y por las rendijas de ese biombo de papel, los gases tóxicos continuaban invadiendo el cuarto. ¡Oh, sé lo que es eso desde que estoy en Japón! Un olor especial, mareo, sensación de que la cabeza te da vueltas, de que vas a desvanecerte, a entrar en coma de un momento a otro. Y allí, sobre el colchón a ras del suelo, soy consciente de que todo eso se acerca, pero como ya he dormido y el ácido carbónico ha actuado, estoy floja, sueño despierta..., ¿en qué?..., en Zola, que ha muerto porque se ha caído de la cama y se ha encontrado a la altura de los gases tóxicos, mientras que su mujer, en la cama, continúa con vida. Me digo que mi posición no me beneficia, pero no me muero, noto que voy a dormirme otra vez y todo lo que consigo hacer es alargar un brazo y correr la ventana para permitir que entre un poco de aire, y después me duermo. Las estufas se apagan y el aire fresco compensa el aire enrarecido. [...]

Estoy pensando en ir a ver las montañas de Corea y tratar de localizar algunos documentos interesantes entre los ermitaños que viven allí. Son los descendientes de antiquísimos linajes de anacoretas que se retiraron allí en una época en que el budismo no estaba desvirtuado

como lo está hoy en día en la mayor parte de Extremo Oriente, y tal vez algunos de ellos hayan conservado ciertas enseñanzas tradicionales que merezcan ser estudiadas y sacadas de nuevo a la luz en una obra sobre el *mahayana*. Ir a Corea no lleva mucho tiempo, se llega en unas horas, y creo que la tranquilidad y el aire de las montañas me sentarán bien. Allí, la vida será mucho menos cara que en Japón. Desde la guerra, los norteamericanos se han enriquecido tanto a nuestra costa que con ellos ya nada tiene precio. «El mero hecho de gastar mucho es un placer para ellos», escribía el otro día en un periódico uno de los suyos. Como ahora son los únicos turistas que visitan Japón, todo se encarece de una forma extraordinaria. [...]

Mrs. Suzuki me ha llevado a ver la danza de las geishas durante el mes de abril. Es realmente un espectáculo encantador, si bien muy monótono; los bailarines no se cambian de traje y ejecutan las cinco o seis danzas del programa de un modo muy uniforme. Más que seres vivos, parecen autómatas. Te mando el programa, donde encontrarás una colección de retratos de *mousmés*. Los decorados, muy pequeños, son encantadores, aunque no se pueden comparar con los de la Ópera, naturalmente. [...]

Kyoto, 7 de abril de 1917

[...] Lo que me dices de mi viaje por China me recuerda que renuncié a él por ahorrar y quizás hice mal, aunque también es conveniente que no siga albergando ilusiones sobre Japón. Decididamente, el clima de este país no me dice nada. Ya sé que he llegado en invierno, pero es sobre todo en invierno cuando hay que ver un país para juzgarlo; el verano es agradable en todas partes excepto en las regiones ultratropicales, e incluso allí se encuentran encantos. No dudo que haya días buenos en Japón, pero hay demasiados lluviosos y fríos. En suma, el tiempo es húmedo y el cielo carece de luminosidad, te mueves en un ambiente gris, como en Inglaterra; la gente va vestida con prendas de colores neutros, oscuros, las cosas que utilizan tienen todas las mismas tonalidades apagadas. Para mí, evoca demasiado el Occidente septentrional. La gente (la mayoría muy amable) y las costumbres son también infinitamente civilizadas —demasiado «domesticadas», *too tame*, como se dice en inglés— para alguien que se ha acostumbrado a la vida de la jungla, que siente por ésta una atracción innata. La cantidad de cosas que uno no debe hacer es abrumadora. Cada casa es una especie de ídolo que hay que venerar, en vez de ser un objeto de uso. Aquí, «el hombre está hecho para la casa y no la casa para el hombre». En la India ya resulta insopportable tener que quitarte los zapatos en la puerta cuando vas a visitar a alguien, pero hace calor, vas con zapatillas y, al menos, tienes la libertad de re-

nunciar a ese ceremonial en tu propia vivienda. En Japón, donde llueve y el fango en las calles, todas sin pavimentar, sobre pasa todo lo imaginable, tienes que desabrocharte o desatar los botines diez veces en una tarde e imponerte el mismo deber cada vez que pasas del dormitorio al jardín, o a la cocina, o al retrete, porque las esteras *tatami* son una perpetua maldición. No soportan ni una mesa ni una silla cuyas patas no se encuentren instaladas (*tamed*, domesticadas ellas también) sobre una especie de suela ancha y plana. Y además hay que lavar, frotar, cepillar, rendir una especie de culto a todo durante todo el día. Se necesita un esclavo para realizar semejante tarea, y mi joven tibetano, aunque se porta muy bien, no está de humor para hacer de criada holandesa. Quiere tiempo libre para estudiar, y tiene toda la razón.

En resumen, no veo qué beneficios puede reportarle Japón a un europeo enamorado de Oriente. Una visita a este país es interesantísima, y desde luego no lamento la mía; pese a lo poco que he podido comunicarme con algunos eruditos (mi ignorancia de la lengua es un gran obstáculo), he hecho observaciones muy interesantes sobre la mentalidad de los intelectuales japoneses. Lo único que le reprocho a Japón es que se parece demasiado a los países europeos; es, como ya he dicho, demasiado «civilizado». Creo que muchos de mis amigos japoneses se tomarán esto más bien como un cumplido.

He sido interrumpida por un enviado del abad, que reclamaba urgentemente mi presencia para presentarme a un visitante ilustre que se hallaba en su casa. Dicho visitante es un monje de otra secta, pertenece a una familia de la más alta nobleza y es un erudito muy conocido, una autoridad en las doctrinas de su secta. Es un hombre más bien joven, bastante tímido al principio, que se sonroja y no se atreve demasiado a hablar, pero que enseguida toma confianza y que intuyo que es inteligente y muy versado en filosofía mahayanista. Creo que nos caemos bien y que llegaríamos a ser buenos amigos si habláramos la misma lengua. De momento, pese a las dificultades de la empresa, que requiere un tercer colaborador ducho en la materia y que domine el inglés y el japonés, vamos a intentar hacer un trabajo comparativo entre el budismo del Tíbet y el de la secta japonesa Shingon a la que él pertenece, ramas ambas de la escuela tántrica. Creo que el señor Suzuki podrá encargarse de las traducciones a pesar de que está muy ocupado. [...]

Rikyoku-an - Tofoku-ji - Kyoto, 28 de abril de 1917

He hecho un nuevo intento de encontrar un refugio para la estación de las lluvias subiendo al monte Hiei. Ascenso difícil en la parte

superior, pero hermosa vista desde la cúspide. Allí, como en todas partes, el monasterio anida muy por debajo de la cima, en un recoveco muy húmedo en pleno bosque. Es la pauta: a los japoneses les gusta intensificar la humedad ya de por sí abundante de su país, se deleitan con la visión de las piedras mohosas y las aguas estancadas en la escasa claridad que se extiende bajo los árboles gigantes. Bueno, es un gusto como cualquier otro. Ese decorado tiene algo y no me disgusta verlo de pasada, ¡pero vivir ahí ya es otro cantar! He visitado a un eminentísimo personaje religioso, jefe de una de las sectas japonesas. Vive en una morada de puro estilo japonés, bella en demasía, con obras de arte antiguas y preciosas; por lo demás, es como todas las viviendas japonesas: terriblemente fría, oscura y triste. El personaje es un anciano de porte principesco y extraordinariamente amable; tiene sesenta y siete años y yo soy el primer «extranjero» con quien habla o que recibe. Desde el umbral de la casa se tendría una bonita vista del inmenso lago Biwa, pero un «bonito» muro blanco con una puerta monumental impide la visión. Eso es típicamente japonés. Aquí, la gente se gasta dinerales en construir mundos en miniatura provistos de lagos, montañas, ríos y árboles enanos, pero si la naturaleza les ofrece gratis un hermoso espectáculo se aíslan de él mediante un muro. Sólo les gusta lo artificial, es una cosa rarísima. [...]

¿Sabes qué? Pienso a menudo en él, es una verdadera lástima que yo no haya muerto en su lugar de retiro... Allí había alcanzado el pinnáculo de mi sueño, sola en mi caverna en forma de nido de águila sobre aquel pico himalayo... ¿Qué queda por hacer, por ver, por experimentar después de aquello?... Si hubiera muerto allí, el viejo lama habría venido una mañana, habría llevado mi cuerpo más arriba aún, tal como me había prometido, y lo habría dejado sobre una roca. En aquella soledad, los funerales no están sometidos a ninguna norma... Era sencillo y nada banal, era a mi medida y a la de mis deseos. Tú te habrías puesto un poco melancólico y luego se te habría pasado, como todo se pasa, y ya no habrías tenido que preocuparte por mí. Sí, una lástima, en verdad. ¿Qué demonios hago aquí, deambulando por ciudades entre seres que encogen la vida creyendo mejorarla? ¿Qué me dicen sus fábricas, sus campos, sus tiendas? Me siento desarraigada e infeliz, sé que he perdido lo que no recuperaré jamás. Miro los diferentes países y me pregunto: ¿adónde puedo ir? En todas partes habrá ciudades, calles, jardines bien trazados, museos..., ¡qué sé yo!, cosas útiles, cómodas y feas, gente ajetreada que cree ser importante.

Lo veo todo negro, es indudable: el efecto de la fiebre, de las neuralgias persistentes, del cielo gris y de la lluvia que cae sin cesar. Jamás había visto tanta y tan triste desde que marché de Bélgica. Me aferro al

estudio; acabo de traducir un fragmento de un tratado tibetano. Pero en mi casa no veo bien, sólo puedo trabajar junto a la ventana abierta, y cuando llueve hace un frío glacial.

El mayor de los muchachos tibetanos se marchó ayer; estoy encantada, porque se ha vuelto como loco. El otro,⁸ que está conmigo desde hace tiempo, se porta muy bien; a decir verdad, no sé qué haría sin él, se hace cargo de todas las tareas sin rezongar. Cuando ha acabado de cocinar, traduce del tibetano o estudia sánscrito; en resumen, es realmente muy útil. [...]

Ya que te hablo de él, debo abrir un paréntesis. Hace varios años que está conmigo. Me ha acompañado en expediciones difíciles e incluso peligrosas. No diré que haya sido siempre perfecto, nadie lo es, pero siempre ha estado dispuesto a defenderme a mí y mis intereses incluso contra los de la gente de su país. Cuando tuve dificultades a causa de mi último viaje al Tibet, hizo frente con gran valentía y, en contra de la voluntad de sus hermanos, tíos, etcétera, se quedó conmigo y me acompañó sin saber muy bien adónde lo llevaba, sin sueldo, sin garantías para regresar a su país. Me preguntarás por qué. Estas costumbres, desconocidas en Occidente, guardan relación con las viejas tradiciones orientales; un joven cree que puede aprender algo relativo a las doctrinas religiosas junto a un maestro, así que permanece con él, y lo que hace este muchacho es muy poca cosa y parece realmente gris al lado de lo que se lee en las historias, de lo que se sigue practicando todos los días en la India y el Tibet. Él ha confiado más en mí que en los lamas de su país, ha sentido la curiosidad de ver el mundo y un intenso deseo de aprender y ha venido. Dista mucho de ser un prodigo y no hay en él la menor promesa de genio. No será nunca muy sabio, ni siquiera muy inteligente en el sentido occidental, pero puede convertirse en una personalidad en su país. Te he hablado bastante de él para que comprendas mi responsabilidad moral. Si muero en Oriente, aquí o en otro sitio, deseo, como es natural, que sea repatriado y que se le entregue una suma que le permita construirse una casa en su pueblo, casarse, pues a los lamas de su secta les está permitido, y establecerse como lama. En conciencia, le debo eso; tú serás de la misma opinión. [...]

No temo que no me envíes dinero a tiempo —lo necesitaré dentro de unas seis semanas—, pero si, por una incomprensible serie de circunstancias y de malentendidos, me encontrara sin recursos, no quisiéra que me sucediese en una ciudad ni morir allí. En las montañas, inmerso en la soledad, no resultaría muy difícil entrar en estado de

⁸ Se trata del lama Yongden, que en 1929 se convirtió legalmente en hijo adoptivo de A. David-Néel.

meditación y pasar así al más allá, pero en un lugar donde hay gente que se afana, lucha, cree en el valor de la vida y de su endeble «yo» sería penoso. Ciertamente no soy de los que lucharían, no vendería ni uno solo de mis anillos (aunque he dejado de ponérmelos), ni un solo objeto, ni siquiera se me ocurriría obtener dinero recurriendo a mi colección de monedas de oro. Se vive si se puede, pero hacerlo a costa de impropios esfuerzos, debatirse, luchar, está bien para el vulgo; yo he puesto la mira demasiado alta para rebajarme a eso.

Cambiemos de tema. Ha llegado el verano y los pocos días que nos separan de la estación de las lluvias son agradables. Unas cigarras se han puesto a cantar y me han recordado las de los bajos valles himalayos, especialmente un lugar, Dikshu, donde pasé horas apacibles contemplando los fuegos de artificio de las moscas luminosas. Recuerdo que, durante mi primer viaje a Sikkim, te escribí contándote mi sueño de tener una casa en aquellos parajes, con un jardín lleno de hortensias azules. Recuerdo que te decía: detenerse aquí, en una apacible casita, sin duda sería una muestra de sabiduría. Más tarde la tuve, no en el clima benévolos de Dikshu sino en las cimas frías del Himalaya; más alta y menos estable que la de mi primer sueño, rodeada simplemente de hortensias color cielo. ¡Todo eso se ha ido para no volver jamás! Al aventurarme a hacer ese viaje por el Tíbet me aparté de Sikkim; lo sospechaba antes de partir, pero los seres van a donde el espíritu los empuja, y no lamento los días pasados en Shigatse, ni los días de viaje, ni los horizontes de Phu-bra. Cualquiera que sea el precio que se deba pagar, vale la pena haber vivido en aquellas extrañas tierras de allá arriba. ¿Cómo hubiera podido sentarme en la frontera y resistirme a la curiosidad de ver el país que se extendía ante mí, tan extraño, tan distinto de todo? [...]

Rikyoku-an - Tofoku-ji - Kyoto, 8 de junio de 1917

Hace unos días recibí tu carta con la copia del cheque. Ya había cobrado éste en mi banco japonés de Kyoto, que lo cobrará a su vez de Cook; así no he tenido dificultades.

Te doy las gracias una vez más por este envío, si bien no ha dejado de producirme cierta melancolía. El yen, que suele estar a 2,50 francos, ha subido ahora a 3 francos, y hoy en día un yen no tiene aquí más peso en el capítulo de gastos que un franco allí. Así pues, puedes hacerte una idea del valor de lo que he recibido calculándolo en francos; se necesitarían como mínimo 300 yens al mes para vivir aquí más o menos como vivía en la India, lo que con el cambio actual ascendería a 1.000 francos. En De-Chen Ashram, con tu envío habría tenido suficiente para aproximadamente un año, contando a mis cuatro sirvientes, el caballo y los perros. En Kyoto me veo obligada a escatimar en

todo, y a este respecto le debo mi agradecimiento a Aphur,⁹ el muchacho tibetano, pues es realmente ahorrativo. [...]

No quisiera dejar inacabados los estudios de tibetano que he comenzado y para los que he descubierto que tengo unas aptitudes poco comunes. Espero poder continuar en Pekín y, más adelante, quizás llegar hasta el famoso monasterio de Kum-Bum, con el que sueño desde hace más de veinte años. La dificultad será, sin duda, que la mayoría de los lamas del norte son mongoles y no tibetanos, si bien los abades superiores y los profesores de Pekín se han graduado en Lhasa. Así que la diferencia de idioma será de nuevo causa de contratiempos, aunque seguro que entre tantos eruditos hay bastantes que entienden el tibetano. ¿No es gracioso que haya aprendido a hablar tibetano? [...]

Desde luego, aquella pobre cabaña de tablas mal unidas, cortadas con hacha y adosadas a una caverna no era un palacio, pero era mi casa, y allí dentro un mobiliario heteróclito de baratillo parecía, en aquel país salvaje, el colmo del lujo. Tenía un poni y un asno juguetón y afectuoso que a veces intentaba entrar en mi cuarto y un día lo consiguió. También unos perros completamente negros, feroces guardianes con sólidos colmillos, que dejábamos sueltos cuando no había ningún extraño (que era casi siempre) y que jugaban como enloquecidos con los muchachos, volviéndose de vez en cuando para abalanzarse sobre mí e invitarme, a su manera, a participar en sus retozos.

Sólo se oía el murmullo del río a lo lejos, por debajo de nosotros; sólo se veían los picos de roca negra y las nieves eternas, y unas nubes inmensas que se desplazaban en lenta procesión entre los valles.

El decorado estaba cubierto de nieve o salpicado de flores, según la estación. Allí uno estaba solo con la naturaleza, en un país sometido a la irresistible atracción de las leyendas milenarias y las adoraciones de todo un pueblo: ¡el Himalaya, morada de los dioses y los sabios! Un sueño hecho realidad que he sabido saborear intensamente, consciente desde el primer día de que sobrevendría el despertar. Pero, pese a haber previsto y degustado por anticipado su amargura, no por ello ésta resulta menos cruel. Habría que reaccionar, buscar otro decorado interesante. Hay otras soledades, y el Gobi se encuentra a unos días de viaje de Kyoto. Tendré que llegar a Urga la próxima primavera, si hasta entonces puedo ahorrar lo suficiente para comprar dos mulas de montar y una de carga, a fin de seguir la caravana de algún honorable comerciante a quien me recomiendan. Sé por experiencia que, en Asia, vivir cómodamente al estilo indígena, con caballos y demás, no cuesta ni la mitad de lo que cuesta vivir al modo occidental. Todo consiste en

⁹ Primer nombre del lama Yongden.

organizarse un poco. En Japón eso ya no es posible porque entre los nipones ya no existe una verdadera vida asiática. Su vida es una mezcla heterogénea de elementos diversos, como su traje nacional, cubierto por un abrigo y coronado por un sombrero hongo.

Dicen que las lluvias finalizarán dentro de un mes. Entonces partiré para Corea y me quedaré allí hasta el otoño; a continuación iré a Pekín. Si me dejara guiar únicamente por mis gustos, no buscaría más que un lugar de retiro en las montañas, pero me queda algo que se interpone en esas disposiciones sensatas: todo un pasado de herencia, de atavismo, de hábitos, que se agita en el fondo de mi ser, clamando: «¡Hay que actuar, hacer algo, ver todavía más países y gentes!» Así que mi yo un tanto filosófico se encuentra esclavizado por lo que los hindúes llaman en sánscrito *vasana*, [...] las influencias físicas o mentales procedentes del pasado.

Habrá un modo de conciliar las cosas: ir directamente a Kum-Bum, que está en una región montañosa muy alejada de toda civilización, cerca del Kuku Nor, un famoso lago. Allí hay una biblioteca importante y sin duda lamas muy eruditos. Kum-Bum es etnográfica y geográficamente tibetano, o más bien mongol, pero políticamente se encuentra en territorio administrado por China. Lo que me hace dudar de la conveniencia de instalarme allí es la cuestión de la correspondencia contigo. Debe de haber una oficina de correos china en La-Chow, la capital de la provincia de Ize-chwan, pero está muy lejos de Kum-Bum. ¿Cuánto? No lo sé, pero probablemente a más de cien kilómetros. Sólo podré aclarar esta cuestión en Pekín, y se impone una estancia allí, al menos eso me parece ahora, aunque el punto de vista puede cambiar una vez sobre el terreno.

En cuanto a ti, resulta que vas a permanecer bastante más tiempo establecido en Argelia y la cuestión de saber dónde te retirarás ha quedado pospuesta hasta mucho más adelante. Me alegro por ti, y estoy cada vez más convencida de que has actuado correctamente. Retirarte ahora que el mundo entero está patas arriba no habría sido agradable para ti. ¿Dónde te hubieras instalado? La verdad es que no lo habrías sabido. Y con la excesiva carestía de la vida en Europa, y en otros sitios, no resulta agradable ver que los ingresos de uno disminuyen. Por otra parte, has enfocado bien el asunto: para las personas de tu temperamento o del mío, retirarse es perjudicial. Has hecho muy bien; es preferible afrontar cierto cansancio físico que sumirse en la melancolía que produce sentirse acabado.

Yo también pienso en ello, y veo el fin de mis peregrinaciones como una especie de batida en retirada y de entrada en la mortecina monotonía de la antecámara fúnebre. ¿Por qué? Podría proseguir mi vida de escritora y conferenciante. En efecto, pero la idea del «nunca

más» entrará en mí. No deambular «nunca más» por los caminos, no cabalgar «nunca más» por tierras casi desconocidas del mundo llamado civilizado. Nunca más porque la edad endurece, anquilosa, dificulta la actividad, y también porque sin duda ya no se puede hacer frente a los gastos. Entonces, ante la idea de que entre Asia y yo se interpondrá una barrera imposible de volver a cruzar, siento un estremecimiento de terror, presiento que será el fin de todo y me falta valor para afrontarlo.

Tras mi primer viaje a Oriente ya viví eso. Durante los años que siguieron estuve hipnotizada por el recuerdo de Ceilán, la India y Annam. En suma, cuando recapítulo, estos años de viajes en un periodo total de menos de diez años habrán compuesto toda mi vida, pues sólo considero vida el tiempo en que uno actúa realmente según sus deseos. «Sigue los impulsos de tu corazón y los atractivos de tus ojos», como dice mi viejo amigo el Eclesiastés.² [...]

Kyoto, 20 de junio de 1917

[...] Luchó con todas mis fuerzas contra una amenaza de trastornos de orden neurasténico. El viejo enemigo domeñado durante años, pero no muerto, quiere alzar la cabeza aprovechando un estado de menor resistencia. En este momento me encuentro en la situación de esos coros de ópera que se pasan media hora cantando: «¡Avancemos! ¡Caminemos! ¡Corramos! ¡Lancémonos!», sin moverse ni un centímetro. Es ridículo, por supuesto, pero «gato escaldado del agua fría huye»; temo instalarme en Pekín. Otra ciudad, más calles llenas de gente. ¿Qué alojamiento encontraré? ¿Será tan cara la vida como aquí? El viaje, bastante largo, también es caro. Quizá podría hospedarme en un monasterio de las montañas de Corea por algún tiempo, pero ¿cómo aprovisionarse y cómo solventar allí los detalles relativos a la instalación, cuando no se entiende una palabra de la lengua que habla la gente? Además, seguro que sería agradable pasar el invierno allá arriba, pero no aprendería nada, y tengo la esperanza de realizar algún trabajo interesante en Pekín, si los lamas son como me los han pintado. Es posible que mis informaciones sean incorrectas y que tan sólo coseche dificultades y cansancio en la capital del Imperio Celeste. No quisiera enmohercerme, y en cuanto chapurree un poco de chino o de mongol, que se sumará a mis conocimientos de tibetano, me gustaría visitar algunos monasterios más alejados de las aglomeraciones y establecerme allí algún tiempo, si es posible. En resumen, como ves,

* A. David-Néel convirtió este versículo en su divisa y quiso que se grabara en el reverso de la medalla que la Casa de la Moneda de París hizo acuñar en 1969 para conmemorar su centenario.

no tengo ningún plan definitivo. Habrá que ver cómo resuelvo la cuestión de los gastos; el resto tendrá que estar subordinado a eso.

Estoy tremadamente cansada de ir de acá para allá con bultos; es una fuente de constantes molestias y una auténtica esclavitud. Creo que por fin he llegado a comprender de verdad esta frase de Buda: «La libertad se encuentra en la renuncia, el abandono.» Voy a dejar todas las cajas en Tofoku-ji. El abad ha tenido la amabilidad de permitir que sean depositadas, durante un tiempo indefinido —varios años si es preciso, aunque, en principio, hasta que acabe la guerra y se reanuden las comunicaciones regulares—, en la sala donde se conservan los objetos preciosos de los monasterios. Entonces te enviaré a través de las Mensajerías marítimas todas las curiosidades que tienen algún valor. Viajar o pasar temporadas fuera de las aglomeraciones civilizadas sólo es posible y agradable cuando se puede cargar todo el equipaje en un caballo. Incluso sería preferible llevar menos cosas aún. [...]

Kyoto, 6 de julio de 1917

[...] Sigo en Kyoto y me quedaré un mes más. El obispo de Tofoku-ji, que espera a uno de sus discípulos, un magistrado que vendrá durante las vacaciones de la corte en Tokyo, me ha arrancado esta promesa. Dicho magistrado habla bien inglés y me traducirá un montón de cosas que el obispo arde en deseos de comunicarme y de las que yo también tengo muchas ganas de tomar nota. Para entonces ya estaremos a 15 de agosto y, a no ser que me instale allí durante todo el invierno, mi estancia en las montañas de Corea no podrá ser larga. Como ya te he dicho, me esperan en Pekín; un amable funcionario del Ministerio de Instrucción Pública me ha encontrado un alojamiento. Pero resulta que China está otra vez patas arriba. La restauración de los manchúes no es un paso hacia el progreso, al contrario. Eso no me afecta demasiado, pues, cualesquiera que sean los sentimientos populares hacia los extranjeros, me propongo no ser una extranjera en China. [...]

Sueño con hacer, antes de regresar, un largo recorrido por Mongolia y una visita a todos sus monasterios famosos e históricos. Sin lugar a dudas será bien recibida. Mi estancia en Shigatse fue encantadora, y un japonés, Ekai Kawaguchi, a quien conocí tiempo atrás, cuando visité al dalai-lama, y que acaba de volver de Lhassa, se deshace en elogios sobre la hospitalidad que ha recibido allí. Son los ingleses los que dificultan la entrada en el Tibet. Este japonés entró disfrazado y, una vez cruzada la frontera, llevó una vida muy agradable. Los mongoles son mucho más amables que los tibetanos y puedo efectuar un recorrido sumamente interesante por su país. [...]

En Kyoto hace ahora mucho calor; la temperatura no es tan alta

como en Benarés, pero el exceso de humedad resulta agotador. Mi habitación está entre 30 y 32 grados día y noche. Hace bochorno, cuesta respirar. Sin embargo, la opinión general es que este año la estación de las lluvias está siendo muy benigna, ya que se producen frecuentes intervalos de días soleados. La ciudad se ha convertido en una especie de edén donde florecen las «academias» con absoluta libertad y total inocencia. En las tiendas, los sonrientes comerciantes se sientan con pantalones cortos de baño tras las mercancías apiladas. El otro día estuve hablando sobre la reproducción de una fotografía (las películas se han perdido) con un amable fotógrafo que vestía una larga camisa blanca transparente de una indiscreción candide y conmovedora. La «civilización» ha llevado a algunos jóvenes de ideas progresistas a usar pantalones de baño para zambullirse en el río, pero son de una red de malla muy ancha —debe de tratarse de un tipo de coquetería masculina japonesa— y más bien subrayan lo que en Europa tienen la misión de ocultar a las miradas. El mundo femenino exhibe bustos, pechos y muslos con la misma liberalidad. Pero nadie se fija en eso. De hecho, son ellos los que tienen razón y nosotros los que somos unos imbéciles estúpidamente viciosos.

Todo esto no contribuye a curarme de las fiebres; decididamente, no me aclimato a Japón. Y en este ambiente pueril y artificial al máximo, sueño con las estepas de allá arriba, con las lentes cabalgadas entre los montes, con los horizontes infinitos y las noches estrelladas, en vueltas en la inmensidad, bajo las que se alzan las pequeñas tiendas y danza al aire libre el fuego donde hiere el té de la noche. Se ha escrito mucho sobre los llamados *m'tournis*, los árabes afrancesados, cultos, convertidos en funcionarios u oficiales franceses y que, un día, lo abandonan todo para regresar a la tienda, al desierto. A la gente le sorprende, pero yo los comprendo porque también soy una especie de *m'tournis*. ¿No es curioso mi caso, esta persistencia de carácter, de tendencias que duermen durante una o dos generaciones y resucitan imperiosas, tiránicas, en un nieto o un biznieto? Naturalmente, no sé qué clase de hombre era mi abuelo ni lo que pensaba; mi madre apenas tenía tres años cuando murió y lo desconocía todo de él, pues su madre, que volvió a casarse, nunca lo nombraba. Mi madre adoraba a su padrastro, que la mimaba exactamente igual que a sus propios hijos, y jamás sintió deseos de realizar investigaciones muy profundas sobre la mentalidad de su padre. Recibió su parte de herencia por ese lado y no preguntó más. Quizás él había heredado el alma de su madre, asiática, o quizás no y ésta esperó hasta mi llegada para revivir. ¡Misterio! Pero da igual; haber nacido de personas apacibles como mis padres, haber sido educada para ser apacible como ellos, haber vivido en las ciudades de Occidente tanto tiempo, todo da igual... Mi *home* está en otro

sitio, y en este Japón demasiado menudo siento una dolorosa nostalgia de él. Pero ya está bien de machaconería; todo lo que estoy diciendo lo sabes de sobra y desde hace tiempo. ¿Por qué te lo repito? Seguramente porque no paro de darle vueltas al asunto. [...]

Fusan, Corea, 8 de agosto de 1917

Llegué aquí ayer por la mañana tras una travesía desapacible durante los primeros días y francamente mala la última noche. El barco (*Anping Niaru-maru, steamer* en japonés) era un espantoso carguero de 1.650 toneladas, terriblemente sucio y muy viejo. Me metieron en una especie de caja llamada camarote, con un ojo de buey un poco más grande que una moneda de 5 francos para ventilarla. Enfrente, al otro lado de un pasillo más que estrecho, la máquina desprendía un calor tórrido. No había manera de dormir allí dentro. Las dos primeras noches, pasadas en la cubierta, fueron bastante buenas, pero en la tercera se desencadenó un huracán acompañado de torrentes de lluvia. Por todo refugio había un trozo de lona de unos dos metros de ancho. La lluvia azotaba por ambos lados. Las mantas en las que me había envuelto quedaron enseguida empapadas, así como mi ropa; dormí como si estuviera metida en una bañera, mientras el viento soplaba con furia y el barco se balanceaba violentamente. [...]

En Fusan he descubierto que todo lo que me habían dicho y todo lo que había leído en las guías oficiales sobre las vías de comunicación que llevan a Kongo-San era falso. Me he encontrado sin saber qué hacer. [...]

Mi ignorancia de las lenguas chinas y coreanas me impide desenvolverme de un modo tan económico como podría hacerlo en caso contrario. Me veo obligada a depender de los hoteles o de las personas que tienen a bien ocuparse de proporcionarme lo que necesito. Si tengo que permanecer una temporada bastante larga en China, aprenderé un poco de chino vulgar, justo lo necesario para salir adelante en la vida cotidiana. Aphur está bastante dotado para las lenguas. De hecho, sabe cinco: tibetano, inglés, hindi, nepalés y el dialecto lepcha. Ahora chapurrea un poco el japonés y no tardará en hacerlo con el chino.

Estoy muy cansada. Tengo la sensación de que todo ha acabado para mí desde que dejé las cumbres himalayas y las estepas tibetanas que se extendían tras ellas. He perdido el interés por todo, ya no deseo ver nada, todo me parece pequeño, terriblemente banal y mezquino. Allá arriba, contemplando aquellos paisajes, alcancé el pináculo de mis sueños e incluso lo sobrepasé. Pese a las personas con las que tenía que tratar, poco agradables en su mayoría, la magia de los parajes me embriagó, me hechizó; me arrastro como un cuerpo sin alma. Me pre-

gunto qué hace deambulando por las calles, entre campos cultivados o montículos, quien ha visto semejante país. Sí, cuando se ha estado allá arriba ya no queda absolutamente nada por ver ni por hacer, la vida —una vida como la mía, que no era sino un largo deseo de viaje— ha acabado, ha alcanzado su último objetivo. Lo que digo puede parecer disparatado y tal vez lo sea, pero no hay nada que hacer, la obsesión está ahí, tenaz, la obsesión por los picos nevados, por aquellas extensiones ilimitadas, por aquella tierra cuya descripción desafía todas las lenguas humanas.

Llenaría páginas y páginas hablando de ello, es inútil, más vale que escriba un libro con mis recuerdos, y eso es lo que haré si consigo instalarme en algún sitio el tiempo suficiente. [...]

Ho-Kyu-an (Monastery), Kongo-San, 25 de agosto de 1917

¡Ayer recibí, en la montaña, tu carta de fecha 8 de junio! Las comunicaciones postales son cada vez peores. La censura francesa la había abierto (abre casi todas tus cartas) y había vuelto a encollarla, pero la otra cara del sobre se había roto y se hubiera podido extraer fácilmente su contenido. Pese a que iba certificada, me llegó sin que pidieran mi firma. Supongo que los de la oficina de turismo de Seúl, que son empleados del gobierno japonés (servicio de Ferrocarriles del Estado), firmaron por mí. Lo importante es que el cheque no había desaparecido.

Gracias por este envío. [...]

Después de leer lo que me has escrito, me pregunto si no debería pasar el invierno en uno de los grandes monasterios de Kongo-San, donde podría tener un alojamiento particular por un precio muy moderado. La montaña diamante (Kongo-San) es muy hermosa. Los coreanos parecen gente sencilla y cordial. Nuestro embajador en Tokio me ha dado una carta de presentación para el gobierno japonés en Corea, que a su vez me ha entregado otra carta dirigida a los jefes de los monasterios, recomendándome a ellos como un huésped a quien hay que tratar bien, y además la administración central ha dado órdenes a los jefes de gendarmería de que velen por que no me suceda nada enojoso, lo que es superfluo pero muy amable por parte de las autoridades japonesas. El jefe de la gendarmería de Onseiri quería poner a uno de sus hombres a mi servicio como escolta-ordenanza; le di las gracias, pero lo aceptaré únicamente para mi próxima excursión a Yuten-ji, que es un poco más larga. No está mal que te acompañe un hombre para dirigir a los porteadores, sobre todo cuando no hablas la lengua del país.

Yuten-ji es un gran monasterio; ya conozco al abad, con quien viajé en el pequeño *steamer* que me llevó de Gensan al pie de la montaña.

No hay ninguna duda de que se alegrará de acogerme durante todo el invierno, pero la cuestión de la alimentación presenta muchas dificultades. Mi estómago no soportaría mucho tiempo la cocina coreana ultra-espartana del monasterio. Se podría hacer que llevaran provisiones de Seúl, pero las comunicaciones funcionan bastante mal. No más que cuando vivía en De-Chen Ashram, pero allí hablaba las lenguas del país. No obstante, esto podría resolverse; pero resulta que tenía en mente proseguir ciertos estudios en China y en Mongolia. Pasar un invierno aquí me parece perder un poco el tiempo y, como comentabas acertadamente en tu carta, ya no soy joven; lo que estoy interesada en hacer, debo apresurarme a hacerlo. No tengo intención de aprender a hablar coreano y es muy desagradable estar en un país donde no se puede hablar con nadie ni entender a nadie. Por otra parte, Pekín —aparte del interés en materia de erudición que podría ofrecerme— no me atrae mucho. Volver a instalarme en una gran ciudad me aterra, ¡en Kyoto me encontré muy mal! Al aire libre recobraría la salud, mientras que temo que ésta empeore si me encierro de nuevo. Además, creo que Pekín, incluso viviendo en un monasterio, me resultaría muy caro. En fin, pensaré en ello. Por el momento tengo que pasar un mes en la montaña; hace demasiado calor para ir a Pekín. Acabo de pasar unos días en un pequeño templo, ocupado por un solo monje y su discípulo. Una vida totalmente rústica. Me acostaba sobre la única manta que me había llevado, extendiéndola sobre las baldosas de mi celda, más duras que tablas, y me bañaba en el riachuelo, tras unas esteras colocadas a modo de biombo. La hora de levantarse era las tres de la madrugada, en plena noche. A las cinco tocán la campana en todas las ermitas diseminadas por la montaña y todo el mundo se sienta fuera, bajo la galería, para continuar la meditación comenzada a las tres cada uno en su cuarto. Este programa se sigue tanto en invierno como en verano. También era el mío en De-Chen, en la nieve. Resulta extraño comprobar que los gestos materiales son más tenaces que las ideas. Entre las distintas sectas budistas, la diferencia de doctrinas es enorme, pero la disciplina de levantarse muy temprano, tomada de los brahmines de la India antigua, sobrevive, al igual que esa especie de chal que se pasa bajo el brazo de recho en señal de respeto, según una costumbre milenaria muy anterior a Buda y que permanece inmutable en toda Asia, desde Japón hasta Ceilán. Las puerilidades se adaptan mejor a los cerebros pueriles que las elevadas ideas filosóficas. [...]

*Monasterio Choang-ji, Kongo-San, Corea,
27 Septiembre de 1917*

Me he marchado del hotel de Onseiri y he venido aquí a través de la montaña. Aproximadamente treinta y tres kilómetros de camino

bastante duro en la subida, pero muy bueno en la bajada, después de haber cruzado el puerto. Choang-ji está situado más cerca del corazón de la montaña, en un entorno salvaje de picos agudos; es un gran monasterio que debió de ser espléndido hace unos siglos. Quedan algunos templos hermosos, con pinturas murales firmadas por maestros chinos que son muy bonitas. Me han alojado en un edificio reconstruido, en el que ocupo una habitación de dimensiones medias (donde duermo) y dos cuartitos (uno utilizado como trastero y el otro para mi sirviente). En la parte delantera hay una pequeña galería acristalada que es donde habitualmente estoy, y en un pasillo, cerca de mi alojamiento, un cuarto de baño muy limpio. El resto del edificio, que es muy espacioso, está vacío. Los monjes casi nunca reciben visitas a las que tengan que alojar allí. Todo está limpísimo. Las paredes están cubiertas de papel blanco y, naturalmente, de acuerdo con la costumbre del país, no hay ningún mueble, pero los muebles no son realmente tan necesarios como se cree en Occidente. En resumen, me encuentro bien; el sitio es bonito y el aire más puro que el de Kyoto. Desgraciadamente, la comida que ofrecen los religiosos es tan rudimentaria como el mobiliario. [...]

Nuestro embajador en Tokio, el señor Regnault, tuvo la amabilidad de darme una carta para el gobierno colonial japonés en Corea. Gracias a ella soy objeto de atenciones especiales. Aquí, los funcionarios son de muy baja categoría; un simple gendarme jefe con dos hombres y un encargado de correos; estas buenas personas hacen cuanto pueden para serme útiles, en cumplimiento de las órdenes dadas desde Seúl a estos efectos. Apenas logramos intercambiar unas palabras con ayuda de diccionarios y, a veces, su celo se manifiesta de forma intempestiva, como la otra noche, en que los muchachos habían recibido la orden de caldear mi aposento pese a que la temperatura era más bien alta, como habitualmente en el mes de agosto. Hace cuatro días subí a un pico donde hay una pequeña ermita. Era una escalada ardua, sin sendero, a través de las rocas desprendidas por el torrente que desciende en cascadas sucesivas. Al principio, el joven policía que servía de guía y yo nos dimos un baño hasta la cintura, al resbalar de una roca en la que él quería ayudarme a poner el pie para cruzar el río. Escorri mi falda y mi enagua, pero los zapatos estaban empapados. Hacia la mitad del ascenso, muy difícil, nos cayó encima un chaparrón, un verdadero diluvio; estábamos chorreando. Arriba, el único monje (un hombre joven) que habitaba el pequeño templo no tenía ni siquiera té, y nuestra única bebida reconfortante se redujo a agua caliente. Una buena comida tras aquellas cuatro horas de marcha hubiera sido bien recibida. Desde el momento en que había comenzado a llover, yo contaba con dormir en la ermita para evitar cruzar el torrente (hay

que cruzarlo veintiuna veces, cuarenta y dos en total, entre la ida y la vuelta), que debía de haber crecido a causa de la lluvia, pero, empapados como estábamos, sin mantas ni víveres, la perspectiva de pasar una noche tendidos sobre las baldosas no resultaba nada atractiva, así que invité al policía y a Aphur a armarse de valor y bajar. Había empezado a diluviar otra vez. Tal como era de prever, el río había crecido mucho; las piedras por las que habíamos pasado a la ida estaban sumergidas. La única posibilidad era meterse en el agua hasta la cintura y darse prisa, pues varios afluentes estaban vertiendo sus aguas en el cauce principal. Por lo demás, la temperatura del agua era agradable, aunque la ropa resultaba un engorro. En estos casos es cuando se revela útil contar con un indígena como mi sirviente. Ese retaco (es de mi altura, quizás un poco más bajo aún) es muy fuerte y me ha llevado a caballo multitud de veces en ocasiones similares. Así pues, me transportó las veintiuna veces, no sin que me mojara un poco, y llegamos a buen puerto. Al día siguiente fui a visitar unos monasterios no muy alejados —unos ocho kilómetros entre la ida y la vuelta—, y desde ese día la lluvia no ha parado de caer, confinándome en mi alojamiento, donde, por lo demás, no permanezco inactiva: leo y traduzco del tibetano y del sánscrito con el mismo criado para todo, convertido momentáneamente en secretario y colaborador. [...]

7 de septiembre. Hace unos días que interrumpí esta carta, pero no hay ninguna novedad. El tiempo es espantoso. Ayer por la mañana, en vista de que no llovía, llegué hasta un desfiladero magnífico, pero tuve que dar marcha atrás porque el río que bajaba por allí en cataratas estaba demasiado crecido. Se hubieran repetido los remojones del otro día y prefiero esperar, aunque no parece que vaya a dejar de hacer mal tiempo. Anteayer hubieras podido verme lavando mi ropa en el río, aprovechando una breve escapada. ¡Cuantísimas cosas he aprendido a hacer, para las que mi educación no me había preparado! Como comprenderás, aquí no hay lavaderos, ni tampoco panaderos, y Aphur cuece galletas sobre una piedra calentada. No son comparables a los cruasanes parisienses, pero no se puede tener todo. [...]

Monasterio de Choang-ji, Corea, 16 de septiembre de 1917
Montaña Diamante (Kongo-San)

El tiempo no me ha sonreído durante mi estancia en la «montaña diamante». Ha llovido casi constantemente durante tres semanas. Hace cuatro días, por fin, el tiempo mejoró bastante. He aprovechado para subir al monasterio de Makaen, otra excursión temeraria del tipo de la de Reiken-an, con la diferencia de que, en vez de tener que cruzar torrentes metiéndose en el agua, se pueden hacer acrobacias sobre

unas tablas estrechísimas y bamboleantes, colgadas sobre unos saltos de agua que no tienen la anchura de la del Niágara pero en los que, aun así, no haría ninguna gracia caerse. Uno no se ahogaría, pero probablemente se rompería la crisma contra su lecho de roca. Mientras caminaba, iba sumida en mis reflexiones, como acostumbro a hacer, y constataba un hecho extraño: que el entrenamiento se revelaba más poderoso que la edad y se imponía a ésta. Soy infinitamente más ágil en todos estos ejercicios de escalar que cuando tenía veinte años, y también mucho más resistente al cansancio. Recuerdo que, en aquella época, cuando acompañaba a mi padre a cazar, acababa con los pies magullados por cualquier insignificancia. Ahora, con los zapatos empapados o con unas sandalias de tosca paja, recorro kilómetros. Y aquella imposibilidad de levantarme temprano de buen humor, ¡cómo me río de ello, ahora que todos los días estoy en pie antes de las cuatro! Sería realmente perfecto de no ser por el reuma y la gota que se insinúa solapadamente. La piperacina ya no se encuentra en ninguna farmacia, según dicen, debido a la guerra. La litina me produce trastornos estomacales y el urodonal está a un precio prohibitivo. No obstante, tomo un poco de ambos productos, y además está el estímulo de las marchas difíciles, que, quieras que no, activan las articulaciones. Yo tengo una gran fe en ello como remedio para la mayoría de las enfermedades: aire libre y caminar... Con todo, por la noche los riñones son una tortura..., ¡mal asunto!

Mañana parto para Yuten-ji, otro gran monasterio situado a una veintena de kilómetros de aquí. Tengo pensado pasar allí una semana. Mi equipaje se queda en Choang-ji, guardado en la gendarmería. Lo recogeré a la vuelta y regresaré a Seúl. Quizás consiga ir con el automóvil que realiza un servicio muy intermitente desde aquí hasta la estación de tren; si no, serán tres días de viaje en *rickshaw*. Al menos las guías oficiales hablan de tres días, pero como para eso habría que recorrer cuarenta y cinco kilómetros al día, dudo que tal cosa sea factible en *rickshaw*. El automóvil, naturalmente, devora la distancia en un día y permite coger el tren para ir a dormir a Seúl.

Sólo me quedaré en Seúl el tiempo necesario para renovar nuestros pasaportes —hay que hacerlo después de transcurrido un año—, el mío en el consulado de Francia y el de Aphur en el británico. Esto costará diez yens, pero no se puede eludir esta formalidad. A continuación partiré para Mukden, haciendo noche por el camino a orillas del Yalu, famoso en tiempos de la guerra ruso-japonesa, una guerra muy mezquina comparada con la actual, de la que no sé nada desde que estoy en la «montaña diamante». En Mukden pasaré dos o tres días. ¿Recuerdas que escribí unas páginas sobre la historia de la capital manchú en tiempos de la guerra ruso-japonesa? En aquella época no

pensaba que algún día la vería! Desde allí, directamente a Pekín, con un día de parada en Shanhaiguan para ver la Gran Muralla china en su tramo final, a orillas del mar. [...]

Mukden, 4 de octubre de 1917

Llegué a Mukden anoche. Hoy he visitado una de las tumbas imperiales y me he pasado un buen rato copiando una inscripción en tibetano, poco legible en numerosas partes, que tiene un interés histórico. Aphur escribía y yo dictaba, ya que tengo mejor vista que él. He visto al cónsul de Francia, que ha resultado ser un hombre encantador. Ha puesto a un empleado del consulado, un letrado chino, a mi disposición como guía e intérprete. Esto me ha permitido visitar a unos lamas mongoles, que me han parecido amables y muy insignificantes, pero infinitamente más «limpios» que sus colegas del Tíbet. Me han mostrado una biblioteca bien provista. Mañana visitaré los palacios imperiales, la ciudad china y algunos templos más, y pasado mañana partiré para Pekín, haciendo noche en Shanhaiguan. [...]

La estancia en Kongo-San me ha gustado mucho, sobre todo la última parte, los días que pasé en el pequeño monasterio de Panya. Sólo había ocho o nueve bonzos, que practican lo que antaño se llamaba los tres ochos, es decir, que reparten el día en tres partes de ocho horas, dedicadas respectivamente a la meditación, el trabajo y el sueño, aunque recortan la parte del sueño más de una hora, así que a los principiantes debe de parecerles una crueldad tener que levantarse a las tres y media de la mañana. Tras dejar Kongo-San, llegué a la línea del ferrocarril en dos días y medio (107 kilómetros). El primer día caminamos quince horas, descansando menos de una hora en mitad de la jornada. Al día siguiente, los hombres que transportaban el equipaje remolonearon por la mañana y, en vista de que no íbamos a llegar a tiempo para coger el tren, hice que se detuvieran y pasé la noche en un pueblo donde había un buen albergue.

La región es muy bonita; se cruzan varias cadenas montañosas. El paisaje recuerda mucho el Tíbet. No son los horizontes estrechos de Japón, donde parece que la naturaleza reduzca las proporciones de todo para meter muchos objetos distintos en un espacio pequeño. Te hablaré de todo esto con detalle. Los paisajes de Manchuria también me han gustado mucho, y esta mañana he sentido un estremecimiento de placer al recorrer caminos polvorrientos y terriblemente llenos de baches, por donde circulaban carritos chinos tirados por mulas. Una vez más, mi alma mongol aspiraba el aire natal de los antepasados lejanos. Creo que el norte de China me gustará todavía más de lo que, tiempo atrás, me gustó el sur. [...]

Pekín, 12 de octubre de 1917

Llegué a Pekín hace cuatro días. Saboreé intensamente mi paso por Manchuria y mi visita a la Gran Muralla en Shanhaiguan. Pekín no tiene en sí misma nada especialmente atractivo, excepto su hermoso cielo claro e intensamente luminoso, que contrasta con la humedad y el color mate en los que uno se mueve la mayor parte del tiempo en Japón. Aparte de eso, Pekín es una gran ciudad, muy bien cuidada y en absoluto sucia, digan lo que digan las guías, con casas bajas en su mayoría y, salvo las tiendas, rodeadas por muros. En las calles estrechas, cuyo complicado dédalo se oculta tras las grandes arterias, he tenido la impresión de hallarme en Pompeya: una puerta se abre en un muro y no deja ver más que otro muro construido justo enfrente, como una pantalla para ocultar el interior. Por ambos lados de dicha pantalla se accede a un patín decorado con tiestos o cestos con flores colocados directamente en el suelo. Otra puerta en otro muro, otra pantalla... En las casas ricas, la vivienda puede estar al fondo de la tercera o la cuarta muralla. Es tranquilo, íntimo, tiene algo de prisión y desprende el espíritu que impregna las obras de Confucio, que en opinión de algunos de mis amigos chinos fue nefasto para China. Yo vivo en un monasterio, un lugar histórico, antaño residencia de un emperador antes de acceder al trono. Los patios son amplios, los muros altos, las puertas están guardadas por leones fantásticos y los tejados ornamentados. Mi vivienda es inmensa y está provista de muebles de ébano trabajado, grandes como casas. Es muy hermosa según el canon chino e incomodísima según el de Occidente. Está muy bien orientada y el sol la calienta durante el día, pero en cuanto desaparece empieza a hacer frío. Creo que en invierno sería imposible vivir, incluso con un gran fuego. Pero ¿estaré aquí durante el invierno? Es posible que no. Ya conoces mi proyecto de ir a Mongolia. Estoy firmemente decidida a no esperar hasta la primavera para ponerlo en práctica. Un representante del tashi-lama, que parece un hombre inteligente e instruido y que ha viajado, me asegura que podré proseguir mis estudios con muchos mejores frutos en Mongolia, donde hay grandes universidades religiosas, como en Lhassa, y donde encontraré la buena acogida y las facilidades de que he gozado en Shigatse y otros lugares. Parece ser que podría efectuar el trayecto en automóvil, lo que reduce el viaje a poca cosa. Es tentador, pues de mis indagaciones sobre el terreno, en Pekín, se deduce que los lamas eruditos del Tíbet que se suponía que se hallaban instalados aquí han emigrado como consecuencia de las hostilidades entre China y el Tíbet. Lo que queda es, intelectualmente hablando, morralla, pese a los suntuosos ropajes de seda y los aires importantes. [...]

Pekín me gusta más que Kyoto y que Tokyo. La forma de ser, al

menos exterior, de los chinos es también más simpática. La perpetua risa de los japoneses a la larga resulta horripilante. No tengo queja de ellos, al contrario. En los círculos oficiales y semioficiales, todos han sido amabilísimos conmigo. Sin embargo, lo que se adivina tras todos esos rostros con los que te cruzas por la calle crea una atmósfera angustiosa. Los «japonesitos» son los boches de Extremo Oriente. El mismo espíritu que inspiró el dicho *Deutschland über alles* impregna todo Japón, desde los miembros de la corte hasta el último de los barranderos. Son unos microbios muy feos y muy peligrosos. Quieren engullirlo todo. Hay que ver los gestos de la gente del pueblo, que no sabe contenerse demasiado bien, diciéndote que han «tomado» Manchuria y Corea y que «tomarán» China. Y a bordo del paquebote, cuando se avistaba Indochina, un oficial de la marina japonesa no se anduvo por las ramas para decirme: «Necesitamos ese país, acabarán por dárnoslo.» La educación le impedia decir: «Nos apoderaremos de él.» Se han metido en todo Extremo Oriente y, al igual que los alemanes que se dedican a hacer *baedeker*, con el pretexto de elaborar guías han ido a explorar a todas partes, incluida Indochina. Su *Guía de Indochina* ha aparecido recientemente. Nuestros buenos administradores en Tonkín y en otros sitios no se enteran de nada. Tienen instrucciones militares en Kham (Tíbet), la provincia que está junto a Yunnan y limita con el norte de Birmania. No puede ser con la intención de apoderarse del Tíbet, al que sólo pueden tener acceso pasando por otro país. ¿No será que intentan crear conflictos fronterizos en los estados de Indochina y aprovecharse de la situación? En cualquier caso, deben de tener un plan, pues varios supuestos bonzos (yo conozco personalmente a tres) han pasado temporadas bastante largas en el Tíbet por razones misteriosas. Desde luego no era para estudiar las sectas religiosas, pues, ante mis conocimientos en dicha materia, tuvieron que confesar su ignorancia y atrincherarse tras el pretexto de que habían cursado estudios de gramática e historia.

En un artículo que he leído últimamente, un autor japonés confesaba que, tras la guerra, los países occidentales dirigirían su atención hacia Japón de forma poco simpática y mirarían a los japoneses como los émulos de los alemanes. Comprendía muy bien lo que son sus compatriotas, pero ¿acierta al pensar que los occidentales lo comprenden tan bien?

En cuanto a los chinos, ofrecen un espectáculo lamentable. ¡Es para echarse a llorar! Recuerdan un majestuoso elefante acosado por enjambres de moscas, que no sabe qué hacer con sus grandes miembros para librarse de ellas. Los extranjeros les chupan la sangre, y mientras tanto los muy imbéciles se dedican a pelearse entre ellos. Hay soldados por doquier. Las vías férreas están vigiladas a lo largo de

toda Manchuria. Incluso hay soldados montando guardia en el propio tren. No tienen un aspecto muy imponente esos pobres soldados, con sus uniformes de corte europeo demasiado anchos o demasiado estrechos, y se intuye que el alma que habita esos pingajos extranjeros se encuentra todavía más incomoda dentro de ellos que el cuerpo que los viste. Unas cornetas tocan una música discordante al pasar el tren y los soldados presentan las armas. ¿Por qué?... Es grotesco y penoso ante esas grandes estepas de donde partieron las hordas de Gengis Kan para ir a aterrorizar a Europa..., ¡cómo cambian las cosas!

Me encuentro mucho mejor desde mi estancia en Corea; allí sufri un doloroso ataque de reuma, pero las fiebres desaparecieron.

Con todo, desde hace algún tiempo vivo con la idea del fin presente, extrañamente presente en la mente. Es como si tuviera que apresurarme a hacer lo que quiero hacer porque, a partir de ahora, tengo el tiempo contado. ¿Qué hay en el fondo de eso? Mis padres y mis padres han vivido hasta una edad muy avanzada..., pero eso no es una razón. Para vivir hace falta voluntad... ¡y en mí la voluntad, el deseo de vivir están muy gastados! Las ciudades y el espectáculo de agitación que ofrecen son lamentables y agotadores. ¿Qué sentido tiene el esfuerzo de los hombres en atormentarse? Parecen un puñado de locos que buscan los medios para torturarse a sí mismos. Yo sonrío ante las pinturas ingenuas del Infierno que se ven en los templos de las diferentes religiones. ¡Qué infantiles son y cuán por debajo de la realidad están! En materia de tortura se ve mucho más alrededor de uno, ¡no es necesario pasar a ningún «otro mundo»!

Contemplado entre la naturaleza, el drama de la existencia aparece envuelto en una especie de serenidad e impregnado de grandeza; en las ciudades no se ve más que el detalle mezquino y repugnante. [...]

En ocasiones me pregunto, en serio, si no podría hacer francés a Aphur para así, al menos, dejar una unidad que me sustituya a mí muerte. Hay franceses más tontos que este muchacho. Pero Aphur es como yo, tiene el alma amarilla. Quedará deslumbrado durante un tiempo por París o Londres y después, poco a poco, se pondrá otra vez a soñar con los montes de allá arriba, con el sonido de las caracolas y de las campanas que desciende desde lo alto de las *gompas* hacia los pueblos de los valles, con las noches en la estepa, donde, como dice el pastor de *La arlesiana*, brillan «tantos planetas».

16 de octubre. Decididamente hay pocas posibilidades de que vaya a Mongolia en estos momentos. El precio del trayecto en automóvil, utilizando el servicio público, es muy elevado, mientras que el trayecto en caravana es demasiado largo y me obliga a viajar en la estación fría, que no tardará en llegar. En cuanto a quedarme en Pekín,

¿me decidiré a hacerlo?... No parece que haya muchas posibilidades de vivir aquí apartado de los occidentales. A los chinos les resulta más difícil aún que a los hindúes comprender que un occidental sea un enamorado de la calma y la sencillez. Aquí, en una gran ciudad, sólo conocen a un tipo de occidentales: el mundo ostentoso de las embajadas y el mundo agitado de los misioneros, ambos intimamente unidos. Un artista o un pensador que camina, deambula, se sienta durante una hora para soñar dentro del recinto de un palacio en ruinas o escruta el interior de las tiendas, observa los rostros que desfilan entre la multitud en la calle, se interesa por los gestos de la vida del país, por los aspectos característicos de la mentalidad, de la raza, son personajes desconocidos prácticamente en todo Oriente. Aquí, la vida salvaje es inexistente, estamos en plena civilización y, si me quedo, la fuerza de las cosas me llevará a los «tés» de amables damas de las misiones norteamericanas o inglesas, o a los de no menos encantadores compatriotas del mundo de la legación. Pues bien, yo no estoy en Oriente para saborear pasteles que recuerden a los que puedo degustar en casa y para disfrutar de conversaciones cuyo equivalente también me esperaría allí. Estoy llegando al final de un largo y paciente estudio. Lo he llevado a cabo a mi manera, muy diferente de las que han empleado los eruditos orientalistas. Sin negar el indiscutible mérito de algunos de ellos, creo que yo he visto otra cosa y puedo, si al acabar la guerra el público docto muestra interés en ello, aportar algo nuevo sobre el tema. Ahora falta acabar mi trabajo; quizás sea lo más difícil, pero hay que hacerlo, y por eso no puedo perder ni una hora en parloteos mundanos, ni gastar un dólar en ropa u otras cosas indispensables de ese tipo.

Pekín, 31 de octubre de 1917

Ayer encontré en la oficina de correos dos cartas tuyas, fechadas el 1 y el 8 de julio, que el profesor Suzuki me envía desde Japón. Gracias por las dos; demuestran más bondad, cariño e inteligencia del que es posible expresar. Me he sentido realmente emocionada al leerlas. El ser bastante singular que soy no podía soñar con un marido más «adecuado», dentro de su total disimilitud, que tú. ¡Mouchy, no te enfades si te lo digo! ¡Cuánto has cambiado! Te ha pasado lo mismo que a los vinos, que al envejecer mejoran. Me confunde pensar que tanta bondad y tantos sentimientos delicados se hallaban en estado latente en tu «yo» de los días de Khérédine. Pero seguir dándole vueltas a eso es inútil, así que te expreso simple y llanamente mis pensamientos afectuosos.

Como ya sabes, recibí tu cheque cuatro meses después de que ingresaras los fondos en Marsella. Pero llegó bien. ¡Y a tiempo, te lo aseguro! [...]

Ya te informé de mi deseo de ir a Mongolia y también de que había renunciado a trasladarme ahora a Urga, pero resulta que ha habido novedades. Se trata de una historia un poco larga, de modo que procuraré abreviar. Visité a nuestro ministro interino, el conde de Martel, quien, aunque no entiende nada de los temas objeto de mis investigaciones, fue muy amable. Le escribí al ministro de Asuntos Exteriores chino pidiéndole que me pusiera en contacto con un tal príncipe Koung, alto funcionario encargado de la oficina especial de los asuntos tibetanos y mongoles. Y el citado ministro me envió a su vez una carta para dicho príncipe. Nuestra entrevista se desarrolló en un tono de la más absoluta cortesía, pero el funcionario se quedó atónito al enterarse de que estudiaba el lamaísmo y hablaba tibetano. ¡Le pareció algo insólito, extraordinario! Jamás había imaginado nada parecido. Sea como sea, la misma tarde de nuestra entrevista ordenó a uno de sus subordinados que viniera a verme a fin de averiguar qué tendría que hacer por mí. Resultó que éste había estado al servicio del dalái-lama en calidad de interlocutor de las demandas. Hablaba perfectamente tibetano, y pudimos entrevistarnos sin intérprete. El resultado de dicha entrevista fue confirmarme lo que ya sabía: que por el momento en Pekín no hay ningún lama erudito.

¡Así que otra vez mis proyectos al traste! ¡No sé por qué nos empeñamos en hacerlos! [...]

El funcionario en quien había delegado el príncipe Koung me presentó a un lama de alto rango, un *khubilgan*, es decir, un lama que se supone que es la reencarnación de un personaje santo. Éste parece un hombre de trato agradabilísimo; quizás no sea ni mucho menos un gran sabio, pero conversando con él me he convencido de que su erudición sobrepasa el nivel medio. Es autor de varias obras sobre gramática tibetana. Es un hombre rico, jefe de un monasterio situado en una región famosa gracias al ilustre Tsong Kapa y donde se encuentra Kum-Bum, que he deseado visitar desde que era pequeña. Puedes localizar la región en un mapa buscando, hacia el sudeste de Mongolia, un inmenso lago llamado Kuku Nor (en lengua mongola, «lago azul»). El lama regresa a su tierra dentro de unos quince días, acompañado de sus sirvientes, y si lo deseas puedes unirme a la expedición. [...]

Después..., pues sí, pensare en el regreso. Si estuviera sola, ni me lo plantearía, pero siento demasiado afecto por ti para renunciar a volver a verte. Así pues, regresaré, si es que sigo estando en este mundo. Tal vez..., pero esto no debes comentárselo a nadie, aunque estés en Argelia o en Francia, pues una indiscreción podría causarme grandes dificultades e incluso ponerme en peligro..., bien, estoy pensando en ir a la India por tierra, cruzando el Tibet. Sí, sobre el mapa parece un despropósito, pero en realidad no es tan terrible. He pensado muchas ve-

ces en los relatos de exploradores que deambulan por las estepas o cruzan altos puertos nevados. En los libros todo parece desmesurado, pero en realidad es muy sencillo. Caminar sobre el asfalto de las calles o en medio de la soledad del Tíbet se reduce siempre a mover las piernas y poner un pie delante del otro. ¿Los peligros?... ¡Bah! ¿Acaso no es peligroso cruzar la plaza de la Concordia, por donde circulan coches a toda velocidad?... De modo que, si vuelvo a la India por ese camino, tardaré, tardaré bastante, pero es algo perfectamente factible. Seguiré carreteras conocidas, visitaré ciudades, me detendré en pueblos... Todo me está permitido, incluso mendigar con éxito. La gente, al igual que en otros tiempos, dispensará una buena acogida a una yogui que ha visitado tantos lugares de peregrinaje. El único escollo es —en el sur— la administración inglesa de la India, que si se enterase importunaría, como ya lo ha hecho, a los buenos tibetanos que me tratan amigablemente. La política británica es dejar entrar en el Tíbet únicamente a soldados o comerciantes ingleses, o a súbditos ingleses autorizados por las autoridades inglesas. Yo tuve que marcharme de Sikkim tras mi último viaje a Shigatse. Ante la imposibilidad de actuar contra mí, el residente cometió la cobardía de imponer elevadas multas a habitantes de la frontera (en el lado de Sikkim) que ni siquiera sospechaban que yo había estado en Shigatse. Aterrorizó al viejo lama, mi vecino. No te lo conté en su momento por temor a que abrieran mis cartas. Evidentemente, al entrar en el Tíbet por el otro lado no hay peligro de que suceda nada de eso, y es posible que baje a Yunnan en lugar de ir a la India. No obstante, no hables con nadie de este proyecto ni tampoco me escribas sobre él, o, si lo haces, no menciones el nombre del Tíbet, llámalo China. «La travesía de China a Indochina»: utiliza esta expresión, yo entenderé a qué te refieres. De todas formas, no es más que un vago proyecto que quizás nunca llegue a realizar, y si lo llevo a cabo, todavía tardaré. Deseo estudiar en paz y terminar los libros que tengo empezados durante mi nuevo retiro en Mongolia. Cuando me disponga a emprender un gran viaje lejos de las vías de comunicación con el extranjero, necesitaré, como es natural, disponer de dinero para hacer frente a los imprevistos durante un plazo bastante largo. Por esta razón y por otras que te he enumerado en mis cartas anteriores, me tranquilizaría tener una suma de cierta importancia al alcance de la mano. No se te ocurra escuchar los consejos de una prudencia mal informada y creer que podría renunciar a mi empresa por falta de dinero. No, sopesaré los pros y los contras y, si decido un día hacer el viaje, lo haré aunque tenga que mendigar de monasterio en monasterio. La única diferencia sería hacerme efectuar el camino en unas condiciones difíciles. Aún no ha llegado el momento, pero, como voy a marcharme y en el futuro mis cartas pasarán por el correo

chino, no volveré a escribirte sobre este asunto, ni siquiera para pedirte el dinero necesario; un día te diré que voy a «atravesar China» y comprenderás a lo que me refiero. Evidentemente, no deberás sorprenderte si a partir de ese momento ya no recibes noticias mías. En tal caso, el silencio significará que todo va bien, porque si muriera, como ya no habría que guardar ningún secreto, Aphur te escribiría. Hay oficina de correos en Lhassa y también en Ladakh y en algunos lugares más; aunque en esa época recibieras cartas ambiguas de Aphur hablándote de mí como si hubiera vuelto contigo, y dirigidas a mí misma pidiendo ayuda o dando detalles sobre su salud, deberás interpretar que lo que dice de él se refiere en realidad a mí. Su nombre religioso es Nindji Gyatso (se pronuncia Nindji), que quiere decir «océano de compasión»; anótatelo. Su nombre civil es Aphur Yongden o Zangden.

Mi nombre religioso tibetano es Yishe Ton-me (lámpara de sabiduría). Perdona, no lo elegí yo, sino mi lama-padrino; yo no me habría atrevido a esa grandilocuencia oriental. En fin, toma nota de todos estos detalles en un cuaderno; podrías necesitarlos.

Ahora volvamos a lo que me dices sobre mi regreso. He sopesado bien las cosas y nunca he tenido intención de no volver. En cuanto a recuperar el gusto por la vida de luchas y ambiciones que me pintas, querido, no hay que contar con ello. Tu carta me ha traído a la mente unos versos pali del Dhammapada: «Mirad a ese hombre hábil, inteligente; una vez desatado, vuelve a sus ataduras, una vez ha escapado de la hoguera, vuelve a arrojarse a ella...» Sin duda alguna yo no caeré en semejante ironía. Conozco el precio de la liberación que he alcanzado, por incompleta que sea, y no renunciaré a ella. Para mí, las ambiciones de las que me hablas son como si a ti, hombre maduro y culto, te mostraran un caballo de madera o una peonza esperando excitar tus deseos. No, «el opio asiático», como tú dices, ha completado su obra. Y no ha actuado en los que se están matando, en Europa, porque le tienen demasiado apego a la vida y a los objetos de la vida. Recuerdo haber escrito, en los alrededores de Hyères, a orillas del Mediterráneo, un opúsculo que obtuvo cierto éxito, puesto que fue traducido a tres o cuatro lenguas y publicado incluso en Argentina. Si no lo has leído, al menos lo has visto. Se llamaba *Pour la vie*.^{*} No reniego en absoluto de lo que dije allí. No sin razón, quienes me hicieron el honor de conferenciar sobre mi opúsculo —y fueron muchos— o de traducirlo vie-

* Esta breve obra, escrita por A. David-Néel cuando tenía unos veinticinco años con el seudónimo de Alexandra Myrial, lleva un prefacio de Elisee Reclus y fue publicada por la Bibliothèque des Temps Nouveaux en Bruselas. Se reeditó en 1970. Véase *En Chine: L'amour universel et l'individualisme intégral (les maîtres Mo-Tsé et Yang-Tchou)*, Plon.

ron en él una guía para los que quieren vivir, vivir de verdad. No los desprecio desde lo alto de mi torre de marfil. Ésos, los que se consagran apasionadamente a su «yo», los que ansían su desarrollo completo y lo obtienen, son los adeptos nacidos para la gran renuncia. Es conveniente haber vivido la propia vida. Es lo mejor, lo único razonable que se puede hacer en la vida. «Gracias al amor a "uno mismo", todas las cosas nos son queridas», dice un viejo sabio en uno de los Upanisad. Es preciso saberlo, descubrir todas las ilusiones, las apariencias de sacrificio, de altruismo, de heroísmo y demás, y comprender que incluso el mártir sólo se ama a sí mismo y sólo persigue su satisfacción. Cuando se ha visto claramente eso una vez, cuando uno ha dejado de engañarse a sí mismo y ha analizado el goce obtenido del desarrollo del yo, cuando se ha diseccionado el propio yo y se lo ha visto retroceder hasta desvanecerse como si fuera un espejismo, entonces, amigo mío, la idea de luchar, de tener ambición, de tener... lo que sea, parece totalmente ridícula. Si a algún editor le interesa publicar después de la guerra lo que haya escrito, perfecto; si este tipo de literatura no atrae a ninguno, perfecto también. ¿Pondré pasión en algo que es un mero juego de sombras en la pantalla de un cinematógrafo? Y si la pusiera, ¿habría algo más que los gestos de otra sombra sobre la misma pantalla blanca? Así que, Mouchy, como ves, encontrarás en mí a una compañera falta de entusiasmo. Tú eres bastante sensato como para soportarla. Si no te empeñas en establecerme en una gran ciudad durante todo el año, no nos resultará difícil adaptarnos... En Francia hay parajes hermosos: en los Alpes, en las Cevenas, en los Pirineos o a orillas del Mediterráneo; y en Argelia también hay lugares muy bellos. De lo que querré disponer es de un apartamento privado donde pueda levantarme a las tres de la mañana y acostarme a las nueve, y encerrarme una semana o dos cuando tenga ganas sin molestarte ni que me moleste. Eso no es muy difícil. Tú verás a las personas que deseas, pero no me obligarás a verlas, a vestirme, a presidir cenas o a aceptar invitaciones. Compréndelo, Mouchy, regresaré por ti, sólo por ti, porque te quiero sinceramente y me sentiré dichosa de contar con tu compañía y de ofrecerte la mía, si puede ser de beneficiosa; pero, si he rechazado la ambición, también me he liberado de las tareas mundanas, domésticas y de otro tipo, y no quiero volver a asumir ninguna. Lo que hace odiosa la vida en común es que las personas se incordian mutuamente. Deben verse cuando les apetece y aislarse cuando lo desean, pero no imponerse el deber de hacer, uno y otro, exactamente lo mismo a la misma hora establecida. Pero tenemos tiempo por delante para hablar de todo esto. De momento, la guerra no acaba. Ayer me enteré del desastre acaecido en Italia. Todo el terreno ganado, perdido, y un cuerpo del ejército hecho prisionero. Es

para preguntarse si los boches son seres humanos o demonios que poseen poderes sobrenaturales. En nuestro país han retrocedido, pero cabe preguntarse si no volverán. ¡Y qué orgullo va a darles su victoria sobre los italianos! ¡No acabaremos nunca!

Me alegra saber que te satisface la nueva situación. [...] No debes lamentarte de tu pobreza. ¿Qué harías, entonces, si tuvieras que equilibrar mi escaso presupuesto en un país donde se cuenta en dólares, que hoy valen casi 5 francos? No sé lo que te prepara tu cocinera, pero puedes estar seguro de que es mejor que la bazofia espartana que sirve Aphur. A propósito de cocinera, ¿se las arregla bien tu argelina? ¿Con quién más cuentas? ¿Duerme su marido en tu casa? Es una medida sabia y prudente ser varios en una casa. ¿Y Sophie? ¿Tienes noticias suyas? ¿Cómo le va a Tahar en el ejército? Debe de haber envejecido. Cuídalo. No ha tenido una vida muy alegre; que tenga al menos una vejez apacible. Ya no habría que dejar que le dieran raspas de pescado como antes; un estómago viejo no digiere igual que uno joven, y el pobre podría resentirse. Hay que ser bueno, es lo mejor de todo. El océano de dolor ahoga a las criaturas y éstas siguen empeñándose en destrozarse entre sí. Últimamente pienso mucho en mi padre. ¡Triste vejez la suya! Qué dura fue mi madre con él hasta sus últimos días. ¡Pobre papá! Tal vez hubiese querido que alguien lo amara... Él no era budista, él creía en la realidad de la vida. Muchísimas cosas suyas acuden a mi memoria: ¡tristeza, tristeza! Y mi madre, su miserable vejez de paralítica inconsciente, ¡tristeza desoladora! Y todo lo demás..., el encadenamiento de días que forman la vida..., me veo, veo a los demás, personas, animales..., hasta a los perros que dejé en Sikkim; el sufrimiento lo envuelve todo. Y tú hablas de regresar a este gehena cuando ya se tiene un pie fuera, cuando ya se han aspirado las primeras bocanadas de la brisa fresca que calma la fiebre y vislumbrado un horizonte sereno que no se ve enturbiado por la fatigosa danza de las sombras torturadas...

No quiero terminar la carta en este tono sombrío. Deja que te describa al lama que, con toda probabilidad, se convertirá en mi compañero de viaje durante un mes. Es un hombre muy alto, bastante robusto sin estar gordo y de aspecto imponente, aunque de facciones francamente feas. En cuanto a la edad, calculo que debe de tener unos cuarenta y cinco años. Lo había invitado a que viniera ayer a tomar el té. Llegó precedido de tres criados y junto a dos compañeros, uno de ellos el funcionario que me lo había presentado. Pese a los tejados chinos, mi patio rodeado de galerías a modo de claustro me recordó, en aquel momento, escenas similares entrevistas rápidamente en el Vaticano. El lama avanza lentamente; lleva una larga túnica de seda de color oro rojizo y una chaqueta de terciopelo púrpura. Parece un carde-

nal de familia noble, como los que se ven en los cuadros, y por un momento olvido saborear el juego de los colores y las actitudes bajo el cielo azul y los pinos verde oscuro que decoran el primer pórtico. Estamos en China, pero yo veo la Roma de antaño, quizás la de antes del cristianismo, pues este lama podría pasar por un procónsul. Ya ha entrado; sentado en el lugar de honor, mira los objetos tibetanos que tengo aquí (poca cosa, todo espera en Japón el momento de ser expedido). Ha cogido el tamboril grande y se ha puesto a cantar la extraña salmodia de los yoguis tibetanos, porque le ha sorprendido que yo tuviera un ejemplar antiguo y porque yo le he enseñado mi traducción al francés. Entonces, el encantamiento surte efecto, los sirvientes se quedan estupefactos y el hechizo me atrapa también a mí... Allá abajo, los horizontes inmensos, los montes gigantes pero más sutiles que todo esto, visiones, una atmósfera de no se sabe qué otro mundo creada por la música monótona y hechizadora. Recuerdo haber oído eso por primera vez una noche en Sikkim; en aquella época no entendía las palabras terroríficas del texto..., sería muy interesante establecer su origen. De momento, no pienso en ninguna investigación erudita, me pregunto dónde está el misterio del encantamiento, en el ritmo o en el sonido... El lama continúa, continúa. Se hechiza a sí mismo. No es ni Massenet ni Wagner, es una simple salmodia de un país sin arte, pero sobrecogedora como lo es todo en el País de las Nieves.

A continuación tomamos el té y comemos pasteles; el lama no tiene nada de brujo. Su aspecto es el de un prelado docto, de maneras elegantes, un hombre de buena cuna, indiscutiblemente, pero que siente atracción por las doctrinas y los ritos tántricos tan caros a mi amigo y colega en orientalismo sir Woodroffe. Hablando de música tibetana, escuché la del templo de los lamas en Pekín. Era extraordinariamente bella. A ti no te habría gustado aquella monotonía, pero es la expresión perfecta de este país, donde todo es desmesurado, la expresión de su filosofía, desmesurada también, y de su sentido hiperagudo del dolor universal. Por suerte, la gente del Tíbet es muy inocente, pues, como convertirse en buda está fuera de su alcance, no tendrían otra opción que el suicidio en masa, cosa que se guardan de hacer, dado su carácter más bien jovial, pese a las vibraciones melódicas y melancólicas que los lamas vierten sobre ellos desde lo alto de sus monasterios.

¿Te alegrará enterarte de que me marcho de Pekín? No parecía entusiasmarte que estuviera aquí. De hecho, impera una atmósfera de inseguridad muy molesta. A las nueve de la noche, todo el mundo se encierra en su casa y no se ve un alma en las calles; dicen que no son seguras. Son preferibles los pueblos, la verdad.

El otro día visité el célebre Palacio de Verano. Es bonito, desde luego, pero está desprovisto de majestad; los edificios son frágiles y

parecen como de juguete. En suma, no hay nada muy impresionante en Pekín, aparte de las puertas de la ciudad abiertas en la enorme muralla. Eso vale la pena verlo. [...]

Pekín, 26 de noviembre de 1917

El frío aumenta en Pekín y hace presentir la temperatura que nos espera dentro de un mes, pero el cielo está despejado, el sol brilla, y eso es un consuelo. Una de las mejores cosas del norte de China es su admirable cielo azul y la luz deslumbradora que lo baña todo. Un cambio muy agradable después del brumoso Japón. El otro día estuve charlando sobre esta cuestión con una religiosa del hospital francés que lleva mucho tiempo en China. Temiendo que se tratara de un año excepcional, le pregunté si el tiempo era siempre así. «Siempre —me contestó—. Buen tiempo perpetuo, interrumpido por tormentas de arena de escasa duración. En cuanto a la lluvia, cae un poco en junio, pero en muy poca cantidad y cesa enseguida. Todos los campos que ve subsisten gracias a los riegos. La lluvia no haría crecer ni un rábano, pero el agua de los ríos, dirigidos a través de múltiples canales, basta para todo, incluso para inundarlo todo, como el mes pasado.»

Para que haya tanta agua en los ríos, se diría que debe de llover en algún sitio. Le pregunté al lama con quien voy a viajar, que es de una región próxima a las fuentes del río Amarillo, el terrible gigante que lo inunda todo. «¿Lluvia? —repuso—. Aquí cae muy poca. El cielo está siempre azul, todo es seco, muy seco. Pero tenemos ríos; mi principal monasterio se encuentra situado en la intersección de nueve de ellos, que desembocan en el río Amarillo. No falta agua; podemos prescindir de la lluvia.» Es muy raro. ¿De dónde viene toda esa agua que desciende de una tierra árida e inunda otra que también lo es?

La marcha del lama se retrasa. Es un fastidio, pues ello supone, por un lado, pasar más frío por el camino, y por el otro, continuar en Pekín, con los consiguientes gastos inútiles, pero ¡qué le vamos a hacer! El lama no sigue aquí por gusto. Me he enterado de que es, no sólo administrador de los bienes de los lamas de la secta roja en la región del Kuku Nor, sino también una especie de juez y funcionario a sueldo del gobierno chino. Es el pago de ese sueldo lo que espera para partir. En China, como en España, a los funcionarios no se les paga con regularidad; a menudo, para conseguirlo deben ofrecer presentes en moneda a los que tienen las llaves de las arcas nacionales.

Lo que he visto en las pocas visitas que me ha hecho me ha confirmado la opinión favorable que tenía de él. Es un hombre inteligente y culto. Por desgracia, en su deseo de asimilar conocimientos científicos occidentales y favorecer con ellos a quienes lo rodean, se ha empeñado en utilizarme como profesor. ¡Y nada menos que profesor de as-

tronomía, anatomía y aritmética! Aritmética, pase, pero astronomía y anatomía...; ¿te das cuenta? Por lo demás, el buen hombre me ha sacado un montón de libritos y entiende algo de la materia, pero tiene la intención de escribir un opúsculo en tibetano sobre el movimiento de la tierra, las mareas, los planetas, etcétera, y reclama mi colaboración. ¡A qué no estaremos expuestos en este mundo!

De todas formas, estábamos predestinados a hacer pedagogía en el país de los mongoles. Escucha esto: al darse cuenta de que mis recursos eran cada vez más modestos, Aphur tuvo una idea genial. «Cuando lleguemos allí buscaré alumnos —me dijo—, muchachos de familias ricas a los que daré clases de inglés. Por la noche, le enseñaré lo que vaya a explicarles al día siguiente para que usted lo corrija. Ellos, como es costumbre, me pagarán unas veces en especies (manteca, harina, arroz) y otras con dinero, y eso nos permitirá vivir bien, ya que reservaremos su dinero para otros gastos.» ¿Qué te parece? Me recordó el dechado de virtudes: «El criado que mantiene a su señor cuando éste se ve necesitado.» No pude evitar echarme a reír, pero el muchacho sigue con su idea, que por lo demás podría llegar a sernos útil.

Parece que la situación vuelve a complicarse en China. [...]

¡Qué lamentable enfrentarse a estas dificultades! Creo que lo comprenderás y me enviarás lo necesario para evitarlas. [...]

Creo que en el Kuku Nor será distinto; de lo contrario, no habrá más que zambullirse en el susodicho Lago Azul. Todo hace prever que allí estaré como en De-Chen Ashram. Al principio, instalarse generará gastos; luego, como viviremos de los productos de la región, los gastos serán mínimos. El lama-juez, que también es terrateniente, me ha hecho por iniciativa propia una promesa escrita y debidamente firmada, comprometiéndose a proporcionarme toda la leña que necesite para calentarme y a llevar agua (lo hacen a través de conductos de madera o de acequias) al lugar donde viva. La mano de obra no le cuesta nada y la leña tampoco, pero estas dos simples cosas son valiosísimas para un extranjero. Tiene asimismo un jardín, y me ha prometido que hará plantar las semillas que llevo, lo que me permitirá comer verduras a placer. De hecho, este hombre tiene un gran interés en conservarme a su lado —así como a Aphur, por quien siente simpatía—, deseoso como está de aprender ciencia occidental y de que su hijo, que ahora está aquí, aprenda inglés. Éste es un niño muy guapo de once años —lo que hace suponer que encontraremos a una bonita mamá al llegar allá, pues el papá es feísimo y su hijo no se parece en nada a él—, muy amable e inteligente. El astuto criado puso su mano oscura sobre la mía y me dijo: «Iremos a pasear juntos, yo le mostraré la región y usted me enseñará inglés; yo le enseñaré a hablar chino y mongol.» El chiquillo es tan ambicioso como su padre, quien, por

cierto, tiene unos principios dignos de Bruto. «Si mi hijo es inteligente, aprende mucho y se vuelve instruido —dice—, será mi heredero (esto significa heredar sus títulos lamaicos, que llevan aparejadas las propiedades); si no, ni lo miraré, dejará de ser mi hijo, ¡que se convierta en un campesino!»

Y así es como, en todas las latitudes, la gente se agita, se esfuerza en ser algo, espera, teme, lucha para sumirse en la muerte después de unos años. Los reinos de hormigas también se agitan; el pie de un transeúnte, inconsciente del cataclismo del que es autor, hunde el reino bajo la arena, aplasta a las obreras, los cuerpos del ejército y los oradores todos juntos...

¡Ah, qué agradable sería el reposo si estuviera en algún sitio! Pero ni en los mismísimos desiertos se encuentra. Hay que ir a buscarlo donde los budas lo descubrieron, en su propio espíritu al volverse claro y vacío como el espacio sin nubes.

Confieso humildemente que el mío todavía se ve oscurecido con demasiada frecuencia por preocupaciones como las que tengo desde que dejé la India. Admitirás que son serias. Verás, yo contaba con marcharme inmediatamente de Pekín; los mil francos (235 dólares) de la letra de cambio que libré a tu nombre tenían que servirme para vivir allí en espera de tu envío, pero el lama retrasa su partida; aquí, mis haberes continúan menguando, y si el lama tarda mucho en irse, ¿cómo podré hacer frente a los gastos del viaje? [...]

Pekín, 9 de diciembre de 1917

Patinamos. Hemos sido gratificados con dos días de tormenta y la temperatura se acerca a los 20° bajo cero, que es lo normal en invierno en la China septentrional. Resisto como puedo las heladas y lo consigo bastante bien. Como supondrás, en mi casa catedral, toda de papel, sin paredes, no hace calor. No tengo fuego, o casi nada; simplemente dos vasijas de barro en las que encendemos una mezcla de carbón, aglomerado de carbón y tierra como la que se fabrica en Francia. Pasémoslos esos dos recipientes de un sitio a otro, dependiendo de si se cocina, yo me estoy bañando o me quedo en mi habitación. Debería tener una estufa grande, pero ante la proximidad de la partida no he querido afrontar los gastos de la instalación. De todas formas, la estufa tendrá que decidirme a comprarla para llevármela a Mongolia. No puedo pasar todo el invierno sin fuego; además, hace falta un horno para cocer pan.

Tuve la agradabilísima sorpresa de enterarme de que el lama estaba provisto de documentos para requisar caballos y vehículos a fin de transportar su equipaje sin desembolsar un céntimo. Muy amablemente, me permite aprovechar la ganga y transportaré mis bultos jun-

to con los suyos. ¡Un buen ahorro! Probablemente sólo tendré que pagar mi coche. También he conocido al gobernador de Kuku Nor, un chino del sur que resulta que es un condiscípulo de un amigo mío y un experto en literatura budista. Está aquí desde hace ocho días y tiene que resolver varios asuntos con el gobierno. Tiene previsto volver a su puesto en primavera y me ha ofrecido las mismas facilidades para transportar otros bultos si necesito hacerlos traer de Japón.

Mi lama sigue sin partir. Sus cajas están cerradas; espera día tras día el dinero que el Tesoro no se decide a pagarle. ¡Las costumbres chinas! El gobernador de Kuku Nor me ha dicho que no podía sucederme nada mejor que ir con ese lama, que es un gran personaje en su región. En cualquier caso, lo que veo me demuestra que es rico y, lo que me interesa más, erudito y proclive a enseñar a los demás lo que sabe, un hecho infrecuente entre los lamas. [...]

La situación política en China no tiene aspecto de mejorar; al contrario, incluso los habitantes de la lejana Mongolia parecen volverse belicosos. Hablando de unas tierras que el gobernador quiere hacer que roturen —no entendí muy bien si le pertenecen o no—, el lama decía: «No tenemos soldados, es verdad, pero no importa, espere y verá.» Lo único que pido es no ver. ¡Sería demasiado estúpido que tuviera que presenciar batallas en Kuku Nor! Un testigo ocular me ha contado detalles sobre la guerra chino-tibetana, que continúa. Es horrible... Los soldados chinos se comían el corazón de los tibetanos cocinado y mezclado con arroz. En Europa aún no hemos llegado a eso, pero poco falta. [...]

A propósito de literatura, he publicado varios artículos en los últimos tiempos y voy a enviarte uno que está en francés. Los demás están en inglés y se publican en Londres. También hay otro en chino, traducido para el Boletín de la Universidad de Pekín, sobre una cuestión de orientalismo. El traductor es el director de la universidad, que domina el francés. Ah, hay también un artículo que trata por encima la cuestión de la guerra chino-tibetana. [...]

Pei-Ling-sse, Pekín, 27 de diciembre de 1917

.... Tras haber degustado la pócima del aislamiento y la de la quietud, ya no se teme nada....»

Muy apropiados, estos versos del *Dhammapada*. ¿Fluye a raudales la «pócima de la quietud»? Deseo evitar una afirmación presuntuosa y me limitaré a mencionar una cantidad de tazas bastante respetable. En cuanto a la del aislamiento, se extiende a la manera del Hogan-ho, que, agitando canales y ríos, pasando por encima de todo, ha asolado todo el norte de China y enterrado Tianjin bajo casi dos metros de agua. Acabo de pasar la Navidad más solitaria que quepa imaginar. [...]

Nos encontramos en lo más crudo —o casi— del invierno. Las heladas son terribles, pero el sol brilla todos los días. Las tormentas recorren Pekín, trayendo nubes de arena recogidas en el Gobi. Es como el simún. Se diría que estamos en el Sahara, y me acuerdo de Nefta, del palmeral del Souf y de los dátiles de el-Djerid. Me comería gustosa unos cuantos si los tuviera a mi alcance.

El lama no consigue que el Tesoro chino le pague los 3.000 dólares que le debe. Tiene la promesa y una carta del presidente de la República, pero aun así el dinero no sale de las arcas. Así que no se va, y ahora es poco probable que deje Pekín antes de dos meses. En esta estación, el trayecto debe de ser terriblemente duro, así que no me apena ahorrarme esa prueba. En marzo no hará calor, desde luego, pero tampoco helará, o casi nada y sólo por la noche. Ahora, la temperatura oscila entre 15 y 22 grados bajo cero. He tenido que realizar arreglos para contrarrestar el frío. Hemos pegado papel nuevo en todas las paredes exteriores que sirven de muros. Mi casa es una caja, una especie de invernadero con papel a guisa de cristales. La única diferencia con un invernadero es que hay un tejado de tejas y, debajo de éste, un techo de papel. Las habitaciones tienen 5 metros de alto y la estancia principal 15 metros de largo. He abandonado esta última y vivo en una habitación mediana, contigua, donde he montado una de mis tiendas, que constituye una especie de alcoba en la que he instalado mi *futon* (colchón japonés) sobre unos taburetes chinos para formar una cama. También he habilitado una especie de tarima, cubriendola con esteras tibetanas, para sentarme al estilo oriental y leer, escribir e incluso comer. Así evito tener los pies sobre la piedra, porque todas las habitaciones están embaldosadas y, debido al frío que hace, resulta muy desgradable estar en contacto con el suelo helado. ¡Tengo sabañones, grietas y toda la pesca! Sin embargo, no estoy enferma como en Japón. [...]

Te he enviado un recorte de periódico, un artículo que he escrito aquí, y adjunto otro a esta carta. Ya me dirás si mi estilo se ha resentido a fuerza de no practicar nuestra lengua. Aquí he recibido muchos cumplidos por él, pero los cumplidos... ¡ya se sabe lo que son! [...]

Pekín, 14 de enero de 1918

[...] Querido, el lama-funcionario acaba de venir para anunciarme que la partida se ha fijado irrevocablemente para el 23 de enero y que debo hacer las maletas. Aunque estaba preparada para ponerme en camino, me ha embargado una emoción singular, igual a la que sólo he sentido otras dos veces en mi vida, en el momento de emprender acciones que parecían totalmente desprovistas de importancia pero que, por el contrario, fueron decisivas. La viajera que soy no puede temer dirigirse al Kuku Nor, sobre todo en compañía de personas conocidas

por su honorabilidad, ricas y con cargos oficiales. A través de nuestra legación, se me ha facilitado una carta bastante imperativa en la que se ordena a todos los lamas y jefes de cualquier clase de monasterio que me reciban, me ayuden, me traten bien, etc. El lama con el que me voy ha visto este documento oficial, válido para Mongolia y toda la región del Tíbet, donde la autoridad de Pekín sigue siendo respetada, así que no puede sino ser un anfitrión amable. [...] No, no siento miedo, mi emoción tiene unas causas que no percibo con claridad. El Tíbet es un país distinto de todos los demás. Fui allí y me marché por la ruta de las cumbres y las nieves, y ahora regreso por la de las estepas, los *tchang-thang*, como dicen allí, los desiertos y los grandes lagos. ¿Qué me dirá el Tíbet septentrional del Kuku Nor? Creo que me gustará tanto o, quién sabe, quizás más que el del sur, ahora bajo la férula de Inglaterra y habitado por gente temerosa, atrapada entre el miedo al pontifice de Lhassa y el miedo al *sahib* de Gyangtse, de hecho, residente de la provincia sur del Tíbet. También seré más libre, ya que los chinos no tienen ningún interés en saber qué hago ni adónde voy. El régimen republicano los incita a mostrarse sumamente civilizados, a dejar que la gente circule por donde quiera en su territorio, del mismo modo que ellos lo hacen en Europa o en América. Podré dedicarme al estudio, visitar los monasterios a placer y aprender tanto como en Lhassa estando totalmente a gusto. Ello no impedirá que quizás un día, más adelante, lleve a cabo la excursión de la que te hablé en una de mis cartas, aunque ya veo que, si me decido a hacerla, será mucho más fácil de lo que imaginaba.

Por lo demás, mi marcha ofrece una salida a una situación que empezaba a ser crítica. Me resultaba imposible permanecer en Pekín o en cualquier otra ciudad internacional de China con mis recursos actuales, el tipo de cambio y el coste de la vida. Por otra parte, no sabía adónde ir; había tanteado Japón y Corea, donde la dificultad era prácticamente idéntica. Así pues, ¿qué quedaba? No podía plantearme volver a la India. ¿Para hacer qué? Y ¿cómo afrontar los gastos del viaje? No es que crea que en el Kuku Nor todo vaya a ser regalado, pero allí en el mercado se paga con saqueos y los productos locales son baratos; además, si llegara a encontrarme sin recursos, preferiría que fuese en un lugar solitario. En una montaña o en la estepa puedes morirte de hambre tranquilamente. Un día, un lama me habló de una eventualidad de esa naturaleza: «Te sientas y te pones a meditar —me dijo—, y pasa un día, dos, tres, y empiezas a sentirte débil, la cabeza ya no se mantiene erguida, el cuerpo se desploma, entonces te tiendes y piensas y miras a tu alrededor, y pasan unos días más, ya no te mueves, te duermes...» He pensado con frecuencia en aquellas palabras. Después de todo, un final como ése es muy aceptable. En cam-

bio, quedarse sin medios de subsistencia en una ciudad, acuciado por personas que te presentan el recibo del alquiler, criados que te piden dinero para ir a comprar provisiones, miradas suspicaces..., ¡puaf!, ¡qué horror!...

[...] En el Tíbet, Aphur estará en su país, y la venta de mi escaso equipaje le bastaría para conseguir subsistir en un monasterio. Yo he dejado de preocuparme mucho por mí misma; he pensado, te lo digo en serio, que un día podrías cansarte de mantenerme a distancia y que ese día sería el fin. En un lugar solitario, esa posibilidad no me repugna.

Tal vez te parezca que exagero al hablar de mi responsabilidad respecto a mi sirviente. Mira, no volveré a insistir en este asunto, pero, si yo llegara a desaparecer, deseo que recuerdes esto y que actúes en consecuencia.

Durante mi último viaje al Tíbet, una mañana, cuando volvía de Shigatse por las montañas de Trinky, cerca de la frontera, unos hombres de Lachen vinieron a mi encuentro, asustados, y me entregaron una carta del residente inglés en Sikkim comunicándome a regresar de inmediato. Los campesinos dijeron que les habían impuesto una multa de 200 rupias, que habían recibido terribles amenazas y que los criados que me acompañaban iban a ser castigados de forma ejemplar. Sin perder la calma, les dije que regresaran, que yo iría más tarde porque, de momento, deseaba continuar mi viaje. Estaba completamente sola en medio del grupo. Ellos sabían que estaban en suelo tibetano, pero también que el residente tiene el brazo largo, lo suficiente como para actuar fuera de su territorio. Sólo se les había ordenado que intentaran hacerme volver con mi consentimiento, desde luego, pero, si hubieran utilizado la fuerza, el residente, que no podía soportar que hubiera burlado su autoridad, habría cerrado los ojos. Aphur no es valiente por naturaleza, tiene madre, hermanos y tierras en su pueblo. Sikkim es un país sin ley donde la autoridad es despótica y cuyos habitantes son, en realidad, esclavos. ¿Qué les sucedería a los suyos y a él mismo?... Temía lo peor. Sin embargo, al verme resuelta a no ceder, plantó cara a la tormenta, habló con unos, con otros, les dijo que no debían creer que el residente iba a declararme la guerra, que había algunas desavenencias entre nosotros pero que, después de todo, los blancos siempre volvían a hacerse amigos, y que si ellos me molestaban, al final serían los que pagarían las consecuencias. A aquello los impresionó. Luego tranquilizó a mis otros dos criados, despidió a la gente de Lachen y partió conmigo hacia Trinky. El guía de los yacs que transportaban los bultos había huido, y Aphur se encargó de guiarlos durante seis días.

Para abreviar, a la vuelta me encontré con que habían saqueado mi casa. El residente seguía enviando cartas de amenaza. Todo el mundo

le predecía a Aphur lo peor si no me abandonaba. Él no hizo caso, se encargó de que recogieran mis cosas y embalaran las cajas y me acompañó. Al llegar a Gangtok, me pidió permiso para ir a despedirse de su madre. Yo le di 20 rupias para ella; ten en cuenta que el muchacho no cobra sueldo. Era un regalo miserable después de lo que había hecho por mí. En su casa, todo el mundo lloraba, le suplicaba que se quedase. Su hermano mayor le propuso construir una casa para él y buscarle una mujer para que se estableciera junto a ellos en sus tierras. Aphur sabía que, según sus costumbres, si se iba, renunciaba a su parte de la herencia paterna. También quiere mucho a su madre, y ésta lloraba... Pese a todo, temeroso y temblando de fiebre, dejó todo aquello. Era en la estación de las lluvias y estaba diluyendo; sin duda para infundirle valor, había tratado, a su manera, de ofrecer un aspecto atractivo poniéndose mi chaqueta de seda roja y negra, que acabó chorreando. Se reunió conmigo por la noche. Me di cuenta perfectamente del estado en que se hallaba. Sólo le dije: «Ve a cambiarte y tómate un té caliente», pero me conmovió aquel pequeño salvaje que se moría de miedo y se hacia el héroe. Yo estaba muy apenada por dejar el Tíbet, y aquel muchacho con el que podía hablar la lengua de allá arriba era todo lo que me quedaba.

Después no ha habido más dramas, pero Aphur ha demostrado ser un sirviente fiel. ¿Qué habría hecho sin él en la penuria en que me encuentro?

Pues bien, no creo que se me pueda acusar de caer en un sentimentalismo exagerado si me intereso por la suerte de este pequeño oriental y si me creo en deuda con él. Amigo mío, si sientes algún afecto por mí, no abandones a este muchacho si muero.

Pekín, 21 de enero de 1918

Hoy he encontrado en la oficina de correos tu carta, remitida por el señor Suzuki. Contenía la noticia de la muerte de mi madre, acaecida hace un año. Esta noticia, llegada la víspera de mi partida para el Kuku Nor, me ha emocionado mucho. Sí, dices bien, ahora estoy completamente sola, no me quedas más que tú, amigo... Eso es la vida, ¿no?; la «impermanencia» de todo, ley universal!

Saldré el 23 por la mañana en un tren cargado de desinfectantes; ¡nos harán llevar mascarillas antisépticas y habrá médicos de servicio en los coches! La peste pulmonar se ha cobrado 5.000 víctimas en cuestión de días en una sola ciudad. Después de todo, el viaje me aleja de la región infectada,⁸ aunque antes hay que recorrer un trecho. ¡Bah!, ya he visto esto en Benarés y sin tomar tantas precauciones.

* Se trata de la provincia de Shaanxi. Información dada en una carta anterior.

Quizás un exceso de precauciones resulte peligroso por la alarma que provoca. No obstante, el canciller prácticamente me ha obligado a que vaya a ver al médico del hospital francés mañana por la mañana para que me dé consejos, medicamentos, mascarillas, etc.

En tu carta me dices que has enviado dinero a Tianjin. No se me ha informado de nada, pero me encargaré de que mañana por la mañana telefoneen al Banco de Indochina; si ha recibido fondos, los transferirá a su agencia de Pekín. Siento mucho haberte teleografiado pidiendo dinero, pero al partir lejos mi situación era crítica.

Espero que eso haya acabado. En lo que se refiere a mis asuntos en Bruselas, de momento no se puede hacer nada. Cuando la guerra haya acabado, te daré poderes para que vayas a Bruselas y arregles las cosas lo mejor posible en espera de mi regreso.

[...] Ahora que mi madre ha muerto, el montante de mis haberes en Bélgica ha aumentado. Aparte de los legados siguientes, cuya entrega te encargo, el resto es todo para ti. [...] Deseo que se le den 3.000 rupias a Aphur Yongden, mi sirviente. Al tipo corriente de cambio que volverá a haber después de la guerra, esa suma asciende a algo menos de 5.500 francos. También deseo que se le entreguen 2.000 francos al Head Lama Kunzang Rinchen Gompchen en Laken (Sikkim). Habrá que asegurarse previamente de que el lama esté todavía vivo. Ésta es una deuda sagrada, pues recibí el dinero en depósito del maharaja de Nepal para este lama.

Los libros de orientalismo que tú no quieras, puedes donarlos a la Sociedad Budista de Gran Bretaña e Irlanda, sede social 43 Penywern Road, Earls'Court, Londres S.W.

Le debo 5 libras esterlinas al profesor Edmund Mills, 64 Twyford Avenue West Acton, Londres W.

También, 500 rupias a sir Holmwood, dirección: c/o Parr's -Bank Ltd. Earls'Court branch. Earls'Court Road, London S.W.

Y por último, entre 1.100 y 1.200 rupias a sir John Woodroffe, juez de Calcuta, High Court, retirado. [...] Estas tres deudas son el dinero que recibí en préstamo al inicio de la guerra.

Mieh-chi, 28 de enero de 1918

Salí de Pekín el 24. Unas cincuenta personalidades acompañaron al lama a la estación; llovían regalos de despedida, los deseos de un feliz viaje y los saludos no se acababan nunca, así que el héroe de la aventura dejó atrás, sin verlo, el vagón-salón con literas, cuartos de aseo, etcétera que la compañía ferroviaria había hecho enganchar al tren para él. En el momento de partir, como nadie se había montado allí, el jefe de estación creyó que la persona a la que estaba destinado no había ido y ordenó que lo desengancharan. Nos enteramos por el

camino, por boca de un inspector que se quedó estupefacto al ver al lama en el coche de primera clase normal. Aquel salón debía seguirnos hasta el final de la vía férrea para evitar que durmiéramos en los alberques chinos. En fin, pese a todo efectuamos el viaje con comodidad. [...]

Hice una excursión a Lungmen para ver las esculturas talladas en la roca que constituyen una muestra del mejor arte hindú y pertenecen a la primera época budista en China. Luego hice otra larguísima excursión, en silla de manos, a un monasterio histórico situado en plena montaña. [...]

28 de febrero de 1918

Las aventuras comienzan antes de lo que cabía esperar o temer (pon el verbo que quieras). La guerra civil, que causa estragos en China, ha hecho su aparición en Shaanxi justo en el momento en que íbamos a atravesar la provincia. Nos detuvieron en seco en el límite de Hunan, en una miserable aldea, y estamos alojados peor que perros en una especie de granero dividido en compartimientos. El lama, su hijo y tres miembros de su séquito están amontonados en uno de dichos cuartuchos. Yo disfruto de la habitación más grande; mide unos 7 × 2,70 metros. Aphur me ha habilitado, con lonas, una especie de alcoba en uno de los extremos, el centro sirve de cocina, y él duerme en el otro extremo. Esta choza está construida con barro y paja triturada, una especie de tosco adobe, y el suelo es de tierra batida.

En el patio, nuestros carros (hay 6) cargados de cajas parecen restos de un naufragio. Las quince mulas vagan alrededor, llenando todo el recinto de estiércol, que sólo es retirado una vez al día. En resumen, tras veinte días de estancia, este hostal primitivo empieza a pezarme.

[...] Ninguna noticia de esta guerra. Un subprefecto militar pasó ayer por aquí, pomposo como un procónsul rodeado de lictores... Intercambiamos tarjetas. El lama fue a verlo y el personaje devolvió la visita viéndolo a nuestro estable. Nos animó a trasladarnos a una pequeña ciudad cercana, donde él nos proporcionaría una casa apropiada. Pero resulta que la ciudad está llena de soldados, y se dice que han saqueado algunas tiendas —para pasar el rato— y les han quitado los caballos a unos carreteros. A uno de ellos, que protestó, lo golpearon, dejándolo medio muerto. Nuestros hombres no tienen ninguna ganas de correr semejante riesgo y se niegan a marcharse de aquí. Yo, por mi parte, no considero prudente trasladarnos con el equipaje a un lugar donde puede empezar el combate de un momento a otro. Para mayor tranquilidad y porque es la costumbre en China, he confeccionado una bandera francesa con tres trozos de tela de algodón. Si me

veo envuelta en la refriega, izaré ese pabellón y dejaré que los acontecimientos sigan su curso. Por lo demás, para los extranjeros es preferible cruzarse de brazos y dejar que actúe su ministro. Pero los compañeros del lama no se encuentran en la misma situación. Son seres muy curiosos y me causa un verdadero placer verlos moverse. Son jóvenes, todos por debajo de los 30 años, altos, bien formados, robustos. Viajan en las carretas del equipaje, sentados sobre las cajas apiladas, fusil en mano. Llegan al final de la etapa, por la noche, convertidos, cara y ropa, en una masa terrosa de polvo amarillento. Evocan tiempos pasados, las hordas de Gengis Kan, del que son descendientes, toda una época bárbara y fuerte, muy distinta de la nuestra. Los incidentes del viaje también tienen un sabor arcaico. En la primera etapa, uno de los bárbaros, tras haberse sacudido en la medida de lo posible el polvo que lo cubre, se acerca a mí y me pregunta: «¿Ha visto Su Reverencia (es el título que me dan) las cabezas cortadas que colgaban de un árbol junto a la carretera?» «Mi Reverencia» no ha visto nada, pero no esperará mucho para hacerlo. Ayer, al despertarme, Aphur me anuncia: «Mujer de Señor (él mantiene la denominación hindú), frente a la puerta hay colgadas tres cabezas cortadas.» Tras vestirme, voy a ver. En efecto, hay tres cabezas colgadas de la pared por los cabellos. La historia es la siguiente: a unas cinco millas de aquí, una banda armada atacó varios pueblos, saqueándolo todo y matando a algunos campesinos. Alguien pudo escapar y corrió a avisar a los soldados instalados en la aldea donde yo estoy. Éstos montaron a caballo y dieron alcance a los saqueadores, que se defendieron. Apresaron a cuatro de ellos y un soldado resultó herido. Juicio sumario: tres cabezas colgadas de la pared. Al propietario de la cuarta le dejaron conservarla para someterlo a interrogatorio, lo que significa tortura, aunque ésta esté oficialmente abolida; mañana por la mañana será decapitado también.

Volviendo a los compañeros del lama, son unos jayanes con agallas, pero su valentía brutal, no iluminada por la reflexión, puede tornarse embarazosa. De momento utilizan sus cartuchos para disparar clavos, pero les encantaría darles otro uso.

[...] ¿Cuándo saldremos de aquí?

Como si lo hiciera expresamente, yo, que nunca estoy enferma, elijo este agujero para pillar no sé qué que me tiene cinco días postrada en la cama. [...]

Wen-li-chen, 9 de marzo de 1918

[...] El lama empieza a perder la paciencia y, como es rico y no repara en gastos, habla de irse a Shanghai. Se llevaría a su hijo y a dos hombres de su séquito, y dejaría a otro aquí a cargo de su equipaje.

No sería muy divertido para mí quedarme sola en este agujero. El lama me hace compañía; viene a sentarse en mi compartimiento para charlar, no todos los días, pero así. Es erudito, habla de libros, de autores que conozco y en los que él ha profundizado más que yo, es interesante. Y además, los salvajes que lo acompañan también nos ayudan a soportar la poco agradable situación. Algunos de ellos chapurrean un poco de chino y hacen de intérpretes; hay uno a quien Aphur le da clases de inglés. Un contraste que me divierte es el de las maneras ultraprimitivas y bárbaras de esa gente y su lenguaje, de una cortesía oriental florida, llena de expresiones de una poesía exagerada que resulta un tanto cómica. ¡Ah, qué bien hablan! Como todos poseen cierta instrucción, saben utilizar el lenguaje literario y las fórmulas de cortesía (en tibetano, el lenguaje honorífico es muy distinto del habla vulgar). Es un pozo inagotable de cosas graciosas. Dicen con gravedad, inclinándose: «Suavemente, cabalgue hacia el interior» (*Kalé, nang la chib gyu-nang*), que equivale a decir en tono respetuoso: «Pase», e infinitud de cosas de este estilo.

[...] Ya termino, querido Mouchy. Creo que eres muy bueno por facilitarme esta vida de viajes y estudios, que es la única que siempre he deseado. Tenía grandes proyectos relativos a libros que quería publicar después de la guerra, y algunos ya están acabados, pero, en vista del giro que están tomando las cosas, uno se pregunta si seguirán interesándose a alguien las cuestiones del espíritu tras haber estado sumergido tanto tiempo bajo la oleada de brutalidad desencadenada por los boches. Yo veo, pasada esta tormenta, un mundo muy negro, muy brutal y muy embrutecido. Me pregunto si Elie y los que comparten sus creencias continúan esperando el advenimiento del reino de Dios después de la guerra. Dejemos que conserven esa ilusión. Yo veo más bien el advenimiento del reino de los brutos. De los brutos en que todos nos habremos convertido en esta lucha. Es una fea perspectiva, muy fea, ¿no es cierto? Pero ¿no es cierto también que podemos percibir su realidad en nosotros mismos, por muy «intelectuales» que seamos o por muy alejados del escenario de la batalla que podamos estar? A los que tienen la costumbre de analizarse, a los «todo cerebro» de mi clase, por emplear tu expresión, a veces les sorprende, casi les asusta, sentirse asaltados por los viejos instintos atávicos de venganza y muerte. Sin duda alguna, pese a ser una muy insignificante y miserable discípula de Buda, me negaría a matar a cualquier salteador de caminos que me atacase. Sin embargo, no vacilaría en defender a Aphur y en disparar contra sus agresores si se hallara en peligro. Este muchacho ama la vida, es mi sirviente y le debo protección. Pero, si únicamente se tratara de mí, consideraría que la rudeza de ese gesto salvaje no está a mi altura; es preferible que lo maten a uno a rebajarse

a cometer un acto de brutos que sólo conocen su instinto y cuya pasión dominante y ciega es el deseo de vivir. Pues bien, lo confieso, con toda esta filosofía, si vieras entrar a los aliados en Alemania y matar sistemáticamente a todos los boches para aniquilarlos, no protestaría, creo que incluso lo aprobaría. Y si yo, que controlo mis pensamientos y no soy un juguete de mis impulsos, he llegado a este punto, me pregunto adónde habrán llegado los demás, los no filósofos, los simples don nadie... ¡Quién sabe! Y además, qué importancia tiene, todo es mero sueño, nada más, y afortunadamente en nuestra época todavía queda algún rincón de tierra desierta donde aislarse para tener sueños que no sean las pesadillas del mundo llamado civilizado. [...]

Tongchuan, 24 de marzo de 1918

Por el momento estoy en casa del pastor que me invitó y casi me arrepiento de haber venido (en la medida en que soy capaz de arrepentirme). La misma noche que enviaron las carretas para recogerme, me enteré de que el camino había quedado libre. Así pues, el lama renunció a marcharse a Shanghai. Me dolía mucho enviar las carretas de vuelta. Tenía que pagarlas, ¡un gasto enojoso e inútil! Por lo tanto, decidí ir a Tongchuan, que está más cerca de Xi'an que el pueblo donde me hallaba, y así reducía los gastos de transporte para ir después a Xi'an. El lama me enviaría un mensajero para avisarme de que estaba en camino y nos reuniríamos en Xi'an. Perfecto. Pero resulta que esta mañana, antes de la salida del sol, han comenzado a sonar disparos. Los rebeldes intentaban tomar la ciudad. Parece ser que, atacando por sorpresa, habían conseguido encaramarse a la muralla fortificada. Los soldados de la guarnición se han apostado sobre los tejados de las casas vecinas y los han obligado a retroceder. A continuación han comenzado a disparar desde lo alto de las murallas. Esto ha durado hasta las nueve (unas cuatro horas). Las balas silbaban por encima de los patios de la casa y se incrustaban en las paredes. Mientras me dirigía al retrete situado en un patinillo, las oía pasar a mi alrededor; pero, por supuesto, en esos momentos he adoptado automáticamente la misma actitud que el día de mi encuentro con el tigre en la jungla de Nepal. Así pues, no he apretado el paso; quizás, quién sabe si movida por una coquetería mental instintiva o por la sensualidad de saborear una brizna de sensación desconocida, incluso he caminado más despacio, aunque, la verdad, habría sido sumamente grotesco y estúpido que me matase una bala destinada a otros, en la puerta de un lugar tan poco delicado como ese al que me dirigía.

En resumen, los rebeldes han huido, perseguidos por la caballería local. ¿Volverán? ¡Quién sabe! [...]

25 de marzo de 1918. El matrimonio sueco (la mujer es danesa) me ha recibido con la más absoluta cordialidad y me ha dado una habitación estupenda. Son una especie de iluminados que siempre tienen en la boca —sobre todo el marido— a Daniel, Isaías y el Apocalipsis. Ese albino larguirucho habla de la Bestia, los Sellos, las Ruedas, ¡qué sé yo!, y ve en ello las cosas más insospechadas. Pero yo no los he engañado; sabían antes de invitarme que era budista. Ese detalle ha excitado prodigiosamente su celo propagandístico. ¡Ya imaginarás el poco éxito reservado a su elocuencia! Me encantaría que se callaran o hablaran de otra cosa. Yo no tengo ningún deseo de hacerles compartir mis creencias filosóficas; sin embargo, debo responder por educación. El combate en miniatura que se libró aquí y el peligro del que escapamos fue objeto (precisamente era domingo) de discursos y de un desencañamiento especial de armonía en forma de himnos variados. Y ese inocentón creía de verdad que yo estaba conmocionada por la alerta. Al amanecer vino a llamar a mi puerta e informarme de lo que ocurría, cuando yo hacía una hora que estaba oyéndolo. Me dice: «Espero que no le suceda nada» (*I hope you will be all right*). Desde el otro lado de la puerta, respondo: «Yo también lo espero (*I hope so*), pero, si debe ser de otro modo, no puedo evitarlo (*but if it is not right I cannot help it*)», y acto seguido entro en el cuarto de aseo y tomo mi baño matinal un poco más pronto, porque pienso: «Si los rebeldes se apoderan de la ciudad, se dispersarán por todas partes, vendrán aquí, y en ese caso tendré que pasar todo el día sin bañarme, con lo que me molesta.» No es un pensamiento sublime, lo admito, pero ese estado de ánimo tranquilo tiene su encanto y hace que el paso del tiempo resulte apacible y no se sienta desazón. Ellos, los muchachos de su escuela y sus profesores se angustiaban, arrodillados en la capilla; Aphur, que no es un héroe pero ha bebido una gota de sentido común de la religión que profesa nominalmente, estaba atónito. «Esos silbidos, ¿son balas?», me pregunta. «Sí, será mejor que te metas en la habitación.» «¿Qué harán si toman la ciudad?» «La saquearán, eso seguro, y nos pedirán dinero. No cogerán mis libros ni mi ropa, desde luego, no sabrían qué hacer con ello, pero si exigen 40 o 50 dólares, o encuentran mi escondrijo y se llevan más, no podré comprarte ropa nueva y tendremos que vivir bastante miserablemente durante varios meses.» «¡No podemos hacer nada!», replica el muchacho, y se pone a hacer mi cama. Hablamos de otra cosa mientras las balas continúan silbando... Los atacantes también habían traído unos cañones antediluvianos que, a largos intervalos, hacían ¡bum!, ¡bum!, y enviaban una bomba prehistórica que estallaba en alguna parte. Las autoridades de la ciudad, militares y civiles, no sabían muy bien si podían contar con la fidelidad de la guarnición, de modo que no la convocaron al completo para organizar la defensa. En cambio, todos los funcionarios, encabezados por el gobernador, subieron a las murallas y dispararon. Al parecer, demostraron una gran valentía; lamento mucho no haber visto a esos miembros del celeste imperio abriendo fuego, vestidos con hermosos ropajes de seda azul o dorada.

[...] Cuando todo hubo acabado, las acciones de gracia estallaron ruidosamente y el albino escandinavo me dijo: «¿Cómo no admirar la maravillosa y paternal bondad del Todopoderoso, que nos ha salvado?» Yo no pude evitar replicarle: «¿De verdad cree que ha sido Dios el que ha impedido que los insurrectos entren en la ciudad?» «¿Y quién si no podría haber sido? Lo ha hecho Él y sólo Él, en su infinita bondad.» «Si ha podido detenerlos a las nueve, ¿no hubiera podido hacerlo un poco antes e impedirles que atacaran la ciudad? Eso habría evitado unos cuantos muertos y heridos en ambos bandos, incluso entre los no combatientes, como ese niño al que le han disparado en una pierna mientras estaba en la calle.» No hay respuesta, pero, en su lugar, Daniel, los Salmos, san Pablo y toda esa retahila son citados con locuacidad. [...]

Tongchuan (provincia de Shaanxi), 2 de abril de 1918

El otro día, hacia medianoche, sufrimos un nuevo ataque. Al parecer, en los dos bandos escatimaban las municiones, pues el tiroteo no era muy nutrido. No puedo decir cuánto tiempo duró exactamente, ya que me dormí antes de que acabara. Vivimos en un ambiente medieval muy curioso, que me trae a la memoria todos esos cuadros antiguos que representan batallas y que he visto en el museo de Bruselas. Los sitiadores tienen una compañía de «portadores de escalas». Éstos colocan sus instrumentos contra los muros y los soldados trepan mientras, desde arriba, les disparan y les arrojan piedras previamente acumuladas sobre las murallas. ¡Esto no es una guerra moderna! Las puertas de la ciudad permanecen cerradas; el gobernador militar sólo ha admitido como refugiadas a unas mujeres de los campos circundantes. Las han instalado en un templo y reciben una ración de pan todos los días; los hombres han tenido que volver a sus pueblos, totalmente saqueados por los insurrectos. Ayer anuncian que se había sembrado la discordia entre ellos; habían empezado a luchar unos contra otros y, finalmente, se habían separado en dos bandos, uno de los cuales iba a unirse, en el norte de la provincia, con los llamados «los de la piel dura». Estos «piel dura» son, al parecer, unos bandidos que se ejercitan desnudos arrojándose ladrillos unos a otros para curtirse. No utilizan armas de fuego, únicamente largos sables. ¡Parece increíble que estemos en el siglo xx! [...]

Este viaje interrumpido resulta fatigoso. Es imposible prever lo

que va a pasar. Aquí no estamos informados de nada, aparte de la devastación de los pueblos circundantes, saqueados e incendiados. Se siente uno tan terriblemente estúpido cuando no entiende la lengua del país... ¡Bah! Todo se arreglará.

Si nuestra gran guerra pudiera arreglarse tan fácilmente, todo iría bien, pero ¿adónde vamos? [...]

Para los budas es bueno entregarse como alimento a los tigres. Es un acto que sobrepasa el entendimiento y las posibilidades de la masa. La masa cree en la realidad del «yo» y del mundo, está ansiosa de deseos, la sed de vivir la posee, por eso debe, ante todo, luchar para salvar su «yo», y eso es lo que, lógicamente, han hecho y hacen los alemanes, que son unos brutos pero no unos imbéciles. Por maltrecho que esté el «yo» de un proletario francés, lo está menos mientras Francia siga siendo Francia que si un Guillermo se convierte en su amo; nuestros socialistas lo han comprendido, y por haber carecido de tal simple sentido común los de otros países pagarán caro su error. La paz es tan sólo para quienes renuncian, abren las manos y dejan escapar todo lo que han sujetado..., tan sólo para quienes se han liberado de todo y caminan con el corazón vacío de deseos, de apego, de amor y de odio. Ante los demás está la lucha, la lucha eterna. Hay que convencerse de ello. Los pacifistas y otros oradores elocuentes parecen un médico que buscara el medio de hacer que el cólera sea algo agradable. La existencia es lucha y sufrimiento por esencia, es la «impermanencia», y ¿qué puede ser la «impermanencia», la cadena perpetua de las continuas destrucciones, si no es sufrimiento para los «yo» pequeños o grandes, los de los seres minúsculos o los de las naciones, corriendo incesantemente hacia la muerte? No, ningún médico hará que el cólera sea un estado agradable y ningún político o sociólogo desterrará la lucha y el sufrimiento del mundo. Si el estado de enfermo repugna, hay que desembarazarse de la enfermedad; si se está cansado de la lucha y del dolor, hay que encontrar su más allá en el espíritu, el más allá de la existencia tal como la concebimos en la estrechez de nuestra ignorancia. Algunos locos suprimen su cuerpo mediante el suicidio, pero otros más clarividentes suprimen el sueño penoso del mundo, soplan sobre el espejismo, despiertan...

3 de abril de 1918. Veo que anoche me puse a filosofar. A ti no te gusta, así que perdóname; ya sabes que nunca he servido para otra cosa.

Me había preparado para viajar en pleno invierno y, a poco que me siga retrasando, corro el peligro de hacerlo en pleno verano, lo que sería más desagradable. En cualquier caso, ha llegado la primavera, el jardín está lleno de lilas en flor y hay que quitarse las hopalandas de piel. Aphur está construyendo una caja para guardarlas, y mañana

vendrá el sastre para hacerme una especie de blusa china, que llevaré encima de viejas faldas durante el resto del viaje. Resultará más cómodo que las largas mangas tibetanas. Las prendas tibetanas están cortadas según los cánones de la moda china de hace siglos y, en ocasiones, en los pueblos, los campesinos que no han tenido ocasión de conocer a ningún nativo del «País de las Nieves» se sorprenden al vernos, a mi sirviente y a mí, vestidos como Confucio o los dioses taoistas en las imágenes. Voy a echar la carta al correo. Que te lleve mis más afectuosos pensamientos, querido. Qué distinto eres de todos los maridos, excelentes por otro lado, que veo en los matrimonios con los que me relaciono en el transcurso de mis viajes. Eres mucho más inteligente y, por lo tanto, mejor que todos ellos. No dispongo de mucho papel, así que no te diré más al respecto, pero si supieras cuánto pienso en ello y qué agradecida te estoy... Alexandra.

*Xi'an, capital de la provincia de Shaanxi,
China, 11 de abril de 1918*

Hace seis días te mandé una carta desde Tongchuan. Era la segunda escrita en aquella ciudad y habrás leído, en ambas, las peripecias del asedio y de los dos ataques contra la pequeña ciudad fortificada. No quise acabar mi carta con la noticia de que iba a aventurarme a escapar de la ciudad sitiada porque, como es natural, no habría podido contarte el desenlace y podrías haberte quedado preocupado por mí. Éstos son los hechos. Recibí un mensaje del lama anunciándome que iba a partir el día 5 para Xi'an y, desde allí, continuar el camino hacia el Kuku Nor. Recibí la carta el 4. Enseguida me dije que debía irme; de lo contrario, me arriesgaba a que el lama prosiguiera el viaje sin mí. Pero date cuenta de la situación. El camino directo estaba totalmente interceptado por los sitiadores, y seguir otro camino dando un rodeo ofrecía una seguridad muy relativa. Era poco probable que algún propietario de carretas se arriesgara a alquilarme vehículos, pues no había ninguna certeza de que los insurrectos no se apoderasen de ellos. Sin embargo, tras numerosas negociaciones, conseguí tres vehículos pequeños (después de que se me negara un carro grande para equipaje con el argumento de que atraía demasiado la atención y se movía muy lentamente), tirados cada uno por dos mulas. El gobierno militar dio, muy a regañadientes, la autorización necesaria para mi marcha y, pese a haber llegado a un acuerdo la víspera, discutió aproximadamente dos horas más mientras yo esperaba ante una de las puertas de la ciudad. Finalmente, un funcionario vestido con traje de seda azul apareció, me saludó, sonrió con la expresión de quien dice: «¡Vaya usted con Dios!» (debía de estar pensando el equivalente confucionista de esa fórmula), y, escoltado por unos soldados, hizo desatrancar las

gruesas puertas de las sucesivas murallas. En la última, saludó y sonrió de nuevo y, mientras cerraban las puertas, nosotros avanzamos hacia el campo. Éste está desierto, absolutamente vacío. Ni un campesino en los campos, ni un viajero en el camino, todos han huido o se han escondido por miedo a una súbita incursión de los insurrectos, que, según dicen, se comportan como verdaderos bandidos. Creo que los carreteros están bastante impresionados. Azotan a las mulas, que corrén tan deprisa como pueden. Las discusiones y la espera en la puerta de la ciudad han hecho que nos den casi las doce del mediodía. El camino es largo y, para estar más o menos seguros, tenemos que cruzar dos ríos. Amenaza tormenta, llueve, las nubes bajas y negras forman un decorado trágico para nuestra huida accidentada entre los campos sembrados de tumbas. Abreviando, llegamos al segundo río al caer la noche. Hay que cruzarlo sobre una gran balsa construida de forma primitiva y que es preciso manejar a mano. La corriente es muy rápida y el viento azota terriblemente los vehículos, colocados uno junto a otro sobre el esquife antediluviano. Tardamos media hora larga en llegar a la otra orilla, y cuando hemos enganchado de nuevo las mulas es noche cerrada. Encontramos alojamiento en un pequeño albergue; el alojamiento consiste, como siempre, en cuatro paredes sobre un suelo de tierra y con un techo de caña. Extendemos las mantas y dormimos, Aphur y yo envueltos en nuestros abrigos de piel de cordero, cada uno en un rincón de lo que no me atrevo a llamar habitación. Nos despertamos antes de que amanezca y partimos en cuanto la luz lo permite; tenemos que recuperar el tiempo perdido la víspera y efectuar una larga etapa. Por el camino nos cruzamos con regimientos de refuerzo que acuden a Tongchuan. Al día siguiente vemos más soldados y nos cruzamos con el gobernador militar de Shaanxi, que va a combatir contra los rebeldes. Presenta un aspecto muy de *gentleman*, rodeado de su Estado Mayor, pero, siguiendo la costumbre de la mayoría de los oficiales superiores chinos, lleva ropa de civil. Pasamos la noche siguiente en un albergue que ha sido saqueado. [...]

La gran sorpresa fue que, al llegar a Xi'an, justo en la puerta de la ciudad encontramos un gran carro sobre el cual, en lo alto de una auténtica montaña de cajas, va un hombre vestido de amarillo chillón. No es un color habitual en China, y enseguida me percate de que el personaje tiene que ser uno de los mongoles de nuestro grupo. Llamo al individuo, que se vuelve y profiere unos gritos de sorpresa y alegría; en efecto, es uno de los jóvenes mongoles. A partir de este momento, el azar se porta bien y me ahorra la molestia de ponerme a buscar al lama; no tenemos más que seguir, cosa que hacemos, la larga procesión que deambula lentamente por la ciudad. El lama, sin embargo, ha

llegado hace ya unas horas. El gobernador ha hecho que lo lleven en litera a él y a los principales personajes de su séquito, escoltados por soldados. Toda esta pompa desemboca en un albergue chino que debe de ser de los mejores de la ciudad, aunque no ofrece más comodidades que los de los pueblos. Las mismas paredes de barro seco; la única diferencia es un techo de papel bajo el tejado. El conjunto, bastante sucio.

Hoy he ido al hospital de la Misión baptista para interesarme por uno de los tibetanos, que está muy mal. Se trata de un hombre de 28 años. Sin duda no volverá a ver su país. La parada prolongada en Wensi-chen lo ha matado. Si se le hubiera sometido antes a un tratamiento, me dice la doctora, una operación habría podido salvarlo; pero ya no se le puede practicar en su estado de debilidad actual. El lama está triste, pues en el fondo es un buen hombre, pero, ya se sabe, la vida es más fuerte; somos muy poca cosa para los demás, incluso para nuestros amigos o allegados. Los compañeros del muchacho siguen riendo y bromeando; ni siquiera se les ocurre que el ruido que hacen puede cansar o entristecer al enfermo. ¡Tenemos poco peso y ocupamos poco espacio! Se nos olvida y se nos sustituye fácilmente... Un viejo lama le había propuesto al «Encarnado de los nueve valles» reunirse para realizar las recitaciones rituales al uso en tales circunstancias, pero éste es un descreido y me lo contó diciendo simplemente: «Yo no creo que esas recitaciones surtan ningún efecto; no creo en nada de nada, ni en las demás religiones ni en la nuestra..., así que, para qué...» Se trata de una confesión interesante por parte de un jefe religioso que tiene poder espiritual y temporal sobre más de cien monasterios. [...]

Xi'an (Shaanxi), China, 18 de abril de 1918

Hace nueve días que estoy aquí; te escribí nada más llegar, narrándote mi huida de la sitiada Tongchuan y mi travesía por una zona asolada por los rebeldes. La carretera del norte que debo tomar está, según dicen, más infestada que nunca de insurrectos y bandas de bandidos. No obstante, me arriesgaré y ya veremos qué pasa. De aquí a Pingliang hay cinco días de camino; una vez allí, parece ser que volveré a encontrarme en las condiciones normales de seguridad en China. Empieza a hacer calor y a haber muchas moscas; la estancia en los albergues chinos no tardará en resultar, más que desagradable, peligrosa para la salud. Estoy impaciente por llegar a la montaña y disfrutar del aire libre. No es que en Xi'an me falten sitios donde vivir, pero estoy harta. Tengo sed de reposo, de tranquilidad, de leche fresca y del silencio de las estepas. El protestantismo reinante en China parece muy diferente del nuestro, o bien el nuestro ha cambiado mu-

cho desde la guerra. El «regreso de Cristo» era un tema clásico que se mantenía a una distancia prudente, pero aquí algunos me aseguran, muy en serio, que quizás no me dé tiempo a llegar al Kuku Nor antes del juicio final, el *dies irae, dies illa* del famoso himno latino. Y aun cuando este hecho se retrasara, no debemos esperar paz alguna hasta entonces porque todo va a ir de mal en peor. La «Bestia» establecerá su imperio, conquistará el mundo, devorará a los niños de pecho, se bañará en lagos de sangre... Te aseguro que me zumban los oídos. Como si no estuviéramos bastante saciados de horrores, esta gente se deleita imaginándolos mayores. Parece sadismo y raya en la locura; sin embargo, como te escribí el otro día, me pregunto cómo no os volvéis todos locos en Europa llevando cuatro años con los nervios tensos por el esfuerzo de la acción o de la contemplación, en medio de ese caos sangriento. Buda, nos dice la historia, asistió a la masacre de su raza y a la destrucción del estado de su padre, vio manar a chorros la sangre de sus compatriotas en las calles de la capital y, una noche, se sentó sobre el brocal de un pozo al que el enemigo había arrojado los restos de sus familiares. Sin lugar a dudas un buda puede ver eso sin perder la calma, pero ¿y los demás?... Comprendo, pues, el enloquecimiento que domina a la gente y sus divagaciones apocalípticas. En realidad, lo que está sucediendo es superior a la capacidad de resistencia de los cerebros corrientes. De todos cuantos imploran al «Padre misericordioso» y esperan que enjuague todas las lágrimas, ni uno solo se pregunta por qué las hace correr ahora y en qué se manifiesta su amor a la humanidad. Pero lo peor es que, según esos predicadores, la era bienaventurada tendrá que ir precedida de horrores tan gigantescos que, comparados con ellos, los perpetrados por los alemanes parecen un juego de niños. ¿No habrá un lago de fuego que engullirá a todos los no creyentes, es decir, a la inmensa mayoría de los hombres: hindúes, budistas, judíos, mahometanos, librepensadores y demás? Sin contar con que los católicos arrojan a él a los protestantes, y los protestantes a los católicos. Decididamente, el hombre es un animal malvado. Los de aquí se irritan cuando intento decir algo que refleje la serenidad y la tolerancia de los sabios de la India, que han conocido la futilidad de todos los sistemas inventados por el espíritu humano y no tratan de imponer una misma opinión a todos porque creen que ni es necesario ni posible. Lo que me desconcierta es la presunción de esas personas que, desde su casa, sin haber hecho ningún estudio comparativo previo, han decidido —sin conocer otras— que su doctrina es la única verdadera y, con este pretexto, se van a conquistar el «mundo pagano», como dicen educadamente. Hay que ver con qué desprecio son recibidos en China por las personas cultas; sus convertidos, salvo escasísimas excepciones, per-

tenecen a las clases sociales más bajas. Y lo mismo sucede en la India. [...]

Pingliang (Gansu), China, 17 de mayo de 1918

Hace nueve días que me marché de Xi'an. He viajado doce o trece horas diarias en mi carreta sin suspensión, que el cochero conduce a buen paso por unos caminos que no son sino vastas depresiones pantanosas. La región es bonita, montañosa; hemos cruzado varias cadenas de montañas por puertos cuya altitud varía entre 600 y 800 metros aproximadamente. En los pueblos por los que pasamos, los albergues son cada vez más miserables y sórdidos... Acabas por acostumbrarte, no queda más remedio. Comemos lo que encontramos, y encontramos poca cosa. Yo me alimento sobre todo de una especie de lasaña que los chinos hacen muy bien y sobre la que vierto leche de bote. Antes de que partiera de Xi'an, el gobernador me invitó a tomar el té en su residencia privada, que comparte con un amigo y miembro de su consejo. Es una casita pequeña, situada en un jardín muy cuidado, en un extremo del vasto palacio oficial. Se diría que es «la casa del sabio» de la que hablan los antiguos filósofos griegos, y, de hecho, si no es un sabio, el amigo del gobernador es un hombre que medita mucho, un aspirante a la sabiduría. En cuanto al gobernador, es un militar, pero en los tiempos turbulentos que estamos atravesando considera que, en caso de ataque, la «casa del sabio» es más fácil de defender que el palacio. La ceremonia del té reflejaba de forma sumamente pintoresca la incertidumbre del momento actual en China. Las tazas y los pasteles eran presentados, no por doncellas con delantal y cofia bordados, sino por soldados que llevaban cartucheras desmesuradamente llenas, revólver en la cintura o rifle colgado del hombro. Incluso había uno que llevaba un arma, sin duda último modelo, que no sé cómo llamar. Naturalmente, una soberbia borla realzaba la belleza de aquel instrumento de matar, y un pañuelo de seda roja se sumaba al conjunto. Te aseguro que un instrumento así da empaque a un hombre que circula por una habitación con tazas de té en la mano. Bromas aparte, estamos en pie de guerra y los soldados duermen con el fusil al lado.

En la reunión encontré a los oyentes de mis pequeñas conferencias, a los que se habían sumado algunos señores más, entre ellos el jefe del Estado Mayor. No creas que la gente llevaba trajes tornasolados, túnicas de seda multicolores y uniformes de gala. Todo eso es la vieja China, hoy en día muerta. Ahora, los civiles se visten uniformemente con una túnica de un gris apagado y una chaqueta corta negra; los oficiales deben de tener un uniforme guardado en algún baúl, pero no se lo ponen y van vestidos igual que los civiles, incluso cuando di-

rigen sus tropas. Las mismas túnicas grises, las mismas chaquetas negras y la misma actitud reservada, silenciosa, caracterizada por una ausencia total de gestos y un tono de voz sofocado que jamás se vuelve ruidoso. En la «casa del sabio» había bonitas flores, las paredes estaban tapizadas con papel blanco liso, las cortinas eran de calicó de un blanco inmaculado y flotaba una sombra de perfume de incienso. Todos los invitados, incluidos los militares, eran personas cultas; recitaban de memoria pasajes de los «clásicos», impregnados de calma, de escepticismo sonriente e indulgente. Estábamos lejos de Europa y lejos de la India, estábamos inmersos en la auténtica China. Allí saboreé un delicado placer, cedido a un minuto de sensualidad quintaesenciada. ¡Ah, qué maravillosa y diversa es Asia! Por más que los conquistemos, los engañemos y les robemos, los asiáticos continúan viviendo en un mundo de belleza y grandeza cuya puerta permanece cerrada a Occidente. [...]

Lanzhou (Gansu), China, 26 de mayo de 1918

Estoy desde ayer en Lanzhou, capital de la provincia de Gansu. Sólo he tardado 17 días en venir de Xi'an aquí, mucho menos de lo que creía. Avanzamos a buen ritmo por unas pistas que no son sino vastas depresiones pantanosas, tan pronto circulando por el lecho de ríos cuyas aguas están bajas en esta época del año, como precipitándonos entre bloques de rocas y haciendo equilibrios sobre una sola rueda. Y otras veces incluso hundidos en el fango hasta más arriba de las ruedas. En resumen, recorriendo un «terreno variado», poco monótono. Este tipo de ejercicio prolongado durante doce o trece horas diarias pone un poco los huesos a prueba, y esta mañana, al bañarme, me he encontrado cubierta de cardenales negruzcos y amarillentos que indicaban los golpes recibidos pese a los cojines y las mantas con los que había acolchado mi vehículo rústico. Aparte de eso, gozo de buena salud y de *high spirit*, como dicen los ingleses. Realmente, es preciso que esta tierra sea muy pobre, muy estéril, para que los chinos renuncien a sacarle provecho. Porque, pese a la poca ciencia agronómica que poseen, son unos agricultores «desesperadamente astutos» y su tierra produce soberbias cosechas. Sin embargo, al acercarnos a Lanzhou llegamos a unas altas montañas, de un blanco gredoso cegador, donde decididamente no crecía nada aparte de unas hierbas cortas y dispersas. Aphur me dijo: «¡Vaya, volvemos al Tibet!» No del todo. El cielo de un azul intenso, la forma de las montañas, los cencerros de sonido grave de las caravanas de asnos cargados de mercancías que nos cruzábamos por el camino, todo eso tenía, en efecto, un sabor tibetano, pero atenuado, diluido en una atmósfera más suave que la del rudo Tibet meridional. Y sin embargo, esa pizca que flotaba a nuestro alrededor del país hechice-

ro que me ha unido a él mediante un encantamiento, bastaba para embellecer las largas horas pasadas en la carreta, entre nubes de polvo, y las noches cada vez más cortas, poco reparadoras, en albergues más parecidos a establos miserables que a viviendas humanas. De las comidas no volveré a hablar. Pero, en fin, si esto todavía no es un «gran viaje» como los que a mí me gustan, es como su antesala, y la malaria física y mental que me minaba y me dejó por los suelos en Japón se ha desvanecido.

Lanzhou es una gran ciudad, aunque de mucha menos importancia que Xi'an. Pero las ciudades chinas son, salvo en lo que a las dimensiones se refiere, todas similares. Unos conocidos le habían rogado al agente de correos encargado de los servicios de la provincia de Gansu (cuya capital es Lanzhou) que se ocupara de mí, así que, en cuanto le informaron de mi llegada, dicho funcionario vino a visitarme y a ofrecerme atentamente sus servicios como guía e intérprete. A alguien que no habla la lengua del país, un cicerone le es absolutamente indispensable. Yo hago pocas visitas, pero como voy a residir en Gansu y la provincia tibetana vecina, era conveniente que visitase al gobernador. Además, un funcionario amigo suyo me había dado una carta de presentación para él. Así que fui a ver a ese hombre importante, a la vez gobernador militar y gobernador civil, en realidad el soberano casi absoluto de su provincia. Ya es mayor, aparenta unos 60 años, muy alto, muy corpulento y extraordinariamente afable. Resulta que en vez de ser confuciano, como la mayoría de los eruditos chinos, es budista, al igual que el amigo que le ha escrito sobre mí. Creo que eso ha influido en el recibimiento más que amistoso que me dio. Me condujo a las dependencias privadas de su palacio, a los aposentos de su mujer, me presentó a sus hijos y nietos, me enseñó las obras de arte que decoran los diversos pabellones que componen su vastísima morada y me invitó a cenar uno de los próximos días. Me dará unas cartas para los funcionarios que están a sus órdenes en las regiones a las que iré, y me ha prometido facilitarme cuanto pueda la estancia y mis investigaciones. [...]

Nienpai (Gansu), China, 21 de junio de 1918

Hoy hace siete días que me fui de Lanzhou, desde donde te escribí dos cartas. He hecho bien el viaje, como de costumbre. Aunque la carreta era peor que las anteriores, estoy muy acostumbrada a los delirantes traqueteos que te infligen las carreteras chinas; incluso duermo tranquilamente mientras el vehículo avanza de forma acrobática y peligrosa por caminos pantanosos y rocosos. Como de costumbre también, algunas inconveniencias de los carreteros han sazonado las horas apacibles pasadas deambulando por un país que, decididamen-

te, se torna cada vez más desierto y majestuoso. Estos muleros, que no son malos pero sí obstinados y caprichosos, al principio creen que, estando una mujer al mando, podrán hacer lo que les venga en gana; hay que demostrarles que están en un error, y en Oriente, sobre todo cuando se ignora la lengua del país, tal demostración debe ser, para que se entienda bien, contundente. A nosotros, que desde pequeños hemos tenido el cerebro lleno de teorías sobre la dignidad humana, no nos gusta pegarle a la gente, pero, por las buenas o por las malas, hasta los más recalcitrantes acaban por plegarse a las costumbres locales. Con todo, yo no abuso del sistema. Aun así, si hubieras estado cierta mañana en la carretera de Xi'an a Lanzhou, me habrías visto de pie sobre la parte delantera de la carreta, con el látigo del conductor en la mano, administrándole a éste una zurra que lo obligaba a morder el polvo. Y era un joven más alto que tú, de complexión robusta y con fuerza para soportar el castigo. Había sido impertinente y, como la lección le demostró que la personita a quien llevaba no era tímida, se volvió absolutamente manso, respetuoso y servicial.

Ayer llovió muchísimo por la noche; encontramos los ríos crecidos. Cruzamos uno cuyas aguas cubrían las altas ruedas de la carreta y los caballos tenían dificultades para no dejarse arrastrar por la corriente rápida que les golpeaba el vientre. Pero otro, más profundo, que hay que cruzar en una barcaza, nos fue imposible pasarlo. No se atrevían a intentarlo. Dimos marcha atrás y fuimos a parar a un albergue musulmán, utilizado también como puesto de guardia para un cuerpo de varios soldados. Nada más llegar, tuve que hacer un recorrido médico para ver a las mujeres cuyos maridos habían venido a buscarme. Así es Oriente, no puedes evitar tener que practicar la medicina. El hecho de no hablar chino siempre me hace temer que la gente ingiera los fármacos de uso externo y se embadurne con las poción. Además, mi principal surtido de medicamentos está en una caja cerrada que no puedo abrir durante el viaje. En fin, fui a ver a las mujeres, una de las cuales parecía tener una especie de enteritis... ¿Qué podía hacer por ella en las pocas horas que iba a pasar aquí?

Decliné las acuciantes invitaciones que se me hacían para que fuese a ver a otras pacientes postradas en la cama, pero no pude negarme a escuchar a los hombres que vinieron a verme. Trastornos gástricos, reuma, enfermedades oculares y afecciones de las vías urinarias, casi todas de origen sifilitico; los problemas giran casi invariablemente en torno a este círculo, y Aphur, encargado de repartir los polvos, las píldoras, etcétera, sabe perfectamente lo que hay que explicar sobre la forma de tomarlos. Debe de hacerte reír imaginarme tomando el pulso o haciendo sacar la lengua, cuando no examinando vientres que sus propietarios me ruegan que observe. Creo que voy a conseguir, a

través de un doctor francés del servicio de salud, que me envíen un lote de diferentes medicamentos con cargo al gobierno chino. Me es absolutamente imposible hacer frente a los gastos de un dispensario y, por lo que vi cuando llegaron los tibetanos que vinieron precediendo al lama, en el Kuku Nor el número de pedigüenos será considerable.

[...] Sigo encontrándome bien. Ahora que atravesamos regiones poco pobladas, vuelvo a caminar y «devoro kilómetros» a un paso bastante acelerado para no distanciarme de las carretas. Mi alimentación es pobre, decididamente poco sustanciosa; en muchos sitios no encontramos nada que comprar. Comemos pan mojado en té, algunas galletas, a veces conseguimos unos cuantos huevos..., y, por la noche, dormimos en camas de campaña extendidas sobre tablas o tierra batida. No habría podido soportar este régimen cuando tenía 18 años, pero ahora parece que me sienta bien. Estoy quemada por el sol, pues viajo vestida al estilo chino y, por consiguiente, sin sombrero, ya que aquí las mujeres no llevan... Me miro con curiosidad y me pregunto cuánto tiempo pasará así... ¿Dónde están los brillantes oradores que hablan de la fragilidad femenina, «la eterna inválida» del buen Michelet?... ¡Cuántas tonterías! Como si la salud tuviese algo que ver con el sexo. ¿Acaso algunos no han afirmado que una mujer es incapaz de ser diputada debido a la menstruación?... Mira, pese a lo que digan Zola y sus compinches, yo creo que la mujer que no ha sido madre conserva una resistencia de la que se ven privadas la mayoría de las demás.

La maternidad es una función natural y, por lógica, no debería ser causa de enfermedades o accidentes, pero la experiencia demuestra que no es así y que los embarazos destrozan a las mujeres. ¡Cómo me felicito por mi sensatez! En ocasiones miro a Aphur, que camina junto a mí, y pienso: tiene 26 años; en vez de tener a este muchacho que, para mí, es algo entre un animal de compañía y un ser útil, podría tener un verdadero hijo de su misma edad. Estaría en la guerra, muerto tal vez; y, en cualquier caso, yo no andaría deambulando por China. Quizá sería él el viajero y yo una bondadosa madre anciana; podría leer, junto al fuego, las cartas que él me escribiera, no tendría vida propia, no sería más que una sombra que ha traído al mundo a un ser vivo... Tú también, querido, debes decirte que has escapado a lo que mató al pobre señor Reboul, a lo que ha afligido a tantos padres en Francia: la muerte de su hijo. El mundo no es tan hermoso como para que deseemos crear seres con objeto de que formen parte de él. Gracias a nuestra prudencia, les hemos ahorrado dolor a varios al tiempo que nos lo hemos ahorrado a nosotros mismos, y todo cuanto los retóricos puedan decir no servirá de nada; somos nosotros los que tenemos razón. [...]

4 de julio de 1918. En China, las cosas se eternizan. Yo creía que, una vez intercambiadas las visitas de cortesía con las autoridades locales, podría irme, pero qué va. El general que corta el bacalao en la región quería darme una carta en tres lenguas —chino, mongol y tibetano— para recomendarme a los lamas, y sus funcionarios tardaron días en redactarla. Por lo demás, estas recomendaciones oficiales se han revelado inútiles ante la mayoría de los lamas. Aquí, más aún que en el resto de China, si ello es posible, la población está dividida y enfrentada. Los chinos odian a los musulmanes, los tibetanos odian a los chinos y a los musulmanes, y los musulmanes pagan con la misma moneda a unos y otros. Los funcionarios se mantienen únicamente gracias al apoyo que les prestan sus soldados, y éste es de lo más precario, pues los soldados mercenarios son de quien más les paga. De momento, viajar por China debe quedar descartado. O bien hay que permanecer en las ciudades de la costa —Pekín, Tianjin, Shanghai—, o bien en la frontera del desierto, de manera que se pueda escapar en caso de conflagración. Mi aventura en Tongchuan, sin consecuencias negativas, me demostró lo que supone estar atrapado entre dos bandos enemigos. [...]

Kum-Bum, 12 de julio de 1918

Tengo ganas de decir: ¡Uf! ¡Por fin he llegado a Kum-Bum! Cuántas veces, estando en Japón, miré en el mapa este nombre escrito en diminutos caracteres apenas visibles entre el sombreado de las montañas. Parecía estar lejos de Pekín, y en realidad lo está: entre 2.500 y 3.000 kilómetros. Dado mi desconocimiento sobre el estado de las carreteras, me preguntaba cómo efectuaría el trayecto y qué obstáculos podría poner a mi plan la gente de las regiones que había que atravesar. Sin embargo, una vez más constato que las dificultades de los viajes están, sobre todo, en los relatos de los viajeros y en el temor que precede a la partida. Una vez en marcha, todo se simplifica. No siempre se come bien, no siempre se duerme bien; en ocasiones hay que soportar el polvo o el calor, o la lluvia, o el frío, y los albergues carecen de comodidades. Pero eso no tiene nada de trágico. Y se van haciendo kilómetros, uno deja atrás ciudades, ríos, montañas, y continúa caminando sobre el suelo y con las dos piernas... Es muy fácil. En Si-in, el sacerdote belga (R. P. Schram) y los misioneros protestantes tuvieron la amabilidad de prestarme los libros de los viajeros que han recorrido algunas zonas del Tíbet. Me asombran las fanfarronadas de esa gente y de su forma de viajar. En primer lugar, ni uno solo de ellos entendía la lengua del país. A continuación, se embarcaban en la aventura con docenas de camellos, docenas de caballos y docenas de sirvientes; había que alimentarlos a todos, y lo peor es que, sin ningún discernimiento,

llevaban camellos habituados a las estepas mongolas a los glaciares de los puertos tibetanos, y musulmanes al país de los lamas. No cuesta imaginar el embrollo consiguiente, y con la historia de semejante embrollo escribieron sus libros. Su forma de comportarse con los indígenas también merece una mención. Algunos se abastecían de caza disparando contra animales familiares en las propiedades de los monasterios; aquí, en Kum-Bum, uno —lamento que sea francés— se puso a grabar su nombre en el árbol sagrado. ¿Qué pensaría este sujeto si un visitante se atreviera a inscribir su nombre en el espejo de su salón?... Finalmente, otros les arrebataban los caballos a los nómadas para sustituir los que habían muerto de su caravana. Lo que me sorprende es la mansedumbre de los nativos, que no aniquilaron a esos intrusos maleducados.

Pero volvamos a Kum-Bum. Me han asignado una bonita vivienda dependiente de uno de los grandes templos del monasterio, pero completamente aislada, es decir, que puedo cerrar la puerta de mi patio, que comunica con el patio principal del templo. En Kum-Bum, los edificios son de estilo chino, generalmente bien cuidados y de aspecto señorial. Mi morada comprende un pequeño patio con estancias en tres lados y una pared adornada con frescos chinos en el cuarto lado. En la planta baja se encuentra la habitación principal, dividida en tres partes, una central, frente a la puerta, flanqueada por dos compartimientos cuyo suelo se eleva unos 40 centímetros. En invierno se enciende fuego bajo esa especie de tarimas y uno se sienta en el suelo caliente y extiende mantas para pasar la noche. Es la costumbre en todo el norte de China y en Mongolia. Aphur ocupa la estancia de la planta baja, que también sirve para recibir a los visitantes. Las paredes están decoradas con frescos que representan, en uno de los compartimientos, a Tsong Kapa* y a diferentes deidades, y en los otros, escenas pintorescas: monasterios ubicados en lo alto de increíbles montes nevados, a orillas de lagos extraordinarios; por estos paisajes cabalgan cortejos reales, vigilados por dioses que destacan en nubes púrpura. Prefiero que disfrute Aphur de estas obras de arte; a mí me impedirían dormir. Yo ocupo el primer piso, cuyas habitaciones dan a un balcón que se extiende alrededor del patio. Mi habitación es una reproducción exacta de la de Aphur, sin los frescos. Los revestimientos están pintados de amarillo, y el marco de los paneles es de un rojo vivo. He atenuado un poco el efecto violento de los colores extendiendo algu-

* Reformador del budismo tibetano y fundador de la secta Dge-lugs-pa, es decir, «los de costumbres virtuosas», generalmente llamados «bonetes amarillos». Véase a este respecto *Le Bouddhisme du Bouddha et ses développements Mahayānistes et Tantriques*, de A. David-Néel, editado por Plon.

nas esteras japonesas y cubriendo por completo el suelo del compartimiento más grande, que ahora, con la mesita de 20 centímetros de alto, el cojín para sentarse ante ella y la amplia ventana, donde el papel reemplaza a los cristales, parece exactamente una habitación japonesa... Qué lejos está Japón... ¿He estado alguna vez?... A veces me lo pregunto. Extraño país, extraña gente, distinta de cualquier otra, inescrutable, desconcertante, irritante y que, pese a todo, sería muy interesante conocer si fuera posible estudiarla. Pero la primera condición para ello sería saber su lengua. Desde luego, habría podido aprender el japonés hablado, pero hubiera seguido sin conocer la lengua literaria, y ¿qué se puede saber de un pueblo si no se puede leer a sus escritores? Con el tibetano es distinto; muy pronto lo leeré mejor de lo que lo hablo. Me pregunto si encontraré aquí a algún erudito amable con el que pueda trabajar. Me siento a gusto, los alrededores son hermosos, no faltan sitios adonde hacer excursiones y la vida es barata. Me gustaría hacer un alto aquí y trabajar, pues tengo muchas ganas de escribir y un montón de temas en la cabeza.

El silencio que reina entre los templos es una delicia después de haber pasado tanto tiempo entre el ruido. En Kum-Bum hay una población estimada en 3.800 lamas, repartida entre los diferentes templos, pero un silencio total envuelve todos esos edificios escalonados en la ladera de dos montañas que flanquean un estrecho valle. Tan sólo se oye el sonido de las largas trompetas tibetanas empleadas para convocar a los ejercicios religiosos y lejanas armonías de música sacra que parten de la morada del pontífice de Kum-Bum, actualmente un niño de 10 años. Los jefes de Kum-Bum son como los dalai-lamas, los tashi-lamas y muchos otros, lo que el vulgo llama «reencarnados» (se trata de una pésima traducción de *tulku* [...], en sánscrito *nirmanakaya* [...]) —admira mi erudición!—, que significa cuerpo de manifestación o cuerpo material que manifiesta las otras personalidades. No te castigare con una explicación de la teoría de los tres cuerpos o tres *kaya*). Así pues, cuando uno de estos lamas muere, su sucesor es un niño nacido poco después del fallecimiento del gran lama en cuestión. Esto te explica por qué el jefe de Kum-Bum es un niño. Por lo demás, de momento está bajo la férula de sus preceptores. Yo aún no lo he visto, pero lo visitaré dentro de unos días. He llegado en el momento en que se celebra una de las grandes fiestas anuales; mañana y pasado mañana unos lamas interpretarán mediante danzas y mímica una especie de drama religioso. Habrá más atracciones, y ya han llegado miles de personas de los alrededores para participar en la fiesta.

14 de julio. Fiesta nacional, me he dado cuenta al escribir la fecha. ¡Triste fiesta en nuestro país, con el enemigo devastándolo!

[...] Esta mañana he ido a ver una gigantesca lona de 50 metros de largo, bueno, seguramente más, con la imagen de Buda. Habían extendido esta pésima obra de arte en la ladera herbosa de una montaña, y una gran multitud se agolpaba para admirarla. Una multitud variopinta y enormemente pintoresca, compuesta por elementos pertenecientes a distintas razas. Esperaba pasar inadvertida, pero esto no es como el Tibet, donde las mujeres que llevan la túnica granate oscuro son bastante numerosas; el bello sexo de los alrededores de Kum-Bum luce atuendos más apropiados para un caballo que para un ser humano. Las damas endomingadas llevan una especie de pesado arnés de cuero, recubierto de tela sobrecargada de ornamentos, que les oprime el cuello, les ciñe la cintura y desciende hasta los talones. Es francamente horrible. Otras llevan el pelo, dividido en múltiples trenzas, metido en estrechas bolsitas sobre las que se aplican enormes calamones de plata y a veces de oro. El color de los vestidos recorre toda la gama de los rojos vivos y los verdes chillones. Yo parecía un pájaro oscuro entre una bandada de papagayos. Me ha disgustado mucho que el apresuramiento de algunos campesinos en venir a mirarme les haya hecho recibir de mis guardaespaldas, unos lamas de manos largas, unas bofetadas que sonaban de forma imponente. Los pobres no tenían ninguna mala intención. Simplemente querían verme.

16 de julio de 1918. Dos días después he ido a ver las obras que los lamas representan mediante mímica y danzas. Había una enorme cantidad de espectadores, sobre todo el primer día. El espectáculo valía la pena. Los trajes de los actores eran de una riqueza inaudita, de seda china antigua bordada. Todo estaba nuevo, limpio y en orden; no se parecía en nada a lo que he visto en Sikkim. Como los actores representan a divinidades del panteón lamaico, numerosos fieles, desde su sitio, se prosternan en su dirección; a continuación van a rendir el mismo homenaje al jefe del monasterio, un gran lama que permanece sentado, con las piernas cruzadas, en una especie de trono que se halla bajo un dosel. La fe ingenua de estos seres simplistas hace sonreír; tienen una intensa necesidad de venerar a alguien o algo. Te reirás cuando te diga que, al abandonar mi asiento y cruzar el gran patio del templo para regresar, vi a unas personas prosternarse a mi paso. Por cierto, el otro día, en Lanzhou, cuando los dos belgas que residen en esa ciudad estaban tomando el té en mi casa, unos naturales del Kuku Nor realizaron la misma ceremonia y yo los bendije con una gravedad de obispo; mis invitados se quedaron un tanto atónitos y comentaron que una forma tan pintoresca de viajar debía de tener un encanto humorístico especial.

18 de julio de 1918. Finalizadas las festividades, he visitado los principales templos del monasterio, diseminados por las montañas y la mayoría de ellos muy ricos y ornamentados con hermosos frescos. El conjunto es más artístico que el de Tashilunpo. He ido a visitar a unos enfermos y luego he hecho algo mejor: subir hasta la cima de una montaña situada a espaldas de mi casa. Desde allá arriba, la visión es muy amplia, abarca varias cadenas montañosas y numerosos valles. Ni un árbol, sólo pastos hasta el infinito y, en ellos, rebaños de cordeiros, yacs y vacas paciendo en las pendientes pronunciadas. Ahora que las fiestas han terminado, el monasterio ha quedado sumido en una calma total. He ido a ver al lama jefe —no al joven lama encarnado, sino a una especie de funcionario que ocupa el cargo durante cuatro años—, que reside en la montaña que queda frente a la mía. Me he puesto, para hacer esta visita, la hermosa túnica de flores doradas y plateadas que el tashi-lama me regaló en Shigatse; Aphur me encontraba absolutamente «imponente». Próximamente escogeremos a un lama que pueda venir a leer con nosotros textos un poco difíciles y nos pondremos a trabajar. He sido invitada a asistir a las grandes discusiones filosóficas que tendrán lugar del 15 (fecha tibetana) al 24, es decir que empezarán dentro de tres días. Estas justas, que recuerdan torneos oratorios similares de la Edad Media, apasionan a los lamas. Ahí es donde destacan los que dominan los temas y la retórica. Tengo curiosidad por oír lo que dicen y me propongo, con cierta malicia, reanudar las discusiones, en particular con los más instruidos. [...]

Kum-Bum, 25 de julio de 1918

[...] Lo que dices sobre los peligros a los que me he expuesto al atravesar regiones donde la peste pulmonar causaba estragos no es muy exacto; el paralelismo que estableces con la prohibición formal —formal, oyes bien— de cruzar el mar que yo te impuse no se sostiene. Tú no debes exponerte, en primer lugar porque eres el único ser que tengo en el mundo y no debes dejarme completamente sola. Y luego porque tú eres útil, al menos para una persona, yo, y eso te crea una especie de responsabilidad de padre de familia. Yo no le soy útil a nadie; mi desaparición no tiene ninguna importancia. Y hay una razón más: la filosofía que profeso y la vida de meditación que he llevado me permiten mirar la muerte de un modo distinto del de la mayoría de la gente. Ya te conté que al principio de este viaje, pocos días después de mi marcha de Pekín, pasé varias horas deambulando por un mercado de pueblo. Por la noche tenía fiebre, me dolía la garganta..., vamos, que presentaba los síntomas de una gripe o de la peste pulmonar. Entonces recordé que se habían dado algunos casos cerca de ese pueblo.

Empecé a repasar lo que me habían dicho en el hospital y recibí las instrucciones que me habían dado. Ninguna certeza antes del cuarto día. Si el cuarto día hay sangre en los esputos, es la peste. Bueno, me dije, pues lo único que hay que hacer es esperar que llegue el cuarto día. Acto seguido, apagué la vela y me dormí de inmediato. Al día siguiente, la fiebre era más alta, tosía, escupía; le dije a Aphur: «Es posible que haya contraído la peste, pero no lo sabré hasta dentro de cuatro días, así que no debes permanecer a mi lado.» Estaba completamente decidida a pegarme un tiro en la cabeza si tenía la peste. No había ningún hospital cerca ni medio alguno de aislarme; no quería contagiar a otras personas. El cuarto día me encontraba mejor. Le dije al muchacho: «No tengo la peste, todavía no heredarás mi equipaje», y nos echamos a reír.

[...] Disfruto muchísimo en Kum-Bum, el aire es excelente, ligero, con ese sabor especial que tiene en las altitudes elevadas. Kum-Bum no está a una gran altura (2.200 metros aproximadamente), al menos para mí, que he frecuentado las soledades himalayas a 5.000 y 6.000 metros y tenía mi refugio a 3.900, pero, en fin, más vale esto que el aire pesado de Pekín y, sobre todo, del húmedo Japón. Las montañas circundantes son de fácil acceso, sembradas de pastos y con cimas redondeadas; el chico y yo ya hemos subido a algunas. Es un auténtico placer volver a estar lejos de las ciudades y sentir que al sur se extiende el vasto Tíbet, al este la soledad del Kuku Nor, al norte las inmensas estepas mongolas... Mi pequeña casa también me gusta mucho.

No me quejo del viaje que he realizado, pero, aun así, después de haberme alojado durante cinco meses en albergues chinos y comido, no siempre hasta saciarme, los ranchos espartanos que ofrecían en los pueblos por todo alimento, resulta agradable disfrutar de un poco de tranquilidad en una casita limpia.

[...] En Lousar, el pueblo que queda cerca del monasterio, hay varios panaderos musulmanes que hacen un pan muy comestible que se puede comprar recién hecho todos los días. Ahora disponemos de guisantes y de patatas nuevas. Un poco tarde, pensarás; la causa es la altura a la que se encuentra Kum-Bum, más de 2.000 metros. También hay unas zanahorias excelentes, una especie de verdura extraña de la que se comen los tallos y cuyo sabor recuerda vagamente el del salsifi, otra verdura que no me gusta mucho y, finalmente, cebollas. Este último vegetal es el que da su nombre a la región. Detrás de mi casa está Tsong ri (la montaña de las cebollas), y el nombre con el que se conoce al Lutero tibetano, Tsong Kapa, significa simplemente «natural del país de las cebollas».

El monasterio adonde contaba con ir a trabajar en unas traducciones y donde habría encontrado a eruditos capaces de ayudarme quizás se encuentre, en el momento en que te escribo, reducido a cenizas. Una vieja disputa, sobre tierras y otras propiedades, entre un lama con fama de ser un mal hombre y los demás lamas de ese monasterio ha provocado la intervención de las tropas. Se dice que el querellante, que ha sido expulsado de la lamasería, le ha dado 20.000 dólares al general para que lo apoye. Por otra parte, los funcionarios chinos están, por lo que me dicen, encantados de tener un pretexto para saquear dicho monasterio, que tiene fama de ser excesivamente rico. No podrían propiciar la oportunidad de hacerlo, pero están encantados de que se presente. En resumen, sean ciertos o no esos rumores, la cuestión es que los soldados están en Lhabrang, que ya han quemado un templo, que los lamas se defienden con energía y que toda la población tibetana de los alrededores acude con armas. Ha habido muertos en los dos bandos, entre otros, un gran lama del monasterio y una personalidad china enviada como intérprete y «parlamentario». Anteayer había luna llena, era el día que una costumbre secular establece como una especie de gran domingo bídico. Yo había ido a ver a los lamas dedicados a sus devociones en el gran templo consagrado a la memoria del célebre reformador Tsong Kapa y donde se encuentra su estatua. Mientras que los fieles de poca monta permanecen fuera de las puertas, las personas que quieren encender lámparas o son consideradas más notables por los guardas entran en el santuario, un vasto edificio cuadrado con el tejado dorado y decorado con ornamentos de oro auténtico. Mando a Aphur a que le dé unas monedas al encargado de encender las lámparas para no disgustar a los anfitriones y, tras haber mirado la iluminación de la planta baja, subo al primer piso. Allí hay montones de riquezas artísticas de toda clase, entremezcladas con objetos decorativos vulgares y rematadamente feos. El olor de las lámparas de manteca mezclado con el del incienso, el del polvo acumulado y el de las viejas telas de los cortinajes produce un tufo *sui generis*, el mismo en todos los templos tibetanos. Extiendo un cuadrado de tela en el suelo, me siento en la postura del loto y disfruto de lo pintoresco, lo «lejano» que emana del entorno. Aphur, que ha terminado de charlar con el encargado de las lámparas y me ha buscado en vano en la planta baja, sube con un lama; al verme, creen que estoy absorta en la meditación y se sientan a cierta distancia. Los oigo hablar de Lhabrang. Al parecer, los lamas han atrapado al intérprete chino, lo han matado y han troceado el cadáver; seguro que el populacho laico se ha comido su corazón, de conformidad con la costumbre china seguida por los tibetanos de la frontera. El relato de semejante horror me llega

en un apacible susurro mezclado con los efluvios místicos del santuario; en el piso de abajo hay gente que desfila con lámparas en la mano, mientras otros multiplican sus prosternaciones; más allá, en el vasto patio del templo vecino, los «versados en teoría», los «retóricos» de Kum-Bum, realizan justas oratorias, se hacen unas preguntas más entrevesadas de lo que jamás han imaginado los cerebros de Occidente. Son unos centenares, divididos en grupos nutridos, y el ruido que hacen evoca la idea de un mercado de gran ciudad. Mientras tanto, en Lhabrang, al otro lado del río Amarillo, la gente se mata entre sí, se come el corazón de los enemigos caídos, y la gran lamasería quizás está ardiendo, cual enorme lámpara, en este día de fiesta lamaica. Un mundo arcaico..., aunque, después de todo, ¿qué está ocurriendo en nuestro país?...

Por lo demás, es posible que las tropas chinas se lleven la peor parte. En circunstancias parecidas, hace veinte años, los lamas de Kum-Bum resistieron y se declararon vencedores, y actualmente, en el otro extremo del Kuku Nor, al sur, en el país de Kham, los tibetanos se las están haciendo pasar moradas a los chinos, que los han oprimido, explotado y maltratado en exceso...

[...] Me gustaría mucho tener unas fotos de la región donde estás construyendo esa línea de ferrocarril, con el «señor ingeniero jefe y director» incorporado al paisaje. Intenta enviármelas. Otra cosa: te ruego encarecidamente que compres dos o tres docenas de postales en color o un bonito álbum de vistas también en color. Pueden ser paisajes árabes, vistas de grandes ciudades, etcétera. Tendrás que enviarlo todo como «carta certificada» a la dirección adjunta. No tendrás más que pegar en los paquetes las etiquetas que te mando y certificar los paquetes. Tengo un enorme interés en que hagas ese envío cuanto antes y en que el álbum y las postales sean bonitos. Son para la madre del gran lama de Tashilunpo. Ella me ha mandado últimamente dos regalos, y aquí no hay nada que pueda comprar para regalarle. Le entusiasman las «imágenes» y estará encantada si recibe alguna. Añado una nota en tibetano para que la incluyas en el paquete. No tardes en remitirlo. Estas personas de Shigatse, la bondadosa anciana y su hijo, el gran lama, se portaron tan bien conmigo que no sé cómo demostrarles mi fidelidad y agradecimiento. Infórmame en cuanto hayas enviado los paquetes.

3 de septiembre de 1918. Por fin he recibido una carta del banco. Todavía no tienen la notificación relativa a los fondos que me dijiste que habías ingresado el pasado mes de abril. Ya ves cómo se alargan estas cosas. [...] Supongamos que se produjera aquí una insurrección, que los de Sichuan, a quienes las tropas de Gansu han ido a vigilar,

cruzaran la frontera y se diseminaran por estos territorios, y que yo tuviera que adentrarme más en el Kuku Nor para refugiarme; Aphur y yo sólo podríamos recurrir a la mendicidad para encontrar sustento entre los nómadas. Podría resultar una situación pintoresca una vez pasada, pero quizás poco agradable en el momento.

En vista de lo que tardan las cartas, creo que debo enviarte ya mis mejores deseos para 1919. El mejor de todos, el que sin duda alguna más nos interesa a los dos, por encima de los personales, es que 1919 vea el final de la guerra y la victoria de Francia. [...]

— Aquí estoy muy lejos de todo eso! El mundo me parece extrañamente lejano, un torbellino de átomos... Lo veo, al igual que veo la forma que la costumbre me hace llamar yo misma, como quizás lo vean los que están al final de su vida. Nada de eso tiene consistencia, es nebuloso, fantasmal... La paz está en la separación de todo eso. «El cese del deseo, de la sed de ser, es el nirvana», dijo Buda. Pero ni la guerra actual, ni las que vendrán después, ni todos los horrores y los sufrimientos que invaden la tierra les abrirán los ojos a los hombres. La ignorancia, fuente del dolor, es eterna. [...]

Kum-Bum, 16 de septiembre de 1918

[...] He recibido, al mismo tiempo que tu carta, un paquete de periódicos que me envían los misioneros ingleses de Si-in, donde he leído que los boches están en claro retroceso, acompañado de una gran pérdida de hombres y municiones, además de casi todo el fruto de las grandes ofensivas que habían lanzado en los últimos meses. Por parte de Rusia, parece que las cosas también están cambiando. Siberia está patas arriba. Los japoneses, aunque sin prisa, se disponen a intervenir, y los chinos envían tropas a Kiakta, en la frontera mongola. Tal vez en Europa estos acontecimientos de Extremo Oriente os digan poco, pero aquí estamos más cerca de Urga que de París, y lo que pasa en Transbaikalia o en Mongolia puede tener una repercusión directa en nuestro entorno. También hay enfrentamientos en Sichuan, en la frontera de Kham —esto sin conexión con la gran guerra—, entre tibetanos y chinos, y estos últimos están llevando las de perder. Las tropas de Lhassa se han apoderado de varias ciudades previamente ocupadas por guarniciones chinas. El bandidaje a gran escala causa estragos en toda China y los viajes por las carreteras, tanto en el norte como en el sur, son arriesgados, lo que sin duda resulta pintoresco pero, a la larga, irritante. En fin, aquí de momento estamos tranquilos, aunque, como ya te dije, todo el mundo duerme con un arma al alcance de la mano. Cediendo a las súplicas de Aphur y por no desentonar con el ambiente generalizado, ahora coloco por la noche mi revólver al lado de la vela, junto a la almohada. Los lamas del tem-

pleo donde resido han adquirido otro moloso —ya tenían unos cuantos— que es una preciosidad. El día que llegó, como sus congéneres le dispensaron un recibimiento hostil y se sentía un tanto desorientado; vino a mi casa por los tejados planos y fue a parar a la galería del primer piso. Lo llamé y vino a lamerme la mano; luego me miró como diciendo: «¿Está bien así?» Me gustan mucho esos animales enormes, y a menudo pienso en aquella perra feroz que dejé en el Himalaya y que fue tan buena compañera para mí en mi retiro tibetano...

Retiro... En realidad, yo no soy una eremita, soy una habitante de otro mundo y miro ése donde todos vosotros os agitáis con el apacible interés de un espectador de cine. Hablo de la guerra porque se trata de cosas cercanas a ti y porque los europeos de la región se interesan por ella y, atentamente, me mantienen al corriente de sus peripecias, como valientes aliados que son... Pero lo cierto es que aquí he vuelto a concentrarme en las traducciones de obras filosóficas budistas y vuestra temible guerra aparece ante mis ojos como un encuentro de ejércitos de hormigas que se disputan la posesión de veinte centímetros cuadrados de terreno. ¿Qué significa un episodio de esa clase en la historia de los mundos que surgen y son destruidos? ¿Acaso la propia existencia de todo nuestro planeta ocupa un lugar importante en el infinito del espacio, poblado de innumerables tierras y soles? Mira una noche el titilar de las incontables estrellas, piensa en las profundidades infinitas desde donde nos llega la tenue luz vacilante que vislumbramos de cada una de ellas, mira la vía láctea, al parecer polvo de mundos, piensa en las eternidades que suceden a las eternidades, en los infinitos que suceden a los infinitos en los que todo muere, y luego compara qué es en relación con eso la vida de un hombre, la vida de un pueblo... Si no fuera por ti, el único vínculo que me queda, jamás volvería a poner los pies en Europa. Mi «yo» asiático se encuentra mal allí. Asia siempre me ha tratado bien, es una tierra tranquila que ninguna de las agitaciones superficiales que se pueden producir commueve profundamente. La India ha pensado cosas que los occidentales sin duda nunca comprenderán y que, aunque sin entenderlas muy bien tampoco, los más sencillos, los más iletrados de sus hijos de raza o de adopción presienten. Anteayer, tras visitar a un anciano lama, vagaba por las galerías que rodean el patio principal del gran vestíbulo de reunión. Las paredes están decoradas con grandes lienzos que representan a los treinta y cinco Budas convencionales. El pintor era un gran artista, pues los lienzos son auténticas obras de arte. Todos los Budas están sentados en la postura del loto, pero la posición de las manos y los brazos es distinta en cada uno de ellos, y los rostros, aunque a primera vista parecen iguales, también tienen expresiones diferentes. No me cansaba

de mirar esa colección de retratos de seres simbólicos que se extiende a lo largo de innumerables galerías. En presencia de pintores de otra escuela y con otra concepción, al final uno se sentiría como observado por todos aquellos ojos alineados a su paso. Aquí, no. Los Budas no miran «hacia fuera»; sus ojos brillantes y entornados contemplan «dentro» cosas que a nosotros, deslumbrados por la ilusión del espejismo en movimiento de los fenómenos, se nos escapan. El pintor ha representado admirablemente eso en esta serie de lienzos, y es lo que yo admiraba. Buda, sobre todo el de los místicos del *mahayana*, ni acoge ni rechaza. Nos dirijamos a él con palabras insultantes o con pensamientos de veneración —ambas cosas producto de la ignorancia—, sus ojos no se alzan. Junto a él no hay lugar para la devoción, no hay lugar para esa religiosidad hecha de emoción que, por lo que sé, parece invadir a Europa con los nervios destrozados por la ansiedad y el dolor. Me veía caminar entre los claustros de ese templo, pequeña forma con vestiduras lamaistas de ceremonia (debido a la visita que acababa de hacer): falda granate oscuro, corpiño briscado y largo chal oscuro tapando el conjunto. Me sentía sola, muy distinta de los devotos que se aferran a los ropajes azules de cualquier Padre Celestial, sola entre todos aquellos Budas que no me miraban y parecían decir: «Buenas almas bien intencionadas quisieran complacerse, como discípulos, a nuestros pies, lo cual es error y locura. Nosotros nunca hemos llamado a nadie diciendo: "Venid a mí, yo os liberaré"; hemos dicho: "Lo que nosotros hemos hecho, hacedlo, lo que nosotros somos, sedlo vosotros." Tan sólo ha comprendido la Doctrina quien piensa: "Yo mismo soy un buda y tengo la audacia de serlo."»

Basta de filosofía. Se puede pensar en estas cosas tanto en la Rue de Rivoli como en Kum-Bum, lo sé, pero aquí el entorno es propicio. Los hombres rústicos que vienen a verme en busca de medicinas, los mercaderes de las estepas de Gobi, los tibetanos de Kham, con sus ojos plácidos de yac, su complexión atlética y su sonrisa infantil, no se sorprenden si, cuando llegan, encuentran mi puerta cerrada y mis sirvientes les dicen: «La reverenda está meditando.» Se inclinan con respeto, haciéndose cada uno, a su manera, una idea simplista y ultrafantiosa de en qué pueden consistir mis «meditaciones». Pero dile esa misma frase a un portero de la Rue de Rivoli; el hombrecillo se quedará boquiabierto y el pensamiento más caritativo que se le ocurrirá es que la inquilina está un poco mochales. Sí, Asia, el Asia de los montes gigantes y las grandes estepas es una tierra prometida para los que están hartos de la fiebre que os agita, de vuestra pequeña vida mezquina y miserable de pobres «civilizados».

[...] He reservado para el final lo que me parecía más importante.

Como ya te he dicho, gozo de buena salud, pero la idea de la muerte me acompaña, está siempre presente, con una insistencia regular. Ello no me impedirá llegar a los 80 años e incluso más, como mis padres, pero ¿quién sabe?... Por eso quisiera arreglar nuestros asuntos económicos, puesto que la muerte de mi madre ha cambiado la situación. Debes de tener una copia de nuestro contrato de matrimonio, y sería conveniente que se la mostraras a un abogado o un notario competente y le pidieras que redactase un testamento que yo pueda copiar. No hace falta indicar ninguna cifra; eso a él no le incumbe y es innecesario para la consulta que queremos hacerle. Me queda libre la mitad de mis haberes actuales, ya que mis padres, que eran mis herederos con derecho a legítima, tal como establece el código, han muerto los dos. Esa mitad, naturalmente, quiero que sea para ti, al igual que la otra mitad que figura en nuestro contrato. Es decir, que tú debes ser, aparte del dinero que, como ya sabes, deseo dejarle a mi sirviente y de los legados de libros a la Sociedad Budista de Londres, mi único heredero... Te consultaré también otro punto: si bien, por una parte, deseo que heredes de mí, por otra no deseo en absoluto que, tras mi muerte y posteriormente la tuya, lo que he recibido de mis parientes vaya a parar a tu familia, a la que apenas conozco y que no necesita nada. Yo no tengo ningún vínculo con nadie, así que deseo que ese dinero vaya a sociedades cultas para financiar estudios orientalistas. ¿Cómo se podría arreglar eso? [...]

Kum-Bum, 5 de octubre de 1918

Ayer hice una excursión maravillosa. Salí por la mañana con Aphur a través de las montañas, un poco al azar, orientándome con una brújula en busca de una ermita que me habían indicado que estaba al oeste de Kum-Bum. Cruzamos seis puentes, deambulamos por pastos llenos de yacs y corderos, atravesamos estepas desiertas. Todo esto nos llevó a orillas de un río claro, al pie de las altas montañas cuyas cimas ya están cubiertas de nieve, decorado que me traía a la memoria el Tíbet septentrional y mi propio lugar de retiro, De-Chen Ashram, de inolvidable recuerdo. Tras haber caminado a buen paso durante unas cinco horas, encontramos la residencia de los ermitas en la ladera de un monte, entre álamos de hojas amarillentas por la acción del otoño y matorrales de un rojo espléndido. El paisaje hubiera tentado a un pintor. Alrededor, soledad total y esa atmósfera de majestuosa serenidad propias de las altas montañas. ¡Ah, qué bien se estaba allí, mil veces mejor que en la lamasería de Kum-Bum, pese a que es muy silenciosa, y cómo comprendía a los que se habían retirado allí!... Hay que haber llevado, como yo lo he hecho, esa vida de aislamiento entre parajes grandiosos para saber lo odiosas que son las ciudades ruidosas, las muchedumbres vul-

gares que se agolpan en ellas y todos esos horrores, desde los anuncios luminosos que turban la belleza de las noches hasta los trenes que atropan a través de los campos y lo ensucian todo con el humo que desprenden, pasando por los hoteles que acogen a turistas esnobs y necios..., pasando, en suma, por todo lo que el común de los mortales decora con el nombre pomposo de civilización.

A la vuelta nos cruzamos con una caravana que no sé adónde se dirigía: unos cincuenta yacs cargados y tres hombres a caballo, con el fusil en bandolera. Hicimos la pregunta típica: «*¿Kyeu tso kappa do gyi in?*» (Adónde vais?) Ellos no entendieron nuestro tibetano clásico de Lhassa o fingieron no entenderlo y pasaron en silencio. Era una preciosidad, en la noche que caía rápidamente, entre las montañas desiertas, aquel lento cortejo de yacs, aquellos hombres de semblante mudo, enigmático, que se dirigían hacia los altos puertos misteriosos. Pese a estar acostumbrada a este tipo de cosas vistas mil veces, no me canso y nunca me cansaré de ellas. Siento el mismo estremecimiento que tiempo atrás, cuando leía las descripciones de escenas semejantes. Cada cual sitúa la sensualidad de acuerdo con su temperamento; yo tengo la de la soledad, el silencio, las tierras vírgenes sin ningún cultivo, los grandes espacios y la vida ruda, en una tienda, de los nómadas del Asia central. Me abandono a ella, me revuelco en ella, seguramente más de lo que la sensatez aconsejaría... Y, en definitiva, ¿es una locura tan grande?... El desierto habla con unas voces distintas de las de los bulevares de París, y ¿no tenemos todos derecho a preferir la música que más nos guste? [...]

Kum-Bum, 3 de noviembre de 1918

El tiempo es cada vez más invernal; los escasos álamos, que son lo único que adorna con algunos pobres bosquecillos las cimas herbosas, han dejado caer sus últimas hojas doradas. Ha nevado abundantemente varias veces; el paisaje circundante, extrañamente transformado por su manto blanco, recuerda ciertos aspectos del Transhimalaya cercano a las altas cumbres. Esto me hace rememorar campamentos de apariencia épica donde el frío te hiela hasta la médula y una tierra que permanece grabada indeleblemente en mi memoria: las estepas de Kampa y de Trinckye-Dzong. Pero la nieve no dura mucho en el clima ultraseco de la región donde estoy. El sol reaparece, claro, cálido, cegador, en un cielo de un azul comparable al de África, y uno se siente llevado por el deseo de vagabundear por las montañas. [...]

Se ha celebrado una de las cuatro grandes fiestas anuales del monasterio, la última del año; yo había visto la anterior nada más llegar aquí. Es una mezcla de medievalismo y orientalismo que no carece de toques pintorescos. [...] Así que voy vestida otra vez con falda de sar-

ga granate, camisa de seda amarilla oro, chaqueta de paño dorado y chal amarillo, y tocada con un bonete puntiagudo de satén amarillo briscado, forrado de piel de cordero teñida de amarillo y ribeteado de paño dorado. Es el traje clásico de los lamas insignes de la secta amarilla. El chal puede ser granate o amarillo. Todos pueden ponerse el granate, y ése es el que yo llevo a diario; el amarillo indica que aquél o aquella que lo lleva es un [...] *ri-teu-pa*, es decir, «ha vivido varios años en un lugar solitario» y, en general, «permanece aislado». Yo tengo todo el derecho a llevar el chal amarillo después de mi vida de eremita entre las cumbres himalayas. [...] He ido de templo en templo (Kum-Bum es una verdadera ciudad), mirando a la multitud abigarrada y pintoresca venerar concienzudamente un montón de objetos heteróclitos. Prescindiendo de los trajes, recuerda a los peregrinos que se ven en Roma. [...]

Los naturales de Amdo y del Kuku Nor se encuentran en una fase de devoción intensa. Lo compruebo porque tengo que bendecir a un centenar largo de individuos de ambos性os que se precipitan a mi paso, entrechocando las cabezas inclinadas en un tropel que recuerda a un rebaño de corderos asustados. Una experiencia agotadora. El papa y los obispos de la Iglesia de Roma han sabido disponer las cosas a su comodidad. Un gesto de la mano basta para satisfacer a varios miles de fieles. No sucede lo mismo en el Tíbet, donde cada uno quiere su bendición individual. Es preciso que algo toque la cabeza del devoto: las manos del lama, su rosario o su *dorji* (una especie de cetro). Recuerdo haber leído en las crónicas de la época una frase atribuida a Madame Du Barry. Parece ser que el día en que, a fuerza de intrigas, consiguió ser presentada oficialmente en la Corte de su real amante, al bajar de la carroza que la llevaba desde el palacio de Versalles, dijo: «Me hubiera gustado estar en una ventana para verme pasar.» Esta frase de la favorita, auténtica o no, acude a mi memoria mientras reparto múltiples bendiciones. A mí también me gustaría estar en una ventana para verme actuar; creo que me divertiría y me produciría una risa incontrolable que duraría los años que me quedan de vida.

No creas, sin embargo, que soy maliciosamente escéptica. No me burlo de esa buena gente. Tienen su propio concepto sobre su raza y su país, no son más estúpidos que nosotros; en muchos casos lo son menos. Yo sé lo que esperan de la imposición de manos y por qué lo esperan, y, de hecho, es mucho menos absurdo de lo que podría creerse. Ellos creen en el contagio en materia espiritual, al igual que nosotros tenemos esta creencia en lo referente a las enfermedades. Yo soy la que conozco los libros sagrados, la que sabe leerlos, la que los comprende (¡eso piensan, los inocentes!). Yo soy la que «medita», la que

permanece encerrada días y días, invisible incluso para mis sirvientes, sin pronunciar una palabra, y la que, a buen seguro (no tienen la menor duda a este respecto), durante tales períodos penetra en un mundo al que el pensamiento del vulgo no tiene acceso; un mundo más allá de aquel donde se es feliz y luego desdichado, donde hay que esforzarse, donde se nace, donde se muere. En las recitaciones, las salmodias incoherentes de sus lamas, han oído una palabra que en los países del sur es *nirvana* y entre los budistas del Tibet *tong-pa-gni* (vacío en uno mismo). Se trata de un misterio al que no intentan tener acceso de forma inmediata, al tiempo que creen que es la meta deseable, el único objeto digno de ser buscado. Por eso se agolpan en torno a los que les parece que conocen el gran secreto del más allá de la rueda de los renacimientos, los que han vivido lo que ellos no han vivido y caminan por una vía distinta. Lo que murmuran cuando piden la bendición (de forma maquinal, desde luego, pero no desprovista de sinceridad) es lo siguiente: «Que pueda renacer inteligente, capaz de comprender la Doctrina, que pueda un día alcanzar la liberación» (*Tharpa thob bar chog*). Y el hecho de conocer este sentimiento basta para detener mi hilaridad y la ironía que estoy dispuesta a prodigarme a mí misma. ¡*Tharpa thob bar chog!* ¡Que la liberación del mal sueño del mundo y del «yo» sea su destino... y el mío! Después de todo, como pensaba Buda, no hay más infiernos ni más paraísos, no hay más dioses protectores o terribles que los que nosotros creamos. Toda esa fantasmagoría emerge de la mente y desemboca en ella. «La ronda de los tres mundos es similar al reflejo de la luna en el agua», dice el *Lalita Vistara*. Una ilusión que los locos quieren asir y de la que los sabios se rien apaciblemente. [...]

Kum-Bum, 11 de noviembre de 1918

[...] ¿Quieres hacerte una idea de mi programa diario? Por la mañana, un poco antes de las cinco, las caracolas que se utilizan a modo de trompetas suenan sobre los tejados de los templos, invitando a levantarse. El cielo todavía está estrellado y yo ya estoy despierta desde hace rato. Un paseo al aire libre —¡y frío, te lo aseguro!— por mi pequeña terraza activa la sangre. Una hora más tarde viene el muchacho a reavivar el fuego de mi estufa; junto con la claridad, llega mi sirviente trayendo una taza humeante de té (té hervido al estilo tibetano); a continuación, aseo, lectura y otro paseo por la terraza mientras barren mis aposentos. A las nueve, almuerzo, un almuerzo a la inglesa, que es la comida principal. Estudio, traducciones del tibetano; a mediodía, baño y después otra larga sesión en la mesa de trabajo. A las cuatro, comida: un abundante plato de sopa, que casi siempre me basta, frutas cocidas...; luego, de nuevo lectura o redacción. A las nueve de la no-

che, en todas las moradas de Kum-Bum se está en la cama, o en lo que sirve de cama. Esta monotonía se ve interrumpida por días de excursión de vez en cuando. En la enumeración he omitido también el detalle de las horas de meditación diarias; eso no te interesa. Da la impresión de que se podría seguir así durante miles de años sin sentir cansancio, ni mental ni físico. [...]

[...] ¿Te he dicho ya que aquí el único dinero en metálico que se utiliza son sapeques ensartadas formando largos rosarios? Esta moneda grande y pesada sirve para realizar todas las pequeñas transacciones; cuando la cantidad es elevada, se paga con plata que hay que pesar. Se cuenta por onzas de plata (no son nuestras onzas de farmacéutico). Siempre hay que llevar una balanza encima y, como no hay ningún control de los pesos y las medidas, las balanzas difieren mucho entre sí, lo que provoca inacabables discusiones tanto sobre el peso como sobre la calidad de los lingotes de plata, muchos de los cuales llevan una gran cantidad de estaño y otros materiales. Dicha «onza» (¡alabado sea el cielo!) se divide en fracciones decimales de 10 *chos* y 100 *puns*, lo que facilita el cálculo. Pero en una «onza» hay 2.000 sapeques (la onza se llama *sang*, pero los europeos la llaman tael, su nombre chino clásico y correcto); esos 2.000 tael forman 4 *tompas*, es decir, 4 rosarios de 500 sapeques cada uno. Pero a esos 500 sapeques se los llama «grandes», por comparación con un tipo que ya no está en circulación, aunque se sigue hablando de él en las transacciones. Así que el tendero dice: 1.000 *machers* (sapeques) *sho* (pequeños), y tú tienes que entender que eso significa 500 sapeques reales. Si dice 1.000 *machers ta* (grandes), hay que darle 1.000 *machers* de verdad. Sin embargo, esos mil no son exactamente mil. La equivalencia correcta de cien sapeques pequeños son 47 grandes. En los rosarios (los mejores, porque los hay de distintas clases), 94 se dice que son 100, pero en ocasiones sólo hay ensartados 92 o incluso 85 sapeques en lugar de 100. Como ves, esto presenta algunas complicaciones. Yo al principio estaba espantada, pero ahora ya no encuentro ninguna dificultad en esta aritmética variada.

[...] Hasta el momento he tenido que rechazar, por falta de medios de transporte, las invitaciones que se me han hecho para ir a visitar diferentes monasterios importantes y a jefes indígenas. Durante el invierno no iré a ningún sitio, pero en cuanto llegue abril tendré que empezar a moverme. Sin contar con que puede resultar que, un día de alerta, siempre posible en un país tan agitado como China, el medio de desplazarse rápidamente de un sitio a otro se vuelva más que agradable, se vuelva incluso una forma de salvaguardar la seguridad propia. No te digo estas cosas para que te formes una idea trágica de la situación. Nada es trágico cuando se miran las cosas con sangre fría. Lo

importante es simplemente tomar, con absoluta tranquilidad de espíritu, las medidas que pueden ser necesarias para evitar dificultades o peligros. Cuando es posible hacerlo, como en mi caso, gracias a tu afectuosa ayuda, sería una estupidez correr riesgos por falta de previsión; no hay más que mirar los acontecimientos de frente, con la misma serenidad con que se intentaría impedirlos. Todas las complicaciones de la existencia y la propia existencia son, en definitiva, cosas que se pueden tratar a la ligera; tan sólo los locos montan a propósito de ella dramas escandalosos. Una burbuja asciende a la superficie del agua y al minuto siguiente estalla; la vida no es nada más y no tiene una importancia mayor. Hoy se desintegra un organismo animal o humano, mañana lo hará nuestro globo o algún gigantesco sol que ha llegado al final de sus innumerables días... Un mosquito o un mundo, en el infinito, la diferencia es nula. Es agradable pensar estas cosas al amanecer, en la pequeña terraza barrida por el aire gélido, mirando palidecer las estrellas en el inmenso cielo sin nubes del Asia central. [...]

Kum-Bum, 21 de noviembre de 1918

Esta mañana he recibido la carta del 27 de julio y su copia, enviada desde Argel unos días más tarde. Aunque tus cartas son siempre, de todas las que recibo, las que me causan más placer, hoy no ha sido así. Mi correo incluía dos postales enviadas por los misioneros ingleses con dos días de intervalo. Una decía: «Nuevo gobierno en Alemania, gran desorden, los boches piden un armisticio, Austria pide la paz a cualquier precio, los rumanos expulsan a los alemanes, etcétera.» La segunda sólo contenía la copia de un telegrama: «Kaiser abdicated fled armistice», y debajo: «I thought you would like to see this telegram. Is it not good news!» ¿Que si es una buena noticia?... Eso ni se pregunta. Confieso que he sentido una súbita emoción que ha hecho que las lágrimas afloraren a mis ojos, pese a lo distanciada que estoy ahora de todo lo que afecta al mundo. Éstas son, querido, las dos postales que hoy me han causado más placer que tus cartas. Me lo perdonas, ¿verdad? Mañana confeccionaremos una gran bandera francesa y la plantaremos en lo alto de una montaña para que se vea desde los pueblos vecinos. Tal vez sea una niñería, pero es conveniente que toda esa gente que ha sido excitada por los emisarios boches se entere de que éstos están acabados. Porque ahora sí que se acaba de verdad. ¡Ya era hora! Pero cuántos franceses han demostrado una resistencia, una sangre fría y una resolución admirables. Se los consideraba una raza en decadencia. Han asombrado al mundo y recibirán su recompensa. La victoria significa recuperar Alsacia-Lorena y, sentimentalismos aparte, es un pedazo considerable que vale unos cuantos miles de millones.

Creo que también se nos concederán otras compensaciones. Todos los pueblos de Asia están pendientes de lo que va a suceder y los hunos, si se los trata con miramientos, se apresurarán a publicar que no los han «derrotado tanto como se dice», que «se les sigue temiendo y nadie se atreve a exigirles demasiado».

Yo creo que los boches, debido a que han cambiado de gobierno al notar que se acercaba la tormenta, cuando dejen Bélgica no se entregarán a los excesos que hubiera cabido esperar de los hunos «antiguo régimen»; los recién llegados temerán las represalias y tratarán de engatusar a los aliados. Lo que quiero decir es que probablemente recuperaremos mi pequeña fortuna intacta cuando podamos restablecer las relaciones con el banco.

[...] Aquí sigue helando, incluso a pleno sol. Ya no hacemos caso, y me he quitado sucesivamente dos chalecos de lana que los primeros fríos me habían hecho ponerme debajo de la túnica de piel de cordero. ¡Y hace un tiempo espléndido! ¡Espléndido! ¡Es un clima maravilloso! Aphur y yo hemos dado nuestro primer gran paseo por la nieve a través de las montañas. Era muy bonito, te lo aseguro, verse corriendo sobre la hermosa nieve blanca con botas altas de paño rojo que mantienen los pies calientes.

Kum-Bum, 3 de diciembre de 1918

Una horrible epidemia de gripe —o de algo parecido— está azotando la región. Se dice que han muerto varias personas en Xining (la capital del distrito). En Kum-Bum hay muchos enfermos. En el templo donde yo vivo, seis lamas permanecen acostados. Aphur está en cama, y yo no porque no acostumbro a hacerlo y porque tengo más resistencia moral que el muchacho, pero estoy tan cansada como él. Por lo demás, prefiero estar enferma yo que verlo indispuesto a él. No tomes esta declaración por la quintaesencia de la caridad; sería un error. Ve más bien en ella un sentimiento de egoísmo refinado. Cuando yo estoy enferma, soy más o menos consciente de lo que tengo, y el pequeño, siguiendo mis instrucciones, me da lo que necesito. Además, en definitiva, si las cosas llegaran al límite, no sería tan desagradable morir en un bonito paraje de Asia, entre las montañas, en una pequeña morada apacible, tranquila y sola, sin latosos alrededor espiando las últimas muecas. Aphur enfermo es un insopportable pingajo gimoteante que hay que cuidar. No sé muy bien qué es lo que tiene. Ayer pasé un día horrible pendiente de su fiebre, que pasaba de 40°. Finalmente, con ayuda de fenacetina y otros medicamentos, al anochecer conseguí provocar una abundante transpiración y la fiebre bajó. Pero, con todo esto, nuestro criado de Lhassa había trastornado la rutina habitual del servicio. Al ir a acostarme encontré mi habita-

ción con un fuego languideciente y no tenía agua para la bolsa que meto por la noche en la cama. Fuera, la temperatura era de 15 o 16 grados bajo cero, ¡una buena helada! Y ahí me tienes, con la fiebre apoderándose de mí, esforzándome en reavivar el fuego y en hacer que el agua hirviera. Lo conseguí cuando ya había pasado media noche. Estaba ardiendo y castañeteaba de dientes, acurrucada bajo las mantas. Amanecí tosiendo y delirando un poco por efecto de la fiebre. [...]

6 de diciembre de 1918. Tuve que interrumpir la carta; la fiebre me subía y la cabeza me daba vueltas. Después pasé dos días espantosos y unas noches agotadoras, sin dormir. No he podido tragar absolutamente nada hasta esta mañana, en que unas cucharadas de sopa de apio me han parecido deliciosas. No importa, ya estoy mejor, ya no tengo fiebre. Dentro de tres o cuatro días, será como si nada hubiera pasado. Aphur ya se levanta, pero va dando tumbos de un lado a otro, tiene cara de desenterrado, se queja de que le duele el estómago, gime y está insoportable. Se queda sin la menor energía en cuanto tiene algún mal. La mayoría de los asiáticos son así. A nosotros nos cuesta comprender esta mentalidad. Tienen una falta absoluta de esa capacidad de reacción que ayuda poderosamente a combatir cualquier enfermedad. Ése es el gran enemigo de las excursiones. Si se pudieran realizar con compañeros decididos y energéticos como uno, serían un placer total. La mayoría de los exploradores van acompañados e incluso los que, como Pelliot, que ahora está en Pekín (agregado militar), sólo tienen derecho al título más humilde de viajeros, al igual que yo, siempre llevan consigo a varios hombres de su nivel. Ahora, al pensar en ello, se me ocurre que tal vez así se priven de una parte del encanto de la aventura, que consiste precisamente en «salir de la propia piel», en convertirse en otro y en vivir un montón de sensaciones nuevas. Esos señores, por la noche, mientras se toman un café en la tienda deben de hablar de París, de teatros, de carreras, de mujeres..., qué sé yo, de infinidad de cosas que no encajan en el ambiente y que alejan la mejor parte de las impresiones que se pueden obtener. ¡Ah, no los envíe, no! Nunca sabrán cuánto sueño y cuánta poesía se puede envolver en una hopalanda mugrienta de piel de cordero, junto a una fogata de boñiga de yac, con un tazón de té con mantequilla en la mano, mientras los miembros de la caravana cantan, alrededor de una hoguera un poco distante, las aventuras de Gesar, el Conquistador de los hombres del país de Hor... Sí, lo sé, querido, todo esto no te dice nada, y precisamente porque eres refractario a este tipo de beatitud un tanto ruda tiene más valor que me ayudes a saborearla.

[...] Hemos celebrado en Kum-Bum el aniversario de la muerte de Tsong Kapa. Entre los budistas, la muerte, sobre todo la de un gran hombre, no es un suceso triste, al contrario, así que el festival no tenía nada de fúnebre. Durante varias veladas, iluminaron todos los templos y en sus tejados los lamas novicios soplaban caracolas marinas o ejecutaban una música más elaborada con instrumentos variados. Era realmente bonito, tantos millones de lámparas ardiendo en las laderas de las montañas. Yo también contribuí a iluminar mi templo, pagando el aceite necesario para 108 lámparas (número ritual), y Aphur, que la primera noche todavía no estaba enfermo, se lo pasó en grande soplando una caracola para demostrar a los demás jóvenes que en su lejano monasterio practicaban mejor que en Kum-Bum este tipo de deporte. Cosa que, por lo demás, es cierta. En el Himalaya producen unos efectos sorprendentes con las caracolas.

Me proponía encerrarme para hacer un retiro de un mes, a fin de que me diera tiempo a leer una voluminosa obra tibetana que tengo que devolver en un breve plazo, cuando me sobrevino esa estúpida fiebre. Pero, decididamente, ahora ya estoy mejor. Noto que ha acabado. [...]

Kum-Bum, 21 de diciembre de 1918

Unas cartas que he recibido hoy me anuncian que la guerra ha terminado definitivamente y que los alemanes han tenido que rendirse sin condiciones, al igual que sus aliados los turcos y los austriacos. [...]

Estamos confeccionando otra oriflama tricolor; más bien una larga banderola sobre la que pondremos una inscripción que a los tibetanos les gusta colocar en la cima de las montañas o los puertos y que puede traducirse por: «¡Victoria a los dioses! ¡Los demonios han sido derrotados!» Como en la lengua tibetana, al igual que en sánscrito, el término «dioses» (en tibetano, *lha*, y en sánscrito, *deva*), además de aplicarse a los habitantes de las moradas celestes, es un epíteto honorífico que significa noble, grande, muy honorable, etcétera, y que se aplica a los héroes, los reyes y, en ocasiones, simplemente a las personas cuyo mérito moral o rango social se quiere destacar, no es contrario al espíritu de la lengua emplearlo para designar a los franceses y los aliados en general, y la inscripción no quedará fuera de lugar en la franja blanca de un estandarte tricolor. Como mínimo será original y, sin duda alguna, un ejemplar único. Si consigo hacer una foto que salga bien, te la mandaré como documento-recuerdo. No necesito explicar lo actual que es la segunda parte de la inscripción («Los demonios han sido derrotados») hablando de los boches. [...]

Me he encerrado para hacer el retiro que planeaba. No veo a nadie, salvo a Aphur; la pequeña galería está cubierta con cortinas. La

regla establece que nadie debe verme y se supone que yo no miro el exterior. Me gustan mucho estos períodos de tranquilidad absoluta, incluso los más severos, durante los cuales no hablo ni con Aphur y ni siquiera lo veo; él me lleva las comidas a una habitación mientras yo estoy en otra. ¡Se está tan a gusto para leer, para estudiar, para pensar, cuando uno se aísla así del mundo exterior! De momento, leo un grueso libro tibetano y trabajo con él. Proseguiré el retiro durante seis semanas, hasta que empiece el gran festival y la curiosidad por ver el espectáculo pintoresco me empuje a salir. Una vez finalizado, creo que volveré a encerrarme hasta la primavera.

Kum-Bum, 12 de enero de 1919

[...] En relación con los artículos que voy a publicar, quiero preguntarte si prefieres que los firme poniendo tu apellido a continuación del mío. Debo a tu abnegada amistad mi estancia en Asia, que me permite escribir estos artículos, y si eso te puede producir un placer de cualquier clase, es más que justo que tu apellido figure al pie de éstos. [...]

[...] También publicaré «Japón tal como yo lo he visto». Los franceses no viajan mucho; no está de más instruirlos.

De todas formas, no me hago ninguna ilusión sobre el estado mental creado por la guerra. Todos hemos retrocedido hacia la barbarie, hacia la estupidez, hacia la brutalidad. Mira si no ese ataque violento de un montón de ignorantes contra Nietzsche y hazme el favor de releer *Así hablaba Zarathustra*, que encontrarás entre mis libros. Sí, Nietzsche era un boche y quizás tenía defectos boches, pero era un cerebro. Se le reprocha haber dicho que el fuerte vencería al débil. ¿Acaso no lo ha demostrado Darwin en historia natural y acaso no tenemos nosotros ojos para ver que es así? Hemos vencido a los alemanes porque hemos sido más fuertes que ellos, no porque nuestra causa fuera más justa que la suya. Sin los ingleses y los norteamericanos, con la misma causa justa, nos habrían aplastado. No hay que mezclar cosas que son de orden diferente. Cuando nos peleamos, lo que cuenta es la fuerza de los puños, no la pureza o los conocimientos científicos. Por lo demás, ¿no tuvo más en cuenta Nietzsche la fuerza intelectual que la fuerza física? Estoy encantada, más que encantada, de que hayamos obtenido la victoria. ¿La de los boches?... Habría valido más suicidarse que verla. No obstante, esta guerra nos ha hecho mucho daño. Nos hemos vuelto más necios, más sentimentales, más emocionales y beatos..., digo beatos, no digo religiosos o místicos. ¡Triste espectáculo! [...]

Kum-Bum, 26 de enero de 1919

[...] El otro día viví una aventura poco grata. Un funcionario chino me había rogado que fuera a ver a su mujer, que estaba enferma. Al principio me había negado, pero, ante su insistencia, acabé por acceder, tentada un poco también por la galopada de unos 40 kilómetros después de haber pasado tanto tiempo sin montar a caballo. La mañana acordada me traen dos mulas, una para Aphur y la otra para mí; un pariente de la enferma nos hace de guía y partimos. Un tiempo espléndido. Una buena pista, cómoda, aparte de algunas pendientes un poco pronunciadas, mi mula es lenta pero no muy mala, todo transcurre bien, algunos paisajes interesantes por el camino de los que habría podido sacar bonitas fotos: un grupo de camellos en un abrevadero, etcétera. Llegamos; es una casa de gente acomodada. Enseguida sirven una comida, y buena, por cierto. La enferma —no entraré en detalles acerca de esto— es un caso quirúrgico, e intento convencer a la familia de que la lleven al hospital de Lanzhou. Además de llamarle a mí, también habían invitado a un lama para que fuese a oficiar. Lo encuentro en una habitación llena de humo, frente a los utensilios de su profesión; se trata de un muchacho jovial que habla bien el tibetano y que, pese a sufrir una neuralgia, nos entretiene con comentarios bastante ingeniosos. Al caer la noche, tras otra comida, nos vamos a dormir. Nos han dado la mejor habitación, ocupada casi en su totalidad por una tarima dividida en dos por mesitas bajas, sobre las que se amontonan pasteles y otras golosinas. Aphur y yo no tenemos más que tendernos cada uno en un lado y dormir. El pequeño me pregunta: «¿Quiere que vaya a acostarme a la habitación del lama?». Pero, como en el cuarto donde estoy no hay puerta y tengo que dormir sin quitarme la hopalanda forrada, le respondo: «No, quédate aquí; si necesito algo por la noche, vale más que estés cerca.» Estamos acostumbrados a pasar noches en lugares inhóspitos, envueltos en mantas, cada uno en un rincón; en este caso, la habitación es buena, pero ¡qué graneros infectos hemos ocupado viniendo desde la costa hasta aquí! No mucho después de haberme dormido, me despierto; noto una sensación rara, me da la impresión de que voy a desmayarme y no puedo moverme, pero mi pensamiento se abre paso entre ese angustioso aturdimiento; varias experiencias anteriores me permiten comprender que estamos asfixiándonos. Hago acopio de mis últimas fuerzas para gritar: «¡Pequeño, pequeño, deprisa, levántate, sácame de aquí!», pero el «pequeño» no contesta. Soy incapaz de moverme para acercarme a él. Grito más fuerte y, al final, me responde con un gruñido. Repito: «Deprisa, deprisa, levántate, vamos a asfixiarnos.» Entonces, ya despierto, se da cuenta de lo que ocurre, hace un gran esfuerzo, se acerca hasta mí y me arrastra hacia el exterior; él apenas puede moverse tam-

poco; cuando estamos llegando a la puerta, me escapó de entre sus brazos y acabamos los dos en el suelo, vomitando sin parar e incapaces de ponernos en pie. ¡Menuda pinta los dos, en plena noche! Hay luna llena y debemos de estar a unos 20 grados bajo cero. Yo castañeteaba de dientes violentamente y no me atrevía a volver al cuarto, donde los chinos estaban retirando el carbón, causante del mal, que ardía bajo la tarima donde estábamos acostados. Sin embargo, al cabo de un rato no hubo más remedio que entrar, aunque me resultaba imposible entrar en calor. Aphur me tapó con todo lo que pudo encontrar, incluso con su abrigo forrado. Yo creí que iba a morir. Hubiera necesitado una buena cama, bolsas de agua caliente y té ardiente. ¡Pero no había nada de todo eso! No obstante, a la mañana siguiente me encontraba un poco mejor y Aphur había recobrado el ánimo. Montamos y, por el camino, el aire libre acabó la cura. Es la quinta o sexta vez que estoy a punto de asfixiarme. Se diría que las coleccióno. Es horrible. Tú lleva cuidado y huye como de la peste de todos los braseros y otros artilugios diabólicos de esa naturaleza. Si el *boy* no hubiera estado cerca de mí, habría podido quedarme, pues no tenía fuerzas ni para llegar a la puerta.

El Año Nuevo chino se celebrará dentro de cinco días. Acudirán muchos peregrinos y mercaderes a Kum-Bum, habrá danzas religiosas (como los «misterios» de la Edad Media), ceremonias diversas y una gran feria. Lo más curioso es la exhibición anual de estatuas de manteca coloreada. Tendré que ir con cierta pompa para evitar los empujones de la multitud, que se agolpa para entrar en las salas de exposición. Con pompa significa, según las costumbres del país, que unos vigorosos jóvenes, vestidos de gala y con un látigo o un bastón en la mano, te preceden y te siguen como guardaespalda, abriendo paso y golpeando al vulgo, que no debe de notar mucho los mamporros propinados sobre las gruesas hopalandas de piel, pero se aparta porque el gesto impone respeto. Semejante entorno me obliga a ponérme, una vez más, la chaqueta de paño dorado de los días señalados, el chal amarillo más tornasolado y el más rutilante bonete puntiagudo. [...]

Sigo pensando en el gran viaje del que te hablé y, desde luego, si no muero antes, lo haré, pero no será pronto. Para que tenga el máximo interés, debo haber terminado antes ciertos estudios en la región donde estoy.

[...] No está claro que pueda vivir fuera del ambiente tibetano, fuera de las grandes estepas y de las montañas áridas, fuera de las *gompas* donde, como ahora mismo, mientras te escribo, suenan las desmesuradas trompetas tibetanas de sonido grave como el de los abejorros, entre todo el batiburrillo de un culto en el que no creo,

pero que ha despertado en mí no sé qué lejano atavismo latente. Ayer, el lama «encarnado», un gran personaje, propietario del templo donde está situada mi casa, me visitó. Es un joven alto y tímido de 28 años, que habla un tibetano muy puro por haber estudiado en Lhasa. Junto a la estufa, hablamos de cosas sin una importancia especial. Yo nos miraba, a él y a mí, vestidos con telas idénticas. Confusos recuerdos, imposibles de fijar, flotaban en mi mente; recuerdos de momentos parecidos, de túnicas parecidas, en un pasado que no podía precisar; impresiones de cosas vividas —¿cuándo y dónde?— por unas células cuya huella oculta han recibido las de mi cerebro. ¡Qué extraño! ¡Y cuánto daría por esclarecer de forma científica el singular misterio de mi embrujo! La crisis dolorosa que atravesé en Japón me demostró la magnitud de esa especie de encantamiento. Allí, los paisajes y las cosas del Tíbet me obsesionaban con una insistencia tan prodigiosa e imperiosa que caí enferma. Realmente, creo que habría muerto si me hubiese quedado. Aquí he recobrado la calma y la salud. Sin embargo, estoy haciéndome vieja, quiero volver a verte y por eso regresaré. ¿Después? ¡Da igual! Un día u otro tiene que llegar el fin. Gracias a ti, he hecho realidad mis sueños y todavía más que eso, pues jamás había soñado con atravesar el Himalaya y recorrer ese país embrujador, sin parecido con ningún otro, que se extiende al otro lado. [...]

Ya sabes cuál es mi opinión: el que siente de verdad pasión por una doctrina religiosa, filosófica o social, por un ideal intelectual, sea el que sea, el que se las da de apóstol, si es sincero no puede sino ser casto. No a la manera de los católicos, que hablan del «pecado de la carne», sino simplemente porque su atención es atraída hacia otra cosa y no piensa en lo que nuestros abuelos llamaban «los juegos del amor». Nadie imagina a Jesucristo o a Buda libertinos, ni siquiera honrados padres de familia. Hay cosas incompatibles por esencia. Los pastores que, tras haber leído el sermón en la montaña e improvisado una plegaria más o menos inspirada, se van a abrazar a su mujer, son unas personas excelentes, pero, a mi entender, bastante ridículas y un poco chocantes. No todo el mundo está hecho para el misticismo, el de las religiones o el de los sueños sociales; es preferible no meterse en lo que no está a nuestro alcance. [...]

Kum-Bum, 5 de febrero de 1919

[...] He leído un breve suelto anunciando que el Senado ha decidido estudiar la cuestión de conceder a las mujeres los derechos electorales. No sé muy bien si Francia se preocupará por no quedarse atrás en este terreno respecto a las grandes naciones, como Inglaterra y Estados Unidos. Considero la cuestión sobre todo desde el punto de vis-

ta de la mentalidad de la nación. Es probable que el hecho de que las mujeres participen en la vida política tienda a elevar el sentimiento general hacia ellas, que, hay que confesarlo, es muy poco halagador en Francia y se acerca al de las regiones llamadas no civilizadas y salvajes. Constituye un grave obstáculo para el poder de una nación. Es evidente que Estados Unidos e Inglaterra son superiores a nosotros desde ese punto de vista. Naturalmente, tú, que siempre has vivido entre franceses, no puedes hacerte una idea de la diferencia de atmósfera mental que existe entre Francia y los países anglosajones. Para mí, que he pasado no pocos años manteniendo un contacto diario con ingleses, norteamericanos o escandinavos, el contraste es llamativo y tan palpable que casi siento un malestar físico cuando me encuentro rodeada de aquellos que mi nacimiento convierte en mis compatriotas. Es como si, al dejar el aire fresco de las montañas, me adentrarse en la pestilencia de un pantano. Y no es una cuestión de virtud; nuestros grandes aliados no son más virtuosos que nosotros, si es que hay virtud en esta materia. Es una cuestión de carácter nacional. En nuestro país hay una guerra latente, una duplicidad que jamás cesa entre la facción masculina y la facción femenina de la nación; la franqueza, la amistad y la fraternidad no existen. Yo creo que el catolicismo ha influido mucho en este estado de cosas. Es una escuela malsana para las mentes femeninas, a las que atiborra de un misticismo sensual tan debilitador como necio. El protestantismo desconoce esa clase de veneno, aunque conoce otros. Unos amigos me envían de vez en cuando, unos, periódicos ingleses, los otros, un periódico clerical francés editado en Tianjin. La diferencia es impresionante. Cuando éste último cree ser educado, amable, yo, pese a ser una mujer ya mayor, al leerlo siento la desazón que se podría experimentar al ser transportado a un lugar sucio. Es extraña esta propensión a tener la «mente sucia». Los hindúes son infinitamente más sensuales que nosotros y nos dejan muy atrás en materia de refinamientos voluptuosos, pero no tienen la «mente sucia», y resulta a la vez curioso y triste constatar que los franceses, aun llevando una vida honesta y moral, no por ello tienen menos «sucia la mente». No culpo sólo a los hombres; las mujeres son del mismo paño, en ocasiones incluso peores. Si fueran diferentes, darían una educación distinta a sus hijos. ¡Ah, qué dichosa me siento de no tener hijos! La cuestión del electorado femenino me ha llevado a hacer una larga disertación; para concluir, insisto en mi idea de que podría ejercer una influencia favorable en nuestras costumbres, en nuestra mentalidad. Si las mujeres se convierten en «colegas», aparecerán bajo una luz distinta. Sin duda alguna, en Francia los hombres llegarían a respetarlas, y probablemente las mujeres también llegarían a respetarse a sí mismas. Por lo demás, para emplear un término poco

diplomático, me importa un comino. Con toda probabilidad, jamás seré ni candidata ni electora, y tampoco tengo deseos de vivir nunca en Francia. [...]

Kum-Bum, 20 de febrero de 1919

La semana pasada fue primaveral, tenías la sensación de que te crecían alas y sentías un deseo de emprender el vuelo a través del espacio, pero un frío intenso y nieve han sucedido a este anticipo de la primavera que se acerca. Mis provisiones de hulla se están acabando, sólo queda polvo, que no calienta mucho, y, mientras esperamos que regrese el hombre al que he enviado a la mina, estamos un poco tristes. La gran fiesta anual se celebró el día 16. Es una de las cosas más bellas que he visto dentro del estilo chino. Había infinidad de estatuas de manteca coloreada, exquisitamente modeladas y rodeadas de multitud de ornamentos, todos de manteca. Algunas estaban expuestas en unos edificios improvisados, decorados con miles de banderas, lámparas y linternas. Recorri la exposición escoltada por unos hombres que llevaban linternas y que apartaban a la multitud, bastante compacta, y fui recibida ceremoniosamente por los organizadores de las distintas exhibiciones. Dos días antes había sido invitada a una sesión musical que me encantó. Interpretaban música mongola. Me hubiera gustado que estuvieses allí. Había unos flautistas maravillosos. Para finalizar, ejecutaron una pieza sólo para címbalos. Imagina seis o siete pares de címbalos de cobre de distintas dimensiones y armonizados entre sí, a fin de producir intervalos musicales. Cada uno de los artistas los golpea a un ritmo diferente y el conjunto produce un verdadero «aire». Algo extraño y sobrecededor, que evoca la idea de un galope de caballos acercándose desde el fondo de la estepa y trayendo a las hordas de Gengis Kan. ¡Mi alma de música se deleitó! Quizá, sobre todo, porque la música se había fundido con las canciones que el viento propaga entre la soledad que rodea los campamentos perdidos en medio del desierto y acompaña a la caravana mientras camina a través de la inmensidad.

[...] Las cosas van mal en la región, los soldados han incendiado varias lamaserías en el sur y saqueado las de Lhabrang, muchos de cuyos lamas han huido. Parece ser que el general se propone atacar otra lamasería que está cerca de aquí, y sobre la de Kum-Bum llueven las multas. En el templo donde resido, los lamas se pelean unos contra otros. La inestabilidad de la situación hace deseable disponer de medios de transporte propios a mano. Dentro de seis semanas o dos meses empezaré a visitar los alrededores en busca de un sitio donde residir durante el final lluvioso del otoño. En Kum-Bum estoy cómodamente instalada, pero hay poco que hacer desde el punto de vista del

estudio, pues en el monasterio sólo hay lamas carentes de erudición.

[...] De momento, hago copiar determinado número de tratados filosóficos cuyos originales sánscritos se han perdido y que sólo es posible conocer por las traducciones al tibetano, muy fieles por estar realizadas en una época en que los grandes doctores de la escuela a la que pertenecen estaban todavía vivos y porque los discípulos directos de éstos colaboraron en ellas. Tengo pensado traducirlos al francés y al inglés. El copista se muestra un tanto exigente, pero me han asegurado que está capacitado. Copio yo misma los tratados más cortos, pero el ejemplar que me han prestado es horrendo, resulta indescifrable en muchos puntos y voy a quedarme sin vista. Previendo tales tareas, en Pekín adquirí unas gafas de cristales de aumento que facilitan la lectura, sobre todo por la noche. [...]

Kum-Bum, 14 de abril de 1919

Ya estoy de regreso en mi casita china del monasterio de Kum-Bum, y estoy encantada. Cuando la carreta en la que hice el trayecto de Xining hasta aquí llegó al último puerto de la carretera, desde donde se descubren súbitamente los numerosos tejados dorados de los templos y los centenares de casas blancas de la famosa ciudad monástica, los saludé con un entusiasmo explicable sobre todo, sin duda alguna, por el cansancio y el deseo de reposo. En el templo del que depende mi vivienda, todos me esperaban con cara sonriente, lo que demuestra que no soy una huésped inoportuna. Los jóvenes descargaron el equipaje y los viejos vinieron a darme la bienvenida. Son unas excelentes personas. ¡Pero ahora te contaré la vuelta! Ya te dije algo en la carta a lápiz que te envié desde Xining hace unos días. Partí para Ditzá, tal como te había anunciado; durante todo el ascenso hasta el puerto que había que cruzar, la carretera era el lecho de un ancho torrente todavía helado en esta época del año. Como el agua baja en frecuentes cascadas, hubo que subir por esa escalera irregular de hielo, tarea ardua para los caballos. Un grupo de viajeros había salido antes; sabían que los seguíamos, y, como la carretera tiene fama de ser poco segura, nos esperaron a medio camino del ascenso. Los encontramos a ellos sentados, a los animales pastando, y nos detuvimos para comer unos huevos duros. Esta gente confraterniza con un sentido profundo del comunismo que ningún retórico ha tenido que enseñarles: «¡Hay huevos!» Es muy sencillo: «¡Hay huevos!» significa que cada uno tendrá su parte. No lo tomes por glotonería. Si yo no tuviera nada, serían ellos los que dirían: «Hay esto o lo otro», y significaría que yo puedo servirme. Reanudamos la marcha todos juntos —una quincena de hombres— y llegamos a la cima del puerto. En la otra ladera, el camino desciende suavemente; ya no hay nieve y luce el sol. La etapa es más larga de lo que suponía y hace

tiempo (desde que dejé el Himalaya) que no he recorrido a caballo un trayecto tan largo. Me siento cansada y, finalmente, me detengo para beber un poco de té y descansar. La caravana no espera. Aphur, el hombre de Lhassa y yo nos quedamos solos en un bonito paraje arbolado. Estoy sentada sobre una piedra, esperando que saquen el té de la bolsa, cuando el muchacho de Lhassa dice: «Ahí hay unos hombres que nos miran a través de los matorrales, son dos..., llevan fusiles!..., no, son cuatro..., cinco..., vienen!...» En momentos como ése no hay que manifestar nerviosismo, es malo desde todos los puntos de vista. Así que no me vuelvo para comprobar dónde están los hombres, pero ordeno: «Coge los caballos enseguida, nos vamos, y ten el fusil preparado.» El Lhassa-pa es valiente y conoce bien el desierto; no se altera con facilidad. Me levanto con calma y avanzo mientras él trae los caballos. Al levantarme, miro a mi espalda y veo, bastante lejos de nosotros, en el bosque, a tres hombres armados que nos observan. Sin entretenerte en buscar a los otros dos, le ordeno a Aphur: «Saca el revólver de la bolsa de la derecha de mi montura y dámelo», y sigo caminando. A continuación monto y partimos. Los hombres del bosque no nos han seguido; además, van a pie. Al poco alcanzamos a los otros viajeros. Paso la noche en la casa de los granjeros que me han alquilado los caballos, una casa de lugareños acomodados. Toda la familia viene a prosterarse ante mí y a pedirme que los bendiga, unos vecinos se suman a ellos, hay que tocar un montón de cabezas untadas de manteca... Al día siguiente, hacia mediodía, llegamos a Ditzá, un monasterio cuyos edificios y emplazamiento no tienen nada de pintoresco. Es fiesta. Cientos de nativos venidos de los alrededores abarrotan la plaza. La gente se prosterne ante mi caballo (yo estoy encima, por supuesto) y toca mis botas con la frente. Me han preparado una habitación en una casita acogedora, pero sin comparación con la mía de Kum-Bum. Por la tarde salgo a ver los templos y una riada de gente se acerca de nuevo a mí para recibir mi bendición. Para seguir la costumbre, debo ir a rendir el mismo homenaje a la estatua de Tsong Kapa. Una vez allí, extienden una alfombra para que pueda realizar los ritos sin que mi túnica toque el suelo. Tsong Kapa era un filósofo y no tengo ningún inconveniente en manifestar mi respeto por su memoria con arreglo a unas formas que me recuerdan ejercicios gimnásticos de mi infancia y que, en el Tíbet, expresan veneración.

Al día siguiente visito al gran lama del lugar, que no me parece merecer la gran fama de erudito que se le atribuye. Tiene aspecto de japonés y parece bastante vanidoso. Atendiendo a los ruegos que se me hacían, me quedé cuatro días en Ditzá, di algunos paseos por las montañas y visité a un insigne lama que vive retirado en un lugar pintoresco, en medio de los bosques. Es un hombre corpulento, muy

amable, que ha viajado, visitado la India, etcétera. Me dispensó un recibimiento encantador. [...]

Finalmente, tras interminables negociaciones, el brujo Golock del que te hablé nos proporcionó unos animales para ir a Tchakyong y, desde allí, bajar hasta orillas del río Amarillo, frente a la morada del lama con el que vine desde Pekín. Efectuamos el recorrido en tres jornadas (una media de ocho horas diarias de marcha sin detenernos). Hacía calor y no se podía confiar en encontrar ni un poco de sombra en aquellas montañas peladas. Hice algunas fotografías del monasterio de Tchakyong y después, aunque los lamas nos habían aconsejado que descendiéramos por el camino sinuoso, mi gente se empeñó en tomar el atajo, que resultó ser un descenso en vertical casi continuo por caminos de cabras, con un suelo de grava que se desprendía al pisarla. Naturalmente, hubo que ir a pie todo el tiempo (unos 15 kilómetros), bajo un sol abrasador, antes de poder montar de nuevo al llegar a la llanura. Una vez llegamos al río, que aquí todavía se encuentra lejísimos de su desembocadura y es tres veces más ancho que el Sena a su paso por París, hay que pasar a la otra orilla. Dos troncos de árbol cruzados y atados con cuerdas sirven para transportar personas y bultos. En cuanto a los caballos, los enganchan a ese antepasado remoto de nuestros grandes paquebotes y nadan como pueden. La corriente es muy rápida y resulta difícil maniobrar. Cuando pasaban a mis dos monturas (las de alquiler daban marcha atrás), el caballo que tenía a prueba rompió la brida y se fue a la deriva, pero luchó enérgicamente y consiguió llegar a tierra. Después pasé yo. Al otro lado, el lama había hecho enviar animales para que nos llevaran a su residencia, no lejos de allí. No lo vi porque estaba en un período de retiro, pero conocí a su mujer, una mujer muy guapa y agradable. La morada del «encarnado de los nueve valles» parece la de un príncipe chino. Jardines inmensos, cuerpos de edificios diseminados aquí y allá..., lo que no le impide vivir en una casa diminuta y acostarse en el mismo cuarto donde cocinan sus comidas en una sartén americana. Las religiosas me habían invitado a ir a ver su ermita, en Nam-Dzong (la fortaleza del cielo). Fui con monturas prestadas por el lama. Un día de marcha, carretera con pendientes excesivamente pronunciadas, aunque no malas. La «fortaleza del cielo» hace honor a su nombre. Es un lugar muy pintoresco, rodeado de montes picudos de color rojo oscuro. Numerosos pinos embellecen el paisaje. Hay una *gompa* muy hermosa, construida por el difunto lama al que «el de los nueve valles» se supone que reencarna, y en su interior unas pinturas sumamente interesantes. Es un monasterio de la secta roja y no hay religiosos, sino *nags-pa* de largos cabellos. La mayoría de ellos están casados y llevan una vida de familia; tan sólo unos pocos se aíslan en lugares de retiro. Este templo po-

see una biblioteca magnífica, pero los hermosos volúmenes con lujosas cubiertas de brocado no tienen lectores. Justo al lado del templo, el lama ha hecho construir una especie de palacio chino que, pese a no estar acabado, ya está en ruinas en muchos puntos. Ahí es donde me alojé. También hay un monasterio de la secta amarilla y, por último, bastante lejos de allí, en lo alto de otra montaña, la sencillísima morada de unas cuarenta monjas jóvenes y viejas. Estas mujeres se mostraron encantadoras y desean vivamente que me instale con ellas unos meses. Sería agradable si no fuese por la dificultad de abastecerse. Un día, casi todas las religiosas y yo subimos a uno de los picos donde hay dos pequeños templos. Un ascenso peligroso por peñascos perpendiculares minúsculos. Las buenas montañes me empujaron, tiraron de mí, casi me llevaron, de modo que, pese a que aún me dolía el pie,⁴ realicé la excursión sin demasiada dificultad. Estas mujeres son tremendamente alegres y risueñas. Algunas han recorrido a pie todo el Tíbet. Aphur, el único chico del grupo, entretuvo a todo el mundo cantando y contando chistes.

En Nam-Dzong también conocí a una *naldjorma*, o sea, una mujer que sigue el sistema místico que los hindúes llaman yoga. El lama con el que vine desde Pekín la tiene en alta estima y le ha confiado la educación de su hija pequeña, que está destinada a ser religiosa. Esta mujer es muy inteligente y está bastante versada en literatura tibetana. Su maestro, del que se convirtió en esposa, según una costumbre bastante arraigada entre los de su secta, es en la actualidad un anciano de 75 años; ella tiene 50. Me ha prestado varios manuscritos de los que voy a encargar que me hagan una copia. La he invitado a que venga a pasar una temporada conmigo en Kum-Bum, pero su anciano marido necesita sus cuidados. Son muy pobres, mucho. Supongo que el lama, el padre de la chiquilla, les envía provisiones ahora que ésta vive con ellos, pero la buena mujer sólo tiene la falda y la blusa que lleva puestas. Parece muy desinteresada; le hice un modesto presente en dinero e inmediatamente me trajo una enorme pella de manteca fresca que valía aproximadamente lo que había recibido. Desde Nam-Dzong, habría podido regresar a Kum-Bum por la carretera del sur en cuatro días, pero no tenía animales para transportar el equipaje. Me prestaron unos para bajar hasta la casa del lama, a orillas del río, pero nadie quiso alquilarme ninguno para más de un día. [...] Cansados, nos habíamos metido en la cama tras una comida frugal y empezábamos a adormecernos, cuando oí llamar a mi puerta y reconocí la voz del hijo del lama, que me llamaba. «Estoy acostada, pequeño, ¿qué quieres?», le contestó al chiquillo. «¡Ah!», dice él, y se va a llamar a la habitación

⁴ Se había torcido el tobillo en una excursión anterior.

contigua, donde están acostados mis sirvientes. Oigo murmullos; luego, Aphur se acerca a mi puerta y me dice en inglés: «El lama la espera.» «Pero si estoy en la cama», replico. Estoy molesta por esta forma de venir a importunarme y de bastante mal humor. Pero Aphur insiste: «La espera con su mujer; creo que debería vestirse e ir.» Refunfuñando, sigo su consejo (son las nueve de la noche). Cruzamos los patios, los jardines, y en la casa privada de nuestro anfitrión encontramos una magnífica cena china preparada. Hay que comer, hablar, tengo sueño... ¡menuda fiesta! Al día siguiente, afortunadamente, la cena se sirve a una hora menos tardía. Estoy descansada, me he pasado la mañana con la mujer del lama, que decididamente es encantadora, y con sus hijos, muy amables también. Me pregunto cómo, estando casado con una persona tan deliciosa, al menos quince años más joven que él, ese hombretón feo puede ser tan imbécil para andar detrás de muchachas chinas de baja estofa como yo lo he visto hacer, sin ningún rubor, por el camino. ¡En fin, no es el único de su especie! El lama tenía que ir a Xining unos días más tarde y necesitaba sus caballos para su séquito y su equipaje. Me preguntaba cómo conseguiríamos volver a casa. Finalmente, recurriendo a su autoridad, el lama obligó a unos lugareños musulmanes a alquilarnos unas mulas, aunque sólo para una jornada de marcha; después teníamos que buscar otras para proseguir el viaje. Partimos y, al llegar la noche, pedimos información sobre animales para alquilar. Dos chinos nos ofrecen unas monturas, pero a un precio tan exorbitante que incluso los musulmanes se indignan y nos proponen llevarnos hasta Xining por la mitad, una suma todavía elevada. No tenemos más remedio que aceptar, tanto más cuanto que a esos hombres ya los conocemos y podemos fiarnos de ellos. Al día siguiente continuamos el viaje. Ya había nevado un poco en Nam-Dzong, y esa noche vuelve a nevar; por la mañana, al fundir el sol la nieve, ésta produce un fango horrible en el que hay que chapotear horas para cruzar un puerto situado a bastante altura. En el descenso, es imposible continuar a caballo ni seguir el sendero, donde te hundes hasta más arriba de los tobillos. Aphur y yo nos decidimos a cogernos de la mano y, sujetando con la otra el bastón, bajar por la nieve las pendientes pronunciadas sin pisar el sendero. Como si estuviéramos practicando un deporte de invierno, nos deslizamos a buena velocidad y llegamos al valle sin sufrir ningún accidente. Al día siguiente, nada más llegar al albergue entran unos soldados: refuerzos de Lhabrang, donde siguen combatiendo. Hay algunos oficiales, vestidos de civil como es costumbre en toda China. No les hace mucha gracia verme instalada en una amplia habitación donde podrían dormir cómodamente cuatro de ellos y que, naturalmente, yo pretendía ocupar sola, pero se limitan a mirar y no dicen nada. Mis mu-

sulmanes les dicen que soy una *fioé*, que significa literalmente, en chino, un «buda vivo»; es el título de los lamas encarnados, traducción errónea de la palabra tibetana *tulku*. En fin, «buda vivo» o no, la cuestión es que no me molestan. Se amontonan en un cuartito, una parte de sus hombres comparten la habitación de mis sirvientes y el resto se va en busca de otro albergue. Todo sale bien y, una vez más, constato que, pese a su mala reputación, los soldados chinos no siempre son unos patanes desagradables. No obstante, vienen de matar y saquear con ardor en Shaanxi, la provincia vecina. En resumen, en cuatro días llegamos a Xining. Allí, los misioneros ingleses me retuvieron todo lo que les fue posible. Recibí clases de revelado y positivado de películas, pues de ahora en adelante, a falta de fotógrafo, tendré que realizar esta tarea yo misma. También charlé con el sacerdote belga, que es instruido y sabe un poco de sánscrito y de tibetano. Cené casi todas las noches en casa de Mrs. Learner, la única mujer europea de la región. En cuanto al lama, que ya había llegado, ofreció una gran cena china en mi honor. Los invitados eran los misioneros ingleses, Mrs. Learner y un príncipe mongol que conocí en Pekín. [...]

Kum-Bum, 4 de mayo de 1919

He recibido tu carta escrita el día 22 de enero y siguientes en Marruecos. Es interesantísima; te agradezco mucho que hayas tenido la buena idea de darme todos esos detalles y espero recibir más, dentro de poco, relativos a la continuación de tu estancia. Estoy realmente encantada de que hayas hecho ese viaje. Los viajes no sólo activan la sangre, como un deporte higiénico, sino que también activan la mente y le dan vigor. Viajar, al igual que estudiar, es alargar la juventud. Creo que no existe fuente de juventud más eficaz que estas dos cosas combinadas: viaje y actividad intelectual. [...]

Gracias por las postales. Tanto éstas como tu carta han llegado en un estado lamentable... Fez tiene un aspecto impresionante entre las montañas que la rodean. Por desgracia, en el mundo hay pocos lugares que escapen a la banalidad. Queda el Tibet, la última tierra todavía casi virgen..., después ya no quedará nada, ningún rincón donde retirarse para quien no tiene alma de tendero. Realmente es una suerte haber nacido ahora en vez de cien o incluso cincuenta años más tarde, porque la mano de los «civilizados» está afeando terriblemente el mundo. El hecho de que los marroquíes no miren a los franceses con simpatía es comprensible. ¿Cómo miraron nuestros compatriotas del norte a los boches?... Nosotros somos los boches de los marroquíes. No asolamos su país porque iría en contra de nuestros intereses, que son proteger una fuente de beneficios, ésta es la única diferencia.

Cuando no sé qué general francés hizo que asfixiaran, dentro de una gruta sin salida, a unos centenares de refugiados árabes, mujeres y niños incluidos, y sus hombres, apostados en la entrada, disparaban contra los que intentaban escapar a través del humo, estaba preparando las hazañas de los hunos de ayer. Y cuando los ingleses encerraban a sus prisioneros bóers entre alambradas electrificadas, les estaban enseñando a los alemanes lo que éstos les aplicarían, más tarde, a los infortunados belgas y a los prisioneros ingleses. Todos somos iguales, unos bestias, y ni el presidente Wilson ni la Liga de las Naciones nos cambiarán. Los apóstoles y los doctores de todas las religiones pueden predicar, moralizar, desvivirse: sus esfuerzos son y seguirán siendo vanos. Es natural que el hombre que cree en el «yo» ame a su «yo», eso es legítimo e imposible de erradicar. Su «yo» es su verdadero bien; si lo pierde, jamás lo recuperará, nada se lo devolverá. Quiere vivir, ser. El que cree en el «yo» sólo puede tener una divisa feroz: «;Que perezca el universo si eso salva mi "yo", mi vida!» Y esta divisa, consciente o inconscientemente, está en el corazón de todos, individuos o naciones. Los mártires creían que, sacrificando su vida aquí abajo, adquirían una mejor en el otro mundo. Otros sueñan con la gloria... Hay a quien el instinto empuja a sacrificarse por sus hijos, y ésos siguen el impulso oscuro del animal que defiende a sus crias porque la naturaleza impone la perpetuación de la raza: son unos inconscientes o unos imbéciles. Hay quien sacrifica su vida, excitada la mente por el ruido de la batalla, por unas ideas de honor, de patria..., son borrachos mentales. Hay quien tiene el corazón tierno y es propenso a dar, y ofrece su vida a modo de limosna; ésos son santos. Hay quien, tras haber pesado el conjunto de las joyas humanas y haberlo encontrado ligero, desdenando la vida como se desdena un andrajo, deja que quien quiera tome la suya, como si fuera algo carente de valor; ésos son filósofos. Y, más allá de todos ésos, está el que ha penetrado la ilusión del «yo», el que ha dejado de tomarse a la tremenda el espejismo del nacimiento y la muerte, aquel cuyo espíritu, liberado de fantasmas imaginarios, descansa en el gran vacío donde evolucionan, como las apariciones suscitadas por un prestidigitador, los innumerables mundos. Ése es el único que, lógicamente, puede ser sin egoísmo.

Todo esto ha surgido hablando de Fez, por la que he empezado a sentir una gran simpatía, y por ese pobre Marruecos cuyas montañas van a perforar, cuyo suelo van a excavar y cuyas costas van a mutilar para dotarlas de nuevas Casablancas modernas. Tal vez si supiera árabe disfrutaría en ese país que intuyo grave y bravío, y quizás desprovisto del espíritu populachero que parece ser el fruto más hermoso de la civilización.

[...] Así que has vuelto a ver a Lafitt. ¡Qué ridículo y neciamente agresivo es su «órgano de defensa de los colonos e industriales»! Pero ¿se puede saber quién ataca a esos ladrones de un país que no quería nada de ellos? Mala raza, en general, la de esos mercachifles, sean de la nacionalidad que sean.

¡Eres un afortunado sibarita! ¡Te paseas en automóvil, con neumáticos que se vuelven a inflar cuando se pinchan, y todavía te quejas! ¡No sé qué dirías después de viajar varios meses en una carreta china sin suspensión! ¡Y hacéis que un hombre se desnude para saber qué profundidad tiene el agua del río, y pasáis después, sin correr peligro, sentados como dioses del Olimpo! Nosotros no tenemos a nadie a quien podamos enviar para comprobar la altura del agua. Nos encendamos al instinto de los caballos y a nuestra buena estrella, y casi siempre paso yo la primera porque mi montura no transporta bultos. Si me moja, me cambio de ropa. Si las mantas o la harina se sumergieran en el río, sería más grave. Cuando hay demasiada agua, retirás los estribos y te tumbas sobre el caballo, manteniéndole la cabeza alta con ayuda de la brida. El animal se moja hasta medio vientre y pasas. Si parece que el nivel del agua sube, das media vuelta; por lo general, el caballo lo presente y se detiene él solo. [...]

Kum-Bum, 2 de junio de 1919

[...] Estoy casi a punto para ir al lago. Hemos encontrado una vieja tienda mongola de ocasión, bastante espaciosa, que servirá de cocina y de refugio para mis sirvientes. Aphur y mi lechero la han remendado y nos hará un buen servicio. Ahora estamos preparando la provisión de harina de trigo y de cebada tostada. Unas mujeres chinas limpian el grano en nuestra casa y nosotros lo llevaremos al molino. Alrededor de trescientas libras chinas en total. Debes de pensar que es mucho más cómodo poder proveerse en una tienda. Sí, desde luego, pero mucho menos pintoresco. Este año es un época de peregrinaje en torno al lago (tiene lugar cada doce años). Sin duda alguna, eso me brindará la ocasión de ver a bastantes tipos interesantes entre las caravanas procedentes de distintas regiones. Como te he dicho, tengo pensado hacer un alto en la vivienda de un lama importante que me ha invitado. Está situada en la orilla norte del lago; en opinión del jesuita que vino a verme, es una de las zonas más bellas del lago. Desde Kum-Bum hasta allí se calculan seis días de marcha, pero, como seguramente me detendré por el camino, no creo que tarde menos de ocho días. Dependiendo de las circunstancias, pasará allí la mayor parte del verano o me estableceré en los contornos. Regresaré a principios de otoño por la orilla sur. Ése es, al menos, el programa previsto, pero ¿quién sabe qué modificaciones puede sufrir?... En mi última carta te puse al

corriente con todo detalle de la situación política del país. Es muy confusa y está llena de amenazas. Se dice que el dalai-lama ha dirigido una carta colectiva a todos los monasterios del Kuku Nor, Amdo..., diciéndoles que ha llegado el momento de la independencia del Tíbet, etcétera. Las tropas de Gansu han tomado posiciones en el sur frente a las tribus tibetanas; las de Sichuan lo han hecho en la frontera oeste, donde han sido derrotadas por los indígenas, con la ayuda de los soldados de Lhassa, y esperan refuerzos para tomarse la revancha. En el norte amenazan los mongoles, y los mahometanos del Turkestán chino producen inquietud. [...] Si de pronto dejara de escribirte, no interpretes que se debe a algún acontecimiento trágico, sino simplemente que me he visto obligada súbitamente a refugiarme en un lugar donde no hay comunicaciones postales, y aunque transcurriera mucho tiempo, no debes preocuparte. La falta de noticias significaría buenas noticias, pues, si muriera, Aphur u otro podría llegar a Lhassa o a otro lugar desde donde le sería fácil escribirte. Tal como ya te he dicho, tampoco debes intentar que se realice una investigación para localizarme. Eso podría ser más perjudicial que cualquier otra cosa para mi seguridad entre los semicivilizados que me rodean. Aquí, a ninguno de los indígenas se le ocurre considerarme una extranjera como los misioneros de ojos azules y pelo rubio que han visto. Al ser bajita y morena, respondo a otro tipo, y ellos se dan cuenta sin necesidad de ver ningún documento.

[...] Finalmente, el lama con el que hice el viaje de Pekín a Lanzhou se va a Lhassa como enviado oficioso del gobierno chino, deseoso de firmar un pacto con el dalai-lama. Lo acompañan muchas personas. Como su misión no es oficial, sino sólo oficiosa, llevan un montón de mercancías para comerciar en Lhassa, pero ¿llegarán hasta allí? ¿Llegará al menos su líder? El primer ministro tibetano es un antichino convencido y el hombre de los ingleses. Los chinos lo saben y quisieron ejecutarlo, pero escapó a tiempo. Gurug Tsang (el lama enviado) podría muy bien recibir casualmente una bala por el camino o incluso ser abiertamente castigado en Lhassa por apoyar a los chinos. A no ser que, simplemente, muera de apoplejía, que es a lo que parece destinado. A veces, viniendo de Pekín, no parecía estar en muy buenas condiciones: se desplomaba, congestionado y con los ojos inyectados en sangre, y dormía durante horas medio ahogándose. [...]

*Monasterio lamaista de Kum-Bum
provincia de Gansu, China, 6 de junio de 1919*

La situación política de China en su frontera oeste y noroeste es, en estos momentos, muy confusa e incluso inquietante; ya te lo he explicado con detalle en mis cartas anteriores. Los propios no comba-

tientes corren peligro cuando se encuentran entre sujetos beligerantes; además, siguen existiendo las dificultades inherentes a los viajes precipitados a través de las regiones desérticas para quien intentara alejarse de la zona de los combates. Así pues, debido a la imposibilidad material en que me encuentro de hacer un testamento en regla ante notario, deseo confirmarte de nuevo las disposiciones que te he expuesto en distintas ocasiones, a fin de que, si muriera en Asia central, no tengas ninguna dificultad para entrar en posesión de lo que dejo...

[...] Dichas disposiciones están lo suficientemente detalladas para que cualquiera pueda comprenderlas; creo que no puede surgir ninguna duda respecto a su interpretación.

Guarda esta carta, queridísimo amigo, a fin de que, en caso de que se produjese un accidente imprevisto que ocasionara mi muerte en la región poco civilizada donde resido, no pudiese haber ninguna impugnación. Por lo demás, sólo me quedan parientes muy lejanos. Así pues, es indudable que mi marido es la persona más próxima a mí y a la que deseo hacer mi heredero.

Dankar, 4 de julio de 1919

[...] El día ha sido muy caluroso y al anochecer ha estallado una tormenta, cosa frecuente en esta estación. Ha granizado un poco y ahora caen gruesas gotas de lluvia. Dankar parece una aglomeración urbana bastante grande. Estoy en un albergue adosado a las fortificaciones. No tengo ninguna ganas de pasear por las callejas malolientes de la ciudad. Sé de sobra cómo son las ciudades chinas. Mañana nos adentraremos en la estepa y sólo veremos grupos de nómadas que viven en tiendas. Los chinos habrán desaparecido. No habrá más que personas de origen tibetano o mongol.

Estoy bien y espero disfrutar mucho de mi estancia en el desierto, un desierto herboso que no se parece al Sahara. El sacerdote belga me dijo que las orillas del lago le habían recordado el mar en Ostende. No sé si a mí me causarán la misma impresión; no lo creo. El cielo y la luz intensa de aquí no tienen nada que ver con el gris mar del Norte.

Kuku Nor, 20 de julio de 1919

Estoy frente al lago, donde acampé hace varios días, y voy a aprovechar que uno de los soldados de mi escolta regresa a Xining para encargarle que eche esta carta al correo. El viaje hasta aquí duró más días de los que había previsto. Un malentendido, debido a la diferencia de dialecto, me desvió del camino directo. Cuando el embrollo se aclaró, nos habíamos adentrado mucho en la montaña y mis hombres no tenían ni idea del camino que había que seguir para regresar a la

carretera. Allí había un campamento de nómadas y la gente nos daba informaciones contradictorias. Malhumorada por haber ido a parar a aquel lugar pantanoso tras una larga jornada de marcha, con una auténtica tormenta de lluvia y granizo que me hizo pillar un buen resfriado, impuse silencio, ordené que me siguieran y empecé a avanzar siguiendo mi instinto. Después de deambular un día por las estepas, encontré la pista. La seguimos durante dos días. El tercero, mis hombres, con esa insistencia solapada de los subordinados, se empeñaron en seguir una pista bien marcada, pese a que yo les dije que debíamos cruzar el río y caminar en línea recta. Afirmaban que la pista cruzaría el río más arriba y tuve la debilidad de hacerles caso, pensando que quizás, efectivamente, encontrariamos el vado más arriba. Aquello nos llevó a un amplio valle, donde decidí que nos detuviéramos. La noche que pasamos allí había luna llena y estuvo llena de aventuras. El caballo gris, asustado, tal vez intencionadamente, por unos ladrones, rompió la cuerda y escapó, arrastrando en su huida a mis dos mulas, uno de los caballos de los soldados y una mula de carga. El ruido del galope me sacó de la cama; pensé que unos merodeadores se habían llevado los animales. El vigilante dijo que no había visto a nadie y que los caballos se habían asustado solos, pero yo no lo veía claro y sigo sin verlo, pues esa misma noche robaron tres caballos a unos kilómetros de allí. Todo el mundo se puso en pie y partió hacia la montaña. Estaba helando. Como no regresaba nadie, me metí de nuevo bajo las mantas, sola en el campamento abandonado, con el oído alerta y el revólver a mano, pensando que los ladrones podrían volver para intentar llevarse los últimos animales de carga. De vez en cuando salía para hacer una ronda. Muy pintoresco, te lo aseguro, pero los síntomas del resfriado se agudizaban, tenía fiebre y castañeteaba de dientes en aquella noche clara y glacial. Eso me impedía un poco disfrutar de la situación. Hacia las cuatro, al amanecer, regresaron algunos hombres, pero los animales seguían sin aparecer. De repente los vimos a todos juntos en la cima de una montaña cercana. La persecución comenzó de nuevo. Los endiablados animales escapaban cada vez que creímos haberles dado alcance. Nos tuvieron así casi hasta las diez. Impuse una multa de un tael a cada uno de los hombres culpables de no haber atado firmemente a los animales; en cuanto a éstos últimos, una vez bien sujetos, fueron severamente azotados. Y ahora abro un paréntesis para contarte un hecho curioso. Mi mula se ha enamorado perdidamente del caballo gris. Lo sigue como si fuera su sombra, se niega a avanzar cuando él se queda atrás, etcétera. Y, cuando ataron y azotaron a su amigo, la mula lloró. Sí, derramó gruesos lagrimones, cosa que, por lo demás, no impidió que también fuese azotada. Yo quiero mucho a mis animales, pero no puedo permitir que

escapen en una región tan poco segura como ésta. El Kuku Nor, todo estepa y montañas, sin una sola ciudad o un solo pueblo, es la provincia más grande del Tíbet; puedes pasarte meses recorriendo la sin ver sus límites. Tan sólo dispongo de un mapa muy rudimentario y de una brújula de bolsillo no muy buena. Como encuentras campamentos muy de cuando en cuando, no todos los días tienes oportunidad de preguntar cuál es el camino correcto. Afortunadamente, tengo un instinto natural para orientarme que raras veces me engaña.

El lama al que esperábamos encontrar en su casa de orillas del lago me esperó hasta el 5º mes tibetano (junio); luego, creyendo que ya no iría, se marchó como todos los años a la montaña. Acampé muy cerca de su casa y envié a Aphur y a un soldado a verlo. Me animó a que subiera a la montaña y me quedase con él hasta fines de agosto. Las orillas del lago están completamente desiertas; todos los rebaños han subido a las montañas. Al parecer, nuestros caballos no están seguros, pues los únicos individuos que frecuentan las orillas son ladrones, atentos a la aparición de algún viajero. Y hay otra cuestión. No se encuentra nada de comer, ya que no hay nadie a menos de dos días de marcha del lago. Además, empieza a haber infinidad de mosquitos. Me he decidido, a mi pesar, a ir al campamento del lama para pasar más o menos un mes. Él está con sus rebaños: 300 caballos, un millar de corderos y centenares de cabezas de ganado. Recuerda a los patriarcas bíblicos: Abraham, Jacob... En la montaña hiela todas las noches, incluso en agosto, y no me gusta, como tampoco me gusta alejarme del lago, que es maravilloso. Un mar en miniatura, azul turquesa tirando a verdoso, donde los días de viento se forman cabriollas que cantan en sordina una canción, como una fábula eco de la potente voz del océano. [...] Dejaré la mitad de mis provisiones en la casa del lama y, mañana, él me enviará unos yacs para transportar la otra parte a la montaña. Tengo pensado instalarme bastante apartada y dejar a mis sirvientes más cerca de las tiendas de los guardianes de rebaños. Lo más agradable de vivir en una tienda es el aislamiento total.

Una de las impresiones más peculiares en este país es la de la alerta perpetua en que se vive. Caminando, se mira a izquierda y derecha para ver si se vislumbra algo; en cuanto se perfila una forma en el horizonte, se sacan los gemelos: ¿son humanos o cebras? Si el examen revela la presencia de seres de la misma especie que uno, lo primero que se hace es cargar las armas. El grupo que se siente en peor posición, o se cree más débil, huye a toda velocidad; el otro sale en su persecución o lo deja huir, depende de las circunstancias. Si el encuentro, debido a los accidentes del terreno, es bastante súbito, los más fuertes

o los más valientes cargan y los otros se detienen para dar una explicación, conscientes de que si huyeran les dispararían. Estábamos en la estepa desde hacía tres días y me sentía un poco somnolienta, cuando vi que los soldados preparaban sus fusiles. Yo no había visto a nadie, pero me señalaron a un grupo en el horizonte. «Seis fusiles», me dice el hombre de Lhassa. Yo miro y reduzco el grupo a tres hombres. Nada indica que sean ladrones. Sin embargo, rodean un montículo un poco apartado de la pista. Mis dos discípulos del Profeta lanzan a sus caballos al galope, yo saco el revólver de la bolsa y sigo con los bultos. Los desconocidos se han detenido, el Lhassa-pa quiere ir a informarse, y mi mula, al ver que su bienamado caballo gris se aleja, intenta partir a todo trapo por un terreno que no se parece en nada a una pista de Longehamp. Se encabrita porque yo trato de impedírselo. Los conductores de equipaje se abalanzan sobre ella. Cuatro hombres no consiguen dominarla; yo quisiera desmontar, pero por el camino hacia frío y me he envuelto en la hopalanda de piel sujetándola con un montón de imperdibles. No puedo moverme. En éstas, el caballo gris regresa y su amiga mula se vuelve más mansa que un cordeiro. Los tres viajeros sospechosos se alejan. Unos días después, uno de los soldados y Aphur, que cabalgaban en cabeza bastante adelantados, persiguieron a dos hombres a los que no pudieron dar alcance, y anteayer, al regresar de casa del lama, Aphur, un soldado y tres lamas que el lama jefe me enviaba con regalos en especies se encontraron con seis hombres que huyeron al verlos. Como ves, es una región abierta a las aventuras. Un bonito país, pese a todo, o debido a todo eso. No posee la grandeza del que se extiende inmediatamente detrás del Himalaya, las montañas son de un tamaño más reducido y las llanuras, onduladas y cubiertas de hierba, no presentan el aspecto hosco de las de tierra árida del Tíbet meridional. El lago está a 3.210 metros y las montañas más altas de la región no deben de alcanzar los 4.000 metros. La llanura que se extiende en torno a Kampa-Dzong, tan familiar para mí, se encuentra situada a más de 5.000 metros y está rodeada por los picos más altos del mundo. Su aspecto es muy distinto. Pero no tiene importancia; aquí también hay vistas hermosas. El otro día, hacia el crepúsculo, llegan tres hombres y se ponen a plantar la tienda junto a las nuestras. Es imposible describir aquello y creo que la escena desafiaría cualquier pincel. Los hombres son nigromantes de la antigua religión del país llamada bon (bon significa «religión»). Visten unas hopalandas que debieron de ser azules o malva, pero que el sol y la lluvia han descolorido hasta volverlas de un gris indefinible, entre rosáceo y azulado, delicioso. En la ropa que llevan debajo se aprecian unas bandas de tela raída, en otros tiempos de color naranja, ribeteando los adornos de piel de cordero. De acuerdo con la cos-

tumbre del país, sólo llevan metido en la manga el brazo izquierdo; la manga derecha queda colgando y deja libre el brazo correspondiente dentro de una chaqueta de un rojo destenido. La vida al aire libre y la falta de aseo les hace parecer hindúes. Poseen la belleza de los héroes de los cuentos exóticos representados en las ilustraciones, y tras ellos el lago de color perla y ópalo constituye un fondo incomparable para los colores de sus vestiduras. Como te he dicho, no se puede describir; es una fiesta sensual para la vista, un placer, ver moverse esos colores a la vez tenues y cálidos... ¡Inolvidable! El invierno pasado vi otro cuadro desde mi balcón, en Kum-Bum. Bajo un cielo bajo y gris, cargado de nieve, un rebaño de yacs avanza con lentitud por la montaña completamente blanca, y los grandes cuerpos oscuros de los animales contrastan con la nieve, cuya blancura acentúa el gris pesado y plomizo del cielo. Una sinfonía en blanco y negro que recuerda un aguafuerte. Pero ¿qué maestro podría reproducir los matizes de ese cuadro? Este tipo de cosas atrae, hechiza y atrapa. No hay nada comparable a la luz del Tíbet y a la magia de que dota a las cosas.

27 de julio. He encontrado al lama rodeado de sus rebaños, en medio de hectáreas de monótonas tierras pantanosas. No hace falta que te diga que el lugar no me gusta en absoluto. Aquí, la fiebre y el reuma deben de ser el pan nuestro de cada día. Además, no hay ninguna vista y se está demasiado metido entre el ganado y los numerosos perros guardianes, cuyos ladridos no me dejan dormir. El lama me ha dispensado una amable acogida. Ha leído bastante, pero de momento es «ganadero» y, por lo que parece, la venta de caballos, ganado, lana, etcétera es más importante para él que cualquier cuestión de orden literario. Me ha contrariado mucho descubrir lo poco que respondía el lugar, tanto en salubridad como en interés, a mis deseos. Celebramos una reunión todos, los soldados, los sirvientes y yo. Actualmente no se puede rodear el lago debido a la profundidad de las orillas. Todos mis planes anteriores de pasar una temporada en la casa de orillas del lago se han venido abajo. Así pues, hemos decidido ir en busca de un sitio seco y que esté lo suficientemente cerca de un campamento para poder aprovisionarnos allí. Ayer salí a caballo con el hombre de Lhassa para explorar el terreno y encontramos un sitio que podría adaptarse a nuestras necesidades. [...]

29 de julio. El lama se marchó hace unos días; está haciendo una visita de inspección entre los nómadas. No podía irme sin despedirme de él. Su intendente parecía desolado al ver que emigraba y ha intentado por todos los medios retenerme. También he pensado que aquí ya

había entregado los regalos y que en casa del otro lama tendría que hacer lo propio, así que he renunciado a alejarme. Me limitaré a trasladar mis tiendas a cierta distancia, a un lugar seco. Me enviarán dos vacas para que tenga leche y, de todas formas, las personas con las que estoy se esfuerzan en ser agradables conmigo. Los soldados partirán mañana por la mañana. [...]

Kuku Nor, hacia principios de septiembre de 1919

[...] Mi viaje al Kuku Nor merece más el título de «prueba de resistencia» que el de «viaje de placer». El tiempo no me ha sido favorable; hace tan sólo unos ocho días que se puede disfrutar estando al aire libre, si bien las jornadas todavía se ven interrumpidas con frecuencia por violentas tormentas. Nuestro inefable lama, a quien he apodado *jelly fish*, un sobrenombre muy significativo en inglés, trasladó su campamento más al norte, a un lugar que, según él, debería ser más seco y estar más a resguardo. Nosotros también nos mudamos, pero para encontrar el mismo horizonte de tierras pantanosas extendiéndose hasta el infinito. [...] Dije que la región carecía de encantos para mí y que deseaba irme. El lama pareció sorprenderse un poco. Sin duda cree que no tengo buen gusto. En fin, descendimos de nuevo y nos alejamos de las marismas. Tras haber pasado unos días agradables en un bonito valle, descendimos más aún, hasta orillas de un río, y llegamos al campamento del lama, en un lugar desde donde había una vista maravillosa del lago. Hace unos días se marchó para instalarse casi en la orilla misma del lago, en una amplia llanura, y lo seguimos porque allí estamos muy cerca del sitio donde nuestra escolta de soldados tiene que reunirse con nosotros dentro de tres días, si es que acuden en la fecha acordada. Según las noticias que me traigan, y que me traerá también mi sirviente, estableceré el itinerario de vuelta.

El general que estaba en visita de inspección por aquí estos últimos días ha sido víctima de un saqueo. Dicen que le han robado 80 mulas. Los soldados que envió en persecución de los merodeadores no regresaron y el general, seguramente por sentirse en una posición de inferioridad, renunció a proseguir su visita de inspección y regresó a toda prisa a Xining. Probablemente enviará tropas para castigar a los indígenas. También ha enviado una expedición contra los golok, unas tribus que viven al sureste del Kuku Nor, desde el río Amarillo y el noroeste de la provincia de Sichuan.

Aparte del lago, que es maravilloso, la región no presenta ningún interés especial para quien ha visto las estepas que lindan con el Himalaya al norte. Son pastos que se extienden hasta el infinito, hierba, nada más que hierba sobre unas montañas redondeadas, como los

«Ballons» en Alsacia. Regresaré gustosa a Kum-Bum y a mis libros. Creo que estos dos o tres meses pasados al aire libre no me han sentado nada mal; me encuentro muy bien y corro como una liebre.

Kum-Bum, 17 de noviembre de 1919

Estos últimos días he estado ocupada en tareas más propias de una granjera que de una orientalista. Aphur ha recorrido los pueblos vecinos a caballo y ha comprado patatas, grano y guisantes. Unos campesinos han venido a ofrecer sus mercancías. Y en medio de todo esto, yo me sentía un tanto violenta, ya que me he quedado sin dinero, aunque tengo algo en Pekín. Gracias a tu último envío, puedo ir tirando, pero ese dinero no está aquí y se ha vuelto imposible negociar cheques en Xining. La crisis monetaria está adquiriendo en China unas proporciones descomunales. [...]

Me ha causado un gran placer regresar a Kum-Bum tras mi estancia en Xining; el sitio me gusta cada vez más, no me canso de él. El paisaje no se puede comparar con el que veía desde el balcón de mi lugar de retiro himalayo, desde luego, pero hay muchas otras cosas que compensan. Para quien ama los libros, Kum-Bum es un paraíso. Y desde otra perspectiva, el monasterio, que ocupa el fondo de un valle y las dos montañas que lo flanquean, con sus bellos tejados dorados y coronados por ornamentos y banderas, es un placer para la vista. El otro día, el pequeño y yo estuvimos deambulando por el sendero accidentado que rodea esta ciudad lamaica. En uno de los templos estaban oficiando (es decir, recitando) con acompañamiento de timbales, címbalos y oboes; la música nos llegaba desde lejos, atenuada, extraña, bárbara pero sobrecogedora... Sigo intentando averiguar por qué el Tibet me ha hechizado tanto y por qué siento nostalgia de él en cuanto me alejo. Los lamas, considerados en su conjunto, son equiparables a nuestros monjes de la Edad Media: nada del otro mundo. De la sabiduría contenida en los libros que honran con signos de profunda veneración y que no leen jamás, no saben ni una palabra; sin embargo, sus defectos desaparecen, como aspirados en una atmósfera de encantamiento que borra todos los aspectos chocantes, toda la fealdad, toda la rudeza, que lo nivela todo a la altura de una semisonrisa serena, la de los budas en los frescos, los budas que han comprendido el secreto del espejismo y a los que nada perturba.

No sé si Lhabrang me gustará. Allí reina un ambiente distinto del que hay en Kum-Bum. Es más austero, más intolerante. No se recibe amablemente a los extranjeros como en Kum-Bum y los misioneros no se han atrevido a acercarse a sus contornos. Conozco a varios lamas de allí y no me han faltado invitaciones. Por desgracia, o por

suerte, no sé que pensar de ellas, pues estoy invitada por las dos facciones cuya disputa provocó la revuelta del año pasado, la muerte de más de dos mil tibetanos y la de un millar de soldados musulmanes y chinos. La situación es un poco difícil, pero he pensado detenerme por el camino en casa de una mujer lama, una abadesa muy venerada en el país y una mujer amable, sin pretensiones, que vive a un día de marcha de Lhabrang, y así veré qué ambiente hay antes de aventurarme. [...]

Kum-Bum, 4 de diciembre de 1919

[...] Entre los ingleses de Xining se está representando en estos momentos un vodevil que haría reír a salas enteras si se montara en un escenario. Un tipo de 59 años, según dicen, aunque por su aspecto yo siempre había creído que tenía como mínimo 70, está buscando esposa por orden de sus jefes. Casi sin pelo y sin dientes, más arrugado que una manzana vieja después del invierno, feo... como saben serlo los ingleses cuando se les ocurre ser feos, viudo desde hace tres o cuatro años, padre de un hijo médico y de una hija casada en Canadá... Pues bueno, parece ser que a los directores de la Misión no les parece conveniente que este vejestorio viva solo y duerma solo porque el «Maligno» está al acecho. Uno se pregunta qué chispa podría encender en ese cuerpo decrepito el «Maligno», por muy maligno que sea. ¿Será ese anciano apóstol, pese a las apariencias, un viejo lascivo?... Los miembros de la Misión repiten tanto que «no sospechan nada malo por su parte» que intuyo que creen cosas muy feas. Al parecer, en vida de su difunta esposa y mientras su hija estaba con él, unas chiquillas chinas a las que ésta les había tomado cariño frecuentaban la casa. Tras la muerte de su mujer y la marcha de su hija, el buen hombre siguió mostrando interés por las niñas, la mayor de las cuales tiene en la actualidad doce o trece años. Según los misioneros, eso provocó un gran escándalo entre los chinos convertidos, «cuyo corazón es impuro», y el viejo propagador del Evangelio fue enviado a Shanghai y cominando a casarse de nuevo con urgencia. Se diría que a él no le hace más gracia de la necesaria la propuesta o, más bien, la orden de sus jefes, pues le ha confesado melancólicamente a uno de sus colegas que no le gusta ninguna de las mujeres solteras que hay en Gansu. Lo contrario es, sin duda, todavía más cierto. También ha escrito que en Shanghai «no encuentra a nadie». No sé qué hay en el fondo de este asunto, pero su aspecto no puede ser más cómico. Aphur está escandalizado. Él no concibe la posibilidad de que un anciano se comporte mal con unos niños; esos vicios son desconocidos en el Tíbet, donde las costumbres son relajadas y los divorcios frecuentes, al igual que las uniones sin sanción legal, pero todo ello con un espíritu sano. Dice que no

son los chinos los que tienen el «corazón impuro», sino que quienes inventan y piensan semejantes cosas son los misioneros, y yo me inclino a ser de su opinión en lo que se refiere a los chinos. Creo que ellos, que idolatrían a los niños, no ven nada malo en que ese abuelo «mimese» a las chiquillas; pero quizás los misioneros sepan más que ellos y que yo del asunto. Recuerdo un día en que, con la mayor inocencia y la libertad que puede haber entre personas ya mayores, le conté a ese señor un hecho que había presenciado. Creo que ya te lo comenté. Se trataba de un chiquillo que le hacia de intérprete a su padre, el cual desconocía el dialecto de la región, para llegar a un acuerdo con una prostituta con la que éste quería pasar la noche y que, con la suprema autoridad de sus doce años que no ignoraban nada, le decía simplemente a la chica: «¿Cómo? ¿Cinco dólares? ¡Si papá le da cuatro y una buena cena antes, está más que bien pagado!» Era divertido visto como un rasgo de los usos y costumbres, pero me dio la impresión, quizás errónea, de que mi interlocutor concedía cierto interés al aspecto lúbrico de la historia... Quién sabe... En cualquier caso, el remedio del matrimonio parece extraño. Si ese predicador tiene vicios, no será una matrona de su edad quien lo cure en la cama de su inclinación por las jovencitas.

Tonterías de este tipo distraen unos minutos y hacen olvidar las preocupaciones del momento, pero, si uno no tuviera nada mejor para reconfortarse, la vida sería muy miserable hoy por hoy. Yo me encuentro entre los privilegiados, ya que tengo los dos mejores apoyos posibles: por una parte, la certeza de tu afecto abnegado, puesto a prueba y fiel, que no querrá permitir que sufra demasiados tormentos y me vea reducida a un estado demasiado miserable, y por otra, una filosofía, una visión suficientemente clara de las cosas que permite comprender la insignificancia de todo y de uno mismo y no tomarse nada a la tremenda, una calma interior que, pese a toda la agitación momentánea de la superficie, siempre aflora por sí misma y sin esfuerzo, apacigua toda las olas..., convierte el espíritu en una «balsa de aceite». [...]

Me he hecho una espléndida colección de obras de Nagarjuna,⁴ cuyos originales sánscritos se han perdido. He tenido que interrumpir el trabajo de copista por cuestiones de dinero, pero lo que tengo ya está muy bien. No me atrevo a ponerme a traducir. Hay matices del lenguaje literario que todavía se me escapan; espero poder empezar la traducción el año que viene. Desde el punto de vista de las investigaciones orientalistas, es una publicación interesantísima, pues afecta al

⁴ Gran filósofo mahayánista. Véase *Le Bouddhisme du Bouddha et ses développements Mahayaniques et Tantriques*, de A. David-Néel, editado por Plon.

periodo más brillante de la filosofía hindú. Es una lástima que no tenga 30 años. Me aguarda una ardua tarea. [...]

[...] En el lago no hay barcos. Los nativos de los contornos están tan atrasados que no conciben una cosa así. Además, las frecuentes tormentas que estallan en este pequeño mar exigirían buenos barcos y buenos marineros. Los rusos, que hace unos años llegaron a la gran isla en botes plegables, estuvieron a punto de ahogarse a la vuelta. No tengo ni idea de la profundidad que tiene el lago, pero debe de ser considerable, pues en algunos puntos, cerca de la orilla, alcanza enseñada de 5 a 6 metros; he sumergido cuerdas con peso desde lo alto de las rocas. En los días de viento, el color del agua y el tamaño de las olas parecen indicar que el lago es profundo. Con el paso de los años se va reduciendo. Se aprecian con claridad las marcas de las antiguas orillas. Hubo un tiempo en que el lago debió de ser el doble de grande que en la actualidad. En invierno, cuando está helado, la gente va a las islas. El hielo no forma una superficie lisa, sino en forma de olas. Siempre hay grietas, hendiduras y trozos de hielo flotando. Dicen que bajo los pies se oye como un rugido de tormenta. Había pensado ir a verlo este invierno, pero he abandonado el proyecto por falta de fondos. [...]

8 de enero de 1920

[...] Quizá sigas pensando que, en la actuales circunstancias excepcionales, lo mejor sería que abandonara mis peregrinaciones asiáticas y me reuniese contigo en Argelia. Te responderé francamente —y no te ofendas, por favor— que eso equivaldría para mí a una sentencia de muerte. Ya me sucedió en Japón. Más adelante, cuando haya obtenido del Tibet todo lo que deseo, cuando haya terminado las traducciones en las que estoy trabajando y cuando haya aplacado, en la medida de lo posible, la embriaguez, el encanto mágico de ese país, me será posible encerrarme con mis libros en una habitación en cualquier parte. Hoy por hoy, por más argumentos que esgrima ante mí misma y, lo que es más fuerte que todos los argumentos, por más deseos que tenga de verte, deseos que aumentan de día en día, no puedo alejarme del Tibet. Allí se produce un fenómeno extraño para el que no encuentra explicación. Estoy ligada, clavada, y no hay esfuerzos que valgan; si renuncio a él, renunciaré a mi vida. Puede parecer absurdo, descabellado, pero es así. Yo misma me burlo, me llamo ridícula, pero eso no cambia nada. Sin ir más lejos, anteayer estaba en el patio grande, detrás de mi casita, y había muchos camellos que me miraban; por encima de los muros se veían las montañas y el cielo, azul, maravilloso, la atmósfera clara, sin atisbo de bruma, y me sentía encadenada por la sensación que emana de cuadros similares, al igual que estoy encade-

nada por el sonido de los gongs y de las trompetas tibetanas del monasterio, por mis viejas hopalandas de la época de Gengis Kan. Atavismo lejano o recuerdo de vidas anteriores, como diría un hindú. ¡Misterio!

Pero toda la poesía, o este desatino, no arregla la situación, que como ves es extremadamente crítica. [...]

Desde hace mucho tiempo le estoy dando vueltas a la idea de comprar, en un lugar de la tierra lo suficientemente aislado para que a nadie se le ocurra ir a pelearse, una parcela de tierra lo bastante grande para que me proporcione medios de subsistencia y me permita construir allí una cabaña. Con un techo, harina, leche y huevos se puede vivir aunque uno llegue a quedarse sin un céntimo. Falta encontrar el sitio..., pero pienso en ello. Estaría más tranquila, por ti y por mí, si tuviera un hogar de este tipo en alguna parte que con mis valores en el Banco de Bruselas.

Si pudiera quedarme un año más en Kum-Bum para finalizar ciertos estudios, a continuación podría, según el giro que tomasen las cosas, ver hacerse realidad ese proyecto de un modo que contaría con tu aprobación. Pero eso no me impedirá ir a verte. Mi idea es que ese refugio, muy rudimentario, sería simplemente un cobijo en caso de tormenta. [...]

[...] Recordar todo ello⁴ me hace pensar en mis egoístas padres, en la avaricia de mi pobre madre, que llegó a negarle una funda de almohada o un pañuelo limpio a mi padre, estando moribundo, tras haberle negado, desde hacía ya tiempo, el uso de servilleta, cosa que también se negaría a sí misma en sus últimos años. ¿Dónde están ahora las bonitas servilletas adamascadas que se amontonaban en los armarios? ¿Dónde están las sábanas de tela de Holanda y los platos de porcelana fina que no se utilizaba jamás? ¿Y la cubertería de plata..., y lo demás?... Mi madre se negó el disfrute de todo ello y nosotros no vemos nada; una criada, sin duda tras haber robado gran parte en vida de su señora, que había perdido la cabeza, se llevó lo que quedaba después de su muerte. Yo me di cuenta muy tarde de la dureza de mi madre, de su falta absoluta de bondad, cuando ya era una mujer y había visto mundo. De pequeña, dado que me faltaban elementos de comparación, creía ingenuamente que todos los padres eran iguales, y recuerdo este pensamiento que acudía sin cesar a mi mente cuando era una niña: «¿Por qué tenemos padres? ¿Qué felices seríamos si no los tuviésemos!» El internado era mi verdadero *home*, el lugar donde estaba a gusto. Seguramente todo eso me benefició y me formó un ca-

* A. David-Néel acaba de enterarse de que uno de sus tíos ha muerto, lo que la lleva a recordar su pasado.

rácter muy distinto del que hubiese tenido en otras circunstancias. La soledad del corazón y del espíritu, más aún que la soledad física, curte a los individuos. Sin embargo, ella, la pobre mamá, pagó por no haber previsto los resultados que podía producir su conducta.

[...] Individuos o naciones, todos avanzamos, guiados por nuestra locura, engañados por nuestra ceguera, hacia el precipicio, hacia el dolor... Yo creo que eso jamás ha sido tan cierto como en el caso de la Europa actual.

Es preciso ver toda esa fantasmagoría con calma, y yo creo haber hecho algunos progresos en esa vía. Ahora contemplo la posibilidad de que la última miseria, que siempre me ha acechado solapadamente y a la que siempre he escapado, esta vez triunfe. Se podrían hacer apuestas sobre esto, como en las carreras. El tael está hoy a 20 francos, mañana quizás esté a 30 y pasado mañana... ¿quién sabe?... Dinero que hay que devolver y unos fondos que van disminuyendo de día en día... Miro con curiosidad cómo desaparecen los sapeques y cómo se vacía el armario donde están guardados... El día en que no quede ninguno no está lejos. Y entonces... ¿qué? Sensación extraña. Umbral de un más allá singular que aparece como una cortina de bruma. ¿Qué hay al otro lado? Tan sólo conocemos de la vida lo que hemos vivido. En fin, tengo curiosidad por ver qué va a sucederme. La naturaleza de este futuro dependerá en gran medida, una vez más, de ti, y decides lo que decides o te veas obligado a decidir, mi afecto, créelo, siempre seré vivísimo y muy sincero. Tú me has proporcionado la mayor dicha que jamás he soñado y estos años de viajes han sido para mí años paradisíacos. Sin embargo, todo es efímero e «impermanente», los paraísos y lo demás. El budismo popular habla del paraíso occidental, *soukhavatí* (*noub dewa tchen*, como dicen los tibetanos), donde las deidades están sentadas sobre lotos, junto al «árbol que satisface todos los deseos», en cuyas ramas aparece de inmediato el objeto deseado. Y un buen día los pétalos del loto caen, las ramas del árbol se secan y el pobre dios pierde el color, su semblante se torna lívido. Comprende que ha llegado su fin. «Todo lo que ha empezado debe acabar; todo lo que está asociado debe disociarse; nada dura ni siquiera el espacio de un segundo; nada existe sino un perpetuo devenir, y no hay seres ni cosas que sea posible identificar, asir, retener. El agua del torrente fluye, fluye. Pero ¿dónde está el torrente? No existe, no es más que un nombre vacío; tan sólo hay agua permanentemente cambiante que fluye, circula, hoy en el riachuelo, mañana en el océano, después en la nube, y a continuación lluvia o nieve y de nuevo riachuelo...» *Sabbe sankhara anicca; sabbe sankhara, dhamma anatta*, y como dijo también el Sabio de los sakya, *sabbe sankhara dukkha*: todo es «impermanente», desprovisto de «sí mismo»; todo es dolor. Esta conclusión puede

parecer pesimista, pero, pesimista o no, es la expresión de la verdad. Los seres no sienten dolor, son dolor. Ese egoísmo de mi madre del que acabo de hablarte no era, después de todo, más que ignorancia y dolor. [...]

Kum-Bum, 23 de enero de 1920

[...] Sí, he realizado marchas bastante curiosas y en unas condiciones muy particulares. No conozco, como tú dices, a muchas mujeres, y ni siquiera a hombres, que hayan deambulado así, con dos sirvientes-compañeros, a través de regiones tan poco civilizadas como las que yo recorro. Tengo intención de reunir, más adelante, los recuerdos de estas peregrinaciones y hacer con ellos un libro ilustrado con las numerosas fotografías que tengo. [...] Todo esto es trabajo para los días de la vejez, cuando el reuma ya no me permita otros placeres. [...]

Este año no iré a ninguna parte porque no dispongo de recursos; me quedaré trabajando en Kum-Bum. He comenzado a traducir los pasajes más interesantes de la *Prajna Paramita*, la obra que estoy leyendo supuestamente gracias al favor espiritual y temporal de los lamas del templo donde vivo. No creí que fuese a encontrarla tan interesante. Formará parte del libro que quiero escribir sobre el budismo filosófico y místico según las fuentes tibetanas. Si no me quedase sin dinero, debería permanecer dos años más en Kum-Bum o en el otro gran monasterio de la región, Lhabrang. Pero, al precio al que está el dólar, el asunto de los regalos que hay que distribuir complica mucho las cosas. Aphur me ayuda cuanto puede y traduce conmigo, alentado por unos pescosones de vez en cuando. [...]

Kum-Bum, 7 de febrero de 1920

[...] La situación política en la frontera no parece brillante. Hace unos días, el general, comisario de Defensa, pasó por aquí como un vendaval procedente de los alrededores de Dankar, adonde había ido para inspeccionar los yacs de carga que deben garantizar el servicio de los transportes en la expedición contra los golok, la cual ha adquirido súbitamente una magnitud inesperada. Dichos yacs (hay unos miles) fueron requisados a los nómadas del Kuku Nor el verano pasado, cuando yo estaba allí. Aquí, requisar no tiene exactamente el mismo sentido que en nuestra civilización, donde el propietario de una carreta requisada puede tener esperanzas de recuperar su vehículo. Naturalmente, todo lo que las autoridades chinas se llevan de esta forma debe darse por perdido para siempre por parte de quienes lo poseían. Como no tengo periódicos, no sé qué ha sucedido en las negociaciones chino-tibetanas en las que los ingleses (como buenos apóstoles) participaban. La tregua acordada durante el plazo de un año expiró en

noviembre. Si los chinos y los tibetanos no han llegado a un acuerdo, la guerra se reanudará en Kham, y, como en China la guerra civil se ha apaciguado, si los chinos saben manejar la situación y envían bastantes tropas, los éxitos efímeros de los tibetanos podrían muy bien acabar. [...]

[...] El muchacho y yo leemos mucho; quisiera terminar antes del verano la traducción abreviada de la *Prajna Paramita*. [...]

No podré eternizarme en Kum-Bum; si quiero realizar el gran viaje del que te hablé —y quiero—, debo tener en cuenta mi edad. No es un pensamiento excesivamente alegre, pero tengo una mente demasiado clarividente como para poder ocultarme las cosas. [...] Los años no pueden sino aportar una disminución de las fuerzas físicas. Quizá llegue a los 90 años, como mi padre, o a los 87, como mi madre, o tal vez incluso supere los 100, como dos de mis bisabuelos, y es posible que conserve hasta entonces la suficiente lucidez para escribir libros, pero no podré pasarme siempre ocho horas sobre una silla de montar, llevar la vida ruda de campamento, estar a la intemperie y alimentarme de lo primero que encuentre. Así pues, pese a que me agradaría continuar leyendo aquí o en la región un par de años más, creo que, si las circunstancias se prestan a ello, será sensato que fije para dentro de un año mi gran excursión. ¿Se prestarán las circunstancias?... Ésta es la cuestión. [...]

Kum-Bum, 20 de febrero de 1920

Hoy he recibido con gran placer tu carta de fecha 29 de noviembre. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias tuyas.

Voy a responder a los asuntos que me planteas.

1. — En lo que se refiere a la transferencia de los títulos de mi madre, haz lo que mejor te parezca y teniendo en cuenta lo que vaya a resultarte más cómodo en la época en la que llevarás a cabo la transferencia.

2. — Ya veo que devolverle a sir Holmwood lo que se le debía ha resultado muy oneroso. Es una lástima que hayamos retrasado tanto tiempo el envío de ese dinero, pues eso nos ha obligado a devolver el doble, e incluso más, de lo que yo recibí, para nada permitía prever que nuestra victoria iría seguida de una depreciación de la moneda. Parece un sinsentido. En fin, así son las cosas; ya hemos pagado y vale más no seguir pensando en ello, lamentarse no serviría de nada.

Tal como te informé, sir Woodroffe me escribió. Estima su préstamo en 1.000 rupias y me libera del pago del resto. Como es muy rico y somos colegas en orientalismo e incluso en cierto modo —aunque un poco de lejos— correligionarios, no creo que deba rechazar semejante generosidad, que agradeceré más adelante enviándole algunos objetos

tibetanos. Sir Woodroffe es un sanscritista, si bien su profesión oficial es la de juez; ha publicado varias obras relativas al culto y la filosofía de los *tantrikas* hindúes. [...]

3. — Me doy perfecta cuenta de que debes de encontrarte en una situación difícil, debido a los precios exorbitantes, a las devoluciones que tienes que efectuar y a que yo, muy en contra de mi voluntad, te atosigo a fin de obtener los medios para salir con bien de los apuros que me está haciendo pasar el increíble tipo de cambio existente en China. ¿Cómo te las arreglarás tú? Me lo pregunto y, para ayudarte, he comenzado a vivir con tal sentido del ahorro que mucho me temo que no podré continuar mucho tiempo así.

Este año no le he comprado al muchacho ninguna prenda de abrigo. Ayer estuve remendando unos viejos pantalones con un trozo de tela amarilla sembrada de cruces rojas que había sobrado del caparazón de mi mula. ¡A un payaso de circo no le quedaría mal! En fin, eso es lo de menos. Aquí, lo indispensable es saciar el hambre y tener con qué calentarse, pues el clima es rudo. No me moveré en todo el verano para evitar cualquier gasto que no sea estrictamente imprescindible. Quizás el cambio mejore un poco, aunque no hay que confiar en una gran bajada.

4. — Cuanto más veo cómo parece aumentar la confusión en el mundo en vez de disminuir, más impaciente estoy por finalizar el recorrido que tengo interés en hacer por Asia central, a fin de estar libre para pensar contigo sobre una residencia o cualquier otra decisión que haya que tomar, en caso de que los desórdenes se acentúen. Durante la guerra, estabas a resguardo y tus ingresos te permitían vivir holgadamente, pero ¿quién sabe lo que nos reserva el destino? Si puedo ser útil de algún modo, deseo estar en mejores condiciones de hacerlo que aquí. [...]

5. — Quisiera que, tal como te pedí, hicieses cuentas y me dijeras: a) Lo que podrás asignarme para vivir hasta marzo de 1921. b) Qué suma, independientemente de esa asignación, podrías hacerme llegar en un sólo envío, de forma que esté a mi disposición en Pekín el 1 de diciembre de 1920. [...]

6. — Ya me imaginaba que mis dos artículos le interesarían al *Mercurio*. Gracias por haberte encargado de que hicieran una copia y por haberlos revisado. Puesto que he restablecido el contacto y reanudado mi colaboración, enviaré más. [...]

Los bolcheviques parecen disponer de fuerzas nada despreciables, lo que se contradice con lo que aparece en los periódicos sobre el estado actual de Rusia. Después de todo, los que luchan en las filas bolcheviques deben de tener otra opinión. ¿Por qué iban a obstinarse, siendo tantos, en apoyar un régimen que es un puro horror? Creo que

estamos mal informados. Los revolucionarios rusos han debido de encontrar una fuerte resistencia por parte de las mismas personas que dejaban pasar, sin alzar la voz, los crímenes del régimen zarista. Este tipo de personas existe en todos los países; en el nuestro, glorificaron al Napoleón que provocó los hechos de brumario y a su primo, el Napoleón que, a imagen y semejanza de su famoso antecesor, dio el golpe de Estado de 1852 y nos condujo a la guerra de 1870. Se grita con voz potente: «¡Hay que trabajar!», pero los que se esfuerzan son siempre los mismos. Y éstos ya están hartos, quieren solucionar las cosas de otra forma. Sin duda alguna lo hacen muy mal porque son ignorantes, egoístas y brutos miopes; vistos con el ojo imposible de un filósofo, en casi ningún caso valen más que aquellos a los que les reprochan gozar de privilegios injustos, pero han sufrido, y esta consideración basta para hacer que cualquiera que no tenga un corazón duro e incapaz de sentir compasión incline la balanza en su favor. Quizás haya enterrado toda agitación a este respecto bajo el manto de las *bbikkhunis*, porque «las vias del mundo», como dice la Escritura, para mí ya no representan más que una náusea, pero no he olvidado ni lo que he visto ni lo que he vivido. [...]

Kum-Bum, 15 de marzo de 1920

[...] Estoy totalmente decidida a emprender el viaje. Sea como sea: con un mínimo de comodidades y suficiente alimento, o a pie a la manera de los mendigos, quiero intentar hacerlo. No puedo retrasarlo más de un año. La edad me pisa los talones; el reuma, que cada vez se manifiesta con más rigor, y una previsible disminución de las fuerzas físicas me imponen la prisa. Morir por morir, prefiero que sea en cualquier camino de la estepa, con el hermoso cielo sobre mi cabeza y la satisfacción última de, al menos, haber emprendido lo que deseaba, que en una habitación, lamentando no haber tenido valor, haber renunciado a lo que me interesaba y encontrarme ante la imposibilidad absoluta de ver alguna vez lo que quería ver, de hacer lo que quería hacer. Esta última muerte sería una tortura para alguien de mi temple. Aunque, en definitiva, sólo es trágico aquello que uno mismo tiene con los colores del drama. El viaje que proyectó no me conduce a ningún lugar más extraordinario que aquellos en los que he vivido, y lo haga a pie, tardando más, o a caballo, que será más rápido, finalizará tan fácilmente como los que lo han precedido.

[...] Un detalle más acerca de la cama:^{*} la lona debe ser lisa, de co-

* A. David-Néel le pide a su marido que encargue que le confeccionen en Túnez una cama de campaña muy ligera para su viaje a Lhassa. Le da numerosos detalles al respecto, acompañados de un dibujo.

lor gris o pardo, nada vistoso ni bonito que atraiga la atención y parezca lujoso. No debemos ofrecer aspecto de nababs, ni siquiera modestos, en unas tierras donde abundan los ladrones.

Hace mucho tiempo otra vez que no tengo noticias tuyas y eso me entristece. Ya llegará el momento de no saber nada el uno del otro cuando esté fuera de las vías postales. Estoy apresurándome a terminar la traducción de la *Prajna Paramita*, que quisiera tener acabada dentro de tres meses, aunque no es seguro que lo logre. Quisiera enviarte todos mis manuscritos antes de partir y, si es posible, arreglármelas para que se publiquen. Una vez finalizado el viaje e instalada contigo o cerca de ti, según dónde residas, tendré trabajo. Aphur me anima a hacer un diccionario francés-tibetano. Se le ha metido esa idea en la cabeza, y la verdad es que él podría hacer una gran parte del trabajo. Desde luego, aunque viva cien años, no tendré tiempo de aburrirme si conservo la mente en buenas condiciones. [...]

Kum-Bum, 7 de abril de 1920

[...] Anteayer fuimos de picnic a orillas de un río claro para beber agua limpia. Este año está haciendo un tiempo muy malo. Ya te dije que me había quedado con el único macho de la camada de la perra grifón que recogimos en el Kuku Nor. Pues bien, me lo robaron. Yo creía que ya no volvería a verlo nunca cuando, aproximadamente una semana después de su desaparición, nos enteramos de algo que nos puso sobre su pista. El cachorro, que cumplió tres meses el 1 de abril, estaba en casa de unos campesinos, a varios kilómetros de Kum-Bum. Fuimos a buscarlo. Aphur aterrorizó a todos los habitantes de la aldea amenazándolos con enviar soldados. El campesino protestó diciendo que el animal se lo había dado un lama novicio, nuestro vecino. Tras un enfrentamiento, el culpable confesó. Me pagó dos taelas y medio de indemnización, que repartí de inmediato entre los que habían buscado al animal. Así que otra vez está en casa. ¿Por qué lo robaron? No tiene nada de extraordinario, aparte de su carácter de bolchevique decidido, pero eso sólo se nota con la convivencia. ¡Desde luego, mi cachorrillo no es la clase de perro que lame la mano que lo golpea! La madre es igual, y una excelente perra guardiana, por eso me he quedado a su retoño, que parece dotado de las mismas cualidades. También es limpísimo. Yo quería llamarlo Lo-sar, que significa Año Nuevo en tibetano, porque nació esa noche, pero Aphur lo bautizó con el nombre de Babu, que en hindú significa letrado no perteneciente a la casta brahmín. Así es como mi criado llama a Aphur, en señal de respeto, y esa coincidencia de nombres resulta extraña. La madre pertenece ahora a los lamas del templo donde resido, pero yo conservo al cachorro;

que se convertirá en un animal fuerte y, en este país infestado de ladrones, será un guardián útil, no un objeto de lujo. [...]

Kum-Bum, 21 de mayo de 1920

[...] Durante mi viaje desde Pekín hasta aquí te hablé largamente de los insurrectos de la provincia de Shaanxi; fueron ellos los que hicieron tan agitada mi travesía por esa provincia. Las cosas se habían calmado, pero acaban de ponerse de nuevo en pie de guerra, apoyados por tropas procedentes de la provincia de Sichuan que pertenecen al partido sudista, contrario al gobierno de Pekín. Se han apoderado de la capital de Shaanxi, Xi'an, una gran ciudad, ésa donde están las piedras grabadas cuyos relieves has visto. Han debido de saquearla por completo. Ahora avanzan para tomar Pingliang, la primera ciudad fortificada en territorio de Gansu, en la gran carretera de Xi'an a Lanzhou (Lanzhou es la capital de la provincia donde estoy).

El gobernador de Shaanxi se ha dado a la fuga, sus tropas, al parecer, han huido en desbandada y los insurrectos avanzan sin encontrar oposición. Probablemente serán detenidos ante Pingliang por las tropas de Gansu.

Ya se ha organizado otra vez un círculo. Esta mañana, el lama intendente del templo donde resido me ha dicho: «Tenemos fusiles; nos defenderemos.» No lo pongo en duda, pero esas disputas entre chinos no me interesan y prefiero no volver a encontrarme entre los combatientes. Mi aventura de hace dos años fue pintoresca; no lamento haberla vivido, pero no tengo ningún interés en que se repita. No obstante, creo que los soldados de Gansu, un gran número de los cuales son musulmanes y están infinitamente más «en forma» que los chinos, harán retroceder a los invasores. Con todo, la situación puede complicarse si se produce una revuelta de las tribus tibetanas, contra las que se había planeado una campaña, y se dice que los bolcheviques tienen aliados entre los musulmanes. Se ha descubierto una sociedad bolchevique en Gansu.

Intentaré encontrar en Xining dinero a cambio de cheques por el montante de lo que me has enviado y vender urgentemente todo lo que no me es imprescindible, a fin de aumentar mi reserva. Lo devolveré más tarde, con el próximo envío, arriesgándome a pagar un interés mayor; de momento, trataré de estar en condiciones de desplazarme si las cosas se ponen feas. Kum-Bum es un monasterio muy rico. Si los insurrectos o tropas de Sichuan que atacan por el sur quisieran llegar a Xining, no dejarían de venir a saquear esto y podrían muy bien acabar desvalijándome, al igual que a los lamas. En fin, quizás la situación no se agrave tanto, aunque si los sudistas se unen a los insurrectos de Shaanxi constituirán un serio peligro para Gansu. Espero

que el correo haga su servicio por otra carretera y que esta carta pase y te llegue. Si las cosas se pusieran realmente mal, intentaría llegar a Mongolia a pie con Aphur. Afortunadamente, tengo dos buenas mulas que llevarían nuestro equipaje. Ya ves hasta qué punto es indispensable aquí tener animales disponibles. [...]

He llamado a un sastre, que está arreglando y modificando mi vestuario. No es cuestión de andar comprando ropa nueva, ni siquiera para realizar un viaje largo.

En este preciso instante estoy oyendo las cornetas; debe de ser el puñado de soldados destacados en Lousar, al pie de Kum-Bum, que parten para Xining y, desde allí, a esa pequeña guerra que aquí es una gran guerra.

Muchas gracias por las postales de La Meca; hoy mismo voy a enviarle una al general que está en Xining, a quien sé que le causará un gran placer recibirla. Se llama Mahoma, como el profeta. En China, Mahoma es Machuta ren, que literalmente significa Mahoma el gran hombre (*ta*: grande; *ren*: hombre).

Si tengo que pasar por Xinjiang, suponiendo que me marche de Kum-Bum bien a causa de la guerra o bien más tarde, en otoño, enseñaré estas postales por el camino y haré las delicias de quienes me hospedan y de otros discípulos del gran hombre de Medina. Seguro que obtendré a cambio pequeños presentes, como leche u otras sustancias alimentarias, y muchas atenciones. [...]

Kum-Bum, 25 de mayo de 1920

Ayer recibí tu carta del 17 de febrero, es decir, después de la que me escribiste desde Túnez el 27 del mismo mes.

Llevo tiempo pensando en las cuestiones que me planteas en esa carta, así que no me pillan desprevenida e intentaré responder a ellas con la mayor claridad posible, dado que probablemente no recibiré tu respuesta a mi carta de hoy por haber dejado Kum-Bum. Así pues, como no podremos discutir sobre este asunto por correspondencia, es importante que sepas cuál es mi visión.

La guerra y sus consecuencias desastrosas han hecho que la solución que antes era muy simple resulte sumamente complicada. Eso es un hecho y no vale la pena discutirlo: compartimos la suerte de millones de personas y no podemos hacer nada para evitarlo; nuestra inteligencia y nuestra habilidad tan sólo pueden llevarnos a un punto: sacar el mejor partido posible de una situación desastrosa. Bien, pues esto es lo que pienso.

Tal como te he escrito en numerosas ocasiones, me parece preferible que, si es posible, continúes ocupado dos o tres años. Durante ese período quizás se produzca una mejora sensible en la crisis actual, aun-

que ésta, contra todo pronóstico, haya ido acentuándose desde que finalizó la guerra. [...]

No sé de qué naturaleza es tu patriotismo ni hasta qué punto el estar acostumbrado a determinado ambiente te ha hecho echar raíces. Yo deseé la victoria de Francia, naturalmente, me alegré mucho de la derrota de los hunos, pero mi apego a la «madre patria» no va más allá. ¿Por qué?... Es fácil entenderlo. En primer lugar, tengo una herencia variada en la que el componente francés sólo figura físicamente por la ascendencia paterna y creo que es muy débil en lo que se refiere a la mentalidad. «Pienso» mucho más como una asiática que como una parisina. A continuación, he vivido muy poco en Francia. Dejando a un lado los cinco primeros años de mi vida, que no cuentan desde el punto de vista de las impresiones, en total debo de haber vivido unos cinco o seis años en Francia contra cuarenta en el extranjero, veinte de ellos en Oriente. Me siento una extranjera entre los franceses, muy poco *at home*, sólo tenemos en común la lengua, y eso no es suficiente para crear un vínculo.

Esto explica que no desee instalarme en Francia para llevar allí lo que tú llamas en tu carta «la existencia de una pequeña burguesa». Semejante mediocridad material y moral me aterra y, pienses tú lo que pienses, estoy convencida de que a ti te pesaría enormemente y envenenaría tu vejez si tuvieses la imprudencia de imponértela. [...]

En lo que a mí se refiere, mis previsiones son de un pesimismo total; esperemos que me equivoque. Veo otra guerra en el horizonte, un desmoronamiento general y nuestras rentas reducidas a muy poco, por no decir a nada. Pues bien, mi filosofía, que se adapta a vivir en una caverna o a partir a pie, como voy a hacerlo con Aphur dentro de unos meses, sin apenas dinero, no me deja indiferente ante la idea de convertirme en una descamisada en Europa y de vivir en una casa habitada por familias proletarias, teniendo que fregar los platos y barrer el suelo igual que mis vecinas. Aceptar la vida a ese precio me parecería una bajeza espiritual. Uno puede lavar los platos y fregar el suelo en un hospital sin degradarse porque eso ayuda a aliviar a pobres personas que sufren, a mantener limpio el centro donde están, pero hacerlo para sí mismo, sin otra finalidad que prolongar una vida mediocre y vulgar... ¡puaf!

Y sería una enorme tontería llegar a eso cuando es posible evitarlo. Mi sensatez, que quizás sea un tanto de timorata pero a la que me atengo, me dice lo siguiente: no soy joven, no puedo realizar un trabajo manual para ganarme la vida y quiero asegurarme el pan y un techo. Simplemente eso. Si es posible conseguir más, mejor, pero que al menos no falte lo absolutamente necesario, que no caiga en la mendicidad o en la degradación social a que conduce la pobreza extrema. Y lo

que pienso respecto a mí lo pienso también respecto a ti. Tal vez contemplas con cierto temor la perspectiva de una vida retirada, monótona y solitaria, pero si las cosas se arreglan en Francia, si recuperamos el crédito que teníamos antes de la guerra, con tus doce mil francos de renta nada te obligará a permanecer confinado. Incluso estarás en condiciones de viajar, de divertirte en Francia o donde quieras. Si, por el contrario, mis sombrías previsiones se hacen realidad, en tal caso tanto tú como yo estaremos mejor en una casa de campo, rodeada de un gran jardín, comiendo nuestras frutas y verduras, que llevando una vida miserable en Niza o en Argel. ¿No te parece?

Por consiguiente, en principio he decidido que, después del viaje que voy a emprender, compraré una parcela de terreno en algún sitio. Suponiendo que en esa época el cielo no parezca amenazar con una tormenta demasiado inminente, siempre podré, si no quiero construir mi choza de inmediato, alquilar el terreno a unos campesinos para que cultiven arroz o cualquier otra cosa. Si te niegas en redondo a venir a ver mi pequeña propiedad, la morada consistirá en una cabaña de tablas y esteras, al estilo indígena, que no me costará ni 200 rupias. Si consideras sensata mi idea yquieres venir a instalarte conmigo, aunque sólo sea hasta que se supere la crisis actual, entonces podremos construir una vivienda mejor.

[...] Volvamos a la cuestión de mi vida aquí. Me marcharé de Kum-Bum en cuanto reciba lo que hayas considerado que podías asignarme para un período de aproximadamente dos años. Me hablas de un envío de 2.000 francos que debiste de hacerme en abril; seguramente lo recibiré en julio. Me permitirá sobrevivir un poco más de tiempo, pero, ya te lo expliqué claramente, la situación es insostenible. El pequeño y yo nos iremos a pie; cargaremos las dos mulas que me quedan y viviremos como podamos, pero no ofreceremos el espectáculo de nuestra indigencia ni a los lamas de Kum-Bum ni a los europeos de Xining. Si en octubre no dispongo de una suma suficiente, por pequeña que sea (400 o 500 taeles), abandonaré una lucha imposible, venderé las mulas, todo lo que me queda, le daré el producto de la venta a Aphur y lo enviaré de vuelta a su país por tierra. El resto no requiere muchas explicaciones; consiste en ir a esconderse a un rincón en la montaña y elegir entre morir allí de hambre o pegarse un tiro en la cabeza. He pedido prestado todo lo que he podido y debo devolverlo; si el precio del dólar no baja, será imposible.

[...] Hablando de «presidente», pues en tu carta haces referencia a la elección de Deschanel, ya te dije lo que pensaba al respecto; los franceses se han ganado el desprecio de sus aliados y quizás eso ha influido en cierto modo en la mengua de nuestro crédito.

Clemenceau tiene sus defectos (lo vi de bastante cerca con motivo

de la fundación de *L'Aurore*), no es impecable, pero es el hombre activo, el hombre energético que se necesitaba en estos momentos. Su popularidad en el extranjero es enorme. [...]

Kum-Bum, 1 de junio de 1920

Ayer recibí un recorte de *La Dépêche Tunisiennes*. Informa sobre la toma de posesión de Deschanel y reproduce su mensaje a la Cámara. ¡Cuántas palabras! «¡Qué inútil ruido de mandíbulas!», como dijo un día aquel acusado árabe en el tribunal de Túnez. Todos esos oradores me asquean profundamente; no sólo los franceses, sino los de todos los países. Europa está en la ruina, la gente ya no tiene para comer, y todavía hay imbéciles que encuentran tiempo para perorar y más imbéciles que ellos para ir a escucharlos y a aplaudirlos. Embaucadores y embaucados me resultan antipáticos por igual. Desde que hubo dos hombres en la tierra, verlos actuar ha sido un espectáculo repugnante; eso no ha cambiado desde entonces y probablemente no cambiará jamás. Por ese motivo quien tiene dos dedos de frente prefiere la soledad, los grandes espacios vacíos, el espectáculo de las nubes que se desplazan por el cielo y el de las estrellas, tan alejadas de nosotros que no podemos saber nada de ellas, lo que nos permite imaginarlas como paraísos, y el de las minúsculas florecillas de las estepas, que están muy cerca de nosotros pero cuyos pensamientos tampoco conocemos.

En estos momentos estoy leyendo un libro maravilloso. Entre los «eruditos orientalistas», ninguno de los cuales lo ha leído, tiene fama de ser un revoltijo de fantasías y elucubraciones descabelladas, y resulta que es la obra, bastante incisiva y de una lógica seca e implacable, de un racionalista genial. La estoy traduciendo mucho más por el placer intelectual que me proporciona este trabajo que con la esperanza de que sea apreciado por el público, ni siquiera culto. Antes de la guerra quizás hubiera habido alguien que valorase esta obra, pero ahora... Las reacciones contra la barbarie siempre provocan un desbordamiento de sentimentalismo y emotividad; no hay nada tan sentimental y emocional como los bestias, y los alemanes son un buen ejemplo de ello.

En tu carta del 18 de febrero hay una frase que acude sin cesar a mi mente y me entristece mucho. Escribe: «Vamos a encontrarnos ambos en una situación rayana en la miseria» [...]

En lo que a mí se refiere, cada vez tengo menos necesidades. Ahora te atormento debido al disparatado tipo de cambio y porque, mientras mantengamos correspondencia, no puedo retirarme y vivir a la manera indígena, pero esto acabará en cuanto el viaje del que te he hablado haya concluido. Mientras has podido ayudarme sin que ello te suponga un trastorno excesivo, he aceptado la renta que afectuosa-

mente me ofrecías para mis viajes, pero a partir del día en que necesites todos tus ingresos dejará de ser así. Has sido muy bueno conmigo y me despreciaría por no recompensarte como es debido disminuyendo las comodidades de que puedas disfrutar cuando te retires. Creo que haríamos mal si tirásemos cada uno por nuestro lado en lugar de ayudarnos mutuamente a proporcionarnos una vejez agradable. Cuando ya no tengas un trabajo que te mantenga ocupado, tal vez te guste tener cerca a una mujer que no es ignorante y estúpida del todo, que ha visto muchas cosas y cuya conversación puede hacerte pasar algunos ratos buenos. Después de todo, como la mujer en cuestión es la señora Néel y tus intereses y los suyos son comunes, será preferible que ella se ocupe de tu hogar, aunque lo haga desde muy lejos, que confiarlo a unos mercenarios.

Yo, queridísimo Mouchy, tengo un carácter un poco distinto del tuyo, digamos incluso que muy distinto. Tengo un temperamento místico y unos puntos de vista filosóficos que me permiten llevar una vida que pocas personas nacidas en Occidente podrían soportar. He vivido en una caverna en la que dormía muy bien, he deambulado completamente sola por unas junglas donde había tigres y un día me encontré cara a cara con uno de ellos; suponiendo que la edad me impida seguir realizando correrías de ese tipo, con lo poco que poseo siempre podré llevar una vida de eremita en un rincón perdido del Tíbet o de Mongolia, y lo haré sin recriminarte nada si consideras que necesitas disponer de todos tus ingresos y si crees que viviendo yo contigo los gastos serían demasiado elevados. Una vez haya finalizado el viaje que he decidido hacer, serás libre de decidir lo que te parezca más agradable para ti. [...]

Kum-Bum, 7 de junio de 1920

Ayer recibí juntas tus dos cartas fechadas el 14 y el 24 de marzo respectivamente. No sé cómo agradecerte los sacrificios que te impones por mí. No creo que sea necesario expresarlo con muchas palabras, pues sabes que soy lo bastante inteligente como para apreciar su valor. Tus cartas han aliviado la tensión mental a la que me hallaba sometida; no es que aporten una solución a un asunto que tan sólo los acontecimientos, y no nosotros, pueden resolver, pero me permiten ver con claridad mi situación y hacer planes en consecuencia.

Así que gracias, mil veces gracias, querido.

Esto es lo que he decidido:

Me marcharé de Kum-Bum en cuanto haya cobrado el importe de tu envío de julio, 2.000 francos. Sumados al anterior pago de abril, 6.000 francos, me permitirán disponer de 8.000 francos. Como es natural, ahora no sé cuánto supondrá eso en dólares. [...]

Viajaré a pie, por supuesto, pero espero poder conservar mis dos mulas, que llevarán el equipaje y las provisiones; así tendremos una tienda en la que refugiarnos.

Hoy no me extenderé mucho porque estoy muy ocupada. Aphur y yo hemos vaciado la casa y estamos vendiendo todo lo que no nos es absolutamente imprescindible. Tan sólo nos quedamos con las dos tiendas pequeñas, las hopalandas de piel, algunos utensilios de cocina y unas pocas mantas. [...]

Kum-Bum, 26 de junio de 1920

Acabo de regresar de una excursión de cinco días. He estado en la montaña viendo unos manantiales de agua mineral. Ha resultado que eran manantiales sulfurosos fríos. Hay un gran número de ellos diseminados por un vasto valle. Hemos bebido y nos hemos bañado. No sé si era conveniente para nosotros hacerlo, pero la vida salvaje tiene esa peculiaridad: bebes y comes montones de cosas que el azar pone en tu camino y, si bien no te encuentras mejor, tampoco te encuentras peor. Vuelvo a marcharme dentro de tres días para hacer una escapada más larga que durará aproximadamente tres semanas. El sitio a donde vamos es un lugar de peregrinaje situado al pie de un pico de nieves perpetuas. Allí sólo hay un puñado de ermitas. Probablemente subiremos más arriba, a dos días de marcha de allí, hasta un paraje donde reside otro grupo de anacoretas entre la nieve y que se llama Da-Kar pe Dzong (Dzong significa [...] fortaleza). Desconozco la ortografía de Da-Kar pe y, por lo tanto, no me aventuro a traducirlo. En tibetano no puedes guiarte por la pronunciación. Es preciso ver la palabra escrita, ya que se trata de una lengua pobre en sonidos y se repiten los mismos hasta el infinito, escritos de un modo diferente. Al hablar, te guías por el sentido general, pero una palabra aislada o un nombre propio puede significar lo que uno quiera. En fin, da igual. Acabo de encontrar el significado de éste con la ayuda de Aphur, que dice que el nombre no es Da Kar sino Tak Kar, que significa «blanca caverna del loto».

La finalidad principal de estas excursiones es ver la región, evidentemente, pero tienen otra, que es poner a prueba mis fuerzas. Pues bien, debo ser sincera y confesar que el resultado de la prueba se encuentra lejos de satisfacerme. Y como bajo ningún pretexto renunciaría a mi proyecto de viaje por Asia central, aun cuando estuviera segura de antemano de que no saldría con vida de allí, me apena un poco sentirme por debajo de lo que exigen las circunstancias. He viajado bastante, pero nunca en unas condiciones tan duras como las que me impone la escasez de mis medios actuales. Estaba acostumbrada a montar a caballo; ahora camino, y los senderos de montaña son empi-

nados. Aphur se ha comportado con la mayor valentía posible, pero no ha nacido entre los nómadas, jamás ha deambulado de esta forma y su escasa altura hace que ciertas cosas le resulten tan difíciles como a mí. Quizás esté loca por querer embarcarme en una aventura que los exploradores sólo emprenderían si dispusieran de un equipo considerable y numerosos sirvientes, pero, aunque esté loca, no carezco de cierta sensatez reposada que me permite calibrar por anticipado lo que emprendo y ver claramente sus detalles. Me resulta muy difícil confiar en que no se produzca una catástrofe (utilizo el término de uso corriente) en el transcurso de mi singular expedición. Durante la excursión de la que acabo de volver, el primer día caminé unos 40 kilómetros; no es una cosa desmesurada, pero, como me he pasado meses sin salir, me falta entrenamiento y lo he notado. Al llegar, tuve que encargarme de ir a recoger boñiga de yac para el día siguiente porque amenazaba lluvia. Mientras tanto, uno plantaba las tiendas y el otro cortaba leña y cocinaba. Después de comer, hubiera podido dormir, pero ello me habría obligado a hacer uno de los turnos de guardia por la noche, y prefiero acostarme más tarde y dormir sin interrupción. A veces es bastante poético montar guardia junto a los animales (sólo tengo ya dos mulas), pero acabas por aburrirte y, en ocasiones, te asalta el sueño, debes luchar, andar, silbar, exactamente igual que los centinelas. Sólo somos tres y los hombres también tienen que descansar; naturalmente, hacen tareas mucho más pesadas que yo y están cansados. Acostarse representa tumbarse sobre dos mantas dobladas y extendidas sobre el suelo. En este terreno desigual, hay salientes por todas partes que se te clavan en las costillas, y la humedad penetra con rapidez en esa cama primitiva. Levantarse, tomar un té y ponerse de nuevo en marcha... Y así un día tras otro, intercalando alguno de descanso muy de cuando en cuando. En fin, no me niego a ver cómo se desarrollará la aventura, pero quizás la prudencia aconsejaría no exigir demasiado de mis fuerzas. Partiré sea como sea, eso está claro, incluso sin tienda, pero ¿por qué dirigirse deliberadamente al encuentro de unos sufrimientos que se pueden evitar? [...]

Pelliot y sus compinches sólo hicieron algo comparable con subvenciones que ascendían a varios miles de francos. Como bien puedes suponer, los recursos de que yo dispondré no me permitirán proporcionarme las comodidades de que ellos disfrutaban, pero tener en la mano por anticipado ese dinero me facilitará una empresa que, con todo, puedes creerlo, seguirá siendo difícil. No iría a pie y podría llevar un criado, el que tengo y que está habituado a la vida de campo. Aphur y él, turnándose en la montura, no llegarían extenuados al final de la etapa y se ocuparían activamente de prepararme la comida y de instalarme. [...]

Kum-Bum, 26 de julio de 1920

[...] En lo que se refiere a mi próximo viaje, no tengo nada más que decirte. No se trata en absoluto de que sea «provechoso» o no. Pase lo que pase, es una cosa decidida, sin vuelta de hoja. Tengo muchísimas ganas de verte, pero, aparte de eso, nada de Occidente me atrae. Cuando me vaya de Asia, lo haré con la esperanza, por vieja que sea llegado ese momento, de regresar y acabar mis días en algún lugar de la estepa, con espacio ante mí y el inmenso cielo azul sobre mi cabeza. Que los dioses me concedan morir en mi tienda, entre la soledad, y los bendeciré. Llevo esto en la sangre y ya tenía los mismos sueños cuando era una niña de seis años. Es la gota de sangre mongol, que ha cobrado vida súbitamente tras varias generaciones. [...]

Kum-Bum, 26 de julio de 1920

[...] Lo que me dices en tu carta del precio de los hoteles en Francia y lo que leo en la «Carta de París» de un periódico inglés sobre los precios de las telas y la ropa me horroriza. La guerra ha creado realmente otro mundo. ¿Cómo va a poder alguien que ha estado ausente durante muchos años y no ha vivido el período de transición volver a instalarse en un país tan diferente del que conoció? Me cuesta verme haciendo las compras en Le Louvre o el Au Bon Marché; creo que me volvería loca al cabo de una hora. Pero ¿no va desnuda la gente con semejantes precios? ¿Quién puede permitirse aún el lujo de comprarse unos pantalones? [...]

[...] Los obreros, y también los bolcheviques, quizás hayan errado el camino. Es posible que se equivoquen sobre los medios para alcanzar lo que desean. Sin embargo, ¿quién podría censurarlos por aspirar, aunque sea torpemente, a disfrutar de más cosas? El filósofo puede despreciar esos goces vulgares que ellos reclaman, pero, con la vida dura que han llevado desde la infancia, los trabajadores no tienen oportunidad de desarrollar un cerebro filosófico. Son animales, es decir, se les ha mantenido como a tales durante siglos para mayor satisfacción, bien de una casta de nobles, o bien de una casta de ricos, según las épocas, y ahora esos animales despiertan de su estado de somnolencia y, como patanes que son, quieren divertirse también, irrumpen de forma tosca en la sociedad y comprometen la falsa armonía que, mejor o peor, la mantenía. Suponiendo que sean unos imbéciles, se los ha modelado así deliberadamente, por no hablar de los demás, de los más inteligentes y los cínicos. Llegará un día, que nosotros no veremos, en que los hombres defenderán la idea que actualmente parece monstruosa: que todos los niños deben encontrar en su cuna la misma oportunidad para desarrollarse y lo harán según sean sus aptitudes naturales brillantes o mediocres, y que cualquiera que

aspire a disfrutar de lo que se denomina «la vida civilizada» debe ejecutar su parte de trabajo necesaria para mantener las cosas que constituyen la civilización. Los demás, los perezosos o los sabios que se burlen de la civilización y crean que no vale la pena dedicarle diez minutos de su tiempo, serán invitados a retirarse al desierto, donde, en lugar de disponer de iluminación eléctrica, tendrán que conformarse con la que proporciona gratuitamente la luna, las noches en que brilla, y las demás noches, con la de una lámpara primitiva de ramitas sumergidas en manteca o grasa, tal como yo hago cuando acampo. Es un régimen de vida sencillo que incita a acostarse a la hora de las gallinas, lo que es excelente para la salud. Y lo mismo respecto al resto. [...]

Kum-Bum, 12 de agosto de 1920

He estado bastante tiempo ilocalizable. El misionero jefe de Xining me había recomendado hacer una excursión pintoresca a un templo chino, así que nos pusimos en marcha confiando en el azar, sin saber muy bien dónde estaba dicho templo. El primer día acampamos en un lugar que conocíamos perfectamente; luego, desde allí, partimos a la aventura. Yo me había adelantado y contaba con que los hombres me seguían, pero en una bifurcación ellos bajaron hacia el valle mientras que yo continuaba a través de la montaña. Al ver que no viene nadie, subo a una cima para inspeccionar los alrededores y desde allí, tras una larga espera, afortunadamente ocupada comiendo fresas silvestres, veo llegar a Aphur. Ha ido hasta el valle y, al no encontrarme por ningún lado, ha vuelto sobre sus pasos y me ha visto encaramada en mi observatorio. Les ha dicho a los otros dos que continúen por el valle y les ha repetido una y otra vez el nombre del templo; van a intentar localizarlo, mientras que nosotros haremos lo mismo por otro camino. Caminamos, caminamos... Llegamos al lugar donde se diría que el camino de los otros tiene que cruzarse con el nuestro, pero no hay nadie a la vista. Llegamos a un magnífico desfiladero con un ancho río. Estoy muy cansada; si llegara el equipaje, podríamos acampar y reponernos, pero no aparece. Empieza a llover. El pequeño y yo, tras descalzarnos y arremangarnos, nos metemos en el agua; la corriente es fuerte y hay que mantener el equilibrio, pues un baño frío no resultaría nada agradable en este momento. Llegamos a la otra orilla y el equipaje aparece por fin. Iniciamos el ascenso hacia el lugar donde creemos que está el templo. Es una cuesta empinada entre dos murallas de rocas. El sendero se vuelve tan impracticable que Aphur pasa delante y hace detener a los animales para ver si podrán continuar. Llega al templo, compuesto de tres casitas adosadas a las rocas. No hay manera ni de acampar ni de alojarse allí, no hay dos metros de terreno al mismo nivel. Es preciso volver a bajar, lo que resulta más

arduo que el ascenso, y, tal como se nos ha aconsejado, subir hasta la cima de la montaña por otro camino del mismo tipo. Me pregunto si veré alguna vez el fin de éste, pero siempre se ve el fin de todo y, hacia las siete de la tarde, estamos instalados entre los pastos pantanosos de la cumbre, desde donde la vista es preciosa y desde donde el templo se distingue muy por debajo de nosotros.

La historia del santuario, que pertenece al rito tao-sse, es la siguiente. Hace un centenar de años, un ermita se retiró allí y se sumió en meditaciones profundas, según la leyenda sin comer ni beber. Su tumba está allí, confiada a los cuidados de un sacerdote que vive también completamente solo y no recibe visitas más que los días de luna llena de los meses de verano. El resto del año lo pasa en la soledad más absoluta. Es un hombre que aparenta unos 35 o 40 años, muy alto, con unos grandes y preciosos ojos, como es bastante habitual entre los sacerdotes tao-sse pese a que, en general, los chinos tienen los ojos pequeños; en suma, un hombre atractivo. La mayoría de los occidentales se volverían locos si viviesen así y entre ellos es casi un dogma que la soledad conduce a la locura, al embrutecimiento. Muy distinto es lo que sucede en Oriente, donde muchas personas que distan de ser grandes pensadores practican la vida de eremita sin ninguna merma de sus facultades mentales, sino todo lo contrario. Poseen cierta superioridad, eso es indiscutible. ¿Por qué los occidentales no saben ser autosuficientes? ¿Por qué necesitan parlotear con otras personas, desplazarse en rebaño? Eso es patrimonio de los animales inferiores (yo no admiro tanto como se admira en general a las hormigas y las abejas); los leones y las águilas viven solos. [...]

Kum-Bum, 18 de septiembre de 1920

[...] El tiempo, que fue espantoso hasta ayer, hoy ha mejorado. ¿Durará? Sea como sea, el invierno ha llegado a nuestras montañas. Las cimas más altas que nos rodean están cubiertas de nieve que no se fundirá antes de junio o julio del año que viene. Este año, algunas cumbres no han dejado de estar blancas. Hace frío, sobre todo por la noche, así que voy a volver a frecuentar a mi fiel compañera de cama: la bolsa de agua caliente. Pero brilla el sol y, aunque no es tan resplandeciente como en primavera, invita a coger el bastón de viaje, porque en el Asia central los caminos están hermosos durante el final del otoño e incluso el invierno, hasta enero, época en que comienza a nevar. Puesto que debo irme de Kum-Bum, sería conveniente partir ahora, pero estoy esperando el dinero de tu envío de julio, anunciado desde hace tiempo, y el de la transferencia telegráfica que debe seguirle. Como comprenderás, he tenido que empezar a gastar los 6.000 francos que me enviaste en abril. Nunca conseguiré salir de aquí si echo

mano del dinero de un envío antes de recibir el del siguiente y no dispongo a la vez del suficiente para partir y efectuar el viaje planeado.

[...] La situación sigue siendo caótica en todas partes. Conviene que me apresure a terminar lo que me interesa hacer en Asia y que luego regrese. Tendremos que consultarnos, pensar juntos en la mejor manera de actuar frente al estado de cosas tan extraordinario creado por la guerra. No habíamos previsto nada parecido y todo lo que habíamos concebido ya no tiene ninguna razón de ser en las nuevas circunstancias que nos rodean. No se pueden discutir esas cosas por correspondencia, sobre todo a tanta distancia. Así pues, debo regresar, y lo haría de inmediato si no fuera por este viaje que tengo tanto interés en realizar, pues sería una locura por mi parte, pudiendo llevarlo a cabo de una manera relativamente fácil, renunciar a él para cargar durante el resto de mis días con la melancolía depresiva de un arrepentimiento demasiado penoso. Dejemos que acabe bien lo que para mí ha sido el más maravilloso de los sueños: estos años de viajes a través de los países a los que todas las fibras de mi ser me unen. Para ello no son necesarios grandes sacrificios. Lo que he pedido no es, en definitiva, más que un adelanto que te liberará de cargas en 1921.

[...] Si la memoria no me traiciona, fue al apóstol Pablo a quien un procurador romano le dijo un día: «Demasiado saber te ha vuelto loco.» Con la debida modestia, me aplico la observación a mí misma. Creo que, si no «demasiado» saber, al menos un saber «diferente» del de la mayoría de los hombres me ha transformado el cerebro, lo que en lenguaje vulgar se traduce por ser tachado de loco. En un periódico que me enviaron ayer he leído que un tal Thévenot amasó 150 millones durante la guerra fabricando asas de madera para las granadas explosivas. Ese hábil hombre había declarado sólo seis millones a los agentes encargados de gravar las ganancias de guerra y por eso ahora debe presentarse ante la Justicia. A mí, todo eso me parece asombroso. Se moviliza a hombres para enviarlos, quieran o no, a correr el riesgo de que los maten y casi nadie pone ninguna objeción; lo llaman «el deber para con la patria». Bien. Pero ¿por qué no se moviliza también a las personas que fabrican objetos necesarios para las municiones? Los soldados no amasan ganancia alguna en las trincheras, ¿por qué puede hacerlo entonces el fabricante de cualquier cosa útil para la defensa del país?... La estupidez de las masas atrae infaliblemente la picardía de los sinvergüenzas hábiles. Recuerdo haber discutido con bastante vehemencia sobre esta cuestión con los socialistas italianos, que creen en las panaceas de los regímenes gubernamentales. Mientras haya un imbécil en el mundo, éste será desplumado, y la guerra contra la estupidez de las masas es una táctica mejor que las huelgas por la jornada de ocho horas o por un aumento de sueldo. Lo que ocurre es

que ya hay que ser un intelectual para comprender que las nociones erróneas son la fuente de todo mal. Es un círculo vicioso, o casi.

Un lugar de retiro situado a considerable altura, la puerta cerrada, ningún visitante inoportuno, ningún periódico que informe de la locura que reina abajo, en el valle; eso es, a mi entender, lo mejor que una vieja filósofa como yo puede desear para acabar sus días. ¿Qué opinas tú, mi buen amigo?

[...] Querido amigo, vas a pensar que la edad empieza a hacerme chocar porque no paro de repetirte lo mismo. ¿Qué?... Que te estoy muy agradecida por los años de inmensa dicha que me has permitido vivir en Asia. Sí, estoy envejeciendo; más que eso, las cosas parecen escabullirse extrañamente a mi alrededor y bajo mis pies. Es como un mundo de cosas sin consistencia que huye, desfila hacia un lejano horizonte de bruma en el que se disuelve. Desde el punto de vista material, todo va mal; con la subida del dólar, otra desgracia acaba de abatirse sobre mí. No te hablaré de eso, ¿para qué? Ya te he aburrido y molestado bastante desde que estoy en China. ¿Moriré pronto, o bien esta especie de precipicio que parece ensancharse y querer engullirme es, como creería un místico oriental, la señal de que decididamente ha llegado el momento de que deje el mundo que he diseccionado mediante mis reflexiones y cuyas bases quizás he socavado, con demasiado *dilettantismo* e insuficiente convicción verdadera, en el curso de mis meditaciones durante estos últimos años vividos bajo la túnica de los *sannyasin* hindúes, simulacro de despegó y de renuncia donde tal vez había un exceso de sensualidad espiritual e intelectual que reducía los votos pronunciados a las dimensiones de un juego o un deporte más sutiles que aquellos con los que se divierte el común de los hombres? En la India, la idea un tanto supersticiosa —tal vez fundada, ¡quién sabe!— de que no se debe jugar con la túnica de los ascetas ni con aquello de la que ésta es el símbolo material, domina de un modo absoluto. El que lo hace, dicen, sufre el contagio oculto de una tradición milenaria, arrastrado por la fuerza de los pensamientos concentrados de los miles de hombres que han adoptado *sannyasa*, el camino que conduce fuera del mundo, fuera de la existencia. Cada cual puede creer lo que quiera de estas ideas. Quizás incluso haya una forma tan científica de explicar el contagio mental, el poder de la energía de pensamientos acumulados durante siglos y que dan vida a un nombre, a un símbolo, como de explicar el contagio de las enfermedades, la herencia, la influencia de los colores, de los sonidos y de las variaciones atmosféricas en las disposiciones mentales de los individuos.

A fuerza de demostrar desprecio por las cosas, de apartarse de ellas, aun cuando el desprecio se quede un poco en la superficie, la co-

sas tienen que acabar por distanciarse, por alejarse como compañeros ofendidos. [...]

Kum-Bum, 30 de septiembre de 1920

[...] No tengo mucho que decirte acerca de Aphur, que según todas las previsiones me acompañará a Argelia. He considerado largamente la cuestión y no me he decidido hasta después de haber reflexionado sobre ella. Es justo que lo lleve si continúa deseándolo, ya que renunció a la parte de tierra que le correspondía por herencia para venir conmigo. También habría podido obtener un puesto de oficial u otra ocupación en las oficinas del rajá si se hubiese quedado en su país. La mayoría de las personas de las que tendría que depender si regresara para establecerse allí se irritaron mucho con motivo de su partida y se tomarían una cruel revancha por el espíritu de independencia de que hizo gala entonces. El muchacho me ha servido durante años sin cobrar ningún salario. Ha demostrado una gran abnegación defendiendo mis intereses y ahorrándome muchos gastos, batallando con los proveedores y realizando toda clase de oficios. Estaría muy mal por mi parte despedirlo, después de eso, el día en que dejara de serme tan útil. Pero lo dicho no es del todo exacto. En mi idea de llevarme a Aphur sin duda interviene una buena parte de egoísmo. Me he acostumbrado a él, ya no soy joven y, a mi edad, resulta agradable tener al lado a alguien que conoce tus gustos, tus hábitos, y te sirve de un modo que te gusta. Pero aún hay más. Aphur, a la vez que hace en ocasiones de cocinero y lavadero, sastre y muchas cosas más, también realiza una tarea útil como secretario —me refiero a secretario para el tipo de trabajo que yo llevo a cabo— y lo necesitaré para las numerosas traducciones y adaptaciones de libros tibetanos que quiero publicar. Conoce bastante bien su lengua materna y posee nociones de sánscrito que le permiten encontrar equivalentes de los términos técnicos orientalistas y ayudarme en mi trabajo. En una palabra, puede esbozar la traducción de un texto siguiendo mis indicaciones. Casi en ningún caso podría acabarla solo, pero sí ahorrarme tiempo realizando las búsquedas necesarias en los diccionarios ingleses o sánscritos y en otras obras de consulta. Lo entiendes, ¿verdad?

Es un joven de gustos poco complicados que se adapta con facilidad a las circunstancias. Si nos quedáramos sin criado, él se pondría de inmediato manos a la obra y nos ahorraría muchas molestias. Lo único que necesita es tener ropa decente para salir. En casa seguirá viéndose al estilo de su país y quizás sea su propio sastre, lo que reduce los gastos. No fuma, no bebe vino, prácticamente sólo sale conmigo, aparte de cuando va a hacer recados. En ocasiones me dice que lo tengo encerrado como si fuera una mujer china, olvidando que es un

hombre, pero él es el primero en reírse del comentario y se siente muy feliz así. Le gustan los libros y puede pasarse horas empollando. No es un lince, pero tampoco un imbécil, y te aseguro que a mi regreso me encontraría muy desorientada sin este pequeño oriental, compañero de tantos años de viaje, para arreglar mi biblioteca y mis pequeñas colecciones, para ordenar mis papeles y mis dependencias.

[...] Por tu carta de Vichy deduzco que el «mundo» sigue teniendo encantos para ti. Lo que me dices de Vichy y los fragmentos leídos en el periódico en el que iba envuelta tu carta me produce más bien náuseas. En todo ese torbellino de gente no veo más que tosquedad y estupidez entremezcladas.

Entre los nombres de las estrellas agasajadas, observo que aparecen los de las mujeres que estaban en el mundo del teatro antes que yo, lo que no les otorga precisamente un certificado de juventud. ¿Pues no resulta que nuestra inmortal Sarah, que debe de rondar los 80 años y lleva una pata de palo, sigue apareciendo en escena, y que Isadora Duncan, que según dice un periódico inglés pesa 80 kilos, «continúa flotando y emulando a las sifides» todas las noches en Marigny o donde sea? Un espectáculo bastante triste, la verdad.

Supongo que los hoteles de 150 francos por noche deben de frecuentarlos muchos de los que han acumulado las «ganancias de guerra». ¡Es increíble que exista un término semejante, y lo que es peor, que la cosa en sí exista y que la masa repita esas sílabas estúpidamente y siga su ritmo de vida como si nada! Hay quien ha sacado provecho de la guerra mientras los demás sufrian..., hay quien disfruta ahora de esas ganancias mientras que hay viudas y huérfanos necesitados, ex combatientes mutilados, ciegos, que continúan sufriendo por culpa de esa guerra que algunos han convertido en una ocasión de obtener ganancias..., ¿y tú crees que quien piensa puede tener el valor de escuchar las músicas de Vichy o de donde sea, de mirar cómo bailan el foxtrot las casquianas y de codearse con los «aprovechados»?...

En mi opinión, la Francia actual es terriblemente reaccionaria y despreciablemente burguesa; parece que haya dejado en las trincheras todas sus tradiciones de espíritu libertario, tal vez un poco más «de rehumbrón» que reales pero que, aun así, quedaban bien alrededor de su bandera.

Ya sé que tú no ves las cosas igual que yo. De todas formas, no importa; yo no creo que se pueda reformar o mejorar el mundo más de lo que se puede hacer agradable el estado de leproso o de apestado. Cristianos y socialistas se engañan a sí mismos por igual. No hay nada que hacer. Cuando se quiere evitar la lepra o la peste hay que alejarse de los que están afectados, y lo mismo sucede con el «mundo»: cuan-

do se quiere evitar el mal olor, hay que apartarse. Eso es lo que yo hago, y lo hago encantada.

[...] Supongo que André es pastor en Estrasburgo. Es curiosa, ¿no? esa gente que se ha dedicado a matar hasta hace nada y que se gana la vida interpretando el Evangelio: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien a quienes os odian y os persiguen...» En Tianjin hay un *clergyman*, ducho en griego, que ha descubierto que los «enemigos» designados por el texto sagrado no eran verdaderos enemigos, sino tan sólo personas con las que no se simpatizaba o con las que se había tenido una pequeña disputa. ¡Viva la erudición! El mismo iluminado es autor de esta frase lapidaria, proferida desde lo alto del púlpito: «¡Mala cosa, el pacifismo!» (*Pacifism that ugly thing*). Recuerdo que unos pastores alemanes predicaban en el mismo tono.

[...] El año ha sido sumamente lluvioso, las patatas se han podrido y la cosecha, que era abundante, también se ha estropeado. ¿Qué comerá la gente este invierno? La miseria será terrible. Venderán los animales y a sus hijos, como es costumbre en China. [...]

Kum-Bum, 29 de octubre de 1920

[...] Sin embargo, debido al retraso del banco en comunicarme tu envío, no creo que pueda partir antes de fines de febrero. Además, hay una terrible epidemia de cólera y tifus. En Chengdu mueren quinientas personas al día víctimas del cólera. Hace quince días sólo se contabilizaban doscientos fallecimientos diarios. En Xining, lo que causa estragos es el tifus. El bandolaje ha aumentado en la carretera que recorri viniendo de Pekín aquí y donde experimenté todos los placeres reservados al viajero que visita un país en plena guerra civil e infestado de salteadores de caminos. De las dieciocho provincias que constituyen la China propiamente dicha (o sea, sin incluir las «posesiones»: Manchuria, Mongolia, Turkestán y el Tíbet), en seis la gente muere de hambre y se mata entre sí para robarse unos a otros la corteza de árbol que comen. Hacía siglos que no se registraba una calamidad semejante. Eso significa que los hambrientos que tengan alguna fuerza se convertirán en bandidos. No se sabe en qué dirección ir. Unas bandas rusas han bajado a Mongolia, donde llevan a cabo correrías a gran escala. [...]

Kum-Bum, 10 de noviembre de 1920

Ayer recibí tu larga e interesante carta fechada el pasado 20 de agosto. Cuando la escribiste creías que estaría a punto de marcharme de Kum-Bum, tal vez incluso que ya había dejado la lamasería. No es así. [...] No escribiste al Banco Industrial de Shanghai ordenando que transfirieran los fondos ni le diste mi dirección en Gansu, que yo te había escrito correctamente.

Te equivocas al pensar que tus cartas continuarán llegando a mis manos. Es completamente imposible, ya que pasaré la mayor parte del tiempo en lugares que carecen de comunicaciones postales. No quiero seguir los grandes caminos trillados, sino ir a visitar rincones desconocidos. La necesidad de ahorrar también me aconseja, cuando existen dos caminos, elegir el más salvaje, donde abunden las tierras sin cultivar. De esta forma, los animales pueden pacer y no hay que pagar su comida, se acampa para evitar los gastos de hospedaje, se corta leña para cocinar y se recogen boñigas de los rebaños o estiércol de los camellos para encender una fogata por la noche. No hay que dar ninguna gratificación a nadie. Supone un ahorro considerable, y quien está acostumbrado a acampar descansa mucho mejor en su propia tienda que en cualquier casa de pueblo. En tales caminos, como es natural, no hay correo. Además, no puedo establecer un itinerario fijo. Sería muy difícil en cualquier época, pero es imposible en los momentos turbulentos que estamos atravesando. China y Mongolia se encuentran en unas condiciones particularmente inestables. El gobernador de cada provincia está en guerra con su vecino. Desde luego, no es una época que facilite establecer un itinerario por anticipado. Puedes verte obligado a dar marcha atrás hacia el este cuando te diriges hacia el oeste y viceversa. Así que, ¿cómo vas a indicar con varios meses de antelación el lugar por donde pasarás? [...]

Métete bien en la cabeza que bajo ninguna circunstancia debes hacer que me busquen a través de la legación o de cualquier otra forma; podrías comprometer gravemente mi seguridad y la de mis sirvientes. [...]

Creo que huelgan más explicaciones para expresarte mi deseo de pasar inadvertida, el cual ha aumentado debido a la penuria de mis recursos. Me molestaría tener que hacer el papel de extranjera con mis hopalandas mugrientas, los harapos que lleva Aphur, los cuatro platos que componen toda nuestra vajilla y el resto del mismo estilo. Una «dama de París» debe viajar en silla de manos, así lo requieren aquí las normas, y si acampa no puede asumir la tarea de ir a recoger leña a orillas de los ríos o estiércol seco de la estepa. Si hace frío, no puede sentarse en torno a una hoguera común junto a sus hombres o los nómadas con los que se encuentre. Sin duda alguna, debe llevar a lomos del camello una gran provisión de petróleo y tener una estufa en su tienda, como hacían Sweed Hadin y los demás. Lo entiendes, ¿verdad? Yo, cuando quiero leche, me dirijo a los nómadas y la mendigo de tienda en tienda. Les digo a las mujeres: «Dadle leche a una religiosa que no come carne, y que el número de vuestros corderos y vuestros yacs sea tan grande como el de las estrellas del cielo.» Eso es muy bonito en el desierto y bebo hasta hartarme, pero no es en absoluto propio de una «dama parisense».

Kum-Bum, 15 de noviembre de 1920

[...] Estoy sola con un viejo campesino, mi ex lechero y un muchacho. Aphur ha ido a un monasterio situado en los confines del Kuku Nor y el hombre de Lhassa tiene un mes de permiso. Aphur está buscando un libro que quiero y que quizás pueda estar en dicho monasterio. También desea celebrar allí la ceremonia de su consagración como *bbikshu*, que es mucho más complicada entre los lamas que en Ceilán. Ha tardado mucho porque se lo toma muy en serio, pero esta vez está totalmente decidido y no quiere ponerse en camino antes de haber resultado esta cuestión. Si la ceremonia se celebra en Dankar Gompa (es el nombre de ese monasterio), iré. Hace buen tiempo, la carretera es una delicia y sólo son tres días de viaje desde Kum-Bum hasta allí. Tengo interés en hacer algunas fotografías de los asistentes. Te las mandaré. El pequeño no ha elegido su vocación; como es costumbre en el Tíbet —costumbre muy nefasta, por cierto—, lo llevaron sus padres al monasterio y lo consagraron como religioso a los 8 años. Como aprendía con facilidad, pasó al segundo grado de la orden antes de cumplir 14 años. La mayoría se quedan ahí. No es posible convertirse en *gelong* (*bbikshu*) hasta los 21. Durante mucho tiempo creí que Aphur adoptaría la vida laica; hablaba de casarse cuando volviera a su país. Pero luego, de un modo parecido a como me dijiste que le pasó a tu hermano Elie, fue tocado por la gracia (¿?). Me expuso sus razones de una forma muy inteligente y está totalmente decidido, así que no hay más remedio que dejarlo hacer. Por lo demás, ello no influye en su deseo de permanecer conmigo y de ayudarme en mis trabajos orientalistas y de otras muchas formas menos nobles pero sumamente útiles. [...]

Kum-Bum, 11 de enero de 1921

[...] Hace quince días se produjo un temblor de tierra considerable. Yo nunca había visto ninguno parecido. Duró cinco minutos largos. Creo que ya te hablé de esto en una carta anterior. Tuve que coger la lámpara para evitar que se cayera de la mesa, mi casita literalmente bailaba y después tuve náuseas, exactamente igual que si hubiera nageado. La sacudida, aunque fue fuerte, en Kum-Bum no tuvo consecuencias, pero en el sureste de la provincia ciudades enteras han quedado destruidas y hay miles de muertos. Algunos pueblos han desaparecido bajo el suelo; sólo se ve un inmenso agujero en su lugar. En un sitio, un venerable morabito considerado un santo estaba en la mezquita cuando la tierra literalmente se abrió, y el pobre hombre, junto con una treintena de fieles, fue engullido con los restos del edificio. Los chinos están aterrorizados. En Xining, el general ha ordenado repartir generosas limosnas, con la esperanza supersticiosa de pro-

tegerse mediante su caridad. Los misioneros ingleses anuncian más que nunca el inminente regreso de Cristo.

«*The Lord Jesus may come any day*», me escribe uno de ellos. No sé si captas bien el verdadero sentido de *any day*; significa sin tardanza, mañana, pasado mañana. Cuanto más se acumulan las calamidades, más contenta se pone esa gente, porque está escrito que todos los males se abatirán sobre la humanidad antes de la aparición de Cristo y saludan con alegría esos signos precursores.

Las fábulas budistas, como todas las fábulas, son absurdas, pero dicen que la aparición de los budas viene precedida de signos benignos. Hace un tiempo agradable, todos los árboles florecen y dan al mismo tiempo unos frutos excelentes. Las cosechas son espléndidas, todas las mujeres embarazadas traen al mundo, sin dolor, niños espléndidos. Y lo mismo en lo que se refiere a las hembras de los animales. Todos los pobres se hacen ricos, nadie padece frío o hambre. Los que odian a los demás ven que su odio se transforma en amistad. Padre, madre, hijos, esposos y amigos se quieren con más ternura que nunca. Todos los Estados en guerra firman la paz. La prosperidad reina por doquier. Los habitantes de las regiones infernales dejan de sufrir.

Quizá sea infantil, pero revela una imaginación graciosa, no se puede negar, y es preferible a las descripciones de horrores, matanzas y sufrimiento en las que se complacen los cristianos. ¿A ti qué te parece?... En fin, hay gustos para todo. [...]

Kum-Bum, 21 de enero de 1921

Adjunto te envío un artículo para el *Mercure*. Le he escrito directamente al director sobre él, diciéndole que tú se lo harás llegar. ¿Quieres tener la amabilidad de encargar que lo copien a máquina y enviarlo junto con una nota al director del *Mercure de France*, 26 rue de Condé, París (Odéon). Trata de un tema muy actual y del que se habla mucho en las legaciones de Pekín, así como entre la colonia extranjera en toda China. Probablemente poca gente esté al corriente de ello en Francia, lo que me parece un motivo para que el artículo interese. No creo que pueda enviar más textos en mucho tiempo. Parto dentro de unos diez días y, naturalmente, estoy muy ocupada. Voy a gastar una elevada suma (quizá 40 taeles) para mandar mis libros y mis objetos a Pekín por paquete postal, pero no veo la manera de evitar ese gasto. Quién sabe si alguna vez me será posible volver aquí para recuperar mi equipaje. Dejarlo detrás de mí sería correr un gran riesgo, el de perder todos los libros y objetos que he acumulado. [...]

Desde una aldea china de Gansu cuyo nombre desconozco

en los alrededores de Nienpai,

24 de febrero de 1921

Salí de Kum-Bum el 5 de febrero, un espléndido día soleado, uno de esos días en los que el cielo está azul y la tierra amarilla, como dicen los chinos. ¡En marcha hacia una gran aventura!

De hecho, antes de llegar muy lejos empezaron las emociones, y de un tipo muy inesperado. Desde mi llegada a Kum-Bum (dos años y medio), el jefe de la Misión protestante en Xining se encargaba de negociar mis cheques. Todo había ido moderadamente bien y estaba confiada. En los últimos tiempos le había remitido unos cheques por cantidades bastante elevadas, y los últimos ascendían a 570 dólares. [...] Según me había indicado él por carta, tenía que cobrarlos en la Misión de Lanzhou a mi paso por esa ciudad, lo que me iba muy bien. Pero resulta que, al no poder llevar todo lo que necesito en dinero debido al peso, le escribo al encargado en Lanzhou, quien se suponía que tenía el dinero, diciéndole que me compre oro. Respuesta: «Todo su dinero ha sido ingresado en la cuenta del señor Ridley. Dígale que me escriba para poder pagarle.» Era correcto. [...] Llego el sábado por la noche y el domingo voy a tomar el té a la Misión. El señor Ridley me reitera que podré cobrar mi dinero en Lanzhou. Sin embargo, al anochecer recibo una carta singular y tendenciosa del señor Mann en la que dice: «Todo su dinero ha sido ingresado en la cuenta del señor Ridley y su saldo aquí está a cero. Le escribo a fin de que pueda aclarar las cosas con él en Xining.»

A la mañana siguiente me apresuro a ir a la Misión. El señor Ridley adopta una curiosa actitud. [...] Luego me dice que ha enviado los cheques por correo sin certificar la carta y se limita a añadir: *I am sorry for you Mrs. Néel, your money is lost.* (Lo siento por usted, señora Néel, su dinero se ha perdido.) Lo único que yo veo es esto: ¡500 taeles, más de lo que gasto en un año! [...]

Esta aventura me ha costado diez taeles en telegramas y me ha obligado a quedarme más de diez días en Xining, donde no tenía nada que hacer, pero la Misión va a indemnizarme y tengo unas cartas para que me paguen lo que me corresponde a mi paso por Lanzhou. Por lo demás, han intentado salvar a su colega de la vergüenza telegrafíandome para decirme que los cheques acababan de llegar a Lanzhou. Una mentira estúpida. El correo tarda seis días de Xining a Lanzhou y se supone que los cheques habían sido enviados a mediados de diciembre. ¡Tendrían que haber permanecido flotando entre cielo y tierra durante seis semanas! Bien, ¿qué te parece? El hombre ronda la sesentena y vive miserablemente. ¿Qué vicio oculto tendrá para gastar tanto dinero? Aphur y yo temíamos a los salteadores de caminos y resul-

ta que nos ha desvalijado un predicador inglés, antes incluso de ponernos en camino. ¡No es ninguna tontería! [...]

Desde Lanzhou, 2º marzo de 1921

[...] Aquí he tenido forzosamente que aceptar algunas invitaciones: cuatro cenas y dos té, incluida una gran cena en mi honor en casa del comisario de Correos, que tenía mucho interés en halagar a una francesa porque el director general de Correos chino es el señor Desotelant, un francés. ¡Qué absurdo y falso es todo lo que se dice en semejantes ocasiones! [...]

15 de marzo, Lanzhou

[...] Espero escribirte otra vez dentro de unos días desde una localidad musulmana situada más al sur, que es a donde me dirijo. Siguen corriendo rumores de una revuelta en esa zona. No he podido encontrar a un solo chino que quisiera aventurarse por allí con una carreta para transportarme, pues les tienen mucho miedo a los mahometanos. [...]

Ho-jo, 24 de marzo de 1921

Si mi viaje tuviera que proseguir a la velocidad actual, sin duda alguna batiría la marca de lentitud de las peregrinaciones de Ulises por el Mediterráneo. Primero la extraña desaparición de mis cheques que ya te conté; luego, en Lanzhou, la dificultad para conseguir oro y más problemas de dinero con el misionero inglés local, que quería endosarme dólares de Hong Kong, que apenas valen 0,50 tael, por 0,80 tael, y además 5 tael de plata de mala calidad. Finalmente, desde que partimos Aphur está enfermo; sufre terribles neuralgias y dolor de oídos.

Yo sé lo que es eso, pues también lo he padecido, pero en su caso la cosa se complicaba porque la temperatura le había subido a 40°. Le administré lo que me pareció más apropiado de las medicinas mifificas y costosas que las hermanas del hospital francés me han mandado. Demostrando un gran valor, al día siguiente se levantó y montó en su caballo, pero hacia el final de la etapa hubo que bajarlo a toda prisa y se desplomó al borde del camino. En el pueblo vecino no hay albergue. Una especie de muecín de la mezquita nos ofrece su habitación y se va a dormir con su mujer a la cocina. Mis hombres se acuestan en el establo, sobre la paja, y yo instalo a Aphur como puedo en el cuartito y me tiendo en un rincón. Se pasa toda la noche moviéndose y gimiendo, le doy más medicamentos y, por la mañana, dice que quiere seguir. Desde entonces está mejorando, aunque por la noche sigue teniendo fiebre. Desde que llegamos a Lanzhou, yo apenas duermo. Tengo fie-

bre todas las noches y ese extraño hormigueo en las piernas que hace años tú notabas.

[...] Viajamos a través de altas montañas secas donde sólo se bebe agua que se recoge en cisternas durante la estación de las lluvias. El camino era de los que en este país se califica de muy buenos, pero en ellos hay enormes desniveles. De repente se asciende a 1.500 metros, se baja bruscamente a 1.000, se vuelve a subir a 1.200 y así continuamente. Dudo que este ejercicio sea beneficioso para los corazones y los pulmones débiles, pero no me perjudica. Tuvimos que recorrer varios kilómetros (una treintena) por desfiladeros rocosos que según dicen están infestados de bandidos. Hace poco atacaron a cuchillazos y desvalijaron a algunos transeúntes. Yo había dispuesto que nos pusieramos lo que llamo el uniforme de batalla. Los hombres llevan oropellos que recuerdan los de los soldados, metemos cartuchos en los fusiles y los revólveres y, generalmente, yo voy delante, a pie, mal vestida..., una pobre anciana que camina y no tienta a los ladrones. Si viera algo sospechoso, se lo indicaría a los demás, que escoltan el equipaje, para que estuviesen preparados. Pero una vez más todo fue bien y pudimos disfrutar tranquilamente del paisaje, un caos de montañas rojas y rocas desprendidas enormemente pintoresco. El séptimo día después de partir de Lanzhou llegamos a Ho-jo, el corazón de la región musulmana de Gansu. La pequeña ciudad se alza entre inmensos campos perfectamente irrigados, en un vasto valle regado por un hermoso río. En verano debe de ser un pequeño Edén, cuando los árboles están cuajados de hojas y los campos verdes. De aquí es de donde partió la señal de la revuelta que hace veintisiete años asoló Gansu. De momento se está preparando una tormenta.

[...] El viaje me interesa, pero ya he visto tanto que forzosamente me siento un poco hastiada. Llegará un día en que lo único que me guste de verdad será la soledad, las nubes desplazándose sobre los montes y mis libros. Habíamos tenido sol desde que salimos de Lanzhou, pero ayer, en las altas montañas, se formó bruma. El aire tenía el sabor picante y un tanto húmedo de los climas himalayos. Mientras atravesábamos las tierras sin cultivar, pensaba en el Sikkim de las altas regiones de la frontera tibetana, pero este lugar no era más que una pálida copia de él. ¿Hay en el mundo otra tierra parecida a aquélla?...

Lhabrang, 30 de marzo de 1921

Proseguimos la marcha, adentrándonos cada vez más en las montañas, desde Ho-jo, hasta llegar a las tierras salvajes de Amdo, donde el paisaje ya no tiene nada de chino y en este caso sí recuerda totalmente al Sikkim septentrional. Valles estrechos recorridos por ríos claros de aguas verdosas o, al menos, que parecen tales, y torrentes

que saltan entre las rocas desprendidas. La región debió de ser en otros tiempos un enorme bosque. Las laderas de algunas montañas todavía están cubiertas de hermosos pinos, pero los salvajes que viven allí talan sin parar y no reforestan nunca, así que ahora la mayoría de las montañas están peladas, a punto para que se produzcan desprendimientos. Se recorren centenares de kilómetros en medio de tal devastación. Los albergues son cada vez más miserables. En una de las etapas nos indican una casucha, pero un viejo se niega a cederme su habitación y pretende que me acueste sobre la misma tarima que ocupan las mujeres y los crios de la familia. Aphur, que ha entrado a visitar el lugar, ve que no es indicado para mí, de modo que volvemos sobre nuestros pasos, cruzamos de nuevo un río y mendigamos asilo en la casa de unos musulmanes. Son unas personas amables y retiran sus mantas de la tarima. Tenemos una habitación y sitio para la mitad de los animales en el pequeño establo; las otras mulas y los hombres tienen que instalarse fuera. Al día siguiente me entero de que me he librado de una buena: si el viejo de la primera casa a la que nos habíamos dirigido me hubiera cedido su habitación y su tarima para dormir, me habría acostado en el lugar donde un leproso murió pocos días antes. ¡Encantador!

Los de Amdo son tibetanos, pero de esos que los habitantes de las provincias centrales llaman «hombres de los extremos», que significa, igual que en sánscrito, «no civilizados, salvajes». De hecho, hombres y mujeres, desnudos bajo las pieles de cordero mugrientas que llevan, tienen mucho de salvaje cuando se los observa de cerca. De lejos, el efecto es diferente. La mugre le da a la piel animal una cálida pátina tostada que la hace parecer terciopelo. Las mujeres llevan cosidos sobre la hopalanda, que es muy larga y llega hasta el suelo, ornamentos de algodón de colores vivos (rojo, verde, azul intenso), y colgados de la cintura chales de los mismos colores.

Todas van tocadas con sombrero, unos puntiagudos y otros redondos en forma de rodete, de piel de zorro o simplemente de cordero. Al verlas de tal guisa trabajando en los campos se tiene la impresión de estar viendo un extraño grupo de castellanadas de la Edad Media, enganchadas a arados primitivos o desfondando la tierra para la siembra. Los maridos de las bellas damas también trabajan, pero sólo unos cuantos. Parte de ellos bate la región en busca de viajeros para asaltarlos mientras sus esposas velan por la propiedad familiar. ¡Cándidas costumbres! ¡Comovedora ingenuidad!

Paso una noche en Sosamo [...], «tierra nueva» en la lengua de Amdo. Hay un gran albergue regentado por un traficante musulmán que explota a los indígenas. Les compra madera y pieles y les vende todo lo que ellos necesitan, practicando la usura, por supuesto. Allí

me dan una habitación que me parece un paraíso después de los alojamientos de los últimos días. Aphur y yo disponemos de toda una planta. Dos habitaciones y una antesala con balcón. ¡Es principesco! Desde el balcón veo a dos princesas salidas de algún cuadro antiguo, con caperuzas forradas de piel y vestiduras que arrastran un poco. Cada una de ellas lleva a la espalda un haz de leña. El musulmán decreta: 300 sapeques (según la costumbre china, 300 significa 150). Una de las mujeres refunfuña, quisiera más. El comprador, un jayán impaciente y bien vestido, completamente de negro como un hombre distinguido, introduce un dedo juguetón por la abertura de su pelliza, le pellizca la barbilla y remata este gesto Richelieu y Regencia depositando los 150 sapeques en la mano de la «princesa encaperuzada».

¡Qué extrañas resultan algunas cosas en ciertos decorados que parecen totalmente inadecuados!

La etapa siguiente había que realizarla en una región, según decían, poco segura. Ocho muleros que escoltaban un convoy de mercancías se alojaban en el mismo albergue que nosotros y decidí ir detrás de ellos. En tales casos, cuantos más se es, mejor. Esa gente tiene la costumbre de partir antes del alba. Por miedo a quedarnos atrás, nos despertamos y preparamos nuestras cosas poco después de medianoche. Nos ponemos en marcha a la luz de la luna (estamos a 21 del mes lunar). La carretera, que ayer era mala, hoy es peor: estrecha, con rocas que dificultan el paso, tan pronto formando cuestas ascendentes pronunciadísimas como pendientes del mismo tipo que bajan desde gran altura hasta el río, y extendiéndose sobre deteriorados trozos de madera encajados entre las rocas. Hay que cruzar infinidad de puentes, y en este país no se aprende a construir los puentes en la Escuela de Ingenieros. Dos o más árboles bastante largos para cruzar el río y, sobre éstos, un montón de tablas y palos. Cuando se adentran varios animales en esta «obra de arte», el entablado comienza a ondear como las telas de fondo que simulan el océano en el teatro. Es divertido ver navegar entre esas olas a los animales cuando no te pertenecen. Pero, si eres su propietario, no te hace tanta gracia, pues la diversión se mezcla con la inquietud que sientes al verlos caer finalmente al agua con los bultos. Cuanto la cosa ha ido bien, uno puede disfrutar del placer de la travesía e imaginar que está en una feria, sobre un «suelo rodante» u otro mecanismo parecido. No hay camino, por difícil que sea, que no tenga un fin. Hemos llegado bien a Lhabrang este mediodía. Querían alojarme en el monasterio, pero eso exige ofrecer presentes y mis recursos me prohíben ser espléndida. Me han encontrado una habitación espaciosa en el piso superior de un albergue que me bastará para pasar el único día que pienso estar aquí. Acaban de traerme un cordero entero de parte del padre del gran lama de Lhabrang

(éste es todavía un niño). Es preciso que no le sigan más regalos, ya que corresponder a ellos de conformidad con las normas de cortesía resulta demasiado oneroso. [...]

31 de marzo. He dedicado la mañana a visitar detenidamente el gran monasterio. Hay más riquezas acumuladas que en Kum-Bum, pero en general Kum-Bum parece mejor pese a tener menos edificios. Te envío una gran fotografía que te permitirá hacerte una idea de la extensión del monasterio.

He visto al joven gran lama, cuya fotografía también verás. Es un niño de seis años que ya ha aprendido a sentarse con aire grave y a repartir trozos de tela de seda de colores a sus visitantes, según la costumbre tibetana. He tomado el té con sus padres, que son de Kham (concretamente de Letang, que no está lejos de Hanoi ahora que el ferrocarril llega hasta Yunnan-fu). La madre es una mujer alta y robusta, risueña y con la cara redonda; parece napolitana. El padre es un gigante; se mueve con gestos seguros entre el lujo recién adquirido. Parece inteligente y habla con soltura de cuestiones de política local. ¿Qué sería antes de que su hijo fuera reconocido como la reencarnación del difunto gran lama de Lhabrang?... A juzgar por su aspecto y por la región de donde es, cabe pensar, sin gran peligro de equivocarse, que debía de dedicarse a asaltar por los caminos y que tiene más de un cadáver sobre su conciencia. Y ahora se ha convertido en un gran señor y, mientras su hijo viva, él y su familia vivirán en un palacio.

2 de abril. Aún no he podido escapar. Aquí conozco a gente. Un lama me invitó a cenar. Una cena al estilo chino y por todo lo alto, con un número incalculable de platos. Empezamos tomando té y pan seco, seguido de arroz azucarado con mantequilla; luego vienen diferentes clases de entrantes, camarones, algas marinadas..., siguen fideos de harina de garbanzo, desgraciadamente cocinados con cerdo, que les da un sabor desagradable, y la serie continúa, continúa... Hay una vajilla china preciosa, tazas de plata artísticamente cincelada, y los palillos que sustituyen a nuestros cubiertos son de marfil. Mi anfitrión es muy rico. Cuando lo conocí estaba proscrito por las autoridades de Lhabrang. Regresó siguiendo los pasos de los soldados que incendiaban los monasterios del país, poniendo su disputa como excusa para saquear por doquier en toda la región. ¿Tenía derecho a hacerlo?... Quién sabe. Además, no es asunto mío. También he estado en casa de unos *nags-pa*, unos hombres de largas cabelleras enmarañadas que son los sacerdotes del antiguo culto *bon*, mezclado en la actualidad con algunas nociones budistas. En general, son personas amables, y los que yo he visto aquí no son una excepción de la regla.

3 de abril. Uno de los animales cojea; le hemos administrado unas medicinas después de haberle curado la pata. Hay que quedarse otro día. Un tibetano de Kham, que se ha establecido aquí como comerciante, está empeñado en invitarme a cenar. Su mujer, de punta en blanco, vino a invitarme ayer, y él personalmente monta guardia ante mi puerta desde esta mañana. Todos estos últimos días ha habido una procesión continua en mi habitación, sobre todo de mujeres. Venían a prostrarse y a pedir la bendición. Por comparación, me hago una idea de lo pesadas que deben de resultar las giras de los grandes lamas, ya que se los venera diez y hasta cien veces más que a mí humilde persona.

Por favor, conserva esta carta por los detalles que te doy en ella, que más adelante me servirán para refrescar la memoria.

No me encuentro muy bien. Mientras cabalgo o camino, más o menos voy tirando, pero en cuanto me detengo me asalta el reuma y, lo que es más curioso, mi antigua neurastenia.

¿Veré el final del viaje que he planeado?...

New Taochou, 9 de abril de 1921

Llegamos aquí anoche tras haber atravesado durante varios días la pintoresca región de Amdo. Las aventuras se reducen a bromas gastadas por Aphur a los lugareños. Como partimos de Lhabrang ya un poco avanzado el amanecer, no pudimos completar la etapa que nos habíamos marcado e intentamos que nos alojasen en una aldea que nos venía de paso. No sé cómo, Aphur se había enterado en Lhabrang del nombre de un campesino que residía por allí; el caso es que envió a uno de mis hombres a preguntar dónde estaba la casa de fulano de tal y a decirle a éste que íbamos de parte de un lama muy conocido en Lhabrang con la orden de que nos tratase bien. Aquello obró maravillas; me encontré instalada en un espléndido cuartito donde pasé la noche con toda comodidad. La otra cara de la moneda fue que me vi obligada a «trabajar». Me refiero a bendecir a todo el pueblo, que desfiló por allí, y a atar cintas y soplar encima para garantizar la longevidad; también se me rogó que bendijese la cebada, que a continuación los campesinos se repartieron, que exorcizara la casa donde estaba para expulsar a los demonios que pudiesen alojarse en ella y, a modo de colofón, que dijera dónde renacería un anciano que había muerto dos días antes. Uno se hace a todo; consigo realizar esos ejercicios variados sin echarme a reír, pero me agotan. Tiempo atrás intenté explicar lo mejor que pude a los crédulos solicitantes la inutilidad de todos esos ritos; no me creyeron y me acusaron de ser una misionera cristiana que trataba de destruir su verdadera religión. Aphur, que cultiva un tipo muy personal de escepticismo, se encoge de hombros y me dice

cuando se presenta la gente de buena fe: «¡Bah! Pues sople sobre la espalda de ese reumático o en el oído de ese sordo; no empeorarán y les complacerá. Además, estamos viajando, y ¿hemos decidido o no hacer de lamas?... Si lo hemos decidido, hay que llevar el juego hasta el final o despertaremos sospechas y creerán que somos unos intrusos, cosa que no es cierta, pues después de todo somos verdaderos lamas, aunque de un orden mucho más elevado que los que frecuentan esos pobres ignorantes.»

En Kargnac, un nombre de reminiscencias bretonas, este mismo loco le contó a un chiquillo que yo tenía cien años. El pequeño se apresuró a decírselo a su padre, un chino. Éste, maravillado, se lo dijo a su vez a otros, y así la admiración se apoderó de todo el pueblo. Jamás, decía la gente, habían visto a una persona tan bien conservada y, sobre todo, tan ágil a semejante edad. No me hubieran echado más de 45 años, 48 a lo sumo. En esta ocasión, chinos e incluso musulmanes vinieron a prosternarse y a traer presentes: panes, galletas y hasta monedas. [...]

Songpan, 15 de mayo de 1921

Te escribo unas páginas con la esperanza, muy alejada de ser una certeza, de que las recibas. Hemos ido a parar al centro de un auténtico caos. Cómo saldremos de él es un problema bastante arduo pero que espero que se resuelva felizmente, como tantos otros se han resuelto en mi vida.

Mi última carta fue echada al correo en Minchow. Desde allí viajamos a través de hermosas montañas hasta Siku, una carretera difícil, caminos que suben y bajan en vertical sobre rocas desprendidas, que sobresalen a modo de cornisa por encima de los ríos, y todos tan estrechos que a veces sería imposible poner los pies uno junto al otro. Cómo pasan las mulas por ahí sigue siendo un misterio para mí, pero el caso es que pasan. Estuvimos a punto de darnos un buen baño al cruzar un río por no encontrar el vado. Contábamos con reaprovisionarnos en Siku, pero sólo encontramos un poco de harina. Desde allí fuimos a Nanping a través de una región habitada por gentes de raza tibetana. Varios años de malas cosechas, las correrías llevadas a cabo por distintos bandidos y las contribuciones recaudadas por los funcionarios han dejado al país en las últimas; no hay nada para comprar, ni para los animales ni para las personas. Tenemos que arreglárnoslas con la harina, y ya ni siquiera eso nos queda. Tengo que comer cordeiro seco al sol que he traído para los hombres en casos extremos de este tipo, lo que me aparta desagradablemente del régimen vegetariano. Digiero bien ese alimento de salvajes, pero me produce una erupción parecida a la urticaria y muy molesta. De vez en cuando recojo

cardillos silvestres, pero no hay en todas partes. La región es muy pintoresca. Sigo bendiciendo a personas y cosas y predicando el futuro, y así consigo algunos huevos y otras delicias rústicas. Durante unos días, la carretera es mejor; atravesamos bosques llenos de árboles en flor, pero no encontramos ni cien metros de terreno nivelado. Subimos, bajamos, cambiamos de altitud tres o cuatro veces al día. Un día, al anochecer, llegamos a un pueblecito llamado Gomi. Uno de sus habitantes, con el que nos encontramos por el camino y que nos adelantó, nos invitó a alojarnos en su casa. Nos informamos, pues, de dónde vive, pero nada más llegar los hombres, que me preceden con el equipaje, se encuentran con un individuo enviado por el jefe de la localidad, el cual prohíbe a los lugareños que nos alberguen y nos vendan sea lo que sea. Aphur y yo vamos detrás a pie, y yo llego cuando la escena ya está en plena efervescencia. Aparto a la multitud y veo delante de mis tres hombres y las mulas a un energúmeno que vocifera, con los ojos desorbitados y gesticulando de forma amenazadora. La gente aún no dice nada, pues no sabe muy bien por quién decantarse, pero situaciones así son peligrosas y es preciso salir de ellas cuanto antes, so pena de ver que toman un mal giro. Miro a mi alrededor y calculo más o menos la gente que hay: unos cincuenta hombres sin armas. Resistiremos con las que nosotros tenemos si las cosas se ponen feas. El criado de Lhassa me pregunta lacónicamente: «¿Hay que atizar?» Por supuesto que sí, si no queremos que nos apaleen a nosotros. Respondo en tibetano algo que puede traducirse por «adelante» y, plaf, el orador furibundo recibe un fuerte puñetazo en pleno estómago; no tarda en seguirle una bofetada susceptible de dejar atontado a un buey, propinada por uno de mis jóvenes sirvientes, mientras que el otro, por detrás, golpea al personaje en las costillas con un garrote. Éste se desploma y la muchedumbre retrocede. Se ha producido el efecto deseado: no nos atacarán. Vemos un espacio libre. Digo: «Colocad los fusiles y los revólveres a la vista, plantad las tiendas y decid que no se le ocurra a nadie venir a merodear por aquí durante la noche porque dispararemos de inmediato.» Se hace el vacío. Una anciana, haciendo caso omiso de las órdenes del jefe, nos trae una brazada de leña para encender fuego. Un intermediario oficioso enviado por el jefe viene para contarle a Aphur que este último tiene ciento cincuenta soldados apostados en el puerto que tenemos que cruzar al día siguiente y que no puede de pasar nadie sin llevar una carta con su sello. Dice también que el jefe registrará nuestro equipaje a la mañana siguiente, etcétera. Lo oigo todo desde mi tienda y comprendo el significado de la aventura. El jefe nos toma por tibetanos de verdad, ricos mercaderes o lamas, y quiere obtener de nosotros un sustancioso provecho. Para ello, intenta asustarnos. Salgo y le digo en tono seco al hombre que se marche,

que su señor no verá nuestro equipaje, que me importan un bledo sus soldados y que le enviaré mi documentación para que se entere de quién soy. Así pues, mando a uno de los jóvenes criados con mis documentos y los de Aphur, porque éste tiene los papeles en regla, expedidos en Pekín y con mención de su título de lama concedido por las autoridades pertinentes (un ministro chino). Poco después llega una embajada trayendo un chal de seda a guisa de cumplido, grano, paja para alimentar de sobra a nuestras mulas durante dos días y harina para nosotros. El jefe también presenta sus excusas, arguyendo que no podía saber quiénes éramos. Esta procesión, precedida de linternas (porque está oscuro), debe de impresionar a los lugareños. «Pues si el jefe tiene soldados, quiero cuatro para que nos escolten hasta pasado el puerto», digo. Al día siguiente, cuatro lugareños son puestos a nuestra disposición para que nos hagan de guías y conduzcan las mulas, dado que el camino es difícil. Huelga decir que no hay un solo soldado en la montaña. El ascenso hasta el puerto, que es muy elevado, es durísimo tanto para los pobres animales como para las personas, a excepción de mí, que voy a lomos de la mula grande, robusto animal que me lleva sin ninguna dificultad por muy empinados que sean los caminos. Al bajar tengo que poner pie a tierra. Como se hace tarde, envío a dos de los criados a explorar con dos guías y yo me quedo con Aphur, el otro sirviente y un guía. Sólo hay tres; el cuarto estaba leproso y lo mandé de vuelta nada más verlo aparecer. La carretera es larga, ¿Cuánto? De 20 a 25 kilómetros pedregosos, enfangados y llenos de matorrales espinosos. Cada uno de los diferentes aspectos del camino te infinge un dolor nuevo. Y la pendiente es tan empinada que resulta difícil mantener el equilibrio. Se nos hace de noche en el bosque. He tenido la precaución de llevar una linterna china a fin de no darmes de narices con los bloques rocosos o los troncos de árbol. Confieso que estoy derrengada y que tengo que descansar con frecuencia. Aphur me anima con frases como: «Vamos, haga un esfuerzo o no llegaremos nunca.» Se ofrece a llevarme, pero por semejantes senderos eso equivaldría a desnucarnos los dos. Durante uno de esos momentos de descanso es cuando el guía nos cuenta que en ese bosque abundan los leopardo. Los hombres de su pueblo capturaron seis el año pasado, y de vez en cuando también hay tigres. Ese discurso no le hace ninguna gracia a Aphur, quien me comina más enérgicamente que nunca a «hacer un esfuerzo» y se pone a improvisar ritmos variados con un silbato que lleva colgado del cuello para llamar a los muchachos. Supone que a las fieras no les gustará esa armonía y se mantendrán alejadas.

De pronto oímos que nos llaman desde muy lejos y media hora larga después llega un anciano. Es un *trapa* que ha vivido en un mo-

nasterio de Lhassa. Solicita mi bendición y luego baja de nuevo con nosotros. Poco a poco el camino mejora y, finalmente, vemos brillar unas fogatas a través de las ramas. La viva luz deslumbra, en contraste con la profunda oscuridad. Distingo vagamente a unos hombres que vienen a mi encuentro llevando unas ramas prendidas a guisa de antorchas y quemando unas hierbas aromáticas que producen como mínimo tanto humo asfixiante como perfume. De vez en cuando se detienen, y unas formas surgidas de las tinieblas circundantes se prosternan; distingo las siluetas de unas cabañas, una especie de aldea forestal, y llego a mi tienda bastante extenuada pero no tanto como para no disfrutar de lo pintoresco del decorado. Pasé dos días en esa aldea descansando, pero los alimentos, aparte de algunas verduras silvestres, seguían siendo tan escasos como antes. Desde allí teníamos que ir a Nanping, una pequeña ciudad, atravesando de nuevo un elevado puerto rodeado de bosques. La subida fue maravillosa, entre pinos y otros árboles de donde emergen picos rocosos de extraño perfil dentado. Una peña en forma de *chörten*. Encontramos dos ataúdes al borde del camino, uno intacto y el otro podrido. Los chinos de esta región, en vez de enterrar a sus muertos, suelen dejarlos al aire libre. Por eso se ven decenas de ataúdes en ciertos rincones de la montaña. Mis hombres miran la osamenta deseando encontrar una tibia para hacer una flauta, pero las tibias no están. Aphur, demostrando ingenio, propone abrir el ataúd intacto para ver si en ése todavía están las tibias. Pienso en la diferencia de costumbres; en Occidente, violar una sepultura es un crimen y se castiga, mientras que los tibetanos no ven en ello nada reprobable. Los laicos se abstendrían de hacerlo por miedo a irritar a los espíritus malignos, pero Aphur se las da de yogui y es decidido, y los demás están convencidos de que, si la flauta es para mí, yo conjuraré a todos los demonios que podrían querer perjudicarles. ¿Acaso no llevo, a guisa de collar, una guirnalda de 108 arandelas de cráneos humanos, adornada con cabezas de muerto esculpidas? ¡Valientes simplices! A mí no me entusiasma revolver la podredumbre y, a falta del miedo a los diablos, les temo a los microbios. El cólera causó grandes estragos el año pasado..., nunca se sabe. «No abráis el ataúd, a los chinos no les gusta que molesten a sus muertos y no hay que ofender a la gente entre la que se vive», digo, y seguimos adelante. Al otro lado del puerto nos espera una nueva aventura. Bajo a pie con Aphur, entre un fango inimaginable; los hombres y los animales han tomado la delantera. Después de tres horas de marcha, encontramos un sendero bueno a través del bosque. Disfrutamos del paisaje cuando aparecen dos hombres que caminan en dirección contraria. Van vestidos con andrajos y llevan el cabello enmarañado. Uno lleva un fusil antediluviano y el otro una pica de esas en cuyo extremo se balancean

las cabezas de los nobles en los cuadros que representan escenas de 1793. Los dos singulares personajes se apartan un poco entre la maleza para dejarme pasar y entonces aparece un tercero llevando en la mano un arma increíble, de las que sólo se ven en los accesorios de teatro: un cuchillo triangular, una especie de puñal de la longitud de un antebrazo. Nos quedamos boquiabiertos. «Son cazadores», le digo a Aphur. «No —replica él—, son soldados.» En China he visto curiosos ejemplares de tipo militar, pero éstos realmente los superan a todos. Mientras reflexiono sobre ello, suenan unos disparos muy cerca de nosotros. «Soldados o no —le digo al pequeño—, tenemos que salir de entre la maleza o nos arriesgamos a que alguna bala nos alcance.» Apretamos un poco el paso y desembocamos en un claro donde hay una veintena de individuos del mismo tipo que los otros tres. Están tendidos en el suelo, y dos de ellos disparan al aire, sin apuntar a nada en concreto. ¿Nos han visto de lejos?... ¿Quieren darse importancia haciendo ruido o asustarnos?... Quizá las dos cosas, pero sin duda sobre todo la primera. También están con ellos unos chiquillos que llevan picas cuyo mango ha sido acortado a su medida. Se me ocurre que una fotografía de esos seres singulares sería un bonito documento, pero no llevo la cámara encima y, al pensar en las mulas, me olvido de la foto. Si más abajo hay una veintena de hombres como éstos, podrían correr el peligro de ser robadas. Los seudoguerreros no nos dicen nada, excepto uno, que pregunta: «¿Adónde vais?» «A Nanping», respondo sin detenerme, y proseguimos sin apresurarnos. Antes de que hayamos recorrido cien metros, toda la banda se levanta y empieza a seguirnos; los tres que se dirigían hacia el puerto han bajado de nuevo y también nos siguen. Al cabo de un rato avistamos a las mulas. Están todas con mis hombres, que me esperan para que monte, pues el camino ya es menos empinado. Al llegar a su altura, me siento para beber té; no hay que aparentar que queremos huir a toda prisa. Ha llegado el momento de hablar. «¿Quiénes sois?», pregunto. Uno que parece el jefe responde: «Somos soldados de Nanping. Nos han enviado para esperar a los soldados que tienen que llegar de Gansu, pero los muleros que acaban de pasar nos han informado de que no llegarán hoy, así que regresamos.» Se ha roto el hielo; los salvajes hablan, admirán mis botines americanos y mis grandes mulas, y proseguimos en compañía de los portadores de picas y de fusiles de la edad de piedra. No tienen intención, o no ven la posibilidad, de robarnos, aunque nos aconsejan que no entremos en Nanping porque está lleno de tropas y nos desvalijarán. Sin embargo, han mentido; no son soldados de Nanping y se detienen en un pueblo al pie de la montaña, mientras que nosotros proseguimos nuestro camino. Nanping está situado en un amplio y hermoso valle regado por un río de aguas claras.

Al llegar, nos cuesta muchísimo encontrar un albergue; está todo lleno. El gobernador de Sichuan, derrotado por un general rival y dado a la fuga, se encuentra en Nanping con varios miles de soldados, éstos decentemente vestidos y sin ningún parecido con los que nos encontramos por el camino. No nos atrevemos a acampar en un jardín que nos ofrecen unos hortelanos por miedo a los ladrones que podrían atacarnos por la noche. Un curtidor musulmán nos invita entonces a refugiarnos en un cobertizo y ordena de inmediato barrerlo y acondicionarlo lo mejor posible. En su casa hay también un establo para los animales y eso me decide. El cobertizo está dividido en varias partes; en una de ellas plantamos una tienda para mí. Aquí tampoco hay nada para comer, ni huevos, ni manteca, ni leche, ni verduras. Harina y cerdo salado es todo lo que podemos conseguir, y a un precio ridículamente elevado. No hay paja para los animales y el grano se paga diez veces más de lo que vale. Las tropas lo consumen todo. Nos enteramos de que las tropas que se espera que vengan por el puerto que hemos cruzado son un puñado de bandidos que quieren saquear la ciudad; los habitantes están consternados ante tal perspectiva. Presumo que los merodeadores que encontramos eran una avanzadilla de esos bandidos. Teníamos pensado descansar y dejar descansar a los animales. Estamos muy cansados después de cubrir largas etapas por carreteras difíciles, las mulas se han quedado sin herraduras hace tiempo y se lastiman con las piedras, pero quedarse es una imprudencia. Decidimos irnos al día siguiente de madrugada, igual de hambrientos nosotros y los pobres animales. Encontramos de nuevo una bonita carretera o, más bien, un sendero de montaña que bordea un largo río de aguas verdosas. Toda esta región es admirable.

El tiempo se torna lluvioso; el segundo día estallan violentas tormentas. Por cierto, no te he contado la tromba que nos cayó encima la noche que llegamos a Sichuan, después de los dos días pasados en la aldea forestal. Fue de una violencia poco corriente. Creímos que iba a destrozar mi tienda. Aphur se agarró a un palo y yo al otro, mientras que los muchachos, bajo una lluvia torrencial, se aferraban a la lona. Las tormentas siguientes distaron mucho de ser tan violentas, aunque nos dejaron empapados. Durante una de ellas recibí la siguiente respuesta por parte de uno de mis sirvientes. Al ver las lamentables condiciones en las que estaban, agotados por las largas caminatas y mal alimentados desde hacía semanas, les pregunté si preferían detenerse donde estábamos o seguir y tratar de encontrar un albergue. «¡Ah, nosotros no tenemos nada que decir al respecto —me dijo el hombre de Lhassa—. Si la muy Preciosa Reverenda (*Rimpoché*, una denominación muy respetuosa) nos dice que nos quedemos, nos quedaremos, si nos dice que caminemos, caminaremos, y si nos dice que nos deten-

gamos, nos detendremos.» Y los demás asintieron. Estamos muy lejos del bolchevismo. Pero no creas que esos hombres son imbéciles, ni mucho menos, lo que ocurre es que tienen una visión distinta de la de los occidentales. Su respuesta no implica en absoluto un servilismo ruin, sino simplemente una confianza ilimitada y el reconocimiento de mi superioridad. Esperan de mí que les ofrezca lo mejor y suponen que lo que yo decida será sensato y beneficioso para ellos. Aphur, por su parte, no es igual y discute; es el único bolchevique del grupo y creo que, en ese sentido, es simplemente mi alumno. Sin embargo, por más que sea de ideas avanzadas, nunca ha protestado cuando le he pegado.

Decido continuar y, de aldea en aldea, al caer la noche encontramos una donde un joven matrimonio chino nos hospeda. De este modo se confirma una vez más mi sabiduría. Después de esto vienen más jornadas a través de bosques —según dicen poco seguros—, llevando bien a la vista los fusiles cargados, y noches vigilando alrededor de los animales. Llegamos así a un monasterio de la antigua religión del Tíbet (*bon*). Es día de ayuno porque ha muerto un lugareño. Gran afluencia de gente al monasterio. La mayoría sufren de bocio, incluso los más jóvenes. De veinte personas tomadas al azar, hombres y mujeres, doce tienen bocio. Los *bon-po* circulan en torno al templo, dejándolo a su izquierda, mientras que los hindúes y los budistas tienen el objeto venerado a su derecha. Repiten: *Om matri ye salen dou*, en vez de: *Om mani padme hum*, pero también llevan cilindros de oraciones y tienen los mismos ídolos que los lamaistas. Resulta difícil aclarar cómo era su doctrina original, porque antes de la introducción del budismo los tibetanos no sabían escribir y, por consiguiente, no existe ningún libro que date de esa época. Tras la introducción del budismo, la doctrina de los *bon* y la de los budistas se mezclaron, evolucionaron a base de préstamos y concesiones reciprocas, y cuesta orientarse en ellas. En mi opinión, hay un tantrismo originario del Asia central, quizás el padre o, al menos, el hermano mayor del de la India y que puede presentar algunas afinidades con el taoísmo chino. Es una cuestión que me interesa desde hace mucho tiempo y, si puedo reunir a algunos colegas orientalistas para realizar investigaciones en distintas direcciones, intentaré arrojar un poco de luz sobre ella.

Dejemos esta cuestión, que apenas tiene interés para ti. Resultaba divertido observar la multitud variopinta reunida en el patio anterior del templo. En el Tíbet, el ayuno incluye abstenerse de hablar. Es una condición difícil de observar para quien no puede abstraerse en sus pensamientos. Así, se veía a unas viejas a las que atizaba el deseo de mover la lengua apretar los labios, poniéndolos en forma de hocico, y muscular tras esa barrera lo que deseaban decir y no podían articular

claramente. Parecían comprenderse muy bien unas a otras de esa manera. Los jóvenes, para divertirse, coqueteaban de forma muda y primitiva con los de su edad y fingían luchar a golpes de cilindro de oraciones. Un muchacho había cogido a una chica entre sus brazos en el atrio del templo mientras todos desfilaban alrededor del edificio, y defendía a su presa repartiendo patadas a las amigas de la víctima, por lo demás encantada y sonriente, que intentaban liberarla. Luego todo el mundo se puso a gritar a coro: *¡Aum matri ye salen dou!*, y por la noche hubo una borrachera general. Después me enteré de que el monasterio tenía mala fama y de que su abad, que tiene tres concubinas, es un borracho empedernido. Me consultó acerca de la elección de un emplazamiento para un nuevo cementerio y me preguntó si la situación del monasterio era «auspiciosa». Mi respuesta, complicada y muy en el tono requerido, no te interesaría.

Cuando nos marchamos de allí estaba cayendo un aguacero, pero enseguida amainó y proseguimos nuestro camino, de nuevo a través de un hermoso bosque, en medio de la soledad más absoluta. Al caer la noche nos encontramos en un maravilloso valle por donde un río corre y forma un lago. Por todas partes hay altas montañas cuajadas de abetos, y entre sus cimas asoman picos más altos cubiertos de nieve. Hay hierba para los animales, así que decidimos detenernos allí y la noche transcurre apaciblemente. Al día siguiente, otra jornada cabalgando por el bosque; por la mañana, tres hombres nos dan alcance, me piden que los bendiga y dicen que se dirigen a Songpan. Uno de ellos lleva un largo fusil tibetano, los demás no van armados, y creo que desean hacer el camino con nosotros para ir más seguros. No caminan tan deprisa como nosotros y por la tarde quieren detenerse; intentan convencernos de que el lugar es bueno para acampar. Mis hombres les harían caso gustosos, pero yo he decidido que no nos detendremos hasta que oscurezca para que resulte imposible vernos de lejos si unos merodeadores nos vigilan desde las montañas. Así pues, continuamos solos y hacia la puesta del sol llegamos a una especie de granero perdido en medio del bosque. Hay un chino y una cabra familiar. Podríamos poner a los animales a cubierto allí dentro, y eso es lo que hacemos tras haber parlamentado con el guardián, que al principio se niega a prestarnos su techo. ¿Qué es esa casa? No hemos conseguido averiguarlo, pero parece una especie de refugio construido por orden de los magistrados locales para los viajeros que pasan por el bosque. A la mañana siguiente llegan cuatro hombres y dos mujeres que se dirigen a Songpan. Llevan un fusil. Cuentan las historias de bandidos más aterradoras que quepa imaginar y afirman que la parte más peligrosa del camino es la que vamos a recorrer de subida hacia el puerto [...] El bosque es más frondoso que nunca; tengo que tenderme constante-

mente sobre la mula para evitar que las ramas me arañen la cara. Llegamos al puerto y vemos el montón de piedras y ramas habitual en honor del dios local. Somos quince en total y no hemos percibido nada sospechoso. Uno de los hombres que va a pie parte una rama y me la trae para que se la ofrezca a la divinidad del puerto. Envío a mi joven criado a colocarla entre las demás, arrojo una piedra desde lo alto de la mula, de conformidad con el uso, y grito: «*¡Lha gyalo! ¡De tamtché pann!*» Se trata de la fórmula consagrada que hay que pronunciar al pasar el puerto y que significa: «¡Victoria a los dioses! ¡Que los demonios sean vencidos!» Acto seguido, todos profieren unos gritos estridentes destinados a ahuyentar a los espíritus malignos. Al otro lado del puerto ya no hay bosque, sino inmensos pastos sobre unas cimas redondeadas que enmarcan amplios valles. Ya no hay que temer a los ladrones, de modo que el grupo se dispersa y cada cual sigue al ritmo que más le conviene. Todavía tenemos que pasar dos noches antes de llegar a Songpan. Llegamos a las proximidades de un gran monasterio *bon*, y en el pueblo que queda más cerca de éste nos alojamos en casa de un campesino. Me gustaría visitar el monasterio, pero hace un tiempo horrible y no voy. Al día siguiente nos encontramos entre los campos cultivados. Aphur y el hombre de Lhassa piden en un pueblo vecino albergue para los animales y, al parecer, señalando de lejos un emplazamiento vacío, dicen que van a plantar allí las tiendas. Los campesinos responden: «De acuerdo, hacedlo y meted a los animales en el establo.» Obtenido el permiso, vienen en mi busca, pues yo esperaba en el camino con las mulas. Pero, en vez de decirme que habían señalado el emplazamiento de las tiendas, me dicen que los campesinos les han indicado un sitio donde plantarlas. Subo al pueblo y veo que el terreno donde tendríamos que pasar la noche resulta que es donde la gente de las casas circundantes va a hacer sus necesidades. Como creo que han sido ellos los que han indicado ese lugar, me pongo en pie sobre los estribos y maldigo solememente el pueblo. «¡Por haber enviado a una *khandoma* a un lugar impuro, los demonios os visitarán y en vuestra próxima vida comeréis m...!» Acto seguido, esbozo unos gestos, escupo tres veces en dirección al pueblo y me alejo diciendo: «Pasaré la noche al aire libre y, como señal, veréis que la lluvia cesa para que yo duerma cómodamente.» Los indígenas se han quedado mudos, petrificados. Una hora más tarde, el cielo está estrellado y nuestras tiendas se alzan entre los campos. Se acercan unos hombres con la intención de aclarar las cosas, pero yo, convencida de que me han enviado a los retretes, me niego a dejarles hablar, y en ese momento mis sirvientes están ocupados. Dormimos bien y partimos muy temprano, pero antes de irnos se acerca otro hombre y Aphur, como un auténtico bribón, hace un aparte con él y, sacando mi linter-

na, le dice: «Mira esto y cuéntaselo a los demás. ¿Qué ves?» «No veo nada», contesta el hombre. «¿Qué ves?», repite el granuja pulsando el botón. «*¡Kyab su tchivo!* —exclama el inocente—. ¡Hay fuego dentro!» Aphur apaga la linterna. «¡Oh, ya no hay nada!», y el hombre junta las manos en señal de adoración. Aphur acciona dos o tres veces más la linterna y dice: «Ya lo has visto. ¿Has conocido alguna vez a un lama o a una *khandoma* que tuviese algo así?» «No.» «Esto es lo que se llama la Joya preciosa nacida de sí misma (*rang tchung norbo rinpotché*). Con esto se cambia el tiempo, se provoca o se detiene la lluvia, se destruyen las cosechas, se hacen fértiles los campos. Ya has visto que la *khandoma* hizo que anoche brillaran las estrellas. Ve a ver a tu lama y pregúntale si puede enseñarte una joya como ésta.» (El bribónzuelo no se compromete demasiado; está seguro de que el pobre lama no tiene ninguna linterna y de que su prestigio va a disminuir debido a ello.) El hombre está atónito, y mis sirvientes hunden la cara en las sillas de las mulas que están enjuezando para no reírse. Echo a andar abriendo la comitiva, no levantando polvo con las sandalias, sino agitando mi collar de arandelas de cráneos. Por el camino le digo a Aphur: «It is rather a wicked joke (ha sido una broma pesada), pero se la merecían por haberme enviado a un sitio repugnante.» «No, no —replica el miserable—, ellos no la enviaron allí. Fuimos nosotros quienes, al ver desde lo lejos un lugar vacío, sin saber lo que era, dijimos que plantaríamos allí las tiendas. No vimos la suciedad hasta que usted llegó, y como enseguida se puso a maldecir a todo el mundo ya no podíamos decir nada.» Con todo, Sotar (es el hombre de Lhassa) está triste porque ahora renacerán como cerdos o insectos, que comen inmundicias. Aphur no está convencido del todo de que mi palabra sea eficaz, pero tampoco está seguro de que no tendrá efecto. En cuanto a los demás, se mantienen en la opinión, adoptada siguiendo el ejemplo de la India, de que la palabra de las personas versadas en los misterios religiosos jamás es vana.

Durante todo el día hizo buen tiempo. No empezó a llover hasta que llegamos a Songpan, y lo hizo súbitamente. Una prueba más de mi poder que debió de impresionar a los lugareños. En Songpan encontramos un buen albergue musulmán, con lo que aquí se pueden llamar excelentes habitaciones en el piso superior. Animales y personas necesitaban descansar. Concedí tres días. Mañana partimos de nuevo. Aquí tampoco hay nada de comer, salvo carne salada y seca y harina. Con todo, esta mañana me han traído leche. [...]

Zacolo, 7 de junio de 1921

Nos hemos detenido en un gran pueblo de Sichuan habitado por lo que yo llamo, en tibetano, *gya-rong-pas* [...], es decir, poblaciones

de origen tibetano establecidas desde hace siglos en los valles (*rong*) chinos (*gya*). En Mochow sólo descansamos un día. Pese al lamentable estado de los animales tras las marchas forzadas realizadas por los terribles senderos de montaña de los que te hablé en mi última carta, no quisimos exponernos a tener un encuentro con soldados saqueadores y partimos para atravesar un lugar que visitaron éstos el mes pasado. Estaba impaciente por alejarme de allí. La carretera era mejor, pero los incidentes desagradables se multiplicaron. El primer día nos encontramos ante una montaña en la que se producían desprendimientos; piedras y arena caían sobre el estrecho sendero y, desde allí, al río. Había un gran número de porteadores de fardos sentados a cierta distancia contemplando el espectáculo. Tuvimos que imitarlos durante más de una hora; luego, en vista de que los desprendimientos disminuían, mis hombres dijeron que querían intentar pasar. Primero hubo que abrir un estrecho camino aplanando la tierra amontonada, y hacerlo sin herramientas, con ayuda de piedras planas a guisa de palas. Yo vigilaba desde lo alto de la pendiente de donde procedía el alud y avisaba a los trabajadores cuando se reanudaban los desprendimientos y debían apartarse y ponerse a cubierto. A continuación los hombres condujeron a los animales uno a uno al otro lado y luego transportaron los bultos sobre los hombros. Por último pasé yo, y salí bien parada, sin más contratiempos que una ligera lluvia de arena sobre la cabeza. Unas horas más tarde llegamos a la pequeña ciudad que ha sido saqueada, como acabo de decirte. Allí no nos detuvimos. Teníamos que cruzar dos ríos en el punto donde confluyen, cada uno de ellos de la anchura del Sena en el puente de Orsay, por puentes de bambú y de cuerdas trenzadas. Imagina cuatro cuerdas sosteniendo unas tablas separadas entre sí y sin atar. A ambos lados, a modo de parapeto, cuatro o cinco cuerdas más que también sirven de suspensión. Tuvimos que descargar las mulas y pasar los bultos sobre los hombros. Eso lo hicimos sin dificultad. Pero pasar a los animales era otro cantar. El segundo cayó entre las tablas separadas, se levantó, cayó otra vez, y otra..., tantas que al final se encontró con las cuatro patas colgando, mientras que el cuerpo comenzaba a hundirse entre las cuerdas. Creí que lo perdíamos. Mandé traer a toda prisa a diez hombres, que primero negociaron la suma que cobrarián y, finalmente, pasando unas correas por debajo del vientre del animal, lo sacaron sin fracturarle nada y lo llevaron a tierra firme. Después pasaron a las otras dos mulas. Proseguimos el viaje y por la noche llegamos a un pueblo donde tuve la desagradable sorpresa de descubrir que mi revólver ya no estaba en la bolsa de mi silla. ¿Lo robaron? ¿Se cayó, bien al cruzar aquellos puentes bamboleantes o bien al atravesar el camino bajo el alud? No lo sé, pero eso es lo de menos; el resultado es el mismo y es muy lamentable.

Tener a mano una arma pequeña de cinco disparos me daba cierta seguridad. Ahora me veo privada de ella. No creo que nos ataquen nunca, pero es conveniente mostrar armas; eso mantiene a distancia a los merodeadores, y precisamente vamos a tener que atravesar la parte menos habitada del camino. En fin, lo único que podemos hacer es confiar una vez más en nuestra buena estrella. Aquella noche los animales no podían proseguir la marcha. Cargarlos hubiera sido de una crueldad imperdonable. Tuvimos que detenernos y curar sus heridas. También nos llegaron algunas noticias. Parece ser que varios centenares de *gya-rong-pas* habían atacado Lifen, que es adonde nos dirigímos, y que el funcionario chino que residía allí había huido. Decían también que esos *gya-rong-pas* habían asaltado a unos viajeros. Aphur fue a Lifen a pie con uno de los muchachos (para no exponernos a que nos robaran los dos animales que estaban en condiciones). Los invasores se habían marchado y, por otra parte, se decía que su disputa era con las autoridades chinas y que no nos molestarían. Antes de regresar, Aphur llegó a un acuerdo con un hombre de la ciudad para transportar el equipaje con mulas de alquiler hasta Zacolo, una localidad que se encuentra pasado Lifen. Permanecimos una semana en la aldea a la que llegamos el día que cruzamos los puentes. En las habitaciones había animales variados: pulgas, chinches y piojos podían ser estudiados a placer por los interesados en sus costumbres. Dado que tales estudios naturalistas carecen de atractivo para mí, me alegré de llegar a Zacolo, donde afortunadamente encontré habitaciones en una casa nueva. Son pequeñas, pero están bien iluminadas, ventiladas y limpias, cosa rarísima en este país. Aphur y yo tenemos cada uno la nuestra, y el resto de los hombres, juntos, otra que da al mismo balcón. Se trata de permanecer aquí hasta que los animales se establezcan. Sólo quedan dos que estén realmente en mal estado, y sus heridas, bien curadas, se cerrarán rápidamente. Seguramente dentro de ocho días podremos proseguir nuestro camino. Esto es exactamente lo que ha sucedido desde la última vez que te escribí. [...]

Sinkaitze - Mow-Kong-Ting, 4 de julio de 1921

No creía que fuera a tener tan pronto oportunidad de escribirte de nuevo. Se lo debo a una aventura inesperada y, también, a la situación caótica de China en estos momentos. El primer hecho sorprendente de que debo informarte es que te escribo desde la Misión católica de una aldea que tiene el rango de subprefectura y que se llama Mow-Kong-Ting en chino y Sinkaitze en tibetano. Sólo hay un sacerdote francés, de la Vendée, el abad J.-B. Charrier, que ocupa una casa compuesta por varios cuerpos de edificios (entre ellos el reservado a la escuela de niños), situada sobre una colina. Al pie de esta colina, a orillas

del río, ha comprado recientemente otra casa para establecer allí a un grupo de religiosas chinas y una escuela de niñas. Como la escuela aún no ha empezado a funcionar y la casa está vacía, la ha puesto a mi disposición. El abad, que es un hombre amabilísimo de unos cuarenta años, está encantado de hablar en francés con una casi compatriota, y yo me siento muy dichosa por poder descansar unos días en una casa tranquila y limpia. Él no le da más importancia al hecho de que yo sea budista del que yo le doy a sus opiniones.

Procedamos por orden. Voy a contarte lo que ha sucedido desde que te escribí en Zacolo [...], donde tuve que alquilar unos animales de carga, ya que las profundas heridas de cuatro de mis mulas no habían cicatrizado y decían que el camino era difícil. Conseguí dichos animales a un precio bastante módico, y los conductores se mostraron serviciales durante todo el trayecto. Fueron seis días a través de bosques y montes bajos. Había llovido mucho y seguía lloviendo a raudales todas las noches. En algunos trechos había más fango del que quepa imaginar y por los senderos fluían numerosísimos torrentes. Poca variación en el paisaje, aparte de unos pliegues recientes del terreno que, sobre todo en un lugar, habían hecho bajar un río de barro semiliquido, de una anchura considerable, por la ladera de una montaña prácticamente vertical. Me encontraba ante semejante desolación una mañana mientras, como acostumbro a hacer, caminaba delante. Era un barro amarillo claro del que emergían enormes árboles arrancados de raíz y arrastrados por la tierra. No sé qué dios amigo, de mis innumerables pequeños camaradas devas, me había sugerido esa mañana la idea de ponerme por primera vez las botas americanas de goma; también le había recomendado al pequeño que hiciese lo propio. Sola ante aquel lago movedizo sembrado de obstáculos, bendije mi inconsciente previsión mientras me enfrentaba a ellos desde diversos frentes, hundiéndome, tropezando, retrocediendo para intentarlo más lejos, hasta que por fin logré pasar. Después me topé con el río, que se había desbordado sobre el camino encajonado entre dos peñas. En la parte inundada, el agua me llegaba casi hasta las rodillas y corría al doble de velocidad que un caballo al galope.

Así pasaron las jornadas, siempre caminando bajo los árboles a lo largo de senderos en pendiente poco pronunciada y, afortunadamente, casi siempre mucho mejores que el que acabo de describirte. Por la noche resultaba difícil encontrar un trozo de terreno llano y sin árboles donde plantar la tienda, pero una tarde llegamos a un extenso claro casi al pie del puerto de Dza (Za-La), que teníamos que cruzar. Descansamos allí todo un día. No nos engañaron al anunciarnos que encontraríamos nieve en el puerto. La montaña que teníamos que atravesar y los picos cercanos estaban completamente blancos. Creo que

esos picos están cubiertos por nieves perpetuas. La altitud del puerto, me informé después, es de 4.500 metros. Desde el lado opuesto se divisa otro magnífico macizo nevado, éste muy alejado y separado de nosotros por varias cadenas montañosas.

Tras este día de descanso emprendimos la última parte del ascenso. Más monte bajo, después pastos y, a continuación, tan sólo piedras y nieve muy densa, pues esta última parte de la subida es muy empinada. Los viajeros que nos han precedido han abierto entre la nieve un estrecho sendero de cabras; lo seguimos, pero a unas mulas caprichosas se les ocurre ir a pasear por los campos de nieve. Una mala idea, ya que el calor la ha reblanecido. Los animales se hunden y pierden pie entre unas rocas invisibles. Sacarlas no resulta fácil. [...] El puerto es un simple corte en una cadena puntiaguda, una simple V cuya base es tan estrecha que dos personas no pueden pasar de frente. No hay corredor, pues la cadena tiene menos de tres metros de grosor en ese punto. Enseguida llegamos a la otra ladera, menos empinada pero mucho más nevada. Hay que bajar a pie; es agotador. Caminamos por un sendero abierto entre dos muros de nieve de entre 60 y 80 centímetros; más adelante el grosor sobrepasa los 2 metros. Ando así unas cuatro horas a partir de la base del puerto y me reúno con las mulas, que mis hombres, perezosos, han dejado pastar sin descargarlas. Como castigo, ordeno que les retiren la carga durante media hora. Me tumbo sobre la hierba y Aphur hace lo mismo. Debido al cansancio, nos dormimos y echamos un sueñecito de apenas un cuarto de hora. No hace falta más; la tierra estaba húmeda. «Me duele la garganta», me dice el pequeño, y yo siento un escalofrío. También me dice que tengo la cara roja, y yo siento que me arde; él empieza a toser. Todavía nos queda un largo camino por recorrer; justo enfrente de nosotros distinguimos un estrecho valle cubierto de hermosos bosques de abetos y, a lo lejos, un pico nevado. Bajamos; los pastos no tardan en desaparecer y nos adentramos en los verdes y sombríos bosques (en la parte baja del puerto los matorrales todavía no tienen hojas, apenas están empezando a echar brotes; eso me indicó la altitud antes de que me la dijeran, pues estamos a fines de junio). Transcurren varias horas más; luego distingo una especie de bruma azulada muy por debajo de nosotros, entre los abetos. Apenas resulta visible, pero en mis peregrinaciones he desarrollado unas facultades similares a las de los héroes de Fenimore Cooper. «Allá abajo hay una hoguera; deben de ser nuestros hombres», digo. En efecto, es una hoguera y son mis hombres; nos reunimos con ellos más de una hora después. Las tiendas están plantadas sobre la hierba; el más joven de mis muchachos, que ha acompañado a los muleros, tiene agua hirviendo a punto para hacer té, mi cama de campaña está extendida. La fiebre me hace tiritar. Aphur,

que tampoco se encuentra muy bien, me hace la cama; me llenan una bolsa de agua caliente y me preparan un poco de sopa, que engullo apresuradamente antes de acostarme bajo un montón de mantas, con la bolsa de agua caliente. Durmo bien; a la mañana siguiente ya no tengo fiebre, estoy perfectamente. Ocho días más por el bosque; luego una aldea llamada Lianhokow, donde nos detenemos. Los muleros sólo han sido contratados hasta allí, pero las heridas de tres de los animales aún no están bien curadas. Quisiéramos contratar a esos hombres algún tiempo más, pero quieren que alquilemos cinco mulas cuando tres nos bastan. En resumen, no nos ponemos de acuerdo y decidimos que cargaremos a los animales que están en condiciones y que todos iremos a pie; además, los criados y Aphur llevarán algún bulto a la espalda. Y así nos ponemos en marcha. No estoy tan deprimida como temía. Hago todos los días el trayecto establecido, unos 40 kilómetros, sin encontrarme muy cansada. Como bien lo poco que tenemos, porque seguimos sometidos a un ayuno forzado al encontrar poca cosa que comprar por el camino. También duermo bien, y así llegamos a Fu-pien, un pueblo que nos reservaba una aventura. Llegamos por la noche y, al no encontrar ningún sitio donde acampar, nos instalamos en un vasto cementerio situado en una colina, desgraciadamente muy lejos del agua (se tardan 20 minutos en ir hasta el río). El suelo está cubierto de hierba, hay luna llena y, de noche, todas esas tumbas que emergen entre los arbustos y los matorrales, muchas de ellas medio en ruinas, forman un romántico decorado de ópera.

Atravesamos el pueblo, bastante alejado de nuestro campamento, y continuamos por una carretera que bordea de lejos el río cuando aparecen unos hombres corriendo detrás de nosotros y gritando. Los envía un funcionario local y preguntan adónde vamos, de dónde venimos y quiénes somos. Yo no deseo darme a conocer, de modo que respondemos que somos tibetanos y que vamos a Omishan. Por lo demás, no entendemos bien el dialecto chino de Sichuan y la conversación resulta confusa. En éstas llega el funcionario en persona, el cual reitera las preguntas y pide que le enseñemos el equipaje. Habla en un tono de voz alto, con insolencia, gesticulando, así que me plantifico ante él y le ordeno en mi mejor tibetano, que él entiende tan poco como yo su chino, que se modere. Finalmente, pregunta si tenemos papeles oficiales. Empiezo a hartarme de aquello y decido darme a conocer. Contesto que sí y que se los mostraremos cuando lleguen las mulas con el equipaje. Una media hora después llegan y le enseñamos los pasaportes; entonces él dice algo sobre la fecha y se empeña en ver el equipaje de Aphur. Creemos que enseñándoselo se acabará la historia, pero en la bolsa del muchacho hay un voluminoso paquete con dinero que me pertenece. El chino (que es musulmán), al verlo, proba-

blemente se dice que le gustaría quedarse una buena parte y, tras diversos comentarios, anuncia que puedo marcharme pero que el joven va a ser detenido... con su equipaje. ¿Te das cuenta? Replico que, si a él le impiden marcharse, yo también me quedaré y le escribiré a mi consul en Chengdu. Desandamos el camino. El funcionario nos ofrece un viejo templo como residencia, pero está demasiado cerca de su casa y no me gusta, así que regresamos al cementerio. La situación dista mucho de ser divertida. Tengo la impresión de que el chino no se atreverá a arrriesgarse a que intervenga el cónsul y acabará por ceder, pero una carta tarda quince días en llegar a Chengdu y, si se empecina, nos enmoceremos en el cementerio. Aphur se ha ofrecido a quedarse solo, pero no puedo consentirlo. Empiezo la carta al cónsul y decido escribir también al cónsul inglés de parte de Aphur. En éstas llega el funcionario, acompañado de otros cuatro chinos bien vestidos. Se planta delante de mi tienda con la intención evidente de hablar conmigo, pero yo sigo escribiendo sin prestarle atención mientras que Aphur, sin dignarse levantar la vista, continúa leyendo. Desconcertado, se dirige a la tienda de los sirvientes, que tienen orden de no abrir la boca. Vuelve hacia mí y le digo que voy a encargarle que envíe dos cartas a Chengdu por mensajero especial y que los cónsules se ocuparán de nosotros. Dos cónsules es demasiado para él, evidentemente. Busca la manera de rectificar sin que su prestigio se vea demasiado mermado. Como yo tengo interés en partir sin tardanza, considero oportuno ayudarlo: le enseño unos papeles que no guardan ninguna relación con el asunto pero que él finge encontrar sumamente explícitos. «Ah, si hubiera visto eso antes..., se ha equivocado..., ha tomado a Aphur por japonés... y otras estupideces. En resumen, que podemos irnos cuando nos venga en gana. Entonces añado: «Envíenos algo para cenar esta noche.» Lo hago para satisfacer a mis hombres, quienes verán que sé hacer entrar en razón a los chinos, lo que les inspirará confianza y aumentará más mi prestigio. Además, todo el pueblo verá que, después de habernos cerrado el paso, su jefe pide disculpas en público. «Sí, por supuesto, enviaré provisiones.» Y acto seguido se va.

Tras pasar otra noche en el cementerio, partimos y, después de tres días de marcha, llegamos a Sinkaitze. El chino de Fu-pien me había informado de que allí vivía un sacerdote francés; yo no lo sabía. La víspera del día que tenía que llegar a esa ciudad, le envié una nota a aquel compatriota desconocido para pedirle que tuviese la bondad de buscarme un alojamiento. El más joven de mis muchachos partió a las tres de la tarde y regresó al anochecer con la respuesta. Además de la etapa del día, había recorrido 60 kilómetros a pie. Como ves, mis compañeros no están achacosos. Como ya te he dicho, el abad Charrrier ha puesto a mi disposición una casa y ha insistido en que me que-

de todo el tiempo que quiera. Viene a charlar conmigo casi todas las tardes y es sumamente cortés y nada beato, pues tiene muchos amigos entre los protestantes de los alrededores y también entre los lamas. El chino de Fu-pien le había enviado un mensajero para preguntarle si me conocía y me esperaba; él le había contestado que no, pero que le aconsejaba no molestar a una viajera, fuera quien fuese, y que si yo era francesa informaría de inmediato al cónsul. Iba a enviar a alguien en mi busca cuando mi sirviente llegó a su casa con mi carta.

Nos pondremos en camino dentro de unos días y visitaremos toda la región tibetana, incluido el noroeste de Sichuan. Luego subiremos de nuevo hacia el Kuku Nor. [...]

Rumichangu (Sichuan), 17 de julio de 1921

Otra carta que me complazco en escribirte y en la que te relataré un viaje que se sale un poco de lo habitual. Pasé doce días en la Misión de Sinkaitze y me marché un día después de que el abad Charrier partiese para Tatchienlou pasando por Rumichangu. Empezó a llover y el río, ya crecido habitualmente en esta época del año, se desbordó e inundó la zona. El primer día, aparte de la lluvia, todo fue bien. Llegamos por la noche a una especie de pequeño templo chino que también se utiliza como colegio. El maestro y los alumnos sólo van de día; por la noche, el local está vacío. Me instalé allí con los dioses: un venerable anciano de barba blanca, flanqueado por dos sirvientes, uno humano y el otro de aspecto demoniaco; un ídolo dorado sobre cuyo sexo Aphur y yo no nos pusimos de acuerdo: él lo tomaba por una diosa, yo por un miembro masculino del Olimpo taora y por otros. Dormí bien y esperaba hacer un viaje apacible por aquel valle sin ningún interés especial. Supongo que el divino ser se reía bajo sus barbas de octogenario sobre el altar polvoriento. Partimos. El sol y los chaparrones se alternaban. Al atardecer llegamos a un puente bajo el cual el río fluye tumultuosamente. Como de costumbre, hay que pasar a los animales de uno en uno por esas construcciones bamboleantes. El primero pasa, el segundo se encuentra a medio camino..., catacrac, las piedras amontonadas que forman los pilares del puente empiezan a desmoronarse en el lado del río al que nos dirigimos. Tiran de la mula a toda prisa mientras las piedras continúan cayendo al río. La cosa no tiene ninguna gracia. Los hombres se consultan entre sí. Antes de que transcurra media hora, está claro que el puente se derrumbará y, entonces, ¿qué haremos? Decidimos cruzar colocando unas tablas que amortigüen, a la salida del puente, las sacudidas provocadas por los animales al pasar sobre las piedras que forman el pilar. Y así cruzamos, con el corazón en un puño, catorce mulas: las ocho mías, las de alquiler y algunas más pertenecientes al mismo mulero. Yo paso la última

con Aphur, que me dice: «¡Deprisa!» Oímos ¡pim!, ¡pam!, ¡pum!, caen piedras al agua y el puente comienza a oscilar y a dar bandazos como una embarcación cuando hay mala mar. Finalmente llegamos a tierra —aunque no me atrevo a decir «firme» porque hay una profunda capa de fango—, frente a tres o cuatro miserables casas de pueblo. La gente nos dice que no se puede pasar porque la carretera, a poca distancia de allí, está inundada. Decido no fiarme de ellos e ir personalmente a ver en qué estado se encuentra. Nos ponemos en marcha y llegamos a un lugar donde el sendero está inundado. Nos quedamos allí aproximadamente una hora, mientras mis sirvientes van a comprobar la altura del agua en el paso que les han indicado. [...] Regresan después de un buen rato. El más joven se ha apartado del sendero, bajo el agua, y ha caído al río. Les ha costado mucho rescatarlo. Se ha tomado bien el incidente, pero dos horas después, ya más relajado, rompe a llorar desconsoladamente. Decido que acamparemos un poco más arriba, en un pequeño valle. Ya veremos si mañana sigue bajando agua. Una mala noche junto a un torrente que arrastra piedras con un ruido infernal. Al día siguiente, mis jóvenes sirvientes intentan de nuevo pasar. El agua sólo les llega a la cintura. En éstas llega un chino que, tras muchas vacilaciones, se aventura a pasar, divirtiéndonos con sus gestos temerosos y su expresión aterrorizada. Apenas acaba de pasar, llega un grupo de salvajes medio desnudos, de raza tibetana, y, al enterarse por nosotros de que se puede pasar, sin esperar más explicaciones se arrojan al agua riendo y chillando como un puñado de demonios. Antes de dos minutos están en el sendero seco. Entonces se vuelven, nos miran a Aphur y a mí y se consultan entre sí. Yo llevo el bonete amarillo en la cabeza y los ornamentos macabros alrededor del cuello. Decididamente, no pueden dejar a una *khandoma* en apuros. Sin duda alguna, ella podría caminar sobre las aguas, pero, puesto que no desea hacerlo, valdrá más ayudarla. Así pues, se ofrecen a regresar y a llevarme. Yo intuyo una feliz intervención. Le indico a Aphur que les diga que quiero cinco hombres, e inmediatamente tenemos a cinco hombres a nuestro lado. Entonces Aphur explica que la divinidad (*las khandomas* son una especie de hadas que se encarnan en la tierra o aparecen en forma humana) necesita pasar el equipaje y los animales. Muy bien, los pasarán. Primero hay que ir a buscarlos al valle, junto a las tiendas. Vamos chapoteando por la tierra inundada. A continuación, los hombres pasan los bultos a hombros; cada animal es guiado por un hombre mientras otro lo sujetaba por la cola, salvo un mulo alazán que, impaciente, se aventura solo y acaba en el río. Chapotea, pero sale bien parado. Ya está todo el mundo al otro lado, incluida yo, a quien mis dos jóvenes muchachos han pasado a hombros como si fuese un gran fardo, lo que no ha impedido que me haya mojado hasta las

rodillas. Todos escurren sus pantalones chorreantes. Aparte de mí, los demás no se han puesto otra ropa para el remojón. Por suerte, hace calor, entre 30 y 32 grados. Cargamos de nuevo los animales e iniciamos una larga etapa interrumpida por varios chapoteos más de menor importancia, como los del segundo día de viaje, que no he mencionado porque no tuvimos que desmontar y sólo nos mojamos las piernas. Nos acostamos en un sitio sombreado, bajo unos viejos árboles. Al día siguiente, al cruzar un torrente por un puente minúsculo hecho simplemente con dos tablones largos, el mismo mulo alazán tiene la desgracia de resbalar y caer al agua, poco profunda pero que fluye a una velocidad vertiginosa. Enseguida es arrastrado y le resulta imposible ponerse en pie; el río grande no está muy lejos. Cuando ya lo doy por perdido, choca contra una roca y aprovecha la circunstancia para enderezarse y salir apresuradamente del agua. Ese mismo día, dos mulas caen del estrecho sendero, cuya tierra empapada se desprende al pisarla. Bajan a rescatarlas y, pasado un buen rato, por fin consiguen devolverlas al camino. Llegamos a una aldea compuesta por tres casas. No se puede pasar. El río forma un remolino en un gran agujero que ha excavado en el sendero, el cual, a unos pasos de allí y a lo largo de un buen trecho, ha desaparecido bajo los desprendimientos de la montaña. Esta vez la cosa es muy seria. Hacen falta herramientas y mano de obra. Aphur adoctrina a algunos hombres del lugar ensalzando los méritos que se obtienen conservando las vías de comunicación por las que hombres, espíritus y dioses pueden pasar. Su pésimo chino se eleva hasta la elocuencia. Ni siquiera olvida mencionar las almas de los antepasados, que de esta forma pueden circular libremente, y enumera las bendiciones resultantes de ello. Otros dos hombres, menos dotados como oradores, se echan el fusil al hombro y declaran que soy *ta ren* (un personaje importante, literalmente un gran hombre) y que el camino debe ser reparado de inmediato. Los dos argumentos, el suave y el fuerte, producen el efecto deseado. Veo a los campesinos alejarse con sus picos entre los hombres armados, un poco como si fuesen condenados a trabajos forzados. La tarea no es fácil: el sendero, enterrado por los desprendimientos, debe ser reconstruido más arriba, entre una maleza espinosa difícil de aplanar. No obstante, unas horas más tarde la obra ha avanzado lo suficiente para permitir el paso a unos animales acostumbrados a hacer acrobacias. Pasamos y llegamos ante un puente. Cuando nos disponemos a cruzarlo, la mitad del pilar de la orilla opuesta se derrumba súbitamente. Mis hombres se quedan lívidos. ¿Acaso nos persiguen los demonios? El puente se encuentra bajo una garganta rocosa desde donde el agua desciende con estrépito en catarata. Las salpicaduras llegan hasta la orilla, situada a una altura de unos quince metros. Es un espectáculo

grandioso. Aphur me dice en tibetano: *Tchoni djigda*,^{*} es decir, el terror o la destrucción a causa del agua. Nos dirigimos a una aldea vecina en busca de tablas largas a fin de repetir la maniobra del otro día. Esta vez paso yo primero para comprobar si podemos intentar pasar todos. Ya hemos pasado, acampamos. Al día siguiente, al amanecer, despertar, comida frugal, las provisiones prácticamente se han acabado. Partida. Agua en la carretera, chapoteo, ya estamos acostumbrados; luego una brecha, el camino hundido entre unas peñas verticales y las aguas arremolinadas golpeándolas. ¡No se puede hacer nada! Sin embargo, casi siempre se puede hacer algo. El día anterior un hombre se ahogó allí con su caballo. En esta ocasión la solución consiste en rodear una montaña, subir otra y bajar hacia el río. Un paseo de 25 kilómetros para pasar una brecha que mide menos de 10 metros. Así que comenzamos a escalar la montaña, a pie, naturalmente, con una temperatura elevadísima y un sol abrasador que anuncia tormenta y que me atraviesa el cerebro. A continuación, una larga carretera. Cae la noche y los hombres, extenuados, se desploman entre las tumbas de un cementerio mientras Aphur planta mi tienda en una colina cercana.

Y aquí, a la mañana siguiente, me espera una extraña aventura. Mis tres sirvientes, presos de no sé qué pánico, se desprenden de sus cosas, de la ropa que les he dado, declaran que se van y salen corriendo como tres enloquecidos, uno de ellos llorando a lágrima viva. La escena no ha durado más de diez minutos y me ha dejado bastante estupefacta. Todos nuestro equipaje está deshecho y tenemos que conducir ocho mulas. Aphur no se inmuta. Nos las arreglaremos, dice, y lo guarda todo mientras yo envío al mulero en busca de hombres para conducir a los animales. Enseguida encuentra tres. ¡En marcha!... Chapoteos, como de costumbre, aunque el nivel del agua ha bajado mucho. No obstante, llegamos a un sitio que se encuentra en malas condiciones. Los animales, sin la carga, pasan a nado, guiados con ayuda de unas cuerdas, aunque dos están a punto de ser arrastrados por la corriente. Ya hemos llegado, o casi. Todavía falta un puente de cuerdas, pero las tablas están demasiado resbalosas para que los animales puedan pasar. Es tarde. Me dirijo a la Misión, donde encuentro al abad Charrier, que me adelantó en Rumichangu y se aloja con un sacerdote chino. Hace que me preparen comida, envía a unos porteadores en busca de mis bultos y a un hombre para que lleve a las mulas a un pasto. Llega Aphur, come en la Misión, pero hace rato que se ha hecho de noche y sólo encontramos refugio en una casucha dentro de la cual llueve tanto como fuera. Al día siguiente encuentro otro albergue. [...] Sin embargo, los tres fugitivos habían vuelto la noche anterior y se habían

* Ortografía incierta, escritura borrada por el tiempo.

instalado en un rincón sin decir nada, como perros que esperasen ser apaleados. Sé perfectamente que fue el hombre de Lhassa el que les calentó la cabeza a los dos muchachos. La sucesión de accidentes que hemos sufrido le hizo perder el sentido común. Había olvidado decirte que la misma mañana que se dieron a la fuga, un caballo perteneciente a nuestro mulero cayó al pasar sobre las peñas y murió en el acto. Eso, sumado a la serie de golpes de mala suerte, debió de ser la gota que colmó el vaso.

Taou, 27 de julio de 1921

Estoy en mi tienda y sobre un tejado, situación que sin duda parecerá bastante excéntrica, pero que en este país no tiene nada de sorprendente. Llegué aquí anteayer procedente de Rumichangu, donde está fechada mi última carta, que, por no haber encontrado sellos, será expedida al mismo tiempo que ésta. El viaje de esa localidad a Taou no es muy largo, tan sólo algo más de 200 kilómetros, pero hay que cruzar un puerto de 5.000 metros de altitud y zigzaguear por dos estrechos valles inundados en este momento, igual que aquel otro, mucho más ancho, que nos condujo a Rumichangu a través de un montón de incidentes cuyos detalles te di en la carta anterior. No te cansaré repitiéndote los chapoteos a los que nos vimos abocados; todos se parecen, salvo dos que nos ofrecieron cierta novedad. Los encontrarás narrados más abajo, en el lugar que les corresponde. En Rumichangu me había esforzado en encontrar animales de alquiler, pues desconfiaba del camino y no quería exponer a los míos a sufrir accidentes haciéndoselo recorrer cargados, pero los muleros tampoco querían arriesgar a sus animales e hicieron oídos sordos. El abad Charrier fue a ver al magistrado chino que, como te conté en la última carta, me concedió el derecho de requisar tal como se practica en beneficio de los funcionarios civiles o militares que se desplazan. En el último momento, ese prudente hijo del cielo consideró oportuno requisar a unos porteadores en lugar de animales de carga. ¡Bendito sea! De no haber sido así, jamás habría pasado. También tenía que facilitarme unos soldados para que me escoltaran, pero ya no quedan disponibles en la región. El gobernador huido, con el que coincidí en Nanping, regresa con tropas de refresco que le ha prestado su colega de la provincia de Shaanxi y va a atacar al usurpador que ocupa su puesto en Chengdu. En vista de ello, este último ha enviado soldados a Sinkaitze para cortar la carretera e impedir que se reúnan los del general residente en Tatchienlou con las tropas del gobernador, del que es amigo.

Así pues, a falta de soldados y fusiles, el mandarín me envió a dos hombres de la milicia indígena sin armas. Por la mañana no estaban preparados para acompañarme, y el mandarín mandó decirme que no

los esperase, que se reunirían conmigo más tarde, durante aquella misma jornada. Por la noche, habíamos acampado y yo estaba acostada cuando llegan unos hombres que son recibidos con las frases de «bienvenida» habituales en esta región: «No os acerquéis, amigos, o disparo.» A esta amabilidad es costumbre responder diciendo desde lejos a gritos quién es uno y qué quiere, suponiendo que vaya con buenas intenciones. En caso contrario, o se da a la fuga o, sin esperar el disparo de quien lo ha amenazado, dispara primero. Nuestros hombres se identifican. Yo me levanto para asegurarme de que no se trata de un error y recibo, en camisón, las genuflexiones ceremoniosas de los dos hombres. Dicho sea entre paréntesis, mis camisones actuales, de grueso algodón crudo, no se parecen en absoluto a otros que tú tuviste la suerte, o la desgracia (a tu elección), de ver en otros tiempos. Además, Aphur me dijo con mucha sensatez un día que me enfadé porque un campesino había entrado en mi habitación estando yo vestida de esa guisa y le dije (a Aphur) que no quería que me viesen con ropa de dormir: «¿Acaso saben los chinos si la ropa que lleva es para dormir o no?», y comprendí lo acertado de la observación. Al día siguiente, una larga etapa nos lleva a Wadjo, un pueblo donde requisamos la manteca, la leche, la harina, etcétera que podemos. Llueve a mares toda la noche; por la mañana, el río ha crecido desmesuradamente, es imposible adentrarse en el valle porque el sendero debe de estar bajo un metro de agua en numerosos puntos. Permanecemos allí un día. Enviamos delante una brigada para que observe el estado del terreno y repare un poco los trechos que puedan necesitarlo. Al día siguiente, larga etapa por un sendero poco cómodo; chapoteos sucesivos; luego, al llegar frente al monasterio de Tesmon (un pequeño monasterio perteneciente a los *bon-po*, los chamanistas prebudistas del Tíbet), hay un puente que debemos cruzar. Sin embargo, por el momento emerge en medio de un río de aguas tumultuosas, tres veces más ancho de lo que le corresponde. [...]

En el monasterio, un *trapa* me cede su celda, doble, como es costumbre: una mitad se utiliza como cocina y la otra como habitación. Yo me instalo en la habitación y Aphur en la cocina, y otro monje acomoda a los dos muchachos y a los soldados. El único mobiliario que hay en la habitación es una mesa de 30 centímetros de alto, una estufa para el invierno, dos mantas para dormir y un largo palo horizontal suspendido del techo para colgar los efectos personales. El *trapa* se lleva las mantas y algunos libros para recitar por la noche, y yo me quedo sola, calada hasta los huesos por la lluvia y los sucesivos remojones, que han atravesado el impermeable. Cuelgo todos mis efectos del palo, me pongo ropa seca, tomo té, como algo frío, hago la cama y me acuesto, no sin haber tenido la indiscreción de entreabrir el

armario de las *tormas* del *trapa* para ver lo que un *bon-po* guarda ahí. Dicho armario, unas veces escondido en un rincón y otras colocado en el centro del altar doméstico, cuidadosamente cerrado con candado o sellado, quizás sea de origen *bon-po*, pero todos los lamas tibetanos lo han adoptado, asociando a él ideas tomadas del tantrismo hindú. Demasiadas explicaciones al respecto te interesarian más bien poco, así que me limitaré a decirte que esos armarios están vinculados a prácticas tendentes a garantizar los servicios de determinadas divinidades y, en general, a una especie de brujería de un orden bastante bajo en la mayoría de los casos. Las *tormas* que representan a las divinidades son pequeños conos hechos con harina. Ante ellas se colocan las ofrendas, siempre de un carácter sangriento: carne, sangre y muchas veces también alcohol y otras sustancias secretas. Una vez consagradas, las *tormas* no deben ser vistas por nadie más que por la persona para cuyo uso han sido construidas. A mí me costó mucho que me permitiesen echar un vistazo al interior de alguno de estos santuarios diabólicos, en casa de diferentes lamas. Sin embargo, el vulgo que los imita se encuentra muy lejos de comprender el significado de tales ritos, y los armarios, si bien siempre permanecen cerrados, ni tienen candado ni están sellados, y se encuentran a merced de los curiosos. La caja secreta de mi anfitrión contenía diez *tsa-tsa* (pequeños edificios funerarios construidos con huesos triturados de un difunto y tierra gredosa), seguramente dedicados a la memoria de los diez sabios de los *bon-po*, y, a modo de ofrendas, un montón polvoriento de costillas que, por su forma, me parecieron de cerdo. Nada más. No tenía ningún interés, de modo que me metí en la cama, al pie de los *tsa-tsa* y de las costillas, y dormí plácidamente. Durante la noche, lluvia torrencial, y al día siguiente, repetición de la dificultad de los días anteriores: la carretera está parcialmente inundada, deben de haberse producido desprendimientos en otros puntos, hay que enviar a un equipo delante para que inspeccione el estado del terreno y yo me veo obligada a esperar un día en el monasterio. Ocupo ese día, en parte, con charlas insustanciales con los monjes, casi todos los cuales han viajado, visitado Lhassa y otros lugares. Ha parado de llover. Al día siguiente partimos temprano; la última etapa había sido de unos 45 kilómetros, ésta debe acercarse a los 60. La carretera es la peor de todas las que he recorrido desde que salí de Kum-Bum: estrecha —dos hombres no pueden cruzarse—, llena de rocas y, entre éstas, los huecos están repletos de un fango espeso, negro y pegajoso. Voy montada mientras puedo, pues la mula grande camina con mucha seguridad, pero aun así al final tengo que desmontar por miedo a que se rompa una pata. A partir de ese momento comienza una marcha fatigosa entre esos bloques irregulares, de cantos afilados; algunos forman unos

escalones tan altos que tengo que apoyarme en las manos para avanzar, y todo está resbaladizo, impregnado de barro. Luego hay un corte y tenemos que escalar la montaña en vertical. Han abierto un sendero de 20 centímetros de ancho, lo justo para poner los pies, pero las raíces de los arbustos cortados siguen estando ahí y se tropieza con ellas, la tierra está empapada, reblandecida, parece que se está pisando una masa. Esta gimnasia agotadora se prolonga durante horas y horas, hasta que nos encontramos ante otro corte. Los animales y los porteadores han ido otra vez por la montaña, pero a mí me falta fuerza y valor para seguirlos y me quedo con Aphur mirando cómo se arremolina el agua. «Voy a intentar pasar —me dice—, y veremos si usted pude arriesgarse a hacerlo.» El agua le llega hasta un poco más arriba de la cintura. Somos igual de altos, luego yo también puedo pasar. Me propone llevarme, pero me parece una imprudencia con tanta agua y una corriente tan fuerte. No hay más que desnudarse y colocarse la falda y las botas sobre la cabeza; el pequeño se encarga de mi hatillo y del suyo, y nos disponemos a darnos, en calzones y camisa, el baño de rigor. El agua está fresca, pero no realmente fría. La sensación, tras el cansancio del camino, es más bien relajante y agradable. Ya estamos fuera, sacudiéndonos como cachorros y escurriendo la ropa, que tiene que secarse puesta. Nos ponemos las prendas que nos hemos quitado encima de los pantalones mojados, llegan los demás y reanudamos la marcha. Hasta que no cae la noche no llegamos a Tanli con los veintisiete hombres que han transportado los bultos, guiado las mulas, etcétera. Como comprenderás, mi modesto presupuesto no alcanzaría para pagar a toda esa gente, pero, gracias a la complacencia del mandarín, gozo de los privilegios concedidos a los funcionarios y las personas distinguidas, y el personal presta sus servicios gratuitamente. No es muy democrático, pero es económico y cómodo, y reparto algunas pequeñas gratificaciones que contentan a los trabajadores, acostumbrados a realizar esas tareas sin recibir ninguna. En Tanli nos encontramos en un valle regado por dos torrentes, que se unen allí para formar el río que hemos seguido desde que se bifurca del que riega el país de los geshitas, un poco después de Tesmon; hace fresco, estamos ya a una altura considerable, 4.000 metros aproximadamente. Encontramos alojamiento (dos habitaciones en el primer piso) en casa de un campesino. Aquí, como en toda la región, casi todos los campesinos se dedican más al bandidaje que a cultivar; las mujeres se ocupan de los campos mientras los miembros del sexo fuerte recorren los caminos y preparan emboscadas. De momento, estos respetables lugarezos nos ofrecen hospitalidad y vigilan a nuestros animales; mientras estén ocupados de esta forma, no hay nada que temer. Por la noche se oye pasar a alguien por el camino y hablar en la oscuridad; desde den-

tro gritan: «¿Quién anda ahí?» No hay respuesta y los pasos se alejan. «Son ladrones que vienen del valle del norte», explican nuestros anfitriones, y a partir de ahí empiezan a contar historias sobre bandoleros a cual más aterradora. «¿Por qué no los detenéis cuando pasan?», pregunta Aphur. La respuesta es ambigua: «No podemos.» Más tarde, uno de los soldados nos dice: «Claro que no pueden, son de la misma calaña, compañeros y cómplices.» Es preciso vigilar estrechamente a los animales, que están encerrados en casa de un campesino; dos hombres del pueblo, encargados de custodiarlos, duermen ante la puerta del establo. Ellos les dirán a sus compinches del norte, si se presentan, que no intenten nada, pues las represalias serían terribles; si me roban, sin duda alguna el excelente mandarín se apresuraría a aprovechar la ocasión para saquear el pueblo más en su provecho que en el mío. Tenemos que quedarnos allí un día más, ya que los yacs porteadores (esta vez no son hombres los que transportan el equipaje) no han llegado lo bastante temprano como para permitirnos cruzar el puerto, y acampar en el bosque no parece prudente. A los que les toca realizar el trabajo son precisamente chabronkpas, habitantes del valle del norte. Han venido de lejos—dos jefes y algunos hombres—para alquilar a la gente de Tanli los yacs que tienen que trabajar dos días para mí. Esto les costará unos diez taelas. No parecen muy contentos, y es comprensible. Uno de ellos tiene unos magníficos rasgos españoles; se diría que es un hidalgo de Extremadura que ha vivido aventuras desdichadas y se ha hecho bandolero, como el Buitre de la Sierra, cuyas palpitantes hazañas leímos en otros tiempos. Es taciturno, de labios finos y prietos, y lleva un ancho aro de plata en la oreja derecha. De aspecto impresionante y parco en palabras... Me pregunto qué sangre se mezclará con la de su origen tibetano. No tiene nada ni de tibetano ni de chino, ni siquiera de musulmán, que, pese a no abundar en estos parajes, podría haber sido un antepasado lejano. Es un atractivo español con rasgos moros, un misterio entre el paisaje donde se mueve y la gente que lo rodea. A la mañana siguiente, partimos bajo la lluvia a través del bosque, los conductores de yacs, despreocupados y bulliosos, los chabronkpas y el hidalgo, con un fusil de chispa en bandolera y expresión grave, como requiere la ocasión. Me señalan, a lo lejos, en la intersección de dos valles, el camino que siguen los bandoleros que se emboscan en la carretera de Tatchienlou para esperar las caravanas que se dirigen a Lhassa. Y un poco más adelante dejamos de ver al grande de España y sus compañeros. Una vez pasado el trecho peligroso, considerando inútil seguir escoltándonos, nos han dejado. Un soldado parte en su busca, pero no los encuentra. ¡Buen viaje! Es del todo improbable que nos tiendan una emboscada más lejos, pues sabemos de sobra quiénes son. Así pues, proseguimos apaciblemente,

bajo los chaparrones, subiendo cada vez más a través del bosque; en el límite, en un amplio claro, hacemos té. El muchacho mayor tiene fiebre y padece neuralgias; yo me encuentro tan bien como de costumbre, pese a una violenta enteritis que combato con salol y un ayuno riguroso. Ese día tampoco comeré nada: un régimen poco reconfortante para subir un puerto de 5.000 metros. El puerto no posee la grandeza salvaje del de Dza, aunque dicen que su altitud es mayor, cosa que me cuesta creer. Por lo demás, la estación está más avanzada y lo encontramos sin nieve, aunque, no lejos de allí, a nuestra derecha, hay campos cubiertos de una gruesa capa de nieve que probablemente nunca se funde del todo. Descenso a pie por la rocalla; luego, de nuevo bosques interminables. Los conductores de yacs me han adelantado; al anochecer, bajo un diluvio, yo, Aphur y los dos muchachos, con nuestros animales, damos vueltas por estrechos senderos enfangados a través de los bosques, preguntándonos si nos habremos perdido. Estamos extenuados y el enfermo, con la cara roja debido a la fiebre, ya no dice nada. Caminamos, caminamos, y ya de noche llegamos por fin. Hace aproximadamente dieciséis horas que nos pusimos en camino y hemos recorrido unos 80 kilómetros, gran parte de ellos a pie. Nos dan una habitación en el piso superior de la casa de unos campesinos, en el pueblo de Lumbo. Aphur y yo nos instalamos como podemos entre el equipaje y las pieles secas apiladas pertenecientes a nuestros anfitriones; los muchachos duermen en la cocina con estos últimos y los soldados. La vivienda sólo tiene dos cuartos. Aphur se acuesta con la cabeza contra la puerta, que apenas cierra. «Así—dice—, sólo podrán entrar golpeándome el cráneo y, evidentemente, me despertaré.» Protesta porque dejó la ventana abierta. «Podrían entrar por ahí con una escala.» Es verdad, pero si la cierra el aire será irrespirable, pues la habitación es pequeñísima y las pieles secas desprenden un olor infecto. Finalmente, nos enrollamos con nuestras prendas de piel y dormitamos.

Despertar al amanecer. Mi ropa sigue mojada del día anterior, pero ha salido el sol y se secará. El valle se ensancha, salimos del bosque. Un poco más tarde avistamos la gran carretera que corta el valle por donde bajamos. Al cabo de unos instantes se distinguen a lo lejos, sobre esa gran carretera, unas masas que se mueven. Seguimos avanzando y las formas se hacen más precisas: son yacs, hay quizás unos dos mil divididos en grupos, es una caravana que lleva té a Lhassa. Es un bello espectáculo, esa fila hormigueante, lenta y negra, de grandes animales de espeso pelaje, con sus conductores a caballo, el fusil al hombro y los grandes perros corriendo alrededor de los grupos. Aphur me había dicho: «Cuando vea esa carretera, me prosternaré tres veces.» Sólo lo hace mentalmente porque va a caballo, pero exclama: «¡Ahí

está por fin esa carretera que tanto he mirado en el mapa!» Yo no digo nada. El valle en el que entramos ahora bajo un alegre sol es amplio, los montes que lo rodean, redondeados y herbosos, el paisaje forma un contraste perfecto con el que hemos visto durante meses. Se acabaron los desfiladeros angostos, las accidentadas montañas chinas de rocas dentadas y crestas puntiagudas, todo el decorado se ha ampliado y suavizado; la calma envuelve las cosas, una especie de placidez intensa, segura de sí misma, se afirma y se impone. Un aire de misterio planea sobre esa carretera blanca y recta que se adentra a lo lejos entre las montañas azuladas... Sabemos que es larguísima, que se prolonga por las estepas herbosas, los grandes lagos salados azul oscuro y los picos nevados hasta llegar al Himalaya. Aquí está el umbral de un mundo que al pequeño y a mí nos resulta familiar, de un mundo que no se parece a ningún otro, y la emoción nos embarga por un instante mientras miramos, desde el elevado sendero situado en la ladera de la montaña, la caravana que avanza apaciblemente por la carretera, muy por debajo de nosotros, bordeando el río.

Taou es un pueblo sucio; me alojaron en una gran vivienda, pero la habitación que me habían reservado comunicaba con otra ocupada por un matrimonio chino. No pude adaptarme a tanta intimidad y planté mi tienda en una de las galerías donde secan las pieles y que rodean la mitad del tejado plano. Desde ahí disfruto de una hermosa vista y de aire puro. Aphur ha instalado otra tienda detrás de la mía. Hoy, 3 de agosto, hace una semana que descansamos aquí. He conocido a otro francés, el abad Joseph Davenac, que es de Puy y reside desde hace doce años en la región. Es un hombre amable, pero mucho más tímido que su colega el abad Charrer. Me ha enviado provisiones variadas, entre las que hay incluso vino y pollos. Le ha sorprendido que no me beba el primero y que me niegue a hacer matar los segundos. Él es cazador y tiene toda una jauría en su casa. Es extraño que esos religiosos no lleguen a comprender el horror del sufrimiento y lo terrible que es infingirlo. Incluso desde su punto de vista, puesto que niegan que los animales poseen alma, es peor matar a éstos que a los seres humanos. El hombre muerto continúa viviendo en otro mundo, su verdadero «yo» es inmortal; asesinarlo no es más que desalojarlo un tanto brutalmente de un domicilio y obligarlo a ocupar otro. Sin embargo, puesto que, según su doctrina, el animal muerto cae en la nada, al privarlo de vida se le despoja absolutamente de todo. Perseguir a una pobre bestia que huye, que intenta salvar sus humildes alegrías de animal, convertir esa bonita cosa móvil que es un corzo o un pájaro en un cadáver inerte, ¿cómo puede un hombre pensante cometer semejante acto? Pero ya lo ves, son muy pocos los que piensan.

El señor Davenac ha comprado por 100 taelas, es decir, 350 rupias pequeñas de aquí, una de mis mulas. Él ha hecho un buen negocio y yo no he perdido nada con el trato. Mi caballería ha quedado, pues, reducida a siete animales, que serán vendidos de uno en uno. [...]

Tchaou, 14 de agosto de 1921

(Esta carta no se pudo mandar en su momento.)

«Cuántas veces he escrito: «Ésta es la última carta que podré enviarte en mucho tiempo»? Y sin embargo, siempre le seguía otra. Pero esta vez sí que es la última en el plazo de un año, dieciocho meses o más, a no ser que por cualquier causa —enfermedad, encuentro con unos malandrines que me saqueen u otra cosa— mi viaje quede interrumpido. No es de desear, ¿verdad?...

He llegado, en efecto, casi a la última etapa donde hay servicio de correos, y desde allí será expedida esta carta dentro de dos o tres días. Saldrá a su hora; el correo sólo pasa por allí una vez al mes. No tengo nada destacable que contarte desde que me marché de Taou. La hermosa carretera que apareció ante nosotros al salir de los estrechos desfiladeros y de los bosques de Sichuan ha continuado, sonriente, plácida, bordeando un claro río que desciende a lo largo de un valle, el cual va ensanchándose cada vez más a medida que se eleva. Pueblos, soberbios campos de trigo y de cebada, pues este año promete ser uno de los que simbolizan las vacas gordas del sueño faraónico. Un paisaje suave de verdes montañas de cimas redondeadas. En suma, un «valle feliz» y, precisamente por eso, banal y, en definitiva, aburrido. Las historias de bandidos y de viajeros asesinados pierden su gracia entre estos campos y estos pastos de aspecto inocente a pesar de que son ciertas, pues todos los habitantes de la región compaginan las ocupaciones pacíficas del cultivador con la más energética del bandido. Esta tarde, en broma, los hombres que conducen los yacs cargados con nuestro equipaje se han puesto a relatar las hazañas que han realizado en los caminos. Y lo han hecho con toda naturalidad, pensando que no tienen nada que temer de nosotros. Aquí se dice [...] «ir de bandajado» igual que se dice «ir de caza». También hay un eufemismo: «Ir a coger raíces medicinales a las montañas.» El otro día, por ejemplo, una mujer vino a consultarme porque su marido había recibido una herida de bala en el muslo «yendo a coger medicinas». [...]

Jakyendo (provincia de Kuku Nor)

17 de septiembre de 1921

Queridísimo, Figaro dice: «Hay que apresurarse a reír de todo para no echarse a llorar». Es una frase que responde de maravilla a mi situación actual. Los acontecimientos han dado un giro aciago —en

cierto modo por mi culpa—, y resulta que me encuentro en Jakyendo, adonde jamás había pensado ir y de donde no sé cómo salir.

Jakyendo es una gran aldea creada por necesidades militares y que no tiene ninguna razón de existir, aparte de ser un lugar de paso de las caravanas de mercaderes. Imagina un gran pastel de casas chatas de tierra endurecida, escalonadas sobre una colina desde la que se domina un monasterio, todo el conjunto situado en un estrecho valle, entre áridas montañas. Alrededor, desierto, estepas inmensas y vacías, lagos azules, montes rocosos y ríos susurrantes, únicas voces que suenan en esta soledad. La altitud sobrepasa los 4.000 metros, quizás los 4.500. La calculo por comparación con las montañas cercanas conocidas y por la vegetación.

¿Cómo y por qué he venido a parar aquí? Ahora lo verás. En Kanze no pude escapar a las atenciones del mandarín local, un personaje de bastante peso, tanto en sentido propio como figurado. Me facilitó alojamiento, alimento para los animales, leche buena en abundancia y además, gratis, cuatro sirvientes, de manera que los míos vivían como reyes. El coronel, su colega, me envió exquisiteces, entre las que figuraba incluso *stout* fabricado en Irlanda (ya sabes, esa cerveza negra y espesa), que en China debe de valer un dineral. El reverso de esta hospitalidad era que no podía dar un paso sin guardaespalda. La zona es poco segura y el mandarín no quería exponerse a recibir ninguna crítica, cosa que habría pasado si yo hubiese sufrido algún accidente. Kanze está muy cerca de la nueva frontera tibetana. Dado que seguía padeciendo enterocolitis y, sobre todo, estaba harta de esta urticaria que no acaba de irse, había decidido ir a Batang para consultar a un médico norteamericano que dirige allí un hospital. Informé de mis intenciones al mandarín. Él repuso que no había una sola carretera practicable en territorio chino, ya que todas pasan por zonas desiertas e infestadas de bandidos. Me aconsejó dar un rodeo, bastante largo, por la región que actualmente pertenece a los tibetanos. De hecho, deseaba pasarme a otras manos y quedar libre de toda responsabilidad. Lo comprendí de inmediato y pensé volver sobre mis pasos y bajar a Tatchienlou, pero aquello está cerca del foco de la guerra civil, y la carretera de Tatchienlou a Batang por Litang se encuentra en poder de las hordas saqueadoras. Presionados, sin saber adónde ir ni qué hacer debido a la escolta, que desvelaba nuestra identidad, nos pusimos en camino confiando en rumores y artículos leídos el año pasado que ensalzaban la administración tibetana en la provincia conquistada. El mandarín nos dio un soberbio documento para su colega tibetano, y a los soldados de la escolta un voluminoso sobre para que se lo entregaran al *kalu-lama* (un gobernador) residente en Chiamdo. En lugar de dejarnos tomar el camino directo, siguiendo a los que transportaban

el té, el mandarín prácticamente exigió que siguiéramos otro más largo y sin ningún interés, arguyendo que, por allí, todas las noches podríamos encontrar refugio con nuestros animales en un pueblo, lo que sería más seguro. Viajamos como señores. Ni siquiera las mulas tuvieron que llevar bultos. Se nos proporcionaron otros animales, criados y víveres. Así, avanzando cómodamente pero con el espíritu atormentado por la inquietud, llegué a un lugar llamado Zacco, donde reside el funcionario tibetano (un *rippon*, es decir, un oficial al frente de 300 soldados, aunque con éste en realidad sólo hay una veintena; los demás están por ahí o sólo figuran en los documentos oficiales).

Envié delante a Aphur para que le presentara los papeles. La respuesta de ese caballero fue: «Yo me cago en los papeles chinos... ¿Tienen papeles ingleses del gran hombre de Tatchienlou?» (se trata del vicecónsul británico). Aphur regresó a mi encuentro bastante atónito. El personaje no nos impedía pasar, pero se negaba en redondo a facilitarnos escolta ni animales porteadores gratis. Podíamos prescindir de una y otros. Fui a verlo personalmente y le mostré varios documentos franceses e ingleses que, naturalmente, fue incapaz de leer pero que le impresionaron. Este patán, que es natural de Shigatse, me preguntó si el virrey de la India es tan grande como el gran hombre de Tatchienlou. En cuestión de nacionalidades, sólo conocía a los chinos y los extranjeros, que él cree que son todos ingleses (aparte de algunos rusos); no tiene ni idea de que existen franceses, americanos, etcétera. Le hablé de Batang y de Yunnan, que están justo al lado de su residencia. No conocía su existencia. Un lugar más cercano aún, la ciudad tibetana llamada Menkong, le era absolutamente desconocida. Bebimos té, que era excelente, y partimos. Un largo, larguísimo camino que hacia el final se puso difícil, entre peñascos y por una estrecha garganta. Luego, al caer la noche, tuvimos que cruzar un ancho río, el Jachu; las personas y el equipaje en barcas de forma redonda, hechas de piel, y los animales a nado. Todo fue bien. Al llegar a la otra orilla, un *gyapon* (oficial al mando de 100 soldados) envió a unos hombres en barca para aprovisionarnos de leña, leche, forraje y, al día siguiente, animales de carga. Por prudencia, dado que no tenía ningún documento oficial, rechacé los animales, y entonces los jefes del pueblo vinieron a darnos 7 rupias pequeñas en compensación. Así me enteré de que, en este bendito país, un viajero provisto de un pasaporte que le autoriza a requisar veinte animales puede, si tiene sus propios animales, hacer que le paguen 20 rupias en cada pueblo por el que pasa; y como algunos días es posible que cruce tres o cuatro, viajar así se convierte en una estupenda fuente de ganancias. Al día siguiente, muy temprano, un soldado al que habíamos visto la víspera en casa del *rippon* se detuvo un instante junto a nuestras tiendas y nos confirmó lo que su jefe nos

había dicho, es decir, que lo enviaba a él ante el *depon* (oficial superior) de Dirgi para anunciarle nuestra llegada y que, con toda probabilidad, éste mandaría soldados y pasaportes a nuestro encuentro.

Proseguimos y llegamos una noche al albergue establecido. Las carreteras están jalónadas de albergues donde los pueblos vecinos deben encargarse, por turnos, de proveer a las necesidades de los viajeros. Por estos parajes apenas hay gente, aparte de la que viaja con derecho a requisar a los mendigos. Y esa noche sólo encontramos a un joven en una tienda negra de nómada. No hay nadie para proporcionar forraje y otras provisiones, para vigilar a los animales, etcétera. No podemos hacer nada. Las mulas tendrán que contentarse con pacar la escasa hierba que ofrece el terreno. Ya ha anochecido cuando el pequeño esclavo viene a contarme que han llegado siete hombres y se han instalado en la tienda. Les han preguntado si son los encargados del albergue o los jefes del pueblo; ellos han contestado que no, que son viajeros. Es sospechoso; Aphur cree que son ladrones. Merodean a nuestro alrededor; uno de mis muchachos, Sonam, agarra a uno y lo trae a la fuerza ante mi presencia. ¿Quién es? «Un viajero de un lugar lejano», repite él. El pequeño esclavo ha ido a comprobar si tienen armas: no llevan fusiles, pero sí un largo sable cada uno. Aphur y yo exhibimos nuestros fusiles y revólveres, preparados para disparar, y él envía a dos de nuestros hombres, Sonam y el *boy* (alias esclavo), al pueblo más cercano para avisar de que en el albergue hay unos ladrones y pedir vigilantes. Hace poco que se han ido, y yo estoy sola en mi tienda mientras Aphur y Luis vigilan a los animales, cuando veo que unas formas se detienen junto a mí. Me pregunto si, aprovechando la ausencia de dos de mis sirvientes, los bandidos van a intentar robarlos, pero pregunto tranquilamente: «¿Quién está ahí?» Entonces veo que las sombras se agachan, se arrodillan, empujando delante de ellas una forma oscura con algo blanco en medio. Oigo murmurar: «¡Larga vida, larga vida!» [...], que es una formula habitual en la región para suplicar o para dar las gracias. «¿Qué queréis?» «Traemos leche (bueno, eso era la cosa blanca dentro de un recipiente negro), vamos a traer forraje y leña...» «¿Quiénes sois?» «Somos los encargados del albergue y los jefes del pueblo.»

Al ver que no disparo, todos se han armado de valor y hablan a la vez. «Bueno —digo—, sois unas malas personas y unos mentirosos. No queríais darnos nada y por eso habéis fingido que erais extranjeros. Consideraos afortunados de que sea una persona religiosa (en tibetano se dice "que hace religión" [...]), si no, varios de vosotros ya estaríais muertos..., como si fueseis bandidos.» Los «¡larga vida!» vuelven a sonar con ímpetu renovado.

[...] Está cayendo nieve sobre el papel; escribo junto a la ventana.

También graniza, ¡una temperatura deliciosa! Al pie de la montaña donde destaca el famoso monasterio de la «Gran Realización», hay una minúscula y sordida aldea. Allí encontramos un infecto alojamiento separado del establo por una simple cortina. Aphur y yo tenemos que meternos allí, mientras que mis hombres, al otro lado de un tabique de ramas y boñiga seca, duermen y cocinan entre los animales. Sin embargo, tenemos que detenernos un día para visitar los templos. Yo deseaba comprar allí ciertos libros, pero si alguien quiere una obra tiene que llevar él mismo el papel y esperar a que la impriman cuando le toque el turno. Yo no puedo hacerlo. El gran lama del lugar, un personaje de gran renombre y excesivamente rico, nos manda llamar y nos invita a cenar en unos aposentos privados llenos de objetos preciosos mezclados con cazos de hierro esmaltado, espejos de bazar y cientos de cacharros horrendos y vulgares. Nos hace muchas preguntas sobre el mundo, los diferentes países y sus costumbres. No ha visto nada y no sabe nada, pero siente muchísimo interés. Yo le hablo de nuestra colonia de Indochina, no muy lejana, y a continuación él hace preguntas de negociante sobre las relaciones comerciales que podría entablar por ese lado. En el momento de marcharnos, este hombre munificente nos regala 18 tabletas de té. ¡Eso supone la mitad de una pesada carga de mula! No podemos transportar ese voluminoso presente, así que lo rechazamos y aceptamos sólo los chales de seda. Más tarde, durante la velada, me envía un libro. Aphur corresponde a la amabilidad enviando un par de calcetines. Al día siguiente partimos para Dirgi, adonde nos proponemos llegar en tres días. Pero del dicho al hecho hay un gran trecho. Al pasar, nos muestran el lugar donde, la víspera, los bandoleros han robado 27 mulas y caballos y matado a dos hombres. ¡Qué impresión tan encantadora! Nuestros compañeros, unos mercaderes, al ver que no podemos llegar al albergue establecido, proponen acampar en un lugar muy herboso donde los animales podrán pastar a placer. Y allí estamos, en plena Arcadia feliz, cuando se nos viene el mundo encima. El suceso es anunciado por una música lejana, exactamente igual que en la ópera, y a continuación por un desfile igualmente espectacular: dos hombres a caballo tocando una marcha —bastante bien, por cierto, sin desafinar—, otro con un estandarte de seda carmesí, decorado con un inmenso león heráldico, y detrás de ellos un hombre corpulento ataviado con una hopalanda pardusca, seguido de un soldado. Miro y me asalta un súbito presentimiento: ese hombre corpulento va a causarnos problemas. Se detiene junto a la tienda de los mercaderes y, al poco, uno de éstos viene a pedir permiso en su nombre para visitarme. Se le concede, llega, presenta un chal, se sienta y habla. Es un *gyapon*, y se dirige a Dzogchen por el asunto del robo de las 27 mulas. Habla de su tierra, que yo conozco

(es de Shigatse), y se va. Unos instantes después llega un *che-ngo* (suboficial al mando de 25 hombres) que vimos en Dzogchen y nos pide, un tanto incómodo, que volvamos sobre nuestros pasos y esperemos en Dzogchen que llegue el pasaporte de Dirgi. No dice exactamente eso, pero explica que no puede dejar pasar a unos extranjeros sin informar de ello al *depon* de Dirgi, quien debe comunicarle si éstos tienen permiso para pasar. Yo replico que el *depon* ha sido informado y que ha tenido tiempo de sobra para ordenar que nos dijeran que nos detuviéramos si le desagradaba que fuésemos a verlo, y que, puesto que el *rippon* encargado de vigilar la frontera nos ha permitido pasar, estamos en regla. Sin embargo, el respeto a los superiores no parece florecer en esta tierra. Este vulgar suboficial, sin duda alguna por consejo del *gyapon*, a cuyo encuentro había venido, desprecia al *rippon*, cuyo grado es superior al de ambos, y lo trata de loco. En resumen, los dos bravucones se empecinan en su idea. Me digo que quizá pueda pasar pese a la media docena de guerreros que los acompañan, pero ¿qué sucederá un poco más adelante, en esta región donde abundan los bandidos? Encaja bastante en las costumbres oficiales del Tíbet enviar a un puñado de estos caballeros contra aquellos de los que no se atrevan a desembarazarse por medios legales. Seguramente no se atreverán a jugar a ese juego con un europeo, pero siento cierta inquietud por Aphur, mis hombres y mi equipaje. Sopeso las cosas y declaro que, puesto que estoy en un país sin ley donde los inferiores pueden decidir en contra de lo que ha permitido su jefe, no deseo continuar más tiempo allí porque no me siento segura. «Hoy —digo—, un *che-ngo* me cierra el paso en contra de un *rippon*; mañana tal vez me robe un simple soldado y más adelante quizás un *gopa* (jefe de pueblo) me mate.» Naturalmente, no me creo ni la cuarta parte de lo que digo.

El *che-ngo* replica que semejante cosa no se producirá, que me avenga simplemente a regresar a Dzogchen y él me alojará, no en el sucio pueblo, sino en el monasterio, y me proporcionará víveres, forraje, sirvientes, etcétera. Yo no puedo acceder a esta petición. Me han aleccionado demasiado sobre el deber que tiene todo viajero blanco, en Oriente, de hacer respetar el prestigio de su raza y no crear precedentes que puedan perjudicar a los que pasen después que él. En Sichuan, que está muy cerca, hay muchos franceses, y si el cónsul inglés goza del derecho a recorrer libremente esta parte del país de Kham, yo no puedo someterme sin más a una especie de cabo. Pero ir a Dirgi ahora no me soluciona nada, salvo en lo que se refiere al médico que quiero ir a consultar a Batang. Si paso, es probable que no me dejen pasar de nuevo a la vuelta y ya no tendré acceso al Kuku Nor, que después de todo es el centro de mis peregrinaciones y limita con Turkestán, Gansu y Mongolia. Así que digo: «Puesto que sin orden de su jefe

e incluso en contra de su consentimiento me impide ir a Dirgi, no iré, dejaré su país de inmediato, pero por el camino que yo quiera.» Transcurre la noche. Al amanecer, ordeno levantar el campamento. El *che-ngo*, al que se ha unido el *gyapon*, vuelve para suplicarme que regrese a Dzogchen. Yo me río en sus narices y replico que, si quieren retenerme, no tienen más que ordenar a sus soldados que me maten, así mi cadáver permanecerá allí.

Al oír esto, profieren gritos de espanto, protestan, dicen que no me desean ningún mal y que están dispuestos a ponerse a mi servicio. Si no quiero ir a Dzogchen, puedo acampar junto a algún grupo de nómadas con la misma oferta de ser alimentada y servida gratis. Pero yo no puedo acatar humildemente las órdenes de un funcionario cualquiera, so pena de arriesgarme a que me expulse del país. Así pues, insisto en lo que he dicho: me dirigiré a la frontera que yo elija, y como es natural elijo la del Kuku Nor. Esta decisión no les gusta nada a los dos subalternos. Voy a Jakyendo, es decir, al país que está bajo el mando militar de su enemigo más temido, el general musulmán de Xining, que acaba de lograr una victoria total y terrible sobre las tribus saqueadoras llamadas golok [...] Terrible, en efecto, aunque para quien ha vivido por aquí y conoce las fechorías de los golok, así como las innumerables muertes de que son culpables, no es posible apiadarse mucho. Es como haber arrancado la mala hierba, pues ahora el camino directo de Gansu a Jakyendo y al Tíbet está libre para los viajeros honrados. Tan libre que el mandarín local me autoriza a pasearme por allí cuanto me plazca. ¡Una gran victoria para el general! Ahora se encuentra en la frontera norte del Tíbet y tiene a su espalda unos territorios sometidos en los que puede apoyarse y que le proporcionarán víveres y medios de transporte. La situación ha cambiado. Te lo explicaré más adelante. De momento sabes lo suficiente para comprender que los dos subalternos, espantados, se preguntaban si no habrían metido la pata cerrándome el paso hacia Dirgi y Batang y si sus jefes no se tomarían mal el hecho de haberme empujado en otra dirección. Así, ambos insistían en que volviera por donde había venido, cosa que yo no quería hacer bajo ningún concepto, pues no veía ninguna otra ruta directa para llegar al Kuku Nor si me encontraba en el camino de Tat-chienlou. En resumen, levanto el campamento y me voy a pie con Aphur mientras los muchachos acaban de empaquetar las cosas. El *gyapon* ha insistido en que me quede los yacs y a los hombres que transportan mi equipaje. Él también sigue el convoy con su estandarte y sus músicos, que de vez en cuando tocan una tímida marcha: tu-tu-tu-tu. Es bastante cómico, pero estoy demasiado enfadada para reírme y Aphur también está de un humor de perros. Contemplamos el coraje de lejos mientras avanzamos.

Por el camino nos metemos en una marisma herbosa y resbaló dos veces en el fango negro. Tengo que quitarme el paletó y la camiseta, y Aphur los lava en un riachuelo. Cuando llegamos, las tiendas están plantadas junto a un campamento de pastores. El *gyapon* ya se ha encargado de que traigan leche, cuajada, manteca y queso, y anuncia un cordero para el día siguiente. Cree que va a ablandarme el corazón con esos presentes, pero está muy equivocado. Me informo. Estoy junto a la carretera que va a Lhassa por Jakyendo. No hay más que seguirla en dirección oeste. «Mañana nos levantaremos antes del amanecer y partiremos de inmediato», les digo a los muchachos. Al día siguiente seguimos este programa. Los dos tibetanos llegan con la carne prometida y más manteca. Lo empaquetamos todo a pesar de sus súplicas, expresadas en un tono patético: «¡Mátenos! —exclaman los dos hombres—. Nuestros jefes harán que nos corten la cabeza.» «Prefiero dejaros con vida hasta entonces —contesto, y añado la fórmula de cortesía tibetana—: Sentaos tranquilamente (*Kalé jou den jak*).» Dicho esto, cojo mi bastón y me dispongo a alejarme, pero, previendo esta reacción, los dos astutos bribones han dado órdenes. Me agarran de las mangas, apoyan la cabeza en mis manos, el corpulento *gyapon* derrama auténticos lagrimones; los soldados ya no tocan sus instrumentos ni enarbolan el león heráldico, sino que me cierran el paso mostrándome los pulgares hacia arriba, como las vestales para indicar que se le perdone la vida al gladiador vencido. Aquí, ese gesto significa súplica o aprobación. Y todos entonan a coro: «¡Larga vida! ¡Larga vida!» Y el *gyapon* repite: «¡Máteme, máteme!» Es cómico, pero muy fastidioso. Puestos a hacer teatro, me pongo en situación y declaro: «Vosotros tenéis soldados (son siete u ocho), ¡decidles que cojan sus fusiles y me disparen por la espalda mientras me voy!» Todos se horrorizan, los jefes apartan a sus hombres, que siguen con los «¡larga vida, larga vida!», pero el círculo permanece cerrado ante mí. Empiezo a repartir golpes a diestro y siniestro con el bastón, pero ni por esas se van. Entonces me vuelvo absolutamente maquiavélica: «Traedme mi revólver, voy a matarme, y el crimen de haberme asesinado caerá sobre vosotros. ¡Vosotros sufriréis las consecuencias!» Me dirijo con porte digno hacia mi tienda, donde Aphur sigue empaquetando sin inmutarse, pues prevé el desenlace de esta comedia y confía en mi habilidad. Pero el pequeño esclavo, asustado, me adelanta, coge todas las armas y escapa con ellas para esconderlas... ¡Santa inocencia! ¡Y qué buen corazón! Mi inminente suicidio no me impide repartir algunos mamporros más, de los que el *che-ngo* recibe una parte generosa. Pero la resistencia está al límite. Esa gente sabe que el cadáver de una europea sería duro de digerir... «Váyase tranquilamente, por favor», dice el *gyapon*. Me alejo sola con la mitad del bastón que todavía conservo en

la mano. Me voy. Todo este ejercicio me ha alterado la digestión del desayuno; tengo que pararme para beber, en el hueco de la mano, agua del torrente... ¡poesía!

En ese momento veo que un hombre me sigue. ¿Un espía?... Al llegar junto a una gran roca, me dispongo a subir y, desde ese pedestal, esbozar unos gestos cabalísticos destinados a asustar a mi perseguidor, pero al final me ahorro el esfuerzo porque reconozco a mi joven *boy*. El muchacho llega a mi altura, se echa a reír y dice, admirado: «¡Oh, preciosa Reverenda, qué paliza les ha dado! ¡Ha partido su bastón en dos!»

Me informa de que mis sirvientes me siguen. Cinco yacs con el equipaje, tres porteadores, una escolta de cuatro soldados y dos hombres más los acompañan. El *boy* y yo continuamos andando hasta un lugar donde el valle se divide en dos. Entonces, a lo lejos, en la carretera que debemos seguir, divisa una línea oscura que avanza con rapidez: jinetes. Si se acercan tan deprisa, es imposible que lleven animales de carga, y en este país los únicos que no transportan bultos son los bandidos. Son ladrones, concluye el muchacho. Yo opino lo mismo, y ante la duda vale más advertir a los que vienen confiados detrás de nosotros. Los he vapuleado un poco, pero no les deseo ningún mal. De modo que volvemos atrás y, en cuanto veo la pequeña caravana, agito los brazos indicando que se acerquen. Sonam y dos soldados acuden al galope. Les explico lo que hemos visto y, casi de inmediato, un jinete aparece en una cima cercana. Los soldados lo llaman, pero él los mira sin responder y se aleja tranquilamente. Es un ladrón, declaran los hombres, pero no parecen dispuestos a perseguirlo o a buscar a sus compañeros. Tras este incidente se produce una discusión sobre el camino que voy a seguir. Los jefes han insistido en que vaya por el valle del norte. Yo sé, por el mapa, que éste atraviesa estepas desiertas, mientras que la carretera del sur pasa entre pueblos y, en las circunstancias actuales, prefiero estar en tierras habitadas. Por consiguiente, declaro que tomaré la carretera del sur, ante lo cual, los dos civiles de la escolta anuncian, por supuesto, que no pueden seguir acompañándome y que deben ir a informar del hecho. ¡Buen viaje! Los cuatro soldados se quedan. En éstas llega una gran caravana de mercaderes de Lhassa, y los soldados dicen enseguida que se trata de los jinetes que hemos visto. No me lo creo. Éstos van al paso y sólo son siete u ocho en total, con muchos animales de carga. Creo que los ladrones los acechaban y que nuestra llegada los ha desconcertado. Cuatro soldados, dos nómadas y dos de mis muchachos, bien armados, además de los Lhassa-pa, también armados, no les facilitan la aventura; por eso han decidido largarse. Proseguimos nuestro camino apaciblemente, durmiendo en casas de campesinos o en las de los jefes. Un reyezuelo lo-

cal nos invita a cenar, me regala una alfombra y muchos víveres. Los soldados se muestran lo más útiles posible; cambiamos la escolta a medio camino, en Dorma, donde encontramos, única nota discordante, a un *che-ngo* que al principio se comporta con muy mala educación y a quien Aphur mete en vereda irguiéndose y diciendo, en tono de protesta, que un ciudadano de un gran país como él merece todos los respetos. ¡Ya se cree francés o norteamericano! Una vez que el fulano se excusa, todo va bien, y el viaje continúa, bastante monótono, hasta el límite del territorio tibetano. Allí hay una zona mal definida en la que nuestra escolta no se atreve a adentrarse. Nos deja tras haberse asegurado de que los porteadores y los animales de carga parten con nosotros. Ese día de marcha nos conduce a unos pastos situados a considerable altura, donde se alzan numerosas tiendas negras de pastores. Aphur, medio en broma, les dice a Sonam y al *boy*: «¡Pobres de vosotros si, pasando entre tantos rebaños, no bebemos leche y no comemos queso!» Los dos tunantes interpretan la orden a su manera, ponen sus mulas al trote y visitan una tras otra todas las tiendas. Una hora más tarde se reúnen con nosotros. Viene cargados de manteca, hay por lo menos 10 kilos; llevan quesos dentro de las mangas..., una rapiña. «¿Qué habéis dicho?» Sonam responde: «He dicho: "Mi jefe, que va por ahí, por la carretera, se ha quedado sin manteca; traed cada uno una pieza", y a los que no obedecían, les enseñaba el fusil.»

Metemos la manteca en unos sacos y los dos locos se alejan de nuevo porque han visto más tiendas. Entonces el cielo se oscurece y, de repente, estalla una tormenta de granizo. Mi mula, aturdida, empieza a dar vueltas en redondo; no veo nada. La temperatura baja súbitamente. El *waterproof*, que han conseguido ponerme con dificultad, se queda tieso.

Llamamos a gritos a los porteadores y agrupamos las mulas y los yacs. Luis me conduce a una tienda negra y enseguida hace hervir leche para que me la beba.

Pasada la tormenta, partimos de nuevo, pero Sonam y el *boy* no aparecen por ningún sitio; pitamos (llevamos potentes silbatos de marina) sin ningún resultado, hasta que por fin, un buen rato después, divisamos a los dos muchachos. Esta vez se han comportado como auténticos saqueadores. Otra avalancha de manteca, y, como no sabían cómo transportarla, han cogido bolsas de piel. También han birrado pieles de cabra para hacer alfombras. Esto no arruinará a los nómadas, pero el procedimiento es vil. Además, ha habido resistencia. Un anciano ha incitado a la gente diciéndoles que no dieran nada. Mis dos sirvientes se han peleado con ellos y, muy imprudentemente, han amenazado con llevarlos a todos ante el jefe local, cuya tienda blanca estaba cerca de allí. Resultado: excusas y más ofrendas. Incluso han

llegado a ir de verdad a la tienda del jefe a recaudar la contribución, y su imperturbable audacia ha obtenido un éxito total; éste ha pedido una pieza de manteca por tienda para ellos. Todos reímos, pues la moral varía de un país a otro y aquí nadie ve como algo grave una broma de este tipo. El *boy* está radiante. Este chiquillo es un diablo. Pero también es muy amable, y bastante guapo, y deseo que se quede conmigo.

Un día más de marcha y llegamos a Jakyendo. Nuestra morada, una de las mejores que hay disponibles, es tranquila pero incómoda. El mandarín local es un hombre culto, sumamente amable, que me ha recibido de maravilla y me ha ofrecido algunos apreciables presentes en especies, como es costumbre aquí.

Y ahora, ¿qué? Un inmenso interrogante. Dentro de unos días estaremos en octubre y, dado que la altura media circundante es de más de 4.000 metros, el invierno, como supondrás, no tiene nada que ver con el de Túnez o Bona; además, en la región no hay combustible, salvo boñiga de yac.

La única ciudad que hay más o menos cerca es Lhassa. Si nos lo propusieramos, podríamos llegar en un mes largo. Sin embargo, después de lo que acaba de pasar, creo que es preferible no reanudar demasiado precipitadamente el contacto con las autoridades tibetanas. Atravesar el Kuku Nor en esta época del año es una empresa arriesgada. Probablemente la llevaría a cabo con éxito, pero ¿es sensato, a mi edad, pasar las noches a 20° bajo cero y soportar las temperaturas más bajas aún que vendrán, cuando sólo se tiene un campamento volante para refugiarse por la noche? La única posibilidad que veo es pasar el invierno aquí, aunque la perspectiva me desagrada. No se puede encontrar ningún albergue bueno, los alimentos son escasos, miserables y bastante caros (aparte de la carne, que está a buen precio; incluso al cambio de 10 francos por tael, un cordero entero cuesta unos 15 francos).

No lejos de Jakyendo hay un lugar llamado Lab, donde reside un gran lama al que conozco. Desde el punto de vista intelectual y espiritual, es un pobre hombre. Es muy rico, se dedica al comercio y, en contra de lo que establece la regla de su orden, está casado. Su mujer le dio un hijo hace unos meses. Yo la conozco porque vino a visitarme cuando estaba en Kum-Bum; en cuanto al lama, aunque no lo he visto nunca, nos hemos escrito varias cartas. Yo le he enviado medicamentos y él me ha hecho, al igual que a Aphur, que lo ha visitado, regalos bastante bonitos y me ha invitado a ir a verlo. Lo malo es que él y su mujer ahora no están, aunque tienen que regresar a casa dentro de poco, y el mandarín me ha dicho que le escribiría a su intendente para que me recibiera bien y me facilitara un buen alojamiento. Así que, a

falta de algo mejor, intentaremos invernar en ese monasterio si se nos permite ocupar una casita apropiada. [...]

Esta carta saldrá el día 5 del noveno mes chino (el 5 de octubre). No llegará a Xining antes del 5 de noviembre y no estará en Pekín antes de que pase otro mes largo, pongamos el 6 de diciembre. A partir de ese momento, calcula dos meses para que te llegue, lo que nos lleva a principios de febrero de 1922. [...]

25 de septiembre de 1921. Tuve una especie de ataque de gripe que, afortunadamente, pasó enseguida. En plena noche me asaltó una violenta fiebre; tuve que despertar a Aphur y a los muchachos para que encendieran el fuego y me preparasen una infusión. Estaba ardiendo y titilando de frío a la vez. Me tomé inmediatamente un comprimido de un medicamento nuevo, Novamidon, que me habían dado en la farmacia francesa de Pekín y que había sido muy eficaz cuando Aphur se lo tomó en un caso similar. El efecto fue muy bueno y me tomé otro al día siguiente. En resumen, la fiebre bajó. Sólo he estado enferma tres días. Eso me he hecho notar más la falta de comodidad de mi alojamiento, cuya ventana tengo que dejar abierta haga el tiempo que haga si no quiero permanecer a oscuras. Y en cuanto anocchece también hay que dejar abierta la puerta, con lo cual se produce una violenta corriente de aire; de lo contrario, es preciso encender la luz muy pronto, y en Jakyendo no hay ni lámparas ni aceite. Encendemos una minúscula lámpara de altar, un trozo de algodón sumergido en manteca o una vela; pero las velas son carísimas: tres paquetes (de seis velas cada uno) valen aproximadamente un tael, es decir, 10 francos. Mis sirvientes están alojados como perros de pobres. Hay que irse antes de que empiece a hacer más frío. Aphur ha ido esta mañana a Lab para ver si allí es posible encontrar un albergue, pero, como el lama no está, parece bastante difícil. Estamos pensando comprar una gran tienda negra de nómada y vivir allí, en un rincón protegido de la montaña. Nuestras pequeñas tiendas no aguantarían la nieve que va a caer, pero podremos utilizarlas a modo de divisiones interiores bajo la otra. Es una perspectiva bastante miserable, si bien en esas tiendas de lana, construyendo una estufa en el suelo como hacen los pastores, se puede estar bastante caliente. Todas las cumbres cercanas están blancas. Desde hace unos días, el tiempo es horrible: granizadas, lluvias..., la terraza de tierra batida que hay delante de la puerta es un barrizal. ¿Dónde está mi encantadora casita de Kum-Bum? La gente de Jakyendo es de una suciedad inenarrable. Los escusados, o los patios reservados para ese uso que hay en otros sitios, aquí no existen. [...]

Jakyendo, 1 de octubre de 1921

Querido, en la medida que las cosas de este mundo pueden ser seguras, nos marcharemos de Jakyendo pasado mañana y nos adentraremos en la estepa. ¿Qué sucederá?... «Los dioses lo saben... y quizás no lo saben», como dice un himno antiguo del Rigveda, cuyo autor era, sin duda alguna, un sabio. Probablemente las grandes nieves todavía tarden un mes largo, aunque Aphur, al cruzar un puerto, camino de Lab, se encontró con nieve hasta media pierna. Todos estamos nerviosos y preferimos la aventura bajo una tienda que la estancia prolongada en no se sabe qué infecta choza donde te hielas y donde el agua te cae sobre la cabeza en cuanto el techo se humedece. He estado bastante resentida del corazón estos últimos días, hasta el punto de que apenas podía dormir por la noche, pero creo que no se debía ni a la altitud ni a ninguna enfermedad real. El aburrimiento y quince días pasados en un alojamiento repugnante eran, en mi opinión, la única causa; el aire libre hará que me recupere, aunque la excursión promete ser dura. No podemos cargar mucho porque tenemos que avanzar deprisa, de modo que los víveres no serán ni variados ni abundantes; pero no importa, nos las arreglaremos. Contamos con llegar hacia primeros de diciembre a unos campamentos mongoles situados al sureste del Turkestán chino y con poder alquilar allí una o dos yurtas (son esas tiendas redondas, cubiertas de fieltro). En su interior se está muy caliente y mucho mejor que en un inmundo cuchitril de pueblo. Quizás incluso la suerte nos permita emplear mejor el invierno. Eso es imprevisible. [...]

Jakyendo (alias Cherku)

Kuku Nor, 30 de noviembre de 1921

[...] Al ver que se acercaba el invierno y presintiendo que me sería imposible atravesar las inmensas estepas del Kuku Nor durante la estación fría, había decidido ir primero a Batang y, a continuación, dirigirme a Yunnan-fu o a algún lugar de clima un poco moderado de Yunnan para invernar allí. Debido a las informaciones falsas divulgadas por los periódicos ingleses de Shanghai y otros, creía que, dándome a conocer, me resultaría fácil cruzar la franja de territorio conquistada en Sichuan por los tibetanos de Lhassa. Penetré en ella fácilmente con el consentimiento del oficial al mando del puesto de la frontera; luego, tras una semana de viaje, fui detenida por un oficial de rango inferior al que me había dejado pasar. Éste quería hacerme esperar las órdenes que recibiría de dos de sus jefes, uno de los cuales residía muy lejos del lugar donde me encontraba. Me negué a esperar, pese al ofrecimiento que se me había hecho de proporcionarme alimentos para mí, para los animales, etcétera, y tras una discusión bastante viva conseguí una escolta para venir a Jakyendo; el alojamiento

para mí y el forraje para los animales, más diversas provisiones, me fueron proporcionados gratuitamente durante todo el viaje. Yo esperaba encontrar en su casa a un gran lama que conozco, cuya residencia se encuentra cerca de Cherku, y descansar allí. Pero el lama y su mujer se hallaban ausentes. Él sigue en Xining y seguramente no regresará hasta la primavera; su mujer y su hijo están en casa de unos amigos que viven más allá de dos cadenas montañosas, cubiertas de nieve en esta estación. Jakyendo-Cherku es una aldea miserable situada a más de 4.000 metros de altitud, en el umbral de las soledades inmensas que se extienden, al norte, hasta Mongolia y Turkestán y, al oeste, hasta la frontera afgana. Algunos cultivos en un círculo de unos kilómetros alrededor de Cherku; luego el desierto de hierba sembrado de lagos azules y cruzado por montañas. Los víveres son, pues, escasos y caros, no hay combustible, difícilmente se consigue boñiga de yac seca para alimentar el fuego de la cocina. El frío, no necesito decirlo, es intenso a esa altura. Se me había acabado el dinero; me quedaba un lingote de oro de un valor aproximado de 300 taelas (comprado por 348 taelas en Lanzhou) y siete mulas. Pero en ese pueblecito era imposible cambiar el oro y no encontraba compradores para las mulas, pues el mercado estaba saturado a causa de los centenares de animales traídos como botín por las tropas que habían derrotado a los golok. Mi situación no era muy alentadora. Decidí tratar de cruzar las estepas para llegar a un sitio más civilizado. Tras haber aligerado el equipaje hasta el punto de prescindir incluso de lo necesario y cargado las mulas de grano para su alimentación, partimos todos a pie. Después de diez días difíciles pero soportables, llegamos a unas mesetas elevadas y nos desviamos del camino debido a unas tormentas de nieve. A continuación, al vernos obligados a cruzar unos puertos situados aún a más altura, nos encontramos en una situación realmente peligrosa. A un caballo se le heló una pata y mi nariz sufrió un accidente del mismo tipo. Afortunadamente, todos salimos de aquello con daños superficiales en la piel, bastante dolorosos pero que nos dejaron intactos una vez curados. En algunos puntos la nieve nos llegaba hasta la cintura. Tuve que ordenar volver atrás, y el regreso, te lo aseguro, fue suficientemente accidentado y penoso. Estábamos absolutamente solos en la inmensidad blanca; grandes lobos grises se acercaban con familiaridad a merodear a nuestro alrededor. Creo que hubiera podido domesticar uno alimentándolo. Sin embargo, por la noche montábamos guardia con el fusil entre los brazos por miedo a que aquellos animales hambrientos se abalanzaran sobre las mulas. También había osos de esa especie de pequeñas dimensiones típica del país, y rebaños de cabras salvajes y de asnos salvajes llamados kyangs, que tienen el tamaño de mulos grandes. Al llegar a Cherku, Aphur buscó un alojamiento y en-

contramos tres habitaciones y un cobertizo en una casa no tan sucia como la que habíamos ocupado antes. Había que resignarse a pasar el invierno allí. Con perseverancia, he conseguido un poco de carbón vegetal traído de lejos; eso me permite tener un brasero en mi habitación y atenuar un poco el frío. [...]

Te ruego que continúes guardando las cartas en las que te doy detalles sobre mi viaje; me serán de utilidad para mi libro.

Jakyendo (Cherku), 28 de enero de 1922

Recibirás, seguramente después de ésta, una larga carta fechada el pasado 14 de enero, que será enviada desde Xining por el misionero belga, el R. P. Schram. Se la llevará el correo que el comandante de Jakyendo envía al general Ma, residente en Xining. Espero que te llegue bien y en el tiempo previsto. Ayer, un hombre de Taou que vuelve de Lhassa y regresa a su casa vino a verme y se ofreció a encargarse de mis cartas si yo lo deseaba. Así pues, se llevará ésta y se la entregará al R. P. Davenac en Taou, quien la expedirá vía Tatchienlou. [...]

Jakyendo, 14 de enero de 1922

Estamos a mediados de enero y, aunque la temperatura es mucho más fría que la de los meses pasados, considero el invierno terminado y me dispongo a partir. Hemos tenido mucha suerte. El invierno ha sido sumamente benigno teniendo en cuenta la altitud a la que nos encontramos. Con ayuda de un brasero pequeñísimo, he conseguido mantener mi habitación entre 3 y 5 grados durante el día. Es cierto que le da el sol y que, aquí, éste es potente. De noche, por supuesto, el cuarto está helado, pero en ningún momento he llegado a 10° bajo cero, así que no lo he pasado mal. La gente saludable —entre la que, afortunadamente, me encuentro— reacciona contra el frío y el calor y se aclimata a ellos. Desde que regresé de mi aciaga excursión por la nieve, en Cherku hemos disfrutado de un tiempo seco, de un cielo invariablemente azul y de un sol radiante. Desde el 1 de enero ha habido dos o tres nevadas, aunque no muy abundantes; en el valle, la nieve se ha fundido, pero las montañas están blancas desde las nevadas de octubre y resulta difícil cruzar todos los puertos vecinos. También desde enero, se ha levantado viento, y todas las tardes sopla violentamente, levantando remolinos de polvo. Todos los grandes ríos que cruzamos viéndolo hacia aquí están helados desde hace tiempo, pero en los dos pequeños que se juntan ante Cherku las aguas claras continúan fluviendo. La gente de la zona dice que no se hielan nunca porque el agua es salada. Sin embargo, la cantidad de sal debe de ser mínima, porque nosotros, como todo el mundo, utilizamos esa agua para cocinar y no notamos ningún gusto especial.

He vendido otra de mis mulas, la más vieja. Ya te dije que no se podía esperar ninguna ganancia por ese lado. Simplemente he recuperado el precio de compra y obtenido 4 taelas de beneficio. Es insignificante, pero no he perdido nada, al contrario. Así que mi caballería se ha visto reducida a 5 animales de los 8 que la componían al partir. [...]

Hoy quiero añadir algo. Hay rumores de guerra en el ambiente. Ataque tibetano contra los chinos o viceversa. Los rusos bajan de Mongolia, se alían con los musulmanes de Turkestán y se extienden... ¿quién sabe por dónde?... Esta mañana me he enterado de que el general de Xining está recaudando contribuciones para armamento, y circula un vago rumor relativo a la marcha de un jefe cuya nacionalidad es dudosa —ni chino, ni tibetano, ni mongol— con numerosos soldados. En resumen, podría muy bien haber jaleo y, aunque las estepas son lo bastante grandes para evitar a unos ejércitos que distan mucho de ser tan nutridos como los nuestros, hay que contar con posibles aventuras. Una de ellas podría ser el desmembramiento de mi pequeño grupo. Supón que, por cualquier motivo, Aphur se ve separado de mí, no encuentra mi rastro o le resulta imposible reunirse conmigo. Si te escribiera, sea desde donde sea, para pedirte ayuda, no lo abandones. Es espabilado y en cualquier caso se las arreglaría para localizarme en Pekín, pero podría pasar mucho tiempo. No hay que permitir que muera de hambre. Pronto hará ocho años que está a mi servicio y he dejado de considerarlo un criado, tanto más cuanto que no cobra sueldo alguno. Está decidido a permanecer conmigo mientras yo viva, si quiero, y, por mi parte, le he cogido cariño a este muchacho que me ha hecho innumerables servicios y dado muchas pruebas de desinterés y abnegación. Estoy segura de que estarás muy contento de tenerlo al lado cuando lo conozcas. Para personas de nuestra edad, no está mal contar con alguien que no es un mercenario y que puede ocuparse de la casa y hacerles los servicios que requiere la situación. Él no es un criado, en efecto, no ha sido educado para serlo; es un semierudito al estilo de su país y un caballero al estilo del Tíbet, pero, cuando las circunstancias lo exigen, es capaz de hacer pan, cocinar un trozo de carne, lavar la ropa, pintar un revestimiento de tablas, confeccionar prendas de vestir y manejar el cepillo y la sierra. En tiempos normales, prefiere su tarea de secretario y ayudarme en mis traducciones, evidentemente. Pertenece a la orden religiosa y vive castamente, como monje que es, de conformidad con su voto de celibato; espero que continúe así. Sólo se separa de mí para hacer las compras indispensables y apenas me percato de que ese hombrecito que se viste con ropas semejantes a las mías no es una chica. Así que, si te escribiera, no dejes de ayudarlo; te estaría muy agradecida. Me apenaría mucho si le sucediese algo malo en un viaje que ha emprendido por mi causa. [...]

2 de febrero de 1922. Ya han terminado los festejos de Año Nuevo. No han sido muy brillantes en este agujero. No obstante, he visto bellas danzas en el monasterio. En esta ocasión, el sol resplandecía, lo que daba brillo a la escena. Los bailarines estaban como endemoniados, giraban y evolucionaban de forma enloquecida, y sus trajes, pese a no ser tan lujosos como en Kum-Bum, eran muy bonitos. Después de esto ya no hay nada más que ver, salvo miserables actores locales. Entré cinco minutos en el patio de la casa donde actuaban y tuve bastante. [...]

Jakyendo, hacia el 22 de mayo de 1922

Debiste de recibir, hace ya algún tiempo, una lacónica nota que le entregué a un viajero danés de paso que planeaba regresar a Shanghai, donde reside, por la carretera de Tatchienlou que yo recorrió el año pasado. El pobre señor tuvo la desgracia de toparse con unos tibetanos que le interceptaron el paso y se vio obligado a subir de nuevo hasta Xining (dos meses de viaje por la estepa), desde donde tendrá que atravesar tres provincias chinas (dos meses largos más, como mínimo) para ir a su casa, mientras que por Tatchienlou hubiera podido llegar en seis semanas. Más adelante te contaré la odisea fantástica de este infortunado, que se ha gastado 14.000 dólares para ver poca cosa y pasar penurias de todo tipo.

Un imam que oficia para los oficiales y soldados musulmanes acaba de informar a Aphur-Yongden de que pasado mañana partirá un correo militar para Xining. Espero que sea verdad y aprovecho para escribirte.

Yo también voy a ponerme en camino hacia Xining dentro de quince días. Seguramente te sorprenderá este regreso a mi antigua residencia. No es en absoluto voluntario; lo que ocurre es que es la única manera que veo de salir de Jakyendo. Tan sólo una caravana numerosa o, mejor, una expedición puede atravesar la estepa en diagonal para ir a Turkestán; yo no estoy preparada para eso. Lo intenté de nuevo por otro camino; ya te contaré con detalle en otra carta lo que hice. Creo que sentirás cierta admiración por mi valentía. Caminé durante 44 días con tan sólo uno de mis criados, crucé una docena de pueblos con nieve por encima de las rodillas y dormí entre las anfractuosidades de las rocas, como una mujer prehistórica, sin comida y prácticamente descalza, pues las piedras del camino habían gastado las finas suelas de mis mocasines. Queríamos salir de las interminables estepas, llegar a una provincia china situada más al sur y, a continuación, subir de nuevo hacia el norte por una carretera paralela a la que habíamos seguido el año pasado. Aphur (ahora se llama Albert, es un nombre más decente para el mundo civilizado), bien, pues Albert, que

había contado con su inteligencia y con la imbecilidad de los demás, fue detenido por un jefe tibetano que acechaba al viajero danés. Se empeñó en impedirle pasar, y yo no podía dejarlo solo en la estepa con mi equipaje. Regresé, con los gastos a cargo de los tibetanos, quienes me proporcionaron caballos, víveres y sirvientes e incluso me dieron una pequeña suma de dinero que me embolsé sin ningún reparo, adaptándome a las costumbres del país. Yo quería ponerme en camino de inmediato, pero el comandante musulmán prácticamente me suplicó que no lo hiciera, representándome el estado de las regiones que debía atravesar en pleno invierno. Mis animales morirían, dijo, a falta de hierba para pacer, quedariamos atrapados por las tormentas de nieve, etcétera. Informada por él y por lo que yo misma había visto, comprendí que sus consejos eran juiciosos y dados con buena intención, de modo que, aunque de muy mal grado, me resigné a seguir esperando. [...] Esta espera prolongada me costó cara y me hizo perder mucho tiempo. Todos mis planes se han visto trastocados. Cuando digo que vuelvo a Xining, no es que vaya a instalarme allí, quizás incluso me limite a enviar a Albert en busca del equipaje que tengo allí en depósito. Despues partiré de inmediato hacia Ganzhou, al norte de Gansu, en la gran carretera transitable que va de Pekín a Kashyar y, desde allí, a Samarcanda, en el Turkestán ruso, desde donde parte el ferrocarril de Bakou, que permite ir a París sin cruzar el mar (omito la travesía por un trecho del mar Caspio). En lo que a mí respecta, Bakou y Samarcanda quedan al margen. Desde Kanchou, pienso ir a Xuzhou y luego a Ansifou. Cerca de esta última ciudad está el oasis de Tunghuan, donde estuvo Pelliot, en el curso de una misión, visitando el templo-gruta de los mil budas. Toda esa región de Gansu, límitrofe con Xinjiang (Turkestán chino), es, como el propio Turkestán chino, una sucesión de oasis entre inmensos desiertos. Antaño era fértil, y había un importante reino budista establecido allí, tal como lo demuestran las numerosas ruinas que hay por doquier, los libros y los objetos diversos encontrados en las excavaciones, etcétera. Es una región muy alejada de la costa, y si no la visito ahora que estoy cerca, seguro que no la veré nunca. No puedo hacer más planes antes de haber terminado la travesía del Kuku Nor, pues no sé exactamente cuánto tiempo invertiré en realizarla. De camino, iré a las fuentes del río Amarillo, en una zona desierta donde hay grandes lagos a unos 4.700 metros de altitud. Tenemos que comprar yacs para que lleven los víveres durante ese largo viaje. Es conveniente que nos aprovisionemos para tres meses, dos y medio como mínimo, y la carga será bastante pesada, pues aquellos aires abren el apetito y los cuatro somos de buen comer. Tal vez por eso seguimos gozando de buena salud. Tendremos que vender los yacs en Dankar, la primera ciudad a la que se llega saliendo del Kuku Nor. En

Xinjiang, esos animales no pueden vivir. Todo el transporte se hace con camellos. [...]

[...] Mi última excursión, que en total me ha ocupado dos meses, ha sido, en parte, muy dura, pero sumamente interesante, y he acumulado materiales que sin duda tendrán encanto cuando publique algo sobre esto. La región también es muy bonita y no lamento haberla visitado. He encontrado algunos libros más para engrosar mi colección, ya bastante completa, de obras tibetanas. [...]

25 de mayo de 1922. El tiempo, que desde hacia dos meses era bueno, se ha estropeado en la última quincena. Llueve a mares en Jakyendo, que se encuentra en el límite de la zona de las lluvias. Treinta metros más arriba, nieva, y el valle está rodeado de nuevo por un cinturón blanco. Me había quedado en mi tienda, en los alrededores del pueblo, pero el mal tiempo me ha obligado a volver a la casa que ocupé el invierno pasado. Espero el regreso del muchacho que envié a Dirgi con tres mulas. Creo que estará aquí dentro de una semana, e inmediatamente después partiré. Una cuestión sumamente fastidiosa es la de la moneda. Lo que vendo aquí, me lo pagan en rupias antiguas de Sichuan, que sólo circulan en Kham y son aceptadas en cualquier lugar del Tíbet, pero de las que no quieren saber nada en otros sitios. He pensado en fundir lo que no vaya a necesitar aquí para utilizarlo en lingotes en Gansu, pero al parecer la plata de esas rupias es de muy mala calidad, creo que la aleación es excesiva. Si hay que quitar una parte de ésta, la pérdida será considerable. He recibido más demandas de compra para mi oro, pero ahora no me atrevo a deshacerme de él a cambio de esas rupias que amenazan con hacerme sufrir una gran pérdida. Mi oro es excelente y contiene un 95 % de oro fino, pero no sé cuál es actualmente la cotización de ese metal en Gansu. Tal vez en Xinjiang, donde, desde que el comercio con los rusos empezó a resentirse, abunda el papel y escasea el metal, encuentre un precio ventajoso. [...]

[...] Tendremos algunos gastos en ropa, porque Albert y yo vamos con harapos; en la estepa eso no tiene importancia, pero no podemos exhibirnos así en lugares donde nos relacionaremos con funcionarios chinos y con europeos. Afortunadamente dejé en Xining una caja con antiguos vestidos traídos de Túnez que me vendrán de perlas. Sin embargo, por poco que se haga, eso ocasiona gastos. Incluso, lo confieso, acabo de dejarme tentar por el deseo de ciertas cosas de las que me veo privada desde hace tiempo. Voy a encargar, a través de este mismo correo, 2 libras de café, 2 libras de cacao y 2 libras de té de Ceilán. Hemos estado tan privados de todo en Jakyendo, y más aún durante la última excursión, que esa pizca de lujo parecerá una delicia paradisíaca.

ca. No obstante, me encuentro bien, aunque me he quedado demasiado delgada. Pero eso no tiene importancia; digiero bien, el reuma y la enterocolitis que padecía cuando partí, hace dos meses, desaparecieron como por arte de magia los primeros días de marcha.

Si el invierno me impide ir a Mongolia atravesando los desiertos y si no me decido a pasarlo en Turkestán, quizás vuelva a la costa; eso es posible hacerlo en cualquier estación. Allí embalaré todas mis cosas y te las mandaré. Una vez hecho esto, reflexionaré. Se puede ir muy fácilmente a Urga desde Pekín. [...] Ahora hay que ir en zigzag, dar marcha atrás; el recorrido se triplica y se cuadriplica. He conseguido los documentos de una obra que no guarda ninguna relación con los estudios orientalistas o filosóficos, lo que sin duda hará que tenga más interés para el gran público. Y el gusanillo del periodismo, ahora que me ha hecho salir un poco de mi campo habitual de investigaciones, me susurra que sería muy interesante ver qué hacen los rusos en Mongolia y en Siberia. Pero, ¡qué demonios!... El tiempo pasa, la vejez se acerca —más bien ya está aquí—, y siento un intenso deseo de verte contra el que me resultará difícil seguir luchando mucho tiempo.

¿Qué estarás haciendo ahora?... Me lo pregunto. [...]

[...] Los vagabundeo no permiten ordenar los documentos recogidos en el curso de los mismos para publicarlos. Tengo notas que me proporcionarían material para escribir durante diez años. Utilizaré las más interesantes. Será un placer darles forma, y ese mismo placer podrá convertirse en fuente de ingresos. Me gustaría saber cómo están tus asuntos, qué proyectos tienes, a fin de orientar mis planes en consecuencia.

Mañana hay otra fiesta en el monasterio de Jakyendo, unas danzas para las que los bailarines se disfrazan de animales: león, elefante, tigre, leopardo, etcétera. Iré a verlo. El comandante ha enviado esta tarde a dos soldados que serán mis guardaespaldas.

He hecho algunas fotos más, pero no puedo enviártelas porque no tengo papel para positivarlas. He encargado más rollos de película para utilizarlos en Xinjiang. Te mandaré lo que sea interesante. [...]

Ganzhou, 29 de agosto de 1922

[...] Hace buen tiempo, muy bueno. El sol sigue calentando, como siempre en China, incluso en invierno. Una vivienda bien orientada, con ventanas encristaladas que dejan que los rayos del sol se expandan plenamente por las habitaciones, podría ser habitada sin encender fuego, salvo por la noche y por la mañana muy temprano, y no se pasaría frío. Las puestas de sol son maravillosas, las montañas circundantes se tiñen de unas tonalidades exquisitas que incluyen toda la gama de malvas, rosas y azulados. Es un verdadero regalo para la vista. No muy

lejos, al sur, hay nieve durante todo el verano a menos de 4.000 metros. Sin embargo, en mi opinión eso se debe a la orientación, y creo que la otra ladera de esas mismas montañas debe de estar libre de nieve. En el Kuku Nor, no muy lejos de aquí, la nieve se funde durante el verano a 4.500 metros de altitud. En el Himalaya se puede subir hasta 5.500 e incluso 6.000 metros durante julio y agosto sin encontrar nieve.

Hablando del Himalaya, Albert acaba de recibir en este mismo instante una larga carta de su país. ¡Es increíble, las condiciones económicas actuales tienen repercusiones incluso en esta jungla! Ante todo debes saber que la forma de recaudar los impuestos y el sistema de propiedad son allí muy diferentes de cómo son en Europa. En primer lugar, toda la tierra pertenece al rajá. Éste concede parcelas más o menos grandes a quien le parece y los concesionarios están obligados a pagar un canon anual. La concesión le puede ser retirada, pero normalmente eso no se hace, si bien hay algunos casos. Cada concesionario parcela a su vez una parte de la propiedad y la arrienda, en condiciones idénticas, a cultivadores menos ricos que él. Pues bien, como el Estado de Sikkim —debe entenderse el residente inglés— ha decidido que los grandes concesionarios deberán pagar en lo sucesivo un canon más elevado, éstos caen a su vez sobre los campesinos que tienen una parte de su concesión para aumentar su renta anual. Y resulta que los campesinos se rebelan. Creo que es la primera vez que ocurre algo así. Parece ser que un funcionario inglés de Calcuta, con funciones de mediador, ha ido para estudiar el asunto.

Se trata de una tormenta en un vaso de agua, pero es un signo de los tiempos. [...] En cuanto haya recibido fondos y una carta tuya que me permita hacer planes, partiré aunque sea pleno invierno. Estoy bastante hecha al frío. No creo que encuentre por el camino una temperatura inferior a 30 o 35 grados bajo cero, a no ser que suba hacia Mongolia, donde el termómetro registra menos de 45 grados bajo cero. Comprándome una piel de cordero suplementaria, podré resistir. En China, las distancias son enormes y los medios de comunicación muy lentos. Ambas condiciones, combinadas, hacen que uno se eternice viajando. [...]

Ganzhou, 10 de noviembre de 1922

La nieve que caía el día que te envié la última carta no ha durado mucho. Vuelve a hacer buen tiempo y eso aumenta mi impaciencia. Sería agradable viajar en esta estación, mucho más agradable, en estos parajes, que durante las lluvias o los fuertes calores del verano. Continúo ocupada con mi «Ilíada tibetana».* En cuanto amanece, Albert se

* Se trata de *Gesar de Ling*, reeditado por Robert Morel.

sienta en su cama —enrollado en las mantas, porque no tiene fuego y su cuartito es gélido— y en esta posición lee los manuscritos, bastante difíciles de descifrar, que he colecciónado sobre el rey Guesar. Anota lo más destacable, lo que difiere de las notas que tomé en Jakyendo, y a la hora del desayuno me presenta su trabajo. Es posible que dentro de dos meses haya terminado el libro, pero no puedo asegurarlo tajantemente.

Te envío el artículo «Germanización en Gansu»; léelo y decide si debes mandarlo al *Mercure*. Después de la acogida dispensada al de la extraterritorialidad, ya no sé qué tiene esa gente dentro de la cabeza. También hay algunas páginas sobre el mesianismo tibetano. Y además, un cuento que puedes quedarte. No puedo publicar eso, es de un género demasiado ligero. Hay un famoso libro, en tibetano, relativo a la vida de un personaje histórico que se convirtió en un héroe de leyenda al que se atribuyen las aventuras y las hazañas más portentosas y también las más sucias. El libro recuerda a la vez a Rabelais, Boccaccio y los cuentos de Balzac, pero adornado al estilo tibetano. El cuento que te envío está extraído de dicha obra. No quedaría bien, me parece, que, escribiendo libros filosóficos, ponga mi nombre en un libro que competiría con *Las mil y una noches* traducido por Mardrus. Pero, desde el punto de vista comercial, la empresa puede ser lucrativa. Mira el éxito de Mardrus. Dime qué opinas al respecto; por eso te envío este cuento a modo de muestra. No todos los relatos tibetanos tratan de bromas escabrosas; en este libro hay también «farsas» de otro carácter. Le he escrito a alguien que creo que tendrá acceso a la obra en cuestión para que me la compre. Ya veremos qué se puede sacar de ella. No necesito decirte que mis gustos me inclinan hacia un tipo de literatura más elevada, pero la cuestión monetaria obliga a veces a realizar tareas que no producen ningún placer. [...]

Ganzhou, 9 de diciembre de 1922

El frío aumenta, la nieve que cayó hace unos diez días no se funde del todo. Queda una fina capa que basta para dar al paisaje un aspecto completamente invernal. Hace más frío aquí que en Kum-Bum, aunque la altitud sea menor. Sólo estamos a 1.600 o 1.700 metros. Pero Kum-Bum está metido entre montañas que lo protegen, mientras que Ganzhou se encuentra en medio de una vasta llanura, y cuando sopla el viento, arrastrando arena amarilla, parece que se está en el Sahara, salvo por el calor. Mi habitación es más bonita que la que ocupaba en Jakyendo, pero está peor orientada y peor aislada. Aquí, la inmensa puerta dividida en tres paneles da directamente al patio central. Se puede introducir la mano por encima y entre los paneles, y lo mismo sucede con las dos grandes ventanas. Estando a 20° bajo cero por la

noche, esa ventilación es superflua. La hulla escasea, cuesta conseguirla. A veces paso días enteros sin fuego, aunque por suerte no muy a menudo. El pequeño tiene recursos: mezcla todo el polvo del carbón con tierra y paja y, cuando no tenemos carbón, prendemos eso en la cocina y en mi habitación. Espero que este invierno sea el último que paso en un país frío; cada vez estoy más convencida de que quien desea llevar una vida sencilla, cómoda y con pocos gastos debe instalarse en un país donde pueda evitar la necesidad de calefacción.

[...] Mi libro avanza. Evidentemente, no será un manuscrito definitivo; lo retocaré un poco antes de hacer la copia para presentar a un editor, pero todo el trabajo pesado estará acabado y bastarán quince días para ponerlo a punto.

He sentido un intenso deseo de emprender la tarea que más me ilusiona, la traducción de la versión tibetana de la *Prajna Paramita*, pero es un trabajo ingente y no puedo ponerme a ello sin tener ante mí la perspectiva de un año largo de tranquilidad. En Kum-Bum esbozé la traducción de dos volúmenes de la obra (son tres), de 900 páginas cada uno. Por supuesto, condensaré el material para no producir algo excesivamente voluminoso. No se me ocurre nadie que podría estar interesado en comprar esta obra en Francia y, aunque me contraría, probablemente me veré obligada a traducirla al inglés para ofrecerla a la Universidad de Harvard, en Estados Unidos, que publica «Oriental Series», contando para ello con un fondo considerable. Ya han aparecido treinta y cinco volúmenes. [...]

7 de enero de 1923

[...] Una de las cosas más agradables que podrías hacer por mí, tú que has sido servicial conmigo tantas veces, sería tranquilizarme sobre la cuestión de mi hijo adoptivo. En estos momentos estoy muy preocupada por su situación. Continúo disfrutando de sus servicios, y voy a pedirle algunos que no son de los que un criado aceptaría realizar. Vamos a partir en pleno invierno, dentro de unos días, para atravesar el Gobi con temperaturas de 25° bajo cero, y sus viejas pellizas forradas están gastadísimas. Ha pasado todos estos últimos meses sin fuego en su cuarto porque el combustible era caro y no quería aumentar mis gastos. Yo pensaba: recibirá su recompensa. Pero, si no tuviera que recibirla, ¿podría seguir engañándolo, en suma, robándole, pues ésa es la palabra apropiada? Tengo ese peso sobre la conciencia, y resulta duro sobrellevarlo. Tranquilízame, querido, dime que le dispensarás un trato paternal a este muchacho. En mi vida ha habido muchos sinsabores; no quisiera causarle una dolorosa decepción a este pequeño. Afortunadamente, nosotros no tenemos hijos, ninguna carga, ninguna responsabilidad, ¿por qué, en lugar de una buena acción de la

que obtendríamos una recompensa inmediata, vamos a introducir en nuestra vida un acto de oscura y cruel ingratitud? La verdad es que ya había delegado en ti para que velaras por este muchacho si yo muriese y para pagar mi deuda. Espero, mi buen amigo, que no me guardes rencor por haberme extendido tanto sobre esta cuestión. Tú comprendes perfectamente mis sentimientos. En ellos hay una parte de honradez y otra de egoísmo. Tengo la costumbre de analizar mis sentimientos y no me atribuyo más virtudes de las que poseo. [...]

Xuzhou, 3 de febrero de 1923

Acabo de llegar a Xuzhou tras un viaje de siete días a través de las regiones desérticas, que en algunas zonas me han recordado el Sahara y en otras los alrededores áridos de Gabes. Dunas muy bajas, luego llanura tras llanura donde sólo crecen hierbas espinosas y una especie de esparto. No hay agua, salvo en puntos alejados donde se encuentra un albergue miserable, aunque, en definitiva, no más miserable que muchos otros de China. Cuando salimos hacía mucho frío, 22° bajo cero como mínimo. A las once de la mañana, en mi habitación, con un sol resplandeciente, la temperatura era de 8° bajo cero. En los albergues se duerme como en cualquier lugar de Gansu, Mongolia, etcétera, es decir, sobre un *kang*, que es una plataforma de obra, hueca, en cuyo interior arden excrementos de caballo mezclados con paja. El olor que desprende no es agradable, pero se duerme muy caliente; en ocasiones tanto que te asas, pero de no ser por eso te congelarías. Vamos a seguir en dirección a Anshi, adonde llegaremos dentro de unos 8 o 10 días. [...]

Lanzhou, 11 de abril de 1923

Ayer llegué a Lanzhou, donde encontré un montón de cartas entre las que había una tuya..., ¡sólo una, lástima! [...]

Voy a enviar desde aquí más paquetes postales al Banco de Indochina en Shanghai para que los guarde. Hecho esto, sólo me quedarán las cosas absolutamente indispensables. Mando incluso las mantas buenas. Hoy en día todo es caro y me alegrará recuperarlas. Llevar el equipaje encima ocasiona gastos considerables e impide tener libertad de movimiento, cosa más necesaria que nunca en China. Se prepara otro brote de guerra civil. Cuatro provincias, entre ellas Gansu, se disponen a atacar al gobernador usurpador de Sichuan. Los soldados se han puesto en marcha, sembrando el terror allí por donde pasan y viviendo, ellos y sus animales, a expensas de la gente de la región. Ésta esconde lo que tiene, huye... es un panorama desolador. También se prepara una gran expedición hacia Pekín contra el presidente de la República. La dirige el gobernador de Manchuria. Yo tenía intención

de ir a visitar Chengdu, la capital de Sichuan, porque la estación ya está demasiado avanzada para emprender un viaje por Mongolia, pues empieza a hacer un calor excesivo en los desiertos de arena, pero ¿estaré el camino lo bastante libre de soldados (de «valientes», dicho al estilo chino) para permitirme llevar a cabo esa excursión?... No lo sé, y nadie sabe más que yo. En China no circulan las noticias, sólo se oyen bulos. Creo haberte dicho que el bandido Semenof ha reorganizado sus tropas y va a atacar a los bolcheviques, que tienen en su poder la capital mongola; en Mongolia ya no hay chinos, han sido expulsados por los rusos. [...]

No tienes ni idea de las condiciones de vida en el interior de China y, más aún, en las fronteras; es la confusión, un caos barrido por repentinamente tormentas, bandidos por doquier, autoridades que no son mejores que éstos... En cualquier momento puedes verte atrapado, arrastrado por una ola, sin otra opción que huir al galope o esconderse en un rincón. ¡Ah, te aseguro que los amantes de la aventura pueden encontrar todas las que quieran en esta parte de Oriente! He decidido, en principio, finalizar estas peregrinaciones a fines de este año. Digo en principio porque uno es muy poco dueño de decidir lo que sea, aquí menos que en cualquier otro sitio.

He recibido una amable carta del ministro de Francia, el vizconde de Fleurian, a quien vi tiempo atrás en la embajada de Londres. Todas esas personas de la legación me admiraron mucho. Son muy buenas. Yo me admiro mucho menos a mí misma. También he recibido unos álbumes preciosos de Indochina y algunas cartas de funcionarios pertenecientes al servicio de arqueología. Al parecer me conocen de oídas, seguramente a través del procurador de Hanoi, a quien no he visto nunca pero que es un tibetanista que formó parte de la legación en Pekín y un gran amigo de un cónsul que conozco. Me elogian varias regiones y me animan a ir a visitarlas, casi a explorarlas, porque, dicen, son prácticamente desconocidas. Deben de haber informado bien a esos señores sobre mí, porque uno de ellos escribe, sin duda para hacer especialmente tentadoras sus descripciones: «Hay un millar de monasterios budistas, algunos extraordinarios, situados en emplazamientos inimaginables, colgados sobre precipicios; dichos monasterios poseen grandes bibliotecas y se dice que hay religiosos muy eruditos.» El director del servicio arqueológico de Phnom Penh ya me ve allí. Escribió: «Me encontrará en mi despacho. En cuanto llegue, hágame saber. Dispondré lo necesario para instalarla durante un mes en el emplazamiento de las ruinas.» Hay otro más divertido que me habla de caza mayor. Pero bueno, ¿qué idea tienen de mí?... Y todo esto porque le comenté al cónsul, cuyos suegros viven en Indochina, que quizás un día fuera a Camboya, pero por vía terrestre, bajando de

Yunnan a Laos, sin tren y sin convoy de equipaje, con un par de cacerolas y una tienda de campaña. Debió de parecerles tan insólito que sintieron un asombro rayano en el terror. ¿Cómo sería una persona semejante?... Evidentemente, había que prepararle distracciones fuertes, como la caza del tigre. ¡Qué inocentes! En términos mucho más diplomáticos, el ministro expresa la misma impresión. «¿Qué no ha hecho desde que la vi en Londres, antes de su partida hacia la India?», dice. En la legación están todos boquiabiertos. Esta última reflexión es mía, no del ministro; no es su estilo. [...]

27 de mayo de 1923

Aprovecho una parada de unas horas en una aldea para hacerme la ilusión de que me acerco a ti escribiéndote. Salí de Lanzhou el 1 de mayo y desde entonces deambulo por los campos secos de Gansu. La carretera que seguimos no se parece nada a la que recorri hace dos años camino de Sichuan. Aquella era encantadora, pintoresca, sombreada. Se cruzaban bosques admirables, se bordeaban ríos de aguas claras. Ésta no ofrece ninguna diversión: montañas de tierra amarillenta, campos poco fértiles y polvo. Sobre todo eso, un sol cegador, un cielo más bonito que el de Túnez y entre 25 y 30 grados a la sombra. Todavía no ha llegado el verano, pero ya se anuncia. Las noches son frescas, casi frías. En este país hay unas diferencias de temperatura que te desorientan.

En Lanzhou tuve fiebre, pero la causa era la vivienda donde estaba. La habían escogido por mí y era todo lo buena posible, pero los albergues chinos, sobre todo en las ciudades, son de una suciedad repugnante; además, no había suficiente aire fresco para mi pecho de salvaje acostumbrada al aire purísimo de las altas montañas y los lugares desiertos. Tomé un poco de quinina y, luego, dos días de viaje pusieron fin a los accesos de fiebre. Viajo, por primera vez desde que estoy en China, en silla de manos. Sólo tengo dos animales y hacen falta para transportar el equipaje, muy reducido, y los víveres, que ocupan mucho porque por el camino se encuentra poca cosa, salvo en los pueblos importantes, donde es preciso aprovisionarse para varios días. Además, el té y otros productos, como la manteca, hay que comprarlos en una gran ciudad. Albert va a pie, y es muy duro para él; hace calor, el terreno es montañoso y, aunque hagamos etapas cortas, es un recorrido de 30 o 40 kilómetros diarios, y después, como ya no tengo criados, debe ocuparse de los animales, cocinar, desempaquetar y volver a empaquetar las cosas, etcétera. [...]

— ¿Conseguiré ver esta vez la famosa «capital del oeste», Chengdu? Espero que sí. Sin duda los combatientes serán lo bastante amables para interrumpir las hostilidades justo cuando yo pase por allí. A con-

tinuación tengo pensado subir a la famosa montaña sagrada Omishan y contemplar todos los milagros que, según dicen, se producen en su cumbre. Al parecer, el paisaje que se ve desde esa montaña es el más maravilloso de toda China. No vayas a pensar que es una excursión fácil. Se considera enormemente difícil y exige una semana larga. Hay lagos, muchos picos y un centenar de templos; se trata, en suma, de recorrer un macizo montañoso más que de escalar una montaña aislada.

Antes de que partiera de Lanzhou, el señor Chan But To, el comisario de Correos, me invitó a pasar una velada en el teatro chino con su mujer y él. Un teatro bastante miserable y unos miserables actores, aunque para nosotros las representaciones chinas siempre resultan divertidas por la sencillez de su puesta en escena. Comparadas con las nuestras, parecen un ensayo. No hay ni decorados ni accesorios. También actuaron unos payasos muy graciosos y, en resumidas cuentas, no resultó muy pesado.

Tsingtchow, 12 de mayo

Cada vez hace más calor; viajar por estas montañas peladas es sumamente fatigoso. El pequeño, agotado por haber hecho todos los días etapas de unos 40 kilómetros a pie, tiene una fiebre muy alta acompañada de diarrea. Estamos descansando un día en Tsingtchow, una pequeña ciudad muy animada, y mañana reanudaremos la marcha. He alquilado una mula para transportar el equipaje y así dejar libre a uno de mis animales para que Albert pueda montarlo. Es fuerte, y espero que su indisposición no tenga consecuencias. Ayer, a las nueve y media de la noche, el termómetro marcaba 29° en mi habitación. No es precisamente fresco. [...]

Luoyang (Schaanxi), 23 de mayo de 1923

Tan sólo unas líneas, querido. Mi viaje hacia el sur prosigue, y de forma bastante fatigosa debido al calor, que es agobiante. No es el de Benarés, pero en Benarés me quedaba en mi habitación, limpia, fresca y bien ventilada, durante las horas centrales del día. Aquí deambulo en una estrecha silla pintada de negro que parece un pequeño carro fúnebre, y dentro de ese armatoste el termómetro marca más de 35°. Ése es el mal menor; lo que es terrible es llegar por la noche a unos albergues más infectos que todo lo que puedes imaginar y pestilentes a causa del calor. Ya no tengo equipaje, ni cama de campaña para estirarme, ni tienda donde refugiarme, ni criados que puedan limpiar un poco a mi alrededor. El pequeño se multiplica, pero tiene que ocuparse de los animales, preparar la comida, y apenas puede hacer nada más antes de que caiga la noche. Estoy deseando encontrarme en regiones

menos calurosas y más aireadas que las estrechas gargantas que atravesamos desde hace cuatro días. Anoche, como el albergue me pareció demasiado asqueroso, pasé la noche en la puerta, en mi silla; el ambiente era templado y agradable, pero se duerme mal sentado, sin poder estirarse. [...]

He escrito otro artículo, bastante divertido —al menos a mí me lo parece—, sobre la moneda y la forma de contarla en China. Voy a hacer una copia y te lo mandaré. Vale más que siga estando en contacto con el *Mercure*. Has debido de recibir otro cuento tibetano divertido y, antes, «Socialismo de primitivos» y «Los ritos místicos tibetanos. El campo de la supresión». Dos buenos artículos, cada uno en su género. [...]

Kwangyuan (Sichuan), 31 de mayo de 1923

Añado unas líneas a la carta escrita desde Luoyang. Querido, los contratiempos que temía empiezan a venirseme encima. En el sur de Kwangyuan, que es donde estoy ahora, hay enfrentamientos armados. Los mercaderes no pasan por la carretera y se dice que los lugareños han huido, pero también se dice que una extranjera podrá pasar; eso significa pasar entre combate y combate. No me gustan nada estos ejercicios; me divirtieron un poco en Shaanxi al principio de mi estancia en China, pero ahora que ya no tienen el atractivo de la novedad simplemente me cansan, tanto más cuanto que ya no me acompañan hombres a mi servicio o, al menos, como cuando vine de Pekín, tibetanos, cuya lengua hablo y cuyas costumbres conozco, y que no me abandonarían si surgiesen dificultades por el camino. Los chinos que llevan mi silla o los que transportan mi equipaje huirían al primer disparo y me dejarían con mis bultos en medio de la carretera. Sin embargo, no puedo quedarme a medio camino. Desde hace dos días, me alojo en la Misión católica, donde no hay más que un sacerdote chino que intenta chapurrear latín conmigo. Puedes imaginar lo interesante que es la conversación. La lengua de Virgilio no me resulta precisamente familiar.

La Misión está llena de mujeres, los maridos de algunas de las cuales han ido a luchar; toda esa gente no hace más que charlar de la mañana a la noche y comer. Hacía mucho tiempo que no comía tan bien. También he sido invitada a la Misión protestante, donde hay dos inglesas. Allí, la cena estuvo mejor servida, pero fue infinitamente menos copiosa. El cura chino parece acomodado; quiere hacerme beber vino, cerveza..., y le sorprende mucho que yo lo rechace. Me han dado buenas mermeladas y mantequilla en lata para el viaje. Las inglesas me han abastecido de galletas.

El cura me ha comprado la mula grande, un buen animal del que

me apena separarme, pero no puedo llevármelo al otro lado del océano... La dejo en una casa opulenta, donde permanecerá en el establo y será montada de vez en cuando por su dueño, que no es jinete, para presumir. Me ha pagado por ella lo que me costó hace cuatro años, durante la guerra, cuando los animales eran muy caros. En Gansu, ahora, no me ofrecían ni 50 dólares, pues los precios han bajado muchísimo y el animal tiene más años. El sacerdote chino me ha dado 120 dólares. Es un golpe de suerte inesperado. Ahora sólo me queda el caballo. He tenido que contratar a tres porteadores para el equipaje, y piden precios elevados debido a la inseguridad del camino. Los hemos provisto de etiquetas con el sello de la Misión, cosa que los tranquiliza. He tenido que confeccionar dos banderines en los que figura escrito mi nombre y lo que soy, además de la inscripción acostumbrada: Ta Fa Kua (Gran Francia). Eso nos protegerá en la medida de lo posible; no hay mucho que temer aparte de ser sorprendidos por un combate, y, entonces, las balas no tendrán miramientos con mis banderas y etiquetas.

Kuyang (Sichuan), 3 de junio de 1923

No me he marchado porque las noticias son malas. [...] Según las que el recaudador de Correos reciba de los hombres que transportan las cartas, veré si es posible aventurarme pasado mañana por la carretera principal primero y, luego, por una bifurcación que hay a dos días de aquí. Las damas inglesas me han llevado a su casa y le han explicado al cura que me sentiría más a gusto con mujeres que hablan una lengua que entiendo, cosa que a él le ha parecido razonable. Albert, por su parte, sigue en la Misión católica, y también el caballo. He ganado con el cambio una habitación muy aireada y mucho más cómoda, así como una gran tranquilidad, pero las comidas que me servía el sacerdote chino no eran infinitamente preferibles a los miserables mejunjes con que se alimentan las dos misioneras inglesas... ¡No se puede tener todo!

En cuanto pueda, te escribiré para contarte cómo ha acabado la aventura. [...]

Hace cada vez más calor. Hay miles de mosquitos, y son un verdadero incordio. Un hecho singular: la hinchazón de piernas que en otros tiempos padecí y que no se había producido desde hacía años ha reaparecido. Aparte de eso, gozo de buena salud. Espero que tú puedes decir lo mismo, queridísimo Mouchy, y te envío mis más amistosos deseos.

Chengdu (Sichuan), 24 de junio de 1923

Llegué a la capital de Sichuan el 18 de junio por la tarde, en bastante malas condiciones debido, creo, al intenso calor y al agua con-

taminada que tuve que utilizar por el camino. Aunque la haga hervir siempre, sigue estando asquerosa. [...] En resumen, Albert y yo contrajimos una diarrea que empezaba a derivar hacia la disentería, pero yo más fuerte que él. No podía comer ni sostenerme en pie, la cabeza me daba vueltas en cuanto me movía, y todo ello acompañado de una somnolencia continua. Nada más llegar, fui al establecimiento de las religiosas franciscanas agregadas a la Misión francesa. Una acogida deliciosa; me hospedaron de inmediato y pasé los días 19 y 20 con las religiosas, que se esforzaban en cocinarme platos buenos. La estancia en ese lugar no era cómoda para mi acompañante, quien no podía entrar en la parte reservada a las religiosas (en términos técnicos, «la clausura»). Como allí no se admite a los hombres, habían tenido que alojarlo en el ala donde viven los supervisores de la enfermería de los presos chinos y otros empleados del hospital gratuito que está bajo la dirección de las hermanas.

En cuanto pude, fui a ver a un doctor francés al gran hospital que hay en la ciudad. No iba tanto por los trastornos intestinales como por una erupción que los acompañaba. Encontré a un médico de la Marina, que enseguida me animó a que me instalara en la casa del director del Instituto Pasteur, el cual estaba de vacaciones y había dejado la casa desocupada. Te escribo desde allí. El Hospital Francés y el Instituto Pasteur de Chengdu son fundaciones del gobierno francés. La confortable casa donde resido está bien amueblada, pero el mobiliario no pertenece al doctor-director; es una residencia acondicionada con cargo al gobierno, así que, como se me ha dicho, puedo utilizarla con toda libertad. Hay un jardín precioso de cañacoros en flor como el que teníamos en La Goleta.

[...] Tengo que permanecer aquí unos días para recuperarme; es imposible que prosiga el viaje en el estado en que me encuentro. También debo reflexionar sobre el camino que voy a seguir. La región está muy revuelta, hay bandidos por todas partes. Las tropas de Yunnan avanzan hacia Sichuan para ayudar a los sudistas y, probablemente, una vez instaladas en la provincia se negarán a marcharse de buen grado, tal como sucedió hace tres años, y los dos aliados empezarán a luchar entre sí.

¿Qué voy a hacer?... No lo sé muy bien. En el oeste, las tribus medio tibetanas, independientes de hecho, han atacado a los chinos en una carretera que yo pensaba seguir y han tomado la ciudad de Battang. Allí hay un hospital norteamericano. No se sabe muy bien qué ha sido de los misioneros que se ocupan de él. Dicen que huyeron tras haber enviado a unos mensajeros pidiendo ayuda a las autoridades chinas de Tatchienlou. No se pudo enviar tropas porque el general de Tatchienlou las había retirado todas para ir a combatir contra el go-

bernador de Sichuan (fue entonces cuando, aprovechando esta circunstancia, las tribus se sublevaron). Litang también ha sido tomada, según cuentan. Estos hechos son confusos, como todo en China. Mis planes de viaje se han visto trastocados de nuevo a causa de ese levantamiento imprevisto. No me queda más remedio que escoger otra carretera más larga.

2 de julio de 1923. Sigo en Chengdu. No estoy bien; los doctores creyeron que tenía disentería y querían tratarme con unas inyecciones de no sé qué, un nuevo remedio infalible, parece ser, pero no accedi. No me gustan las inyecciones; nunca me han puesto ninguna. Prefiero ver si supero esto sin ellas. [...]

[...] El cónsul general, el señor Baudez, es amabilísimo conmigo, le interesan los viajes del tipo de los que yo hago y va a ayudarme cuanto esté en su mano. El obispo, monseñor Rouchousse, también me ha recibido de maravilla. No sabía muy bien si debía ir a visitarlo, pero todos los franceses —los médicos y el cónsul— me animaron a hacerlo... Por otra parte, puesto que me beneficio de la hospitalidad de las Misiones católicas cuando viajo, pensé que la cortesía me exigía ir al obispado. Además, no tenía por qué temer ninguna situación embarazosa. Aquí todos me conocían de oídas antes de que llegara y están al corriente de mis opiniones. Fui recibida muy cordialmente en el gran salón, donde no se respira en absoluto un ambiente de pobreza evangélica. El obispo y tres de sus sacerdotes estaban allí. Me ofrecieron, así como a Albert, café, pasteles e incluso cigarrillos, y charlamos mucho sobre los países que he recorrido. Cuando me retiraba, el obispo me repitió varias veces: «¡Qué lástima que no trabaje para nosotros! ¡Sería una misionera admirable!... En fin, no la olvidaré en mis oraciones... Es usted tan simpática... ¡Qué pena!»

No pude dejar de tomármelo como un cumplido.

Ayer, domingo, di una pequeña charla en el consulado. Había estipulado expresamente que sólo se invitaria a franceses. De momento no quiero atraer la atención sobre mis viajes. La próxima primavera, cuando todo haya acabado, podré pensar en producir algún efecto con los relatos de mis viajes; hasta entonces, demasiada publicidad perjudicaría su conclusión.

Todo esto está muy bien, pero el estado de mi salud me preocupa. Tengo un amago solapado de fiebre, exactamente igual que en La Goleta cuando tuve la fiebre de Malta. ¿Durará mucho tiempo?... ¿Me veré obligada a detenerme otra vez?... Si, haciendo un esfuerzo, consigo salir de aquí, ¿no volveré a quedarme encallada más adelante?... Y ese régimen a base de alimentos caros que me han prescrito... Qué mala suerte.

El cónsul me ha ofrecido un préstamo a fin de que no me encuentre sin recursos si la lentitud forzada de mis desplazamientos me obliga a invernar en las montañas. He decidido aceptarlo. Me ha dicho: «Dé simplemente la orden al Banco de Indochina, del que también soy cliente, de que carguen en mi cuenta ese dinero cuando usted lo reciba.» Otra deuda. Estoy más que contrariada. He sobrepasado la cantidad de 1.000 dólares que te había indicado. [...]

Debido al bandidaje reinante, llevaré encima lo menos posible. El cónsul depositará el dinero en el arzobispado y éste me dará una carta de crédito para las Misiones, donde podré obtener dinero por el camino hasta el momento en que llegue a la región donde ya no hay misioneros. Es cómodo. También llevaré un poco de oro, muy fácil de esconder y no tanto de vender, aunque al final siempre se consigue colocar. Lo sé por experiencia.

[...] Adjunto dos artículos, uno sobre la moneda china, «Aritmética china», y otro titulado «El res Kyang», un tipo de asceta tibetano. Estoy preparando otro sobre la guerra civil en Sichuan. [...]

Chengdu, 9 de julio de 1923

[...] Llueve sin parar desde hace cuatro días. Un diluvio, torrentes de agua que caen sin interrupción. El río se ha desbordado. Las casas construidas en las orillas se derrumban y las embarcaciones no pueden pasar por debajo de los puentes porque el nivel del agua ha subido tanto que no tienen espacio. Los dos oficiales del cañonero francés que vinieron mientras su navío esperaba en Suifou, en el Yang-se, no pueden regresar, pero si para de llover el nivel del agua bajará enseguida. Lo que seguirá estando mal son las carreteras, inundadas entre los arrozales. Anteayer intenté ir a visitar unos templos situados en los alrededores. Mis porteadores cayeron en el fango y a mí me costó mucho abrirmé paso. En un templo taoísta, el superior de los bonzós me invitó a cenar y me ofreció una habitación para que pasara allí la noche, pues parecía imposible volver a la ciudad con aquellas trombas de agua. Afortunadamente, lo conseguí, pero ¿podré adentrarme desde el monte Omi por unos caminos que, incluso cuando hace buen tiempo, se consideran difíciles. [...]

10 de julio. Ayer me hice la valiente y fue un error. Anoche recaí: diarrea, fiebre..., el programa completo. Debo ayunar otra vez. Decididamente, esto no pinta bien. Esta mañana ha venido a verme el obispo; también insiste en que me quede hasta que esté recuperada. Se había aprendido bien la lección y así se lo he dicho. Al final se ha echado a reír y ha admitido que él tampoco obedecía de una forma pasiva las órdenes de los Esculapios. Es un hombre amable. Se ha quedado dos

horas y hemos estado hablando de religión y filosofía. Me ha confesado que los suyos no convierten nunca a los eruditos chinos y que el intelectualismo es la antítesis de los sentimientos exigidos para ser católico, si bien grandes hombres dotados de una vasta inteligencia, como san Agustín, Bossuet y santo Tomás de Aquino, han profesado esta religión. Le gustaría que conociese a monseñor Baudrillard, un amigo suyo que es académico. [...]

Las cosas van peor que nunca en China. Ya no hay gobierno en Pekín. Antes no es que hubiera mucho, pero se guardaban las apariencias. Un chino era presidente de la República y otros chinos eran ministros. El presidente y los ministros han dimitido y nadie quiere sucederlos. Se dice que las potencias extranjeras han enviado buques de guerra, lo que podría muy bien provocar disturbios contra los extranjeros en las provincias. Prefiero estar en otro sitio, más cerca de cualquier frontera para poner tierra de por medio. Por si acaso, he hecho que me expidan, además de mi pasaporte chino, un pasaporte extranjero que me permita pasar de Yunnan a Birmania. Si mi salud no me obliga a detenerme otra vez, probablemente estaré en Yunnan dentro de un mes. Albert también ha arreglado su situación con su consulado (el de Inglaterra). Mientras siga existiendo un poco de orden administrativo, esos papelotes servirán. Después sólo hay que contar con la habilidad de cada cual y la buena suerte. Leas lo que leas en los periódicos, si no puedo volver a escribirte no te preocupes; con la ayuda del muchacho es casi seguro que siempre saldré adelante. Sin duda alguna, desde Yunnan no nos resultaría demasiado difícil llegar a Birmania o a Indochina, aun en caso de que hubiera una revolución y se produjesen movimientos antiextranjeros.

13 de julio. Querido, mañana embarco en el río, cuyas abundantes aguas fluyen con rapidez y prometen una navegación tipo «expres», pues voy a favor de la corriente. No se necesitarán ni velas ni remos, sólo habrá que guiar la gran barca. Por la noche, amarraremos en algún sitio y partiremos de nuevo al alba. Es demasiado peligroso navegar por estos ríos torrenciales para arriesgarse a hacerlo de noche. Un oficial de la Marina francesa lo intentó hace unos años. Antes de que pasaran dos horas, tres de sus hombres se habían ahogado.

Parece ser que hay que llevar una bandera para evitar que los soldados te disparen desde la orilla. Yo no me enteré hasta el último momento y entonces al cónsul ya no le quedaba ninguna; las que tenía las habían colgado para la celebración de la fiesta nacional. El obispo me prestó una. A falta de bandera, el cónsul me dio muchas provisiones: un café excelente, tapioca, chocolate, etcétera. Necesitaré dos días para llegar a Kiating. Evidentemente, iré a la Misión católica; to-

dos los oficiales de la Marina, todos los franceses de paso, judíos o librepensadores, hacen lo mismo. Puesto que me conocen por lo que soy y me invitan, no hay ninguna razón para rechazar un buen albergue donde dormir entre la inmundicia china. Desde allí iré a Omis han, donde hay un sacerdote chino que me alojará; luego, en dos días llegaré al lugar de la montaña donde están los *cottages* de los ingleses. La mujer del cónsul de Francia ha alquilado una casa para veranear y la mujer del comandante del cañonero *Doudart de Lagrée* está con ella. El cónsul me dijo: «Pasaré un día o dos con esas damas y luego subiré a la cima en tres días.» Como ves, se trata de una montaña importante. [...]

Mienchow (Sichuan), 5º julio de 1923

Por suerte, crucé la línea de combate dando un pequeño rodeo para evitar el lugar donde estaban luchando, pero los porteadores, a quienes el miedo volvía idiotas e insoportables, me exasperaron. El mismo día que me marché de Kwuanyan, unos soldados detuvieron mi silla y me aconsejaron que diese marcha atrás, alegando que no podría pasar por la carretera. Después de interminables explicaciones, una especie de jefe acabó por decir que creía que haría bien en continuar hasta el cuartel general, a dos días de marcha del lugar donde nos encontrábamos, y allí ver al gobernador, que es el general jefe, o a uno de los otros dos generales, sus aliados. Proseguimos. En la carretera no hay nadie aparte de los soldados, ocupados en sus asuntos. Duermo cerca de Jiaozhou (el cuartel general) porque no quiero pasar la noche entre la algarabía de los militares. Por la mañana voy a casa de los generales, que están desayunando. Dicen que los combatientes, sean de uno u otro bando, no tienen ningún motivo para impedirle el paso a una extranjera, pero que de todas formas me darán un salvoconducto. Saludos y después me marcho. A dos días de allí, una noche estoy en mi tienda-refugio, plantada en un campo segado, cuando oigo ruido en la carretera: está pasando mucha gente, algunos llaman a la puerta de la granja en cuyo granero duerme Albert con el caballo; creo que son tropas en marcha. Por la mañana llegan muchos soldados, parecen agotados, han debido de caminar toda la noche; pasan heridos en parihuelas y otros a pie. No hace falta preguntar nada, es la derrota, las tropas del norte han sido vencidas. Los soldados parecen comportarse bien, pagan lo que comen en la granja y en las casas vecinas. Resultan interesantes, con sus abanicos en la mano. Muchos llevan enormes sombrillas, algunos de algodón azul y otros de papel, y estos últimos, jóvenes soldados la mayoría de ellos guapos como chicas con su uniforme gris claro, guardan un vago parecido con Madame Chrysanthème. Pobres muchachos, da pena verlos tan cansados,

algunos vendados con trozos de tela ensangrentados... Partimos; por la carretera nos cruzamos con soldados que se batían en retirada. Llegamos a la cima de una colina; allí, gran reunión: caballos, bultos, etcétera, aunque los soldados también parecen instalarse. Abajo, en el valle, en un gran pueblo, lo mismo; los hombres se instalan y, allí, a los cretinos que me acompañan no se les ocurre nada mejor que hacer que dejar mi equipaje en el suelo y pedirme que alquile una casa porque les da miedo seguir adelante. Está claro que las tropas permanecen allí para cerrarles el paso a los vencedores, en caso de que persigan a los que retroceden. Es justo un sitio donde quizás haya pelea. Ya se han producido dos enfrentamientos allí, casi todos los habitantes han huído, las casas están medio en ruinas. Exhorto a mis culis, me enfado... La cosa pasa a mayores: cojo una caña de bambú y amenazo con utilizarla contra su espalda. Reanudamos la marcha, llegamos a orillas de un río. Pasan unos soldados que van a llevar víveres. A unos dos kilómetros de allí siguen luchando. En ese lugar hay un sendero que serpentea a través de los arrozales y permite rodear el campo de batalla. A mí me gustaría ver un enfrentamiento entre chinos, pero a los culis les aterra la idea, así que debo resignarme y tomamos el sendero. Por el camino paso dos noches en granjas. Los campesinos son muy atentos. Entre aquellos arrozales hay nubes de mosquitos. Estoy muy cansada. Llegamos a Tsidun, donde las tropas del sur entraron el día anterior. Está oscuro, pero las puertas de la ciudad aún permanecen abiertas. Los centinelas no nos piden nada, pero un poco más adelante un soldado interroga a mis porteadores: «¿Quién es?» (literalmente: ¿qué clase de ser humano?). Ellos responden: «Un extranjero.» «¡Ah!, un extranjero», dicen los soldados, y eso es todo.

Los soldados ocupan todas las casas, se los ve tendidos en las tiendas y por todas partes. Me dirijo a la Misión católica. El sacerdote francés no está; sólo hay guardianes. Los soldados se han llevado las sillas y han roto algunos muebles. En resumen, me instalo en una gran habitación y me acuesto. Por la mañana, Albert, que ronda por la casa, entra en la iglesia y ve a un hombre completamente desnudo, roncando ante el altar con los utensilios para fumar opio al lado...

No me entretengo en Tsidun, pues presiento que los del norte no van a aceptar la derrota. Hace varios meses que los adversarios avanzan y retroceden sucesivamente entre Mienchow y Kwuanyan. Dos días después veo pasar a varios heridos «procedentes» del norte y un convoy que se dirige apresuradamente «hacia» el norte con cañas de bambú para construir parihuelas, un cargamento de sandalias (los soldados van calzados con sandalias de paja) y... cuatro botellas de jarabe de fruta. Los soldados atosigan a los porteadores, no los dejan respirar. Parece ser que los artículos que transportan son urgentes y nece-

sarios. Vuelve a haber pelea, no cabe duda. Los nordistas han debido de avanzar de nuevo.

Nada más llegar a Mienchow, me encuentro en la calle con dos inglesas. Inmediatamente les pido hospitalidad por una noche. Ellas me conducen a la Misión protestante, que está lujosamente instalada y es enorme. Me alojo en el ala de las señoras, donde hay cinco damas. Albert está hospedado en casa del pastor, en otro edificio. Me entero entonces de que los nordistas han retrocedido debido a la falta de municiones, pero que volverán. También sé que la víspera de mi marcha de Kwangyuan llegó un refuerzo de 3.000 hombres. Las damas insisten en que me quede un día con ellas, así que pospongo mi partida hasta mañana. Otra cosa. Creía que me encontraba a salvo por el hecho de estar detrás del frente de batalla... ¡Pero en China nunca se está a salvo! La gran carretera que va de aquí a Chengdu está interceptada por varios miles de bandidos que han derrotado a las tropas regulares sudistas y han tomado y saqueado una ciudad. El pastor propone otro rodeo para llegar a Chengdu. Tendré que resignarme a darlo, pero eso me obligará a gastar más y a pasar varias noches más en albergues infectos, lo que, debido al calor que hace, resulta cada vez más horrible. [...]

Omisban, 28 de julio de 1923

He bajado de la cima de la montaña y estoy en casa de la mujer del cónsul. La excursión ha sido rápida. La montaña es muy bonita y, desde luego, la vista desde la cumbre es muy amplia, aunque he visto panoramas mucho más grandiosos. Por desgracia, en esta estación hay centenares de peregrinos que suben a la montaña y van de templo en templo, armando un estruendo ensordecedor. Tenía los tímpanos destrozados. Pero todavía hay algo peor. Todos esos devotos no tienen nada de la naturaleza de los dioses y se hallan sometidos a necesidades ordinarias. Con el sistema de fosas estancas y abiertas de Sichuan, las innumerables letrinas que se alinean en los monasterios expanden un olor pestilente que te asfixia; sólo esto hacia la estancia insoportable, y estaba impaciente por encontrarme lejos de aquellos efluvios.

Albert bajó a la ciudad vecina al día siguiente de mi regreso a casa de la señora Baudez. Tratará de reclutar, con la ayuda del sacerdote católico chino que reside allí, unos porteadores, a fin de permitirme continuar mi camino hacia el sur.

No me encuentro demasiado bien; hay días que parece que he mejorado, pero luego se producen recaídas, y esto se prolonga desde hace ya un mes. No me siento muy animada para proseguir un viaje en condiciones bastante duras debido al tiempo húmedo y caluroso, que resulta muy deprimente, pero no hay manera de evitarlo; lo inicié en

mal momento, y desde luego ésa no es la peor contrariedad que mi error, involuntario, me reserva. [...]

31 de julio de 1923. Los porteadores que Albert fue a reclutar tienen que venir a reunirse conmigo mañana. Se han negado a tomar el camino directo a través de la montaña. Dicen que los torrentes se han desbordado, que cubren los senderos en las gargantas estrechas y que no se puede pasar. También hay bandidos operando en ese camino, igual que en los demás. Roban incluso ante las murallas de Chengdu, la capital. En Sichuan las cosas van de mal en peor. Y este momento difícil es justo el que unos estúpidos misioneros canadienses han elegido para introducir un tipo de socialismo entre los criados y los campesinos de la región. Esos imbéciles trastornan la mentalidad poco desarrollada de los pobres diablos, y lo único que consiguen con ello es convertirlos en insolentes bribones. He podido comprobarlo.

Los porteadores que esos canadienses me habían proporcionado para subir a la cima de la montaña creían que yo tenía las mismas ideas que sus patrones. Uno de los que llevaban mi sillón se divirtió haciéndome saltar, balanceándose y golpeándose contra las rocas, a la vez que profería bromas bastante obscenas que hacían reír a los numerosos peregrinos. Ya le había advertido que parase, pero empezó de nuevo. Entonces, sin ordenar que detuvieran la silla, salté al suelo y, ¡plis, plas!, dos puñetazos bien dados hicieron aterrizar al patán entre los matorrales que bordeaban el camino.

Los peregrinos dejaron de reír y manifestaron claramente su aprobación por mi manera de llamarlo al orden «a la vieja usanza». El hombre, avergonzado, continuó haciendo su trabajo en silencio. Este incidente se produjo a la subida. A la vuelta, todos los culis se mostraron dóciles como corderos e hicieron gala de un excelente humor. Pero resultó que le contaron el episodio al canadiense que este año es el presidente de la asociación de residentes en Omishan. Ese animal, sin saber lo que había ocurrido, envió de inmediato una carta a mi anfitrión diciendo que era conveniente que yo pagase una indemnización por las heridas infligidas al hombre y el tratamiento médico que éste había necesitado. ¿Te das cuenta? El individuo quizás se había hecho unos rasguños con los matorrales, pero los daños se reducían a eso.

No respondimos. Al día siguiente, el mismo idiota nos mandó una carta que trajeron 20 hombres; la idea era intimidarnos. Sin embargo, estos últimos representaron mal su papel: se sentaron muy prudentemente junto a la casa de los *boys* y se marcharon sin haber abierto la boca. En el fondo, estaban convencidísimos de que su compañero había recibido lo que merecía. A continuación llegó otra carta, en la que

el «presidente» decía que él pagaría de su bolsillo la indemnización. Entonces respondí diciendo que esa manera de actuar, incitando a los culis a burlarse de los extranjeros, era peligrosa en una región donde los blancos no tienen más protección que el respeto que se les demuestra. Como él había hablado del peligro que habíamos corrido de que atacaran nuestro bungalow, añadí que la mujer del cónsul y yo lo consideraríamos responsable de cualquier cosa enojosa que nos sucediera, pues los culis no manifestaban ninguna mala intención antes de que él los incitase. También le dije que pondría al corriente del incidente al cónsul británico, de quien él depende, y al ministro de Inglaterra en Pekín, ya que consideraba que actuaciones del tipo de la suya ponen a los europeos en peligro. Y así lo haré.

Hoy me encuentro peor. ¡Qué desgracia! ¿Conseguiré superarla?... Lo deseo con toda mi alma, porque andar enferma por estos caminos, y con el calor que hace, es una verdadera calamidad. Espero que el ser de constitución singular que soy reaccione cuando sea necesario hacerlo y salga una vez más de esta situación difícil. [...]

Ningyuanfou, 24 de agosto de 1923

Acabo de pasar unos días en casa del obispo, en Ningyuanfou. Me ha dispensado un recibimiento de lo más cordial. Me ha parecido bastante singular sentarme a la mesa en compañía de cuatro eclesiásticos, ya que no estoy muy acostumbrada a relacionarme con católicos. De todas formas, mis anfitriones no han sacado en ningún momento a la conversación el tema religioso. Voy a ponerme otra vez en camino. ¡Es complicadísimo recorrer este país! Las carreteras no son nada buenas y las tribus lolo, en guerra abierta contra los chinos, están diseminadas por todas partes, saquean las ciudades, detienen a los viajeros... No sé muy bien cómo me las voy a arreglar. Este perpetuo estado de alerta es desesperante. La estación avanza, ya hay nieve en algunas montañas. Preveo un invierno miserable en algún agujero más perdido aún y menos acogedor que Jakyendo, o un viaje invernal peligroso. ¡Bah, ya veremos! No te preocupes por mí, querido, es probable que después de unos meses duros vuelva a encontrarme tan fuerte como antes. [...]

Te agradecería que pensaras en mí a tiempo, a fin de tener algunos fondos disponibles a principios de la próxima primavera. ¿Dónde estaré entonces?... No tengo ni la menor idea. El fin de mi viaje está resultando cada vez más accidentado, te lo aseguro. Trataré de volver a escribirte, pero debo empezar a desconfiar. No conviene que me reconozcan por el camino, cosa que sucede cuando se lleva una carta a una oficina de correos. Los lolo y otros suelen secuestrar a los extranjeros para pedir un rescate.

Yuan-shin, 1 de septiembre de 1923

La última carta, enviada desde Ningyuanfou hace ocho días, era tan corta que hubiera querido escribirte desde aquí una más larga, pero he estado desbordada de trabajo: acabar una tienda, volver a hacer el equipaje, revisar el botiquín y cambiar los envoltorios de los medicamentos, mojados tras las lluvias torrenciales... en resumen, estos dos días pasados en casa de un amable sacerdote chino han sido jornadas de trabajo y no de descanso, aunque hubiera necesitado descansar. Dejé la silla en el obispado y viajé de nuevo a caballo. No había montado desde hacía un año... En fin, dejó que el caballo vaya a su aire, salte, suba, baje..., lo hace mejor que yo; por eso me siento más segura yendo sobre su lomo que a pie. Ya no hay albergues en los caminos. Pasamos la noche con los caballos y los cerdos. Casi siempre consigo encontrar un rincón un poco más aislado: el cuarto donde se almacena el grano o el de los dueños de la casa, pero en este último caso hay que parlamentar una hora para convencerlos de que pasen la noche en otro sitio. Siempre se resisten a ceder algo más que un rincón en el dormitorio común. He visto atractivos lolo en la montaña, corpulentos jayanes completamente vestidos de color pardo y con aspecto de hidalgos. Una noche había una veintena reunidos en un puerto; creí que iban a atacarnos, pero estaban ocupados ventilando algún asunto con dos chinos que llevaban unos fardos. Dentro de cinco días veremos a los lamas, incluso a uno muy importante que ejerce las funciones de mandarín y administra el distrito. Entonces ya habremos dejado Sichuan y estaremos en Yunnan. Va a empezar la parte difícil del viaje. Ya te hablé de ello en la carta de la semana pasada. Dentro de poco ya no tendré oficinas de correos a mano. Mucho me temo que no podrás recibir noticias mías antes del final del invierno o de la primavera. ¿Dónde me pillarán las nevadas?... No lo sé. Cada año es distinto de los demás. Unos nieva pronto y otros tarde. Ya estoy otra vez en zona de alta montaña. Anteayer vi bosques de rododendros, lo que indica una altitud elevada. De todas formas, subimos y bajamos, como en las montañas rusas, pero la altitud media seguirá siendo elevada: 2.400 metros será la más baja, y los puertos estarán entre 4.500 y 5.500 metros. Espero que no me fallen las fuerzas pese a los trastornos intestinales y que pueda contarte de viva voz estas nuevas y últimas proezas. [...]

Lijiang (Yunnan), 28 de septiembre de 1923

Estoy en Lijiang, la última ciudad china del noroeste de Yunnan, aunque su población está compuesta casi totalmente de individuos mosso pertenecientes a la familia etnográfica de los shan, o muy cercanos a ella, y no tienen ninguno de los rasgos chinos. Estoy en la Mi-

sión protestante desde hace cuatro días. Hasta ahora me ha sido imposible encontrar dos animales de alquiler para transportar el equipaje.

Los funcionarios chinos han difundido un extraña historia según la cual no saldrá el sol durante cuatro días, de manera que la gente está aterrorizada y ha dejado de viajar. [...]

Tras marcharme de Ningyuanfou, estuve en Yuan-shin, desde donde te escribí durante mi estancia en casa de un amable sacerdote chino que, entre otras cosas, me regaló dos bonitos cojines de satén negro bordados al estilo chino. Desde allí tenía que dirigirme a Yungning. Ya el primer día, el guía-criado que me acompañaba se perdió. Este impostor jamás había recorrido la región que afirmaba conocer perfectamente. Erramos durante doce días entre frondosos bosques de pendientes pronunciadas, subiendo y bajando por caminos casi siempre muy difíciles. Dormimos en casas de lolo, de liso, de si-fan, de masso, etcétera. En estos parajes no hay chinos. La acogida fue, por lo general, bastante buena; en una ocasión dimos con unos cascarrabias y en otra Albert repartió unos cuantos mamporros, pero en resumidas cuentas todo transcurrió apaciblemente. Hacia un tiempo espantoso. Lluvias torrenciales día y noche, con el resultado de un fango que a veces nos llegaba hasta las rodillas. A nuestras estupendas botas de goma sólo les queda la caña; la parte del pie está destrozada. Así que hemos tenido que chapotear con sandalias de paja entre las piedras y el barrizal, y por la noche acostarnos en cabañas con el suelo de tierra batida también fangoso. Tuve un acceso de fiebre y llegué a Yungning en unas condiciones lamentables. Los víveres escaseaban debido al alargamiento inesperado de nuestras peregrinaciones a través de los bosques, y el ayuno prolongado me había debilitado sobremanera. De Yungning, pensaba ir a Chungtien, pero en esa zona hay enfrentamientos entre chinos y tibetanos, y los primeros (los soldados) se dedican al bandidaje para distraerse; semejante información y la lluvia me indujeron a cambiar el itinerario y a dar un rodeo por el sur para llegar a Lijiang. Además, nadie quería transportar mi equipaje hasta Chungtien. El tiempo mejoró por el camino. Después de atravesar Yangtze, tuvimos días soleados, muy calurosos, pero los caminos presentaban tales pendientes que con frecuencia tuve que ir a pie, cosa que me dejó agotada. La comida seguía escaseando. En Yungning no habíamos encontrado nada que comprar, aparte de un poco de harina de mala calidad. Yo comía mazorcas de maíz asadas, pero eso era poco nutritivo... Mi caballo, que había perdido las herraduras, se hirió con unas piedras y a partir de entonces tuve que seguir a pie. Como consecuencia de eso, tuvimos que acortar las etapas, pero el mínimo seguía siendo unos 30 kilómetros. [...]

En resumen, una tarde de sol abrasador, derrengada y casi con una

insolación, me desplomé. Todo daba vueltas a mi alrededor. Estábamos cerca de una aldea. Albert corrió en busca de agua, me roció, me hizo beber, y pude continuar bajando hasta el río, en el que me sumergí de inmediato tras haberme quitado tan sólo el paletó-vestido chino. El baño frío me sentó bastante bien. Decidí detenerme allí aquel día para descansar, pero el descanso consistió en lavar la ropa sucia en el río. En la aldea no había nada que comprar. Ni siquiera querían vendernos maíz. Corté en seco las negociaciones yendo yo misma a coger mi provisión a un campo. Con esta gente es preciso recurrir constantemente a la fuerza, pegar, imponer autoridad; es sumamente fatigoso y desesperante. En esta ocasión me había ofrecido a pagar el maíz, pero después de haber tenido que cogerlo me negué a desembolsar un céntimo; es la actitud que corresponde a la idea de justicia de estos salvajes. Entonces vinieron a preguntar si quería más. Los últimos días atravesamos de nuevo espléndidos bosques. El camino era mucho mejor, el tiempo muy bueno, y yo andaba casi con alegría. Así fue como llegué a Lijiang, donde fui cordialmente recibida por los misioneros pertenecientes a la secta llamada de los «pentecostales». Esta gente no tiene un apetito desmesurado. Hubiera necesitado reponerme mejor de lo que me permiten las frugales comidas que a ellos les bastan. Albert mira irónicamente lo que aparece en la mesa y sé que piensa que entre nosotros dos nos comeríamos tranquilamente lo que se sirve para ocho adultos y una niña.

Mañana parto para Tzedrong, una aldea situada en la orilla derecha del Mekong, donde reside el abad Ouvrard. También viven allí otros dos sacerdotes franceses: el abad André y el abad Ginestier. En compensación por el asesinato de dos sacerdotes en Atunze hace diez años, la Misión francesa obtuvo un vasto territorio. Los indígenas de la zona son loutzés y tibetanos; la región se encuentra situada entre la frontera de Birmania, al sur, y la del Tibet, al norte. Calculo que llegaré a Tzedrong dentro de unos quince días, si no me retrasa nada por el camino. Tendré que cruzar el Mekong de una forma primitiva. No hay ningún puente, y las profundas aguas fluyen encajonadas entre dos precipicios rocosos de unos treinta metros de altura. Hay dos gruesas cuerdas de bambú, cuyos extremos están atados uno en cada orilla. Subes a una plataforma con ayuda de una tosca escala y, desde allí, te sientas sobre un columpio ligero, provisto de un grueso gancho de madera. Tras prender el gancho en la cuerda de bambú, das una patada contra la plataforma y te deslizas a la velocidad del viento por la cuerda inclinada, que te lleva hasta la otra orilla. A continuación, basta con tomar impulso para saltar a tierra firme. La idea de cruzar el río utilizando este sistema no me resulta, de momento, especialmente agradable... No hay que tener los nervios a flor de piel ni perder la ca-

beza durante ese rápido viaje por encima de un enorme torrente que fluye sobre rocas gigantescas bajo tus pies, armando un estruendo como de tormenta... Le he escrito al misionero francés que vive en la orilla opuesta a la que llegaré, pidiéndole que me preste su columpio y que envíe a algunos indígenas de confianza para que me ayuden en ese trance difícil. Probablemente todo irá bien; mucha gente se desliza por esas cuerdas todos los días, ¿por qué no voy a poder hacerlo yo? [...]

«Y después de Tzedrong, ¿adónde quiere ir mi vagabunda?», te preguntarás. No puedo saberlo con exactitud. Me he embarcado en una nueva y última aventura... ¿Adónde me conducirá? Para mí, es un misterio. Todo cuanto puedo prever, dado que el invierno se acerca, es que pasará por momentos duros, durísimos, y mi estado de salud actual no es precisamente el que requeriría una empresa de ese tipo. Pienso dejar en Tzedrong unas líneas que te enviará el misionero; luego, queridísimo Mouchy, se habrá acabado por mucho tiempo, muchos meses. No creo que pueda escribirte antes de marzo o abril del año que viene. Estás avisado, de modo que no te preocupes. Si mis previsiones se confirman, es que todo va como yo deseo; en caso contrario, recibirías noticias antes. [...]

Piensa en mí de vez en cuando, querido. Intenta imaginar una tienda minúscula perdida en la montaña, una noche de frío intenso en la que se oyen los pasos sobre la tierra endurecida, una fogata de boñiga de vaca ardiendo ante la tienda con una marmita de té sobre tres piedras, y a dos viajeros menudos con los gorros calados hasta los ojos, sentados en torno a ese hogar primitivo. Piensa, siquieres, que son un par de locos, pero, al margen de lo que opinas al respecto, no podrás dejar de conceder cierta estima a su intrepidez poco común, y si, por fallarles las fuerzas, no regresaran de su aventurado viaje, guarda un buen recuerdo de esos exploradores en miniatura que habrán intentado hacer algo que sus gloriosos colegas, de nombres célebres, quizá jamás habrían tenido el valor de emprender.

Pero sin duda alguna todo irá bien. Se trata de un largo paseo, ¡eso es todo! No te inquietes, pues, y no pidas información sobre mí, pues eso podría causarme muchos trastornos. [...]

He oído decir que Stephen Pichon ha muerto.

¿Te acuerdas de Colette ex Willy, que una noche bailó prácticamente desnuda en Túnez? Pese a su manía por las exhibiciones académicas, esa mujer nunca careció de talento y de inspiración. Ha escrito una obra, *La vagabunda*, que he leído en el suplemento de *L'Illustration*. Está bien, muy bien; está pensada y bien expresada, es una obra magnífica. Si tienes ocasión, ve a verla.

Tzedrong (Yunnan), 23 de octubre de 1923

Estoy en Tzedrong desde hace unos días. El viaje de Lijiang aquí ha ido bien, con excepción de un contratiempo causado por los porteadores de sillas, que me jugaron la mala pasada de dejarle en Weishi creyendo que así me obligarían a ofrecerles una paga superior a la, ya muy elevada, que el misionero protestante había acordado con ellos al contratarlos en mi nombre. Pero no cedi. Me refugí durante dos días en la casa, todavía en obras, que los protestantes están construyendo en Weishi. Sólo había aún paredes y techo. Me encontraron otros porteadores y éstos me llevaron a Hsiao-Weishi (el pequeño Weishi). Allí hice una parada en casa de un sacerdote católico chino, quien trató de conseguirme otros porteadores porque los míos sólo me llevaban hasta allí. No lo logró; sólo pudo encontrarme un caballo de carga para ir hasta un pueblo vecino. Tras innumerables negociaciones, conseguí encontrar dos porteadores de equipaje y, además, de etapa en etapa, un caballo. El mío estaba decididamente demasiado cansado después de estos ocho meses de viaje. Hice la mayor parte del trayecto a pie, y muy atenta. Desde Lijiang, el camino es precioso, y en cuanto se llega a orillas del Mekong es muy pintoresco, con algunos trechos bastante escabrosos. Aparte de estos trozos difíciles, el estrecho sendero era agradable, y el tiempo, que había mejorado, hacía que el viaje resultase encantador. El cruce del Mekong por la famosa cuerda, del que ya te hablé en la carta de Lijiang, lo efectué sin contratiempos. Un hombre me sujetó entre las rodillas, me colgué de la correa, como él, y a continuación nos deslizamos por encima del río, sin sufrir otro accidente que un desollón en la nariz por haber mantenido la cabeza demasiado alta y demasiado cerca de la gruesa cuerda en el momento en que empezaba a deslizarme. Al día siguiente de mi llegada a casa del padre Ouvrard (un vendeano vecino de la familia de Clemenceau), llegó un botánico norteamericano con quien ya había coincidido en Lijiang. Su visita me retrasó, pues no quería marcharme antes que él a fin de no arriesgarme a recibir la oferta embarazosa de viajar juntos. Ese señor está al servicio del gobierno norteamericano y busca plantas que se puedan aclimatar a Estados Unidos. Cobra un sueldo principesco y, al mismo tiempo, hace fotografías para la Sociedad de Geografía de Washington. Me aseguró que dicha sociedad estaría encantada de publicar artículos míos sobre el Tíbet y me dio dos cartas de presentación para el presidente y el vicepresidente. Quizá las utilice la próxima primavera. Me he enterado por el padre Ouvrard de que el dólar se cotiza a 18 francos, ¿está en lo cierto? Según él, el franco francés está más devaluado que nunca. [...]

Guarda cuidadosamente la carta del padre Ouvrard (me servirá para demostrar mi paso por aquí). Puedo necesitarla.

Lhassa, 28 de febrero de 1924 (fecha aproximada)

Queridísimo amigo, ha transcurrido bastante tiempo desde la última vez que te escribí y he hecho bastante camino durante este tiempo. Lo primero que te diré es que he realizado satisfactoriamente (tan satisfactoriamente como el más exigente puede soñar) el paseo que inicié cuando te mandé la última carta. Esa excursión se hubiera considerado sumamente audaz para un hombre joven y robusto, y el hecho de que una mujer de mi edad la emprendiera podía calificarse de pura y simple locura. Mi éxito, sin embargo, ha sido completo, aunque si me ofrecieran un millón para que repitiese la aventura en las mismas condiciones creo que lo rechazaría. Te daré los detalles de mi viaje un poco más adelante, cuando pueda hacértelos llegar por una vía que me ofrezca garantías contra las indiscreciones oficiales y de otro tipo. De momento confórmate con saber que llegué a Lhassa hecha un auténtico esqueleto. Cuando me paso una mano por el cuerpo, encuentro apenas una fina capa de piel cubriendo los huesos. Aparte de eso, no estaba enferma al llegar, pero por aquí corre una especie de gripe y, después de aproximadamente una semana, el muchacho y yo la pillamos, él más fuerte que yo. La fiebre ha pasado, aunque seguimos teniendo una horrible tos acompañada de intensos dolores; con todo, no parece que sea grave. Lo más molesto es mi delgadez y mi estado general de debilidad, si bien hasta ahora no lo he notado mucho gracias a la ingestión de estimulantes. Debo recuperarme, dormir y comer durante un mes largo como mínimo cuando esté fuera del Tíbet, que no será antes de unas seis semanas, porque todavía queda por recorrer un trecho bastante largo desde Lhassa hasta la frontera y a continuación hay que cruzar la cadena del Himalaya.

Ahora se plantearán varias cuestiones difíciles. Mis peregrinaciones han finalizado. Las he coronado dignamente, creo, con esta última excursión que me ha llevado a través de una región por donde, según las mejores informaciones, ningún viajero de raza blanca ha pasado jamás y donde los propios tibetanos apenas se adentran, debido a la mala reputación de las tribus que la ocupan. Voy a encontrarme en la India, y todas mis colecciones, mis libros, mis objetos de toda clase están en China... Esta vez no se trata de cosas bien embaladas y a punto para ser enviadas por barco, como los que tú recibiste, sino de múltiples paquetes postales depositados en la legación de Pekín, en el Banco de Shanghai, en casa del obispo, en Yunnan-fu, en casa de misioneros franceses de Sichuan y en más sitios... Hay sesenta o más, sin contar el grueso del equipaje. Todo ello representa una cantidad de dinero considerable y una cantidad más considerable aún de esfuerzos y dificultades para recoger los libros, manuscritos antiguos y diversos objetos interesantes desde el punto de vista del orientalismo. ¿Tendré

que regresar a China para embalarlo todo después de haber agrupado los paquetes?... Tal vez sea indispensable. Había pensado ir por tierra, pasando de la provincia de Assam a Yunnan, pues podía resultar económico ahora que el precio de los pasajes por mar es exorbitante; pero dudo que mis fuerzas me permitan actualmente afrontar un viaje tan fatigoso y tan largo a través de regiones donde reina la guerra civil y el bandolaje. [...]

Desde el punto de vista monetario, voy a llegar a la India habiendo agotado por completo lo que llevaba para el viaje, y allí me esperan muchos gastos, pues no tengo nada salvo las sordidas ropas tibetanas que llevo encima. Nada de nada, ni siquiera una camisa, ni un par de medias, ni zapatos; lo poco que pude coger está hecho jirones. En la India encontraré el dinero que me enviaste allí hace tiempo, pero es muy poco para mis necesidades actuales. Por otra parte, creo que, por diversas razones, no podré quedarme mucho tiempo en la India y tendré que pasar a Indochina cuanto antes. Es posible que, por mediación del consul, consiga un préstamo para el pasaje. Decidiré según las circunstancias. Debo de tener fondos en Shanghai, ya que te había pedido que me enviaras allí una cantidad para disponer de ella en Año Nuevo, pero transferirlos llevará tiempo. Pensaré sobre el lugar donde podrías hacerme un envío. No mandaré esta carta enseguida a pesar de que aquí hay una oficina de correos, pues ésta ofrece pocas garantías de discreción.

*12 de marzo. Querido, sigo en Lhassa. La gripe, de la que parecía que iba a recuperarme enseguida, ha tomado un mal giro. El muchacho ha estado gravemente enfermo y yo todavía más que él. Durante los ataques de tos, los dolores eran terribles. Empezamos a escupir sangre. Por un momento pensé que teníamos la peste pulmonar. El pequeño fue el primero en ver sangre en sus esputos y, como hemos vivido mucho tiempo en China, donde se habla mucho de la peste pulmonar, está al corriente de los síntomas de la enfermedad. Me muestra su pañuelo y dice: «Debe de hacer diez días que empecé a toser, ¿no?» (Diez días es el plazo en el que aparece sangre cuando se tiene la peste.) «Sí, más o menos —contesto, y como comprendo el significado de su pregunta, añado—: ¿Tenemos la peste?» «Y no tenemos medicamentos, y aquí no hay médicos», replica el muchacho. «No serviría de nada. Si tenemos la peste, no hay nada que hacer; no se conoce ningún medicamento que la cure.» «La cosa se pone fea (en tibetano, *kinktopo*),» dice lacónicamente mi compañero de viaje. [...] No era la peste pulmonar, ya que estábamos restableciéndonos. Yo toso mucho menos y él casi nada, pero esta enfermedad, sumada a nuestro agotamiento, nos ha destrozado. El pequeño ha perdido por completo el apetito; no come casi nada, cuando debería, por el contrario, ali-*

mentarse bien. Y apenas puede andar. El otro día estuvimos en un monasterio un poco alejado; entre la ida y la vuelta, el trayecto era más o menos de 9 millas inglesas (13 kilómetros y medio). Al regresar tenía fiebre y tuvo que acostarse. Estaría durmiendo a todas horas. Yo también estoy muy cansada, pero tengo más fuerza moral y eso me mantiene en pie; también como más. En resumen, creo que saldremos bien de este mal trago, pero será conveniente que no exijamos demasiado de nuestras fuerzas durante algún tiempo.

Planeo marcharme de Lhassa en breve. La ciudad no tiene mucho interés. Estoy harta de visitar lamaserías, ¡he visto tantas!... El famoso templo del Djo-o no tiene nada de maravilloso. La decoración interior del palacio del dalai-lama, muy lujosa en algunas estancias, es toda de estilo chino, pero no tiene nada particularmente especial. En la ciudad, los comerciantes exponen montones de cacerolas de aluminio como si fuesen objetos exóticos..., resulta más bien desconcertante. De toda formas, Lhassa no despertaba en mí ninguna curiosidad. He venido porque se encontraba en mi camino y también porque es un juego muy parisense para aquellos a los que se les prohíbe entrar. Lo que me ha entusiasmado es la visita a lo que se pueden llamar los valles cálidos de un país frío. He visto un Tibet que los exploradores no conocen, he contemplado paisajes extraordinarios que superan en esplendor todo lo que he visto en el Himalaya y fuera de él, y he podido prender en mi bolsa una rama de orquídeas silvestres en flor en el mes de enero. ¿Quién piensa en un país así cuando se habla del Tibet glacial que bordea el Himalaya o el Turkestán chino? Sólo se nos ha hablado de ése, y yo misma no conocía otro, aparte de la región de Kham. Creo que, hoy por hoy, de todos los viajeros blancos soy la que conoce mejor el Tibet.

[...] Si tus asuntos te llevan a Argel, podrías ir a ver al gobernador, con quien tienes relación, creo, y hablarle de mis viajes, sobre todo de este último, del que tendrá ocasión de leer un relato en el boletín de la Sociedad de Geografía. Deseo introducirme en el mundo de la prensa como corresponsal de un gran periódico y, para empezar, publicar artículos relativos a las cuestiones de Extremo Oriente. Puedes hablar de mis colaboraciones anteriores: en *Le Soir*, de Bruselas, *L'Aurore* y *La Fronde*, de París, el *Mercure* y diversas revistas. También de los libros publicados, etcétera. El gobernador es un político y, como tal, tiene contactos con la prensa. Según lo que sepas de sus tendencias políticas, puedes añadir que soy hija de un masón, proscrito por el imperio, director del *Courrier d'Indre-et-Loire* antes de 1852 y diputado en 1848. Pero no metas la pata. Trata de enterarte también de quién es en la actualidad el Gran Maestre del Gran Oriente y quién es el Gran Maestre en el rito escocés. ¡Se acabaron los sueños de descanso!

sol. Las consecuencias económicas de la guerra les han puesto punto final, hay que volver al trabajo, y somos afortunados de tener que trabajar, como muchos otros, sólo para las cosas superfluas; pues las necesarias las tenemos aseguradas.

Lhassa, 2 de abril de 1924. Continúo en la «ciudad sol» (Gnima Lhassa). ¿Por qué una estancia tan larga?, te preguntarás. Decididamente, estamos agotados. He sufrido otra recaída de la gripe, y en cuanto al pequeño, está peor que yo. [...] Fuimos al monasterio de Galden. Habíamos pasado muy cerca viendo hacia Lhassa, pero en aquella época no se podía visitar. El trayecto nos había exigido un día y medio. Esta vez tardamos tres días, arrastrándonos, y el segundo, en un pueblo llamado Detchen, el muchacho tuvo que acostarse. No pudimos seguir; al día siguiente pedí unos caballos de alquiler para llegar al monasterio el día de la fiesta. Esa noche tuvimos que acampar en la montaña porque sólo podía pasar él la noche con los lamas, ya que a las mujeres únicamente las admiten durante el día. Hacía mucho frío, íbamos poco abrigados... Por la mañana, el pequeño estaba peor y no pudo visitar el monasterio; tuve que ir yo sola. Partimos a pie un poco más tarde. Resumiendo, tras varios intentos de este tipo, me di cuenta de que ni el pequeño ni yo podíamos arriesgarnos a emprender otro viaje a pie. Todavía hay que cruzar muchos puentes elevados antes de llegar al Himalaya; subiríamos aunque fuésemos muy despacio, muy, muy despacio, pero las primeras nieves van a empezar a caer y harán muy difícil el viaje por la montaña. Además, aparte de todo eso, la prudencia dice que a mi edad no conviene prolongar el enorme esfuerzo que he realizado, así que he comprado dos caballos. ¡No se parecen nada a los hermosos animales que tenía en China! En Lhassa está todo carísimo y el dinero que me queda es mínimo. Me costará llegar a Gyantse con el bolsillo tan vacío. En fin, la cuestión es que ya estoy a punto para partir. Esperaré una semana para ver la curiosa ceremonia del «chivo expiatorio». El chivo es, aquí, un hombre que, por dinero, acepta llevar todos los pecados, las enfermedades, etcétera, de la nación que un lama carga sobre su cabeza. Después, debe escapar perseguido por las imprecaciones del pueblo. Permanece siete días en un lugar solitario; si, tras ese tiempo, no ha muerto, regresa tranquilamente a su casa, donde recibe generosos donativos, y todo ha terminado. También habrá una procesión solemne, etcétera. Me marcharé de Lhassa al día siguiente de que finalicen esas fiestas.

Gyantse, Tibet, ¿? 1924

He realizado de forma tan satisfactoria como el más exigente hubiera podido soñar un viaje cuyo carácter pintoresco supera con mu-

cho el de los inventados por Julio Verne, pasando por regiones que, según informaciones dignas de crédito, jamás han sido visitadas por un viajero de raza blanca. Pasé dos meses en Lhassa, donde desgraciadamente contraí una especie de gripe dañina que cuesta curar. Hice a pie todo el viaje de Yunnan a Lhassa; te daré todos los detalles un poco más adelante.

Por el momento, debo preocuparme de salir del Tíbet cuanto antes. Ya no tengo nada que hacer aquí y el clima riguroso de la región en la que me encuentro es poco favorable para mi actual estado de salud. He recurrido al cónsul de Francia en Calcuta para conseguir un préstamo, pues estoy sin recursos. No me queda ningún dinero. No tengo ropa, aparte de la túnica de pobreza tibetana que me ha garantizado ir de incógnito y me ha permitido realizar con éxito el viaje. No tengo ni una camisa, ni un par de medias, ni zapatos, ni sombrero, nada para volver al mundo civilizado. Todas mis cosas están en China. Espero que el cónsul me saque pronto de Gyantse.² Es probable que te escriba; le he dado tu dirección.

Dame noticias tuyas enseguida enviando una carta a la atención del cónsul de Francia en Calcuta; él le dará curso. Hoy no puedo decirte nada más, pero volveré a escribirte dentro de unos días.

Ahora planearemos mi regreso, y me siento feliz de pensar que, tras una separación tan larga, vamos a estar de nuevo juntos. [...]

Gyantse, 6 de mayo de 1924

La carta a lápiz adjunta fue escrita para ser echada de inmediato al correo. Debo rectificar algunos puntos: 1) El agente comercial³ británico en Gyantse me presta algún dinero (ya me ha dado 100 rupias) para hacer diversas compras en Gyantse y cubrir los gastos de viaje hasta Kalimpong. Creo que, en total, su préstamo ascenderá a 200 o 300 rupias. 2) Desde Kalimpong le escribiré al cónsul, a fin de no permanecer a la espera y poder pasar a territorio francés. Actualmente no puedo emprender grandes viajes, estoy demasiado cansada. Anoche me encontraba muy mal; necesito descansar.

² Se trata del capitán Perry, del ejército inglés, comandante de la guardia del comisario británico de comercio en Gyantse, Tíbet, que había arrestado a Alexandra David-Néel al enterarse de que venía de Lhassa, donde había entrado clandestinamente.

Varios documentos y testimonios de personalidades atestiguan este hecho, entre otros, el de S.A.R. el príncipe Pedro de Grecia y de Dinamarca, que conoció al capitán Perry y a quien éste contó todos los detalles del arresto.

³ Se trata de David MacDonald, suegro del capitán Perry, que contó la llegada de A. David-Néel a Gyantse en su libro *Twenty years in Tibet*, Suley, Service Co. LTD, Londres, 1932.

Mi regreso al mundo llamado civilizado no me ha proporcionado ninguna alegría, al contrario. Me siento tan distinta de toda esa gente, tan extraña a su lado, que me faltó poco para echarme a llorar mientras cenaba con ellos.

Te escribiré pronto. No tengo ningún plan ni puedo tenerlo acerca de cómo proseguiré mi viaje después de haber llegado a Kalimpong; dependerá del dinero de que disponga, pero, en cualquier caso, lo que preparo es mi regreso. [...]

Gyantse, 16 de mayo de 1924

Espero que hayas recibido sin problemas la carta que te escribí la semana pasada. La estancia en Gyantse me ha sentado bien; he estado cómodamente instalada en una habitación y he comido alimentos sanos. He engordado un poco; lo necesitaba... Me marcharé de Gyantse el 29 (lunes) en dirección a Chumbi. Se tardan nueve días en llegar, pero ahora al final de cada etapa encontraré uno de los bungalows construidos por los ingleses, es decir, una buena casa con una habitación en la que no sopla el viento. En Chumbi tendré que elegir entre dos puertos: Dzelap y Nathu La. El primero está a unos 5.200 metros; el segundo, a una altura un poco mayor. Según las informaciones que obtenga sobre el grosor de la capa de nieve en los dos puertos, me decidiré por uno o por otro. Una vez pasado el puerto, estaré en Sikkim, que cruzaré rápidamente para ir a Pedong a ver a los misioneros franceses. Luego..., aquí es donde empiezan las dificultades. Llegué a Gyantse sin dinero y vestida con harapos. El agente británico me prestó 400 rupias en total para que pudiese llegar a la frontera de la India. Encargué que me confeccionaran una túnica de paño; encargué otra y unos pantalones para el pequeño y le compré un sombrero. Tengo también una camisa de franela, un camisón, unos pantalones de dril para montar a caballo y unos cuantos pañuelos de bolsillo. Eso es todo lo que me ha permitido. Pero en cuanto llegue a tierra civilizada tendré que vestirme de arriba abajo, modestamente, por supuesto, pero toda yo: camisas, medias, zapatos y demás. Necesito urgentemente dinero.

El pequeño y yo estamos buscando la manera de reunir mi equipaje, que está en China, sin ir por mar y así evitar el gasto de los pasajes. [...]

Le he escrito al cónsul en Calcuta pidiéndole que me preste algún dinero para vestirme decentemente y vivir en Darjeeling o en otro sitio hasta que tenga noticias tuyas. No quiero volver a ponerme en marcha antes de haber recibido una carta tuya, pero no tardes en escribirla. La breve estancia en Gyantse me ha sentado de maravilla: Cuando llegué daba pena verme. Sin perder tiempo, he comenzado a

hacer gestiones con vistas a la publicación remunerada de lo que tengo que contarte. He informado a mucha gente de lo que he hecho. Amigo mío, deberías abonarte de inmediato a una agencia del tipo Argus de la Presse, que envía los recortes de periódicos relativos al tema o la persona que se le indica. Sólo se paga por los recortes que se reciben, pero es muy caro. No obstante, va a resultarme indispensable saber qué periódicos hablan de mí para trazar mis planes en consecuencia. Escribe a esa agencia diciendo que deseas recibir todos los recortes de periódico franceses y extranjeros, incluidos los americanos, que hablen de la señora Alexandra David-Néel. Te ruego que hagas esa gestión sin tardanza, es muy importante para mí, y que me envíes los recortes. Ya estoy metida en el torbellino: tengo que «hacer dinero», como dicen los americanos.

He conseguido un grueso volumen tibetano que debe de contener los cuentos divertidos de los que te hablé tiempo atrás y de los que recibiste unas muestras. [...]

Phari Dzong (Tibet), 25 de mayo de 1924

No se ha producido ninguna novedad después de las dos cartas que te escribí desde Gyangtse. He seguido el camino que debe conducirme fuera del Tibet. Hay ocho etapas desde Gyangtse hasta aquí. Hice las seis primeras a caballo. Después de la séptima, en la posta me dieron una montura coja que no me inspiraba ninguna confianza. Ese día, los trastornos cardíacos que sentía desde la salida de Gyangtse se habían acentuado; pese a todo, hice la etapa a pie (unos 23 kilómetros), con una tormenta terrible y viento a una altitud de aproximadamente 4.300 metros. Sufri lo indecible por el camino y, al día siguiente, me pareció prudente hacer que me llevaran en un sillón al que ataron unos palos. La etapa de ese día era de 40 kilómetros. Fue una buena medida no haber intentado ir a pie o a caballo. Al cruzar un puerto (unos 4.700 metros), nos pilló una tormenta de nieve. En mi estado, sin duda alguna habría caído enferma si no hubiese podido afrontar ese mal tiempo enrollada en una manta y sin verme obligada a hacer esfuerzos.

El general inglés Pereira, del que te hablé tiempo atrás, cuando coincidí con él en Jakyendo (Cherku), murió hace aproximadamente cuatro meses en Sichuan, cuando regresaba al Kuku Nor. Creo que exigía demasiado a sus fuerzas. Murió como un auténtico viajero, en una etapa, antes de llegar a Kanze, donde yo estuve hace unos tres años [...] La mujer del agente comercial de Chumbi (al que vi en Gyangtse, donde estaba provisionalmente) me ha enviado esta noche su silla de manos para ir a Chumbi. Le habían telegrafiado diciéndole que me encontraba mal y estaba cansada. Todas estas personas son

muy amables. Cuando partí de Gyangtse, me facilitaron montañas de provisiones: macarrones, botes de leche, mermelada, cacao, café, sardinas. A mi llegada a Phari Dzong, encontré un paquete con pan que me habían mandado desde Gyangtse por correo. Aquí han vuelto a darme tarros de mermelada, frutos secos, paquetes de sopa, en fin, toda clase de conservas útiles en países como éste.

Llegaré a Chumbi pasado mañana y me quedaré cuatro o cinco días allí. La temperatura es mucho más suave que aquí, ya que Chumbi no está más que a 2.700 metros de altitud, mientras que Phari Dzong está a 4.260 metros. Ayer estábamos rodeados de nieve. Desde Chumbi, tengo que pasar un puerto que me llevará al Himalaya. Puedo elegir: está el puerto de Dzelap, que alcanza 5.200 metros, y el de Nathu, que llega un poco más arriba, casi a 5.400, creo. Una vez cruzado ese puerto, se baja sin parar; se puede llegar hasta el pie mismo del Himalaya, en la llanura gangeática, pero no iré enseguida hasta allí, me detendré, consideraré las cosas y veré qué dicta la prudencia según las circunstancias. Desde que llegué a Gyangtse no he perdido el tiempo y me he ocupado de buscar salidas para lo que voy a escribir. La prudencia exigiría que me detuviese a una altitud media —para mí es entre 1.500 y 2.000 metros—, a fin de no pasar demasiado calor, y que me quedase allí ordenando mis notas y preparando el relato de mi viaje hasta el mes de septiembre, cuando haya pasado la época de más calor.

¿Cómo arreglar todo eso? Aunque nuestra posición sea acomodada, o más bien aunque lo hubiera sido de no ser por la guerra, no veo que tenga posibilidades de no «trabajar». No es excesivamente divertido, pero uno se hace a todo. Mientras tanto, te lo ruego, ayúdame a salir adelante. Este viaje que me rondaba por la cabeza desde hacía tanto tiempo ha terminado; ha terminado feliz y gloriosamente con un éxito completo. Es perfecto, pero estoy un tanto desconcertada y no sé muy bien qué hacer, aparte de mis trabajos como orientalista. Me encuentro ante las puertas de la India; para mí es como un sueño. ¿Cómo voy a poner orden en mi vida, que habría sido sencillísima en otros tiempos y que la situación económica de Francia hace sumamente difícil?

En fin, querido, no me olvides. Yo, por mi parte, me ayudaré tanto como pueda. No tardes en enviarme noticias tuyas y hazlo a menudo, te lo ruego.

Todos mis mejores deseos.

P.D. Guarda los sobres de esta carta y de las anteriores que llevan el sello del Tibet. Y no olvides darme tu dirección exacta.

Chumbi (Tibet), 31 de mayo de 1924

Te escribí desde Phari Dzong hace unos días. Desde entonces, he proseguido mi viaje y he llegado a Chumbi, mi última etapa en tierra tibetana. He entrado en la cadena del Himalaya y estoy al pie de las altas montañas que forman la cresta septentrional. Ya te hablé de los dos puertos hacia los que llevan, desde Chumbi, dos caminos distintos. Por la información recibida, el del oeste es, de momento, absolutamente impracticable, ya que la nieve lo obstruye por completo. Sólo se puede pasar por el del este, aunque según dicen resulta muy difícil. Pensaba aprovechar el *dandie* (una especie de silla de manos) que la mujer del agente comercial ha puesto a mi disposición y en el que he venido desde Phari Dzong hasta aquí, pero no acabo de decidirme por el gasto que ello supone. La silla me la prestan gratis, pero tengo que contratar a los porteadores, y éstos piden una suma elevada por cruzar el puerto. Por el momento vivo del dinero que me prestó el agente comercial, y se está acabando. El muchacho, cuyo desinterés es realmente extraordinario, había comprado tiempo atrás, en Jakyendo, un poco de oro con lo que había ahorrado de los pequeños regalos recibidos de mí en Año Nuevo y otras ocasiones similares. El otro día, en Phari Dzong, vendió su oro sin que yo me enterase y después vino a la habitación donde yo estaba y dejó sobre la mesa los billetes que había obtenido. Y no presume cuando hace este tipo de cosas, actúa con toda naturalidad. La verdad es que es un muchacho excelente, y no me sorprende que le haya tomado un auténtico cariño de madre. [...]

El residente en Sikkim y su mujer me han invitado a que vaya a pasar unos días con ellos en Gangtok. Iré porque me coge de paso y porque el residente es un extraordinario viajero que, durante la guerra, fue de la India a Rusia y de Rusia a Persia, y de nuevo a la India, como espía de los ingleses. Es un oficial; tiene el grado de mayor, que corresponde al nuestro de comandante. Debe de tener cosas interesantes que contar. Va a ir a Lhassa dentro de unas semanas, pero su pobre «media naranja» no ha obtenido permiso para acompañarlo; el gobierno se niega en redondo a dárselo. Como te dije, no sabía muy bien adónde ir. Afortunadamente, mi buena estrella no me ha abandonado. He recibido la carta más encantadora que se pueda escribir del director de la Misión católica en Pedong (un pueblo que está cerca de Kalimpong, a dos días de marcha desde Gangtok o desde Darjeeling). La Misión depende de las Misiones extranjeras de la Rue du Bac, en París, igual que aquellas en las que residí en China. Este señor (el abad Douénel, seguramente bretón, a juzgar por su apellido) me dice que en los terrenos de la Misión hay un bungalow independiente, que lo pone a mí disposición durante todo el tiempo que quiera, etcétera. Su carta, que encontré a mi llegada a Chumbi, me produjo un gran alivio;

ya tengo un alojamiento en un lugar donde el clima es moderado y que se halla situado a una altitud apropiada (debe de estar a entre 1.500 y 1.800 metros). Podré instalarme allí hasta que acabe la estación de las lluvias. Me dedicaré a escribir el relato de mi último viaje, de forma que el manuscrito esté preparado para presentárselo a un editor. Espero escribir también otras cosas, preparar conferencias, etcétera. En resumen, amasar un buen bagaje de mercancías en condiciones de ser colocadas en el mercado.

Antes me molestaba aceptar la hospitalidad de los misioneros católicos debido a nuestra divergencia de opiniones, pero he tenido que reconocer que a ellos esa diferencia no les molesta en absoluto, así que no debo tener más escrúpulos que mis anfitriones. Cuando estaba en Ningyuanfou, el obispo no me propuso jamás que visitara su iglesia, y tampoco entré en la de Tchentou, a pesar de que iba a casa del obispo y de que me alojaba en la vivienda de las religiosas... Después de todo, la experiencia me ha demostrado que la principal utilidad de las Misiones de cualquier confesión consiste en ser una especie de establecimientos hoteleros gratuitos y sumamente agradables para uso de los viajeros. El tal abad Douénel que me ha invitado sabe perfectamente quién soy, y si me ofrece su bungalow es a título de compatriota, no de correligionaria. Así que todo va viento en popa. No tengo más que esperar noticias de ti, y ahorauento los días con impaciencia... Estoy deseando recibir una carta tuya. [...]

[...] Y no olvides, mi buen amigo, darme tu dirección. Estabas a punto de mudarte cuando me escribiste por última vez y no sé adónde has trasladado tus penates. ¿Has encontrado una casa apropiada? ¿Tienes buenos sirvientes? Dicen que en Europa encontrar criados se está convirtiendo en un problema cada vez más difícil. ¿Cómo lo has resuelto tú? ¿Y el Ouenza? ¿Y tus asuntos? Espero que sólo te hayan ocurrido cosas buenas y agradables, pero estoy impaciente por saberlo. ¿Y tu salud, querido? Te he recomendado tantas veces que te cuides... Debes de tener muchísimas cosas que contarme; tienes que ponerte al corriente de lo que has hecho mientras yo deambulaba por tierras prácticamente desconocidas. ¿Quieres creer que siento un escalofrío de miedo cuando pienso en lo que he hecho, en aquellos recorridos por bosques solitarios, aquellas noches pasadas al aire libre, solos el muchacho y yo, tumbados junto a una hoguera encendida o agazapados entre rocas o matorrales? Silencio, desierto... Los días de abundancia, un caldo espeso hecho con un poco de grasa y harina. Y los altos puertos que tardábamos varios días en subir. Conforme subíamos, cada vez hacia más frío, a nuestro alrededor no había más que un paisaje mudo de piedras y nieve, y nosotros éramos tan pequeños, estábamos tan perdidos en aquellas inmensidades el pequeño y yo...

Algunos días no veíamos a un solo ser humano. ¿Adónde íbamos?... No siempre lo sabíamos, avanzábamos... Ahora todo eso se ha acabado, disfruto de una comodidad relativa. Lo he logrado, ha sido un triunfo absoluto, todas las personas a las que veo me admirar. El residente acaba de mandarme un amable telegrama interesándose por mi salud y diciendo que él y su mujer me esperan. Está bien, pero no dejo de sentir cierta nostalgia al pensar en los extraños momentos que he vivido durante ese extraordinario viaje.

Te dedico mis mejores deseos.

Rongli, Sikkim, 27 1924

Ya he dejado atrás el Tíbet, tras cruzar sin dificultad el gran puerto que forma la frontera; la nieve había desaparecido del sendero salvo en algunos trechos, donde la capa todavía era muy profunda. He visto los lamentables recuerdos de la catástrofe que se produjo hace seis semanas: un súbito huracán arrastró a 40 mulas cargadas y dos hombres desde lo alto de la montaña. Desde los 5.200 metros del puerto, he bajado a 710 metros de altitud; la diferencia es sensible, el pesado calor me resulta desagradable.

Padong, adonde me dirijo, está a 1.470 metros (copio el dato del folleto del bungalow); esperemos que el resultado sea un poco de fresco. Esta mañana, antes de las seis, el termómetro marcaba más de 27° en mi habitación. Ahora marca más de 31° (son las nueve). Ya no estaba acostumbrada a pasar calor y creo que me costará habituarme de nuevo. No veo posibilidades de continuar viajando por el momento. Lo más sensato sería esperar hasta septiembre, pero pueden producirse determinadas circunstancias que no me permitan elegir.

En el Himalaya, la vegetación no ha cambiado de aspecto, pero muchas otras cosas han evolucionado. Los indígenas, que en otros tiempos eran educados y respetuosos, se han vuelto orgullosos, en muchos casos casi arrogantes, y declaran con descaro que los europeos les traen sin cuidado. Me sorprende que los ingleses hayan dejado llegar las cosas a tal extremo. No suelen hacerlo o, al menos, no solían. En la parte sur del Tíbet, que de hecho les pertenece, los nativos, dicen los ingleses, son un puñado, «pero somos una nación. Ellos están aquí porque somos amigos suyos y se lo permitimos, al igual que les hemos prometido enviar a nuestro ejército en su ayuda si los atacan, pero no nos dan órdenes. Esta es la prueba: cuando un funcionario tibetano viaja, debemos facilitarle gratis el transporte, alimentar a sus animales, a sus sirvientes y a él y ofrecerle presentes, y si no nos apresuramos a hacerlo, nos apalean. Ellos, los extranjeros, si necesitan un caballo o un hombre, pagan, lo que demuestra que no tienen poder». Hay que oír el tono triunfal en que se dice esto, la admiración

por quienes les pegan y el desprecio hacia los que les pagan. La colonización no es lo que piensan los filántropos, nos enfrentamos con mentalidades que trastocan muchas de nuestras ideas. En Sikkim, el precio de todo ha aumentado considerablemente. Antes, una noche en un bungalow costaba una rupia; ahora, la tarifa es de dos e incluso tres rupias. Por un caballo como el mío se pagaba 1 rupia al día; ahora, la residencia ha tarificado los transportes por etapas, de tal manera que se llegan a pagar cinco rupias al día. Sin embargo, la gente no está más satisfecha que antes, sino todo lo contrario. Consideran todas estas concesiones signos de debilidad; además, la administración recupera con creces todo lo que les da. [...] Es curioso ver la repercusión de los efectos de la guerra en un lugar tan apartado como el Himalaya. Todo esto no es divertido, y me gustaría mucho encontrarme lejos y empezar a sacar algún provecho de mis viajes. ¡He visto tantas cosas interesantes!...

A propósito de cosas interesantes, el otro día llegó a Chumbi un «teniente-coronel». El señor en cuestión no había cumplido los 40. Iba vestido con una especie de bañador, eso que los ingleses llaman *short*, pero el *short* era tan tan *short* que los muslos del caballero se ofrecían a la vista. Encima llevaba simplemente una camisa con las mangas arremangadas por encima de los codos y un pañuelo, prenda sin duda muy útil, anudado alrededor del cuello. Este personaje es el conferenciante oficial de la expedición que va a escalar el monte Everest (el Gaurisankar). Me dijo cuál era su cargo y añadió: «Aunque me desagrada hacerlo, he creído que, como conferenciante de la expedición, debía ir al menos a ver la montaña en cuestión, así que me dirijo al pie de ésta, pero sólo estaré unos días, este país no me gusta. No hace falta saber mucho para pronunciar conferencias...». El mismo intelectual mira una de las prendas de vestir que hay colgadas en mi habitación y pregunta: «¿Es un abrigo de piel de yac?». Estupor. Nadie lleva encima una piel de yac, que pesa diez veces más que la piel de uno de nuestros bueyes. Era una prenda confeccionada con piel de cordero, ¡y el conferenciante no reconocía ese pelaje tan poco exótico!... Me recordaba a uno a quien le estaba hablando de un animal llamado *zo* —un mestizo, decía yo—, y me preguntó: «¿Es el fruto del acoplamiento de un yac y una cabra?...». Eso sería como hablar de apareamiento entre un conejo y un elefante. Hay personas que tienen un cerebro realmente peculiar (entre paréntesis, los *zos* nacen de un yac y una vaca corriente o de un toro corriente de pelo corto y una di, que es una vaca-yac de pelaje muy largo).

Este individuo va acompañado de otros dos señores. Han viajado en automóvil hasta justo antes de Sedouchen, por un camino empinado como una escala y formado por piedras colocadas en vertical, con

el filo hacia arriba. Los dos amigos del coronel se han quedado atrás con el vehículo, estudiando la manera de seguir subiendo con él, de cruzar el puerto y llegar al Tibet, si consiguen que se les dé permiso. Vi el coche en el camino. Es un Citroën un tanto especial. Lleva siete ruedas a cada lado, tres grandes y cuatro pequeñas. Todas están llenas. [...]

Gangtok, 9 de junio de 1924

Me encuentro en Gangtok por tercera vez, con bastantes años de intervalo. Llegué ayer, con un tiempo lluvioso, desapacible, melancólico a más no poder, idóneo para acompañar mis pensamientos. Pensaba en los que estaban aquí cuando vine por primera vez. La muerte ha segado en abundancia entre ellos: el anciano rajá, su hijo, compañero mío de excursiones, el maestro de escuela que me hacía de intérprete, el sabio lama del monasterio y aquel otro lama, nada sabio, desde luego, pero tan jovial que siempre me enviaba montones de golosinas, y..., pero tú no los conociste y la lista de sus nombres no puede decirte nada... El pueblo minúsculo que es Gangtok, capital de un Estado liliputiense, ha crecido un poco, no mucho. Tiempo atrás me parecía como la «jungla», un rincón perdido, romántico y delicioso; ahora que he vivido durante años en parajes desiertos y salvajes, Gangtok y sus alrededores han perdido para mí todo encanto. Así sería lo mismo Asnière o Saint-Germain. En pocas palabras, no me gustaría vivir de nuevo en esta ciudad.

Soy invitada del residente, como puedes ver por este papel de carta con membrete. Él también ha estado como explorador en el Tibet y ha pasado por muchos lugares donde yo he vivido. Ha visitado otros que yo no he visto, cosa que a mí no me molesta, pero yo he recorrido regiones en las que él no ha penetrado —en las que ningún extranjero ha penetrado— y eso le irrita sobremanera. Lo disimula mal. ¿Por qué?... Él no ha estado nunca en Foum-Tatahouine ni conoce el Sahara, mientras que yo no he ido a Persia. Todo el mundo no puede haber estado en todas partes.

En fin, tras pasar un día en la residencia, parto de nuevo mañana por la mañana. La señora de la casa, lady Bailey, se marcha de Gangtok dentro de unos días para dirigirse a Inglaterra y el residente, por su parte, se va a Lhasa. Cada uno está ocupado con los preparativos de su viaje. Aparte de mí, hay tres invitados: una señorita que parte pasado mañana para Australia y dos señores que van no sé dónde. La casa no está muy animada. Estaré encantada de ver pasado mañana a un francés en Padong: el abad Douénel.

Querido, ¿cuándo recibiré carta tuya, la primera después de un silencio tan largo? Con cuánta impaciencia espero recibirla y qué

impaciente estoy también por decidir algo sobre mis próximos movimientos. [...]

¿Has oido hablar de una novela titulada *La Atlántida*, de un tal Pierre Benoit? Parece ser que tiene un enorme éxito y, si es así, eso me entristece, no porque le deseé ningún mal al autor, al que no conozco, sino porque demuestra que el público es más tonto que nunca. La novela es simplemente una idiotez con muchas pretensiones. Yo conozco un poco el Sahara y a los oficiales que viven allí, y desde luego distan mucho de ser todos unos genios, pero tan estúpidos como los protagonistas del libro te aseguro que no los hay. Me gustaría mucho saber qué opina el mariscal Lyautey (ahora es mariscal) sobre esta obra. A mi entender, deberían condenar al autor a seis meses o más de cárcel por el crimen de ofrecer a los extranjeros una imagen tan penosa de la mentalidad de nuestros oficiales, y quizás a más aún por el crimen de lesa Sahara, pues cualquiera que haya ido al gran desierto, el majestuoso y formidable desierto, no puede asociarlo en absoluto con historias de cavernas estilo Alí Baba... Claro que, después de todo, tal vez el autor no ha estado nunca en África.

12 de junio de 1924. Estoy en Padong, en el bungalow de la Misión. No es un palacio, es una antigua oficina de Correos en desuso que el gobierno ha cedido a los misioneros. No hay muchas comodidades, pero es un techo y, después de los alojamientos en los que he estado en el Tibet, puedo darme por satisfecha. Por lo demás, me resulta imposible continuar camino, no tengo un céntimo, el trayecto desde Gyangtse hasta aquí, las compras que tuve que hacer en el mismo Gyangtse...

(El final de esta carta no se ha encontrado.)

*Roman Catholic Mission
Padong, Darjeeling district, India,
27 de junio de 1924*

Me da la impresión de que no pasa el tiempo. Cuando era imposible que recibiese noticias tuyas, no las esperaba, naturalmente, y por lo tanto la situación no provocaba impaciencia. Pero ahora cuento los días. En Gyangtse me dijeron que una carta tardaba tres semanas en llegar a Londres. Es muy rápido, y se puede considerar ese plazo un récord de velocidad, así que pongamos un mes por término medio. Yo estaba en Gyangtse el 6 de mayo y te escribí de inmediato, lo que significa que debería recibir tu respuesta dentro de una semana como mucho, porque, como es natural, debes de haberme contestado de inmediato. ¡El tiempo se me hace interminable! Estoy impaciente por saber algo de lo que has hecho desde que, por decirlo de algún modo,

te perdí de vista. Tú has estado al corriente de mis peregrinaciones a través de mis numerosas cartas, pero yo no sé nada de ti. ¡Qué acabe pronto esto!

Aquí llueve a raudales y sin parar. El camino que pasa por delante de mi puerta es un río de fango. No hay manera de pasear por el jardín de la Misión, que está escalonado sobre la ladera de una montaña y sólo presenta al mismo nivel espacios del tamaño de una servilleta. Delante de mi casita hay una alameda, pero ha crecido hierba y cuando la recorres te das un auténtico baño de pies. La zona no es fea, pero tampoco muy bonita. El paisaje es el que se ve en todo Sikkim, cuya frontera se encuentra aquí. He visto tantos lugares más bellos que éste no me dice nada, sobre todo anegado por este diluvio. Como ya te dije, el pabellón puesto a mi disposición por los misioneros es una antigua oficina de Correos contigua a su propiedad. El tejado está en mal estado, hay goteras en varios puntos —afortunadamente, en mi habitación no demasiadas—, y esa humedad interior, sumada a la de fuera, no añade alegría al lugar, pero éste es un detalle sin importancia. Lo que me fastidia es tener que alargar mi estancia aquí y gastar dinero, cuando aquí no tengo nada que hacer. Es más, el paso del tiempo actúa en mi contra. Cuando se ha hecho una cosa como la que a mí me ha salido tan bien, hay que servírsela al público muy caliente. Si te retrasas, el interés que puede despertar se enfriá. Es posible también que otros visiten los mismos parajes, y entonces ya no eres el primero, o pueden suceder otras cosas, y el resultado es que te has esforzado, te has extenuado, te has gastado el dinero, y de todo ello sacas poco provecho.

No creas, querido, que me divierte mucho reanudar a mi edad, cuando ya me creía liberada de ello para siempre, una vida de actividad y de lucha. Desde luego que no, pero, incluso para llevar una vida de eremita, de anacoreta, como mis gustos me inclinarían a llevar, hace falta, en la actualidad y con la lamentable cotización del franco, una renta considerable. [...] Quizá recuerdes cuando Cabantous me dijo: «Tiene que darme algo para el templo... por el apellido que lleva.» O sea, que el hecho de llamarnos Néel bastaba para catalogarnos, fuéramos o no creyentes. Pues bien, es imprescindible que Elie, que dada su posición se relaciona con los peces gordos del mundo de las Reformas, me consiga por mediación de quien pueda cartas apremiantes de recomendación del presidente de la República.* Una carta colectiva para todos los agentes diplomáticos y dos cartas especiales, una para nuestro embajador en Washington y otra para nuestro cónsul general en Nueva York. Escríbelle urgentemente a Elie y dile que se dé prisa.

* El presidente Doumer era protestante.

Sería conveniente que en las cartas pusiera: «Préstene a la señora A. David-Néel, orientalista y exploradora, todo el apoyo posible, pónganla en contacto con los círculos cultos o con otras personas que pudiera tener interés en conocer.» [...]

Estoy decidida a no dormirme. Gozo de buena salud, aparte de una nadería, aunque una nadería traicionera, que afecta al corazón y que me produce ciertas molestias. De todas formas, creo que no es muy grave, sino un efecto más de la debilidad de mi músculo cardiaco. Desde Lhassa, me he recuperado mucho. Llegué allí como un saco vacío, la piel me colgaba sobre los huesos formando grandes pliegues... Una auténtica pelota deshinchada. Me preguntaba si iba a seguir siempre en semejante estado. Pero la pelota se ha hinchado de nuevo, la piel ya no cuelga. La rapidez con que me he recuperado demuestra que mi salud es buena y que mi aparato digestivo está en condiciones también bastante buenas, ya que asimilo bien. [...]

Dispongo de material nuevo, completamente inédito, para todos los gustos: historia, leyendas, filosofía, misticismo, ocultismo, geografía e incluso literatura picante (pudiste verlo por los cuentos que te envié). Si uno no hace nada con eso es que es un imbécil o que carece de lo necesario para «arrancar» como es debido. Querido, aunque te cause algunas molestias, merece la pena. Necesito las cartas que te he indicado y, además, una para el gobernador de Indochina, todas lo antes posible, al igual que fondos para poder solventar mis asuntos. En el pueblo donde me encuentro, la vida dista mucho de ser barata. Instalarse genera unos gastos derivados de la adquisición de objetos que te servirán por poco tiempo: cacerolas, cubiertos, un montón de charros cuyo precio total es elevado aunque compres los más corrientes. Ya te dije que tenía que vestirme; no tengo de nada. He comprado algunas prendas y me han dado otras, pero no podría exhibirme así ni en Calcuta ni en otros sitios similares. Aquí sólo hay un anciano sacerdote de cabellos blancos y su compañero, mayor aún, que volverá de viaje la semana próxima. Para irme necesitaré medias, zapatos, un sombrero, ropa interior, etcétera. Evidentemente, haré compras económicas, pero así y todo exigirán cierta suma. ¡Qué molestos son los asuntos de dinero! Creía que me había liberado para siempre de ellos. Esta terrible guerra es mucho más terrible por sus consecuencias que por lo que ha sido en sí misma. [...]

28 de junio de 1924. Esta mañana he recibido una carta del presidente de la Sociedad de Geografía de París felicitándome por mi viaje y pidiéndome un relato para el boletín. [...]

Padong (Darjeeling), 6 de julio de 1924

Sigo sin tener noticias tuyas. Ya hace varios días que recibí una carta de la Sociedad de Geografía y otra de París indicándome el tiempo que invierten los correos en ir y volver; por consiguiente, podría tener también tu respuesta. Sé que Bona está más lejos de aquí —hablando en términos postales— que París, pero, además de que deseo ardientemente saber que estás bien y que no te ha ocurrido nada desagradable durante el larguísimo período de tiempo que ha transcurrido desde tu última carta, también me angustia mucho la necesidad de dinero. Apenas me queda para comer durante una semana, diez días a lo sumo. El cónsul, ya te lo he dicho, me ha puesto en una situación muy embarazosa en relación con los funcionarios ingleses que me ayudaron generosamente en el Tíbet. Contaban con que el cónsul me recibiría cordialmente, igual que ellos, que me ofrecería hospitalidad y les abonaría el dinero que me habían prestado, agradeciéndoles lo que habían hecho por su compatriota. Pues bien, no ha sido así. Esta mañana he recibido una carta, amable, desde luego, pero bastante perentoria, pidiéndome que les devuelva lo antes posible las 500 rupias que me prestaron. Yo creo que ha debido de sorprenderles la tardanza en recibir la devolución y se han dirigido al cónsul, quien ha debido de responderles algo similar a lo que me ha escrito a mí, quizás que no me conoce y que no responde de mis deudas. El asunto es de lo más violento.

¿Cuánto me has mandado y cuándo voy a recibirlo? ¿Qué debo decidir sobre la cuestión de las cosas que tengo en China, a cuyo valor económico, que asciende a varios miles de dólares, se suma el gran esfuerzo que he realizado para obtenerlas?

Voy a tener que irme de aquí si no deseo exponerme a que me acosen los acreedores que viven cerca de Padong y también para evitar que molesten por mi culpa a los misioneros. Pero ¿con qué dinero? Quiero pensar que dentro de dos o tres días recibiré una carta tuya y un envío que me permitirá, al menos, pagar algo a cuenta y esperar pacientemente hasta que lleguen las cartas que espero y decidimos lo más conveniente para organizar mi regreso, que ya te había anunciado antes de partir para atravesar el Tíbet. [...]

Misión católica, Padong, 10 de julio de 1924

Esta mañana he recibido tu carta, escrita en París el 16 de junio. Me es imposible expresar lo feliz que me ha hecho, pero puedes imaginarlo. La última carta tuya que recibí, en enero de 1923, en Ganzhou, databa de julio de 1922 (el 22 de julio, si no me equivoco). ¡Así que han pasado casi dos años justos! Hay que reconocer que los viajes poco corrientes que he realizado desde esa época, con sus diversas pe-

ripecias, han exigido toda mi atención, y eso ha podido atenuar hasta cierto punto la gran cantidad de tiempo transcurrido, pero, así y todo, dos años... En fin, ya se ha acabado, ahora sé que te encuentras bien, que continúas dedicándote a asuntos lucrativos que te interesan y que no son en modo alguno desagradables para quien posee la capacidad exigida para llevarlos a buen término. Me ha alegrado enterarme. Me parece absolutamente satisfactorio que te ocupes de los asuntos del Ouenza; los conoces, y es mucho más cómodo que tener que adentrarse en un terreno nuevo. Veo, amigo mío, que en conjunto no tienes motivos para quejarte demasiado de tu suerte; muchos la envidiarían. Te lo repito: me alegra muchísimo haberme enterado de todo ello. Pero ahora deseo saber más. En primer lugar, ¿dónde vives? ¿En qué condiciones estás instalado? Me habías dicho que tenías que dejar la casa de la costa. ¿Lo has hecho? Descríbeme tu nueva vivienda y hazme un plano. En segundo lugar, ¿con qué servicio cuentas? Lo que he oído contar al respecto a los europeos que han estado recientemente en su país o que tienen allí familiares es como para poner los pelos de punta. [...] El primer punto en el que quiero centrarte por entero y de nuevo, pues te he hablado de él en mis cartas anteriores, es: he finalizado mis viajes y voy a regresar. [...]

[...] En Padong, la vida dista mucho de ser barata; teniendo en cuenta el cambio, es tan cara como en París. El pan vale 4 anas la pieza de menos de un kilo; al cambio de la rupia, eso equivale aproximadamente a 1,35 francos. Un litro más o menos de leche cuesta 1,05 francos, y aproximadamente un kilo de patatas lo mismo. En estos cálculos cuento la rupia a 6 francos, que era la última cotización. Es muy probable que no se gaste más en Bona. Me veo obligada a pagar 8 rupias al mes a un pocero. Aquí está en vigor el sistema inglés de la India. Las letrinas están prohibidas. Hay recipientes que un hombre de baja casta (de los que los hindúes llaman «intocables» porque su contacto es impuro) vacía y limpia dos veces al día. Y no pago más porque Albert ha decidido ir a unos veinte minutos de casa, entre la maleza, y el *methar* (ése es el nombre del funcionario en cuestión) sólo tiene que llevarse un cubo. Si se encargara de otro, serían como mínimo 12 rupias.

En resumen, no se puede decir de Padong lo que podía escribirte de Kum-Bum, Xining o Ganzhou, que se vivía con nada, y permanecer aquí no presenta ninguna ventaja en cuanto al ahorro; el dinero que gasto aquí sin duda estaría mejor empleado si «avanzara», es decir, si me encaminara hacia el regreso. [...]

Sigamos: como ya te he explicado, será indispensable, por decirlo de algún modo, que vaya a China a embalar mis colecciones. Tienen un valor considerable. [...]

Otra cuestión es la del dinero. Tu carta es un tanto vaga. [...] Aclarame inmediatamente, por favor.

En cuanto al dinero de Pondicherry, habías enviado allí 250 rupias. Yo había dispuesto de una pequeña suma de ese depósito, así que cobré 237 rupias al llegar aquí. [...] Antes de irme de Chumbi, una hija casada* del agente comercial me regaló varias prendas de vestir a fin de que no viajara vestida al estilo del Tibet. Precisamente acababa de recibir un envío de una tienda de Calcuta y lo compartió conmigo. Me quedé varios pares de medias, una camisa, unos botines bajos negros, una falda y una chaqueta de punto (lo que en inglés llaman un *jumper*). También me prestó un vestido de seda para cenar en la residencia, en Gangtok. Era un vestido nuevo, hubiera podido comprarlo, pero no quería hacer ese gasto y la joven me dijo que podía ponérmelo y devolvérselo. Como comprenderás, le debo un regalo a esa persona que fue tan amable conmigo. Lo que me dio posee cierto valor. De las 237 rupias queda poca cosa, porque he tenido que alimentarme desde que estoy en Padong. [...]

Padong, 19 de julio de 1924

Más cuestiones prácticas. Te aburro, lo noto, pero sabes que mi intención es buena y que sólo intento mejorar mi situación a fin de poder reducir tus gastos. Seré breve. [...]

He recibido una carta muy amable del vizconde de Fleurian, nuestro ministro en Pekín: me felicita, espera verme en Pekín, etcétera, y adjunta una carta de recomendación muy calurosa para el señor Merlin, gobernador de Indochina. El vizconde de Fleurian me conoce desde hace mucho tiempo. Coincidimos en la embajada en Londres y fue él el que me consiguió del India Office todas las cartas de recomendación para la India. Entonces era secretario del señor Cambon. Me ha recordado a menudo nuestras antiguas relaciones y las destaca en su carta al gobernador de Indochina. [...]

Ya te describí con detalle mi situación y mi necesidad urgente de dinero. No insisto en ello y, como he prometido ser breve y tengo muchísimo trabajo (estoy escribiendo mi último viaje), termino enviándote, querido mío, mis deseos más afectuosos. Pero ¿cuándo recibiré otra carta tuya?

* Se trata de Annie Perry, hija del difunto David MacDonald y esposa del capitán Perry, el mismo que detuvo a A. David-Néel en Gyantse cuando se enteró de que había entrado en Lhassa. En febrero de 1973, unos meses antes de la muerte de Annie Perry, M. Peyronnet registró su testimonio en Kalimpong, donde era propietaria del Himalayan Hotel.

23 de julio de 1924. He retrasado el envío de esta carta para ver si recibía una tuya, pero no ha llegado nada. No te haces cargo de mi situación. Sólo me quedan 20 rupias en el bolsillo. [...] Aquí no tengo, como en Gansu, el recurso de pasar a terreno tibetano y vivir de limosnas. Envía inmediatamente lo que puedas y escríbeme. Hay cosas que no te digo porque no estoy segura de contar con una discreción absoluta por correo. Deseo marcharme de la India. Trata de comprenderlo. Las cosas me han salido demasiado bien y eso no le gusta a todo el mundo. He recibido una carta de Sylvain Lévi, el gran sanscritista y profesor en el Collège de Francia; quiere publicar de inmediato un inventario detallado de los libros tibetanos que he conseguido y también quiere que dé un curso en la Sorbona. Es fantástico, pero el gobierno no tiene dinero para dárselo a los eruditos. Lo que se obtendrá de él como subvención para ese curso y nada será lo mismo. Sin embargo, cuando alguien es conocido en París lo es también fuera de allí, y todas esas cosas improductivas en apariencia se vuelven productivas indirectamente si uno sabe aprovecharlas. Sylvain Lévi me ha informado de que su hijo, al que conocí cuando era un muchacho, es consul en Bombay. De ahora en adelante, escríbeme a su casa. Él dará curso a las cartas. Cuando llegue la respuesta a ésta, probablemente ya no estaré en Padong. Así pues, debes poner: Sra. A. David-Néel c/o Sr. Daniel Lévi, French consul, Bombay, India (Please forward).

Padong, 15 de agosto de 1924

Hoy hace exactamente tres meses y nueve días que vivo de la caridad y de préstamos. Estás al corriente de mi situación, la carta que me escribiste desde París lo muestra claramente, y sin embargo, no sólo no me ayudas sino que ni siquiera me escribes. Me preguntaste en tu carta las cosas siguientes (copio literalmente): «Debo saber adónde te diriges, que me digas cuáles son tus necesidades, el lugar adonde tengo que enviarte los próximos fondos y cuánto deseas recibir.»

He respondido a todo eso, pero no ha llegado nada, ni siquiera una carta. «Debo saber adónde te diriges.» Me parece que te he explicado suficientemente que he finalizado mis viajes. ¿Adónde me dirijo? Creo haberte dicho que a nuestra casa, donde tengo pensado ponerme a escribir los libros que me han pedido unos editores norteamericanos. Lo único y que decidir es el itinerario de regreso, que dependerá del dinero de que disponga.

«Tus necesidades.» Devolver lo que debo: en la actualidad, 1.060 rupias. Habría podido evitar muchos gastos si no hubiese tenido que esperar tres meses. O sea, 1.060 rupias atrasadas y, ahora, pasaje y medios de vida. Se tardan dos días a caballo más cuatro días de tren en llegar a Colombo o a Bombay.

«Adónde enviar los próximos fondos.» Al Banco de Indochina en Pondicherry, ya que no puedo marcharme de la India sin haberlos recibido.

«Cuánto deseas recibir.» Todo lo que puedas mandarme para que no tener que perder el tiempo por el camino. Es evidente que necesito una suma considerable para volver, pero también necesitaría una suma considerable para quedarme en el extranjero. En la India está todo muy caro, más caro que en Francia; los sacerdotes me prestan los periódicos de París y puedo comparar. En Calcuta, la ropa vale cuatro veces más que en París.

Probablemente no podré ir a Pekín a embalar mis libros. Los hoteles cuestan 24 dólares por día. Enviaré a Albert para que se ocupe de eso. Viajará en tercera clase y se alojará en un pequeño hotel chino. [...]

No quiero darte falsas esperanzas, pero el ministro de Francia en Pekín ha pedido permiso al gobierno, por iniciativa propia, para darme una subvención utilizando unos fondos que tiene en Pekín. Cree que la respuesta será afirmativa, pero seguro que pasa bastante tiempo antes de que llegue. En los ministerios no tienen prisa, y este asunto puede alargarse varios meses. Si la obtengo, compensará los sacrificios que hayas hecho y ayudará a hacer las devoluciones. Me ha escrito diciéndome que se trata de una subvención de cierta importancia, diez mil francos como mínimo, y es posible que me la renueven el año que viene.

Lo que es seguro es que otro gran editor de Nueva York, Dutt and Company, me ha escrito diciéndome, como Macmillan, que desea ver un manuscrito de mi viaje.

Ahora no hay motivos para que retrases el envío. Se mire como se mire, siempre llegaremos a este punto, porque he conseguido cruzar el Tíbet a pie, pero no puedo andar sobre las aguas como Jesucristo. [...]

Dios mío, Mouchy, ¿es que no vas a demostrar un poco de alegría ante la idea de que vuelva? ¡Y yo que me esperaba una fiesta! No hacía más que hablarle de eso al muchacho. [...]

21 de agosto de 1924. Esta mañana he recibido por fin tu carta, fechada en Vichy el 20 de julio. ¡Qué ilusión! Gozas de buena salud y no te ha sucedido nada malo. Me siento tan, tan dichosa...

El final de tu carta, en cambio, suena un poco como una reminiscencia del Eclesiastés o del libro de Job. Mi buen amigo, no hay que ver las cosas tan negras ni pensar en toda clase de achaques que no se tienen y en los días sombríos que sólo llegarán si somos lo bastante necios como para dejarlos venir. Tú siempre has tenido cierta tenden-

cia a la melancolía. Hay que reaccionar. Por supuesto, yo no puedo decirte que la existencia es un regalo de los dioses y que la vida de los seres está sembrada de deleites. Precisamente por haber tomado conciencia de lo contrario me hice budista hace algo así como treinta años, y mi fe en la verdad de la enseñanza de Siddharta Gautama ha aumentado de día en día, alimentada por las constataciones que me han permitido realizar el mundo que me rodea y mi propia vida. Vamos, querido, aparta los nubarrones, yo pienso combatirlos energicamente cuando esté a tu lado, que será pronto, según todo parece indicar ahora.

Hablando de mi regreso, hay una frase en tu carta que me intriga. Escribe: «Al parecer no has recibido aún ninguna de las numerosas cartas que te escribí a Lanzhou, en las que te mantenía al corriente de los hechos importantes de mi vida... Supongo que has hecho lo necesario para que te las envíen. Cuando las leas, verás mejor lo que tienes que hacer...»

Pero ¿cuándo me has escrito numerosas cartas?... Durante mi estancia en Lanzhou, no. Después, cuando me marché de allí, te avisé de que no debías escribirme más a ese lugar, y a continuación, en Sichuan, te escribí a menudo manteniéndote al corriente de mis peregrinaciones; mi última carta salió de Yunnan pocos días antes de que cruzase la frontera tibetana. Sabías que estaba lejos de Lanzhou. Además, ¿cuáles son esos «hechos importantes» que deben guiarme en mis planes o, al menos, influir en ellos?... A juzgar por las dos cartas tuyas que he recibido desde que salí del Tíbet, no te ha sucedido nada extraordinario. Estas cartas no parecen indicar ni que te hayas hecho mucho más rico ni lo contrario, sigues trabajando en el Ouenza, gozas de buena salud, continúas viviendo en Bona..., tal vez en otra casa. No veo que en todo eso haya lugar para «hechos importantes» susceptibles de modificar mi programa.

Es una adivinanza, y como tal vez pase bastante tiempo antes de que tus cartas de Lanzhou, que han debido de ser devueltas a la legación en Pekín, me lleguen, te rogaría que me hicieses en la medida de lo posible un resumen sucinto. ¿Qué me contabas? ¿De qué me informabas? Estoy impaciente por saberlo, ya que lo consideras importante. [...]

Así que Luxemburgo te ha gustado... Yo estuve hace tiempo, cuando tenía 14 años. Recuerdo muy bien la ciudad, pero ha debido de cambiar mucho desde aquella época lejana. [...] Sí, es un país famoso por sus rosas. ¿De dónde sacas que haga falta un impulso de «religiosidad» para hacer los viajes que yo hago? El último estuve inspirado sobre todo por el deseo de hacer lo que otros no habían conseguido realizar, de medir mis gastadas fuerzas con obstáculos materiales y mi inteligencia con

obstáculos de otro orden. Intentaron detenerme, cerrarme el paso, dos veces, y me dije que no me daría por vencida. Hay personas que se resignan fácilmente; yo no soy de ésas. En el fondo, me daba igual ver Lhassa, pero era divertido ir allí de la forma que fui, viendo por el camino los paisajes más maravillosos del mundo. [...]

Padong, 25 de agosto de 1924

Acabo de recibir tu carta escrita en Vichy el 1 de agosto. ¡Qué contenta estoy de ver que te animas a escribirme con más frecuencia! [...]

Ya te dije que sólo iré a Estados Unidos si dispongo de lo necesario para cubrir los gastos. Estoy estudiando todas las posibles combinaciones. Si fuese a pasar el invierno en Bona, ¿contemplarías la posibilidad de ayudarme para que pudiese instalarme tres meses en París hacia la primavera, a fin de dar las conferencias que Sylvain Lévi tiene en mente? En tal caso, desearía hacerme miembro de la Sociedad Francia-América. Ya sabes la razón sin que tenga que explicártela.

Me interesa Norteamérica en primer lugar por la cuestión monetaria, y en segundo lugar porque, por singular que pueda parecer, mi carácter y mis afinidades me hacen estar en mejor disposición para moverme entre los anglosajones que entre los franceses. Entre estos últimos me siento desarrraigada... Después de todo, hay que tener en cuenta que no he sido criada en Francia, que he vivido allí muy poco tiempo y que mi ascendencia materna no es latina. Todo eso apenas tiene importancia. Yo sé que si no se interponen obstáculos materiales en mi camino y si no estoy enferma, tendrá éxito en Norteamérica como habría podido tenerlo en Inglaterra si lo que tuviese que decir no fueran precisamente cosas que he aprendido y llevado a cabo a pesar de los ingleses. [...]

Ya sabes que Sylvain Lévi me ha pedido el catálogo analítico de mis libros, el cual ha de ser presentado oficialmente al ministro y publicado en el periódico asiático. Sin embargo, elaborar el catálogo no es una tarea fácil, ya que hay que incluir un resumen de cada obra, indicar sus orígenes, fecha probable, etcétera. Albert me preparará el trabajo, clasificará los libros según los temas de que traten... Como imaginarás, no he podido leer toda mi biblioteca al tiempo que viajaba. La he comprado hojeando por encima los libros. Hay manuscritos soberbios por los que museos orientalistas pagarían mucho si quisiera venderlos. En resumen, publicaré el catálogo por divisiones. No puedo leerlo todo en un año, ni siquiera en dos. Cuando el pequeño haya dividido las obras por secciones, la emprenderemos con una y, una vez terminada ésta, pasaremos a la siguiente. Será lento, porque debo escribir otras cosas de publicación inmediata. [...]

Padong, 31 de agosto de 1924

Muchas veces te he escrito cartas que han debido de molestarte y que a mí, puedes creerlo, tampoco me resultaba agradable enviar. Por eso me causa un gran placer anunciarle ahora que mis asuntos parecen ir por buen camino.

Ya te hice participé de la petición de dos editores norteamericanos, que deseaban que les presentase un manuscrito de aventuras de viaje, así como de la petición de la Sociedad de Geografía de Washington, que quiere fotografías y un folleto.

Hoy he recibido la notificación de que el ministro ha aprobado que se me conceda la subvención que se había solicitado para mí. La otorga la legación de Pekín y está a mi disposición allí. Le he respondido al canciller que podría ingresarla en el Banco de Indochina en Pekín.

Está bien, ¿no?... Le debo este éxito al vizconde de Fleurian y a Philippe Berthelot, del ministerio de Asuntos Exteriores. Ambos guardan de mí un buen recuerdo. Las cartas de recomendación probablemente llegarán también a través del señor Berthelot. [...]

Calcuta, 26 de septiembre de 1924

[...] Esta mañana, dos señores enviados por una dama norteamericana que conozco han venido a pedirme dos artículos breves para sendas revistas. El hijo de uno de ellos trabaja en una agencia de prensa de Nueva York que facilita artículos a periódicos, revistas, etcétera. En una palabra, también voy a introducirme ahí. Me han pedido un artículo relativo a las profecías tibetanas sobre el héroe que debe venir del «norte». Al parecer, un viajero ruso ha publicado recientemente un libro en el que dedica varias páginas a ese tema y que se ha vendido muchísimo. Dicen que el tema interesa vivamente al público norteamericano. [...]

Escribiré un artículo y veré qué pasa.

El recorte de *Le Quotidien* tergiversa un artículo que ha circulado en la prensa inglesa y que tergiversa a su vez una de mis aventuras. En resumen, es como sigue.

Dos días antes del incidente relatado, dos bribones habían intentado robar en nuestra tienda, yo había disparado con mi revólver como último argumento y habíamos escapado con nuestros bártulos, temiendo que los amigos de los dos tunantes salieran corriendo en nuestra persecución.

El día de la aventura en cuestión, yo caminaba en cabeza y el pequeño detrás a cierta distancia, en pleno bosque. De pronto aparecieron siete robustos jayanes, armados con largos sables, que iban en dirección contraria a la nuestra. Uno de ellos me preguntó adónde iba,

yo respondí brevemente y continué a pesar de que el individuo intentó cortarme el paso, si bien no insistió. Creía que todo había terminado ahí. Me volví y vi a Albert rodeado, pero la conversación parecía pacífica, así que no sospeché nada; sin embargo, uno de los hombres cogió algo de la punta del pañuelo del pequeño y los otros apoyaron la mano sobre el fardo como para tranquilizarlo. Comprendí lo que ocurría, pero ¿qué podía hacer? Eran siete, el pequeño estaba cercado. Si mataba o hería a uno de los bandidos, matarían al muchacho y me matarían a mí también. Dejar que se llevaran el equipaje era peligroso; tenía algunas pieles buenas que no casaban con mis harapos de mendiga y que podían hacer que a los bandidos se les ocurriera registrarnos para ver si llevábamos algo valioso encima. Llevábamos oro escondido entre la ropa. No sólo habría sido una desgracia que nos robaran; despertar sospechas sobre nuestra identidad habría sido peor. Entonces se me ocurrió el truco siguiente. Me puse a gritar con desesperación, a invocar a todos los dioses tibetanos: «¡Oh, gente malvada que despoja a una pobre y anciana madre de las dos únicas rupias que tiene! ¡Esas rupias las había ganado mi hijo el lama recitando oficios para los muertos! ¿Qué voy a hacer ahora?... Morirme de hambre, por supuesto...» Y alzaba los brazos, y me sentaba en las rocas, y me levantaba de nuevo..., y no había ninguna cámara cinematográfica para fotografiarme..., pensaba en eso y lo lamentaba. ¡Debí de estar sublime! Despues de todo, he sido artista y recordaba aquellos tiempos. En resumen, los bandidos, conmovidos, devolvieron el dinero y le pidieron a Albert que los bendijese, cosa que él hizo con dignidad, y a mí que recitara unas plegarias por ellos.

Y nos fuimos, yo lentamente, tambaleándome, como «destrozada por la emoción»; luego, cuando estuvimos fuera del alcance de su vista, echamos a correr. «Oh, Reverenda —dijo el muchacho—, ¿cómo se le ha podido ocurrir eso? Seguro que esta noche no vuelven a buscarnos, están convencidos de que sólo tenemos estas dos rupias.»

Sucedío en el país de los popa, de mala reputación, donde los tibetanos no se aventuran a entrar. Seguimos caminando hasta bien entrada la noche. Hacia las doce, nos acostamos sobre el musgo mojado por una fina lluvia que caía incesantemente. Sin fuego, sin té..., otra vez ayuno de veinticuatro horas. ¡Un viaje maravilloso, único! A veces me pregunto si lo he soñado. [...]

Calcuta, 13 de octubre de 1924

Todo acaba por llegar..., hasta las cartas de Lanzhou. Las dos tuyas me han llegado en un abultado paquete con más correspondencia. También he recibido esta mañana tu carta del 15 de septiembre. Realmente eres muy bueno y un gran amigo. El apoyo que me prestas me

es de una utilidad enorme en este momento en que debo sembrar para cosechar. [...]

Por fin sé dónde vives desde que te marchaste de Villa Louise. La situación de tu nueva vivienda me parece absolutamente satisfactoria.

¿Puedes mandarme una foto de tu casa y, lo que es más importante aún, un plano? Dices cinco habitaciones y la cocina. ¿Es realmente todo?... ¿No hay dependencias o cuartitos: aseo, trastero, un cuarto para el servicio? ¿Qué vamos a hacer si sólo hay esas cinco habitaciones?... Tu dormitorio, el aseo y el cuarto de la criada ya son tres; si descontamos el comedor, sólo queda una habitación. [...]

Querido, lamentaría muchísimo contrariarte. Has sido excesivamente bueno conmigo y sería una ingrata si te causara problemas cuando nos reunamos, pero el muchacho tiene que venir conmigo. He adquirido con él un compromiso de honor. No puedo explicártelo con detalle, pero no debe quedarse aquí. Además, al cambio actual del franco, no podríamos pagarle lo que se le debe; por último, me es absolutamente imprescindible para mi trabajo; todos los beneficios que cuento con obtener sería imposible conseguirlos si él no estuviese a mi lado.

Cuando lo conozcas te gustará, estoy segura. Creo que con las rentas de lo que tengo en Bélgica podré mantenerlo en casa. Es muy razonable y muy modesto. Con él nunca estaremos a merced de un criado, pues en cualquier momento él podría cocinar, temporalmente, lo que necesitamos. Te lo ruego, no vuelvas a plantear esta cuestión, que no se puede resolver de otra manera sin trastocar todos mis planes, privarme de mi colaborador para mis trabajos sobre temas tibetanos y obligarme a retrasar la vuelta para pensar en el modo de establecer al pequeño en China o en otro sitio, lo que sería excesivamente oneroso. Hace doce años que recorremos los desiertos juntos y ambos hemos visto varias veces la muerte de cerca; aparte de cualquier otra cuestión, me resultaría duro separarme de este muchacho al que trato como si fuese mi hijo. Sigo siendo bastante egoista: necesito a alguien a mi lado para montar en bicicleta, hacer excursiones, escalar... No creas que la gota de la que acabo de hablarte me ha convertido en una momia. Sigo siendo muy «activa». A ti no te gustan mucho esos deportes y te echarás las manos a la cabeza cuando te enteres de que ya le he hablado al pequeño de hacer un gran recorrido a pie por Argelia. A él, eso le parece sencillísimo.

Todavía no te has retirado, tenemos tiempo de arreglar las cosas. Si, llegado ese momento, mis asuntos no marchan lo suficientemente bien para permitir que la cuestión del pequeño quede resuelta, ya veremos qué hacemos. De momento, él me necesita y yo lo necesito aún más a él. [...]

Calcuta, 21 de octubre de 1924

Anoche recibí tu carta del 26 de septiembre. Ves las cosas con absoluta claridad cuando escribes: «Esta carta no va a causarte más que disgustos.» No te has equivocado. Y esos disgustos resultan tanto más irritantes por ser gratuitos, en absoluto inevitables y fruto de unos motivos de los que no me haces participar. Sea como sea, me siento terriblemente desilusionada. Poco sospechaba yo que el desenlace de mis viajes fuera a ser éste.

Había aceptado con gran valor la nueva situación que la guerra nos había impuesto, como a muchos otros, no lo olvidemos. Renunciaba al descanso al que aspiro, me ponía a trabajar para obtener recursos suplementarios, y parecía que las circunstancias se mostraban favorables. Nada más salir del Tíbet, el gobierno me concedía una subvención bastante elevada, unos editores me pedían mis manuscritos para leerlos... ¿Qué me hacia falta?... Simplemente, el sosiego necesario y el entorno indispensable para trabajar... Pero, ay, resulta que tu casa es demasiado pequeña, que no ves la manera de meter allí mis libros y mis cosas, que no puedo conservar al ayudante tibetano sin el cual me resulta imposible desenvolverme entre los 400 libros y manuscritos que tengo que recorrer. Y hay más: no ves claro que mi regreso sea deseable. Eso ya me lo habías escrito en 1922, en una frase dubitativa: «...Y ese regreso, ¿sería deseable?...», empleando un poco el mismo estilo que en una carta de hace tiempo, recibida en Benarés, en la que me decías: «Si vuelves, «tendrás que integrarte en el rebaño»...» Ahora escribes: «Hemos estado separados mucho tiempo, ¿es posible recuperar la intimidad?», y también: «Te resultaría difícil desempeñar de nuevo el papel de pequeña burguesa, atendiendo la casa y los mil y un quebraderos de cabeza que ésta causa», y finalmente: «Lo mejor sería que, si dispones de recursos para hacerlo, emprendieras de inmediato esa gira por Norteamérica...»

No soy tonta, amigo mío, y comprendo. Comprendo que mi presencia en Bona no es deseada. [...]

No creas que tu carta cambiará mis sentimientos de profunda gratitud por la ayuda que me has prestado durante mis viajes. Me parece, y no te ofendas por mi franqueza, que estás un poco ciego, o más bien mucho, y nada inspirado al rechazar la alegría y el sol que iba a entrar en tu existencia, que me describes como bastante apagada y triste. Yo creía que mi gran vitalidad, todo este bagaje de aventura que aportaba, los libros que publicaría, el movimiento que habría a mi alrededor te darían una inyección de juventud. Yo creía que el «pequeño», como insisto en llamarlo desde el día en que se presentó ante mí, al salir del colegio, con un traje de calicó blanco y un sombrero de paja echado hacia atrás, como una aureola alrededor de su rostro, atónito pero de-

cido, te divertiría con sus historias, que lo convertirías en un compañero de paseos y comprenderías la inmensa ventaja, para unas personas de nuestra edad, de tener al lado a un hijo adoptivo que, según todos los indicios, pues ha demostrado de sobra sus aptitudes, sería servicial y les evitaría caer, en los días de su vejez, en manos de criados, como le ocurrió a mi pobre madre.

Pero cada cual, queridísimo amigo, ve las cosas desde una perspectiva diferente y no es prudente juzgar quién tiene razón y quién se equivoca, pues la felicidad depende casi exclusivamente de los sentimientos de cada cual. Lo que a uno le gusta horroriza a su vecino.

No trataré de ir en contra de «tu voluntad», como dices. Desde luego que no. Te tengo demasiado cariño para que se me ocurra hacer una cosa así. Pero yo también soy muy cabezota y no renuncio al plan que he trazado, que es ofrecerte un hogar agradable el día que te plazca intentar al menos disponer de él. Te lo debo por la bondad con la que me has tratado, pero no es el sentido del deber el que me guía. A mí, por mi parte, me haría muy dichosa volver contigo. Simplemente volver, sin condiciones, sin decirte: «Tendrás que hacer esto y no hacer aquello.»

Lo malo es que carezco de los fondos necesarios para ofrecerte ese *home* de inmediato. Sin duda alguna habríamos podido, si hubiese entrado en tus planes, formarlo juntos mañana mismo, pero no hablamos más del asunto. De momento, tú estás ocupado con tus asuntos y sólo te pido que continúes prestándome el apoyo material que me prometiste en una de tus últimas cartas, a fin de darme tiempo de escribir y preparar la mercancía para servírsela a los que me la piden. Y, de este modo, en la época en que el arrendamiento de la diminuta villa finalice y quizás tú te retires, confío en estar en condiciones de ofrecerte una vivienda apropiada para ti, en la que puedas vivir a gusto. Comprendo, sin que tengas que insistir en el asunto, que seré una carga demasiado pesada para ti el día que te retires. Parece ser que no resulta muy fácil empezar a ganarse la vida cuando se tiene mi edad, pero yo no soy «cualquiera» y creo firmemente que dentro de un par de años podremos sumar nuestros ingresos y ya no te costaré un céntimo.

Sin embargo, queda pendiente un asunto de suma importancia: el de mis numerosos y valiosos bultos. No puedo llevarlos conmigo, vaya a Norteamérica o a otro sitio. Y ¿dónde podría dejarlos?... Ya es hora de que los saque de China. No tengo una casa propia. Debería haber tenido una, donde hubiese podido trabajar rodeada de todos mis documentos. [...] Se trata de un asunto muy serio que no sé cómo resolver.

También tenía intención de hacer que Albert copiara —de nuevo él— algunos manuscritos tibetanos especialmente bellos. Las copias

me servirían para mi trabajo y podría vender los originales. En Norteamérica, algunos museos y universidades compran este tipo de libros por grandes sumas. ¿Cómo lo haré?... Tal vez tenga que instalarme provisionalmente en algún sitio. [...]

Me ha pasado por la cabeza la idea de establecerme en el sur de Francia, cerca de Niza, pero, si después tengo que ir a Estados Unidos, ¿quién se quedará a cargo de mis colecciones?...

Ya he pedido que me manden a Colombo los bultos que tengo en Shanghai; va a costarme caro transportarlos de nuevo hacia el norte. Como es natural, pensaba enviártelos. ¡Qué lio! ¿Cómo voy a salir de él?...

De lo que tienes, por el momento sólo me interesan las fotografías. Podrían enviarse, siempre y cuando antes de remitir las películas (los negativos) encargues que hagan una copia en papel de cada foto y guardes tú esas fotos, de forma que, si los negativos se perdieran, siempre quedaría el recurso de fotografiar las copias. [...]

Todos mis planes se han visto alterados. Me enfrento a una situación muy sencilla, pero difícil de aclarar sin grandes gastos. En fin, trataré de superarla..., he superado otras dificultades. [...] Querido, no te enfades. Los 9.000 francos de los que hablas, insinuando que podría considerarme en paz con el muchacho dándoselos, suponen en la actualidad apenas 1.300 rupias. Divide esa suma entre 11 años de servicio y te dará un salario de aproximadamente 10 rupias al mes. Uno no arriesga la vida por ese precio, no renuncia a su parte de herencia ni se coloca en una situación que le impida regresar a su país por una suma inferior a la que gana el cocero por vaciar un recipiente dos veces al día. Tú eres un hombre de honor y, digas lo que digas y pienses lo que pienses ahora, no tardarías en despreciarme si rompiera una promesa formal y dejara en la miseria al colaborador fiel que me ha permitido realizar con éxito mis viajes y, en conciencia, tiene derecho a compartir, en su justa medida, los beneficios que éstos pueden reportarme.

No intento abogar por el muchacho. La cuestión está definitivamente zanjada. No volveré a molestarte con ella. Trataré honradamente de pagar sola la deuda que he contraído, por mucho que me cueste. Sé que me apreciarás por hacerlo.

Mis más afectuosos deseos, querido, hoy y mañana igual que ayer. Soplan malos vientos. Ignoro qué es lo que los provoca, pero las aguas se calmarán y volverá a brillar el sol. Nos reuniremos de nuevo y nos abrazaremos como dos viejos y fieles amigos.

Tuya como siempre.

30 de octubre de 1924. Querido, el banco me ha informado de la llegada de tu último envío. Mil veces gracias.

Salgo mucho en los periódicos. Como se imprimen en inglés o en lenguas de la India, sólo te mando un artículo.

Espero que la diferencia de opinión que ha surgido entre nosotros no te haga espaciar más las cartas. Ahora que debo reanudar la lucha por la vida, cosa que había perdido la costumbre de hacer, tus cartas me proporcionarán un poco de consuelo y el placer que siempre acompaña a la certeza de tener en alguna parte a un amigo fiel.

Calcuta, 18 de noviembre de 1924

Hace tiempo que no he tenido noticias tuyas, salvo una cortísima carta cuyo punto principal era que no tienes ningún retrato que puedas enviarme. ¡Es realmente perverso! Si no tienes ninguna foto, puedes perfectamente ir a que te hagan una tipo pasaporte y mandármela.

Mi buen amigo, arréglatelas para enviarme tu imagen, sea pequeña o grande. Puesto que parece que no quieres saber nada de mí por el momento, me consolaré mirando tu efígie en espera de tiempos mejores.

Te adjunto una foto mía; confío en que te complazca y en que la pongas en un marquito.

Parece que mis asuntos toman un buen giro. [...]

18 de noviembre de 1924 (noche)

Acabo de recibir hace un momento una carta del ministro de Asuntos Exteriores. En ella se dice: «Hemos redactado (*sic*) unas cartas recomendándola a nuestra embajada en Washington, al gobierno general de Indochina y a la legación en Pekín» (esta última es para el nuevo embajador; el que me conoce, el vizconde de Fleurian, ha sido nombrado embajador en Londres).

También se dice que le han escrito sobre mí a un tal señor Chinard a Baltimore; probablemente recibiré algunas aclaración al respecto.

Por otra parte, me hablan de ir a dar unas conferencias a la Universidad de Poona, que es una de las más importantes de la India. Veré qué puede resultar de eso.

Calcuta, 27 de noviembre de 1924

Esta carta, que te llegará hacia Año Nuevo, te llevará mis deseos más afectuosos y el pesar que siento por no poder expresártelos de viva voz, como me habría gustado. ¿Me permites que confíe en que el próximo Año Nuevo sea más alegre para mí y en que lo pasemos juntos?

Me han hecho una oferta que sin duda alguna te sorprenderá un poco. A fin de ayudarme a proseguir mis estudios y mis investigaciones, el gobernador de Indochina estaría dispuesto a proporcionarme

gratis un terreno de varias hectáreas, en el lugar de Indochina que yo escoja, para que me construya allí una casa que me sirva de apeadero en Oriente.

¡A algunas personas les toca en la lotería un barco de vapor o un elefante!... A mí está a punto de tocarme una propiedad en Extremo Oriente. Bien, después de haber bromeado, conviene considerar la cosa en serio. [...]

Puedo hacer que se alargue hasta el otoño la cuestión del terreno y ver, de aquí allá, cómo van mis asuntos. Parece una actitud prudente, pero mientras tanto el señor Merlin, el gobernador actual, que se interesa por mí y a quien he sido recomendada por el embajador en Londres y, hace poco, por el presidente del consejo, puede ser nombrado en otro sitio y entonces... mi suerte se esfumaría. [...]

Dejemos este tema. Querido, junto a esta carta encontrarás, a guisa de humilde regalo de Año Nuevo, una fotografía en la que aparezco sentada, en Lhassa, ante el palacio del dalai-lama. Llevo la cara embadurnada de laca, según la costumbre de las mujeres tibetanas cuando viajan, y por eso se me ve negra. [...]

Calcuta, 18 de diciembre de 1924

He estado muy ocupada en los últimos tiempos y no tengo nada realmente nuevo que contarte. Estoy reuniendo una colección de artículos que estén a punto para ser vendidos en cuanto se presente la ocasión. Por fin llega el dinero. He recibido el primer pago norteamericano; no es mucho, se trata sólo de un anticipo para demostrar que desean mis artículos. He entregado dos y me han abonado el equivalente, al cambio actual, de 420 francos más o menos; el resto me lo pagarán cuando se publiquen dichos artículos. Otro artículo, muy corto, aparecerá a fines de este mes en un periódico de Calcuta y cobraré por él el equivalente de unos 100 francos. Espero más noticias de Norteamérica. [...]

Benarés, 8 de enero de 1925

[...] He conocido a la señora De Lartigue en Omishan, donde estaba pasando una temporada al mismo tiempo que yo en casa de la mujer del cónsul de Francia, la señora Baudez. Hace unos dos meses me había escrito diciéndome que su marido iba a ver al editor Crès, con quien le unen estrechos vínculos, para hablar sobre mí.

Mis viajes y estancias en el Tíbet formarán, calculo yo, tres volúmenes totalmente independientes uno de otro. Mi última excursión será el tema de uno de ellos, en otro relataré el viaje anterior, cuando parti de Kum-Bum como *khandoma* (una especie de divinidad encarnada) con mis espléndidas vestiduras de satén amarillo, y será la anti-

tesis del último viaje, efectuado como mendiga. Las regiones recorridas son muy distintas y no habrá repeticiones. En el tercer libro hablaré del Tíbet himalayo, de mi vida en la caverna, etcétera.

Después de esto todavía quedará material para muchos volúmenes, si tengo tiempo de escribirlos, pues aparte de mis aventuras tengo mil cosas más que contar. [...]

Ya te informé de las intenciones del gobernador de Indochina, que se muestra dispuesto a regalarme un terreno. ¿Debo aceptar su ofrecimiento?... Eso me obligaría a ir a Indochina para indicar el emplazamiento.

Si estuviera sola, no lo dudaría, pero a pesar de mi amor por Oriente preferiría estar a tu lado, aunque tú no pareces tener mucho interés en ello. Por mi parte, creo que todas las objeciones que has puesto desaparecerían el día que ganase lo suficiente para no tener que pedirte nada. Que te hayas acostumbrado de nuevo a estar solo y a ser el amo y señor de tu casa, me resulta fácil entenderlo. Lo encuentro muy natural. Sin embargo, me parece que el plan que yo había ideado de tener dos pabellones en un mismo jardín, nos habría dejado a ambos libertad total para no romper nuestros hábitos en relación con la hora de levantarse y acostarse, el estudio o la música, permitiéndonos a la vez estar juntos cuando lo deseáramos. Eso habría sido posible en algún lugar de la costa Azul. [...]

Benarés, 26 de enero de 1925

Ante todo, mi querido y gran amigo, recibe mis más afectuosas felicitaciones; espero que lleguen a tiempo para tu cumpleaños, que es a fines de febrero.

Te agradezco enormemente que me hayas enviado esta lista de fotografías. El mero hecho de recordar el tema de las fotografías que puedo utilizar me ayudará mucho. Pero es absolutamente imprescindible encontrar los negativos que tienes. Son los que te mandé en los paquetes expedidos desde Japón. Voy a darte detalles que te refrescarán la memoria. [...]

[...] ¿Cómo debo afrontar el futuro? Mis cosas no pueden continuar mucho más tiempo en China; acabarían por perderse o deteriorarse. Transportar ese tipo de paquetes es muy caro y, además, no sé muy bien qué destino definitivo darles. Tú sabes que mi corazón está en Oriente; amo Asia, es una pasión innata. Al ver las tres fotografías arrugadas que se encuentran en tu carta de ese día, me ha invadido la nostalgia. Con mis dos tiendas plantadas al pie de una montaña árida, un soplo de aire de las soledades de allá arriba, cerca del lago Azul, me ha envuelto súbitamente... Sin embargo, querido, como siento un enorme deseo de verte (quizá tú no te das bastante cuenta), me hubie-

ra gustado volver contigo. Con la sensatez práctica de la que estoy dotada, pensaba que sin duda podríamos llegar a un acuerdo que nos satisficiera a ambos. [...]

Acabo de leer atentamente la lista de las fotos. Cuando tengas tiempo, querido, tendrás que seguir buscando. Tienes que tener —a no ser que estén en China, cosa que dudo— una colección de fotos (no de negativos) del tamaño de las del señor Hsu (postal), en las que aparece Shigatse, en el Tíbet, y muchas más vistas del Tíbet. Es importante encontrar también las películas. Hay algunas que corresponden a mi primer viaje al Tíbet y son interesantes, como, por ejemplo, vistas de Tashilunpo, yo en un grupo con la madre del tashi-lama, etcétera.

¿Y dónde están también los negativos y las fotografías de mi lugar de retiro himalayo, De Chen Ashram? [...] ¿Recibiste otras fotos más, una con ropas de ciudad y otras dos vestida de tibetana, con la bolsa al hombro y el bastón de peregrino en la mano?...

Cuanto más releo la lista, más cuenta me doy de que está incompleta. Recibiste las fotos de mi viaje invernal al Tíbet desde Jakyendo, de los campos nevados, etcétera. No las mencionas. Los negativos deben de estar en Pekín. Ya ves lo urgente que es reunir mis bultos y aclarar las cosas. [...]

Bombay, 12 de febrero de 1925

Aprovecharé que va a pasar por aquí el director del museo Guimet, que viene de Afganistán y embarcará rumbo a Francia, para dárle esta carta y que te la envíe desde Marsella. Se trata de una medida precautoria, pues algunas de las cartas que escribí al volver del Tíbet jamás han sido recibidas por sus destinatarios.

Quiero hablarte de Albert... El muchacho no debe regresar a su país. Podría sucederle algo malo cuando se publiquen mis libros y se conozca el tipo de ayuda que me ha prestado y el papel que ha desempeñado. [...]

Mientras Albert permanezca a mi sombra y se suponga que sólo me ha servido como criado, estará más o menos tranquilo. No se han atrevido a castigarlo porque me han visto detrás de él, dispuesta a apoyarlo.

[...] Ahora van a aparecer libros y artículos. En ellos se hablará de Albert, de todos los trucos divertidos que ha utilizado. Se sabrá que ha oficiado como lama, que ha engañado a jefes tibetanos, que ha contado mil y una mentiras y, en resumen, que ha garantizado el éxito de mi viaje. Y aparecerán también artículos describiendo la situación política en la frontera chino-tibetana, la actuación de Inglaterra en el Tíbet, que hace que se prohíba a los extranjeros el acceso a territorios que hace quince años estaban abiertos para ellos y muchas cosas más

graves. Recortar todo eso de mis relatos sería omitir lo más interesante, los lectores no comprenderían el «porqué» de mis extraños itinerarios y se quedarían sin saber nada de los aspectos más pintorescos de mis aventuras.

Como fácilmente supondrás, algunas personas no estarán precisamente encantadas con mis revelaciones y verán con muy malos ojos al que me ha ayudado a ir a documentarme sobre el terreno. [...]

En un caso así, no hay más que dejar que actúe el fanatismo de los imbéciles... El resultado está claro. El desdichado se convierte en un paria, si se le deja con vida...

[...] Pasemos a otra cosa. Tengo que instalarme, ya te lo he dicho. ¿Crees que podría organizarme para vivir en Francia con menos dinero que en Indochina? No hablo de París, sino de un lugar bien en los Alpes, en la zona del lago de Ginebra, o bien entre Niza y la frontera italiana. Un sitio de altitud un poco elevada, me sienta mucho mejor. ¿Podría encontrar una casa de alquiler mientras decido alguna cosa?...

Si tuviera los medios, no vacilaría en ir a Indochina. No está muy lejos y, a los ojos de los editores y del público, mientras permanezca en Asia mis viajes no habrán terminado, seguiré siendo una novedad. Sin embargo, como soy una carga pesada para ti, no quiero decidir nada sin saber tu opinión. Espero tu consejo.

Bombay, ¿? febrero de 1925

[...] Te sorprenderá y sin duda alguna te alegrará saber que la *Revue de Paris*, que evidentemente conoces, me telegrafió para decirme que deseaba publicar mis «recuerdos tibetanos». Puesto que esas personas han considerado útil gastar un centenar de francos en un telegrama para ponerse en contacto conmigo más rápidamente, deben de conceder valor a mi obra.

Segunda noticia: acabo de encontrar aquí una carta del editor norteamericano D. Appleton and Company, cuya traducción es la siguiente: «Las reseñas relativas a su extraordinaria visita a Lhassa que aparecieron en los periódicos despertaron nuestro interés. ¿Tiene usted un manuscrito? Estamos deseosos de leer su historia, si puede enviárnosla para ser publicada en forma de libro.

»Intentamos en vano averiguar si estaba en Europa. Recientemente oímos decir que está en la India, de modo que nos dirigimos al consul de Francia para localizarla.

»Creemos que, si lo escribe, el libro en el que cuente sus viajes tendrá unas ventas considerables.»

En resumen, tengo ante mí cuatro propuestas, incluso cinco. [...]

Ya te lo he dicho, querido, mis asuntos irán muy bien si puedo disponer de un año de tranquilidad, con la seguridad material asegu-

rada, en un lugar donde pueda trabajar sin tener que ocuparme de nada más, estar al aire libre y sin vecindario ruidoso. [...]

Hace apenas unas horas que he llegado aquí y un periódico local ya me ha preguntado si podré recibir a su enviado dentro de una hora. Gozo de una celebridad a la que renunciaría gustosa. Pero, bueno..., puesto que me veo obligada a ganar dinero, debo aprovechar las oportunidades. [...]

Bombay, 19 de febrero de 1925

¿Quieres tomar nota, antes de nada, de que en lo sucesivo mi dirección es el consulado de Francia en Colombo (Ceilán)?

Me iré de Bombay el domingo que viene, día 22. Pensaba marcharme el sábado, pero Rabindranath Tagore, el poeta, llegó aquí ayer de regreso de Sudamérica. Dan una especie de recepción en su honor en casa del millonario parsi donde se aloja y he sido invitada.

Además, veré a R. Tagore mañana por la mañana en la intimidad. No lo conozco personalmente, pero tiempo atrás me relacioné con algunos miembros de su familia, sus hermanos, una de sus hermanas y una de sus sobrinas. Es posible que, en el transcurso de nuestra conversación, obtenga alguna información que pueda interesarme.

Asistí a un gran almuerzo; digo «grande» por la cantidad y la calidad de las vituallas. Estaban el encargado de negocios en Afganistán, señor Chausset, y su mujer, el señor Hakin, director del museo Guimet, el agregado comercial en el consulado de Italia, el cónsul de Francia (era él quien invitaba), Albert y yo.

El señor Hakin embarcó al día siguiente rumbo a Francia y los Chausset han regresado a Kabul.

Debo preparar un artículo para *L'Illustration*. El señor Hakin quiere exponer en el museo Guimet el «oratorio privado» de un lama tibetano, y yo me encargaría de instalarlo. Sylvain Lévi le ha escrito a su hijo, quien me ha enseñado la carta: «... dile que me perdone si no le escribo ahora, estoy trabajando para ella, que es mucho mejor... Debe tener un regreso triunfal...» Desde el punto de vista «negocios», todos me dicen: «Tiene que ir a París, si no el próximo invierno, al menos en primavera. Todo éxito tiene su punto de partida en París; cuando allí la hayan agasajado, los norteamericanos la acogerán con entusiasmo y será mucho más lucrativo para usted que si llega sin esa consagración parisiense...» Parece bastante exacto. ¿Podrán arreglarse las cosas para que sea así?... Eso es lo que falta por ver. [...]

Adjunto un recorte de periódico con mi retrato.

Ya no teuento nada más, querido, te mandé una larga carta con el último correo. Tengo un poco de fiebre. Me resultaría de todo punto imposible vivir mucho tiempo en una ciudad; caería enferma ensegui-

da. Tendré que encontrar un rincón donde todavía se pueda circular como a uno se le antoje, sin tener que seguir carreteras trazadas entre setos o campos, y sobre todo que sea silencioso.

Anuradhapura, 27 de febrero de 1925

Ya estoy en Ceilán y mañana llegaré a Colombo. Estoy bastante derrengada. En la India, las distancias son enormes. Acabo de pasar cuatro días y tres noches en el tren, el calor empieza a ser intenso..., no es muy relajante. [...]

He charlado largamente con los franceses con los que estuve en Bombay: el cónsul, el director del museo Guimet, etcétera. Insisten mucho en que regrese a Francia. Lo cierto es que hay muchas razones que abogan por el regreso. [...]

El cónsul cree que los ingleses sospechan que soy un agente de nuestro gobierno. [...] Mientras esté en territorio inglés, no puedo describir con entera libertad los detalles más interesantes de mis viajes. En resumen, bien mirado, creo que desde el punto de vista «asuntos comerciales» haría bien en volver a Francia en un plazo breve. [...]

Creo haberte dicho que Rabindranath Tagore, que se ha hecho muy famoso desde que le otorgaron el premio Nobel, ha escrito a unas personas que se ocupan en Argentina de sus publicaciones para que se ocupen también de colocar mis artículos. En la conversación que mantuvimos, encontré al «poeta» muy «hombre de negocios». [...]

Herriot se muestra en muy buena disposición hacia mí; incluso ha hecho enviar unos artículos de periódicos de la India que hablan de mí a diversas embajadas, entre ellas la de Nueva York. Creo que hay que aprovechar estas circunstancias. En los círculos oficiales se da por supuesto que iré a Norteamérica; por eso debo reservar los 1.500 dólares chinos que se me han concedido con este objeto.

2 de marzo de 1925. Querido, estoy en casa de la madre de Dharmapala, en Colombo. Hace mucho calor y mucha humedad. No veo la posibilidad de quedarme aquí. Mis pulmones están acostumbrados a otro ambiente. Esta humedad caliente me asfixia. Si consigo que me presten el dinero necesario, partiré de inmediato. Voy a entregarle esta carta al agente de transportes para que te llegue por vía francesa.

Colombo, 21 de marzo de 1925

Me entristeció enterarme de que habías estado enfermo, pero tu carta me indica que estás restableciéndote. Ahora ya debes de haberte recuperado del todo. Esas gripes o lo que sean son enfermedades muy malas; la que yo contraje en Lhassa me dejó destrozada varios meses. [...]

El consejo que me das de que me quede en Oriente demuestra, mi buen amigo, que no sientes ningún deseo de verme. No creas que te guardo rencor por ello. Tienes miedo, lo noto, de que con mi actividad perturbe la vida tranquila que te has montado desde que parti. Es comprensible. Mi buen Mouchy, te aseguro que, si por mí fuese, renunciaría a hacer planes y a moverme. No me gusta, pero no estoy en condiciones de evitarlo. [...]

Me resulta imposible quedarme en Oriente tal como me aconsejas. Me he informado y la vida está demasiado cara en todas partes. Oriente se reduce para mí a Indochina o China. En la costa, la vida está muy cara. Podría retirarme a un lugar alejado del interior, pero desde allí me resultaría imposible cartearme con editores y obtener ingresos. Tú no podrías continuar proporcionándome indefinidamente una renta cuyo montante, debido a la depreciación cada vez mayor del franco, iría aumentando sin cesar. Me queda la posibilidad de comprar un trozo de tierra muy lejos, en territorio chino habitado por tibetanos, establecerme allí como «lama», asignarle a Albert la función de intendente y vivir como viven los lamas, es decir, del cultivo de su tierra, de su ganado, prestando un poco de dinero a un interés elevado y comerciando; a eso se añaden los beneficios que se obtienen de artes cléricales diversas. Nada me impediría hacerlo y, debo confesarlo, si hubiese estado sola, habría escogido esta opción, pues esa vida me gusta cien veces más que la de Occidente. Pero no he querido renunciar a volver a verte y, si puedo, serte útil. [...]

Bien, éste es mi plan; lo apruebes o no, espero que me ayudes a llevármelo a cabo, porque, por poco adecuado que sea para alguien como tú, se adapta a la perfección a una persona de mi carácter. Soy una salvaje, querido, métete eso en la cabeza. Toda la civilización occidental me asquea. Sólo me gustan mi tienda, mis caballos y el desierto.

Quiero comprar una parcela en las montañas, cerca de un lugar donde encuentre fácilmente víveres. Allí construiré una cabaña de piedra o de madera, según la región, de 10 × 10 metros. Sólo necesito las paredes y un buen techo.

Ayúdame a levantarla lo más rápidamente posible. Tú te relacionas con gente que podrá informarte sobre los precios de los terrenos. [...] En cuanto a la situación, la «carretera de los Alpes», arriba de Niza, estaría bastante bien; hay un servicio de vehículos del P.L.M. que la recorre. O bien otro lugar en el Esterel, un poco alto, donde hubiera bosques y quizás tuviese vistas al mar. El terreno no debe ser del tamaño de un pañuelo; me interesa más eso que la vivienda. Tiene que haber árboles..., un bosquecillo. En fin, cuanto más grande sea el terreno, mejor que mejor, pero mis recursos son muy escasos. He reunido aproximadamente 10.000 francos para mi *home* (no puedo uti-

lizar el dinero en otra cosa, ya que debo mostrar fotografías de lo que construya). ¿Qué puedo hacer con esa suma? [...]

Lo que ya veo es que el precio de los originales no se parece en nada al de antes de la guerra y que mis «amigos» del *Mercure* me han explotado de una forma bastante vergonzosa. ¿Cuánto han pagado por «El chivo expiatorio de los tibetanos»?... La lección que he aprendido de eso es que debo ir a informarme sobre el terreno acerca de ese mundo nuevo que no conozco. Suponiendo que me hubieran ofrecido 300 francos por un artículo, yo habría estado encantada, y resulta que al parecer pagándome 2.000 francos por tres artículos me están engañando. [...]

A bordo del Min, en la perpendicular de Bizerta

29 de abril de 1925

El viaje ha ido bien en lo que se refiere al barco, un enorme carguero alemán cedido al servicio de transportes como compensación. No hay pasajeros. El comandante es un valiente «Marius» de Saint-Tropez, propietario de viñedos al tiempo que capitán de navíos dedicados a la navegación de altura. Tengo un gran camarote en la cubierta, pero, como es natural, a bordo no hay ningún lujo, ni médico ni camarera, ni nada de todo eso. En cambio, soy libre de ir a donde quiera, tanto por el puente como fuera de él, y de pedir más o menos lo que desee al cocinero. Desgraciadamente, he vuelto a caer enferma; durante unos días he tenido fiebre y neuralgias faciales muy dolorosas. Me doy más cuenta que nunca de que necesito descansar y respirar aire puro en un clima seco.

Pese a estas dolencias, he podido trabajar desde que parti de Colombo. He producido un centenar de páginas, de las cuales unas noventa y cinco constituyen más o menos la mitad de lo que debo entregar a la *Revue de Paris*. De momento, no son esbozos lo que me faltan, sino el texto definitivo. Es urgente que me instale y me ponga a escribir.

[...] Este carguero me lleva a Valencia, donde me dejará —si no se produce ningún accidente— el sábado 1 de mayo. [...]

Valencia, España, 4 de mayo de 1925

Mi buen amigo, no he encontrado tampoco ninguna carta tuya en Valencia y me pregunto si encontraré alguna en El Havre. Estoy muy preocupada. ¿Estás enfermo?...

La aduana española pone tantas trabas para permitir que desembarquen mi equipaje que voy a continuar en el mismo barco hasta El Havre. Estoy tremadamente harta de Europa antes incluso de haber puesto los pies en ella, aunque la verdad es que no me hacía ninguna

ilusión al respecto. Deseaba verte y arreglar mis asuntos a fin de obtener los recursos indispensables en la situación económica actual. El primero de esos deseos no parece, por desgracia, coincidir con el tuyo. Tal vez me equivoque; así lo espero. Resulta difícil entenderse a distancia. Estaré en El Havre el 10 o el 11 de mayo. Podrías enviarme allí un telegrama a los Servicios de Transporte Marítimos para decirme cómo estás. [...]

Marsella, 7 de febrero de 1926

He finalizado la segunda serie de conferencias, que ha durado tres semanas. Éxito total en todas partes. En Niza, la sala del casino municipal —un teatro enorme— estaba a rebosar. También había mucha gente en Marsella, en el Théâtre du Gymnase. Desgraciadamente, los gastos de hotel son excesivos y se llevan una buena parte de las ganancias. Descontados todos los gastos, me han quedado 6.000 francos de beneficios en tres semanas. Han llegado buenas noticias de Norteamérica. Una revista va a publicar tres artículos, quizá cuatro (aunque sólo tres están vendidos en firme), extraídos del manuscrito que le entregué a mi editor. No tengo que hacer nada, no hace falta que escriba ni una línea, y me pagarán 375 dólares, o 500 si sacan un cuarto artículo. Otra buena cantidad al cambio actual del dólar. Se están perfilando otros negocios.

Albert ha obtenido un enorme éxito en las conferencias. Yo misma me he quedado estupefacta. Me había dicho: «Les recitaré versos improvisados en tibetano. Si a Tagore le va bien haciendo eso, ¿por qué no vamos a intentarlo nosotros?» Y recitó unos poemas que hablaban de montañas rojas como el coral y montañas azules como turquesas, de palacios blancos como conchas y de otras cosas orientales, y lo ovacionaron. Ya ves.

Mi buen amigo, permíteme decírtelo: erraste el camino al tratar con frialdad a mi servicial compañero de aventuras peligrosas. Él esperaba tu agradecimiento por haber servido tan fielmente a su mujer y haberla ayudado a realizar los viajes cuyos frutos recoge ahora. [...]

Hotel Terminus P.L.M., Marsella, 9 de marzo de 1926

[...] Me marchó mañana en el rápido de las seis de la mañana y llegaré a París a las siete de la tarde, una hora muy buena.

Es probable que pase en París todo el mes de mayo. Y como para entonces el libro de Plon estará acabado, tal vez pueda ocuparme de buscar un sitio donde vivir. En cuanto a quedarme en Francia, sólo me gusta el Midi, pero, con todo, creo que haré bien permaneciendo a cierta altitud. [...]

La búsqueda de alojamiento es igual de ardua e infructuosa en to-

das partes. Tanto en la costa Azul como en los alrededores de París, se ven carteles de «parcelaciones» por doquier. ¡Es espantoso! Dividen un terreno en cuadraditos, como en el cementerio, y allí la gente construye una pequeña tumba rodeada de un jardincillo y de una verja; tiene un aspecto de lo más funerario. La mentalidad que debe de desarrollarse en esas jaulas promete una bonita raza. [...]

Paris, 30 de marzo de 1926

[...] No me encuentro muy bien, vuelvo a padecer trastornos de tipo neurasténico. El profesor D'Arsonval,⁷ en cuya casa pasé la tarde de ayer, dice que la causa es la enterocolitis, las preocupaciones y la nostalgia de los países y la vida que he abandonado. Está empeñado en que un amigo suyo, una gloria médica, me vea antes de que me vaya. Es indudable que ni París ni ninguna aglomeración urbana me convienen. Estoy planeando hacer este verano una gran excursión a pie por los Alpes nizardos para descansar un poco. Necesito tranquilidad, silencio, soledad y aire libre.

La revista norteamericana *Asia* publica los artículos extraídos de mi manuscrito inglés. El domingo pasado, día 28, di una conferencia en el museo Guimet. La sala estaba abarrotada. Habían dejado las puertas abiertas y en la sala contigua mucha gente de pie intentaba oír y ver algo. Había numerosas personalidades: el ex gobernador de Indochina y el ex ministro de Francia en Brasil, que espera su próximo nombramiento, el director de la Escuela Francesa de Extremo Oriente, etcétera. Después de la conferencia se ofreció un té. [...]

Toulon, 28 de mayo de 1926

[...] Veo que no has venido a Francia este mes de mayo, como yo esperaba, y, puesto que no has venido, es muy probable que nada te incite a venir antes de la época habitual de tus vacaciones. A no ser que te desagrade, podríamos ponernos de acuerdo para pasar algún tiempo juntos en ese momento. ¿Te apetecería acompañarme a los Alpes nizardos, en la frontera italiana? No es muy divertido; en realidad, no es nada divertido. Por allí no hay ni casinos, ni cines, ni nada de nada. Precisamente por eso se me ha ocurrido ir. Tengo pensado hacer largas excursiones a pie, con el macuto a la espalda como los miembros del Club Alpino. Además del placer que me proporcionarán esas caminatas, espero obtener un resultado útil para mi salud, a la que realmente le pido demasiado desde mi regreso a Europa. [...]

⁷ Doctor D'Arsonval, miembro de la Academia de las Ciencias y de la Academia de Medicina, profesor del Collège de Francia y presidente del Instituto General Psicológico.

Si tú estás muy ocupado, mi buen amigo, en eso yo no te voy a la zaga. No consigo ponerme al día, tengo muchísimo trabajo atrasado. La revista *Asia*, de Nueva York, que me había comprado tres artículos en firme y se había reservado el derecho a publicar un cuarto, acaba de pedirme el quinto y desea otra serie sobre la religión lamaista. Hay demanda de artículos sobre las mujeres del Tíbet y sobre los ocultistas de dicho país. También debería revisar, para adaptarlos un poco al gusto del público, los cuentos que Albert ha traducido y que partirán asimismo para Estados Unidos. El museo Guimet, creo habértelo dicho, quiere publicar mi traducción de la *Prajna Paramita*, pero tengo que revisarla y eso me dará mucho trabajo. Un editor ha pedido ver la traducción al inglés del libro sobre el budismo que publiqué tiempo atrás en Alcan, pero como lo escribí antes de la guerra hay que hacer muchas modificaciones y, por decirlo de algún modo, actualizarlo. Y otro editor desea que exprese mi visión de las doctrinas de los cristianos modernistas fundamentalistas, que al parecer tienen un gran éxito en América; confieso que no conocía esa secta ni siquiera de nombre. Querrían que dijese si existen tendencias análogas, aunque no cristianas, en Asia. Eso supone una serie de artículos, y como éstos entran en el marco de los estudios de religiones comparadas, se me dan de maravilla. [...]

Les Mazots, camino de la Calade (Près Serinette)

Toulon (Var), 25 de diciembre de 1926

Mis mejores deseos de un feliz año: buena salud y toda la satisfacción posible en los asuntos de los que te ocupas en la actualidad. [...]

En los últimos tiempos he trabajado como una fiera. El manuscrito de Plon no se acababa, mi mecanógrafo era un informal... En una palabra, mucho ajetreo. No quería empezar 1927 con este libro aún entre manos. En fin, ya está terminado. Voy a tomarme un respiro de ocho días, a clasificar papeles, notas, y a comenzar otras tareas. Un editor de California me ha pedido otro original. Le he encargado a mi agente, que sigue en Nueva York, que mire qué posibilidades hay por ese lado. Los dos libros aparecerán en primavera, en Nueva York, Londres y París al mismo tiempo. [...]

Me ha sorprendido enterarme de la muerte de Jean Richépin; creía que había muerto hace tiempo. ¡Y el autor de *Los blasfemos* ha sido enterrado en la iglesia! Eso me ha recordado a un obispo francés en China, hombre muy sutil y muy observador, que hablando de conversiones me decía: «Las personas que gritan mucho, que injurian a Dios, casi siempre acaban, si no siempre, por volver a nosotros. Rezaré por usted, pero le confieso que tengo pocas esperanzas en su caso. Usted trata las cosas religiosas con demasiada cortesía, y los intelectuales tan

corteses son personas con las que la religión se revela impotente porque están totalmente despegadas de ella.»

Leí *Los blasfemos* hace mucho tiempo —contiene versos muy hermosos—, y ya en aquella época este libro virulento me dio la impresión de que emanaba de alguien que, en el fondo, no estaba seguro de su incredulidad. Nadie injuria lo que cree que no existe.

El presidente de la República ha encargado que pregunten a *Le Matin* si el libro, complemento de mis artículos, se había publicado o iba a publicarse pronto, ya que deseaba leerlo.

Aquí tienes noticias a montones, háblame tú de las tuyas; espero que sean buenas. Afectuosamente.

Toulon, 11 de febrero de 1927

[...] Mi buen amigo, lo que leíste en los periódicos sobre una medalla que se me había concedido es cierto. Lo que ocurre es que vivo tan alejada del mundo, tanto de pensamiento como físicamente, que no me había enterado. Así que no salía de mi asombro cuando recibí una carta del secretario de la Academia de los Deportes, cuya sede se encuentra en el Automóvil Club de Francia, en la plaza de la Concordia, informándome de que me entregarían la medalla del Gran Premio de atletismo femenino en el transcurso de una sesión el 9 de febrero e invitándome a ir a recogerla. Como supondrás, no podía trasladarme a París, así que respondí que mi trabajo no me permitía ausentarme en estos momentos y envié un discurso, breve pero creo que bien construido, para que lo leyera el secretario en mi nombre. Me mandarán la medalla por correo. Confieso que casi me molestó que mis viajes se considerasen un «deporte». Pero, bien pensado, si Pelletier Doisy fue uno de los laureados de esa «Academia», yo también puedo muy bien serlo, y al llegar ese premio en el momento de la aparición de mi libro en Estados Unidos, me hará publicidad en ese país donde el deporte es Dios.

Plon tendría que publicar el libro más o menos en Pascua, pero no he recibido las pruebas y me he enterado indirectamente de que, también allí, se le había encargado a una colega desconocida que hiciera algunas modificaciones.

¿En qué consisten? Lo ignoro. ¿Quiere Plon acortar el texto para disminuir los gastos de composición? No tengo ni idea y estoy preocupada. [...]

Toulon, 7 de marzo de 1927

[...] Queridísimo amigo, no hay nada más desagradable que hablar de cuestiones de dinero, sobre todo en una época en la que todo el mundo lo necesita tanto. No obstante, te pido que me escuches con

muchas calmas, sin irritarte. Lo que te escribo no está inspirado en absoluto por un sentimiento de rencor, puedes estar seguro. Simplemente deseo exponerte un hecho que parece que te ha pasado por alto.

En varias ocasiones has pronunciado palabras desafortunadas que estaba muy lejos de esperar de ti. Me dijiste: «No puedes hacer nada sin mi permiso.» Y en una cuestión de la que no quiero volver a hablar, me demostraste que harías uso de tu derecho. La ley está de tu parte, lo sé, pero jamás hubiera imaginado que se te ocurriría invocarla. [...] Dado que las cosas están así, he tenido que reflexionar y considerar la situación. Y ésta es que soy totalmente libre de disponer de mi dinero y de mis bienes mobiliarios, pero que existen restricciones en lo que se refiere a los bienes inmobiliarios. Yo puedo comprar una propiedad sin contar contigo, pero no podría venderla sin tu autorización. Llegamos al punto. El dólar subió mucho en un momento en que yo recibía dólares. Hubiera podido, entonces, en vez de pagar alquileres elevados en París y aquí, comprar una casita en el campo, es decir, asegurarme un alojamiento que me permitiese plantar y recoger parte de mis alimentos.

El dólar subió a 50 francos. No siempre se consigue el cambio más elevado, pero habría obtenido fácilmente 48 francos. En la actualidad, el dólar vale 25 francos como máximo; ya ves la diferencia. No compré la casa soñada porque podía temer toparme con un obstáculo si, más tarde, por alguna razón deseaba o necesitaba venderla.

Cuando estaba con los misioneros de Padong, me escribiste: «Te aconsejo que te instales en un lugar, en Oriente, donde la vida sea barata.» La cotización del franco ya no permite hablar de «vida barata». La rupia vale entre 13 y 14 francos en vez de 1,70. Hacerme vivir en el extranjero, como querías, te habría costado caro.

¿Cuál es la conclusión?... Te dejo a ti sacarla. Un axioma muy conocido dice: «No hay derechos sin deberes», y como tú me recordaste los tuyos...

Te ruego una vez más, queridísimo amigo, que te tomes lo que te digo con el mismo talante con el que yo lo he escrito, es decir, muy amistosamente. No creas que lo hago por ociosidad. No me aparto de la mesa de trabajo; hay días en que a las dos de la madrugada sigo sentada ante ella. Lo que estoy escribiendo ahora, para que quede como quiero, debe ser cuidadosamente pensado, trabajado y documentado. Se necesita tiempo y tener la mente despejada. He empezado con muy buen pie y no dudo que dentro de dos o tres años habré asegurado mi situación, pero, como acabo de decirte, es preciso que pueda trabajar con la cabeza despejada y el espíritu libre de preocupaciones. [...]

15 de marzo. Querido amigo, esta carta se ha quedado en el cajón de mi escritorio. He tenido una inflamación de ojos, resultado evidente de las largas sesiones nocturnas pasadas escribiendo. Por término medio, escribo y leo 16 horas al día. Mis ojos no han aguantado el esfuerzo. Me he quedado varios días completamente ciega. Eso me ha permitido experimentar la ceguera y te aseguro que no es nada divertido. Desde ayer, veo con un ojo, así que estoy escribiéndote «tuerta». La inflamación va remitiendo, pero es indudable que se impone descansar, que debo renunciar por algún tiempo a escribir tantas horas y, sobre todo, eliminar de mi programa las sesiones con luz artificial. Este contratiempo es nefasto para mi trabajo. Me siento abatida. [...]

Ya había terminado la carta y no creí que fuera a añadir nada más, pero este incidente inesperado y el retraso anunciado por Plon me han decidido a hablarte con franqueza. Considera, de un modo justo, lo que te he expuesto sobre la pérdida que ha supuesto para mí no haber comprado una casita cuando podía hacerlo con facilidad. En mi opinión, que con toda probabilidad coincidirá con la tuya, sería amable y equitativo por tu parte pagarme el alquiler de este año. La próxima mensualidad debe ser abonada el 23 de marzo y no te oculto que este hecho me pone en un aprieto. [...]

(Respuesta de Philippe Néel)

Bona, 23 de marzo de 1927

Mi querida amiga:

He encontrado tu carta del 7-15 de marzo a mi regreso de un largo viaje de cien días por Argel, Constantina, Tebessa, Bou-Khendra y el Ouenza.

Respondo a ella de inmediato. Dos puntos de esa carta me han llamado la atención y, como creo que los expones con cierta inexactitud, me parece conveniente volver sobre ellos.

En primer lugar, según tú he pronunciado varias veces palabras desafortunadas: «No puedes hacer nada sin mi permiso.» Y añades: «En una cuestión, me demostraste que harías uso de tu derecho.»

Jamás se me ha pasado por la mente invocar los artículos de un código que apenas conozco; en lo que a ti se refiere, realmente debes reconocer que te he dado libertad absoluta para dejarme y correr mundo y que, lejos de amenazarte de una u otra forma, te he ayudado y permitido satisfacer la pasión que sientes por las cosas de Asia. Si te dije la frase que me reprochas, es porque exponía un hecho que tal vez fui inducido a recordarte, al igual que tú te has visto obligada a hacerlo.

Es cierto que, cuando me pediste mi firma para poder adoptar ofi-

cialmente a tu compañero de viaje, el joven Yongden, al principio respondí con una negativa; creía que no era conveniente desde ningún punto de vista. Pero recuerda que en Marsella, en una habitación del Terminus, durante una conversación bastante poco amistosa, te dije: «Haz lo que quieras, te daré las autorizaciones indispensables.» Lo confirmo si lo has olvidado. Puedes creer, en resumen y para no añadir más palabras superfluas acerca de esta cuestión, qué lamento profundamente que nuestra situación legal no te dé libertad total en todos tus actos y que no deseo controlarlos u obstaculizarlos en modo alguno. ¿Acaso no llevamos vidas separadas e independientes?...

En segundo lugar, parece que me haces responsable del hecho de no haber comprado una casita cuando regresaste a Francia. Pero ¿de qué forma te impidi hacerlo?...

Si no te importa, dejemos a un lado estos asuntos. Es una discusión ociosa y estéril.

En resumidas cuentas, me dices que estás en un apuro y me pides que te adelante el total del alquiler de este año de tu casa, es decir, 6.000 francos. Te mando esta cantidad a través de la Compañía Argentina, representada en Toulon por el banco Le Comptoir National d'Escompte. No tienes más que presentarte allí 48 horas después de haber recibido mi carta, provista de los necesarios documentos de identidad. Me alegra poder serte de ayuda mientras siga estando en condiciones de trabajar...

Espero que tus asuntos evolucionen como deseas y que la considerable cantidad de trabajo que realizas sea recompensada como merece.

Mi salud no es espléndida y noto cada vez más las miserias de la vejez, que avanza a paso de gigante. Pese a todo, resisto y sólo me detendré cuando no pueda más.

Con toda mi amistad, Philippe.

Toulon, 26 de marzo de 1927

Acabo de recibir tu carta y te estoy sumamente agradecida. Tu amabilidad ejercerá una excelente influencia en el trabajo que estoy realizando ahora, al aliviar mis preocupaciones en un momento en que necesito tener la mente despejada para producir una obra mucho más difícil de construir que el relato de simples recuerdos de viaje. Así pues, habrás contribuido al éxito que espero obtener y te lo agradezco desde lo más profundo de mi corazón. [...]

Toulon, 10 de abril de 1927

Querido amigo, me ha producido una gratisima sorpresa enterarme de que estás en París, ya que eso me permitirá verte. De ningún

modo debes irte antes de que hayamos pasado al menos unos días juntos.

En mi última carta te informé de que iba a ir a París para dar tres conferencias. Llegaré el 20 o el 21. Las conferencias seguirán este orden:

El 24, en la Sociedad Teosófica con numerosas proyecciones.

El 25, en el Collège de Francia.

El 27, en el museo Guimet con otras proyecciones.

Debes asistir. Sería el colmo que, estando en París, no pudieras quedarte unos días más para escucharme y ver los paisajes del Tibet.

Además, comprende también que me causará un gran placer verte y charlar contigo.

París, 4 de mayo de 1927

Recibí tu carta, y si no he respondido antes es porque estaba sobrecargada de trabajo. De hecho, estoy agotada, exhausta, no puedo más. Estas grandes ciudades son espantosas. No pienso más que en irme, en volver a las montañas, al aire libre, al silencio.

Te mando dos recortes de periódico en los que se habla de mí.

He presentado mi original en la *Revue de Paris*. Empezará a publicarse en octubre. Aún falta bastante, pero esas grandes revistas siempre tienen tres o cuatro números preparados con antelación. En Estados Unidos pasa lo mismo. En Plon me esperaba un contratiempo. Al parecer, el impresor afirma que, para que puedan vender el libro a 15 francos, es preciso suprimir aproximadamente una cuarta parte.

[...] No hay más que quitar unos episodios, pero es una lástima porque, como no puedo rehacer el libro, quizás en algunos fragmentos quede un tanto deshilvanado.

El editor alemán me escribió diciéndome que me haría una oferta en firme en un plazo de varios días. Le hubiera gustado ver el manuscrito del próximo libro, pero no podré enviarle una parte hasta que regrese a Toulon.

He visto a Briand en casa de Bunau-Varilla (de *Le Matin*), donde estaba comiendo con D'Arsonval y algunas personas más. Esta tarde he ido a visitar el campo de aviación de Bourget. Un coronel de aviación me ha llevado en un coche del Ministerio de la Guerra y me lo ha enseñado todo, la parte militar y la parte civil, donde he visto llegar y partir pasajeros. Iba a dar una vuelta aérea cuando el tiempo se ha estropeado. El director de los servicios de aviación me ha invitado a volver el sábado, día en que se hacen pruebas, para montar en un avión, pero probablemente ya no esté en París.

6 de mayo. Pues si, estaré en París el sábado, que es mañana, pero no creo que vaya a volar, porque todavía tengo que hacer muchas cosas, ver a gente, y estoy extenuada. Los pies, que están rojos e hinchados, ya no me sostienen. Las plantas me martirizan. En París hace mucho calor, me asfixio y el corazón me juega malas pasadas. Te mando tres periódicos. En dos de ellos encontrarás reseñas de mis conferencias; la del museo Guimet fue un gran éxito. En cuanto a la del Collège de Francia, D'Arsonval y yo no paramos de recibir cartas de gente que quiere saber si se va a imprimir y, en caso de que se haga, que expresa su deseo de comprar el folleto. También verás un artículo mío sobre la cuestión china en *Le Matin*. Han recortado y condensando ligeramente lo que yo había escrito para que cupiese en la maqueta del periódico, pero está muy bien aparecer con «artículos de fondo». Bueno, ya me he introducido en *Le Matin* como me aconsejabas. Buñau me ha pedido otra cosa y... que siga enviando textos. Está bien, pero desgraciadamente yo no sé escribir «por encargo». [...]

También he recibido largas reseñas muy elogiosas de mi libro aparecidas en periódicos norteamericanos. [...]

Toulon, 8 de junio de 1927

[...] Por lo que veo, escribiste tu carta antes de que te llegara la que yo te envié a mi regreso a Les Mazots. Desde entonces habrás tenido conocimiento del resultado de la venta de mi libro a un gran editor de Leipzig, Brockhaus, que va a publicar una edición alemana y me paga por ella diez mil francos. Es poco, pero es dinero que recibo sin tener que trabajar. Debo proporcionarle dos ejemplares del libro en inglés y una prueba de cada una de las 60 fotografías que contiene; éos son los únicos gastos que me acarrearán.

Cuando me concedieron la medalla del Deporte, me entretuve escribiendo un artículo breve sobre el tema: el deporte tal como yo lo entiendo. Tardé apenas dos horas en redactarlo y, un poco en broma, lo envié a Estados Unidos. Pues bien, un gran periódico de allí lo ha comprado y ayer me llegó el cheque por un importe que, al cambio actual, me reportará 500 francos. He aquí una prueba más de que es infinitamente más productivo trabajar para la otra orilla del Atlántico. [...] Se dice que mi viaje extraordinario no se asemeja a ningún otro, que únicamente se puede comparar con las expediciones polares:

«Indeed the fortitude displayed by Mme David-Neel and her Lama son makes a story of heroism comparable only to the great epic of the polar explorers.»

Ahora lamento un poco no haber ido directamente a Estados Unidos a mi regreso del Tíbet. Es evidente que allí me habrían dispensado una acogida muy calurosa. Los norteamericanos saben apreciar las

proezas del tipo de las que yo he realizado. Ahora tengo que escribir otro libro lo más rápidamente posible, pues algunos periódicos dicen que se espera su aparición con impaciencia... *«Her promised work should be one extraordinary value.»* [...]

Toulon, 1 de octubre de 1927

[...] Te sorprenderá, aunque no más que a mí, enterarte de que voy a debutar en Alemania con un estudio sobre el adiestramiento y los fenómenos psíquicos en el Tíbet... ¡que aparecerá en una gran revista de teología! Debe de ser una revista luterana: *Mundo Cristiano (Christliche Welt)*. Ha sido mi editor de Leipzig el que lo ha arreglado todo. [...]

El texto para la *Revue de Paris* está en la imprenta y ya he corregido las primeras pruebas de Plon. Estoy esperando las segundas. El libro saldrá a fines de noviembre.

Nada más por hoy. Albert va a ir a Toulon a enviar por correo el último paquete de las primeras pruebas. Ayer recibí una carta del editor de Londres, que está encantado con la buena acogida de mi libro por parte de la prensa. Ahora hay que ver si las ventas están en consonancia. [...]

Samten Dzong, Digne (Basses-Alpes)

5 de agosto de 1928

Comprendo las razones que te impiden venir aquí enseguida que llegues. Por lo demás, ahora no se muy bien si iré a París a fines de este mes. He mandado la mitad del libro a Plon, que me pide que me apresure. [...]

Acabo de recibir una carta de D'Arsonval, que está en su propiedad del Lemosín. Me anuncia el envío de un breve prefacio para mi próximo libro. Sin duda eso le dará empaque.

Paul Reclus, el sobrino del difunto Elisée Reclus, acaba de escribirme para pedirme una pequeña colaboración en una nueva edición de *El Hombre y la Tierra*. Se trataría de añadir unas notas sobre el Tíbet y las demás partes del Asia central que conozco.

Como ves, no paro. Y debería parar un poco, porque estoy realmente muy cansada y necesito reposo.

Tú equivocas sobre el aspecto de Digne. La zona es muy bonita y mi propiedad está admirablemente situada. Delante de mi puerta, la carretera de Niza, bordeada de árboles, constituye un precioso paseo que discurre formando una cornisa por encima del río, con un fondo de montañas. Además, el aire de aquí me sienta mucho mejor que el de la orilla del mar. En resumen, sigo estando satisfecha de mi compra. Lo importante es la situación, porque eso no se puede cambiar. En

cuanto a la casa, siempre es posible ampliarla y mejorarla; es cuestión de gastar más o menos, y eso depende de los medios de que se disponga.

Lo mejor de la casa es la terraza-pérgola, que mide 3,60 × 4,30 metros y a la que da mi habitación, que por un lado forma el primer piso y por el otro el segundo, ya que el terreno hace pendiente. Allí hago curas de aire y con frecuencia paso la noche acostada sobre una alfombra. [...]

Samten Dzong, fines de agosto de 1928

[...] En Digne no he encontrado el fresco que esperaba a 600 metros de altitud. Parece ser que este año es excepcionalmente caluroso. Estamos casi todos los días a 36° a la sombra y diez más al sol. No obstante, en cuanto se pone el sol hace fresco, y las mañanas, hasta las diez, son deliciosas en la terraza. Acabo de vender más alfalfa. Dentro de poco también habrá peras para vender. En realidad, he conseguido lo que deseaba: alimentarme en parte de los frutos de mi terreno. Ya tengo todas las verduras que necesito y el año que viene produciré más. Lo que he vendido este año ya ha cubierto los gastos del consumo de pan durante un año. Alquilando una de las casas, podré pagar el sueldo de una criada. Poco o mucho, siempre ganaré algún dinero, pero lo que quería era no tener que depender exclusivamente de esas ganancias para vivir y pagar mi alojamiento. [...] El lugar donde he plantado mi tienda sigue gustándome. Los campesinos de los alrededores no parecen especialmente desagradables; además, apenas tengo que verlos.

Sí, en el lado donde vivo las montañas están un poco peladas, pero hay suficientes árboles en las propiedades, hasta donde alcanza la vista, para que la zona no presente un aspecto árido. Al otro lado de la ciudad, en la carretera de Barles-Barcelonette, que es muy pintoresca, hay bosques. Yo estoy en el amplio valle situado entre Saint-Auban y Digne. [...] Si bien pierdo en encanto estando donde estoy, gano en luminosidad.

Bueno, ya me he extendido bastante. Insisto de nuevo en que intentes venir aquí antes del invierno.

Samten Dzong, 18 de diciembre de 1928

Acabo de recibir tus dos cartas del 13 y 14 pasados. Te estoy muy agradecida por las molestias que te has tomado para embalar cuidadosamente mis objetos orientales. En mi última carta te expuse con detalle las razones que me obligaban a pedírtelos. Espero que las hayas entendido y que no te resulte demasiado triste desprenderte de dichos objetos. En mi casa de Digne estás tan en tu casa como en

Bona y mi mayor deseo es que vengas a pasar el máximo tiempo posible a esta propiedad, que arreglaré poco a poco y que, dada su situación agradable y las bonitas vistas que tiene, se convertirá —al menos durante el verano— en una residencia susceptible de gustar a los más exigentes.

[...] No me dices si has mandado mi bicicleta... Después de todo, puesto que no te sirve para nada, podrías incluirla en el envío; quizás encuentre la manera de hacer que la arreglen en Digne. Aquí, las carreteras son bonitas y estaría encantada de volver a pedalear un poco.

Samten Dzong, 7 de enero de 1929

Acabo de tener noticias de la actividad del Presidente.¹⁰ Se le ha metido en la cabeza enviarme de nuevo a Asia. Ha hecho que me escriba el director adjunto de su gabinete, el señor Rossy. Éste me dice que el Presidente le ha encargado que apoye «de su parte» ante los tres ministros interesados (Instrucción, Asuntos Exteriores y Colonias) la solicitud de subvención y desea que presente un presupuesto aproximado de mis gastos para realizar el viaje tal como lo he planeado. Es probable que salga algo de todo ello. Unos días antes de Año Nuevo, el Ministerio de Asuntos Exteriores me hizo, en Digne, un regalo de 7.000 francos y el Presidente lo sabe, pero dice que esa suma no se puede considerar una subvención.

Por otra parte, Sylvain Lévi, a quien D'Arsonval ha hablado de mí y que ha manifestado su interés por mis trabajos, se ha mostrado modesto por el hecho de que me patrocine otra persona. Me ha escrito una larga carta, muy halagadora en el sentido de que atestigua tener en alta estima mis conocimientos como orientalista, en la que me reprocha que no me dedique exclusivamente a realizar trabajos de filosofía. S. Lévi cobra un sueldo como funcionario de 60.000 francos al año, además de los «extras». Con eso puede permitirse escribir obras por amor al arte. Mi caso es diferente.

El asunto de la traducción al polaco está concluido y cobrado. Me han hecho otra petición, también para Polonia.

Samten Dzong, 22 de enero de 1929

He esperado hasta haber abierto todas las cajas para escribirte, a fin de darte noticias completas al respecto. [...]

He recibido el vaso de plata, pero el cubierto a juego de cuando era pequeña no estaba, y tampoco otro cubierto con la inscripción 133 que es de cuando estaba interna. Comprueba si tienes esos objetos.

¹⁰ Se trata de Gastón Doumergue, presidente de la República. La correspondencia que mantuvo con A. David-Néel se conserva en los Archivos de Digne.

No es para que me los envíes ahora, por supuesto, ya me los traerás cuando vengas a Francia, si los necesito.

En cuanto a los libros, todos los de Flaubert, Anatole France, Julio Verne, Tolstoi y algunos más no han aparecido.

No pasa nada; quizás te entretienes a veces leyéndolos. Me parece muy bien, lo único que quiero es saber que los tienes y que los cuidas...

Una cosa más importante: no me has mandado la llave de la vitrina, y como la parte superior está cerrada con llave, no he podido abrirla para meter el buda de brazos múltiples. [...]

Mi libro parece tener éxito en Alemania. El editor me escribió diciéndome que las ventas eran satisfactorias y unos periódicos han publicado artículos entusiastas. El marido de mi amiga Marguerite me ha enviado un artículo y la traducción.

El doctor Filschner está proyectando ahora su película sobre el Tibet en Berlín. Acompaña la proyección de una conferencia, la que yo le preparé. Hinze, que fue a escucharlo con Marguerite, me ha escrito diciéndome que es muy interesante y que no omite decir que la señora David-Néel y el lama Yongden han colaborado en la producción de la película y en su explicación. Eso está muy bien, pero tengo ganas de ir a rodar una película yo misma a algún sitio.

Me pregunto qué saldrá del entorno del Presidente. Envié el presupuesto de gastos que me habían pedido. El Presidente, a la vez que respondía personalmente a mi felicitación de Año Nuevo, me reiteró que se estaba ocupando «de facilitarme mi nuevo viaje». Desgraciadamente, el tipo de cambio hace subir a cifras astronómicas sumas que, en moneda extranjera, son mínimas. El pasaje de Marsella a Shanghai vale ahora 12.500 francos. Cuando fui por primera vez a Oriente, valía 1.800 francos. Y la diferencia es igual en todo.

Plon ha sacado la novena edición de mi libro. No es un éxito fantástico, pero es honorable, tanto más cuanto que no se ha hecho ningún relanzamiento. [...]

Samten Dzong, 3 de marzo de 1929

Parece que los dioses están empeñados en volver a verme en Asia. Se me ha notificado que me han sido concedidas diversas subvenciones y que muy probablemente les sigan otras. Una gran suma de dinero de antes de la guerra, más de 50.000 francos, pero que hoy representa muy poco. Entre los donantes figura Indochina, donde sería posible, una vez allí, obtener algunas ventajas más, como la concesión de un terreno u otra cosa.

[...] La Sociedad de Geografía va a darme otro premio este año. En esta ocasión no se trata de una medalla, sino de 6.000 francos.

Por último, el Presidente se ha mostrado activo, tal como me había prometido.

No voy a partir de inmediato. Hay que hacer montones de preparativos. No me marcharé de Francia hasta después del verano, quizás incluso hasta el año que viene, y mi estancia en Asia no será larga. Lo que voy a hacer no es en absoluto un viaje de placer. Esta vez voy en misión oficial. Tendré que redactar informes, trabajar. [...]

Hotel Vauban, 100 Bd. de la Tour-Maubourg, Paris 7^e

13 de junio de 1929

Sigo en París y no veo el fin de mi estancia aquí, cosa que me fastidia, pues no me gusta el ruido y el ambiente insano de las grandes ciudades.

Pero las gestiones son lentas, siempre hay que esperar esto o lo otro. Antes de la guerra, para viajar bastaba con tener el dinero necesario para cubrir los gastos; ahora es preciso cumplimentar un montón de formalidades para cruzar las fronteras. Hemos vuelto a la barbarie.

He visto al embajador de Rusia y al embajador de China. También he visto a muchas otras personas, pero siempre quedan más ante cuya presencia te envían. El ministro de Instrucción Pública se ha decidido a unir su óbolo al de sus colegas de Asuntos Exteriores y Colonias. Espero algo de la Academia de las Ciencias.

Hay una cosa realmente singular. Citroën, que hizo la travesía negra en África, va a hacer una travesía amarilla en Asia y quiere que Albert y yo nos unamos a la expedición. En lo que a mí se refiere, no veo ninguna posibilidad, pues estoy ocupada con otros asuntos. El presidente Doumergue, a quien he vuelto a ver, me anima a que los acompañe al menos parte del camino, pero la verdad es que no me atrae en absoluto la idea. En fin, tengo que cenar próximamente en casa de Citroën y decidir qué hago.

En París todo el mundo anda ajetreado, aunque no por ello se hacen las cosas mejor. La necesidad de dinero y la necesidad de moverse para encontrarlo empujan a todo el mundo. [...]

No he ido a ver al señor Saint-Romas porque no quiero molestarlo inútilmente, pues todavía no tengo una idea clara del itinerario que debería seguir. En cuanto haya hablado de nuevo con Citroën y con el jefe de la expedición, que no estaba en París cuando tuve mi primera entrevista con Citroën, veré si hay alguna posibilidad de hacer planes en común para nuestros viajes.

Las cosas andan mal en China, las regiones por donde debo pasar están revolucionadas. Unos viajeros que han regresado del Turkestán chino han tenido graves problemas allí.

El Señor Doumergue me decía: «Citroën y Hoardt no saben dónde se van a meter; tendrán problemas, así que hágaselo comprender usted y aconséjelos.» En resumen, tanto para ellos como para mí todo apunta a la aventura, aunque ellos, con sus numerosos automóviles, un avión y un equipo de treinta personas, corren más riesgos que los dos pobres diablos en que nos convertimos Albert y yo cuando las circunstancias se ponen difíciles. [...]

París, 9 de julio de 1929

Todavía estoy en París y me siento muy poco satisfecha de ello. He terminado el manuscrito del libro para Plon, que he tenido que volver a copiar por completo aquí. En fin, ya se lo he entregado al editor y se publicará en Año Nuevo. [...]

Salgo el 15 para ir a pasar quince días a orillas del mar, cerca de La Baule, en la finca de unas amigas norteamericanas.

Seguidamente iré ocho o diez días a Londres, pronunciaré una conferencia y después regresaré a París.

Los rusos se muestran muy amables conmigo, pero, como muy bien dices en tu carta, en las administraciones todo se eterniza, y dado que yo no voy a visitar a los soviéticos como turista, sino para realizar estudios orientalistas, es necesario hacer muchos trámites. El secretario vitalicio de la Academia de Leningrado, que está de paso en París, ha venido a verme. Es un eminente orientalista, además de un auténtico erudito. Me ha aconsejado que no vaya a Siberia este invierno, sino que visite Leningrado para establecer contacto con algunos colegas, profesores de la universidad, y empezar a documentarme sobre las regiones a las que quiero ir. Después, en primavera, podría unirme a alguna de las misiones científicas rusas que se dirijan a donde he decidido ir. Al parecer, me proporcionarían alojamiento a precio muy reducido en una de las casas oficiales reservadas para los sabios y universitarios rusos.

Por otra parte, Citroën, o más bien su socio Hoardt, que es el auténtico jefe de la expedición, está muy preocupado por la cuestión de su paso por el Turkestán chino. Otras dos expediciones han acabado mal recientemente.

Lo que me pide que haga se aparta mucho de lo que yo he hecho hasta ahora. No me gusta pasearme con un séquito de 200 camellos cargados a través de las desérticas regiones fronterizas. Y además, esa gente no tiene la menor idea de cómo es Asia.

Los europeos están mal vistos y han perdido todo su prestigio en China. Yo no me enorgullezco de ser extranjera cuando viajo por el interior, y ahora lo haría menos que nunca.

Albert conseguirá unos espléndidos pasaportes chinos y entonces partiremos. [...]

Ginebra, 15 de diciembre de 1929

Mis conferencias han tenido un grandísimo éxito; las salas estaban llenas a rebosar. Tuvieron que poner sillas incluso en el estrado desde el que yo hablaba. Artículos muy entusiastas en los periódicos.

Mi libro apareció el 4 en París. Le había dicho a Plon que te lo enviaran a Bona y después recibí tu carta anunciando que ibas a París. [...]

¿Hasta cuándo te quedarás?... Es preciso que me avises con antelación del momento en que vendrás a Digne.

Voy a hacer que le envíen mis dos libros al señor Saint-Romas. Dame la dirección de su despacho, porque no la recuerdo.

A propósito de los permisos, dile, si lo ves, que no he podido ir al lago Baikal; los rusos se oponen a que me quede allí y los chinos, por su parte, no permiten entrar en Siberia por el Turkestán ruso. La causa de estas decisiones son las hostilidades entre los dos países. En cuanto a los permisos, quisiera utilizarlos más adelante, aunque sea simplemente para visitar a los orientalistas de la Universidad de Leningrado en primavera, si continúa siendo imposible ir al Baikal y entrar en China por Siberia. ¿Se podría conseguir que me cambiaran las fechas de validez cuando llegue el momento?...

Samten Dzong, Digne, 27 de diciembre de 1929

Te deseo un muy feliz año, excelente salud y no demasiadas dificultades ni fatigas en tus ocupaciones.

Como bien dices, volví a Digne con placer a causa del hermoso sol del mediodía inexistente en Ginebra. Mi estancia en Suiza, sin embargo, al margen del éxito de mis conferencias, ha sido muy agradable. Me alojé —a excepción de los dos últimos días, que pasé en un hotel de Ginebra— en casa de un médico, cerca de Lausana, justo a orillas del lago, disfrutando de una magnífica vista desde el balcón de mi habitación. La mujer de dicho médico es una rusa muy amable. Todo el tiempo que no estuve ocupada con las conferencias lo empleé en hacer excursiones. [...]

Ya me he puesto a trabajar otra vez. Tengo que entregar un nuevo manuscrito a mediados de febrero. Albert me ayuda traduciendo pasajes de libros tibetanos que busca en nuestros viejos libros, relativos a los temas que debo tratar.

[...] Han destacado mi artículo para la *Revue de Paris* (1 de diciembre). *Le Temps* y otros periódicos publican largos extractos del mismo.

Samten Dzong, 16 de febrero de 1930

[...] He recibido una amable carta del presidente Doumergue. Me dice que sus ocupaciones no le han permitido terminar antes la lectura

de mi libro y que hubiera deseado esperar a haberlo acabado para escribirme. De todos modos, parece entusiasmado y me lo dice.

Mi libro parece haber agrado también a una personalidad de ideas muy diferentes, monseñor De Guebriant, un obispo a quien no conoces. Es el director de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. Ha vivido mucho tiempo en China y posee ciertos conocimientos de geografía. A veces lo veo en París. *La Croix* y otras publicaciones católicas me han dedicado elogiosos artículos. [...]

Puesto que debo ofrendar inexcusadamente una obra orientalista en el altar de Sylvain Lévi, y que esta clase de trabajo exige mucho tiempo y produce poco o ningún beneficio, Albert se las ha ingeniado para desentrañar la biografía del reformador Tsong Kapa, la personalidad religiosa tibetana más ilustre. Me asegura que ha preparado tan bien el trabajo que podrá escribir el libro en un mes. Seguro que exagera. Estoy tan ocupada en terminar mi libro que todavía no he podido ver el texto, pero nada me agradaría más que comprobar que el pequeño está en lo cierto. [...]

Digne, 4 de abril de 1930

[...] Hace algunos días vi aparecer, con enorme sorpresa por mi parte, al hijo mayor del propietario de *Le Matin*, Jean Bunau-Varilla, y a su hija. Habían querido «darme una sorpresa». Hubiera prescindido gustosa de ella. Con todo, el hombre de Mussolini, a quien yo había tratado de disuadir de su visita, hizo el viaje desde Turín hasta aquí para conversar conmigo. Llegó ayer en coche. ¡Y se anuncian otras visitas! Esto me contraria. Voy a seguir ocupándome de las obras.* Un día u otro las acabaré, pero ¿cuándo?, ¿dentro de cuántos meses? Llega el calor, y aquí no se pueden hacer obras en pleno verano.

Mi libro aparecerá dentro de unos quince días, creo, y... estoy empezando otro para Plon. ¿Comprendes por qué tengo tan poco tiempo para dedicarlo a otros asuntos?

Te mantendré al corriente de lo que se diga y haga. [...]

Pully, Lausana, Suiza, 18 de noviembre de 1930

Estoy en Lausana, como te informé. Voy a pronunciar dos conferencias más de las que tenía previstas... En total serán diez. La última tendrá lugar el 8 de diciembre. El 9 me quedaré en Lausana preparando las maletas. El 10 iré a dormir a Grenoble y el 11 de diciembre, por la noche, podría estar de vuelta en Digne. Salvo imprevistos, claro está. Voy a ir a Le Locle; no estaba previsto, pero, ya que estoy en Suiza, vale más aceptar la oferta. También debo hablar en Vevey el 8 de diciembre. [...]

* A. David-Néel está ampliando Samten Dzong.

Dzong, 14 de diciembre de 1930

Ya estoy de vuelta en Digne, y sin el menor pesar por hallarme de nuevo en mi casa tras un mes de ausencia. Las conferencias han ido bien. [...]

Por otra parte, se ha producido un «hecho nuevo».

Como sabes, el gobierno me ha encargado una misión y me ha entregado sesenta mil francos. No he podido partir a causa del veto de los soviéticos, pero a pesar de ello no puedo embolsarme la subvención y quedarme en casa sin tratar de hacer algo para emprender el viaje que me movió a solicitar la ayuda pecuniaria de diferentes ministerios. Pues bien, estando en casa de Romain Rolland salió el tema de mi viaje a Asia, y Romain Rolland dijo: «Pues en estos momentos Lunatcharsky está en la Conferencia de la Sociedad de Naciones, en Ginebra; vaya a verlo y explíquele su situación.»

Como comprenderás, uno no va a ver a un miembro del Presidium soviético como si se tratase de un señor cualquiera, sobre todo cuando ese personaje está ocupado en la Sociedad de Naciones. Pero R. Rolland conocía a cierto doctor que conocía al gran hombre. Telefoneamos una y otra vez. En resumen, hablé con el señor Lunatcharsky en Ginebra y... aquí está el hecho nuevo.

En Rusia, Lunatcharsky, aparte de sus funciones como miembro del Consejo Supremo, es ministro de Instrucción Pública y miembro de la Academia de las Ciencias. Tengo la vaga idea de que es un erudito, pero no sé muy bien en qué rama de las ciencias. Me ha causado muy buena impresión. Habla poco, va directamente al grano, tiene maneras sencillas y, a la hora en que en el hotel Bellevue todos los delegados de la Sociedad de Naciones lucían sus trajes, lo encontré en batín.

Pero dejémos de trajes y batines. Lunatcharsky me dijo que no había tenido conocimiento de mi demanda y que eso le sorprendía, porque todas las solicitudes de permisos de viaje y estancia con fines científicos presentadas por extranjeros debía revisarlas él. Encontró mis investigaciones interesantes y no vio ningún motivo para oponerse a ellas. Por último, me dijo que al cabo de ocho días estaría de regreso en Moscú y que debía escribirle directamente a una dirección que anotó en su tarjeta de visita. Me aseguró que todo podía estar resuelto en menos de un mes.

Tengo que entregarle un escrito en el que figure, de forma concisa, mi itinerario, detalles sobre las investigaciones que deseo hacer, sobre mis viajes anteriores, etcétera. Vio a Albert, se lo presenté, y no hizo la menor objeción a su participación en el viaje.

En cuanto a la mejor época para salir, me aconsejó abril, para poder pasar algún tiempo en Rusia y ver a los profesores orientalistas de Leningrado antes de partir hacia Siberia.

Parece, pues, que voy a poder realizar el viaje que había proyectado. Éste es el «hecho nuevo». [...]

Digne, 4 de febrero de 1931

¡Así que has decidido de verdad abandonar París! Me alegro, porque tu marcha te traerá aquí. Pero debo decirte de inmediato que debes arreglártelas como sea para quedarte conmigo por lo menos ocho días. Puedes decirle a los de tu empresa que estás haciendo obras aquí y que necesitas quedarte una semana *in situ* para supervisar el trabajo. El presidente lo comprenderá perfectamente. [...]

Ahora estoy trabajando en un artículo que me ha pedido una agencia internacional para publicarlo en el «mundo entero», como dicen ellos. Tema: las mujeres tibetanas.

He publicado un artículo que me encargaron sobre la atracción de lo misterioso en el boletín del Instituto Pehmann, y otro sobre la inquietud moderna, también por encargo, en los *Cahiers de l'Étoile*.

Todo esto no es muy interesante. [...]

Digne, 14 de febrero de 1931

He recibido un telegrama comunicándome lacónicamente que salga de Digne el 24. Se sobreentiende que dormiré en Marsella y saldré para Burdeos en el rápido de la mañana. En Burdeos vendrán a buscarme a la estación. Por el momento no sé nada más, salvo que el 15 deben enviarme un giro postal que me permitirá cobrar el importe de un billete de ida y vuelta Digne-Burdeos, válido para nueve días. Aunque todavía ignoro las fechas concretas de las conferencias, sé que lo han organizado para que las dé en esos nueve días, lo que significa que estaré de regreso en Digne el 4 de marzo. [...]

Así pues, retrasa tu llegada hasta el 5 o, mejor, el 6 de marzo [...]

Otra cosa: si ya no tienes nada que hacer en París y quieres venir a descansar aquí, no es necesario que esperes a que yo esté de vuelta para venir. Albert no viaja conmigo, así que encontrarás la casa abierta. Esto, sin embargo, no deberá hacer que disminuyas el número de días que pasarás conmigo, por lo que te repito que cuento con que te quedes aquí una semana entera.

Respóndeme enseguida, para que yo sepa si este nuevo plan te va bien.

Samten Dzong, 7 de mayo de 1931

He venido de Roma aquí en coche. [...]

Pasé unos días en un castillo feudal de la Romaña y luego visité Ravenna, Ferrara, Padua y Venecia, donde ya había estado en otra ocasión. Desde Venecia fui a Turín y después, como quiera que los auto-

cares todavía no habían reanudado su servicio por el monte Genèvre, no nos atrevimos a ir por ahí y he regresado a Niza por una carretera sumamente accidentada. [...]

Samten Dzong, 26 de marzo de 1933

[...] En Gap tuve un enorme éxito. La sala estaba repleta y la recaudación (a beneficio de la campaña antituberculosis) sobrepasó con mucho lo que es habitual en Gap. A pesar de que había prometido dar esta conferencia gratuitamente, los miembros del comité tuvieron a bien hacerme un regalo de tan contentos como estaban con la recaudación.

He conocido al prefecto de Hautes-Alpes. Comí en su casa, y al día siguiente, de camino a Niza, él vino a la mía con su mujer para pasar dos horas y tomar un ligero tentempié. Son una pareja muy amable, enamorada de la montaña y del «camping». En la sala de conferencias se vendieron un buen número de libros míos; eso aumentó los beneficios y sirvió de publicidad. Mi artículo sobre las mujeres del Tíbet ha dado la vuelta al mundo. Recibo comentarios de todos los países: de Estados Unidos, de China, etcétera. [...]

Samten Dzong, 22 de marzo de 1934

[...] Creo haberte contado que mi editor alemán me ha comprado *Iniciaciones lamaicas*, cuya traducción aparecerá el próximo otoño. Es probable que compre también *Guesar*. Sin embargo, no quiere publicar más de un libro al año porque, según me dice, en Alemania no es bueno que un editor publique libros de un mismo autor con intervalos de tiempo demasiado cortos. Por otra parte, desde Norteamérica y desde Inglaterra me reclaman *Los bandoleros gentilhombres*, pero Violet Sydney aún no ha terminado la traducción y no lo hará hasta mayo. Todo esto retrasa mi partida. Por mi parte, tampoco yo habré acabado el libro de Albert antes de esa época y debo dárselo a Plon —que está dispuesta a quedárselo— antes de mi partida. La razón se comprende fácilmente. Es preciso que estas dos obras (la traducción de *Los bandoleros gentilhombres* y el libro de Albert) se publiquen el próximo otoño a fin de cobrar los beneficios de su venta.

La editorial Adyar, que ha publicado *Iniciaciones lamaicas* y *Guesar de Ling*, me ha pedido que le entregue un nuevo libro. Me gustaría satisfacerla, pero hay que escribirlo, por lo que no podré entregárselo hasta más adelante. En resumen, que sin ser lo que se dice de primer orden, mi éxito es muy satisfactorio, y ahora puedo ver que no se trata de simple humo de pajas; es duradero y con tendencia a acentuarse. Los recortes de periódico que recibo de numerosos países muestran una unanimidad total en la prensa a la hora de alabar me y de ensalzar

mi erudición sobre temas tibetanos. Esto resulta muy agradable, pero existe un escollo que enseguida entenderás.

Los periódicos suelen publicar que, actualmente, no existe nadie que conozca la lengua y la literatura tibetanas tan bien como yo. Evidentemente, gozar de semejante reputación me halaga, pero ahora bastantes profesores de universidad acometen el estudio del tibetano; si quiero mantenerme en el lugar al que la opinión pública me ha encarado, es importante que no me deje superar. Es preciso que trabaje y produzca, en un breve plazo de tiempo, una o dos obras sobre orientalismo. Esto sería, además, una forma de justificar las subvenciones que me han sido concedidas por distintos ministerios. Escribir semejantes obras exige mucho tiempo y no reportan nada, o casi nada, aunque consolidan la reputación de un autor. [...]

Mi editor en Nueva York, Kendall (que acaba de publicar *Gesusar*), insiste en que vaya a América. Quiere organizar una gran gira de conferencias. Afirma que me proporcionará beneficios interesantes y espera, naturalmente, que también sirva a sus intereses haciendo vender muchos libros míos. Para ello sería necesario que dicha gira, que probablemente tendría lugar durante el invierno de 1935-1936, fuera precedida de la publicación de algunos libros nuevos. Kendall piensa publicar *Iniciaciones* (que ha aparecido ya en Londres) y *Los bandoleros*, así como el libro de Albert. También sería necesario que le entregase otro sobre los métodos de psicoanálisis en el Tíber. Es un tema de actualidad. [...]

Partiré para Pekín en cuanto me sea posible; allí, Albert tratará de encontrar en el templo de los lamas a un erudito con cuya ayuda podremos, él y yo, perfeccionar nuestro conocimiento de la lengua literaria tibetana y llevar a buen puerto la traducción de la gran obra de Tsong Kapa que Albert ha empezado. Debo darme prisa, porque un orientalista italiano, el profesor Tucci, está trabajando en el mismo libro; tengo que esforzarme en llegar a las librerías antes que él. Si no encuentro en Pekín al erudito que necesito, lo buscaré donde sea. [...]

Digne, 14 de agosto de 1934

Resulta curioso que la vejez vaya acompañada siempre del deseo de volver a ver los lugares donde uno vivió en su juventud. A este deseo respondía mi «peregrinaje» por Bélgica del año pasado. En Bruselas, estuve en el internado donde pasé un buen número de años. [...] Viajando de Ostende a Bruselas pasamos por un pueblecito donde mis padres veraneaban. [...]

Acostumbrada como estoy, ahora, a hermosos paisajes soleados y pintorescos, Bélgica me parece muy fea, pero la llevo en el corazón y

en ella me encuentro «en casa». Sí, las sensaciones de la infancia son realmente imborrables y reaparecen cuando, por lógica, deberían estar completamente gastadas por el tiempo.

¿Cuáles son tus planes? ¿Tienes cosas que hacer en París? ¿Volverás a Argelia en septiembre u octubre? Si puedes, comunicame tus previsiones... [...]

Digne, 19 de septiembre de 1934

Recibi tu carta ayer. [...]

Por otra parte, he recibido noticias de Rusia a través de una amiga que está casada con el director del Banco del Norte, el banco soviético del número 26 de la avenida de la Ópera. Es del mismo sitio que la señora Géniaux, de Quercy. Su marido tampoco es ruso, sino holandés. Pues bien, acaba de regresar de Rusia y Oriente Próximo. Tiene padres y amigos en Moscú. Ha hablado con mucha gente de mí y, según su carta, todos me auguran una acogida entusiasta. Me conocen de nombre, no tienen ni idea de que yo haya manifestado alguna vez el deseo de ir a Rusia, etcétera.

En resumen, ¡menudo desorden tienen organizado en los centros oficiales! El difunto Lunatcharsky ya me dijo que él nunca había tenido conocimiento de mi primera solicitud. ¿Quién pudo negarme la entrada hace cuatro años? Sin duda alguna, eso seguirá siendo siempre un misterio. [...]

Digne, 7 de octubre de 1934

Estaba esperando para escribirte a tener noticias de Plon sobre el nuevo libro del que leíste una parte durante tu estancia aquí. Esas noticias llegaron ayer. Plon escribe:

«... Nos sentimos dichosos de poder decirle que la opinión de cuantos han leído *El lama de las cinco sabidurías* es unánime. Todos los informes terminan de la misma manera, a saber, que hay ahí una novela muy curiosa, cuyo relato posee gran encanto y colorido. En un momento tan difícil como el que estamos atravesando, no es posible garantizar el éxito de ventas, pero el éxito de acogida es indudable.» Siguen otros elogios.

En resumen, Plon va a publicar la obra, pero, como los tiempos son duros, quieren (los editores) rebajar los costos de composición y me piden que recorte un poco el texto en las partes que no sean esenciales. Me han devuelto el manuscrito para que haga este trabajo y heme aquí con una ingente tarea entre manos, porque suprimir parte del texto y luego reajustarlo de manera que no presente «agujeros» es algo muy difícil de conseguir; a menudo hay que escribir de nuevo páginas completas, condensándolos. Después vendrán las pruebas para

corregir... Todo esto me tendrá ocupada hasta diciembre. ¿Será ése el momento oportuno para ir a Siberia? [...]

Ahora dime cuánto tiempo seguirás todavía en París. Deseo verte antes de que abandones Francia. Dispongo de la casa hasta fin de mes. En ella encontrarás tu habitación habitual, bien calentita. Si debes quedarte más tiempo en París, podríamos vernos en Niza, donde, aunque pensamos tener una vivienda pequeña, siempre podrás disponer de una habitación durante todo el tiempo que te apetezca. Y si no hay nada que requiera imprescindiblemente tu presencia en Bona, ¿por qué no pasas el invierno o parte de él con nosotros? Piénsalo un poco. Me gustaría tenerte a mi lado mucho tiempo.

Con todo mi afecto.

Lutherian Mission Home, Hankou

29 de diciembre de 1937

Por la fecha, tu última carta es la que enviaste por avión. No he recibido respuesta a la segunda de las que yo te mandé también por avión, una voluminosa y larga carta que contenía mi retrato y un recorte de periódico. No te hablo de los acontecimientos que tienen lugar en China porque ya los conoces por los periódicos. Lo que la prensa no cuenta es el horror de esta guerra que nos retrotrae al salvajismo. Los japoneses matan a los jóvenes civiles chinos en las calles, lo que disminuirá el número de los que podrían convertirse en soldados; matan a los heridos en los hospitales o cuando salen de los mismos. En cuanto a los «prisioneros», no hay, ni en un bando ni en el otro; los matan. Los oficiales chinos —o al menos muchos de ellos— apenas se preocupan de otra cosa que de salir indemnes de la pelea. Se cuentan cosas increíbles acerca de su salida de Nankín. Hay extranjeros que han visto a algunos abandonar a sus soldados, escapar en barcas por el río con maletas e impedir a los soldados, revólver en mano, subirse a las mismas. En Nankín han dejado mucho material de guerra que hubieran podido salvar. Hay dos cuerpos del ejército que permanecen intactos, uno de ellos pertenece a Chang Kai-shek, el actual dictador, y el otro a un general. Se dice que ambos se los reservan para luchar uno contra otro después de la guerra. Y es indudable que, cuando ésta termine oficialmente, habrá una guerra civil. Los extranjeros han perdido por completo su prestigio. «Tienen miedo de los japoneses», dicen los chinos.

Me marcho de Hankou mañana, 30 de diciembre, para dirigirme en barco a Chungking, Yang-se arriba. Una vez allí, ya veremos qué pasa, habrá que tantear la situación. No sé si podré continuar hacia el oeste e ir a Tatchienlou, en la frontera tibetana. Dicen que, en vista de la desorganización reinante en China, los bandidos actúan a placer en

los caminos; asimismo se teme cada vez más un movimiento antiextranjero, con las matanzas que ello comporta. Los extranjeros que permanecen en el interior de China afluyen a los lugares donde existen medios de transporte para abandonar el país. Mañana saldrá otro tren internacional hacia Hong Kong. Desde que estoy aquí, los cónsules han organizado varios. Ningún chino —excepto las niñeras que acompañan a sus señores— es admitido en dichos trenes, que llevan en el techo de los vagones banderas indicativas de la nacionalidad de sus ocupantes. Estos trenes no entran en Cantón; los encarrilan directamente hacia Kowloon, que es territorio inglés, desde donde parte el barco que va a Hong Kong.

Hubiera podido tomar uno de esos trenes. A Albert, que es británico, su cónsul, que ha sido muy amable con él, lo habría metido en uno, pero..., como ya te he dicho, ¿qué hacer en Hong Kong?, ¿adónde ir desde allí?... No tengo aquí suficiente dinero para hacer frente a semejantes gastos. Por eso creí que lo mejor era tratar de llegar a algún rincón apartado del extremo este de China, donde tal vez podría vivir con relativamente pocos gastos hasta que se aclare la situación. Sin embargo, las informaciones que recibo parecen indicar que mi proyecto va a topar con serias dificultades. Me quedará la posibilidad de ir a Yunnan en avión..., no creo que en las actuales circunstancias me sea posible realizar el viaje por carretera, como lo hice anteriormente. Y si tengo que tomar el avión, habrá que desembolsar otros 400 dólares... Cuando esté en Chungking, veré qué hago y te escribiré. Tú escríbeme a la dirección del Consulado de Francia en Yunnan-fu (Yunnan).

Albert te envía muchos recuerdos. Por mi parte, transmite mis saludos a Simone.* Con el afecto de siempre.

Canadian Mission Agency

Chungking (Sichuan), 22 de enero de 1938

Te informé de que iba a marcharme de Hankou, cosa que hice hará unos diez días. Salí, por decirlo de algún modo, a bombo y platillo. Me habían dicho que embarcara por la mañana porque el *steamer* levaría anclas poco después del mediodía, pero una vez a bordo me enteré de que no saldríamos antes de las cuatro de la tarde. Unos amigos que me habían acompañado insistieron en llevarme a comer a su casa. Había tiempo de sobra. Pero resulta que, justo cuando estámos acabando de comer, suenan las sirenas y, acto seguido, desde el balcón vemos pasar aviones japoneses que sobrevuelan la casa donde nos encontramos y se dirigen hacia el aeródromo, a poca distancia de allí,

* Se trata de Simone Néel, una de las sobrinas de Philippe, que se fue a vivir con él.

para bombardearlo. Empiezo a ponerme nerviosa... ¿y mi barco? Albert se ha quedado a bordo con el equipaje. Sé que, en caso de bombardeo, los *steamers* zarpan de inmediato, sin esperar a nadie. ¿Habrá zarpado el mío? El doctor Martinie, en cuya casa me encuentro, tiene un salvoconducto que permite circular en coche incluso durante los bombardeos. Así que salimos, él, su mujer y yo, y llegamos al pontón donde estaba amarrado mi barco. ¡Pero ya no está allí! ¡Consternación! Al cabo de un momento lo vemos en medio del río..., en ese punto el Yangtse tiene una anchura de dos kilómetros. Pedimos información y nos dicen que debe regresar al pontón cuando se hayan marchado los japoneses. Pero éstos se entretienen. Por fin se marchan y embarco...

El navío va más que abarrotado. Cinco días después estoy en Yichang. El agente de aduanas, un francés, viene a buscarme a bordo y me lleva a su casa. Vive suntuosamente. Su mujer es rusa. Paso cuatro días con ellos esperando la embarcación, más pequeña, que remonta el río por los rápidos. Esta vez se trata de un *steamer* de unos treinta y siete metros de longitud. Todavía hay más pasajeros que en el otro barco. En Yichang hay varios miles de pasajeros de cubierta que aguardan turno. Muchos de ellos no han encontrado alojamiento y viven al raso. Algunos han muerto de frío, ya que por la noche hiela. Estos desdichados ni siquiera disponen siempre del suficiente espacio para sentarse en el suelo del barco y permanecen de pie, como cordelos, apretados unos contra otros. El tiempo sigue siendo gris y el viento frío. Las gargantas son maravillosas; hay varias. Una de ellas tiene 25 millas de longitud. El nivel del agua es bajo. El *steamer* de fondo plano pasa, en determinados lugares, con 6 pies de agua. En esos mismos lugares, cuando el nivel del agua es alto la profundidad sobrepasa los 200 pies (60 metros). Algunas señales pintadas en las rocas indican los diferentes niveles. Pienso en lo que sucedería si naufragáramos, con los centenares de personas que hay a bordo. Disponemos de una sola lancha para atender a todo el barco. Pasar los rápidos se asemeja a remontar cascadas. La proa del *steamer* se cubre de agua, la máquina resopla ruidosamente, todo cruce, por todas partes emergen rocas y hay que sorteárlas entre la espuma. Es una preciosidad, te gustaría verlo. Hemos invertido cinco días en ir de Yichang a Chungking, lo que da un total (de Hankou a Chungking) de diez días de navegación, es decir, más del doble de lo que se tarda en ir de El Havre a Nueva York. Hemos estado a punto de tener problemas a bordo. La mentalidad de los chinos ha cambiado mucho en los últimos quince años. [...] En las calles vuelve a oírse a los niños gritar cuando pasan los blancos: «¡Demonios extranjeros!» Yo lo oí, al llegar aquí, cuando el señor Jones y otro inglés me llevaron del barco a

la Misión. Supongo que los niños la tenían tomada con ellos porque eran hombres muy altos. No parecen fijarse mucho en mí cuando circulo con Albert. Sin embargo, me han contado numerosos casos de vejaciones, e incluso de brutalidad, de que han sido víctimas los extranjeros por parte de los policías chinos. Las cosas no tardarán en ponerse feas en China. Chungking es lo más sucio que he visto en este país. La situación de la ciudad es pintoresca y encantadora, pero las callejuelas en pendiente escalonada (entre 300 y 400 peldaños) que suben desde la orilla del río hasta lo alto del llano son una sucesión de cloacas infectas. No quisiera permanecer mucho tiempo aquí, pero todavía hace frío. Según las informaciones que he recibido, podría encontrar alojamiento en Tatchienlou, en un monasterio lamaico (Tatchienlou, aunque forma parte de China, está habitada por una población tibetana). Tengo intención de ir en cuanto la temperatura sea un poco más suave y de instalarme allí durante un largo periodo para trabajar, escribir libros y seguir acumulando documentación. Espero que la vida sea menos cara que en China. Con todo, será necesario comprar cantidad de cosas para montar una casa. [...] Quien me escribe desde Tatchienlou me dice que el lugar es agradable. Tiempo atrás pasé no lejos de allí, pero no conozco la ciudad propiamente dicha. En caso de que se produzcan tumultos antiextranjeros, sin duda allí estaré mejor que en ningún otro sitio. Conocer el idioma de la gente entre la que uno vive da cierta garantía de seguridad. Se puede discutir con ellos... y Albert es lama. Por último, también está el hecho de que allí no estaré rodeada de la multitud, como en las zonas superpobladas de China. Tatchienlou es una ciudad fronteriza..., si no en el aspecto político, sí, al menos, en el etnográfico y el geográfico. A una veintena de kilómetros, más allá de un puerto, comienza una zona de pastos tibetanos salpicada de bosques. He recorrido esa región y sé que me encontraría lo suficientemente cómoda y que, desde allí, me sentiría muy capaz, si fuese necesario, de llegar hasta Birmania. Mientras no me vaya de Tatchienlou, seguirá siendo fácil seguir en contacto con el exterior. [...] En cualquier caso, por el momento no se me ocurre ningún lugar mejor adonde ir para estar tranquila, respirar aire puro (2.400 metros de altitud) y recoger material «negociable»: historia, leyendas, etnología, etnografía, etcétera. Desde este punto de vista, en Yunnan-fu estaría peor situada, y además me he enterado de que la ciudad está repleta de refugiados ricos y de que los alojamientos, si se encuentran, son carísimos. En previsión de acontecimientos que podrían llevarme a regiones donde no contara con ningún medio de comunicación durante un espacio de tiempo prolongado, debo reiterarte mi petición de que me hagas llegar fondos al Banco de Indochina en Yunnan-fu. [...]

Es posible que permanezca aquí tres semanas más; después me trasladaré a Chengdu..., sin duda me veré obligada a «volar». Los barcos ya no suben hasta las proximidades de Chengdu debido al bajo nivel del agua. Las chalupas sólo llegan hasta Siufu, desde donde habría que remontar un afluente del Yang-se por el que descendí en junco hace años. Es imposible encontrar a alguien que se preste a llevar una silla desde aquí hasta Chengdu, un viaje de una semana a través de las montañas. Todo está revuelto, todo el mundo está inquieto, atemorizado. Se ven bandidos y espías por todas partes, incluso donde no los hay; no resulta agradable vagar por China en estos momentos. Acaban de fusilar a bastantes generales, a los que llaman traidores. En Shanghai han asesinado a algunos notables projaponeses. En la carretera de Chungking a Yunnan-fu se han producido, con pocos días de diferencia, tres accidentes ocasionados por el hielo que cubría el asfalto y que ha hecho precipitarse a tres autobuses de viajeros a la cuneta. Ha habido dieciséis muertos y numerosos heridos. Las autoridades de Chungking van a organizar un «ensayo» de lo que debe hacer la población en caso de bombardeo. Se espera la visita de los japoneses, que desde que salí de Hankou han provocado muertes y destrozos en cuatro ocasiones. En este sentido, la posición de la casa donde me encuentro, situada en la zona baja de la ciudad, cerca del río, es poco segura. Pasado mañana comeré en casa del cónsul de Francia con el comandante del cañonero francés anclado en Chungking. Éstas son todas las novedades.

Albert te manda recuerdos y yo un abrazo afectuoso.

*C/O Dr. Béchamp, Consulado de Francia, Chengdu
Sichuan, China, 9 de marzo de 1938*

Debes de haber recibido mis cartas, o al menos algunas de ellas, puesto que has respondido generosamente con un envío de 10.000 francos. ¿Cuándo lo hiciste? No tengo ni idea. Me avisaron ayer del Banco de Indochina en Yunnan-fu. Es una ayuda que llega muy a punto, más de lo que llegaría en otras circunstancias, y por la que te estoy muy agradecida. Las cosas van mal. Chungking ha sido bombardeado y se temen próximos bombardeos en Chengdu. Las autoridades obligan a los habitantes a pasar el día en el campo y a no regresar a la ciudad hasta que oscurece. Dado que los japoneses tienen sus bases lejos de aquí, sólo pueden realizar incursiones diurnas. En Chengdu nadie tiene un refugio contra las bombas. Es imposible hacer excavaciones porque el agua está a un metro de profundidad. Estoy aquí como refugiada. El cónsul me deja utilizar un pequeño pabellón anexo que se encuentra en el recinto del antiguo laboratorio francés. Viví en ese lugar hace aproximadamente quince años, pero enton-

ces me alojé en otro edificio. [...] Ha sido una suerte para mí poder instalarme aquí, ya que así mis gastos han disminuido. Es muy agradable, y compensa en cierta medida los gastos de vestuario y otros que me ocasiona la pérdida de las maletas. [...]

Dentro de algún tiempo —en abril o mayo— me instalaré en la montaña, en Tatchienlou o sus alrededores. Mi idea es no moverme de allí en mucho tiempo. Es una zona sometida a China, pero de población tibetana. [...] Ya hubiera partido hacia allí, pero a juzgar por las noticias que he recibido todavía hay mucha nieve en Tatchienlou, y en los puertos que hay que cruzar para llegar al lugar debe de haber una capa muy gruesa. No conozco la altura exacta de esos puertos, pero debe de rondar los 4.500 metros. El que atravesé la otra vez, al noroeste de Tatchienlou, tenía más de 5.000 metros y encontré nieve en julio. Tatchienlou ciudad está a una altura de 2.700 metros, más o menos la misma que Kum-Bum, donde pasé casi tres años. Confío en que, viviendo a la manera indígena, los gastos no sean muy elevados..., al margen de los exigidos por la calefacción, evidentemente. [...]

Ya te dije que he enviado a Plon el manuscrito de otra novela. Espero que se la quede, pues el tema se aparta de lo trillado y es bastante escalofriante. Título provisional: *Magia de amor y magia negra*. Ahora estoy escribiendo *Bajo nubarrones de tormenta*, sobre mi actual viaje; Plon me la reclama. Le prometí a nuestro embajador que escribiría una gramática tibetana para uso de franceses y un vocabulario francés-tibetano. Ahora hay una convocatoria de tibetano en el ministerio de Asuntos Exteriores. Espero poder poner manos a la obra en Tatchienlou con la colaboración de Albert. Son muchas, las obras que tengo entre manos.

[...] Te agradecería que, al recibir de la presente carta, enviaras una nota a Thiébaud, director de la *Revue de Paris*, 114 avenue des Champs-Elysées (VIII^e), diciéndole: «La señora A. David-Néel pregunta si ha recibido el manuscrito de su novela *Magia de amor y magia negra* y el artículo "El desmoronamiento del poder de los blancos en China".» [...]

*Consulado de Francia, Chengdu, China,
14 de abril de 1938*

El 26 de marzo te mandé por avión una carta que ha debido de llegarte estos días. Espero impaciente tu respuesta, en la que estoy segura de que me dirás que ya estás completamente restablecido. ¿Cuáles son tus proyectos para el verano? Aquí seguimos en el mismo estado exasperante de espera ansiosa y angustiosa de acontecimientos que «podrían» producirse. Anteayer pusieron adornos para celebrar una

victoria bastante importante de las tropas chinas, pero hoy están pintando nuestros colores nacionales sobre los tejados de la Misión médica francesa, donde vivo, en previsión de un ataque aéreo. Los tiempos en que las banderas extranjeras constituyan una protección ya han pasado. Nadie lo duda, pero la orden de pintarlas en los tejados ha procedido del embajador... Después, si dichos tejados son derribados, esto permitirá al gobierno «protestar». Es probable que el embajador pase por aquí en su gira de inspección. Esta perspectiva me agrada bastante. Hace veinte años que nos conocemos y nuestras relaciones, aunque espaciadas, siempre han sido amistosas. [...]

Chengdu, China, 2 de mayo de 1938

[...] Desde tu última carta, del 2 de abril, habrás recibido muchas más. [...]

Los chinos consiguieron una victoria realmente importante a principios de abril. Los japoneses dejaron en el campo de batalla de ocho a diez mil muertos y no pocos heridos. Hubo prisioneros, pero la suerte de estos últimos se decide rápidamente tanto entre los japoneses como entre los chinos: matan todo lo que se les pone por delante. Los japoneses abandonaron una considerable cantidad de material, 40 tanques, etcétera. Después obtuvieron algunos éxitos parciales, pero su avance rápido fue frenado. Los chinos, o más exactamente tropas irregulares de rusos, practican la guerra de guerrillas y cortan las comunicaciones de los japoneses, cosa que a éstos parece perturbarlos mucho. En la gran batalla que ganaron, los chinos estaban dirigidos por alemanes. Si les hubieran hecho caso antes, no habrían perdido Shanghai y Nankín, pero los generales chinos quisieron hacer las cosas a su manera.

Thiébaud y Plon me han escrito. El 31 de marzo aún no habían recibido nada. He enviado un tercer manuscrito del mismo libro a Violet Sydney, que se ocupará de traducirlo y, en caso necesario, se lo pasará a Plon antes de utilizarlo ella para su trabajo. También he avisado a uno de mis amigos de Asuntos Exteriores para que haga las indagaciones pertinentes. No hay nada irremediable, pues tengo otras dos copias aquí, pero resulta fastidioso por el tiempo que se ha perdido y que retrasará la publicación del libro. No iré a Yunnan. A fines de este mes partiré hacia Xikang (una zona tibetana bajo control chino), donde el gobernador de la provincia, a quien vi aquí, me ha prometido una espléndida acogida. Pasaré allí el verano y después, al albur de las circunstancias, o bien me quedaré o bien volveré a bajar a Chengdu. Sin embargo, no se puede hacer ningún plan mientras no se vea claro el final de la guerra y las consecuencias que se deriven de ello. Todos mis viajes anteriores se han desarrollado en medio de batallas entre

soldados de diferentes generales o con «bandidos», que no son más que soldados momentáneamente fuera de los cuadros de un ejército regular. Sin embargo, ahora estos «valientes» de diferentes categorías están mucho mejor armados que antes: disponen de ametralladoras e incluso de aviones, lo que cambia el aspecto de la cuestión. También están los sentimientos xenófobos, que aumentan de día en día. Thiébaud va a publicar un artículo mío sobre este tema. Le he dicho que te lo envíe. Así que, como comprenderás, navegamos en la incertidumbre. Las noticias que la radio da de Occidente son caóticas y poco tranquilizadoras. [...]

¿Sabes lo que he oido decir? Que una buena parte de los conflictos obreros y de las ocupaciones de fábricas han sido provocados por la patronal —bajo mano— para hacer caer a Blum y al gabinete socialista. Después de todo, muy bien podría haber algo de cierto en esta idea. [...]

Chengdu, Sichuan, China, 18 de junio de 1938

Tengo previsto marcharme de Chengdu pasado mañana. He retrasado la partida varias veces porque esperaba algunas cosillas que debían enviarme y, sobre todo, el diccionario tibetano, del que han podido encontrarme un ejemplar de segunda mano para sustituir al mío, perdido con las maletas. Este importante artículo debía de haberme sido remitido a través de la valija diplomática de Pekín, pero en los momentos presentes las «valijas» se pasean por distintas vías para evitar los obstáculos y permanecen meses en camino. Me han anunciado que un cañonero que llegó a Chungking había traído «un gran paquete» para mí. ¿Será el diccionario? El mencionado paquete debe ser enviado de Chungking a Chengdu... ¿A qué velocidad viajará?... Sólo puedo esperarlo hasta el lunes. Bueno, ya veremos qué pasa. Si es posible, volverán a mandármelo a donde esté.

Envío esta carta a Yunnan-fu por mediación de un reportero norteamericano que viaja en un avión especial. Él se la entregará al cónsul, el señor Crépin, quien le dará curso.

Las cosas van mal para los chinos. Hankou, donde pasé parte del invierno, va a ser tomada por los japoneses. Sin duda resultaría curioso verlo, aunque prefiero con mucho encontrarme lejos, pese a que la seguridad sea precaria en todas partes. Los sentimientos antiextranjeros crecen entre la población. Hace tres días, un energúmeno armado con una lanza trató de penetrar en el obispado para matar al obispo francés, monseñor Rouchousse. El portero, que lo detuvo, resultó gravemente herido en la cara. [...] Me pondré a trabajar de nuevo en mi libro tan pronto como esté instalada. El primer capítulo, que está «mecanografiado», me ha causado bastante buena impresión. Aún no

he tenido noticias de Plon acerca de la novela que le envié. A Thiébaud, de la *Revue de Paris*, le ha parecido «demasiado terrorífica» para su clientela. No la publicará. Me ha invadido el temor de que Plon tampoco se atreva a publicarla. Eso sería desastroso para mí, que tanto he trabajado en este libro y que tantas esperanzas tenía puestas en él. [...]

[...] Después de las lluvias tengo previsto dar una vuelta de un mes o seis semanas y visitar el monasterio de Dirgi y sus inmensas bibliotecas, célebres en todo el Tibet, pero de aquí a entonces te escribiré. [...]

Tatchienlou (Xikang), China, 7 de julio de 1938

Llegué aquí el 4 de julio, después de un viaje de diez días a través de la montaña. El principio del viaje resultó bastante duro a causa del mal tiempo. [...] Me han acogido unos misioneros ingleses mientras busco un alojamiento. Por el momento resulta muy difícil encontrarlo. La ciudad rebosa de gente y de tropas. Los soldados se alojan en todos los monasterios. Una gran personalidad religiosa china, el mismo que dio unas conferencias en el museo Guimet, me ha dado unas cartas que probablemente me permitan conseguir alquilar una casa propiedad de un monasterio chino. Éste se alza sobre una cresta que domina Tatchienlou. Albert fue ayer a hacer un reconocimiento del lugar: dice que la vista es muy bonita y que existe la posibilidad de pasear por los pastos circundantes. Sin embargo, el superior del monasterio que debe autorizar el alquiler ha ido a hacerse una cura a los manantiales de agua caliente y no volverá hasta mañana o pasado mañana. Así pues, no sabré si podré ocupar una de las casas vacantes próximas al monasterio hasta que él regrese. [...] La cabeza empieza a darme vueltas. ¿Qué planes hacer para el futuro?... En China, la vida se ha vuelto cara y difícil, y en Francia las cosas están a tales precios que carecería de medios para vivir. Qué penosas son estas preocupaciones cuando ya no se es joven.

¿Cómo te encuentras y dónde estás?... Te escribí —por avión, como siempre— antes de ponerme en camino, hace catorce días. ¿Has ido a Vichy?

Tatchienlou, 19 de julio de 1938

[...] Como te dije hace pocos días, llegué a Tatchienlou, una ciudad tibetana fronteriza. Me alojé provisionalmente en casa de unos misioneros ingleses y mañana o pasado mañana iré a instalarme a una ermita situada en una cima que domina la ciudad desde una altura de unos trescientos metros, lo que en total da prácticamente 3.000 metros de altitud. En esta montaña se respira un aire magnífico. ¿Pasaré aquí el

invierno?... No lo sé y tampoco puedo saberlo; los acontecimientos lo decidirán: por un lado, la marcha de la guerra, y por el otro, algo que me afecta mucho más, los incidentes de la política local, las relaciones entre tibetanos sometidos a Lhassa y tibetanos chinos. Mientras espero, he tenido que organizar una vez más mi alojamiento, lo que implica la compra de muchas cosas. Trabajo en el relato de mi viaje y espero noticias de Plon. [...]

[...] Las cosas andan muy mal en el norte de China. Sólo en Shanxi y en los alrededores de Pekín han muerto 29 extranjeros (entiéndase que no han muerto en el curso de bombardeos, sino fusilados uno a uno con conocimiento de causa, la mayoría a manos de los japoneses, aunque algunos han sido víctimas de francotiradores chinos) y tres han desaparecido. Si no tuviera interés en proseguir determinados estudios, no me eternizaría en modo alguno en China. Pero ¿adónde podría ir? Marcharme de Oriente y hacer frente otra vez a los considerables gastos que implica un viaje para volver queda totalmente descartado. Y en Oriente es donde puedo escribir mejor libros susceptibles de venderse... La situación es difícil. Como te he dicho muchas veces, a pesar de todo me gusta más estar aquí, en esta zona fronteriza del Tibet, que en el centro de China. Por el momento estoy más segura. Es posible que se produzcan disturbios, y la guerra civil está en el horizonte, pero en los alrededores hay mucho espacio deshabitado que permite mantenerse al margen. Albert no ha perdido el tiempo y ha hecho ya muchos amigos entre sus compatriotas del sur del Tibet que viven aquí. Éstos me han acogido también muy bien y, en caso necesario, podría contar con su ayuda para encontrar los medios de llegar a un lugar donde refugiarme. Al menos eso cabe esperar. [...]

Tatchienlou (Xikang), China, 3 de septiembre de 1938

[...] Las cosas van mal en China, muy mal. Lo que tú lees en los periódicos se refiere a la guerra, pero lo que vemos nosotros, los extranjeros que vivimos en China, está relacionado con una grave revolución que amenaza con ponernos a todos en gran peligro. Y no soy sólo yo quien ve esto. Nuestros respectivos cónsules ven acercarse la tormenta igual que nosotros y preferirían que estuviésemos todos fuera de China. El cónsul general británico en Chungking se ha puesto en contacto con Albert, le ha escrito, quiere que lo mantenga al corriente de todos sus desplazamientos para poder telegrafiarle con urgencia dándole instrucciones cuando sea preciso. En cuanto a mí, estoy en comunicación permanente con el consulado de Chengdu, y el embajador, a quien conozco desde hace mucho tiempo, me demuestra una gran solicitud. Resulta reconfortante, pero todos nos sentimos

impotentes ante la actitud cada vez más abiertamente antiextranjera de los chinos. [...]

Se acerca el invierno y las montañas empiezan a cubrirse de nieve. Voy a comprar un prenda de piel para mí y otra para Albert, y más adelante, según sean las circunstancias, tal vez compre un caballo para cada uno; si hay que salir huyendo, intentaremos decidir la mejor manera de ponernos a salvo. Claro que es posible que las cosas no lleguen hasta este extremo. [...]

¿Sabes que comencé a escribir una gramática tibetana para uso de franceses? Sí, creo que te lo dije. Uno ya no sabe qué camino tomar; la erudición puede llegar a dar dinero gracias a los «extras», como un curso subvencionado o algo parecido en una universidad. Te aseguro que me encantaría, a mi edad (70 años), no tener que preocuparme de obtener ingresos, cosa que sólo sienta bien cuando se es joven.

Tatchienlou (Xikang), 12 de septiembre de 1938

Te escribí una larga carta hace pocos días, pero hoy mismo me han comunicado noticias alarmantes que ha dado la radio y también he recibido una carta del cónsul.

¿Qué va a pasar? ¿Retrocederán los alemanes?... Cuando se ha calentado y sobreexcitado a la población, a veces resulta difícil restablecer la calma. La radio, según me han dicho, anunciaba que la Marina inglesa, al igual que la francesa, había sido puesta en pie de guerra. Esto podría significar que Inglaterra está dispuesta a entrar en acción... Aunque no veo cómo, ¡a menos que se ponga del lado de Italia! ¿Rusia?... Desde que matan a todos los pioneros de la revolución —de hecho todos los compañeros de Lenin han sido eliminados—, ya no se sabe cuál es el estado moral del ejército ni si sus jefes servirán como estrategas y sabrán mantener la disciplina. El otro día los rusos no estuvieron demasiado brillantes frente a los japoneses.

En fin, en lo que a ti respecta ponte a resguardo tan pronto como puedas. No esperes a que los trenes vayan repletos de fugitivos o sean requisados. Como dices, el insignificante Saint-Laurent parece bastante seguro y, puesto que tienes allí casa, ve cuanto antes. Te resultará fácil regresar a París si la tormenta pasa sin estallar. [...]

[...] Aquí, el horizonte está terriblemente negro, amenaza guerra civil y movimientos antiextranjeros. Y, para colmo, los extranjeros empiezan a enfrentarse entre sí.

Por otra parte, el comunismo recupera mucho terreno, y se prevé que después de la victoria de los japoneses Chang Kai-shek no podrá mantenerse y que todo lo que quede de China se volverá comunista, como ya lo son las provincias del sur. Como ves, hay en perspectiva un bonito embrollo. Una de las columnas japonesas ha llegado a trein-

ta kilómetros. Por el momento, los detiene la inundación causada por el Yang-se. Me han escrito que los rusos han aconsejado incendiar la ciudad para que los japoneses no encuentren más que cenizas. ¿Qué sucederá tras la crisis de Hankou?... Me lo pregunto mientras me hielo en mi ermita. El tiempo es horrible: tormentas, lluvia... Si el lama evaca el apartamento que me han prometido, bajaré y haré instalar una estufa; luego esperaré a ver cómo se desarrollan los acontecimientos y, si éstos lo permiten, regresaré a Chengdu, aunque el viaje por los puertos, con la nieve, no debe de ser precisamente una excursión de placer. [...]

Tatchienlou (Xikang), China, 9 de octubre de 1938

Acabo de recibir tu carta escrita en París a tu regreso de Saint-Laurent. Lleva fecha de 28 de octubre, pero el sello de correos dice 21 de octubre. ¡Es un milagro!

Ante todo, mil gracias por el envío de 5.000 francos que me anuncias. [...] No obstante, los aproximadamente 700 dólares chinos que supondrá esta suma serán bien recibidos. Mi situación ha cambiado bastante. Como te dije, en Chengdu ocupaba parte de mi tiempo, oficialmente, en mantener las «relaciones franco-chinas» y en reunir a los antiguos estudiantes que habían cursado sus estudios en Francia. El embajador estaba interesado en esta labor. Pero los bombardeos que se preveían acaban de comenzar. El resultado de ello es que todas las ventajas económicas que describía de mi estancia en Chengdu ya no existen. Como te dije, no he encontrado una vivienda de alquiler en Tatchienlou; me hospedo con Albert en la Misión inglesa. El coste de este hospedaje es mucho menos elevado que en Hankou y en Chungking, pero las comodidades también son infinitamente menores. Mi criado, al que debo conservar como medida de seguridad, de vez en cuando me cocina algo en el cobertizo donde guardamos el combustible, que compramos nosotros mismos a unos precios exorbitantes.

Todo va mal, muy mal en China. Acabo de decirte que bombardearon Chengdu. El cónsul me escribió desde allí diciendo que tal vez los extranjeros tuvieran que abandonar la ciudad «a toda prisa y sin equipaje». Y añadía: «Tal vez soy demasiado pesimista; desearía que mis temores no fueran fundados.» Pues bien, el obispo católico francés, con el que hablé ayer, se mostró aún más pesimista que el cónsul en cuanto a los acontecimientos que podrían producirse: exasperación de los indígenas ante los nuevos destrozos ocasionados por los japoneses y falta de ayuda por parte de las naciones extranjeras... Queda la opción que llevo mucho tiempo considerando, huir a territorio totalmente tibetano, difícil de llevar a cabo en esta estación y a la que se

oponen algunas dificultades más. El problema es la moneda. Ya te conté que Tatchienlou es la primera localidad donde está en circulación el papel moneda chino. Más allá hay que utilizar rupias locales (moneda en metal), y esas rupias prácticamente no se encuentran. Ya ves mi posición: pérdida de las ventajas de que disfrutaba en Chengdu y que me habían permitido decirte que, de momento, no tenías que ocuparte de mí; práctica imposibilidad de conseguir una moneda utilizable más allá de Tatchienlou, si las circunstancias me obligaran a buscar allí seguridad, dado que el papel moneda que tengo está devaluándose... A ello cabe añadir el invierno, que cubre de nieve los puertos y los hace intransitables en cualquier dirección que quiera seguirse, en esta región de alta montaña donde la altitud de los puertos va de 4.500 a más de 5.000 metros. No obstante, esta última dificultad es la menor de todas, pues tengo bastante experiencia en la materia. En cuanto a los demás obstáculos, son serios, aunque no serviría de nada tomárselos a la tremenda. Bastará, creo, con tener sangre fría y cierta inteligencia.

Tienes razón en lo que piensas acerca de Albert. Me es realmente útil. Es del país, o casi, del mismo modo que alguien de Lille puede ser compatriota de alguien de Marsella; sabe tratar a la gente, es amable, y en Oriente, donde el decoro exige que una mujer de buena condición social no trate los asuntos de negocios directamente, me resulta valiosísimo. Evidentemente, no es perfecto. ¿Acaso alguien lo es?... Y después de llevar durante más de un año (16 meses) una existencia de fugitivos, de un extremo a otro de China, le sobran motivos para tener los nervios alterados. Sigo considerándolo el chiquillo de 14 años que tomé a mi servicio tiempo atrás; pero los años han pasado y el «chiquillo» cumplirá 39 años en Navidad. Afortunadamente, continúa siendo un niño en muchos aspectos, tal vez a causa de la manera en que yo lo he guiado. Soy consciente de mi egoísmo. He querido tener a alguien que me fuera útil en cualquier circunstancia y que se plegara a mis deseos, lo cual ha ido en detrimento del desarrollo del muchacho. Debería haberle ofrecido la posibilidad de estudiar una carrera, de aprender una profesión, pero preferí que siguiese dependiendo de mí. No ha sido muy bonito por mi parte. En fin, ya está hecho. Ahora Albert me está ayudando a elaborar una gramática tibetana para uso de franceses. [...] En estos momentos, un sastre está confeccionándonos una prenda de piel a cada uno, como medida de precaución para afrontar los fríos del invierno. También voy a encargar que nos hagan una pequeña tienda. Después... ya veremos. Lo que tú verás sin duda dentro de poco es mi nuevo libro; he encargado a Plon que te lo envíen en cuanto aparezca. Es probable que te sorprenda. Se trata de una novela llena de pasión carnal y de horror, con un fondo de misticismo

y de superstición. Me pregunto qué acogida le dispensará el público. Al principio no estaba satisfecha, pero al releerla me pareció interesante. Desde luego no tiene nada que ver con los temas que, por lo general, tratan los novelistas. En cuanto al relato de mi viaje, ¿cómo conseguiré que lo mecanografién?... ¿O incluso simplemente hacer que el manuscrito llegue a París? [...]

Tatchienlou (Xikang), China, 12 de octubre de 1938

En Europa acabáis de rozar la guerra y, a no ser que se produzcan acontecimientos imprevistos, como la desaparición de Hitler o una revolución en Alemania, no pasará mucho tiempo antes de que la guerra evitada ayer estalle. Los extranjeros que están en el interior de China no tardarán en encontrarse aislados allí. Los japoneses acaban de bombardear varias veces Yunnan-fu, provocando, entre otras víctimas, una masacre en la escuela normal masculina. Hankou aún no ha caído en manos de los japoneses, pero éstos ya han comenzado a bombardear Chungking, cerca de Chengdu.

Acabo de recibir una carta del cónsul; me dice que no regrese al Instituto Médico, donde está haciendo excavar trincheras-refugio para el personal y las religiosas cuyo convento se encuentra enfrente, al otro lado de la calle. Las comunicaciones postales, ya tremendamente desorganizadas desde hace tiempo, apenas existen. Es comprensible, es la guerra. Estamos quedando todos fatal ante los japoneses. Tan sólo los chinos resisten pese a todo y se esfuerzan en defenderse. Merecen simpatía e incluso admiración por su aguante. Así que, si dejas de recibir noticias mías o las recibes de forma irregular, no te extrañes, será porque el correo no funciona o porque he tenido que trasladarme. [...]

Una de las consecuencias más molestas de la falta de comunicaciones rápidas y regulares es que mis asuntos literarios se resienten. Calculo que para Año Nuevo habré terminado *Bajo nubarrones de tormenta*, el relato de mi actual viaje hasta mi llegada a Chengdu, pero dudo que en esa época me sea posible enviar el manuscrito a París. El de *Magia de amor y magia negra*, que publicará Plon, tardó ocho meses en llegarle al editor. [...]

Tatchienlou, 30 de octubre de 1938

[...] Cuando recibas esta carta, sabrás más de lo que ahora sé yo sobre los sucesos que se están produciendo en China. Cantón ha sido tomada, y también Hankou. Espero a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. ¿Podré regresar a la vivienda reparada y ampliada que me espera en Chengdu?... Para eso sería preciso que se hubiese firmado la paz. De lo contrario, estoy oficialmente invitada a perma-

necer refugiada. Y el refugio es más bien precario. Tres bombas incendiarias en esta especie de garganta donde se encuentra enterrada Tatchienlou, y la aglomeración urbana ardería en diez minutos, ya que todas las casas son de madera.

La casa de los misioneros ingleses donde vivo tiene una puerta de salida que da a la montaña. La condenaron para protegerse de los ladrones, pero van a ponerla de nuevo en condiciones de ser utilizada, en caso de alerta, para poder acceder al mar... ¡Qué agotador se está volviendo todo! Desde el punto de vista económico, también reina la inquietud. Se teme que el papel moneda se venga abajo si Chang Kai-shek cae. Chiang-Kung y los hermanos Song (hermanos de la señora Chiang) forman un consorcio familiar. Tan sólo ellos saben en qué lugar del extranjero se encuentra depositado —y está depositado a su nombre— el tesoro de China. Si Chiang se ve obligado a abandonar su puesto de dictador, toda la familia se marchará al extranjero y dejará las arcas vacías. Eso es lo que publican los periódicos ingleses. [...]

Últimas noticias: Chengdu ha sido bombardeado tres veces en una semana; hay muertos. Han destruido la fábrica de electricidad y la ciudad está a oscuras.

Estemos preparados para ver esto dentro de poco en Europa. Todas las ignominias de canallas como Chamberlain y sus compinches y todos los sometimientos bajo la bota de Hitler no nos salvarán de ello.

12 de noviembre, noche. Está nevando sin interrupción desde hace cincuenta horas. Decididamente, es el invierno, y preveo que será crudo; el correo postal no ha llegado, los que los traen deben de haber encontrado demasiada nieve en los puertos y estarán esperando que despejen el camino.

Tatchienlou, 26 de noviembre de 1938

Me ha surgido un grave contratiempo. Te dije que estaba alojada en casa de los misioneros ingleses porque me había resultado imposible encontrar una vivienda de alquiler en Tatchienlou. Me han comunicado que no puedo quedarme allí.

¡Bonita situación la mía! ¿Adónde podía ir?... Que nadie crea que el país donde estoy se parece a Europa, donde se encuentran hoteles y apartamentos en todas partes. Estaba literalmente en la calle. Fui a contarle el aprieto en el que me hallaba al obispo francés, cosa que me desagradaba muchísimo, pues nuestras ideas no coinciden ni por asomo. Antes de verlo, había visto también a la superiora de las religiosas. Finalmente, éstas y el obispo se pusieron de acuerdo para alqui-

larme una especie de chalet que utilizaban como depósito de cereales. No es bonito, pero tenemos un techo bajo el que cobijarnos. La cabaña es independiente, tiene una puerta de salida que da directamente a la calle y un patio privado. Está formada por dos habitaciones grandes, una cocina y unas dependencias para guardar el combustible y para que duerma el criado. Desde el punto de vista de la seguridad, estoy mejor que en casa de los ingleses. De todas formas, no tenía elección y debo felicitarme por que la aventura haya acabado bien.

En China, las cosas van de mal en peor. Los japoneses se están volviendo cada vez más arrogantes con los extranjeros y los chinos ya no tienen salidas al mar. El nuevo embajador de Japón en Berlín ha declarado, en el discurso que pronunció al llegar, que los ingleses ya no tienen nada que hacer en Asia. Como consecuencia de las amenazas japonesas, nosotros acabamos de prohibir el transporte de municiones a China por el ferrocarril de Indochina. Los chinos, derrotados y divididos, terminarán por rendirse a los japoneses, y los blancos serán expulsados. Y gracias si no se los maltrata demasiado antes de cruzar la frontera. Espero poder pasar el invierno aquí sin demasiadas dificultades; después, según las circunstancias, ya veré qué hago, pero es totalmente imposible prever nada. Los cónsules han advertido a sus respectivos compatriotas que «mantengan los ojos abiertos» y estén preparados para trasladarse rápidamente. [...]

*Catholic Hospital, Kanding (Xikang), China,
2 de septiembre de 1939*

Por fin he conseguido mandar mi manuscrito a Plon, donde lo esperaban desde hace tiempo. El envío ha sido hecho por avión, de Chengdu a París. No puedo decir que esté encantada de lo que he escrito. Lo he hecho en circunstancias turbulentas y sin poder trabajar seguido. No obstante, creo que, tal cual, no es un mal libro de viajes. Lo recibirás cuando aparezca y verás que mi actual estancia en China no es divertida, aunque no lamento los momentos «accidentados» que me ha proporcionado. Seguimos estando a la espera de posibles bombardeos, ya que lugares bastante cercanos han sido objeto de violentos ataques aéreos. El obispo me ha aconsejado que envíe a una pequeña granja situada a unos kilómetros de Tatchienlou las cosas a las que tengo más apego, ya que dos bombas bastarían para reducir la ciudad a cenizas. Esta espera de un posible siniestro en un momento imposible de prever resulta bastante exasperante. [...]

No está nada claro que la guerra vaya a terminar pronto, a no ser que se produzca un giro brusco e imprevisto, cosa siempre posible. En estas circunstancias ni me planteo emprender un viaje. Los extran-

jeros son sospechosos y corren el riesgo de ser molestados. Llevo viviendo aquí más de un año y creo que se han acostumbrado a mi presencia. Vivo entre mis compatriotas, lo que ni llama la atención ni sorprende. Así pues, parece que lo mejor es que siga pasando inadvertida hasta nueva orden.

Una vez terminado *Bajo nubarrones de tormenta*, trataré de acabar, lo más rápido que pueda, la gramática tibetana; a continuación me pondré a trabajar en otra obra para Plon, *El oeste bárbaro de la gran China*, un estudio de los territorios fronterizos y de las tribus que los habitan, con observaciones sobre los movimientos políticos que se producen allí, etcétera. Será una obra de evidente actualidad, puesto que China, degradada en las zonas costeras, intenta asimilar esas poblaciones. [...]

Kangding, 8 de septiembre de 1939

[...] Hoy me han informado de que ha estallado la guerra y de que la lucha es abierta. El obispo ha venido a avisarme; se ha encontrado en casa con tres de los sacerdotes que dependen de él, que también habían venido a comunicarme la noticia, de modo que era una reunión de franceses... y no precisamente alegres, te lo aseguro. El obispo tiene tres misioneros movilizables y espera un despacho del cónsul llamándolos a filas.

Tú, como es natural, te encuentras en Saint-Laurent, y no puedes estar en un sitio mejor. [...] La gente parece haber olvidado ya las matanzas de hace veinte años. Vuelven a las andadas, y esta vez la guerra será mil veces más cruenta debido a los «progresos» de la aviación. Lo que he visto en China es aterrador. Resulta curioso que me encuentre de nuevo en Oriente durante esta guerra, al igual que sucedió durante la anterior. ¿Durará ésta tanto tiempo?... Han perfeccionado tanto los medios de destrucción que resulta difícilmente creíble. Los italianos se han declarado neutrales. ¿Por cuánto tiempo?... No tengo excesiva confianza en los ingleses, cuya valía militar me parece dudosa. ¿Cuánto vale su armamento?... Carecen de tropas entrenadas, implantaron el reclutamiento ayer mismo. Dudo que los españoles se muevan: deben de estar extenuados, y Franco tiene muchos adversarios en el interior. En cambio creo que los alemanes, aun estando completamente solos, serán terribles. En cuanto a nosotros, no sé cómo vamos a arreglárnoslas con unas finanzas que no tienen nada que ver con las de 1914. [...]

Kangding, 27 de octubre de 1939

[...] Así que ya tenemos aquí la guerra que nos ha amenazado durante tanto tiempo... ¿Cuánto durará?... Me siento incapaz de calcu-

larlo. Las noticias llegan muy confusas a Tatchienlou. Las emisiones de radio son censuradas y deformadas. [...] Lo que parece cierto es que Hitler creyó que iba a asentar su golpe a Polonia sin que nadie se opusiera. No sospechaba que tendría que soportar otra guerra. En cambio Stalin parece haberlo «meditado»: Rusia, a la que todos creían absolutamente pacifista, desvela sus proyectos de gran envergadura. Parece destinada a transformar radicalmente el mapa del mundo en breve plazo. [...]

Kangding (Xikang), China, 4 de abril de 1940

[...] Me ha alegrado mucho saber que te has curado por completo de la bronquitis que padecías. En cuanto a la debilidad..., puesto que tienes apetito, la superarás. No obstante, permanecer encerrado en una habitación no es el régimen más indicado para recobrar fuerzas. Se necesita aire libre. Me gustaría convencerte. En el Midi ya debe de hacer buen tiempo. Deberías alquilar una casita en Grau-du-Roi. No lo dudes. Antes de que la multitud lo invada, consigue un pequeño alojamiento —con vistas al mar— para pasar el verano. [...]

[...] La guerra se prolongará. Nuestros adversarios son fuertes y dudo que nos resignemos a aceptar sus condiciones de paz. Además, eso sería el preámbulo de otra guerra en breve plazo. Estamos expiando nuestro comportamiento en relación con Checoslovaquia y la España republicana. Estamos expiando la pusilanimidad del desarme. ¡Cuando pienso que en París y en Londres aclamaron con entusiasmo a Daladier y Chamberlain a su regreso ignominioso de Munich! Esas cosas se pagan. Churchill demostró ser un buen profeta cuando, en aquel momento, dijo: «Debíamos elegir entre el deshonor y la guerra. Hemos elegido el deshonor y tendremos la guerra.» Ya ha llegado. [...]

Kangding, 8 de mayo de 1940

Te escribí una carta bastante larga el 4 de mayo, pero en los pocos días que han pasado desde entonces parece que los acontecimientos bélicos se han agravado en Europa. Italia ha comenzado a gritar con fuerza; a saber si no entrará en la lucha, empujada por Alemania. Así pues, quisiera recordarte que en la casa de Digne todavía hay cajas llenas de libros y, en el descansillo del primer piso, un gran baúl que contiene mis grandes tiendas de campaña y algunas alfombras, y otro baúl con ropa blanca, mantas, etcétera. En resumen, que además del mobiliario, que es escaso, todavía quedan en Digne bastantes cosas cuya pérdida notaría si la casa acabase siendo demolida o incendiada. Una cosa que podría suceder es que tropas enemigas llegaran a Digne, se instalaran en esa villa vacía y arramblaran con todo lo que hay en ella.

Confío en que nada de esto ocurra, pero podría suceder otra cosa: que envíen soldados franceses a la zona, en caso de ataque o de amenazas demasiado fuertes de los italianos, y acampen en la casa... Entonces... Ya sabemos en qué estado de ánimo y de nervios se encuentran unos hombres cansados que tienen ante sí la perspectiva del peligro inminente... ¿Quién se atrevería a censurarles por no comportarse como caballeros plácidamente reunidos en un salón? [...] Ahora bien, lo que no reporta ningún beneficio a quienes lo hacen podría suponer una pérdida lamentable para mí, que no soy rica y que he sufrido ya muchas pérdidas en el transcurso de la guerra chino-japonesa. Así pues, ¿no podríais, tú o Simone, encargaros de que alguien lleve a Saint-Laurent en un camión lo que queda en la casa susceptible de ser transportado? Lo que más me interesa son los libros y las tiendas que estén en buen estado. [...]

Catholic Hospital Kangding, 16 de mayo de 1940

Todo el mundo preveía una gran ofensiva para esta primavera. Lo que quizás no se preveía es que alcanzase las proporciones que acaba de adquirir. Yo creo que se ha sobrevalorado la reputación del Intelligence Service inglés, así como muchas cosas más. [...] Hitler tiene un plan, actuar con rapidez, y se ha estado preparando desde hace mucho tiempo para llevarlo a cabo mientras otros sólo pensaban en comerciar o balaban como corderos: «¡Paz! ¡Paz!» Pero uno solo no puede hacer que reine la paz; es preciso que el vecino tenga la misma disposición de ánimo, y nuestro vecino no la tenía.

[...] Aquí continuamos bajo la amenaza de los bombardeos. Vuelve a empezar el «¿Vendrán? ¿No vendrán?» del año pasado, y llegamos a maldecir los días que hace buen tiempo y las noches claras en que brilla la luna porque eso favorece los ataques. Los aviones han llegado muy cerca de nosotros. Las numerosas montañas que nos rodean y los picos de entre 6.000 y 7.000 metros de altitud nos protegen un poco, pero no lo suficiente como para darnos la certeza de la seguridad. Violet Sydney sigue aquí, cosa que la contraría terriblemente, pero no ve el medio práctico de ir a otro sitio a través de un país convulso. Mi salud es buena, incluso muy buena, y si no fuera por las preocupaciones relativas a la forma de garantizar mi subsistencia en este país, donde el coste de la vida es ahora mucho más alto que en Francia, todo iría bien.

He terminado la gramática tibetana; me parece una obra bastante buena, y única en su género por la forma en que está presentado el tema. Quisiera concederme un mes de descanso, pues mi mente lo necesita mucho; luego emprendería otro trabajo, seguramente el libro sobre «el oeste bárbaro de la gran China». Mientras tanto, Plon te en-

viará *Bajo nubarrones de tormenta*, que saldrá al mercado el 15 de junio. [...]

Kangding (Xikang), West China, 31 de diciembre de 1940

Te escribí el 24 de octubre y el 30 de noviembre. ¿Has recibido esas cartas? Por mi parte, he recibido la carta que echaste al correo el 14 de julio, pero ninguna más después, y estoy impaciente por tener noticias tuyas. ¿Cómo estás pasando el invierno?... ¿Hace menos frío este año en Saint-Laurent que el año pasado?... ¿Estás bien de salud? ¿Simone también?...

Dada la lentitud de las comunicaciones postales en estos momentos, supongo que mi carta no te llegará hasta fines de febrero. Entonces ya será casi primavera en el Midi. [...]

Nada parece indicar que vaya a volver a Francia ahora. No encontraría el modo de ganarme la vida y, además, tampoco tendría el dinero necesario para pagar el viaje. [...]

[...] No permanezco inactiva. Acumulo material literario y, cuando la tormenta haya pasado —aunque todavía puede durar mucho tiempo—, espero negociar esta mercancía como en el pasado. [...]

Tan sólo te hablo de negocios, sin duda es lo mejor, pero añado la expresión de mi más fiel afecto, así como mis mejores deseos para ti y para Simone; espero que ambos sigáis disfrutando de buena salud y de tranquilidad. Transmítele estos deseos a Fanny cuando tengas ocasión de hacerlo.

Albert te saluda respetuosamente y suma sus buenos deseos a los míos, para ti y para tus dos sobrinas.

Entre estas dos últimas cartas —la del 16 de mayo y la del 31 de diciembre de 1940— no encontramos el menor rastro de la correspondencia de Alexandra David-Néel dirigida a Philippe Néel, retirado en la casa familiar de Saint-Laurent-d'Aigouze, en Gard, donde murió en enero de 1941 acompañado de su sobrina, Simone Néel, quien lo cuidó con gran dedicación.

Por su parte, Alexandra, inquieta por no recibir noticias de su marido, dirige a su sobrina Lucy Gut-Néel, residente en Suiza, la siguiente carta:

*Catholic Hospital,
Kangding (Xikang), China, 22 de septiembre de 1940*

[...] ¿Tienes noticias de tu tío Philippe? En China nadie recibe ya cartas de Francia y existen motivos para pensar que las que dirigimos a personas que viven allí no llegan a su destino. Tu tío tiene la costumbre de escribirme con frecuencia, pero pronto hará cinco meses que

no he recibido noticias suyas. Espero que esté a salvo en Saint-Laurent-d'Aigouze, pero si fuera posible me gustaría asegurarme.

Se acerca el invierno y los periódicos extranjeros y la radio hablan de hambruna. ¿Qué será de tu anciano tío en medio de todo esto, con su salud delicada? Suiza está junto a Francia y tal vez todavía se mantengan las comunicaciones postales. Te ruego que hagas cuanto puedas para averiguar cómo se encuentra tu tío y para informarme. [...]

La señora Lucy Gut-Néel consigue ver a su tío y transmitir una carta de éste a su tía, quien le contesta en los siguientes términos el 1 de enero de 1941:

[...] ¡Cuánto te agradezco que me hayas enviado la carta de tu tío! Me ha llegado con relativa rapidez, puesto que fue expedida por la oficina de correos de Vevey el 21 de noviembre y la recibí el 31 de diciembre. Hay que destacar que el servicio aéreo sólo llega hasta Chengdu (Sichuan), y que desde allí el correo es llevado por porteadores a través de las montañas, lo que supone diez días de viaje. Espero que me permitas recurrir de nuevo a tu mediación para cartearme con tu tío. Me ha resultado muy penoso estar tanto tiempo sin saber qué era de él en estos tiempos tan infaustos. [...]

A continuación, un último extracto de una carta de Alexandra a su sobrina escrita el 14 de febrero de 1941:

... Te envié una carta el pasado día 6, pero después he recibido una de tu tío, a la que contesto. Se trata de la que tú tuviste la amabilidad de enviarme. El cónsul de Francia en Chengdu te mandará directamente el certificado de residencia que necesita tu tío para conseguir que le permitan enviarme fondos. [...] Es probable que tu tío consiga esa autorización puesto que, por ley, el marido está obligado a subvenir a las necesidades de su mujer. En todo caso, lo intentará.

Una vez más, gracias por la amabilidad que manifiestas al mantenerme en contacto con Saint-Laurent. Te lo agradezco enormemente.

Saludos para ti y para los tuyos.

También según las informaciones proporcionadas por Lucy Gut-Néel, la carta que sigue se cruzó con el telegrama que anuncia a Alexandra el fallecimiento de Philippe.

Con fecha 14 de febrero de 1941, ésta mandó un telegrama a su sobrina con el siguiente texto:

«He recibido la triste noticia. Estoy desconsolada. Con todo mi afecto. Alexandra David-Néel.»

Alexandra me habló a menudo de este telegrama. Al parecer lo tuvo largo rato entre las manos, lo leyó varias veces, contuvo las lágrimas —desde la más tierna infancia había aprendido a no llorar— y pronunció esta simple frase: «He perdido al mejor de los maridos y a mi único amigo.»

Esta simple frase, Alexandra la repetía cada vez que hablaba del «señor Néel», y hablaba de él cada vez más a menudo. Las palabras que le dedicaba siempre expresaban una auténtica admiración y, sobre todo, un sentimiento de profundo agradecimiento y un sincero afecto.

Los malentendidos de otros tiempos se habían disipado y, además, ella manifestaba una gran consideración hacia todos los miembros de la familia Néel. Incluso había mantenido con el hermano pequeño de Philippe, el pastor Elie Néel, una correspondencia fluida e impregnada de una gran confianza.

Dos meses antes de su muerte, recordando una vez más a todos los que había conocido y visto desaparecer, me hizo buscar unas fotografías de Philippe, aquel «queridísimo Amigo», para que las hiciera ampliar.

El demonio de los viajes, sumado a profundas divergencias de carácter, fue lo que separó a estos dos seres, unidos sin embargo por una sincera e indefectible amistad que, en el curso de cuarenta años, jamás se quebró...

A la gran lección de valor, voluntad y energía que nos da Alexandra a lo largo de estas páginas, ¿acaso no se suma también un profundo testimonio de fidelidad y tal vez incluso de amor?...

MARIE-MADELEINE PEYRONNET
Samten Dzong, 24 de octubre de 1974.